

Carl-Schmitt-Studien

1. JAHRGANG • HEFT 1 • JUNI 2017

HERAUSGEBER | GENERAL EDITOR

MARIO MIGLIORE (SEPTEMU)

MITHERAUSGEBER | CO-EDITORS

CHRISTOPHER ADAIR-TOTTEFF, University of South Florida

ROBERTO BUENO, Universidade de Brasília (CT)

DAVID CUMIN, Université Jean Moulin Lyon III

ANDREAS HÖNTSCH, Technische Universität Dresden

JERÓNIMO MOLINA CANO, Universidad de Murcia

STEFANO PIETROPAOLI, Università degli Studi di Salerno

KOORDINATOR CSS • LATEINAMERIKA

CARLOS EDUARDO PÉREZ CRESPO, Universidad Antonio Ruiz de Montoya

WISSENSCHAFTLICHER BEIRAT | EDITORIAL ADVISORY BOARD

JOSÉ MARÍA BENEYTO, Harvard Kennedy School

ANTÓNIO BENTO, Universidade de Beira Interior

ROBERTO BUENO, Universidade de Brasília (CT)

HORACIO CAGNI, (CONICET - UNTREF)

ALESSANDRO CAMPI, Università degli Studi di Perugia

EMANUELE CASTRUCCI, Università degli Studi di Siena

RENATO CRISTI, Wilfrid Laurier University

FERNANDO A. D'ALESSIO, Centrum, Pontificia Universidad Católica, Perú

JORGE E. DOTTI, Universidad de Buenos Aires - CONICET

ALEXANDER F. FILIPPOV, NRU Higher School of Economics Moscow

ALEXANDRE FRANCO DE SÁ, Universidade de Coimbra

JORGE GIRALDO RAMÍREZ, Universidad EAFIT Medellín

GERMÁN GÓMEZ ORFANEL, Universidad Complutense de Madrid

PEDRO C. GONZÁLEZ CUEVAS, UNED Madrid

EDUARDO HERNANDO NIETO, Pontificia Universidad Católica, Perú

FULCO LANCHESTER, Università la Sapienza di Roma

GÜNTER MASCHKE, Editor de Carl Schmitt, Frankfurt a.M.

MANUEL MIGONE, Escuela Superior Conjunta de las Fuerzas Armadas, Perú

ALEXANDER MIKHAILOVSKY, NRU Higher School of Economics Moscow

JERÓNIMO MOLINA CANO, Universidad de Murcia

DALMACIO NEGRO PAVÓN, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

VOLKER NEUMANN, Humboldt-Universität Berlin

LUIS R. ORO TAPIA, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

STEFANO PIETROPAOLI, Università degli Studi di Salerno

JULIO PINTO, Universidad de Buenos Aires

PIER PAOLO PORTINARO, Università degli Studi di Torino

JOSÉ LUIS VILLACAÑAS BERLANGA, Universidad Complutense de Madrid

REDAKTIONSRAT | EDITORIAL STAFF

EMIL ARCHAMBAULT, ANDRÉS EUGUI, LUCAS ALBERTO GASCÓN PÉREZ, FLORIAN

GÄRTNER, COLM GILLIS, RAFAEL VASQUES, FEDERICA VINCI, TINO WERNER

POSTAL ADDRESS: CSS • Förstereistraße 10 • 01099 Dresden • Germany

PHONE: +49 351 4568 953 • **FAX:** +49 322 21372 648

MAIL: editor@carl-schmitt-studien.de

WEBSITE: www.carl-schmitt-studien.de

CS
S

1

2017

INHALT • CONTENTS

CARL-SCHMITT-STUDIEN 1. JAHRGANG • HEFT 1 • JUNI 2017

GELEITWORT PREFACE	4
ZUR AUSGABE ABOUT THIS EDITION	7
DOSSIER <i>30 Jahre Complexio Oppositorum</i>	
Mechanik der Entscheidung. Rechtsverwirklichung und Entscheidungsrichtigkeit durch Rechtspraxis in Carl Schmitts <i>Gesetz und Urteil</i> (1912) EMANUELE CASTRUCCI	10
Il giovane Schmitt, Jakobs e alcuni particolari sviluppi della scienza penale DANTE VALITUTTI	26
Chinese Political Constitutionalism and Carl Schmitt QI ZHENG	43
Über den Ursprung des Rechts. Eine erkenntnistheoretische Erläuterung des Disputs zwischen Carl Schmitt und Walter Benjamin um den Ausnahmezustand MANUEL DISEGNI	55
Staatsbewusstsein und schiitischer Islam. Die Analyse Ayatollah Ruhollah Chomeinis politischer Gedanken im Kontext von Carl Schmitts Konzeptionen SEYED ALIREZA MOUSAVI	83
Raum und Politik. Kritik und Aktualität des <i>Nomos der Erde</i> von Carl Schmitt CHRISTIAN WEVELSIEP	101
«Amigo y enemigo»: Kautilya y Álamos de Barrientos, anticipadores del criterio schmittiano GÜNTER MASCHKE	111
Schmitt em Weimar: reflexões sobre a crítica antiliberal a democracia CAIO HENRIQUE LOPES RAMIRO	121
Il “politico” come reale TOMMASO GAZZOLO	135
Resoluciones de la ontología de lo político. Una lectura posfundacionalista de Carl Schmitt LUCAS ALBERTO GASCÓN PÉREZ	151
Carl Schmitt, pensador español DIMITRIOS KISOUDIS	171
Il miracolo e il silenzio. Note su Schmitt e Dostoevskij CARLO PONTORIERI	176

FORSCHUNGSBERICHTE | RESEARCH NOTES

Notas para la recepción de Carl Schmitt en el Perú (1989-1992) CARLOS EDUARDO PÉREZ CRESPO, MARIO MIGLIORE	193
---	-----

INTERVIEWS

Carl Schmitt. Un jurista frente a sí mismo FULCO LANCHESTER	203
Le costanti culturali della presenza di Carl Schmitt in Italia. Note sulle ragioni di una intervista FULCO LANCHESTER	224

BERICHTE | REPORTS

Acerca de las Jornadas «Actualidad de Carl Schmitt a 30 años de su muerte» celebradas en la Universidad de Buenos Aires RICARDO J. LALEFF ILIEFF	234
--	-----

REZENSIONEN | REVIEWS

Lars Vinx, <i>The Guardian of the Constitution. Hans Kelsen and Carl Schmitt on the Limits of Constitutional Law</i> Volker Neumann, <i>Carl Schmitt als Jurist</i> CHRISTOPHER ADAIR-TÖTEFF	236
Carl Schmitt, <i>La formazione dell'esprit in Francia e altri scritti sull'Europa e sullo Stato</i> ROCCO GIURATO	243
Carlo Galli, <i>Janus's Gaze: Essays on Carl Schmitt</i> EMIL ARCHAMBAULT	246
Roberto Bueno (Ed.), <i>Carl Schmitt Hoje: Política, Direito e Teologia</i> CAIO HENRIQUE LOPES RAMIRO, FERNANDO RODRIGUES DE ALMEIDA	249
Ernst Jünger, <i>Los titanes venideros. Ideario último</i> CARLOS EDUARDO PÉREZ CRESPO	253

BIBLIOTHECA CARL SCHMITT

Carl Schmitt, prescriptor de Hobbes en España. Dos cartas de Carl Schmitt a la Junta de Ampliación de Estudios (1934) y a Florentino Pérez Embid (1965) JERÓNIMO MOLINA CANO	254
Carl Schmitt, juriste de l'armée. « L'État militaire prussien » contre « l'État de droit bourgeois » DAVID CUMIN	264
Esser pronti è l'essenziale ANTONIO GUARINO	278
Prefacio a <i>Tierra y mar</i> GÜNTER MASCHKE	281

CARL SCHMITT COMO MÉTODO

Carl-Schmitt-Studien [CSS] es una nueva empresa intelectual que se propone conjugar dos objetivos: contribuir a la reflexión del pensamiento del jurista alemán Carl Schmitt (1888-1985) y ser un foro abierto a la producción científica internacional dedicada a los diferentes aspectos de su obra. Misión principal de la publicación es estimular el estudio de su legado, recepción e influencia en el pensamiento político y jurídico del siglo XX, atendiendo también a la continuidad, crítica y evolución de sus categorías y conceptos en la actualidad.

La revista es un proyecto editorial publicado con el patrocinio de la *Sociedad de Estudios Políticos de la Región de Murcia* [SEPREMU] y el *Seminario de Polemología* de la Universidad de Murcia. Fundada en 2016 en la ciudad de Dresde, Alemania, constituye un esfuerzo para consolidar, a través de una publicación periódica especializada y arbitrada, la vasta investigación internacional dedicada a Carl Schmitt. La idea del proyecto editorial nace, sin embargo, años antes, en las aulas del *Institut für Soziologie* de la *Technische Universität Dresden*, inicialmente como órgano de expresión del grupo de trabajo italo-alemán *Carl-Schmitt-Arbeitskreis*, dedicado al estudio del jurista de Plettenberg. El Consejo editorial de la revista, conformado por destacados investigadores de la *Schmitt-Forschung* a nivel internacional, vela por la calidad y la integridad del proyecto que se presenta al lector. El trabajo editorial, columna portante de la publicación, depende en gran medida del aporte incondicional de sus coeditores y miembros del comité de redacción.

Carl-Schmitt-Studien, editada en seis lenguas, nace como un proyecto intelectual con vocación internacional, mas no por ello pretende avalar entre los lectores e investigadores interesados una lectura multiculturalista o sociologizante, en suma, un enfoque «globalista» de Schmitt. El objetivo de una edición plurilingüe tiene que ver, más bien, con la recuperación de una lectura *preparatoria* de la obra del jurista a partir de un ejercicio que podemos definir como «especulativo», gracias a la necesidad de confrontarse con las diferencias y especificidades de discurso que se ofrecerá en cada edición. Los CSS propondrán en ellas al lector el ejercicio de *pensar* el legado del jurista en modo comparado, siendo publicadas las contribuciones en lengua original. Una empresa editorial sin duda onerosa, pero a su vez necesaria para evitar achafanar las categorías y conceptos del jurista según una (supuesta) lengua franca. No pretendemos con esto ningún ejercicio de «apropiación hermenéutica» a partir de la mera diversidad (presunción posmoderna), sino brindar al lector —desde la diferencia— la posibilidad de un «diálogo» comparado *con* la lengua materna del jurista (el alemán), que es la lengua de su aparato conceptual, de las fuentes primarias y finalmente del *Nachlass* schmittiano. Se trata de un requisito formal que generalmente los investigadores subestiman. Creemos que

fue también el interés del joven Schmitt, lector de Johann Arnold Kanne (1773-1824), el Schmitt *filólogo*, siempre cuidadoso en la definición de sus conceptos y en el rigor de sus categorías. La vocación para el concepto acompaña a Schmitt a lo largo de toda su obra.

Con esta intención preliminar no pretendemos una refundación hermenéutico-filológica, etimologizante o decostruccionista del pensamiento del último representante del *Jus Publicum Europaeum*: respetando la especificidad de cada lengua y teniendo la edición alemana como referente o *primus inter pares*, es intención de los *Carl-Schmitt-Studien* resolver, a su vez, una cuestión que es finalmente *práctica*, pues aspiramos a superar el *hiato* entre investigación local (alemana) e internacional (no-alemana), creando un «puente» entre ambas. A la luz de la vasta bibliografía schmittiana, más de un malentendido o polémica innecesarios se ahorrarían al lector si este pudiese revisar directamente las fuentes primarias, si pudiese acceder y *pensar* a Schmitt en su lengua materna. Exactamente lo mismo sucede, en la otra dirección, con la *Schmitt-Forschung* alemana: debido a la inmediatez nativa de la reflexión y al trabajo minucioso «de primera mano» con la obra del legista, se corre el riesgo de ignorar la vasta literatura schmittiana internacional que se produce día a día fuera de Alemania. No basta constatar la fortuna y el interés por la obra simplemente a través del aumento permanente del número de publicaciones a nivel mundial dedicadas al autor de *Der Begriff des Politischen*. Aventajada por diferentes motivos —entre ellos, el no tener que cargar lastres históricos ni tener pretensiones gnómicas al leer y confrontarse con su obra—, la literatura extranjera dedicada a Schmitt ha logrado un nivel de ejercicio heurístico y un alcance en sus resultados teóricos que no tiene nada que envidiarle al trabajo de primera mano que realizan los investigadores alemanes sobre el autor del *Nomos der Erde*. Una límpida ventaja posee la comunidad de investigadores fuera de Alemania y es necesario afirmarla: esta trata a Carl Schmitt como «un clásico del pensamiento político» (Herfried Münkler), o, si se prefiere, como uno de sus «clásicos más jóvenes» (Bernard Willms), mientras que para aceptar esta verdad de Perogrullo en las tierras del solitario del Sarre se requiere alcanzar todavía aquella serenidad de ánimo (*sine ira*) que solo el tiempo sabrá otorgar a las generaciones de investigadores venideras. Helmut Quaritsch afirmaba —comparando a Schmitt con el Bodin de la *Demonomanie des sorciers* en la introducción a su volumen *Complexio Oppositorum*— que para alcanzar dicha serenidad será necesario esperar hasta el año 2377. Mientras nos encomendamos con esperanza al rigor del calendario, nos daremos por satisfechos ahora si el aporte de los *Carl-Schmitt-Studien* promueve un diálogo interdisciplinario entre las comunidades científicas que se dedican a Carl Schmitt dentro y fuera de su patria.

Si este es el ejercicio preliminar o la intención de forma, el objetivo *de fondo* de los *Carl-Schmitt-Studien* es recuperar para el lector no solo al Schmitt escritor político, sino también al jurista y al jusinternacionalista, promoviendo y difundiendo aquellas investigaciones que representen, a través de resultados originales, una contribución para una mayor comprensión, *in primis*, del legado jurídico y político-jurídico de Carl Schmitt. Esto es, después de todo, lo que nos pide Günter Maschke (1995) en su *Carl Schmitt in den Händen der Nicht-Juristen* [Carl Schmitt en las manos de los no-juristas]: no perder de vista, más allá de la rigurosidad de los conceptos y del *ludos* hermenéutico de la interpretación, una visión realista de lo político en Schmitt. Se trata de una visión que sepa (y pueda) pensar las cuestiones, las *Fragestellungen* que ha planteado el jurista alemán, *desde el presente*. Participar en la conservación del «mito Carl Schmitt» (Molina) con una revista hagiográfica o apologética, no es el objetivo de los CSS. Recitar el *peán* de la vasta literatura crítica y querer «acabar con él», reduciendo la obra a ciertas pretensiones gnómicas y a los repetitivos *topoi* biográficos más o menos accidentales, no requiere ninguna publicación especializada, basta la algarabía del cotarro. Preguntarse, al centro, «qué hacer con él» desde el perspectivismo ocasional de la

hermenéutica doxográfica, no llama a rebato a una empresa colectiva como la de los CSS. Si «ocuparse de Schmitt» (Quaritsch), autor polémico por antonomasia, obliga, sin embargo, a una toma de posición meridiana, apostamos más modestamente, como objetivo de fondo, en privilegiar al Schmitt jurista y pensador político sin caer, como diría Günter Maschke, en la «desconcretización» [*Entkonkretisierung*] de sus interrogantes, sin incurrir en la descontextualización de su legado. Desde una visión realista de lo político, esto significa para nosotros: frente a una pregunta o cuestión actual, pensar a Carl Schmitt *como método*.

* * *

La estructura de la revista *Carl-Schmitt-Studien* se distribuye en siete secciones que reflejan una disposición clásica de los temas tratados: Un **dossier monográfico** conformado por originales de carácter inédito sobre un tema, pregunta o problema específico relacionado con la evolución, influencia, crítica o actualidad del pensamiento o la obra del jurista. Esta sección está a cargo de un coordinador aprobado por el consejo editorial. La sección de **artículos** recoge monografías, ensayos y trabajos de investigación presentados según una jerarquía de los contenidos, generalmente a tema abierto. La sección **notas de investigación** recoge contribuciones de carácter teórico, empírico o metodológico, de extensión inferior a un artículo, sobre investigaciones *in fieri* o trabajos ya publicados. La sección de **información bibliográfica** está dedicada a la revista de libros e incluye reseñas sobre trabajos de reciente publicación o de particular interés histórico para la *Schmitt-Forschung*. Esta sección, en diferentes formatos, incluye **reseñas** comparadas (*review essays*), reseñas críticas, históricas y reseñas breves, a dos columnas, del título *Hinweise*. En la sección de eventos o **reportes** se anunciará o comentará la información relacionada a congresos internacionales, jornadas de estudios, *workshops* o seminarios, paneles, encuentros, conferencias, grupos de lectura, charlas o artículos periodísticos que estén en relación con el jurista alemán. El objetivo de esta sección es dar a conocer a la comunidad científica la iniciativas públicas en relación a nuestro autor a nivel internacional. En la sección **entrevistas** se recogerá la opinión de personalidades pertenecientes a diversas especialidades sobre aspectos o problemas de actualidad relativos al pensamiento y a la obra del jurista. La sección especial **Biblioteca Carl Schmitt** comprende originales o traducciones inéditas, material de archivo o documentos de investigación inéditos relacionados con el legista. La publicación del material en esta sección requiere el parecer positivo de al menos dos miembros del consejo editorial y, según la tipología del material de archivo, también la autorización especial del titular de los derechos de autor.

* * *

La revista *Carl-Schmitt-Studien* es un proyecto editorial que se debe al trabajo incansable de sus editores y colaboradores, a los cuales agradece su especial dedicación en la preparación de este primer número. También al Dr. Gerd Giesler de la *Carl-Schmitt-Gesellschaft* de Berlín y, a través de él, al Prof. Jürgen Becker, administrador del Legado Carl Schmitt, por su amable autorización para publicar las cartas del jurista.

CARL-SCHMITT-STUDIEN

SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN

El número 1 de los *Carl-Schmitt-Studien* se abre con el **dossier** *30 años de Complexio Oppositorum*, dedicado a la actualidad de Carl Schmitt en el marco del 30 aniversario de su muerte, celebrado en abril de 2015. El título del dossier hace referencia, a modo de homenaje, al primer encuentro académico dedicado oficialmente a Carl Schmitt en su patria desde el fin de la Segunda Guerra Mundial (DHV Speyer, 1986). Se trató de un acontecimiento importante no solo por el talante de sus participantes, también por la temática de la convocatoria: *Carl Schmitts Stellung in den Rechts- und Geisteswissenschaften des 20. Jahrhunderts* [La posición de Carl Schmitt en las Ciencias Jurídicas y Humanas del siglo XX]. Este encomiable esfuerzo académico-intelectual, mérito del Prof. Helmut Quaritsch (1930-2011), ha propiciado gran parte de la denominada *Schmitt Renaissance* de los años 90 y supone, a su vez, una explícita *rottura del silenzio* (Lanchester) en relación al debate público dedicado al pensamiento del jurista alemán. Los doce trabajos que componen el primer dossier de los *Carl-Schmitt-Studien* —escritos desde una pluralidad de perspectivas disciplinarias, métodos y posiciones— lanzan de nuevo la pregunta del *Sonderseminar* para el presente siglo, haciendo balance de las principales directrices teóricas y de investigación desarrolladas después del mencionado encuentro dedicado al último representante del *Jus Publicum Europaeum*.

La sección **Forschungsberichte** — **Research Notes** presenta al lector una nota de investigación dedicada a la recepción de Carl Schmitt en Hispanoamérica, en particular, en el Perú de los primeros años noventa. Se trata de un periodo dramático en la historia del país americano, lacerado entonces por una crisis económica sin precedentes y una guerra interna entre el Estado y la insurgencia armada que causa más de 30.000 muertes. En dicho contexto de excepción política, un grupo de personalidades —entre ellos, el principal investigador de la *Schmitt-Forschung* a nivel internacional, Günter Maschke— se ejercitará, con creces, en lo que el pensamiento político realista llama certeramente como la «imaginación del desastre»: pensar la obra del jurista alemán *al límite*, es decir, en el peor de los casos posibles y no precisamente desde la filosofía y la teoría política «de diván y canapé», sino a partir de aspectos cada vez más prácticos, relativos a la toma de decisiones, a la investigación operativa

y finalmente a una nueva cultura estratégica contrasubversiva. La nota forma parte de un trabajo de investigación *in fieri* sobre la recepción de Carl Schmitt en el Perú a principios de los años noventa.

La sección **Interviews** ofrece al lector un inédito en español: nos referimos a la entrevista del Prof. Fulco Lanchester a Carl Schmitt realizada en la casa de su natal Plettenberg/Pasel en 1982 y publicada por primera vez en 1983 en la revista *Quaderni costituzionali*, III, 1, pp. 5-34 bajo el título «Carl Schmitt un giurista davanti a se stesso». Se trata de uno de los pocos testimonios vivenciales del jurista en avanzada edad; en él la obra científica se relaciona íntimamente con el recuerdo subitáneo y el momento biográfico. En la misma sección, el Prof. Lanchester, en su artículo «Le costanti culturali della presenza di Carl Schmitt in Italia», repasa minuciosamente la génesis y el desenvolvimiento de la entrevista a Schmitt —desde la idea para su realización hasta las constantes culturales que marcaron la recepción del jurista alemán en el panorama académico italiano del siglo pasado—. El profesor de la universidad *La Sapienza* se concentra en el papel desempeñado por diferentes personalidades de la facultad romana de Ciencias Políticas en relación al pensamiento schmittiano, así como en la funcionalización del mismo durante los años del fascismo hasta los años ochenta. *Carl-Schmitt-Studien* agradecen al Prof. Lanchester su amable autorización para publicar la traducción de la entrevista.

En la sección **Berichte**, el Dr. Ricardo J. Laleff Ilieff informa sobre las jornadas conmemorativas del trigésimo aniversario del fallecimiento de Carl Schmitt, celebradas en la Universidad de Buenos Aires del 18 al 20 de noviembre de 2015. Los trabajos en torno a la «Actualidad de Carl Schmitt a 30 años de su muerte» han reunido a destacados panelistas nacionales e internacionales, agrupados en las más de veinte ponencias presentadas en mesas especializadas. En palabras del organizador, «las jornadas se inscriben en una tradición del mundo intelectual argentino sensible desde hace décadas a las distintas recepciones de la obra schmittiana» (Ricardo J. Laleff Ilieff). El primer dossier de los *Carl-Schmitt-Studien* debe ponerse en contigüidad con las jornadas conmemorativas del país porteño.

La revista de libros conforma la sección **Rezensionen — Reviews**. el Prof. Christofer Adair-Toteff de la University of South Florida nos ofrece en su *review essay* una lectura comparada de los libros *The Guardian of the Constitution* de Lars Vinx y *Carl Schmitt als Jurist*, publicado en 2015 por el profesor de la Universidad Humboldt de Berlín y miembro de nuestro comité científico, Volker Neumann. El Dr. Rocco Giurato de la Università della Calabria repasa el libro editado en 2015 por Carlo Pontorieri *La formazione dell'esprit en Francia*. Se trata de un volumen que reúne seis artículos de Schmitt publicados entre 1925 y 1954. El principal de ellos, *Die Formung des französischen Geistes durch den Legisten*, publicado por primera vez en la revista *Deutschland-Frankreich. Vierteljahresschrift des Deutschen Instituts Paris* (I, 1942, 2, pp. 1-30), da título al libro editado por Pontorieri. Emil Archambault nos presenta una lectura crítica del libro del profesor de la Universidad de Bolonia y conocido estudioso de la obra del jurista, Carlo Galli. Se trata de la edición inglesa de su libro *Lo sguardo di Giano. Saggi su Carl Schmitt* publicado originariamente por Il Mulino en el año 2008. Los profesores Caio Henrique Lopes Ramiro y Fernando Rodrigues de Almeida nos ofrecen un resumen de las contribuciones presentadas el 2012 en el primer congreso internacional dedicado a nuestro autor en la ciudad Uberlândia, Brasil (MG), organizado por la universidad del mismo nombre y la *Rede Internacional de Estudos Schmittianos* (RIES), dirigida por el Prof. Roberto Bueno. Cierra la revista de libros la breve reseña (*Hinweise*) del profesor de la Universidad Ruiz de Montoya (Perú), Carlos Eduardo Pérez Crespo, dedicada al libro de Ernst Jünger *Los titanes venideros*. La edición

española del libro, originariamente publicado en 1997 por la editorial Adelphi con el título *I prossimi titani*, recoge tres conversaciones que Antonio Gnoli y el filósofo Franco Volpi mantuvieron en 1995 con el autor de *In Stahlgewittern*. Para la ocasión, el Prof. Pérez Crespo se ocupa, en particular, de la amistad entre Ernst Jünger y Carl Schmitt.

La sección especial **Bibliotheca Carl Schmitt**, que comprende contribuciones especiales, traducciones y material inéditos de archivo, se abre con una nota de Jerónimo Molina, de la Universidad de Murcia. El autor presenta a un Schmitt prescriptor ibérico de Hobbes —o «máximo propagandista en España del filósofo de Malmesbury» en sus palabras— a partir de dos cartas inéditas del jurista alemán, una de ellas escrita en castellano. La primera carta, fechada 1934, se dirige al presidente de la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE) para postular la prolongación de la estancia académica de F. J. Conde en Berlín. En la segunda carta, Schmitt se dirige al director de la revista *Atlántida* y miembro del «Grupo *Arbor*», Florentino Pérez Embid, en respuesta a una posible participación del jurista en la revista del catedrático andaluz. El estudio del profesor David Cumin, de la Universidad Jean Moulin de Lyon, se centra en uno de los libros olvidados de Schmitt: *Staatsgefüge und Zusammenbruch des Zweiten Reiches*, de 1934. Según la interpretación del autor, en ese libro hace Schmitt figura de «jurista del ejército». En la misma sección, publicamos una nota del romanista centenario Antonio Guarino (1914-2014), en la cual discurre sobre la experiencia vital del solitario del Sarre. El manuscrito original que transcribimos para la ocasión forma parte del archivo del Prof. Jesús Burillo Loshuertos, catedrático de Derecho Romano de la Universidad de Murcia entre 1964 y 2004, al cual va nuestro agradecimiento personal. Cierra la sección de la *Bibliotheca*, la publicación del prefacio a *Tierra y mar* escrito *ad hoc* por Günter Maschke en 1992, durante su jornada académica de Lima, para los oficiales y profesores de la Escuela Superior de Guerra Naval del Perú (ESUP).

* * *

Una de las tareas más arduas en la realización de una edición plurilingüe ha sido lograr una edición homogénea desde el punto de vista formal, respetando, a su vez, las preferencias de estilo y los usos de edición, diferentes en cada lengua. En algunos casos especiales, a petición del autor generalmente, hemos concedido variantes distintas a la norma APA, por ejemplo en el estilo de cita bibliográfica. Una nota del editor advierte al lector en tales casos.

CARL-SCHMITT-STUDIEN

MECHANIK DER ENTSCHEIDUNG

RECHTSVERWIRKLICHUNG UND ENTSCHEIDUNGSRICHTIGKEIT DURCH
DIE RECHTSPRAXIS IN CARL SCHMITTS *GESETZ UND URTEIL* (1912)

MECHANICS OF DECISION

APPLICATION OF LAW AND CORRECTNESS OF THE JUDICIAL ACTIVITY
IN CARL SCHMITT'S *LAW AND JUDGEMENT* (1912)

EMANUELE CASTRUCCI

UNIVERSITÀ DI SIENA

ZUSAMMENFASSUNG Um ein vollständiges Verständnis der Werke Carl Schmitts zu erreichen, hebt der Verfasser die geistige Bedeutung von Schmitts frühen Schriften der 1910er Jahre hervor, die von seinen Kritikern als vermeintlich bloß technisch und juristisch abgetan werden. Nach Ansicht des Verfassers hingegen ist es möglich, den Ansatz von Schmitts ausgereiftem Denken gerade anhand seiner frühesten Schriften zu erhellen. Insbesondere die 1912 verfaßte Schrift *Gesetz und Urteil* bietet eine deutliche Darstellung der intuitiven Grundlagen der deziisionistischen Rechtstheorie. Indem Schmitt mit dem Begriff des Entschiedenseins die Idee des reinen Entscheidungselements in seiner tendentiellen Selbständigkeit einführt, setzt Schmitt die Grundlagen einer allgemeinen Rechtstheorie, die er allerdings nicht vollendet. Diese Theorie berücksichtigt insbesondere die Konkretisierung des Rechts. Schließlich wird die Idee der Rechtsbestimmtheit dargelegt, in der Schmitt den Schlüssel zur Befreiung der Rechtstheorie aus der traditionellen Methodik erblickt. Sie stellt einen durchaus neuen und eigenständigen Vorschlag dar, ein exaktes Kriterium für die Richtigkeit der Rechtspraxis zu bestimmen.

SCHLAGWÖRTER Entscheidung/Entscheidungslehre, Rechtsverwirklichung, Rechtsbestimmtheit, Urteil, Richtigkeit der Rechtspraxis.

ABSTRACT In order to aim at a more complete understanding of Carl Schmitt's works, the author emphasizes the intellectual importance of Schmitt's first writings of 1910, which have been neglected by critics for being considered as merely technical and juridical. According to the author, on the contrary, it is possible to clarify the approach of Schmitt's mature thinking through them. In particular, the work written in 1912, *Gesetz und Urteil*, contains an articulate description of the intuitive foundations of the decisionist juristic theory. Introducing with the concept of *Entschiedensein* the idea of the autonomous tendency of the "random" moment in each decision, Schmitt lays the foundations of a general theory of law, which the author of *Gesetz und Urteil* however never completed. This theory considers law as being concretized in a particular case (= *Konkretisierung des Rechts*, *Concretization of Rules*). Besides, *Gesetz und Urteil* stated the idea of the juridical determination (*Rechtsbestimmtheit*), in which Schmitt sees the key to free the juristic theory from the traditional methodology, making an absolutely original proposal to determine accurate criteria for juridical practice (= *Richtigkeit der Rechtspraxis*, *Correctness of Judgment*).

KEYWORDS Decision/Decisionism, Concretization of Rules, Juridical Determination, Correctness of Judgment.

1. *ENTSCHEIDENSEIN*, ODER WENN DER ENTSCHEIDUNGSWILLE WICHTIGER ALS DER ENTSCHEIDUNGSINHALT IST

Manchmal erscheinen in den Frühwerken eines Autors, in denen die Entwicklung seines Denkens erst am Anfang steht, seine Intuitionen in einer reineren Form, die dazu verurteilt ist, sich mit der Zeit abzuschwächen. Die späteren Werke können nämlich Gefahr laufen, die Klarheit zu verlieren, die für das Denken in seiner anfänglichen Phase kennzeichnend ist, indem sie Abstand von der ursprünglichen Intuition nehmen und sich endgültig in ein komplexer gegliedertes Ganzes von Begriffen und Ideen einfügen.

Man kann sicher nicht behaupten, daß dies auch bei Carl Schmitts Werk der Fall wäre. Dennoch stellt sich das Problem bezüglich der Art, auf die sich die anfänglichen Intuitionen eines Autors nach und nach formen, auch hinsichtlich der Schmittschen Schriften der zehner Jahre. Hier tauchen zum ersten Mal einige grundlegende Themen auf, die ihren endgültigen Ausdruck in den viel bekannteren Werken der zwanziger und dreißiger Jahre finden werden. Insbesondere im Essay *Gesetz und Urteil* von 1912¹ erscheint zum ersten Mal sozusagen die eigentliche Urzelle des Schmittschen Denkens, d. h. die Idee der Entscheidung.

In dieser Abhandlung geht der junge Schmitt von folgender Intuition aus: Es ist ein Fehler zu glauben, daß dank eines formalisierbaren Verfahrens die normativen Inhalte eines Gesetzestextes grundsätzlich unverändert wieder im Urteil vorkommen können, in dem typischerweise die konkrete Bestimmung des Rechts erfolgt. Sowohl in der Abfolge, die zur richterlichen Konkretisierung des einzelnen normativen Inhalts führt, als auch in derjenigen, die im Rahmen der gesamten Rechtsordnung einen normativen Inhalt an den anderen knüpft, erlebt man nämlich das Auftreten bedeutender Diskontinuitätszeichen, wahrer Brüche, die Ausdruck des reinen Entscheidungselements in seiner tendentiellen Selbständigkeit sind. Die in ihrer Reinheit als abstraktes *Entschiedenesein*² aufgefaßte Entscheidungshandlung erscheint so von einer unaufhebbaren Willkür gekennzeichnet, die den linearen juristischen Gedankengang unterbricht, wobei sie sich (wohl in verschiedenen Intensitätsstufen) in jeder konkreten Bestimmung des Rechts und in jeder einzelnen Phase der Rechtsprechung zeigt. Das Problem

¹ Das Buch *Gesetz und Urteil* (= Schmitt, 1912) hat Schmitt während seiner Zeit als Gerichtsreferendar in Düsseldorf geschrieben und stellt seine zweite Monographie der zehner Jahre dar, da sie chronologisch seiner strafrechtlichen Dissertation folgte (*Über Schuld und Schuldarten* = Schmitt, 1910) und unmittelbar vor *Der Wert des Staates* (= Schmitt, 1914) herauskam. Zeitgleich behandelte Schmitt in anderen kürzeren, doch theoretisch nicht minder interessanten Schriften, Themen, die sich ins Zentrum des »expressionistischen« kulturellen Klimas vom Anfang des zwanzigsten Jahrhunderts in Deutschland stellten: u. a. Schopenhauers Rechtsphilosophie, das Problem der »rechtlichen Fiktion« im Lichte von Vaihingers Philosophie des »Als ob«, die Bedeutung von Theodor Däublers Poetik. Die rege und differenzierte wissenschaftliche Produktion von Schmitt in den ersten zwanzig Jahren des zwanzigsten Jahrhunderts endet mit der Monographie *Politische Romantik* (= Schmitt, 1919). Kurz darauf erschien dann die erste Ausgabe der Abhandlung über die *Diktatur* (= Schmitt, 1921).

² Bezüglich dieser »abstrakten Bedeutung«, wie Schmitt sie definiert, die auf das reine »Festgestelltsein« oder »Entschiedenesein« verweist, »tritt eine Funktion der Rechtsordnung für die Betrachtung in den Vordergrund, die in ihrem Zusammenhange mit der richterlichen Entscheidung [...] nur von Hegel einer besonderen Beachtung gewürdigt ist: Das Recht läßt sich von der Seite betrachten, daß seine Bedeutung darin liegt, überhaupt eine Regelung zu geben« (S. 49 f.). Dies, immer nach Schmitt, weil »es zahlreiche Rechtsbestimmungen [gibt], in deren Natur, wie Savigny sich ausdrückt, eine »relative Gleichgültigkeit« liegt, deren Inhalt außer allen Erwägungen des Rechtsgefühls oder der distributiven Gerechtigkeit steht und dessen Wahl vielleicht einem zufälligen Mechanismus überlassen wurde« (S. 48 f.). Auf diese Aspekte geht Schmitt insbesondere im dritten Kapitel von *Gesetz und Urteil* ein, das dem Prinzip der Rechtsbestimmtheit gewidmet ist. Meiner Ansicht nach stellt dieses Thema jedoch das eigentliche Leitmotiv des Buchs dar.

gewinnt an allgemeiner theoretischer Bedeutung in der These der Zentralität, die nach dieser Auffassung dem Moment der *Rechtsverwirklichung* eingeräumt wird. Dies wird als Moment verstanden, in dem der Entscheidungsfaktor mit größter Kraft und Offensichtlichkeit den normativen Inhalt beeinflußt. Zum Verständnis dieser Jugendschrift Schmitts sollte man das lesen, was er selber etwa zehn Jahre später im wichtigen Vorwort zu *Die Diktatur* schrieb:

Der Rechtswert der Entscheidung als solcher, unabhängig von ihrem materiellen Gerechtigkeitsinhalt, ist bereits 1912 in der Abhandlung *Gesetz und Urteil* zur Grundlage einer Untersuchung der Rechtspraxis gemacht worden; dabei wurde besonders auf Bentham hingewiesen, dessen Lehre von der Rechtsbestimmtheit durch Austins Souveränitätsbegriff unmittelbar für die Staatslehre wichtig geworden ist. [...] Die Weiterführung dieses Gedankens ergab den Gegensatz von *Rechtsnorm* und *Rechtsverwirklichungsnorm* [...]. Daher lag es nahe, den kritischen Begriff der Rechtsverwirklichung, also die Diktatur, gesondert zu betrachten und durch eine Darstellung ihrer Entwicklung in der modernen Staatslehre zu zeigen, daß es unmöglich ist, sie, wie bisher, nur gelegentlich einzelner Verfassungskämpfe ad hoc zu behandeln und im übrigen prinzipiell zu ignorieren. (Schmitt, 1921, S. XIX f., eigene Hervorhebung)

Gesetz und Urteil stellt also schon in Schmitts Selbstverständnis jenen Text dar, in dem zum ersten Mal eine Lösung vom Verhältnis zwischen Entscheidung und Norm ausdrücklich versucht wird und zwar vom Problem der Rechtsverwirklichung ausgehend, wobei man sich auf die von vornherein als bedeutend angesehene theoretische Unterscheidung zwischen Rechtsnorm und Rechtsverwirklichungsnorm stützt. Immer noch laut Schmitt soll das Problem von einer bestimmten theoretischen These ausgehen, die als Beispiel aus dem Kontext des allgemeinen öffentlichen Rechts zu entnehmen sei, und zwar von folgender:

Daß jede Diktatur die Ausnahme von einer Norm enthält, besagt nicht zufällige Negation einer beliebigen Norm. Die innere Dialektik des Begriffes liegt darin, daß gerade die Norm negiert wird, deren Herrschaft durch die Diktatur in der geschichtlich-politischen Wirklichkeit gesichert werden soll. *Zwischen der Herrschaft der zu verwirklichenden Norm und der Methode ihrer Verwirklichung kann also ein Gegensatz bestehen.* [...] Rechtsphilosophisch liegt hier das Wesen der Diktatur, nämlich in der allgemeinen Möglichkeit einer Trennung von Normen des Rechts und Normen der Rechtsverwirklichung (Schmitt, 1921, S. XVI, eigene Hervorhebung).

Da können wir Folgendes beobachten:

a) Das Schema der Rechtsverwirklichungsnorm kann fast die Gesamtheit der Rechtsfälle beschreiben.³ Denn fast immer (nur mit Ausnahme der technischen Normen vielleicht) hat man mit einem von einer Primärnorm ausgedrückten Wertinhalt zu tun, der durch Überwindung bestimmter geschichtlicher Hindernisse verwirklicht/konkretisiert werden soll.⁴ Der

³ Für Schmitt ist ein gemeinsames Merkmal der meisten normativen Bestimmungen, daß es für sie »an jeder inhaltlichen Bestimmtheit [fehlt], sei es, weil die Materie solchen außergesetzlichen Elementen fremd ist [...], sei es, weil im besondern die Unbestimmtheit solcher Elemente eine Antwort versagt [...]. Diese Fälle machen eine wichtige Erscheinung des Rechtslebens deutlich: daß es häufig *nicht so sehr auf die Art und Weise der Regelung, als auf eine Regelung überhaupt ankommt*« (Schmitt, 1912, S. 48). Und er fügt folgende erklärende Beobachtung hinzu: »von ganz seltenen Ausnahmen abgesehen, enthält jedes Gesetz ein solches Moment, das ein Zivilist vielleicht als aleatorisches bezeichnen würde: bis zu einem gewissen Grade ist es immer notwendiger, daß ein bestimmter Inhalt Gesetz ist« (Schmitt, 1912, S. 52, eigene Hervorhebung).

⁴ Dies unterstreicht die wichtige Monographie von K. Engisch über die Idee der Konkretisierung des Rechts

Zweck vom Erreichen einer politischen Ordnung sowie der Zweck der Konkretisierung der allgemeinen Norm im Einzelfall behaupten sich nämlich nicht sofort quasi durch eigene Kraft, sondern bedürfen eines sekundären Schemas, von dem sie dann abhängen.⁵

b) Dieses sekundäre Schema – das im Falle der kommissarischen Diktatur von einer außerordentlichen Richterschaft verkörpert ist, die eigens zur Realisierung eines bestimmten Zweckes eingesetzt wird – besteht in einem dezisionistischen Verwirklichungsmechanismus eines bestimmten Wertinhalts, der sich andernfalls nicht alleine in der ordentlichen Rechtsprechung hätte behaupten können, da diese ausschließlich den ›Normalzustand‹ der Norm vorsieht. Dieser Mechanismus wird, im Falle der kommissarischen Diktatur, *die Rechtsform suspendieren* (d. h.: die Form, die das Recht im ›Normalzustand‹ annehmen würde) um den Wertinhalt (d. h.: die zivile Ordnung) zu *verwirklichen*. Analog dazu wird das in jeder Entscheidung vorhandene aleatorische Moment im Falle des Urteils, das während eines Prozesses gefällt wird, eine grundsätzlich sehr weitbegriffene Urteilsfreiheit erlauben, die ihre Grenze allein in der notwendigen Berücksichtigung einer allgemeinen Rechtspraxis finden wird.⁶

Daß die tiefe Einheitlichkeit der Schmittschen dezisionistischen Annahme mit größter Klarheit gerade in Frühwerken wie *Gesetz und Urteil* erscheint, einer Abhandlung, die – wie Schmitt selbst bemerkt – »den ursprünglichen Sinn des Urteilens und Entscheidens unmittelbar evident macht« und »etwas von der Einfachheit des Anfangs behält«⁷, ist übrigens auch in den bitteren Gedanken deutlich, die in der Vorbemerkung zur zweiten Ausgabe des Buchs vom Oktober 1968 zu lesen sind. Es handelt sich hierbei um eine ›mit Abstand‹ (über ein halbes Jahrhundert nach der ersten Ausgabe) geschriebene Vorbemerkung, in der Schmitt den Leser vorsichtshalber vor den blinden Angriffen warnt, die seine Entscheidungslehre nach und nach erleiden mußte.⁸ Schmitt glaubt, daß seine Gegner die Einheitlichkeit der ursprünglichen Entscheidungseinsicht unterbrechen und die in der Entscheidungsidee impliziten logischen und politischen Entwicklungen vermeiden wollten. Deswegen hätten sie seine Lehre künstlich in zwei Teile gespalten, die allem Anschein nach keine Verbindung vorweisen und als ›große‹ und ›kleine‹ Entscheidung bezeichnet wurden.⁹ Im Lichte dieser gewollten *deminutio* würde die Entscheidung im Rahmen der richterlichen Praxis (›kleine‹ Entscheidung)

(vgl. Engisch, 1968), mit ausdrücklichem Verweis auf die Thesen von *Gesetz und Urteil* auf S. 187.

⁵ Dieser Begriff wird eine explizite theoretische Formulierung in der ersten *Politischen Theologie* finden: »Die Rechtsform wird beherrscht von der Rechtsidee und der Notwendigkeit, einen Rechtsgedanken auf einen konkreten Tatbestand anzuwenden, das heißt von der Rechtsverwirklichung im weitesten Sinne. Weil die Rechtsidee sich nicht selbst verwirklichen kann, bedarf es zu jeder Umsetzung in die Wirklichkeit einer besonderen Gestaltung und Formung« (Schmitt, 1922, S. 39, eigene Hervorhebung).

⁶ Die Grenze ließe sich im Prinzip ausdrücken, »so zu entscheiden, wie in der gegenwärtigen Praxis überhaupt entschieden worden wäre«, wie von Schmitt schon im Vorwort angedeutet und dann in den gesamten Kapiteln III und IV eingehend erklärt wird (s. u.).

⁷ So Schmitt in der Anmerkung von 1968, die bezeichnender Weise an den Anfang der neuen Ausgabe von *Gesetz und Urteil* gestellt wurde (vgl. S. V).

⁸ »Die Abhandlung *Gesetz und Urteil* vom Jahre 1912 betrifft die richterliche Entscheidung und ihre Eigenständigkeit gegenüber der Norm, auf deren materiell-rechtlichen Inhalt sie sich zu ihrer Begründung beruft. [...] Der Gedanke der Eigenständigkeit der Entscheidung hatte aber auch staatsrechtliche Konsequenzen. Er führte zu einer Definition der staatlichen Souveränität als politischer Entscheidung und zu der Erkenntnis, daß die Diktatur der Schluß der Diskussion ist. In einer heftigen Polemik gegen diese Einsicht hat man die Dezision zu einem phantastischen Willkür-Akt, den Dezisionismus zu einer gefährlichen Weltanschauung und das Wort *Dezision* zu einem Schimpf- und Schlagwort entstellt« (S. V).

⁹ Vgl. P. P. Portinaro (1982, S. 247-267), der von dieser Rekonstruktion des Themas nicht abweicht. Einige Zweifel hat darüber allerdings schon M. Fioravanti geäußert. Siehe Fioravanti (1986, S. 74, Anm. 40).

jede weitere theoretische Bedeutung verlieren und auf die banale Erkenntnis der unvermeidbaren Willkürlichkeit, die jedes Entscheidungsmoment charakterisiert, hinauslaufen. Was dann die ›große‹ Entscheidung betrifft, wäre diese dazu verdammt, Opfer einer vornehmlich ideologischen Kritik zu werden, die sie an den historischen Ausgängen der Diktaturidee festnageln will, die in einer Demokratie als gefährlich und inakzeptabel gesehen werden.

Der Vorschlag einiger Interpreten zwischen der kleinen und der großen Entscheidung zu unterscheiden und diese voneinander zu trennen, gehört zu einer gewissen Schwächungsstrategie der Schmittschen Entscheidungseinsicht, die bereits 1912 genau erkannt wurde. Diese Strategie verfolgt sehr eindeutig die Hervorhebung der These der Autonomie der richterlichen Praxis und führt das Richtigkeitskriterium der ›kleinen‹ Entscheidung auf das Postulat der richterlichen Bestimmtheit zurück.¹⁰ Anhand dieser wesentlichen theoretischen Angaben erscheint es nun angebracht, den von Schmitt in *Gesetz und Urteil* angewandten argumentativen Gedankengang näher zu betrachten.

2. DER TEXTAUFBAU

Der Text ist in vier kurze, miteinander logisch verknüpfte Kapitel gegliedert, die je einem besonderen Thema gewidmet sind. Im ersten Kapitel wird das Problem im Allgemeinen dargelegt und eine Kritik der traditionellen Rechtsmethodologie angesetzt; das zweite Kapitel setzt sich folgerichtig mit den Begriffen vom Willen des Gesetzgebers und vom Willen des Gesetzes auseinander; im dritten Kapitel wird im Prinzip der Rechtsbestimmtheit das Postulat erkannt, von dem aus ein solides Kriterium für die Bewertung von richterlichen Entscheidungen gefunden werden kann; dieses Kriterium wird dann im letzten Kapitel weiter ausgearbeitet und in der Formel des sogenannten ›anderen Richters‹ zusammengefaßt, d. h. in der Anweisung für den Richter so zu entscheiden, wie man vernünftig annehmen sollte, daß ein anderer Richter entschieden hätte.

Stellen also die ersten zwei Kapitel die *Pars destruens* des Buchs dar, in der die Methodologien und die ideologischen Modalitäten der Bildung vom Willen des Gesetzgebers und des Gesetzes einer strengen Kritik unterzogen werden, hat man in den anderen zwei Kapiteln die *Pars construens*, in der man sich die besonders anspruchsvolle Aufgabe vornimmt, einen detaillierten rechtswissenschaftlichen Entwurf zu erarbeiten.

Ausgangspunkt des ersten Kapitels sind einige synthetische, aber wesentliche Überlegungen zu den offensichtlichen Mängeln der traditionellen Interpretationsmethodologie. Schmitt untersucht zunächst die für diese Methodologie charakteristische Hypothese der sogenannten Rechtsvorschriften über die Auslegung. Hierbei zeigt er, wie das positive Recht in den unterschiedlichen in den Gesetzbüchern vorgesehenen Paragraphen keine überzeugende Antwort auf die Forderung nach klaren Entscheidungskriterien liefern kann. Gemeint sind in der Praxis anwendbare Kriterien, die im Stande wären, die Entscheidung zu leiten und deren Richtigkeit zu bewirken. Eine solche Antwort ist in den Paragraphen des positiven Rechts, auf die Schmitt ausdrücklich verweist, wahrlich nicht enthalten¹¹ – nicht zuletzt, weil das höchste

¹⁰ Rechtsbestimmtheit im Sinne der von Engisch stammenden ›Konkretisierung‹ des Rechts selbst (s. o. Anm. 4).

¹¹ Es handelt sich um § 565 der deutschen Zivilprozessordnung und um § 1 des Gesetzes über die Rechtsordnung, auf die man auf S. 15 f. eingeht. Es sei bemerkt, daß Art. 3 des damaligen italienischen Zivilgesetzbuchs

Kriterium der Rechtmäßigkeit, auf das sich im Wesentlichen die Artikel über die Auslegung berufen, als solches »ein ungeeignetes Kriterium der Richtigkeit einer Entscheidung« ist (S. 36). Das juristische Material, das man zur Grundlegung einer Entscheidung benutzt – fügt Schmitt hinzu –, sei niemals dasjenige, das von den formalen Regeln angegeben wird, die dem positiven Recht entnommen werden können: »Das in der Praxis als geltend anzunehmende Merkmal der Richtigkeit einer Entscheidung und das, was die juristische Verarbeitung des Rechtsstoffes als ›geltendes Recht‹ herausarbeitet, stehen sich als zwei Geltungen gegenüber« (S. 4). Dies ist eine auch später im Text wiederkehrende These, die dann in Polemik mit dem Kelsenismus weiterentwickelt wird.¹²

Im Kapitel folgt eine kurze, aber pointierte Kritik der psychologischen Methode. Genannt werden hier die wesentlichen Schwächen der Suche nach einem angeblichen ›Willen‹ des Gesetzgebers und vorher noch die unvermeidlichen Mängel jedes Versuchs einer Rekonstruktion der psychologischen Mechanismen bei der Entscheidungsbildung (so Schmitt, 1912, S. 24 f.). Die Kriterien, die man von dieser Art psychologischer Überlegungen ableiten will, sind für Schmitt nicht einschlägig, und umso weniger tragen sie zur Bestimmung der Richtigkeit der Entscheidung bei (S. 24). »Die Begründung des Urteils ist mit der kausalen psychologischen Erklärung des Urteilens nicht zu verwechseln« (S. 18). Schmitt bestreitet hier schließlich, daß diese psychologischen Umstände im allgemeinen ausschlaggebend für die Bekräftigung einer gewissen Entscheidungsbegründung seien: »eine experimental-psychologische Untersuchung der Vorgänge in der Seele des Richters kann nichts darüber ergeben, wann sein Urteil als juristisch richtig zu betrachten ist« (S. 19).

Die Kritik der psychologischen Methode lenkt die Diskussion sofort auf den Begriff des Willens, dessen problematischer Charakter offensichtlich ist. So ist das zweite Kapitel gänzlich dem minutiösen Abbau der Idee vom ›Willen des Gesetzgebers‹ und der vom ›Willen des Gesetzes‹ gewidmet, wobei letztere Idee der ersteren ›nachgebildet‹ ist.¹³ In diesem Kapitel werden in knapper Zusammenfassung einige von den bekanntesten Interpretationstechniken der traditionellen Methodologie dargelegt, die auf die sogenannte Methode der ›geschichtlichen‹ (im Gegensatz zu der ›evolutiven‹) Rekonstruktion zurückgeführt werden können und zwar in ihrer zweifachen – ›subjektiven‹ und ›objektiven‹ – Version: die erstere auf die Rekonstruktion vom Willen des empirischen und konkreten Gesetzgebers¹⁴ und die letztere

nur als negatives Beispiel erwähnt wird, denn es handle sich um eine Anordnung, die offensichtlich keinerlei Klärung bei der Interpretation bieten würde (vgl. Schmitt, 1912, S. 18, Anm. 8).

¹² Es sei hier daran erinnert, daß 1911, d. h. nur ein Jahr vor Erscheinen von *Gesetz und Urteil*, in Tübingen die erste Ausgabe des grundlegenden Werks von Hans Kelsen, *Hauptprobleme der Staatsrechtslehre* (= Kelsen 1911) veröffentlicht wurde. Dieses Buch setzte ein tiefes Zeichen in der ersten Phase der wissenschaftlichen Arbeit des Prager Juristen und wird von Schmitt in der eigenen Abhandlung ausdrücklich berücksichtigt, indem er diesbezüglich einige wichtige kritische Ansatzpunkte darlegt (vgl. Schmitt, 1912, Kap. III, S. 59 f.). Vgl. Fioravanti (1986, S. 51-103), und davor schon H. Hofmann (1964), insbes. Kap. I, § 3 und Kap. II, § 1. Wie richtig bemerkt wurde, richtet sich die Schmittsche Kritik insbesondere gegen »die vom Kelsenschen Positivismus vorgeschlagene Lösung, die das Kriterium der Richtigkeit der Entscheidung in der korrekten Anwendung des positiven Gesetzes sieht. So wird die richterliche Entscheidung zu einer einfachen Interpretation eines Faktes und zu einer Subsumierung eines Einzelfalles unter ein allgemeines Gesetz reduziert« (vgl. Nicoletti, 1990, S. 24). Vgl. auch neulich Neumann (2015, bes. S. 16-54). Im Allgemeinen kann man mit O. Beaud sagen, daß man Schmitts Frühwerke ›étudier en juriste‹ soll, um die theoretischen Voraussetzungen richtig zu verstehen, von denen er ausgeht (Beaud, 1995, S. 85).

¹³ »Die neue Wendung ›Wille des Gesetzes‹ ist dem ›Willen des Gesetzgebers‹ nachgebildet« (S. 27).

¹⁴ »Eine richterliche Entscheidung ist dann richtig, wenn sie vom Gesetzgeber im positiven Recht vorgesehen ist« (S. 22). In diesem Sinn hätte man »den realen Willen des Gesetzverfassers, oder aber des empirischen

auf die Rekonstruktion der im Text des Gesetzes objektivierten Bedeutung selbst (bzw. auf die Bedeutung des normativen Dokuments) zielend.

Von der traditionellen Pandektistik ausgehend, fand die früheste *subjektive Lehre* ihre endgültige Systematisierung in der Lehre von Bernhard Windscheid.¹⁵ Die *objektive Lehre* stammte dagegen von Zivilrechtsmethodologen wie Adolf Wach (vgl. Wach, 1885) und Josef Kohler (vgl. Kohler, 1886), die sie einige Jahrzehnte später erarbeiteten und zwar in den Jahren 1885-86 (vgl. Larenz, 1983, S. 32; siehe dazu auch Engisch, 1956, S. 85 f.). Wird im ersten Ansatz bei Zweifelsfällen oder echten Gesetzeslücken dem Ausleger nahegelegt, den lückenhaften Text durch eine Rekonstruktion von dessen Vorbereitung zu ergänzen, in der Überzeugung, daß daraus wertvolle Klärungen über die Bedeutung streitiger Vorschriften hervorgehen können, nimmt das Problem im zweiten Ansatz ein weit größeres theoretisches Gewicht an, da hier das Wesen des Gesetzes selbst ins Spiel kommt und folglich in Frage gestellt wird. Bei der objektiven Lehre reduziert sich das Gesetz nicht mehr auf einen einfachen Akt der Stellungnahme, sondern wird direkt vor das zentrale Problem der Vernünftigkeit seines normativen Inhalts gestellt.¹⁶

Angesichts all dessen beruft sich Schmitt auf Vaihingers Fiktionslehre, um die Idee vom ›Willen‹ selbst, die beiden doch unterschiedlichen Auslegungstechniken zugrunde liegt, einer tiefgreifenden Kritik zu unterziehen: »Nun wäre freilich die Überwindung, d. h. Klarstellung des gänzlich verschwommenen Begriffes ›Willen‹ ebenso notwendig gewesen, wie die glänzende Attacke auf das Gespenst ›Gesetzgeber‹. Diesen war man los, der ›Wille‹, das schlimmere Gespenst, war geblieben« (S. 30). Es ist die allgemeine Idee von ›Willen‹ mit all ihren möglichen Folgen auf doktrinärer Ebene, die in diesem Satz ernsthaft in Frage gestellt wird. Man denke zum Beispiel an die normativistischen und imperativistischen Lehren, die mit dem Voluntarismus zusammenhängen und die – obwohl zu jener Zeit noch relativ vorherrschend – von einer mächtigen epistemologischen Kritik von innen demontiert wurden. Diese hob das Fiktionselement hervor, das im scheinbar wissenschaftlichen Aufbau des ›Willens‹ enthalten ist: »Die Widersprüche und Inkonsistenzen der Lehre vom Willen des Gesetzgebers hatten ihren Grund darin, daß man sich nicht darüber klar werden wollte, mit einer bloßen Fiktion zu operieren, Reihen von ›transpositiven‹ Momenten und Inhalten so zu behandeln, als ob sie der Wille des Gesetzgebers wären« (S. 26). Und Schmitt schließt wie folgt: »Statt dessen verwandelte man die Fiktion in ein Dogma« (S. 26).

konkreten Gesetzgebers« verstehen sollen (S. 23). Vgl. (Larenz, 1983).

¹⁵ Siehe Windscheid (1875). Nach Windscheid ist »die Feststellung des Sinnes, welchen der Gesetzgeber mit den von ihm gebrauchten Worten verbunden hat«, die Voraussetzung für die Bindung des Richters an das Gesetz. Auf skurrile Weise sollte sich der Ausleger »in die Seele des Gesetzgebers hineindenken« (§ 21). Dementsprechend hat sich auch F. Regelsberger geäußert, für den das Gesetz »der Ausdruck des Willens des Gesetzgebers« ist und der »Inhalt des Gesetzes das vom Gesetzgeber erkennbar Gewollte, der Wille des Gesetzgebers« ist (Regelsberger, 1893, S. 143).

¹⁶ Kohler erarbeitet einen teleologischen Begriff, den ›Willen des Gesetzes‹, wobei er als dessen wesentliches Element das Streben nach einem organischen Zweck sieht (»Gesetz im teleologischen Sinne als organisches Zweckstreben«, so Kohler, 1886, S. 1). Der sachliche Aufbau des Textes als solcher hätte demnach eine eigene notwendige »innere Rationalität«. Auf diese Weise würde der Rechtssatz, der im Gesetz seinen Ausdruck findet, als Mittel zur Realisierung eines rationalen Zwecks und in mancherlei Hinsicht als Wahrer einer Art ›Rechtsvernunft‹ erscheinen. Larenz (1983, S. 32-34) sieht diesen theoretischen Ansatz als Folge des Einflusses der stark rationalistischen Komponente, die zu Kohlers Zeit die Rechtslehre charakterisierte. Der konventionalistische epistemologische Ansatz, der sich an Vaihinger anlehnte und von dem Schmitt 1912 ausging, würde die offensichtliche Naivität solcher theoretischen Haltungen leicht widerlegen, in denen – wie Schmitt bemerkt – der Ausdruck ›Wille‹ eben auf naivste Weise gebraucht wird (Schmitt, 1912, S. 25).

Belegt wird Vaihingers Einfluß auf die Entwicklung von Schmitts Gedanken nicht nur durch den Briefwechsel (vgl. Hüsmert, 2000), sondern auch durch die Rezension von Vaihingers *Die Philosophie des Als-Ob* (vgl. Schmitt, 1911), und noch mehr durch den kurzen Artikel über die juristischen Fiktionen von 1913 (vgl. Schmitt, 1913).¹⁷ In diesen Schriften gewinnt der Begriff der Fiktion zentrale Bedeutung, wobei er als gewollt willkürliche Konstruktion verstanden wird, die jedoch rein pragmatisch zur Erreichung konkreter Ziele nützlich sein kann (und zwar im Rahmen der Realisierung stabiler Ordnungen, die durch allgemein voraussehbare/berechenbare Beziehungen charakterisiert sind). Besonders hier ist die Wirkung der Koppelung von neokritischer Epistemologie einerseits und Nietzsche-scher Epistemologie andererseits (wie sie aus den *Nachgelassenen Fragmenten* aus den Jahren 1884-89 zu entnehmen ist) auf den jungen Schmitt sichtbar. Er schreibt:

Die Fiktion ist ein Kunstgriff, ein Weg, den die Menschheit in allen Wissenschaften tausendmal beschreitet, um durch falsche Annahmen zum richtigen Ziel zu kommen, eine Methode, die vor allem in der Mathematik und den Naturwissenschaften ihren Wert und ihre Berechtigung längst gezeigt hat. [...] Die Methode ist die: man betrachtet das Ergebnis der Auslegung, *als ob* es der Wille des Gesetzes wäre. Dabei ergibt sich allerdings die Tendenz, das Gedachte als Realität zu behandeln. Dadurch, daß man eine willkürliche und falsche Annahme macht, um Wirklichkeiten zu berechnen, zugleich aber sich dieser Willkürlichkeit stets bewußt bleiben muß, entsteht ein »unangenehmer Spannungszustand« der Seele, den man zu beseitigen sucht, indem man dem Gedachten Realität zuschreibt. »So wird die Fiktion einfach Dogma, das ›Als ob‹ wird zum ›Weil‹« (*Die Philosophie des Als Ob*, S. 222). (Schmitt, 1913, S. 805)¹⁸

Die traditionelle Auslegungsmethodologie, die dem Gebot der notwendigen logischen Rekonstruktion des ›Willens‹ des Gesetzes verpflichtet ist, verfällt also einem grundlegenden theoretischen Irrtum, wenn sie das, was eigentlich als eine *Vertragskonvention* erkannt werden sollte, mit einem logischen Kausalitätsverhältnis verwechselt, indem sie das ›Als ob‹ in ein ›Weil‹ verwandelt.¹⁹ Wäre man dagegen fähig gewesen – wie Schmitt behauptet –, den rein konventionellen Charakter der Daten zu erkennen, auf die der Ausleger eingreifen soll, hätte man die hermeneutische Tätigkeit nicht einer Art allgemeinen Fetischismus²⁰ überlassen, der sich unvermeidlich auch auf anderen Ebenen wiederholen würde. Etwas Ähnliches passiert zum Beispiel, gerade in der traditionellen Rechtstheorie, hinsichtlich der Unfähigkeit, zwischen zwei grundlegenden Problemen zu unterscheiden, die ihrer Natur nach eigentlich völlig getrennt sind: dem Problem der Richtigkeit der *Interpretation* auf der einen Seite und dem Problem der Richtigkeit der *Entscheidung* auf der anderen.²⁰ Darauf insistiert *Gesetz und Urteil* mehrmals, wobei diese Unterscheidung als eines der Hauptmerkmale des im Buch enthaltenen Lehrentwurfs erkannt wird. Schmitt hebt klar hervor, daß

¹⁷ Aber schon in *Gesetz und Urteil* möchte Schmitt unterstreichen, daß »Vaihingers schon erwähnte Ausführungen über die Bedeutung und Berechtigung der Als-Ob-Betrachtung [...] hier wieder wichtig [werden], weil sie dem Einwand, das Resultat der Interpretation sei nicht der wirkliche Wille, sondern werde nur betrachtet, als ob es der Wille sei, den Boden entziehen« (Schmitt, 1912, S. 37).

¹⁸ Bezüglich des problematischen Verhältnisses zwischen Rechtswissenschaft und exakten Wissenschaften siehe die Unterscheidungen, die Schmitt in *Gesetz und Urteil* macht (vgl. S. 75 und die Anm. III im Anhang des Buches).

¹⁹ »Wie sich Fiktionen [...] in Dogmen verwandeln, indem man aus dem ›als ob‹ ein ›weil‹ macht« (Schmitt, 1911, S. 430).

²⁰ Der falsche Primat des voluntaristischen Elements, das als wirklich gesehen wird und folglich in der Gestalt eines Gesetzgebers ›verkörpert‹ oder in einem Gesetzestext ›objektiviert‹ wird, ist nach Schmitt nämlich auch dafür verantwortlich, daß man unvermeidlich nicht im Stande ist, zwischen Richtigkeit der Interpretation und der Richtigkeit der konkreten Entscheidung zu unterscheiden (Schmitt, 1912, S. 29).

die Theorie vom Willen einer gesetzgeberischen Instanz [...] daher auf diese allgemeinste Voraussetzung geprüft werden [sollte], darauf, ob wirklich richtig interpretieren und richtig entscheiden dasselbe ist, oder ob vielleicht die Richtigkeit der Interpretation zwar eine Voraussetzung der Richtigkeit der Entscheidung ist, sie aber nicht erschöpft, sondern noch andere Momente hinzukommen müssen, ehe die Entscheidung richtig zu nennen ist; und ob weiter dadurch nicht die Stellung der Interpretation so verändert wird, daß sie ihren Bezirk für sich hat und überhaupt nicht mehr als allgemeine Voraussetzung für die Richtigkeit einer Entscheidung anzusehen ist (Schmitt, 1912, S. 29).

Man sollte auf jeden Fall nicht vergessen, daß die These der Überlegenheit oder sogar des Primats der Interpretation (als Moment von Rechtskenntnis) gegenüber der Entscheidung (als eminent praktisches Moment) ein Vermächtnis der traditionellen Methodologie war. Im Wesentlichen unverändert findet man dann die sogenannte ›juristische Methode‹²¹ beim frühen Kelsen oder besser gesagt in der Kelsenschen Theoretisierung der ausschließlichen Aufmerksamkeit, die dem formal gültigen Recht gebührt, die schon in den *Hauptproblemen*²² enthalten ist und mit der sich Schmitt gerade in *Gesetz und Urteil*²³ auseinanderzusetzen begann.

Die fehlende Unterscheidung zwischen dem Problem der Richtigkeit des theoretischen Moments der Auslegung und dem praktischen Moment der Entscheidung ist das, was Schmitt übrigens auch der Freirechtsbewegung vorwirft, deren kritischen Thesen er anfangs zu teilen oder mit denen er wenigstens, in Anbetracht der in *Gesetz und Urteil* dargelegten Überlegungen, eine gewisse Verwandtschaft²⁴ zu erkennen scheint.

²¹ Für einen Überblick über die geschichtliche Entwicklung dieser ›Methode‹, die sich von der zivilistischen Struktur der deutschen Pandektistik ausgehend behauptet und später auf das öffentliche Recht ausgedehnt wird, und zwar längs der theoretischen Linie, die von Gerber bis zu Laband und Jellinek reicht, siehe Fioravanti (1979).

²² Siehe oben, Anm. 12.

²³ Diese Auseinandersetzung endet jedoch in der knapp (nicht ohne einige leicht polemische Pointen) formulierten Erkenntnis der wesentlichen ›Inkompetenz‹ von Kelsen – dessen Ansatz gänzlich darauf zielt, die Voraussetzungen für eine ›wissenschaftliche‹ Kenntnis des positiven Rechts auszuarbeiten – hinsichtlich der Probleme der ›Rechtspraxis‹, wie sie in *Gesetz und Urteil* entworfen wird. So schreibt Schmitt bezüglich der in den *Hauptproblemen* dargelegten Thesen sehr ausdrücklich: »Aus der Problemstellung vorliegender Untersuchung ergibt sich ihre Stellungnahme zu diesen Ausführungen. Die Methode der Rechtsanwendung ist das Thema, nicht die wissenschaftliche Verarbeitung des positiven Rechts oder die Konstruktion juristischer Begriffe. Infolgedessen sind ihre methodischen Voraussetzungen auch andere als die der *Theorie* des geltenden Rechts, die bei einer Nichtbeachtung alles dessen, was nicht aus dem Gesetz begrifflich zu deduzieren ist, ihrem Wesen nach mit der Methode einer Praxis nichts zu tun haben kann. Es ist daher kein Einwand gegen die Ansichten jenes Buches daraus abzuleiten, wenn es wichtige (und aktuelle) Fragen der Methodik einer Rechtspraxis gar nicht erklären will, sondern ihnen gegenüber offen seine Inkompetenz ausspricht und sich damit begnügt, zu bemerken, in der Frage des richterlichen Ermessens oder dergleichen höre alle juristische Konstruktion auf« (Schmitt, 1912, S. 56 f.).

²⁴ Diese Ähnlichkeit wird von mindestens zwei Rezensenten des Schmittschen Textes erkannt: W. Jellinek (vgl. Jellinek, 1914) und P. Oetermann (vgl. Oetermann, 1913). Die offensichtlichen theoretischen Unterschiede entgehen dagegen nicht F. Hollmack (vgl. Hollmack, 1912). Daß die Ähnlichkeit zwischen den Thesen der *Freirechtsbewegung* und denen von *Gesetz und Urteil* nur oberflächlich ist, versteht man aus Schmitts Beobachtungen jedes Mal, wenn er das Thema explizit anschnidet. Vgl. z. B. Schmitt (1912, S. 19 f.): »[...] daß diese Anschauungen letzten Endes eine ›Gesetzmäßigkeit‹ als Kriterium der Richtigkeit einer Entscheidung aufstellen und sich von der alten Interpretationslehre in diesem Punkte nur dadurch unterscheiden, daß sie bei dem Worte ›Gesetzmäßigkeit‹ unter Gesetz etwas anderes verstehen, das aber auch interpretiert und angewendet werden soll« (Schmitt, 1912, S. 20 f.). Es ist jedoch klar, daß Schmitts Kritik darüber hinausgeht und er sie auch auf die Fehler ausweitete, welche die ›Freirechtslehren‹ schon in deren Auffassung des Gesetzes aufweisen. Nicht anders als die traditionelle Rechtsmethode hat nämlich nach Schmitt auch das Freirecht als normativen Ansatz-

Erwarten sollte man in Wahrheit eine endgültige Klärung über den tiefen, substantiellen und funktionellen Unterschied, der zwischen der Tätigkeit der Auslegung und jener der Entscheidung besteht, nicht schon von der Rechtslehre, sondern von der Rechtspraxis in engerem Sinn, d. h. von der richterlichen Praxis. Dies wiederholt Schmitt mehrmals, so daß es zu einer der grundlegenden Thesen seines Buchs wird. Und der Praxis in ihrer komplexen und detaillierten inneren Problematik sind die darauffolgenden Kapitel des Essays gewidmet.

Im dritten und im vierten Kapitel über das Postulat der Rechtsbestimmtheit und die Formulierung des Kriteriums zur Feststellung der Richtigkeit der Entscheidung werden dann in der Tat die wesentlichen Aspekte der in *Gesetz und Urteil* diskutierten Frage dargelegt. Das Problem der Praxis konzentriert sich gänzlich darauf, ein Richtigkeitskriterium für das Urteil und für die jeweilige Entscheidung zu finden. Und nur die richterliche Praxis kann dies leisten, denn – wie Schmitt unermüdlich beteuert – weder vom Gesetz, das bloßer Referenzrahmen bleibt, noch von abstrakten Überarbeitungsmethodologien positivistischen Ursprungs kann ein lösungswirksames Kriterium zur Bestimmung der Richtigkeit eines Urteils und einer Entscheidung kommen, sondern einzig und allein aus dem konkreten Rechtsleben in seiner praktischen Verfahrenseffektivität.

Bevor man aber bestimmt, welcher Inhalt diesem Kriterium zugeschrieben werden kann, soll man ihm nach Schmitt eine Grundlage geben und das kann man nur, indem man die Praxis selbst nach einem Postulat fragt, das seinerseits die Wahl des Kriteriums lenken wird. Das Postulat soll nicht aus einer rein soziologischen Untersuchung hergeleitet werden und auch nicht von – oft verdeckten – naturrechtlichen Voraussetzungen (Gerechtigkeitstheorien usw.) abhängen. Vielmehr muß es in der Effektivität der richterlichen Praxis verwurzelt und so aufgebaut sein, daß es die Verwirklichung des Rechts im konkreten Einzelfall (z. B. im Verfahren) erlaubt. Wie vorher gesagt, ist dieses Postulat in Schmitts Diskurs typischerweise vom *Prinzip der Rechtsbestimmtheit* dargestellt, d. h. vom theoretischen Wortlaut, der dem Grundbedürfnis nach einer Rechtsnorm entspricht, daß in ihrer konkreten Verwirklichung in der richterlichen Praxis die wesentlichen Bedingungen sowohl der *Sicherheit/Verlässlichkeit* als auch der *Kalkulierbarkeit/Berechenbarkeit* jeder Entscheidung gewährleisten kann. Berufen muß man sich diesbezüglich zunächst auf Bentham, dessen sozialpolitischer Begriff der *expectation* nach Schmitt auch im Rahmen der richterlichen Praxis eine grundlegende Bedeutung annimmt: von Seiten der Adressaten gibt es eine berechtigte Erwartung an *Einheitlichkeit*²⁵, die das Moment der Rechtsanwendung betrifft und sich in einer tatsächlichen Kalkulierbarkeit der Urteile niederschlagen muß:

Was bei Bentham am meisten interessiert, ist die Selbstverständlichkeit, mit der er von der allgemeinen Bedeutung des Rechts im sozialen Leben und den Pflichten der Gesetzgebung auf die Rechtsanwendung Schlüsse zieht und den Zusammenhang zwischen dem ›Adressaten‹ des Gesetzes, als der

punkt im Wesentlichen das Gesetz, und zwar an und für sich genommen, wobei jedoch die Notwendigkeit einer weiten inhaltlichen metapositiven Integrierung beteuert wird. Schließlich gelangt man zu folgender korrekten Behauptung: »Mit einer derartigen inhaltlichen Erweiterung des Begriffes ›Gesetz‹ in dem Begriff ›Gesetzmäßigkeit‹ beraubt man aber sein Kennzeichen einer richtigen Entscheidung, Subsumierbarkeit unter das Gesetz, jeden Wertes« (Schmitt, 1912, S. 40). Über die *Freirechtsbewegung* bleibt immer noch das Buch von L. Lombardi grundlegend (Lombardi, 1967, insbes. Kap. III [Il giusliberismo] und IV [Il diritto giurisprudenziale]).

²⁵ Es sei daran erinnert, daß dieses Element der ›Einheitlichkeit‹ mit gewolltem Nachdruck schon am Anfang von *Gesetz und Urteil* erwähnt wird: »Allen Bemühungen um eine richtige Entscheidung liegt also die Forderung einer gleichmäßigen, einheitlichen Praxis zugrunde« (*Vorwort*, S. VII).

ihm ohne weitere Frage das Volk erscheint, und praktischer Interpretation betont. Die Tätigkeit des Richters wird nach der (staatspolitischen) Tätigkeit des Gesetzgebers beurteilt. [...] Für beider Tätigkeit gilt ein und dasselbe Kriterium der Richtigkeit: sie sollen der allgemeinen Erwartung, der *expectation*, entsprechen; ihr Tun soll berechenbar sein. (Schmitt, 1912, S. 64-65, vgl. auch S. 66)²⁶

Aber das, was Bentham meint, deckt sich nicht mit dem, was Schmitt im Sinn hat, denn »Bentham treibt Rechtspolitik und Sozialwissenschaft, nicht Jurisprudenz« (Schmitt, 1912, S. 67). Schmitt möchte dagegen präzisieren, daß

wenn hier das Moment des abstrakten Festgestelltseins hervorgehoben wird, so steht das mit der Rechtssicherheit, wie Bentham sie versteht, nur äußerlich in Zusammenhang, weil nicht ihre volkswirtschaftliche und sozialpsychologische Bedeutung hier interessiert, sondern jenes Moment der inhaltlichen Indifferenz, das jeder Rechtssatz in sich enthält (Schmitt, 1912, S. 66-67).²⁷

Noch einmal liegt der wirklich ausschlaggebende Punkt in der Einsicht, daß die inhaltliche Indifferenz, die jede Norm notwendigerweise charakterisiert, in der Regel dazu bestimmt ist, vor den spezifischen Inhalten der einzelnen Normsätze, sowie vor den gewöhnlich vorgesehenen formellen Verfahren zu ihrer Inkraftsetzung Vorrang zu haben. Zählen nämlich nur die *konkreten Zwecke* wirklich, welche die Normen realisieren müssen, so muß man feststellen, daß diese Zwecke sehr oft direkt realisiert werden sollen, in totaler Unabhängigkeit von Anwendungsnormen, die in der richterlichen Praxis selbst entstehen. Dies rückt die formellen Inhalte und die Verfahrensregeln der Gesetzgebung unvermeidbar in den Hintergrund, indem ihnen eine Nebenrolle zugewiesen wird.

²⁶ Vgl. Schmitt, 1912, S. 66. Das Erfordernis der Berechenbarkeit gehört typischerweise zu der Weberschen Soziologie. Zur Zeit als Schmitt *Gesetz und Urteil* verfasste, war es ja vor allem die juristische Methodenlehre neokantianischen Ursprungs, die es zusammen mit dem Erfordernis der Rechtssicherheit in Erwägung zog. Im deutschen südwestlichen Kulturumfeld (man denke an das Heidelberg der zehner und zwanziger Jahren) war es schließlich gerade diese Methodenlehre, die sich am meisten von Weber inspirieren ließ und in der Rechtsphilosophie von Gustav Radbruch ihren typischsten Ausdruck fand. Die erste Ausgabe von der *Einführung in die Rechtswissenschaft*, einem der meistgepriesenen Werke Radbruchs, erschien 1910 und muß Schmitt bei der Niederschrift von *Gesetz und Urteil* wohl bekannt gewesen sein: darauf, bzw. auf was in diesem Werk direkt die neokantianische Idee der Rechtssicherheit betrifft, bezieht sich Schmitt, wenn er behauptet, daß er sich in der »zu statischen« Rekonstruktion der Rechtssicherheit nicht wiedererkennt, die für das liberal-positivistische Gesellschaftsbild charakteristisch ist. Das Ideal der Rechtssicherheit ist auf der semantischen Ebene begrenzter als die Schmittsche Rechtsbestimmtheit. Es sei mir hier gestattet, diesbezüglich auf meinen Aufsatz *Rileggendo Radbruch* zu verweisen (Castrucci, 1988, S. 487 f.), aus dem hervorgeht, daß eine erweiterte Idee von Rechtssicherheit in Wirklichkeit sowohl die Ordnung und den sozialen Frieden, die vom Recht gesichert werden, als auch die Rechtssicherheit in engerem Sinn umfassen könnte, d. h. ein Element für welches das Rückwirkungsverbot der Gesetze, die zeitliche Beständigkeit der Rechtsnorm, die Erfüllung der Anforderungen zur Kenntlichkeit der Normen (Bekanntmachung usw.) als auch vor allem die Stabilität der Rechtsordnung insgesamt charakteristisch sind.

²⁷ Näher zu betrachten bleibt noch das lange, in Anm. 72 enthaltene Zitat (Schmitt, 1912, S. 67 f.), das aus Benthams *Principles of the Civil Code* stammt. Aus ihm wird ersichtlich, daß der Nachdruck, den Bentham dem psychologischen Phänomen der *expectation* verleiht, auf dem das Postulat der Rechtsbestimmtheit begründet ist, nicht unbedingt die Behauptung der reinen Willkür der richterlichen Tätigkeit ankündigt, sondern – ganz im Gegenteil – auf die notwendige Beteuerung der Bindung zum wörtlichen Sinn des normativen Textes hinweist, an die der Richter sich zu halten hat: »When the judge dares to arrogate to himself the power of interpreting the laws, that is to say, of substituting his will for that of the legislator, everything is arbitrary – no one can foresee the course which his caprice may take« (ebd.).

Dies zu begreifen – so Schmitt – hieße jedoch nicht, wie man zunächst glauben könnte, daß man der Interpretationswillkür des einzelnen Richters Tür und Tor öffnet: die Entscheidungen müssen nämlich angemessen begründet sein und die Begründungen werden umso überzeugender und durchsetzungsfähiger sein, je *allgemeiner anerkannt die Meinung ist, worauf sich im Rahmen der Praxis das formulierte Urteil stützt*. Daher rührt das im vierten Kapitel von *Gesetz und Urteil* behandelte Problem, d. h. die Ermittlung eines spezifischen Kriteriums zur Bestimmung der Richtigkeit der Entscheidung und zwar vom Postulat der Rechtsbestimmtheit ausgehend. Dieses Kriterium wird man nie in bezug auf die Gerechtigkeit formulieren können, sondern einzig auf die Richtigkeit, im Sinne von Fähigkeit, eine homogene richterliche Orientierung zur Erreichung einer tendentiellen Einheitlichkeit der Urteile um sich zu vereinen.

Hauptaufgabe der richterlichen Praxis wird dann diejenige sein, den »größtmöglichen Konsens« unter den Auslegern zu bilden und dabei als Zweck nicht so sehr bzw. nicht nur die zu verfolgende Einheitlichkeit der theoretischen Linie vor Augen zu haben (wie es in der traditionellen Methodologie passierte), sondern vielmehr die konkrete richterliche Entscheidung, die im Fall einer bestimmten in der Praxis entstandenen Auseinandersetzung zu treffen sei. Mehr Geltung wird dann jene richterliche Orientierung finden, die sich als ausweitungsfähiger erweisen wird, indem sie für die größte Anzahl von Richtern *voraussehbar/kalkulierbar* erscheint und das Wachsen einer Art von befürwortendem und einheitlichem *opinio communis* ermöglicht.

Daher rührt die Prämisse, die Ausgangspunkt des vierten Kapitels ist: Es muß »ein der Rechtspraxis autochthones Kriterium gefunden werden« (Schmitt, 1912, S. 71), das ein effektives Prinzip für die richterliche Praxis liefern und somit das alte Dilemma zwischen formaler Einbindung der Gesetze und Option der subjektiven Freiheit des Richters überwinden kann. Die Freirechtsbewegung selbst hatte nämlich dieses Dilemma nicht überwinden können und blieb darin verwickelt. Die Definition dieses Kriteriums findet man in der berühmten Formel, die Schmitt 1912 für die damalige Juristenwelt verfasste:

Eine richterliche Entscheidung ist heute dann richtig, wenn anzunehmen ist, daß ein anderer Richter ebenso entschieden hätte. »Ein anderer Richter« bedeutet hier den empirischen Typus des modernen rechtsgelehrten Juristen. (Schmitt, 1912, S. 71)

Hier wird der Richter auf Webersche idealtypische Weise als »Vertreter« des eigenen Berufs- und Gesellschaftsstandes gesehen. Dieser Umstand – in Anbetracht des soziologischen Umfelds der Bürokratie nach Bismarck und des Beamtenstaats, auf das sich Schmitt implizit bezieht – gewährleistet sowohl den angewandten richterlichen Orientierungen als auch den einzelnen getroffenen Entscheidungen eine besondere Beständigkeit, so daß man sogar zur Bildung einer Art »konservativen« Gegengewichts zu den Entwicklungstendenzen der damaligen Gesetzgebung kommt.²⁸ 1912 macht Schmitt keinen Hehl daraus, daß er in der

²⁸ Ein von Schmitt sehr geschätztes »konservatives Gegengewicht«, wenn man am Bild von Schmitt als »Jurist der Tradition« festhält, das aus dem bereits zitierten Aufsatz von M. Fioravanti hervorgeht (vgl. Fioravanti, 1986). Seine Interpretation scheint in dieser Hinsicht sehr überzeugend. Fioravanti versäumt nicht, den historisch-begrifflichen Zusammenhang zwischen der Schmittschen Philosophie des öffentlichen Rechts und der Theoretisierung des Verwaltungsrechts von Otto Mayer angemessen hervorzuheben. Die Letztere wurzelt nämlich in einem homogenen Beamtenstand und sichert eine valutative und ideologische Einheitlichkeit und folglich eine Rechtsprechung, die auf eine zuverlässige Praxis zählen kann, in der es überwiegend voraussehbare und kalkulierbare Entscheidungen gibt.

Jurisprudenz einen wichtigen Faktor für Stabilität und Kontinuität sieht, wohingegen die Gesetzgebung, genau wie das interventionistische und positivistische Bismarcksche Modell verstanden, als Faktor für gesellschaftliche Veränderung und Wandel und folglich als offensichtliches Instabilitätsrisiko für die traditionelle Staatsordnung gesehen wird. Auf diesen Themen insistierte in der rechtswissenschaftlichen Literatur jener Zeit eine interessante, doch noch minderheitliche Interpretationslinie, die am Rande der Freirechtsbewegung entstanden war. Typisches Ergebnis dieser Richtung ist die Abhandlung von Hans Reichel aus dem Jahr 1915, in der als Element zur Füllung von jedem »rechtsleeren Raum« der vermeintliche Konsens, in der Gegenwart oder in naher Zukunft, der Kollegen und der Juristenwelt insgesamt genannt wird (vgl. Reichel, 1915).²⁹

Über einen Aspekt hat man allerdings noch nicht genügend reflektiert. In Anbetracht all seiner Entfaltungsmöglichkeiten war dieser Vorschlag vom jungen Schmitt dazu bestimmt, eine tiefgreifende Revision beim Angehen einiger entscheidender Probleme der ordentlichen Rechtsprechung sowie bezüglich des allgemeinen Quellensystems selbst auszulösen. Denn die ausschlaggebende Rolle der Voraussicht vom Richter, der dazu angespornt wird, so zu entscheiden, »wie ein anderer (oder jeder andere) Richter« es tun würde, stärkt einerseits sichtlich die von der Rechtsprechung fortgesetzte Linie, relativiert aber andererseits die Zentralität des Gesetzes. In Extremfällen wird nämlich eine Zulassung der *interpretatio contra legem* nicht ausgeschlossen und zwar bei der berechtigten Annahme, daß »der andere Richter« diese vermutlich zugelassen oder vorgeschlagen hätte.³⁰ Aber darüber hinaus erlaubt das Kriterium vom »anderen Richter« eine Revision und Neubewertung klassischer, in der ordentlichen richterlichen Praxis wiederkehrender Themen, über die das vierte Kapitel von *Gesetz und Urteil* sich verbreitet. Darunter: 1) das *Kollegial*prinzip des Urteils als Ansatz zur Verwirklichung des *idem sentire* unter den Mitgliedern der Gerichtshöfe verstanden (aber auch von Schmitt kritisiert); 2) das *System der Instanzenzüge*, Neubewertet im Lichte der erwünschten wesentlichen Einheitlichkeit der Rechtsprechung in den unterschiedlichen Instanzen; 3) die Erkennung des *Adressaten der Entscheidungsgründe* im »gelehrten Juristen« als repräsentativem Idealtyp eines wesentlich homogenen Berufs- und Gesellschaftsstands (siehe jeweils Schmitt, 1912, S. 74 f., 77 f., 83 f.).

Unsere aktuelle Situation ist freilich Lichtjahre von den geschichtlichen Umständen entfernt, die Schmitt 1912 zu seinem Lehrentwurf leiteten. Dies widerlegt jedoch nicht die Tatsache, daß, trotz der gewaltigen sozialpolitischen Unterschiede, die wirklichen unterliegenden Probleme dieselben geblieben sind und nach wie vor die richterliche Praxis prägen. Die Frage nach dem Vorhandensein oder Fehlen einer wünschenswerten Einheitlichkeit der richterlichen Orientierungen und die – eng damit verbundene – Frage nach einem auf den verschiedensten Ebenen des Gerichtssystems soweit wie möglich verbreiteten Konsens, der zu deren Verwirklichung notwendig ist, erscheinen als unabdingbare Voraussetzungen, um

²⁹ L. Lombardi kommentiert in seinem Buch wie folgt: »Si tratta di decidere scegliendo, tra le soluzioni che paiono giuste, quella che si può fondatamente sperare diventi consuetudine« (Lombardi, 1967, S. 344, Anm. 471). In anderen Worten: um zu entscheiden, soll man unter den vielen möglichen Lösungen jene suchen, welche die größte Fähigkeit besitzt, sich auf den Rest der Rechtsprechung auszudehnen und zum *Paradigma neuer Entscheidungen* zu werden.

³⁰ »Eine gegen den Wortsinn des Gesetzes verstoßende Entscheidung, und das heißt eine Entscheidung *contra legem* [...], ist unter denselben Voraussetzungen richtig, wie jede andere; nämlich dann, wenn sie von dem anderen Richter (der gesamten Praxis) in der gleichen Weise getroffen worden wäre. [...] Daß der einzelne Richter, trotz bester Überzeugung, *contra legem* eine richtige Entscheidung treffen könne, wird hier ausdrücklich verneint« (Schmitt, 1912, S. 111 f., 113).

das Prinzip der Rechtsbestimmtheit in die Praxis umzusetzen und es nicht einfach als formal hinzunehmen. Denn gerade darin ist nämlich einer der wichtigsten Sicherheitsfaktoren in den Rechtsbeziehungen zu erkennen, die jeder Gesellschaft innewohnen³¹.

* * *

³¹ Der kurze Hinweis auf das Schmittsche Thema vom ›anderen Richter‹, den wir in Lombardi (1967, S. 337 f., insbes. S. 344) finden und in der Formel vom »vorhersehbaren Konsens, aktuell oder in naher Zukunft, der Kollegen und der juristischen Welt insgesamt« zu den von einem bestimmten richterlichen Spruch ausgedrückten Rechtsprechungsrichtlinien zusammengefaßt wird, gibt noch nicht in angemessener Weise die Bedeutung der radikalen Innovativität des in *Gesetz und Urteil* enthaltenen Entwurfs wieder. In seinem Aufsatz, der doch eine systematische (und bahnbrechende) Arbeit zu den Themen, die das ›freie Recht‹ charakterisieren, darstellt, fügt Lombardi die brisante Schmittsche Anweisung zur *Autonomie der Praxis* einfach in die sogenannten »Sonderkriterien, die dem Wertpol am nächsten stehen« und von der »Rechtsvernunft an sich« ausgearbeitet wurden, um die vom Gesetz programmatisch vorgesehenen Lücken zu füllen, ein. Dabei stellt er sie auf dasselbe Niveau wie das Gewissen (die »subjektive Vernunft«), die »Werturteile«, das »Rechtsgefühl«, die Billigkeit usw., ohne weitere Unterscheidungen vorzunehmen. Auch die jüngere Literatur über Interpretations- und Argumentationstheorie zeigt kein konkretes Interesse für dieses Problem, da sie auf absolut unzufriedenstellende Weise die grundlegende Frage der »Einheitlichkeit« der Sprüche als logische und soziologische Voraussetzung für die Möglichkeit einer »korrekten« Entscheidung auf den rein formellen Aspekt der sogenannten »axiologischen Kohärenz« reduziert (siehe z. B. Guastini 2011, S. 292 f.).

BIBLIOGRAPHIE

- Beaud, O. (1995). Diritto naturale e diritto positivo negli scritti giuridici giovanili di Carl Schmitt. *Diritto e cultura*, 1, S. 83-114.
- Castrucci, E. (1988). Rileggendo Radbruch. *Quaderni fiorentini per la storia del pensiero giuridico*, 17, S. 487-498.
- Engisch, K. (1956). *Einführung in das juristische Denken*. Stuttgart: W. Kohlhammer Verlag.
- Engisch, K. (1968) *Die Idee der Konkretisierung in Recht und Rechtswissenschaft unserer Zeit* (2. Aufl.). Heidelberg: Universitätsverlag Winter GmbH.
- Fioravanti, M. (1979). *Giuristi e costituzione politica nell'Ottocento tedesco*. Milano: Giuffrè.
- Fioravanti, M. (1986). Kelsen, Schmitt e la tradizione giuridica dell'Ottocento. In G. Gozzi - P. Schiera (Hrsg.), *Crisi istituzionale e teoria dello Stato in Germania dopo la Prima guerra mondiale* (S. 51-103). Bologna: Il Mulino.
- Guastini, R. (2011). *Interpretare e argomentare*, Milano: Giuffrè.
- Hofmann, H. (1964). *Legitimität gegen Legalität. Der Weg der politischen Philosophie Carl Schmitts* (2. Aufl., Berlin 1992²). Berlin: Duncker & Humblot.
- Holldack, F. (1912). Besprechung von C. Schmitt, Gesetz und Urteil. *Kant-Studien*, 17, S. 464-467.
- Hüsmert, E. (2000). *Carl Schmitt. Jugendbriefe 1905-1913* (hrsg. v. E. Hüsmert). Berlin: de Gruyter.
- Jellinek, W. (1914). Besprechung von C. Schmitt, Gesetz und Urteil. *Archiv für öffentliches Recht*, Bd. 31, S. 296-299.
- Kelsen, H. (1911). *Hauptprobleme der Staatsrechtslehre, entwickelt aus der Lehre vom Rechtssatz*, Tübingen: J.C.B. Mohr Siebeck.
- Kohler, J. (1886). Über die Interpretation von Gesetzen. *Grünhuts Zeitschrift*, 13.
- Larenz, K. (1983). *Methodenlehre der Rechtswissenschaft* (5. Aufl.) Berlin-Heidelberg-New York: Springer-Verlag.
- Lombardi, L. (1967). *Saggio sul diritto giurisprudenziale*, Milano: Giuffrè.
- Neumann, V. (2015). *Carl Schmitt als Jurist*. Tübingen: Mohr Siebeck.
- Nicoletti, M. (1990) *Trascendenza e potere. La teologia politica di Carl Schmitt*. Brescia: Morcelliana.
- Oetermann, P. (1913). Besprechung von C. Schmitt, Gesetz und Urteil. *Deutsche Juristen-Zeitung*, 18, S. 817-818.
- Portinaro P. P. (1982). Che cos'è il decisionismo?. *Rivista internazionale di filosofia del diritto*, LIX, S. 247-267.
- Regelsberger, F. (1893). *Pandekten*. Leipzig: Duncker & Humblot.
- Reichel, H. (1915). *Gesetz und Richterspruch. Zur Orientierung über Rechtsquellen- und Rechtsanwendungslehre der Gegenwart*. Zürich: Orell Füssli.
- Schmitt, C. (1910). *Über Schuld und Schuldarten. Eine terminologische Untersuchung*, Breslau: Schletter.

- Schmitt, C. (1911). Besprechung der Schrift »Philosophie des Als-Ob« von H. Vaihinger. *Die Rheinlande*, 11, S. 429-430.
- Schmitt, C. (1912). *Gesetz und Urteil. Eine Untersuchung zum Problem der Rechtspraxis* (Berlin 1912, unveränderte 2. Aufl.). München: Beck.
- Schmitt, C. (1913). Juristische Fiktionen. *Deutsche Juristen-Zeitung*, 18, S. 804-806.
- Schmitt, C. (1914). *Der Wert des Staates und die Bedeutung des Einzelnen*. Tübingen: J.C.B. Mohr Siebeck.
- Schmitt, C. (1919). *Politische Romantik*. München-Leipzig: Duncker & Humblot.
- Schmitt, C. (1921). *Die Diktatur. Von den Anfängen des modernen Souveränitätsbegriffs bis zum proletarischen Klassenkampf*. München-Leipzig: Duncker & Humblot.
- Schmitt, C. (1922). *Politische Theologie. Vier Kapitel zur Lehre von der Souveränität*. München-Leipzig: Duncker & Humblot.
- Wach, A. (1885). *Handbuch des Deutschen Civilprozessrechts* (Bd. I). Leipzig: Duncker & Humblot.
- Windscheid, B. (1875). *Lehrbuch des Pandektenrechts*. Frankfurt a. M.: Rütten & Loening.

IL GIOVANE SCHMITT, JAKOBS E ALCUNI PARTICOLARI SVILUPPI DELLA SCIENZA PENALE

NOTE SUL CONCETTO DI COLPEVOLEZZA IN SENSO TELEOLOGICO
FUNZIONALE

THE YOUNG SCHMITT, JAKOBS AND SOME DETAILS IN THE
DEVELOPMENT OF CRIMINAL SCIENCE

DANTE VALITUTTI
UNIVERSITÀ DI SALERNO

RIASSUNTO Il presente lavoro vuole indagare, riprendendo gli scritti penalistici del giovane Schmitt sul concetto di colpa, l'indirizzo funzionalista sistemico della scienza penale, indirizzo che si è affermato soprattutto con Jakobs negli ultimi 30 anni in parte contro la tradizione illuminista e in parte in continuità con la teoria schmittiana del 1910.

PAROLE CHIAVE Colpa, Diritto penale, funzionalismo, libero arbitrio, persona.

ABSTRACT This paper aims to investigate the systemic functionalist turn of Criminal Science, taking up the writings of the young Schmitt on the concept of guilt. It will further address Jakob's recuperation of Schmitt in the past 30 years in part against the Enlightenment tradition and partly in continuity with Schmitt's theory of 1910.

KEYWORDS Schuld, Criminal Science, functionalism, free will, person.

Discutere di Schmitt pare, indubitatamente, un esercizio intellettuale al giorno d'oggi ancora necessario. Nell'insorgenza di problemi, il nostro li seppe affrontare, decenni addietro, nei loro diversi aspetti e con strumentario preciso, partorendo, dall'elaborazione, concetti e stilemi che noi ereditiamo come chiavi interpretative del presente¹. Nondimeno, nella discussione generale intorno al pensiero del *Kronjurist*, emergono ancora questioni irrisolte, o comunque, soltanto abbozzate dalla critica: è questo il caso dei suoi scritti giovanili d'indirizzo penale (cfr. Schmitt, 1910).

¹ Si veda da ultimo Kervégan (2016).

È vero che si tratta, come vedremo, di scritti ancora acerbi, non del tutto cristallizzati, ciononostante sarà interessante notare come, nella scienza penale contemporanea, soprattutto di area continentale — ci riferiamo in particolar modo a paesi come Italia e Germania —, quella prima esperienza di pensiero schmittiana possa di nuovo trovare, ricontestualizzata, un suo rinnovato vigore. Per intendere questo discorso al meglio però, è d'obbligo puntare direttamente l'analisi verso alcune delle categorie del reato più dibattute.

Se si volesse allora velocemente tracciare un excursus, e si decidesse di guardare al panorama coevo della penalistica, apparirebbe abbastanza evidente come molte delle dottrine tradizionali, appartenenti al campo semantico del classicismo penale, soffrano oggi di una chiara de-legittimazione euristica, data, come vedremo da una parte, dalla progressiva crisi del paradigma di stampo illuminista e, dall'altra, dall'affermazione di un modello diverso, incentrato quasi solo sulla prevenzione. In questo quadro si staglia un concetto nuovo di colpa, che ridefinisce la relazione col soggetto agente, venendo presentata in una dimensione funzionale o sistemica. Ciò detto, quello filosofico penale sarà pertanto l'ambito generale di ricerca del presente lavoro — muovendo, come accennato, verso una rilettura del pensiero giovanile schmittiano — all'interno del quale il focus principale sarà proprio sul concetto di colpa.

«La colpevolezza», si è affermato (Fiandaca & Musco, 2004), «riassume le condizioni psicologiche che consentono l'imputazione personale del fatto di reato all'autore (...) Nel giudizio di colpevolezza rientra così, innanzitutto, la valutazione del legame psicologico, o, comunque, del rapporto di appartenenza tra fatto e autore, nonché, la valutazione delle circostanze, di natura personale e non, che incidono sulla capacità di autodeterminazione del soggetto» (p. 169). Ed ancora, lungo la stessa direzione, secondo Würtenberger (1965) «Il concetto di colpevolezza ha ottenuto, grazie alle elaborazioni della dogmatica penalistica, una formazione tale da porre in evidenza che oggetto del giudizio giuridico di disapprovazione non è più soltanto il fatto oggettivo, ma anche la personalità dell'agente. È oggi indiscusso che la colpevolezza deve essere anche colpevolezza della personalità» (p. 148).

Tutto ciò ci dice di come l'indagine sulla colpa, per buona parte della dottrina, all'inizio e per molto tempo, non abbia potuto esimersi dallo studio dei vari profili — interni, psicologici — inerenti il soggetto agente, i quali, è bene sempre ricordarlo, nella loro interpretazione dogmatica, condizionano il modo d'intendere la funzione penale e con essa la struttura generale del reato; come bene sottolinea anche Dini (2006) «Non c'è dubbio che nella elaborazione della teoria moderna del diritto penale vi sia questo vero e proprio sovraccarico della categoria soggetto, fino a costituire l'ontologia fondamentale dell'intera costruzione» (p. 195). «È anche vero, però», continua sempre Dini (2006) «che proprio tale tipo di costruzione ha significato, in molti casi, non solo uno sviluppo, ma anche un decisivo avanzamento di fatto. È il caso appunto della colpevolezza: attraverso la definizione di questo concetto, la teoria del reato e della pena si depurerà dal rigido oggettivismo cui l'aveva relegata il processo stesso di autonomizzazione del diritto dalla morale e dalla religione. Rientra con la colpevolezza l'aspetto soggettivo del reato e della pena, l'esigenza di un'analisi psicologica e etica del reato si estende alla stessa pena» (*Ibidem*).

La ragione di un tale processo stava, senza dubbio, nell'evitare che, come secondo un autorevole cultore della materia quale Bettiol (1966), tutta la scienza penale si arrestasse «sulle soglie di un opaco oggettivismo» (p. 110). In quest'ottica l'oggettivismo rappresentava il male, la fallacia epistemologica che, secondo dottrina maggioritaria, di matrice illuminista, andava rinnegata nell'indagine sulla struttura del reato. Il soggetto doveva essere, ontologi-

camente, la chiave interpretativa di tutto² — anche e soprattutto della colpa. Nei fatti però, negli ultimi anni, tale tendenza, il protendere cioè di molti autori verso una dogmatica (del reato) a carattere prettamente soggettivo, si è in qualche modo invertita, se non rovesciata del tutto, conducendo ad esiti alquanto perniciosi.

Se, da un parte, come bene nota Giunta (2002), «il principio di colpevolezza è venuto assumendo un'importanza crescente, nel senso che la dimensione della colpevolezza ha favorito l'elaborazione di modelli di responsabilità personale sempre più raffinati» (p. 123), la colpevolezza stessa, intesa quale categoria dogmatica, vive oramai una stagione di crisi dovuta ad un costante svuotamento di contenuto e di senso: ciò significa, in sintesi, che l'elemento soggettivo non ricopre più la stessa centralità che serbava nel passato all'interno della teoria del reato. Ma, per intendere meglio la sostanza di questo ragionamento e, soprattutto, per tracciare un quadro genealogico complessivo, è necessario far subito ritorno a Schmitt.

Sebbene il giurista di Plettenberg non possa essere annoverato tra i penalisti ortodossi, al centro del suo pensiero sta, inutile quasi ricordarlo, non la pena ma l'idea del Politico, ed i suoi interessi giuridici lo vedono spaziare all'inizio e alla fine rispettivamente sul piano costituzionale e su quello internazionalistico della riflessione. Nonostante ciò, egli, condurrà il suo esordio scientifico, come detto, proprio nel settore penale, sotto la supervisione del professor Fritz van Calker. La pubblicazione della sua tesi di laurea, infatti, avvenuta nel 1910, avente come tema proprio quello della *Schuld* — della colpa — segnerà il suo ingresso nel dibattito dottrinario dell'epoca, caratterizzato dalla disputa tra neokantismo e positivismo.

In particolare, il bersaglio polemico di quella iniziale riflessione sarà individuato nel giurista e filosofo tedesco Gustav Radbruch reo, come altri, secondo Schmitt, di ancorare l'indagine sulla colpevolezza al mero dato interiore, psicologico, eludendo qualsiasi altro rilievo, della colpa stessa, soprattutto se di carattere sociale o normativo³. «Prevalentemente influenzato dal suo rapporto ancestrale con il pensiero cattolico da un lato e, nello stesso tempo, buon conoscitore della *querelle* metodologica tra normatività e fatticità portata avanti dal neokantismo, Schmitt» scrive Calabrese (2012), «si muove alla ricerca di una prospettiva interpretativa che, rimanendo centrata sul diritto penale vigente, s'indirizzi in primo luogo nella ricerca di un concetto normativo di colpa che funzioni da principio ermeneutico per l'analisi dei fenomeni giuridici ad esso relativi» (p. 45). Sottolinea dunque il giovane (non ancora) *Kronjurist* (Schmitt, 1910): «Il risultato cui giunge Radbruch è il seguente: la colpa è qualcosa di puramente psicologico, qualsiasi rilievo normativo non vi è incluso» [Das Resultat Radbruchs ist demnach: Schuld ist etwas rein Psychologisches, irgendeine normative Beziehung ist nicht mehr darin enthalten (p. 4)], ed è proprio andando in direzione contraria, l'insistere cioè sull'elemento normativo, rifiutando o sottostimando i profili psicologici, che, sempre lo studio del giovane Schmitt sullo statuto della colpa, può essere collegato all'indirizzo dogmatico attuale.

Nel presente, infatti, scrive Castronuovo (2011): «Il successo delle concezioni normative della colpa, accanto agli indubbi meriti di chiarificazione strutturale del requisito d'imputazione in esame (la colpa è prima di tutto violazione di una norma cautelare), ha gene-

² Afferma, infatti, De Giorgi (1984, p. 38): «Al soggetto era possibile ricollegare l'azione come alla sostanza, attraverso il principio del volere e l'idea della rappresentazione. Nella semantica del movimento *il soggetto* veniva rappresentato insieme come la *positivistica sostanza*, come *l'io penso trascendentale* e come *didattica di sapere e volere*. Il soggetto costituiva una unità complessa che descriveva l'inizio del movimento e la fine alla quale il movimento perveniva attraverso il processo di imputazione».

³ Sulla critica a Radbruch si veda, in particolare Schmitt (1910, p. 3 e ss.).

rato quale effetto collaterale un processo di iper-oggettivazione dell'elemento (soggettivo) "colpa", sempre più incentrato sul momento dell'antigiuridicità e sul carattere inosservante del comportamento tenuto, quindi sempre più deprivato della componente di colpevolezza» (p.1634). Di conseguenza, in dottrina si parla alternativamente di fenomeni di *burocratizzazione della colpa*, intesa quale mera violazione di regole cautelari o, sul medesimo versante, di *procedimentalizzazione/normativizzazione della responsabilità colposa*.

Preso atto, dunque, che esiste, ed è ben chiara, nella realtà giuridica odierna, una costante opera di marginalizzazione della dimensione soggettiva (nella struttura) del reato, tale discorso — circa la marginalizzazione della componente soggettiva della colpa — ci conduce, come anticipato, proprio al nucleo concettuale presente nelle pagine di *Über Schuld und Schuldarten*. L'importanza di quella prolusione giovanile, infatti, sebbene non si mostri come una riflessione del tutto compiuta nei suoi diversi aspetti dottrinari, è nell'essere in qualche modo prodromica di un indirizzo, di una tendenza attuale della scienza penale la quale, come detto, si fonda proprio in antitesi al soggettivismo della colpa. E qui veniamo al merito della questione.

Nelle pagine della sua tesi di laurea, colui che anni dopo sarà riconosciuto come il *Kronjurist* di Germania, fu capace, infatti, da una parte di porsi contro il prevalente indirizzo dogmatico del tempo, impersonato proprio dalla teoria soggettivistica radbruchiana della colpa, dall'altra anticipò, in qualche modo, il discorso di giuristi di epoca futura sebbene agli antipodi dalla sua stessa sensibilità intellettuale e dogmatica. Ci riferiamo, in particolare, alla teoria sistemica sviluppata nell'ultimo trentennio dal penalista e filosofo tedesco Günther Jakobs il quale, lungi dal far esplicito riferimento a Schmitt, parte invece da una rigida rielaborazione di modelli mutuati dalla dottrina luhmanniana, edificando intere categorie concettuali — come quelle di colpa, di pena o di persona — in virtù, esclusivamente, del loro profilo funzionale, ossia del loro ruolo, ai fini della stabilizzazione sociale e giuridica dell'ordinamento, rifiutando così qualsiasi ipotesi meramente psicologica — ancorata cioè all'interiorità del soggetto — nella costruzione della teoria del reato.

Jakobs (2007), infatti, sul punto sostiene: «si tratta di capire se il rigoroso ed esclusivo inquadramento nella categoria di delitto non imponga allo Stato un vincolo — precisamente, la necessità di rispettare l'autore come persona — che nei confronti di un terrorista, che segnatamente non giustifica l'aspettativa di una condotta propria, in termini generali, di una persona, risulti semplicemente inadeguato» (pp. 18-19). Continuando, la presa di posizione appare ancor più netta: «chi riconduce il nemico all'interno della nozione di delinquente cittadino non deve meravigliarsi se si sovrappongono i concetti di guerra e processo penale. (...) colui che non intende privare il Diritto penale del cittadino delle sue caratteristiche vincolate alla nozione di stato di diritto (...) dovrebbe dare una diversa denominazione alle misure che è *necessario* prendere contro i terroristi se non si vuole soccombere; dovrebbe cioè adottare la definizione di Diritto penale del nemico, o guerra disciplinata» (*Ibidem*). Il nemico, cui qui ci si riferisce, però, tornando sempre a Schmitt, non è un'entità equiparabile all'*hostis* pubblico, ma un mero soggetto privato, appartenendo la sua dimensione essenzialmente alla realtà criminale che non a quella, regolamentata, dell'agone pubblico inter-statale.

Pur riconoscendo allora la distanza concettuale che separa, su diversi punti, Schmitt stesso da un autore come Jakobs, qui si tratterà di stabilire un legame, portando alla luce alcuni di quegli aspetti — appartenenti in fondo per molti versi alla tradizione del positivismo criminologico — sottaciuti dalla critica e che fanno della teorizzazione schmittiana sulla natura della colpa un antecedente della dottrina funzionalista o sistemica del reato — quest'ultima facente capo a Jakobs — e specchio delle più recenti istanze dottrinarie del diritto e della scienza penali. Insomma tenteremo, come detto, di riferirci allo Schmitt nella sua veste di

giovane penalista, e non a quello più famoso e dibattuto, quello maturo del discorso sul Politico, o della disputa teologica con Peterson o della versione internazionalista sul *Nomos*, e lo faremo per parlare più approfonditamente di Jakobs e degli sviluppi o, si potrebbe dire, in chiave garantista, delle involuzioni recenti della dogmatica.

Dunque, nel far questo, come riferito, è d'obbligo avere, costantemente, come bussola del ragionamento, l'opera giovanile schmittiana datata — come visto — nel 1910; dall'analisi emerge chiaramente che il discorso presente in essa ruota, sostanzialmente, su due poli: da una parte il sostegno, nello studio sulla colpa, all'idea dello scopo (*Zweck*) — centrale nell'intera costruzione schmittiana —, dall'altra la confutazione del libero arbitrio e della colpa individuale ad esso connessa. Osserviamo come, in tal senso, si esprime Schmitt (1910): «La trattazione del fine risulta essenziale per la valutazione, poiché solo essa è in grado di produrre la misura alla quale deve essere comparata. La norma giuridica che sta a fondamento della legge penale indirizza i fini del legislatore in modo più che sufficiente. (...) qui bisogna solo stabilire (...) che lo Stato — per noi l'unico legislatore — manifesta i suoi fini con chiarezza sufficiente nelle norme che possono essere dedotte dal diritto positivo. Questa riflessione sui fini fonda il giudizio della colpa, lo forma è lo causa per eccellenza» (pp. 51-52). Ciò che rileva, quindi, non è, nell'elaborazione dello statuto della colpa, secondo Schmitt, la libera scelta del soggetto, il suo libero arbitrio, ma la caratterizzazione sociale e giuridica che la sua scelta (verso l'illecito) assume nei riguardi dell'ordinamento.

Invero, già nei positivisti, «La negazione del libero arbitrio ebbe come conseguenza l'eliminazione dell'idea di colpevolezza individuale e la sua sostituzione con quella di responsabilità sociale: in altri termini, ciascun autore di reato sarebbe da considerare oggettivamente responsabile nei confronti della società per il semplice fatto di realizzare comportamenti dannosi che trovano causa in una condizione soggettiva di pericolosità. Ciò equivale a ritenere che la società sia legittimata a difendersi ricorrendo a misure di controllo del delinquente indipendentemente dalla possibilità di rivolgere all'autore un vero e proprio rimprovero di colpevolezza» (Fiandaca & Musco 2004, p. XXVIII).

È sulla messa in discussione, in Schmitt, — parziale o totale — del concetto di libero arbitrio allora, e sul suo superamento, che occorre soffermarsi⁴. Ciò anche, e soprattutto, perché sullo stesso identico versante muove Jakobs⁵.

Nel proporre, dunque, una nuova e rinnovata epistemologia della colpa, il giovane giurista di Plettenberg, fin dalle prime pagine del suo scritto penalistico, domanda chiarezza, in grado di fare cioè pulizia dalle false interpretazioni: «è metodologicamente falso» afferma (Schmitt 1910) «partire dai cosiddetti tipi di colpa per determinare il concetto di colpa in senso penale. (...) Finchè non si stabilisce che dolo (*Vorsatz*) e negligenza (*Fahrlässigkeit*) sono realmente tipi di colpa (...) tutte le deduzioni sono sospese in aria. (...) Dapprima deve essere cercata, senza riguardo alla terminologia tipi di colpa, una determinazione concettuale della colpa

⁴ In tal senso «La colpa» scrive il novello giurista (Schmitt, 1910), «non sta nella definizione del processo intersoggettivo, ma questo processo, se ha caratteristiche proprie, è la colpa. (...) La colpa non è dunque una relazione, né il contenuto rappresentato (*Vorstellungsinhalt*) di un processo intersoggettivo, ma un processo caratterizzato da un determinato contenuto della coscienza» (p. 39). Tale contenuto della coscienza, come osserveremo, è dato dalla posizione di un fine (*Zweck*) particolare individuale in contrasto con quello generale ordinamentale.

⁵ Si vedano in particolare quelle pagine dove Jakobs delinea il suo *Schuldprinzip* in antitesi proprio all'idea di libero arbitrio e, nello specifico, laddove si legge: «Die Bemerkungen erfolgen deshalb am Ende, weil die Funktion des Schuldprinzips nicht von der Entscheidung der Willensfreiheitsfrage abhängt, ja nicht einmal davon, ob diese Frage überhaupt sinnvoll gestellt werden kann». Cfr. Jakobs (1993, p. 34).

e solo allora, per quel che la riguarda, essere verificato con quale diritto dolo e negligenza possano essere chiamati tipi di colpa» [Es ist methodologisch falsch, von den sogenannten Schuldarten auszugehen, um den Begriff der Strafschuld zu bestimmen. (...). Solange nicht feststeht, daß Vorsatz und Fahrlässigkeit wirklich Schuldarten sind (...) schweben alle Deduktionen in der Luft. Nicht von Vorsatz und Fahrlässigkeit darf man ausgehen, um die Schuld zu bestimmen, sondern umgekehrt: es muß erst ohne Rücksicht auf die Terminologie "Schuldarten" eine Begriffsbestimmung der Schuld gesucht und erst dann, von ihr aus, nachgesehen werden, mit welchem Rechte Vorsatz und Fahrlässigkeit Schuldarten heißen (p. 14)].

Seguendo un preciso circolo ermeneutico, la ri-concettualizzazione della colpa, di cui Schmitt discute, dovrà quindi giocoforza fondarsi su un processo di *de-individualizzazione* dei meccanismi dell'imputazione. In tal senso, continua Calabrese (2012) analizzando sempre le pagine di *Über Schuld und Schuldarten*, «anche i processi psicologici della coscienza (che potrebbero stare alla base degli atti di colpevolezza) non vengono presi in considerazione poiché restano soltanto come indizi visibili nella sfera pubblica in cui il diritto trova la sua incompiuta realizzazione» (p. 46).

Tutto ciò è ben riassunto in considerazioni icastiche: «Der Begriff der Strafschuld der lex lata hat es also mit einem operari, nicht mit einem esse zu tun» (Schmitt 1910, p. 46). Se la colpa ha a che fare con l'*operari*, e non con l'*esse*, l'indagine del giurista dovrà dunque rivolgersi primariamente a quegli elementi esterni — della colpa — di solito obliterati.

Così come, ad esempio, spostando per un istante l'asse della nostra riflessione, su tutt'altro versante opera Fiandaca (1987), il quale, riflettendo nell'ottica jakobsiana, ritiene che «la colpevolezza è completamente derivabile dalla prevenzione generale e alla sua stregua è altresì graduabile» (p. 860).

Insomma, si tratta di gettare un ponte tra quel primo abbozzo giovanile, nello sviluppo del concetto di colpa, operato da Schmitt e, come detto, l'andamento che ha assunto l'idea della colpa in gran parte della dogmatica a noi coeva: in tal senso sempre Fiandaca (1987), rileggendo le posizioni di Jakobs e in qualche modo, anche forse inconsapevolmente, evocando quelle di Schmitt, scrive: «l'ascrizione di colpevolezza in tanto è giustificata in quanto l'attribuzione di responsabilità a un determinato soggetto si riveli necessaria per rimediare alla delusione delle aspettative normative provocata dal reato e per compensare così la perdita di fiducia patita dai cittadini» (p. 861).

Quello che conta allora, nella configurazione di un tale (giudizio di) colpevolezza, comune sia a Schmitt che a Jakobs, sono, come vedremo, le attese sociali e normative frustrate, in virtù delle quali agisce il sistema di reazione penale. Il teleologismo della colpa assume, dunque, il ruolo di elemento centrale della nostra indagine.

Invero, dell'immagine della colpa legata e sottesa ad uno scopo, della quale qui discutiamo, tentando di tracciarne in qualche modo una genealogia concettuale, si possono ritrovare delle tracce, quantomeno nelle premesse del discorso, già in un autore cardine come Von Liszt. Come rileva Jakobs stesso (1990), agli albori della scienza penale tedesca, «già von Liszt ha dimostrato che i concetti propri del diritto penale pensati al di fuori dell'idea di uno scopo non contengono alcun criterio per la determinazione della pena» (p. 41). Ma, andando al di là di von Liszt, al quale premeva affermare il processo graduale di oggettivizzazione del diritto penale attraverso l'idea dello scopo, è sull'opera giovanile del *Kronjurist* che ci concentreremo, nella quale, come visto, viene riservata un'attenzione particolare al concetto di colpa nella sua dimensione funzionale, teleologica, orientata cioè al concetto di fine (*Zweck*). È da qui, dunque, che bisogna, nell'analisi, costantemente (ri)partire.

Si è detto della polemica antiradbruchiana che ispirò l'intero scritto; ebbene, andando al punto nodale della questione, e tralasciando questioni particolari in ordine alla *Begriffsgeschichte* del tempo in cui quell'esordio avvenne, qual è, nel dettaglio, quest'idea di fondo sottesa alla teoria della colpa in Schmitt? Perché essa ci appare, come riferito, così in conformità con la proposta jakobsiana?

Nota sulla questione Pietropaoli (2012): «Nella sua tesi Schmitt sostiene che la responsabilità giuridica non può essere dedotta da una singola norma incriminatrice, ma deve essere desunta dall'ordinamento nel suo complesso. In polemica con la dottrina relativistica propugnata da Gustav Radbruch, Schmitt sostiene che la separazione tra foro interno e foro esterno deve essere declinata nel senso della distinzione tra peccato e colpevolezza. Occorre tuttavia, raccomanda Schmitt, non cadere nell'errore di ritenere indifferente per il diritto tutto ciò che accade nella sfera interiore dell'individuo. Il dolo e la negligenza — i due termini ai quali egli dedica maggiore attenzione — secondo Schmitt sono concetti propriamente giuridici. Essi collegano l'interiorità del soggetto con la realtà dei fatti, attraverso un meccanismo di imputazione basato non su nessi eziologici, ma sull'analisi della finalità perseguita dall'individuo. Qualora questa finalità individuale sia in contrasto con le finalità dell'ordinamento giuridico, emerge un profilo di colpevolezza» (p. 18). Non è dai nessi eziologici, che pure rilevano, ma è sostanzialmente dal contrasto tra fini individuali/ fini ordinamentali, e dalla loro composizione, che si genera la colpevolezza schmittiana. Ciò rappresenta il principale tassello nell'idea — da noi proposta — di una comparazione tra Schmitt, Jakobs e parte dell'indirizzo dogmatico attuale orientato in senso funzionale o sistemico.

«La stabilizzazione delle norme deboli è lo scopo della colpa» [Die Stabilisierung der schwachen Norm ist Zweck der Schuld] afferma, infatti, il giuspenalista di Bonn (Jakobs 1993, p. 24), ed è su questo preciso argomento che bisogna ricercare il punto di contatto, tra le due concezioni inerenti lo statuto della colpa, quella schmittiana e quella jakobsiana, caratterizzato proprio dalla critica del libero arbitrio e dall'opinione che il giudizio di colpevolezza debba svincolarsi da qualsiasi valutazione di tipo spirituale o personalistico e debba orientarsi, invece, al fine, allo scopo (*Zweck*) di una (ri)stabilizzazione normativa (laddove manchi, soprattutto, una fedeltà alle norme); «ciò vuol dire che in essa», nella colpevolezza, in entrambi gli autori, «è da riscontrare certamente un momento spirituale il quale però non è deducibile muovendo dalla singola persona come soggetto psicologico, ma trova la sua determinazione nell'essere oggetto di un giudizio di disvalore (*Unwerturteil*) espresso dal diritto vigente» (Calabrese 2012, p. 47). Questo vuol dire che l'intero giudizio di colpevolezza s'inscrive in una logica di sistema⁶, per cui per Schmitt — e in seguito per giuristi come Jakobs — «la struttura formale del concetto di colpa anziché dominata da un processo intersoggettivo interiore, si mostra al contrario dominata dall'idea del fine (*Zweck*)» (*Ibidem*).

Scriva, infatti, sempre Jakobs (1993): «la colpevolezza materiale è la mancanza di fedeltà di fronte alle norme giuridiche» [Materielle Schuld ist die Rechtsuntreue gegenüber legitimen Normen (p. 35)]. Della medesima opinione è Schmitt (1910), per il quale la colpa è frutto di una «concreta posizione di fini non corrispondente ai fini del diritto da parte di un uomo capace di intendere e volere, in cui era possibile la coscienza della contrarietà al dovere» [Schuld ist die Konkrete, den Zwecken des Rechtes nicht entsprechende Zwecksetzung eines zurechnungsfähigen Menschen, bei dem das Bewußtsein der Pflichtwidrigkeit möglich war (p. 92)].

Come detto, perdono valore quindi — o quantomeno non ricoprono più un ruolo es-

⁶ In tal senso afferma il giuspenalista di Bonn (Jakobs, 1993): «La colpa è possibile solo all'interno di un ordinamento» (Schuld ist nur innerhalb einer Ordnung möglich) (34).

senziale — nel giudizio di colpevolezza, quelle circostanze psicologiche del soggetto agente che sembravano egemonizzare il discorso della dogmatica, essendo queste ultime frutto di un processo cognitivo complesso e difficilmente indagabile.

Tali circostanze — quelle cioè personali, psicologiche — acquistano rilevanza solo nel momento in cui conducono ad una azione in grado di porre in questione la vigenza/validità dell'ordinamento per cui «la colpevolezza», nota sempre Schmitt (1910), «è cattiva volontà, giuridicamente viziata» [Schuld im Rechtssinne ist rechtlich böser Wille (p. 51)]. Stante questo discorso, è il fine (*Zweck*) allora e il fine soltanto che segna l'intera dinamica che conduce al giudizio di colpevolezza: essa si mostrerà come l'espressione e l'esito di una contraddizione, tra il soggetto, la sua sfera d'azione, e lo scopo generale dell'ordinamento — l'insieme di interessi, valori, sottesi al diritto vigente.

Sulla questione ancora le similitudini, le analogie, tra il pensiero di Schmitt e quello di Jakobs, sembrano rincorrersi: se per il primo la colpa (*Schuld*) è data, come visto, dall'intersecarsi dell'azione individuale (illegittima) con il sostrato valoriale dell'ordinamento, per Jakobs (1990) «la norma prescrive ciò che in generale non può sussistere da solo. Vale a dire: è colpevole chi non si adatta alla funzione di una norma autoregolatrice. È questo è il concetto di colpevolezza funzionale» (p. 39). Sia chiaro: il sistema teorico sviluppato da Schmitt sul concetto di colpevolezza, trova radice, come visto, in un contesto culturale chiaramente diverso — caratterizzato, lo ripetiamo, dalla polemica con Radbruch che s'inserisce nel quadro della disputa tra neokantismo e positivismo — da quello in cui opera Jakobs — la cui vicinanza con la dottrina sociologica di Durkheim e con la teoria dei sistemi di Luhmann è stata in passato ampiamente riconosciuta (cfr. Ferrajoli, 2011).

È un sistema speculativo evidentemente ancora poco maturo, quello del giovane Schmitt, dal punto di vista scientifico, quantomeno incompleto; nondimeno quello che può interessare, qui, è riflettere sui condizionamenti, anche impliciti o indiretti, che il giurista di Plettenberg ha esercitato e ancora esercita, anche forse nella inconsapevolezza dei più, su parte della dottrina giuridica — non soltanto costituzionale o internazionalistica — a noi contemporanea.

Fugato allora ogni dubbio metodologico sulla legittimità della comparazione, la relazione scientifica di entrambi può definirsi come un legame diretto? Senza dubbio l'importanza del primo, rispetto all'elaborazione del secondo, sta nell'aver affrontato, ai primi del '900, l'idea della colpevolezza (*Schuld*) proiettandola sul versante del fine (*Zweck*), relazione che sarà, come osservato, poi riproposta da Jakobs e dai teorici della scuola sistemica. Se, infatti — continuando nel confronto tra i due — per Schmitt (1910), come osservato, «colpa è cattiva volontà» (Schuld ist böser Wille) e «l'agire umano può essere caratterizzato come azione volontaria solo attraverso il volere, il volere solo attraverso lo scopo» (Das Handeln des Menschen kann als Willensbetätigung nur durch das wollen charakterisiert werden, das Wollen nur durch den Zweck) (p. 54) allo stesso modo per Jakobs (1990) «se una colpevolezza priva di scopi dovesse costituire un principio di commisurazione, allora tale principio, se avesse mai un proprio autonomo significato, bloccherebbe il proponimento di una pena fornita di scopo fino alla sua inconoscibilità. Questi scopi non sarebbero più veri scopi, e dato che punire senza uno scopo non è voluto da nessuno, la considerazione di una colpevolezza senza scopo, ammesso che sia possibile, annullerebbe la legittimità stessa della pena» (pp. 41-42).

Dichiaratane la vicinanza, benché figli dottrinalmente di epoche diverse, la nostra ricerca sui due autori, dopo questa rapida rassegna di opinioni convergenti, potrebbe anche giungere a conclusione. Ma una tesi vive sempre insieme e accanto ad una antitesi. È necessario, cioè, dopo aver più volte riflettuto sull'idea di una filiazione in-diretta di Jakobs da Schmitt,

nell'elaborazione del concetto di colpa, proseguire facendo emergere i diversi profili critici che l'idea di una colpa legata allo scopo, teleologicamente intesa, suggerisce. In tal senso, si può ben affermare che una colpa declinata in senso sistemico o normativo, ripiegata cioè sull'immagine di uno scopo, può esser letta anche e soprattutto nel quadro di una concezione «involuntiva» del diritto penale moderno rispetto a quello classico, di matrice illuminista. Ciò significa che entrambe le teorie della colpa qui discusse — quella schmittiana e, con maggiore vigore, quella jakobsiana — lungi dal rappresentare modelli teorici isolati, al contrario anticipano e, in qualche modo rispecchiano, da una parte come dall'altra, una tendenza ben consolidata oggi nella scienza e nella prassi giuridico penale; tale tendenza si pone, come vedremo, quasi rifiutandola, al di là della tradizione dell'illuminismo giuridico.

Se, infatti, nella riflessione illuminista (e postilluminista) — dunque all'interno del campo semantico del classicismo penale — alla base del discorso sulla colpevolezza stava l'idea del *libero arbitrio*, della possibilità cioè dell'agire diversamente da parte dell'autore, che derivava dall'immagine dell'uomo quale protagonista e motore della società, e che ispirava una certa idea della pena intesa quale mezzo di retribuzione giuridica (per il fatto commesso) e di educazione civile e morale, oggi — così come parallelamente in Schmitt e in Jakobs — quello stesso giudizio di colpevolezza sovente degrada a indagine sullo scopo, quindi a «costrutto», a mera ipotesi funzionalistica, o più precisamente, declinato nel linguaggio della dogmatica (Fiandaca, 1987), a «fenomeno sociopsicologico di ascrizione normativa finalizzata a scopi di stabilizzazione sociale» (p. 861).

In sostanza, quindi, insistere sulla comparazione tra Schmitt e Jakobs, significa anche prendere atto di uno sviluppo preciso, insito nel discorso della dottrina negli ultimi anni: come notano Fiandaca & Musco (2004) «L'affievolirsi della disputa sul libero arbitrio è anche conseguenza del mutato rapporto tra la categoria della colpevolezza e la concezione relativa alle funzioni della pena. Fintantoché ha storicamente predominato la concezione retributiva, la pena era concepita come una reazione avente come scopo di compensare la colpevolezza del reo: e, in quest'ottica eticamente orientata, non avrebbe avuto alcun senso parlare di compensazione della colpevolezza se il reato non fosse stato frutto di una scelta fondata, appunto, sulla libertà del volere del soggetto» (p. 169).

«Nell'attuale momento storico» sentenziano invece sempre i due penalisti (Fiandaca & Musco 2004), «caratterizzato da una concezione più laica e secolarizzata dei compiti del diritto penale, e dal conseguente predominio della teoria preventiva della pena, la colpevolezza invero si spoglia di implicazioni eticizzanti» (*Ibidem*). Sposando allora un determinato modello di interpretazione, oggi per lo più maggioritario, ossia quello della colpa legata allo scopo (della prevenzione), la stessa teoria del reato pare rivoluzionarsi al suo interno: «(...) i rapporti tra colpevolezza e pena si rovesciano. La funzione preventiva» scrive, infatti, Giunta (2002) «non ha bisogno della colpevolezza per legittimarsi, provvedendo a ciò l'istanza di controllo sociale a sua volta finalizzata alla tutela di beni giuridici. La colpevolezza — è questa la svolta — diventa conseguentemente una condizione del corretto uso preventivo della pena» (p. 127). Tracciando uno spettro evolutivo generale: «Secondo una parte della dottrina contemporanea, la colpevolezza quale presupposto del reato riceve oggi una rinnovata legittimazione proprio grazie al suo rapporto di strumentalità rispetto alla funzione preventiva della pena» (Fiandaca & Musco, 2004, p. 285).

Nei fatti, dunque, ciò che si è verificato è, seguendo l'indirizzo maggioritario preso dagli studiosi, lo sganciamento progressivo del principio di colpevolezza dall'idea della retribuzione: «L'entrata in crisi della tradizionale concezione retributiva della pena — dovuta ad un complesso di fattori che vanno dal fallimento della prassi penale ad essa ispirata allo stesso

orientamento interventista dello stato sociale di diritto che si preoccupa sempre più di rimuovere le cause della delinquenza — solleva il problema di una nuova giustificazione della categoria della colpevolezza» (Ivi, p. 284). Proprio il fallimento allora — o il mutamento — dell'idea della retribuzione indurrebbe a questa nuova configurazione del concetto di colpevolezza, intesa in senso teleologico o funzionale.

In questo stesso quadro però, è necessario aggiungere che la categoria di soggetto (autore) si trasforma, mutando in un corpo artificiale, perdendo cioè il proprio status di ente morale — che la dottrina penale classica gli riconosceva — e acquisendo, al contrario, la forma di un «centro di imputazione di responsabilità in quanto strumento di una punizione simbolica e di una funzione preventivo-integratrice» (Fiandaca, 1987, p. 862). Il discorso, se può apparire complesso, necessita per questo di una ulteriore chiarificazione concettuale. «In effetti» si è scritto (Giunta 2002) «la teoria della prevenzione generale positiva» nella quale si sviluppa perfezionandosi l'idea della colpa in senso teleologico funzionale, «limitandosi a spiegare la funzione sociale del diritto penale, si risolve in una dottrina puramente descrittiva del potere punitivo, come tale esposta al rischio dell'apologia dei sistemi penali vigenti, anche di quelli illiberali» (p. 132). Non è un caso che sempre Jakobs (1990) affermi che «bisogna valutare quali obblighi ha il singolo nei confronti della società, (...), e fin dove la società deve adeguarsi alla individualità del singolo» (p. 42). Invero del singolo, delle sue pretese, paiono qui, nello sviluppo del concetto della colpa in senso funzionale o sistemico, perdersi le tracce.

Date queste conclusioni, allora, l'obiettivo, nella seconda parte di questo lavoro, sarà mettere in luce proprio tutte le criticità dell'immagine funzionale della colpa, qui proposta, indirizzo comune come detto a Jakobs e, per aspetti e motivi analoghi, a Schmitt, criticità che si palesano soprattutto rispetto alla conformazione dello statuto del soggetto, alla sua sfera di libertà individuali.

LA CRISI DEL SOGGETTO E IL VALORE DELLA DIGNITÀ: L'IMPORTANZA DI UNA COSTITUZIONALIZZAZIONE DELL'IDEA DELLA COLPA OLTRE E CONTRO OGNI SUA FUNZIONALIZZAZIONE

Guardando dunque alla costruzione della categoria della colpa portata avanti da Schmitt prima, sebbene solo in un semplice tentativo, e da Jakobs poi, in maniera più sistematica, ciò che rileva, rispetto allo statuto del soggetto, è che esso degrada, nella prospettiva funzionale o teleologica della colpa, in una costruzione simbolica, in una maschera, in una mera funzione in grado di attribuire responsabilità sociali e quindi risolvere i vari conflitti maturati in seguito alla caduta delle aspettative — nella vigenza delle norme — che i rispettivi reati determinano; «di conseguenza» scrive sempre Jakobs (2007) «viene escluso dall'ambito delle persone colui che non può beneficiare di nessun diritto né sopportare alcun dovere» (p. 6).

La colpa — nell'ottica funzionale — serve quindi unicamente da scudo contro qualsiasi perturbamento sociale e giuridico, tutta (pro)tesa alla salvaguardia generale (della vigenza) delle norme⁷. Stratenwerth (1998) individua bene questa linea presente nella dogmatica tedesca: «Rafforzare la validità della norma, stabilizzarla, è definita prevenzione generale positiva,

⁷ Cfr. Jakobs (2007), precisamente dove si legge «a colui che delinque reiteratamente, compiendo illeciti penali ben più gravi di mere bagatelle, in quanto individuo pericoloso, si impedisce concretamente di impedire ulteriori reati, mediante la custodia di sicurezza (...). In termini kantiani: si impone la segregazione nei confronti di chi non consente di essere incluso nel consorzio civile».

e solo a questo scopo deve servire il giudizio di colpevolezza rispetto al comportamento contrario alle norme, soltanto questo scopo deve costituire il contenuto del concetto di colpevolezza» (p. 223). È chiaro allora come l'esito di un tale processo di funzionalizzazione (della colpa) conduca, come accennato, ad un profondo riduzionismo (nello statuto) del soggetto.

Sempre all'interno del dibattito giuridico tedesco, infatti, mantenendo una posizione in parte critica Roxin dichiara: «questo approccio» di tipo rigorosamente funzionale al problema della colpa, «condurrà ad una strumentalizzazione totale dell'individuo a favore dell'interesse collettivo e spoglierà il principio di colpevolezza della forza di proteggere il singolo dagli eccessi preventivi della potestà di punire» (citato in Jakobs 1990, p. 41). Si tratta, a ben vedere, di una critica inconfutabile: rivestendo la categoria di colpevolezza di un senso teleologico si finisce giocoforza per trascendere la sfera individuale del soggetto, le sue stesse garanzie⁸.

Ciò che in sostanza emerge è, alla base della teoria teleologica o funzionale della colpa, alla cui linea evolutiva s'iscriverebbero, come visto tanto Schmitt quanto Jakobs, una forte limitazione del soggetto, in chiave antilluministica: nella dottrina dei lumi, infatti, «nessun fatto o comportamento umano ha il valore di un'azione se non è frutto di una scelta; né conseguentemente può essere punito, e prima ancora proibito, se non è intenzionale, cioè commesso con coscienza e volontà da una persona capace d'intendere e di volere» (Ferrajoli 2011, p. 491). Al contrario, nella prospettiva funzionale o teleologica della colpa, come visto, si danno rilevanza solo ai profili generali — sociali e giuridici — obliterando quelli individuali nello studio sulle responsabilità penali; afferma a riguardo Jakobs (2007): «Un individuo che rifiuta di obbligarsi ad entrare a far parte dello stato civile non può fruire dei benefici legati alla qualità di persona» (p. 14). E ancora: «nessun contesto normativo, quale è anche quello della cittadinanza, si auto-afferma. Al contrario, esso deve anche mirare ad orientare, a grandi linee, la società; solo in tale misura può dirsi reale» (*Ibidem*).

Ciò, in sostanza, per molti aspetti, mette in crisi proprio il *principio deontico della colpevolezza*: essa, infatti, come rileva Ferrajoli (2011), «consistendo in una modalità deontica pur connotata psicologicamente, è esclusivamente una qualificazione giuridica dell'azione e non del suo autore. Solo un'azione, infatti, e non anche una persona o un suo stato personale, può essere argomento di modalità deontiche e prima ancora aletiche» (pp. 504-505); nello specifico, «Di una persona si può dire che ha la possibilità e quindi il dovere di agire diversamente da come agisce, non già di essere diversa da quella che è» (*Ibidem*). Il giudizio di colpevolezza dovrebbe riguardare — secondo sempre Ferrajoli — «insomma l'agire, o se si preferisce il volere, ma non l'essere dell'agente» (*Ibidem*), la sua struttura deontologica, non ontologica.

È chiaro come, nella prospettiva qui ben delineata dal giurista romano, la colpa si struttura dando valore e non rinnegando valore ai motivi dell'agire del soggetto, i quali possono essere

⁸ Per una rassegna, oltre a Jakobs, dell'idea della colpa in senso funzionale, cfr. Fiandaca (1987, p. 836 e ss). Di particolare importanza è, come visto, la posizione di Roxin (1984, p. 13 e ss.). Spiega l'autore (p. 36): «Non è possibile venire a capo della problematica dei rapporti tra colpevolezza e prevenzione liberando la colpevolezza da tutti gli elementi degli scopi della pena per poter porre i concetti in un puro rapporto di antitesi. Piuttosto, fin quando può essere accertata nella prassi forense, è già contenutisticamente determinata da esigenze di prevenzione. Ma, capovolgendo le precedenti posizioni, neppure si possono accogliere, come è stato recentemente tentato, tutte le prospettive specialpreventive oppure solo tutte le prospettive generalpreventive, così da far sparire il carattere antinomico di colpevolezza e prevenzione. Piuttosto si deve riconoscere che il concetto penalistico di colpevolezza contiene in sé alcuni elementi preventivi, ma non altri, così che subentrano reciproche limitazioni del potere punitivo, che si atteggiano diversamente per la colpevolezza come fondamento della pena e per la colpevolezza per la commisurazione della pena».

intesi pienamente solo partendo dalla sua sfera interiore, psicologica. Ma, ci domandiamo ancora, il rifiuto dell'idea del libero arbitrio, ed il ripiegamento della colpevolezza sull'idea dello scopo, dunque su un versante fortemente antitetico rispetto a quelle garanzie illuministiche prima illustrate, può essere ascritto solo a Schmitt o a Jakobs, non partendo invece da molto più lontano, essendo in qualche modo radicato nella tradizione giuridica tedesca⁹?

Allo stesso modo se, come visto, per semplici accenni nel giovane Schmitt, come in maniera più sistematica in Jakobs, e nella dottrina penale di orientamento funzionale sistemico, l'atto dell'imputazione è presentato come l'espressione e il risultato non già soltanto di una verifica delle condizioni «interne», «psicologiche» del soggetto agente — ipotesi che si concreta e si realizza nell'idea del libero arbitrio —, ma esso — l'atto di imputazione — viene al contrario pensato in virtù delle esigenze che sono di volta in volta quelle di profilassi e difesa sociale, di ristabilimento dell'ordine violato, si può dire che questo sia un indirizzo storicamente isolato o al contrario sia, soprattutto negli ultimi anni, ben presente in tanti altri autori, anche tra loro diversi?

Scrivono Stratenwerth (1998), assumendo anch'egli posizione contro l'idea del libero arbitrio e della retribuzione sottesa alla pena: «Il lento distacco da questa posizione si è avviato a differenti livelli. Dapprima interessò esclusivamente la dottrina penalistica della colpevolezza. Se effettivamente si vuole rimproverare al reo che avrebbe potuto comportarsi diversamente da come aveva agito, è necessario allora individualizzare rigorosamente i presupposti della colpevolezza. Non basta più speculare in generale sul libero arbitrio. Occorre provare piuttosto nel singolo caso che l'agente concreto, nel momento irripetibile del reato, si era deciso in piena libertà contro il diritto. Sennonché una prova siffatta non è possibile» (pp. 219-220).

Dell'impossibilità di una prova tangibile (delle possibilità gnoseologiche) del libero arbitrio si nutrono quindi non soltanto le posizioni che declinano la colpa in senso funzionale (o teleologico): come riporta sempre Stratenwerth (1998) — facendo riferimento a Welzel — il libero arbitrio «Non può essere oggetto di conoscenza scientifica e tanto meno dell'assunzione di prove in un procedimento penale» (*Ibidem*). Tornando a Jakobs (1990), allo stesso modo si afferma che «La valutazione dello stato psicologico dell'autore può disculparsi solo nella misura in cui si inserisca in un preciso contesto sociale. Sono, dunque, decisive al riguardo le aspettative di prevenzione scaturenti dalla società e non la situazione psichica isolatamente considerata» (p. 30).

Per Fiandaca (1987) nondimeno il rischio è che «in una simile prospettiva di fondo la colpevolezza si priva di supporti empirici riferiti all'autore, e il suo guscio vuoto finisce col

⁹ Invero, per puntualità e precisione d'analisi e, soprattutto, per dare una risposta a questo interrogativo, sarebbe più corretto dire che, ragionando sul concetto di colpevolezza vista in senso teleologico o funzionale, è d'obbligo andare fin oltre la linea proposta giungendo sino a Hegel. È possibile affermare, infatti, che è in Hegel, per primo, che, nell'ambito dello sviluppo della teoria moderna del reato, il giudizio di colpevolezza tende in qualche modo a funzionalizzarsi. Tale ipotesi è tenuta su dal concetto di *ascrizione*. Scrive, sul punto, Seelmann (2002, in particolare p. 56 e ss.): «Con la finzione motivata in senso politico-criminale la dottrina dell'imputazione di Hegel a livello della società civile si avvicina metodologicamente alla dogmatica penale funzionalistica dei nostri giorni». Questo perché, come in Hegel, «la dogmatica penale funzionalista cerca in particolare di interpretare i concetti giuridici inerenti al lato soggettivo del fatto unicamente a partire dalle loro funzioni nel sistema penale, dalla necessità politico-criminale delle conseguenze giuridiche. Concetti come dolo, colpa, o colpevolezza vengono sganciati dalle condizioni psichiche e ciò indipendentemente dal fatto se si ritenga possibile o meno verificarli».

racchiudere una mera esigenza di imputazione formale: l'esigenza cioè che qualcuno sia chiamato a rispondere personalmente del fatto lesivo, per le esigenze normativo-sociali che hanno a che fare poco con il soggetto che ha delinquito e molto, invece, con i bisogni collettivi di punizione» (p. 862). Ciò che in sintesi entra in crisi, nel filone interpretativo che, attraverso Schmitt arriva a cristallizzarsi compiutamente in Jakobs è, dunque, la libertà del volere, ovvero il complesso degli elementi costitutivi (della colpevolezza) che rimandano alla tradizione classico-illuminista del diritto penale.

Insistere, allora, sulle evidenti aporie nello sviluppo di tale concetto — di colpevolezza — testimonia di una contrapposizione difficilmente risolvibile: non si tratta soltanto artificialmente di porre come in un puzzle vicine le tessere di Schmitt e quella di Jakobs, ma piuttosto porre l'attenzione su un problema, che «è quello, antichissimo, dell'alternativa tra determinismo e libero arbitrio, che ha attraversato tutta la storia del pensiero filosofico occidentale. Secondo le ipotesi deterministiche e le loro molteplici varianti (fatalistiche, teologiche, meccanicistiche, idealistico-storicistiche, economicistiche e simili), ogni fenomeno del mondo — e quindi non solo le azioni, ma anche le intenzioni (ossia la somma della loro coscienza e volontà) di commetterle — è l'effetto necessario e perciò inevitabile di cause assolutamente condizionanti di tipo fisico, o psichico, o ambientale, o economico o sociale, a loro volta condizionate da altre cause di tipo analogo e parimenti condizionanti e condizionate in una specie di regresso all'infinito. Viceversa, secondo le ipotesi del libero arbitrio, la volontà umana è normalmente libera e incondizionata, nel senso che tutti gli esseri razionali hanno la facoltà di autodeterminarsi e sono padri e padroni delle loro azioni» (Ferrajoli, 2011, pp. 496-497).

In riferimento all'idea teleologica o funzionale della colpevolezza, si può dire che si proceda al contrario ad una limitazione categoriale dell'autonomia e della capacità di autodeterminazione del soggetto. Quello che si segnala, allora, anche in orientamenti recenti nel tempo e sicuramente diversi da quelli finora discussi¹⁰, della scienza penale, è il pensare il singolo solo in funzione del tutto (l'ordinamento sociale e giuridico) e il processo che conduce alla sanzione come la conseguenza logica di tale assunto.

Se, come afferma Jakobs (2001) «il concetto di persona si limita a quello di persona in Diritto» e, sempre in tal senso, «a chi non è una persona in diritto lo si denomina individuo» (p. 447) verso quest'individuo de-soggettivizzato non varrebbe più l'affermazione del principio penalistico *nulla pena sine culpa* il quale presuppone «l'accettazione, anche implicita, di un modello di personalità umana come entità costituita da più strati posti in rapporto di successione evolutiva. Si muove cioè dal presupposto che, a differenza degli animali i quali seguono schemi di comportamento rigidamente programmati dai meccanismi istintuali, l'uomo sia in grado, grazie ai suoi poteri di signoria (i c.d. *strati superiori* della personalità), di controllare gli istinti e di reagire agli stimoli del mondo esterno in base a scelte fra diverse possibilità di condotta (...). E' proprio dando per presupposta questa capacità di scelta che è possibile considerare il reato come opera dell'agente, e rivolgergli un rimprovero per averlo commesso» (Fiandaca & Musco, 2004, p. 275). A chi è giudicato come *mero individuo* invece

¹⁰ Perfino per Moccia — un giurista sicuramente lontanissimo, per sensibilità e dottrina, dall'indirizzo funzionale o sistemico — è giusto, infatti, che «In una dimensione preventiva della pena, adeguata ai principi dello stato sociale di diritto, di ascendenza anche contrattualistica, (...) a fronte di gravi turbative della pacifica coesistenza, lo Stato possa essere legittimato ad intervenire con la sanzione penale a prescindere da problemi di ontologica libertà o di subiettiva riprovevolezza, preoccupandosi di stabilire la misura della presenza nel soggetto della capacità di recepire il dettato normativo e di orientare secondo i parametri da questo predisposti la sua risposta sanzionatoria» (Cfr. Moccia, 1992 in particolare p. 83 e ss).

sarebbe sottratta tale possibilità di scelta: esso rimane semplicemente una fonte di pericolo, indipendentemente dal fatto (illecito) commesso e, soprattutto, dal grado di responsabilità personale nello stesso; pertanto, per questa sua radice ontologica, l'essere cioè una fonte di pericolo, si dovrebbe contro di esso combattere una guerra con gli strumenti di una penalità alternativa.

Stante questa idea, anche per Giunta (2002) «ne esce ridimensionata la stessa nozione di libertà di elezione sottesa al principio di colpevolezza» (p. 131). Secondo la teoria teleologica o funzionale, infatti, «essendo l'uomo un essere sociale, la capacità di effettuare scelte razionali non è un dato puramente naturalistico e nemmeno pura astrazione idealistica. Per il diritto penale, che è scienza sociale, la sola libertà che rileva è quella che il contesto sociale riconosce ai cittadini» (*Ibidem*). *La de-personalizzazione dell'individuo* quindi, qui richiamata, corrisponderebbe al grado finale di quel processo di oggettivazione della colpa visto al principio. Ma, può reggere fino in fondo l'idea di un individuo inteso come *non persona* e fonte di pericolo?

Se è persona, nella prospettiva teleologica funzionale della colpa, descritta in queste pagine, solo colui che è titolare di diritti e doveri, essa — la persona — si mostrerebbe esclusivamente nelle vesti di soggetto di diritto. Ma la persona può ridursi, finanche nell'ambito penale, ad un soggetto (funzionale) di diritto? A riguardo, nota Rodotà (2012): «Vi è un momento nella riflessione dei giuristi nel quale il soggetto astratto non appare più come uno strumento capace di comprendere la realtà attraverso una sua elevata formalizzazione» (p. 140). Sebbene l'autorevole giurista si muova in un campo di riflessione ancorato al diritto civile, col tentativo di ripensarne le categorie, tale considerazione può benissimo involgere aspetti di natura penale.

Bisognerebbe allora andare oltre, anche nel penale, alla pura dimensione *funzionalista*, abbandonando (o ripensando) l'idea del soggetto imputabile inteso soltanto come mera costruzione simbolica, centro d'imputazione per la risoluzione di conflitti ma, al contrario, intendendolo in un senso che rimandi direttamente al piano di valori e principi costituzionali¹¹. Si dovrebbe cioè ripensare — del soggetto — la forma giuridico penale al di là di qualsiasi assunto *artificialistico*, avendo come parametro e schema di riferimento il valore della dignità¹². Sempre in tal direzione allora «Parlando di dignità, e procedendo per approssimazioni successive, si può partire da una affermazione di carattere generale: la dignità appartiene a tutte le persone, sì che debbono essere considerate illegittime tutte le divisioni che approdino a considerare alcune vite come non degne, o meno degne, d'essere vissute, o che giungano alla negazione stessa della capacità giuridica, tipica delle legislazioni razziali, che hanno confinato milioni di esseri umani nella categoria delle non persone» (Rodotà 2013, pp. 25-26).

Bisogna quindi stare attenti: la colpa — intesa come possibilità di attribuzione psicologica di un fatto illecito ad un soggetto — si relaziona profondamente col valore della dignità la quale se fino a Kant presenta un'impronta prevalentemente etica (cfr. Cattaneo, 1990),

¹¹ In primis quello che descrive (art. 27 comma 1 Cost.) la struttura della responsabilità penale come strettamente vincolata alla personalità dell'agente. Da tale corollario è chiaro come la funzionalizzazione della colpa (a scopi preventivi) sia fortemente messa in discussione.

¹² «In altre parole» sottolinea in merito Bricola «se l'inviolabilità della dignità e libertà personale significa qualcosa, se ne dovrebbe dedurre che la minaccia dei tipi di intervento che, come quello penale, incidono sulla dignità e libertà può giustificarsi solo per necessità di tutela di beni se non di paro grado rispetto al valore (libertà personale) sacrificato, almeno dotati di rilievo costituzionale». Cfr. Bricola (1973, p. 7 e ss.).

nondimeno da sempre serba un forte rapporto col diritto penale: la dignità riguarda, infatti, l'essere del soggetto. Come ci dice, in merito, Cattaneo (1990): «Il problema che devo ora affrontare è quello che a mio giudizio è veramente il problema fondamentale della filosofia del diritto penale: si tratta del problema del rispetto per la dignità della persona umana nell'ambito del diritto penale e nel corso dell'iter punitivo» (p. 275). L'auspicio, dunque, è quello di riprendere tale principio (di dignità) dalla cassetta degli attrezzi del giurista, cercandovi una — nuova e rinnovata — interazione col diritto penale, con le sue categorie.

Sebbene quello di dignità si mostri come un principio relativamente giovane, giuridicamente esso rimane concetto ineludibile in una analisi che voglia proporsi di uscire dalle aporie, dalle contraddizioni, della modernità penalistica. Appare dunque necessario, per rimanere in un campo penale fedele alle garanzie, ai principi costituzionali, utilizzare il principio di dignità per ridare valore ai concetti di colpa e di persona nel diritto penale. Quello che si sostiene, cioè, è l'inefficacia di un approccio meramente *riduzionista* al paradigma della responsabilità penale — declinante la colpa unicamente in senso oggettivo-normativo ed eludente qualsiasi aspetto della stessa di carattere soggettivo — il quale riduce la persona allo schema astratto di *soggetto (funzionale) di diritto*.

Ci preme, in conclusione, rivolgerci a Capograssi, e non appaia ciò fuorviante in uno studio che vuole comporre un parallelo genealogico tra due autori come Schmitt e Jakobs. L'importanza del giusfilosofo italiano sta laddove denuncia (Capograssi, 2008) che «Sarebbe interessante sotto questo riguardo uno studio di tutte quante le concrete esperienze del diritto contemporaneo. Uno dei tratti di esse che più colpiscono è proprio questo, che la individualità in alcune esperienze cessa, in altre tende a cessare di essere persona la quale ha diritti rispetto a cui la sua volontà è sovrana (...). Il soggetto tende, dove più dove meno, a perdere perfino il dominio del suo stesso essere fisico e carnale; (...) Vi sono ordinamenti dove questa, che si potrebbe chiamare la trasformazione del soggetto in senso funzionale, è aperta e positiva, ve ne sono degli altri, dove c'è contrasto tra vecchie nuove posizioni. Questo indebolirsi (per lo meno) della posizione del soggetto nelle esperienze giuridiche contemporanee è una espressione di questo fatto centrale dell'individuo senza individualità, ed insieme uno degli effetti e una delle cause di questo fatto e di tutti i fenomeni che qui si vanno registrando» (pp. 540-541).

È evidente come la formula *individuo senza individualità* possa rappresentare bene la dimensione del soggetto in Jakobs, e in parte nello Schmitt di *Über Schuld und Schuldarten*: tale soggetto, infatti, seguendo l'idea di una colpa orientata esclusivamente dallo scopo, si trova ad essere spogliato della sua sfera d'individualità, restando semplicemente un centro d'imputazione (ascrizione) di fatti giuridicamente sensibili — in vista della risoluzione dei conflitti.

Rimanendo allora ad un livello di proposta teoretica, si dovrebbe sempre riconoscere, nel processo d'imputazione di responsabilità penali, nei riguardi di chiunque e in qualunque caso, l'intangibilità della sfera personale, intesa quale *suitas*, quale sfera autonoma d'azione. Questa è la lezione che ci viene da un'analisi storico-comparativa di dottrine lontane tra loro nel tempo: il rifiuto di un'idea della colpa a carattere teleologico funzionale, ripiegata cioè su di una concezione meramente deterministica — la quale «è sostanzialmente lesiva della dignità umana», perché, argomenta sempre Cattaneo (1990), in essa «il colpevole è considerato come un *minus habens*», non dunque una persona ma «come un essere inferiore da curare contro la sua volontà (la quale, peraltro, per definizione non è libera)» (p. 275 e ss.).

BIBLIOGRAFIA

- Bettiol, G. (1966-1980). Sul diritto penale dell'atteggiamento interiore. In *Scritti giuridici*. Padova: Cedam, p. 101 ss.
- Bricola, F. (1973). *Teoria generale del reato*. Torino: Utet.
- Calabrese A. (2012). Colpa e decisione negli scritti giuspenalistici di Carl Schmitt (1910-1912). *Logos. Rivista del dipartimento di Filosofia A. Aliotta. Università degli studi di Napoli Federico II*, vol. 7, pp. 45-64.
- Capograssi, G. (2008). *Le incertezze dell'individuo in La vita etica*. Milano: Bompiani.
- Castronuovo, D. (2011). L'evoluzione teorica della colpa penale tra dottrina e giurisprudenza. *Rivista italiana di diritto e procedura penale*, vol. 54, Fasc. 4, pp. 1594-1645.
- Cattaneo M. A. (1990). *Pena diritto e dignità umana: saggio sulla filosofia del diritto penale*. Torino: Giappichelli.
- De Giorgi, R. (1984). *Azione e motivazione*. Lecce: Milella.
- Dini, V. (2006). Nulla pena sine culpa. Pena, legge, colpevolezza. Saggio di ricostruzione di un paradigma del pensiero giuridico. *Critica del diritto*, 1-3. pp. 189-202.
- Ferrajoli, L. (2011). *Diritto e ragione. Teoria del garantismo penale*. Roma-Bari: Laterza.
- Fiandaca, G. (1987). Considerazioni su colpevolezza e prevenzione. *Rivista italiana di diritto e procedura penale*, vol. 30, Fasc. 2, pp. 836-880.
- Fiandaca, G. & Musco E. (2004). *Diritto penale. Parte generale*. Bologna: Zanichelli.
- Giunta, F. (2002). Principio e dogmatica della colpevolezza nel diritto penale d'oggi. Spunti per un dibattito. *Rivista italiana diritto e procedura penale*. vol. 45, Fasc. 1, pp. 123-136.
- Kervégan, F. (2016). *Che fare di Carl Schmitt?* (a cura di F. Mancuso). Roma-Bari: Laterza.
- Jakobs, G. (1990). La funzione del dolo, della colpa e della colpevolezza nel diritto penale. In L. Mazza (a cura di), *Studi sulla colpevolezza* (pp. 15-43). Torino: Giappichelli.
- Jakobs, G. (1993). *Das Schuldprinzip*. Düsseldorf: Westdeutscher Verlag.
- Jakobs, G. (2001). Personalität und Exklusion im Strafrecht. In Nestor Courakis (a cura di), *Die Strafrechtswissenschaft im 21. Jahrhundert: Festschrift für Dionysios Spinellis* (vol. 1, pp. 447-467). Atene: Sakkoulas.
- Jakobs, G. (2007). Diritto penale del nemico. In M. Donini-M. Papa (a cura di), *Diritto penale del nemico. Un dibattito internazionale* (pp. 5-27). Milano: Giuffrè.
- Moccia, S. (1992). *Il diritto penale tra essere e valore. Funzione della pena e sistematica teleologica*. Napoli: Esi.
- Pietropaoli, S. (2012). *Schmitt*. Roma: Carocci.
- Rodotà, S. (2012). *Il diritto di avere diritti*. Roma-Bari: Laterza.
- Roxin, C. (1984). Sul problema del diritto penale della colpevolezza. *Rivista italiana diritto e procedura penale*. vol. 27, Fasc. 1, p. 16 ss.
- Schmitt, C. (1910). *Über Schuld und Schuldarten*. Breslau: Schletter.
- Seelmann, K. (2002). *Le filosofie della pena di Hegel*. Milano: Guerini e associati.

- Stratenwerth, G. (1998). Il concetto di colpevolezza nella scienza penalistica tedesca. *Materiali per una storia della cultura giuridica*, 1. vol. 28, Fasc. 1, pp. 217-230.
- Würtenberger, T. (1965). *La situazione spirituale della scienza penale in Germania*. Milano: Giuffrè.

CHINESE POLITICAL CONSTITUTIONALISM AND CARL SCHMITT

QI ZHENG

EAST CHINA NORMAL UNIVERSITY

ABSTRACT Carl Schmitt's influence in China goes far beyond the circle of political philosophers. Two prominent Chinese constitutional theorists, Gao Quanxi and Chen Duanhong, have used Schmitt's theory to develop their theories of Chinese constitution. They identify their theories as Chinese political constitutionalism. Although Schmitt is not the sole theoretical source for Chinese political constitutionalism, his influence is significant. This article aims to explore this important but much neglected connection between Schmitt and Chinese political constitutionalism.

KEYWORDS Carl Schmitt, Chinese Political Constitutionalism, Chinese Constitution, Gao Quanxi, Chen Duanhong

There has been a huge interest in Carl Schmitt in China since the beginning of the twenty-first century. Numerous works by Schmitt and secondary literature on Schmitt have been translated and published in Chinese. With the introduction of Schmitt's thoughts into China, heated discussions have taken place among Chinese political philosophers concerning his theories. In fact, Chinese political philosophers have been polarized by their different attitudes towards Schmitt. Some philosophers believe that Schmitt teaches political truth, while others claim that Schmitt embraces evil (Zheng, 2013; Zheng, 2015, pp. 7-31).

Nevertheless, Schmitt's influence in China goes far beyond the circle of political philosophers. While philosophers are still debating about the relevance of Schmitt's theory to China, some prominent constitutional theorists, such as Gao Quanxi and Chen Duanhong, have already diligently studied Schmitt's works and gained inspiration from Schmitt in their efforts to understand the Chinese constitution. These constitutional theorists generally identify their

theories as political constitutionalism. Chinese political constitutionalism refers to a school of Chinese constitutional theorists who adopt a unique constitutional methodology. They treat the Chinese constitution as a political constitution and focus on the relationship between politics and the constitution rather than the normative interpretation of the constitutional text (Gao, 2014a, p. 4). To some extent, Chinese political constitutionalism opens up a new approach to grasping the current Chinese constitutional order. Although Schmitt is not the sole theoretical source for Chinese political constitutionalism, his influence is significant. This article aims to explore this important but much neglected connection between Schmitt and Chinese political constitutionalism.

The article is divided into three sections. Section one explores Gao Quanxi's political constitutionalism and his complex attitude towards Schmitt. Section two deals with Schmitt's influence on Chen Duanhong. Although the concept of Chinese political constitutionalism was first proposed by Chen, it is Gao who has developed a systematic understanding of political constitutionalism. Therefore, it makes sense for us to discuss Gao's thought first and then Chen's theory. At the end of the article, there will be a brief conclusion.

GAO'S POLITICAL CONSTITUTIONALISM AND HIS COMPLEX ATTITUDE TOWARDS SCHMITT

Before entering into a detailed analysis of Gao's political constitutionalism, it is necessary to briefly describe the general picture of Chinese constitutional theory. The dominant constitutional theory in China used to be the constitutional theory of ideology. The constitutional theory of ideology adopts the official political ideology of Marxism to understand the Chinese constitution. For instance, Professor Zhang Guangbo defines the constitution as the expression of the will of the ruling class (Zhang, 1987, p. 2). In contrast to the constitutional theory of ideology, one of the current mainstream constitutional theories in China is normative constitutional theory. It defines the constitution as the fundamental law that embodies the spirit of constitutionalism. And the core value of constitutionalism is the protection of individual freedom. Therefore, the norms that protect individual rights are considered as the most fundamental in the constitution (Lin, 2001, p. 8). With the change of the definition of the constitution, normative constitutional theory claims that "its central task" is not to explore the phenomenon behind norms, but norms themselves (*ibid.*, p. 4). The class nature of the constitution is obviously identified as the 'phenomenon behind norms'. Therefore, it does not belong to the subject of constitutional theory. Political, social or other elements have been excluded from the sphere of constitutional theory. Similar to normative constitutional theory, constitutional interpretivism, another mainstream constitutional theory in China, proposes that constitutional theory should focus on the 'text' of the 1982 Chinese constitution and its values (Han, Lin & Zheng, 2008, p. 136).

However, Gao claims that neither of these Chinese constitutional theories is capable of grasping the "real Chinese constitutional order" (Gao, 2014a, p. 3). For Gao, the constitutional theory of ideology is purely political. It fails to grasp the constitutional or legal dimension of the Chinese constitution (*ibid.*, p. 6). As for normative constitutional theory and constitutional interpretivism, Gao criticizes them for deliberately avoiding the fundamental political dimension of the Chinese constitution. In order to understand the Chinese constitutional system, Gao believes that it is necessary to adopt his political constitutionalism. Political constitutionalism is a new methodology for understanding the constitution. It

is not concerned with the normative interpretation of the constitution. For Gao, the judicial interpretation of the constitution is the concern of the ordinary political moment. The ordinary political moment refers to the moment when the constitution operates and completely regulates political activities. Instead, political constitutionalism focuses on the moment of constitutional making and aims to explore the political foundation of the constitution.

To Gao, political constitutionalism has at least two tasks. First, it should clarify the real Chinese constitution and its dynamics (*ibid.*, p. 21). The real constitution in Gao's theory refers to the constitutional rules that are operating in political reality. To be more specific, these operating constitutional rules are the existing rules of power. Gao claims that the real constitution is the political aspect of the constitution. Without understanding the political aspect of the constitution, it would be impossible to grasp the fundamental nature of the Chinese constitution. By studying the real constitution, Gao argues that political constitutionalism will uncover the origin and the development of the current Chinese constitutional order (*ibid.*, p. 21).

Second, it should also explore the issue of justice in the constitution. Unfortunately, Gao has never clearly defined the meaning of justice in his theory. It seems that the concept of justice and normativity are interchangeable in his thought (*ibid.*, pp. 21-22). And by the normative nature of the constitution he means the tendency to restrain political power. He argues that constitutional theory should not only identify the political constitution as reflecting a political decision of the people, but also aim to establish a normative system to tame political power (*ibid.*, p. 17). Otherwise, it would not qualify as a constitutional theory, but as a means to justify brute force. Therefore, Gao claims that political constitutionalism should "explore how to end revolution, how to subject revolutionary politics to constitutional politics and how to subject the leadership power of the Party to the popular sovereignty of the National People's Congress" (*ibid.*, p. 24).

The two tasks of political constitutionalism embody Gao's central understanding of the current Chinese constitution, which was passed in 1982, since he believes that the current constitution could only be properly understood through political constitutionalism. To Gao, the Chinese constitution is a political constitution. A political constitution is a constitution whose political element has 'an absolute dominant status'. The political element refers to the political foundation of the constitution. It deals with the issue of how the constitution is made by political power (*ibid.*, p. 15). Political constitution in Gao's theory could be understood as an Schmittian concept of constitution, which is defined as a political decision. In contrast to a political constitution, an ordinary constitution is a constitution of an ordinary political time. The key characteristic of an ordinary constitution also lies in the unique status of its political element. Although an ordinary constitution has its political aspect, it 'disappears' into the background. The main content of an ordinary constitution is its constitutional laws rather than its political elements (Gao, 2014b, p. 105).

Gao argues that a political constitution has two sub-categories. These are revolutionary constitution and reformist constitution (*ibid.*, p. 105). Unfortunately, Gao has never defined the meaning of the concept of a revolutionary constitution. It properly refers to a constitution that endorses a continuing revolution or radicalism, since Gao considers the constitution during the Great Cultural Revolution to have been a revolutionary constitution (*ibid.*, p. 96, 104). With respect to a reformist constitution, it is something between a revolutionary constitution and an ordinary constitution. It is a constitution that aims to become an ordinary constitution. So it could be called a constitution in transition.

To Gao, the Chinese constitution is a reformist constitution. As a reformist constitution, it has a dual theme of 'revolution' and 'de-revolutionarisation' (ibid., p. 96). On the one hand, the constitution affirms the achievement of Chinese revolution by people under the leadership of the Chinese Communist Party. China and its constitution are the result of the revolution. Revolution and violence are the foundations of the constitution. This is the theme of revolution in the constitution. On the other hand, the constitution actually tries to put an end to revolution, in particularly the 'Great Cultural revolution' and its radical theory of class struggle. It aims to re-establish social and political order by law (ibid., p. 99). The constitution represents 'a constitutional reform' and initiates the transition from "extraordinary politics to ordinary politics" (ibid., p. 100). At the end of the process, it will finally establish a constitution of constitutionalism. This process is referred to by Gao as the 'counter-revolution of revolution'.

Let's take a more detailed look at the Chinese constitution. Gao argues that the political foundation in the 1982 Chinese constitution is the sovereignty of the people.¹ It has been realized through three different mechanisms. They are leadership by the Party based on truth, the People's Congress based on procedure, and the system of democratic participation other than through the People's Congress (Gao, 2014b, p. 107). For the party leadership, Gao writes that the constitution represents the negation of personal dictatorship and the establishment of a democratic style of party leadership. The constitution embodies the unity of the will of the party and the will of the people. The constitution becomes the party's and the people's highest will. This means that the constitution requires the party to abide by the constitution. Nevertheless, Gao admits that the party's leadership has not been subjected to the constitution yet (ibid., p. 110). The establishment of the National People's Congress is the second major achievement of the constitution. The National People's Congress is the supreme state organization in the constitution. It is the direct realization of the people's sovereignty. Gao, however, points out that the realization of the power of the National People's Congress as the supreme state power in China is still not ideal. The reason lies in the fact that the relationship between the party and the state has not been settled yet. And the Chinese People's Political Consultative Conference is the third mechanism of the system of democratic participation in the constitution. Gao is actually not very sure whether this mechanism is an element of a political constitution. But he simply declares that Chinese political constitutionalism should study the third mechanism's relationship with the party and its constitutional significance (ibid., p. 115).

Besides this unique structure of the Chinese constitution, four amendments to the constitution also reflect the reformist spirit of the Chinese constitution. The four amendments re-define the nature of the 'people's republic', separate the state from society, and propose the establishment of the rule of law, protection of private property, and human rights. These amendments contain the forces of reformation. They provide the reform with constitutional principles or guidance.

If we take the constitution and its amendments as a whole, Gao argues that we could find that China is in the state between extraordinary politics and ordinary politics. On the one hand, China is not at the moment of extraordinary politics, since it has established its constitution and ended the revolution. It aims to regulate political power by institutionalizing the relationship between the party and the state and the relationship between the party, the

¹ I do not agree with his claim about the sovereignty of the people. I will analyze who is the real sovereign in China in the second section.

constitution, and the people. On the other hand, China has not fully realized an ordinary politics with a constitution of constitutionalism, since the constitution is a political constitution with a reformist spirit. The authority of the constitution over the party, for instance, has not been fully established. Gao, however, is optimistic that China will finally establish a constitution of constitutionalism. In this process, the political element of the constitution will gradually retreat, while the normative or legal element of the constitution will eventually play a dominant role. This means that constitutional laws will become the main content and fully regulate political power. Therefore, in Gao's thought, a political constitution will ultimately be replaced by an ordinary constitution.

Gao's distinction between an ordinary constitution and a political constitution has clearly been influenced by Schmitt (*ibid.*, p. 106). To Gao, a political constitution is a constitution, while an ordinary constitution represents constitutional law. As we know, Schmitt makes a distinction between the constitution and constitutional law. The constitution refers to the fundamental political decision by the subject of constituent power. 'It determines the entirety of the political unity in regard to its peculiar form of existence'. In contrast, constitutional law refers to individual constitutional norms or provisions whose validity is based on the constitution. To Schmitt, every positive constitution contains its fundamental political decision. It does not matter whether the constitution is a constitution of extraordinary times or ordinary times. As long as it is a constitution, it contains its fundamental political will. In Schmitt's constitutional theory, the political will or decision of the constitution is more important than the normative element of the constitution. The superiority of the political element applies in normalcy and the state of exception.

Gao obviously absorbs the Schmitt's dualism between the constitution and constitutional law and that of the state of exception and normalcy. He claims that Schmitt's dualism is helpful for us to understand the Chinese 1982 Constitution, "the political nature of revolution, war, violence and people's will", "the founding of China through revolution", and "the achievement of gun by people under Communist Party's leadership" (*ibid.*, p. 106). Nevertheless, Gao's usage of the dualism is not completely consistent with Schmitt's theory. To Gao, the political element is more important in extraordinary political times, while the legal element is more important in ordinary political times. In Gao's theory, the political element of the constitution in fact 'disappears' or 'retreats' after the establishment of an ordinary constitutional order. Therefore, the fundamental nature of the constitution changes during different political phases. The political element in Schmitt's theory, however, is always the most fundamental aspect of the constitution.

This difference is probably the reason why Gao criticizes Schmitt. To Gao, Schmitt's constitutional theory has two drawbacks. First, it overestimates the importance of the political decision, the fight between friend and enemy, and underestimates the significance of the normative element of the constitution. Second, Gao argues that Schmitt's constitutional theory ignores the transition from exceptional politics to ordinary politics, from the political decision of the absolute constitution to the normative constitutional law. It does not understand the path from a revolutionary constitution to a constitution of constitutionalism (*ibid.*, p. 106).

Neither of Gao's critiques of Schmitt is tenable. First, it is true that Schmitt emphasizes the significance of the political decision or the political element of the constitution. Nevertheless, this does not mean that Schmitt underestimates the importance of the normative element of the constitution. What Schmitt tries to do in his constitutional theory is to supplement the formalist understanding of the constitution, which ignores the importance of the political di-

mension of the constitution. Just as David Dyzenhaus has correctly noted that “for he [Schmitt] did not reject the idea of a society comprehensively governed by legal norms, on condition that the political decision that underpins that legal order is made explicit” (Dyzenhaus, 1999, p. 46). To Schmitt, the political will of the people is the foundation of the constitution’s validity. It is also the reason for the unity of the constitution. Although the political element is fundamental for the constitution, it is not the only element in the constitution. To Schmitt, every legal order contains two elements: decision and norm. The relationship between the decision and norm can be found in his analysis of the constitution of the *Rechtsstaat*. Schmitt argues that the element of rule of law is only one aspect of the constitution. Besides the element of the rule of law, any *Rechtsstaat* has its political element. The element of rule of law aims to regulate the political power of the state and protect individual freedom. Without the existence of the state, it would be meaningless to talk about regulating the state.

Second, Schmitt proposes three different kinds of relationship between the people and the constitution (Schmitt, 2008, pp. 268-279). In the first kind of relationship, the people is anterior to and above the constitution. Being ‘anterior to’ the constitution means that constitution is the result of a political decision by the people. Without the existence of people capable of political action, there would be no constitution making. And being ‘above’ the constitution means that the people’s power cannot be limited by any constitutional norms. As the subject of constituent power, it can create any constitution that they like. This kind of relationship may apply to the founding moment of the constitution. The second kind of relationship is that the people is within the constitution. Being within the constitution means that people express its wills by exercising ‘constitutionally regulated powers’, such as elections, referenda, etc. After the founding of the constitution, the sovereign people cannot remain above or outside the constitution. It should subject itself to, and operate within, the framework of the constitution. Schmitt makes it clear that although the people’s will is above any constitutional procedure, “the further execution and formulation of a political decision reached by the people in unmediated form requires some organization, a procedure, for which the practice of modern democracy developed certain practices and customs” (ibid., p. 132). This is fundamental to the stability of any constitution. Without this self-subjection, a people could constantly make a new fundamental decision and create new constitutions. This would cause a state of lawlessness. Therefore, Schmitt is never ignorant of the importance of an ordinary constitutional order. And the third kind of relationship is that of people being next to the constitution. After the founding of a new constitution, the people within the constitution cannot exhaust the people’s “potential for political action and significance in a democracy” (ibid., p. 271). In fact, people can assemble in the public sphere. They retain their power to act spontaneously together (Kalyvas, 2008, p. 177). Nevertheless, the people next to the constitution does not have constituent power to make a new constitution. Therefore, the activity of the people next to the constitution belongs to the content of democracy in an ordinary constitutional order. So it is not fair to say that Schmitt’s constitutional theory does not understand the path from revolutionary constitution to a constitution of constitutionalism.

Although Gao misunderstands Schmitt, his use of Schmitt’s theory is still interesting. It actually reflects the nature of his thought as a right-wing political constitutionalist. Being a right-wing political constitutionalist, he does not only believe that the political element is the most important in the Chinese constitution, but also uncovers China’s move towards a constitution of constitutionalism. Although he has never clearly defined the meaning of a constitution of constitutionalism, the constitution at the end of the transition seems to embody the values of liberalism or liberty, since Gao claims that the spirit of the Chinese constitution

is in transition from 'survival' to 'liberty' (Gao, 2014a, p. 18). Gao, however, is probably too optimistic about the transition and too ambiguous about how the transition can actually be realized. If the Chinese constitution becomes a constitution of liberty, it probably needs a revolution rather than a transition.

CHEN, CONSTITUENT POWER AND THE CHINESE CONSTITUTION

In his speech *Political Logic in Constitutional Studies*, Chen praises Schmitt's constitutional theory as 'the most systematic model of political constitutionalism'. He says that "Carl Schmitt is the most successful theorist who has introduced political theory into constitutional studies. We admire his constitutional theory. In terms of his personal political choice, that is his own business" (Chen, 2012). It seems that Chen makes a distinction between Schmitt's theory and his personal political activities in the Third Reich and tries to justify his own reception of Schmitt.

So what has Chen learned from Schmitt? Constitutional theorist Tian Feilong argues that Chen's article *On the Constitution as the Fundamental Law and Highest Law of the State* embodies Schmitt's major influence on Chen (Tian, 2014, p. 184). In that famous article, Chen adopts Schmitt's absolute concept of constitution. According to Schmitt, the absolute concept of constitution means "the concrete manner of existence that is given with every political unity" (Schmitt, 2008, p. 59). It could refer to "the concrete, the collective condition of political unity and social order of a particular state" (ibid., p. 59). Chen accepts Schmitt's idea and proposes that the first absolute constitution in China is the principle of "Chinese People under the Leadership of the Party" (Chen, 2010a, pp. 283-286). It is true that Schmitt's influence on Chen in that article is obvious. Nevertheless, the more interesting Schmittian influence probably lies in the way in which he uses Schmitt's concept of constituent power and the idea of people next to the constitution to understand the Chinese constitution. By using these two major Schmittian ideas, Chen reveals the most fundamental nature of the Chinese constitutional order.

Similar to Gao, Chen is critical of normative constitutional theory. To Chen, the problem with normative constitutional theory is that it focuses only on constituted power and avoids constituent power. Constituted power means the powers that are created by the constitution, while constituent power is the power through which the sovereign creates the constitution. Therefore, normative constitutional theory cannot explain the origin of the constitution. In contrast to normative constitutional theory, Chen argues that the concept of constituent power is fundamental for us to understand the origin of the constitution. Any constitutional theory should not avoid this concept (Chen, 2010b, p. 10). In fact, Chen believes that the concept of constituent power should become the foundation (Jiebei) of constitutional theory (ibid., p. 10).

In Chen's theory, constituent power has political and non-political meanings. First, political constituent power refers to sovereignty. It represents the supreme power within a political unity. By the exercise of constituent power, the sovereign creates the constitution. Therefore, constituent power is the sovereign power of constitution making. Chen writes that "constituent power is extraordinary, but it is the beginning of an ordinary moment" (ibid., p. 14). It means that ordinary politics comes into being through the establishment of a constitutional order. Chen's definition of constituent power is not much different from that of Schmitt, although Chen does not directly use Schmitt's theory to define the concept in his

landmark article *A Dialogue on Constituent Power between a Political Theorist and a Constitutional Theorist*. Nevertheless, Chen admits that Schmitt gives a 'clear definition' of constituent power in another important article and accepts Schmitt's definition of constituent power as "a political will, by which the subject of constituent power makes the fundamental decision about the type and form of its own existence" (Chen, 2010c, p. 213).

Second, the non-political constituent power means 'creative power'. Chen argues that this second meaning of constituent power has nothing to do with sovereignty. It is an objective force (Chen, 2010b, p. 18). To Chen, creative power is a power in society. Chen uses Marx's power of labour as an example of creative power, and he argues that this kind of power can be changed into political power by the awareness and revolutionary actions of workers (ibid., p. 18). Similarly, creative power in a society can be changed into a political power if the constitution in that country cannot absorb it. "If it reaches a certain scale, creative power will either peacefully use constituent power or use violent revolution to express itself" (ibid., p. 19). It seems that creative power, as a constituent power, is non-political at the beginning. With the development of the strength of the power, it could become political. Being political means that it can create a new constitution and transform itself into political constituent power.

After clarifying the concept of constituent power in his theory, Chen starts to analyse the Chinese constitutional order. To Chen, the Chinese constitutional order is between the constitutional founding moment and normalcy. On the one hand, it is no longer a constitutional founding moment, since a constitutional order was established in 1982. On the other hand, it is not normalcy due to the frequent exercise of constituent power by the party. The frequent exercise of constituent power makes the constitutional order 'exceptional'. This in-between time is defined by Chen as a reformist era of the Chinese constitutional order.

An obvious question could be raised here. If the party exercises constituent power, doesn't it mean that it creates new constitutional founding moments? Chen further distinguishes the moment of the original constitutional founding and the moment of constitutional change. And he defines the reformist era as the latter moment. Nevertheless, Chen never clarifies the nature of these two moments. It is reasonable to assume that the moment of original constitutional founding refers to the moment when the most fundamental laws in the constitution have been changed, while the moment of constitutional change involves the changes of constitutional laws that are not that fundamental. In the context of the Chinese constitution, the most fundamental constitutional law is probably the party's absolute right to rule and lead in China. Therefore, probably only a decision by the party to overthrow itself as the ruling party of China would constitute a new constitutional founding moment in a strict sense. In the reformist era of the Chinese constitutional order, although the party makes fundamental decisions about the constitution, it certainly does not touch the most fundamental law, that is, the principle of the party's rule in the constitution. The political constituent power exercised by the party has its own boundary. This is probably the first characteristic of the constituent power exercised by the party in a reformist era.

The second characteristic of the constituent power exercised by the party in the reformist era is that it has a strong connection with people's creative power. This could be demonstrated from the example that Chen uses in his article. The 'household contractual system' was initially developed by people from a small village in Anhui. The party made a decision to recognize the legitimacy of the system. Nevertheless, the decision contradicted the constitution at that time. After years of practice, the system proved to be good to the Chinese

economy. The system was later incorporated into the Chinese constitution by the National People's Congress through a formal constitutional amendment procedure. Anhui village's example is a classic case which shows how the party exercises its constituent power in a reformist era. In a reformist era, people have non-political constituent power, that is, creative power. To some extent, this creative power pushes the party to exercise its political constituent power to make fundamental decisions about the constitution.

Therefore, Chen argues that the fundamental characteristic of the Chinese constitutional order is that "the representatives of the subject of constituent power are always present. They coexist with constituted power and are superior to the latter. So the moment of constitutional making frequently occurs" (ibid., p. 21). 'The representatives of the subject constituent power' are the Chinese Communist Party. The party coexists with the constituted power, that is, the power of the National People's Congress in China. Nevertheless, the party is superior to the National People's Congress, due to the superiority of constituent power over constituted power. Chen insists that the subject of constituent power is the people of China. Nevertheless, what the people have is non-political creative power in a reformist era. People do not have political constituent power and are excluded from exercising it. As the representative of the people, the party exercises political constituent power and makes changes to the constitution. Another question can be asked here. If the people do not have political constituent power, how can the party represent the people and exercise this power, which is supposed to be from the people? Chen has never clearly solved this puzzle. I think it actually reveals the fact that the party is the real subject rather than a 'representative' of political constituent power. It is a hard fact that Chen does not want to admit.

Chen argues that there are at least three advantages to the unique role of the party. First, the party, which represents the subject of constituent power, can absorb the creative power of the society and prevent the creative power from changing into an opposing political power. Second, it can swiftly respond to reality by making new policies and seize the opportunity for social development. Third, it has the merit of being innovative and cautious. Although the party makes fundamental decisions with respect to the constitution by issuing new policies, policies are still not formal constitutional amendments to the constitution. According to the Chinese constitution, only the National Congress can pass constitutional amendments. Therefore, if the policies prove to be good, they can later be formally incorporated into the constitution by the official procedure of the Congress. If the policies prove to be bad, they will be suspended and not be incorporated into the constitution (ibid., p. 27). It is innovative since the party can make swift decisions. It is cautious since the party's decisions are still not formal constitutional amendments.

The first two reasons further confirm the fact that people in China have non-political power, while the party holds the political constituent power and has the real ability to change the constitutional order. The party would not allow people's non-political power to be transformed into political power. If so, Chen argues that people would constitute a threat to the party's rule. Although Chen repeatedly argues that the party is the representative of the subject of constituent power, the exclusion of people by the party from making the fundamental decisions casts doubts on whether the party is merely the representative of the subject of constituent power. If people's direct exercise of political constituent power could threaten the party's rule, it implies that the relationship between the people and the party is not one between a subject and its representative. Instead, their relationship is that either the party or the people are the sovereign. The first two reasons, and in particular the first one, further confirms the fact that the party is the real subject of political constituent power in China.

The third reason shows that the party can make any decision and is above the constitution. Without officially amending the constitution, the party can make policies that contradict the constitution. Even if the results turn out to be bad, Chen believes that the party's decisions would not undermine the authority of the constitution as a whole but only that of individual constitutional laws (*ibid.*, p. 27). The authority of every individual constitutional law embodies the authority of the constitution as a whole. If individual constitutional laws can be suspended by the party if it wishes, what authority does the constitution as a whole have?

Although the picture of an ever-present subject of constituent power in China corresponds to the constitutional reality in China, it seems that they contradict the general understanding of the way in which a constitutional order works. Generally speaking, after the founding moment of a constitutional order, the sovereign who exercises constituent power will retreat and subject itself to the constitution. Without this self-subjection, an ordinary constitutional order could never be established, since the sovereign can always make a new constitution by using constituent power. Interestingly, Chen uses Schmitt's concept of "people next to the constitution" to explain the unique Chinese phenomenon. Chen insists that people are the subject of constituent power. He argues that although people retreat, it does not mean that people do not exist. People stay next to the constitution (*ibid.*, pp. 23-24). Since people cannot exercise their constituent power directly, the party uses the power whenever it finds there is a need for a new decision to better the national existence (*ibid.*, p. 25).

Two points need to be registered here. First, the people next to the constitution in Schmitt's theory does not have the power to make decisions that contradict the constitution. The people next to the constitution refers to people that spontaneously assemble together and directly express their wills. It describes active citizenship in a democracy (Kalyvas, 2008, p. 180). The reason for Schmitt to propose the idea of people next to the constitution lies in the fact that he is unsatisfied with the formalism of institutionalized politics. Chen, however, uses Schmitt to justify the party's role above the constitution. It is an abuse of Schmitt's idea of people next to the constitution. Second, Chen insists that the use of the constituent power by the party actually would not create a complete new beginning for the Chinese constitution. Therefore, the constituent power by the party is actually not real constituent power, since real constituent power cannot be limited by any constitutional law and can initiate a complete new beginning for a constitutional order. This unlimited aspect is the fundamental nature of constituent power. The reason for Chen's ignorance of this basic fact may lie in the benefit of the use of the label of 'constituent power'. To describe the party's power as a constituent power simply justifies the party's superiority over the constitution. Since the party exercises constituent power, it is legitimate for it to violate constitutional laws. Chen's ignorance may also have to do with his personal attitude towards the party's rule in China. He accepts the legitimacy of the rule as unquestionable. Therefore, the possibility of the party exercising constituent power to overthrow itself is beyond his theoretical imagination. In fact, due to his special attitude toward the real politics in China, Gao has defined Chen as a left-wing Chinese political constitutionalist who accepts "what exists must be reasonable" and ignores the question of the legitimacy of political power (Gao, 2014a, p. 17).

CONCLUSION

Although Gao's and Chen's readings of Schmitt are probably not accurate, the inaccuracy does not undermine the fact that Schmitt's theory plays an important role in the emergence of Chinese political constitutionalism. Schmitt's theory has inspired Chinese political con-

stitutionalists to pay attention to the political aspect of the Chinese constitution. They no longer see the constitution as a mere given text. Instead, they have started to look at the constitution from the perspective of how it is made. This new perspective has led them to investigate the relationship between political power and the constitution, an issue that had been neglected by the dominant Chinese constitutional theories.

Due to the methodology that they share, it is not surprising that Gao and Chen hold some similar views. For instance, they both argue that the Chinese constitution is in a reformist era and that the Chinese constitution is political. For Gao, although the Chinese constitution is political at the moment, it will eventually be replaced by an ordinary constitution which embodies the values of constitutionalism. A political constitution's fundamental issues are that of the people, revolution, and constitution making, while an ordinary constitution of constitutionalism would focus on judges, the judiciary, and rights (*ibid.*, p. 4). To Gao, this transition is actually a lesson from other successful constitutional states, such as Britain and America. Therefore, China has to move from an exceptional state to an ordinary state (Gao, 2014c, pp. 311-333; Gao, 2014d, pp. 47-53, 64-68). Maybe Gao is right that China *should* establish an ordinary constitutional order, but Gao has never provided sufficient evidence to show why and how the Chinese constitution *will* eventually turn into a constitution that protects 'individual liberties', 'the interest of the polity', and 'social justice'.

Chen has also mentioned the path of the Chinese constitution from a constitution of 'survival' to a constitution of 'liberty' (Chen, 2010a, pp. 294-302). A constitution of survival aims to protect the survival of the nation, while a constitution of liberty would protect individual liberties (*ibid.*, pp. 294-302). It seems that Gao and Chen share the same vision of the Chinese constitution. Chen's understanding of the Chinese constitution, however, is actually different from Gao's (Yan, 2012, p. 68). In Chen's thought, the Chinese constitution would probably never turn into a completely ordinary constitution. Even if the Chinese constitution eventually becomes a constitution of liberty, it could not exhaust the creative power of the people in the country. As long as the people keep their creative power, the party will have to make fundamental decisions about the constitution so as to keep their right to rule. The extraordinary moment will constantly occur.

What would Schmitt say about these two visions of the Chinese constitution? I think he would probably be critical of both. It seems that Gao desires a complete institutionalized regulation of political power by the constitution. At the end of the transition, Gao's vision of the Chinese constitution is the one that completely forgets the political dimension. When an ordinary constitution replaces a political constitution, the clear awareness of the political aspect of the constitution will somehow disappear. Judges rather than the sovereign will rule at the final stage of the transition. This vision goes directly against Schmitt's central thought. To Schmitt, although an ordinary constitutional order is important, it should not forget its political foundation.

Chen's vision of the Chinese constitution accepts the permanent existence of political power. Why would Schmitt disagree with it? Although Schmitt stresses the political foundation of the constitution, it does not mean that he would accept the constant exercise of constituent power. As I mentioned earlier in this article, Schmitt has emphasized the importance of an ordinary constitutional order. This means that the subject of the constituent power has to subject himself to the constitution after the founding of the constitution. Otherwise, it would throw the state into a state of permanent lawlessness. Chen's vision of the Chinese constitution, however, does not include the party being subjected to the constitution. Instead, the party is always above the constitution, ready to exercise its constituent power and make fundamental decisions about the constitution.

REFERENCES

- Chen, D. (2012). Political Logic in Constitutional Studies. *Gongshi Network*, December 5, 2012, Retrieved from <http://www.21ccom.net/plus/view.php?aid=72855>.
- Chen, D. (2010a). On the Constitution as the Fundamental Law and Highest Law of the State. In D. Chen, *Constituent Power and Fundamental Laws*, Beijing: Zhongguo Fazhi Chubanshe.
- Chen, D. (2010b). A Dialogue on Constituent Power between a Political Theorist and a Constitutional Theorist. In D. Chen, *Constituent Power and Fundamental Laws*, Beijing: Zhongguo Fazhi Chubanshe.
- Chen, D. (2010c). People's Constituent Power in the Third Type of Republic. In D. Chen, *Constituent Power and Fundamental Laws*, Beijing: Zhongguo Fazhi Chubanshe.
- Dyzenhaus, D. (1999). *Legality and Legitimacy: Carl Schmitt, Hans Kelsen and Hermann Heller in Weimar*. Oxford: Oxford University Press.
- Gao, Q. (2014a). The Emergence and Development of Political Constitutionalism. In Q. Gao, *Principles of Political Constitutionalism*, Beijing: Zhongyang Bianyi Chubanshe.
- Gao, Q. (2014b). Revolution, Reform and Constitutionalism: 1982 Constitution and the Logic of its Development. In Q. Gao, *Principles of Political Constitutionalism*. Beijing: Zhongyang Bianyi Chubanshe.
- Gao, Q. (2014c). The 'Secret' of American Modern Politics. In Q. Gao, *Principles of Political Constitutionalism*, Beijing: Zhongyang Bianyi Chubanshe.
- Gao, Q. (2014d). Constitution, Revolution and the Chinese Constitutional issues. In Q. Gao, *Principles of Political Constitutionalism*, Beijing: Zhongyang Bianyi Chubanshe.
- Han, D., Lin, L., Zheng, L. (2008). A Dialogue between Constitutional Interpretivism and Normative Constitutional Theory. *Zhejiang Xuekan*, 2, pp. 134-143.
- Kalyvas, A. (2008). *Democracy and the Politics of the Extraordinary: Max Weber, Carl Schmitt, and Hannah Arendt*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Lin, L. (2001). *From Constitutional Norm to Normative Constitution*. Beijing: Falv Chubanshe.
- Schmitt, C. (2008). *Constitutional Theory* (trans. J. Seitzer). Durham and London: Duke University Press.
- Tian, F. (2014). Sovereignty, Constituent Power and the Fundamental Structure of Chinese Constitution. *Zhongguo Falv Pinglun [China Law Review]*, 4, pp. 178-188.
- Yan, W. (2012). Legal Order and Decision. *Open Times*, 2, pp. 64-81.
- Zhang, G. (1987). Re-understanding the Basic Categories of Constitutional Theory. *Legal Theories Studies*, 3, pp. 1-6.
- Zheng, Q. (2013). Carl Schmitt, Leo Strauss and the Issue of Political Legitimacy in China. *Journal of Foreign Policy Interests*, 35, pp. 254-264.
- Zehng, Q. (2015). *Carl Schmitt, Mao Zedong and the Politics of Transition*. United Kingdom: Palgrave Macmillan.

ÜBER DEN URSPRUNG DES RECHTS
EINE ERKENNTNISTHEORETISCHE ERLÄUTERUNG DES DISPUTS
ZWISCHEN CARL SCHMITT UND WALTER BENJAMIN UM DEN
AUSNAHMEZUSTAND

ON THE ORIGIN OF LAW
AN EPISTEMOLOGICAL ELUCIDATION OF THE DISPUTE BETWEEN
CARL SCHMITT AND WALTER BENJAMIN OVER THE STATE OF
EXCEPTION

MANUEL DISEGNI
TORINO

ZUSAMMENFASSUNG Der Beitrag rekonstruiert die Kontroverse um den Ausnahmezustand zwischen Schmitt und Benjamin und versucht, anhand einer textuellen Analyse der Aufsätze: *Zur Kritik der Gewalt*, *Politische Theologie*, *Über den Begriff der Geschichte und Nomos – Nahme – Name*, diese Kontroverse als eine im Grunde genommen um die Frage nach dem Rechtsursprung gehende theoretisch zu entschlüsseln. Thematisch werden dabei Schmitts Rezeption und Umfunktionierung der revolutionären Liberalismuskritik sowie die Nähe und die Distanz von seiner ›juristischen‹ und der historisch-materialistischen Konzeption der historischen Erkenntnis.

SCHLAGWÖRTER Erkenntnistheorie, Geschichtsphilosophie, dialektischer Materialismus, Nomos der Erde, Ursprung des Rechts, Gewalt, Ausnahmezustand.

ABSTRACT This paper reconstructs the dispute between Schmitt and Benjamin over the State of Exception. It aims, through a textual analysis of the essays *Critique of Violence*, *Political Theology*, *On the Concept of History* and *Nomos – Nahme – Name*, to theoretically decode it as a dispute over the fundamental question of the origin of law. By doing so the paper will pick out Schmitt's reception and appropriation of the revolutionary critique of liberalism as its central theme, as well as both the proximity and the distance between his juridical approach and the historical-materialistic conception of historical knowledge.

KEYWORDS Theory of knowledge, philosophy of history, dialectical materialism, nomos of the earth, origin of law, violence, state of exception.

1. WALTER BENJAMINS RECHTSKRITIK

Die Tradition der Unterdrückten belehrt uns darüber, daß der Ausnahmezustand, in dem wir leben, die Regel ist. Wir müssen zu einem Begriff der Geschichte kommen, der dem entspricht. Dann wird uns als unsere Aufgabe die Herbeiführung des wirklichen Ausnahmezustands vor Augen stehen; und dadurch wird unsere Position im Kampf gegen den Faschismus sich verbessern.

WALTER BENJAMIN, *Über den Begriff der Geschichte*

Die achte These *Über den Begriff der Geschichte* resümiert den Sinn von Walter Benjamins Polemik gegen die Rechts- und Staatslehre seiner Zeit, namentlich gegen Carl Schmitt, der ihm als einer ihrer höchsten Exponenten galt.

Benjamin hat – obwohl bedeutender Rechtsdenker – keine Rechtslehre. Er ist ebenso wenig ein Jurist wie Marx ein Ökonom. Sein Verhältnis zur Jurisprudenz ist ein kritisches, in dem Sinne von Kritik, der dem historischen Materialismus eigentümlich ist. An der Rechtslehre interessiert Benjamin weder deren innere Konsequenz noch deren Perfektibilität. Ihm sind vielmehr die Widersprüche der Rechtswissenschaft aufschlussreich. In diesen findet er einen Verweis auf die objektiven »Widersprüche der Rechtslage«, deren Erkenntnis es erst ermöglicht, die Rechtsordnung in ihrem Prozess zu betrachten und die historischen Tendenzen dieses Prozessierens zu begreifen. Der historische Materialist vermutet ein Geheimnis im Gegenstand seiner Kritik. Kritisiert wird ein mehr oder weniger kohärentes und organisches System von Gesetzen und Normen, und zwar insofern, als es die gesellschaftlichen Verhältnisse, von denen es Ausdruck ist, vergegenständlicht und verklärt. Das Rätselhafte einer historisch gegebenen Ordnung, Rechts- wie ökonomischen Ordnung, besteht darin, dass sie ihren historischen Charakter, mithin auch ihre Vergänglichkeit, wegmystifiziert. Sie tilgt ihren Ursprung aus der Geschichte, vertreibt ihn in eine mythologische Urvergangenheit, in welcher er unantastbar und ununtersuchbar wird und der gegenüber alle spätere Geschichte als eine ewige Gegenwart bzw. ein qualitativ undifferenzierter Fortgang erscheint. Indem eine Ordnung von Normen ihre historischen Voraussetzungen im Dunklen hält, verheimlicht sie nicht bloß die konkreten historischen Tendenzen der gesellschaftlichen Verhältnisse, die sie reglementiert, sondern auch, dass diese solche überhaupt aufweisen.

Stets bringen Rechts- und ökonomische Ordnungen Nichtdeklariertes mit sich. Sie gründen ihren Realitätsbezug darauf, dass sie die Bedingungen ihrer objektiven Gültigkeit verschweigen, gleichzeitig voraussetzen und verdrängen. Eine jede historisch gegebene Ordnung verdankt ihre objektive Geltung einer Präsupposition, die jedoch nicht in ihr gefasst ist und ohnehin nicht genannt werden darf. Ein Präjuristisches wohnt dem Recht, ein Präökonomisches der Ökonomie inne. Dem historischen Materialisten sind daher gegebene Ordnungen und deren Wissenschaften (samt ihren Lücken und Widersprüchen) vor allem Indizien des Außerordentlichen, auf dem sie fußen. Diese die materialistische Forschung leitende Vermutung ist insoweit Verdacht, als in diesem Außerordentlichen Gewalt geargwöhnt werden soll. Erkennen soll der historische Materialist nicht nur die Norm, sondern auch die historisch sich entfaltende Relation ihrer Ordnung mit der ihr eigenen, äußeren Voraussetzung.

Der Ausnahmezustand, als Grenzbegriff der Jurisprudenz, bildet das zentrale Problem, das zu lösende Rätsel ihrer Kritik. Es muss gezeigt werden, wie die Analyse dieses Begriffs und

des Disputs um ihn einen Schlüssel zum Verständnis des epistemologischen Verhältnisses der historisch-materialistischen Kritik zur Rechtswissenschaft abgibt. Dieser Begriff steht im Zentrum des Rechtsdenkens von Walter Benjamin wie von Carl Schmitt. Hierin ist der parteiische politische Charakter beider Rechtsdenker zu erahnen. Viel mehr als ein feiner Sinn für den politischen Kampf ist diesen zwei Denkern allerdings nicht gemeinsam. Diesen selbst beschreiben sie zunächst ganz unterschiedlich. Glaubt Schmitt (2008) in der Weltgeschichte primär »eine Geschichte des [geopolitischen] Kampfes von Seemächten gegen Landmächte und von Landmächten gegen Seemächte« (S. 16) zu erkennen, so folgt Benjamin hingegen Marx, laut dem die Geschichte der Zivilisation eher eine von Klassenkämpfen sei, welche ihre Hauptfrontlinie weniger zwischen Land und Meer als vielmehr zwischen Stadt und Land haben.¹ 1928, nach einem Aufenthalt in Marseille, notierte Benjamin (1972) in seinen Reiseheften unter dem Titel *Vorstädte*:

Je weiter wir aus dem Innern heraustreten, desto politischer wird die Atmosphäre. Es kommen die Docks, die Binnenhäfen, die Speicher, die Quartiere der Armut, die zerstreuten Asyle des Elends: das Weichbild. Weichbilder sind der Ausnahmezustand der Stadt, das Terrain, auf dem ununterbrochen die große Entscheidungsschlacht zwischen Stadt und Land tobt. Sie ist nirgends erbitterter als zwischen Marseille und der provençalischen Landschaft (S. 363).

Der Ausnahmezustand wird als das Terrain beschrieben, auf dem die Schlacht *ununterbrochen* tobt. Ununterbrochen heißt für Benjamins Geschichtsdenken die bisherige Kontinuität der Klassenherrschaft. Von seinem Standpunkt aus (1972-B) ist die Norm dessen, »was wir den Fortschritt nennen« (IX), die Gewalt, welche jene Herrschaft gründet und reproduziert, und von deren periodischen Ausbrüchen der historische Materialist sich nicht überrumpeln lassen darf. Der Kampf fordert Geistesgegenwart, meint Benjamin. »Das Staunen darüber, dass die Dinge, die wir erleben, im zwanzigsten Jahrhundert ›noch‹ möglich sind«, heißt es ferner in der achten These *Über den Begriff der Geschichte*, »ist kein philosophisches«. Das Vorbild hierzu lieferte Marx, welcher 1851 vom ›unerwarteten‹ Staatsstreich des Louis Bonaparte sich nicht erstaunen ließ, während ganz Europa nicht anders als mit ratlosem Zuschauen zu reagieren wusste.² Der materialistische Historiker, welcher den Standpunkt der Unterdrückten aller Generationen einnimmt, arbeitet an der Konstruktion eines Wissens um die Gewalt, welche, wie ein immer wieder auf- und abtauchender karstiger Fluss, von Zeit zu Zeit Dämme und Ordnungen durchbricht und die gesellschaftliche Landschaft zerrüttet. Ihre

¹ Vgl. Marx (1962), S. 373: »Die Grundlage aller entwickelten und durch Warenaustausch vermittelten Teilung der Arbeit ist die Scheidung von Stadt und Land. Man kann sagen, daß die ganze ökonomische Geschichte der Gesellschaft sich in der Bewegung dieses Gegensatzes resümiert«.

² Friedrich Engels leitet mit folgenden Worten die dritte Auflage von Marx' *Der achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte* ein: »Und in der Tat war es eine geniale Arbeit. Unmittelbar nach dem Ereignis, das die ganze politische Welt wie ein Wetterstrahl aus heiterem Himmel überrascht, das von den einen mit lautem Schrei sittlicher Entrüstung verdammt, von den anderen als Rettung aus der Revolution und als Strafe für ihre Verirrungen akzeptiert, von allen aber nur angestaunt und von keinem verstanden wurde – unmittelbar nach diesem Ereignis trat Marx auf mit einer kurzen [...] Darstellung, die den ganzen Gang der französischen Geschichte seit den Februartagen in ihrem innern Zusammenhang darlegte, das Mirakel des zweiten Dezembers in ein natürliches, notwendiges Resultat dieses Zusammenhangs auflöste [...]. Dies eminente Verständnis der lebendigen Tagesgeschichte, dies klare Durchschauen der Begebenheiten, im Moment, wo sie sich ereignen, ist in der Tat beispiellos« (Engels, 1960, S. 561). In einem seiner wichtigsten Aufsätze zum historischen Materialismus spricht Benjamin dieselbe Begabung dem Historiker Eduard Fuchs zu und definiert sie als »das [...] klare Gefühl für eine geschichtliche Lage, in die er sich hineingestellt sah. Es war die Lage des historischen Materialismus« (Benjamin, 1977, S. 466).

plötzlichen, von der konformistischen Öffentlichkeit als Ausnahmefälle wahrgenommenen Eruptionen (etwa der bonapartistische Staatsstreich im 19. und der Vormarsch des Faschismus im 20. Jahrhundert) sind in seinen Augen geradezu Regelfälle, periodische Stabilisierungen und Bestätigungen der Beständigkeit derselben Herrschaftsordnung: »die Frucht aller Jahrhunderte«, um mit Brecht zu sprechen. Vor dem Hintergrund einer solchen Auffassung von historischer Norm stellt sich dem Materialisten das Problem der Rechtsnorm.

Der frühe Aufsatz *Zur Kritik der Gewalt* und die darin exponierte Dialektik von rechtsetzender und rechtserhaltender Gewalt bilden die Grundlage von Benjamins Rechtsdenken. Hauptthema der Kritik der Gewalt ist deren Zusammenhang mit dem Recht. Benjamins Analyse charakterisiert das Leben des Rechts, die Bewegung seines historischen Daseins, als eine dialektische Schwankung zwischen zwei Arten von Rechtsgewalt. Daraus resultiert die Aufgabe des Kritikers, eine dritte Figur von Gewalt aufzufinden, die diesen Kreislauf zu sprengen und mithin die Staatsgewalt zu destituieren vermöge.

In Benjamins Selbstverständnis besteht die Kritik der Gewalt in der »Philosophie ihrer Geschichte« (S. 202). Dies bedeutet, dass die Analyse, will sie kritisch sein, ihren Standpunkt außerhalb der Rechtswissenschaft haben soll, damit die stetige Reproduktion des Zusammenhangs von Recht und Gewalt, das »dialektische Auf und Ab in den Gestaltungen der Gewalt« nicht bloß registriert oder gar als unausweichliches Schicksal affirmiert, sondern im Hinblick auf die »Idee ihres Ausgangs [der Geschichte der Gewalt]«, auf die Möglichkeit des Endes ihrer Spirale und der Eröffnung eines »neue[n] geschichtliche[n] Zeitalter[s]« (ebd.) betrachtet werden. Eine solche Möglichkeit kann von der Rechtswissenschaft überhaupt nicht konzipiert werden. Wegen des ihr zu Grunde liegenden Begriffs von Geschichte – wie noch erläutert werden muss – kann die Rechtswissenschaft keine Gewalt denken, die in der Lage wäre, sich jener Oszillation zwischen Rechtsetzung und -erhaltung zu entziehen.

Die Entwicklung der Rechtsordnung wird in der traditionellen Rechtslehre (Benjamin setzt sich mit den zwei wichtigsten Traditionslinien, der Naturrechtsphilosophie und dem Rechtspositivismus, auseinander) als Indikator für den Grad des gesellschaftlichen Fortschritts verstanden, das Recht seinerseits als das Instrument, mit dessen Hilfe die Menschheit im weltlichen Leben die Idee der Gerechtigkeit verwirklicht. Benjamin kritisiert diese Auffassung als dogmatisch: Sie unterstelle eine vor der historischen Betrachtung nicht zu haltende Teleologie. Die Rechtsordnung und die Autorität, auf die sich diese stützt, können die Aufgabe nicht erfüllen, die ihnen die Rechtslehre zuschreibt. In der Tat werden beide immer durch Gewalt gesetzt und erhalten und können, als Zwecke, nicht als unabhängig von den Mitteln betrachtet werden, mit denen sie durchgesetzt werden.

Die Funktion der Gewalt in der Rechtsetzung ist nämlich zwiefach in dem Sinne, daß die Rechtsetzung zwar dasjenige, *was* als Recht eingesetzt wird, als ihren Zweck mit der Gewalt als Mittel erstrebt, im Augenblick der Einsetzung des Bezweckten als Recht aber die Gewalt nicht abdankt, sondern sie nun erst im strengen Sinne und zwar unmittelbar zur rechtsetzenden macht, indem sie nicht einen von Gewalt freien und unabhängigen, sondern notwendig und innig an sie gebundenen Zweck als Recht unter dem Namen der Macht einsetzt. (Benjamin, 1972-D)

Die Grundannahme aller Rechtslehre lautet, berechnete Mittel können zu gerechten Zwecken angewendet, diese können durch jene erreicht werden. Hier muss Rechtskritik ansetzen. Von ihrem Standpunkt aus ist der Zusammenhang von Mitteln und Zwecken, in seiner Entfaltung im historischen Lauf der Rechtsverhältnisse betrachtet, komplizierter als die arglose Auffassung vorgibt, das Gewaltmonopol sei bloß ein Mittel zur Verwirklichung der Zwecke der Gerechtigkeit. Die Sphäre der Mittel von der der Zwecke abzutrennen und sie als

voneinander unabhängig zu betrachten, ist das Dogmatische der Rechtswissenschaft. Die kritische, ›geschichtsphilosophische‹ Perspektive, in der Benjamin die Gewalt betrachtet, macht die unentwirrbare Verschlingung zweier Bereiche – der Mittel und der Zwecke – kenntlich und denunziert sie als Ursprung der Rechtsproblematik. Zwecke sind deshalb ambig, weil sie als der Sphäre der Mittel entzogen, überlegen, übergeordnet und von ihr unabhängig erscheinen, während sie doch in der Sphäre der Mittel gesetzt und von ihr wesentlich bedingt werden. Mittel sind es ebenfalls: sie behaupten, ihren Zwecken bloß dienlich zu sein, während sie in Wirklichkeit gar nicht gesonnen sind, nur ihre eigene Funktion zu verrichten, um gleich danach die Bühne zu verlassen. Sie nisten sich gleichsam in die durch sie bedingten und nur scheinbar von ihnen getrennten Zwecke ein. Das Terrain der Teleologie erweist sich als durchaus promiskuitiv, Schauplatz verdächtiger Vermischungen. Die Rechtsgeschichte, Kulturgeschichte, politische Geschichte der Staatsgewalt folgt einem Lauf, dessen Form umrissen ist durch diese ambigue Zweckmäßigkeit.

Für Benjamin beinhaltet jedes Rechtsverhältnis ein Machtverhältnis, weil es sein Dasein der in ihm selbst latent vorhandenen Präsenz der Gewalt verdankt. Rechtsordnungen können nur durch Gewalt etabliert werden, welche dann ›rechtsetzend‹ heißt. Einmal in Kraft getreten, wird sie sich ständig gegen externe Bedrohungen verteidigen müssen. Jede Kraft, die sich außerhalb des Gesetzes bewegt, ist gesetzwidrig, stellt eine Bedrohung für dessen Existenz dar, muss als verbrecherisch erklärt und mit Gewalt verfolgt werden. Diese Gewalt, neues Gesicht der setzenden, heißt ›rechtserhaltend‹. Benjamin (1972-D) formuliert den Widerspruch der Rechtsgewalt, ihre selbstnegierende Tendenz, als dialektisches Gesetz des Schwankens zwischen zwei Gestalten der Gewalt, dem gemäß »jede rechtserhaltende Gewalt in ihrer Dauer die rechtsetzende, welche in ihr repräsentiert ist, durch die Unterdrückung der feindlichen Gegengewalten indirekt selbst schwächt« (S. 202). Die Grenzen der rechtsetzenden Gewalt offenbaren sich dann, wenn diese rechtserhaltend wird und externe setzende Gewalten unterdrücken muss. Hier richtet sich die Macht unausweichlich gegen ihr eigenes Prinzip: jenes der Setzung, kollidiert mit ihrem eigenen ursprünglichen Wesen und erlebt ihren Verfall. Die rechtserhaltende und die rechtsetzende Gewalt, uneingedenk des gemeinsamen Ursprungs, kämpfen gegeneinander als Gesetz und Verbrechen. Benjamins Kritik bezeichnet das Recht als gefangen in einer fortwährenden und sich wiederholenden Bewegung, in einem »dialektischen Auf und Ab« (S. 202) zweier identischer und gegensätzlicher Gewaltformen. Diese Retorsion der Rechtsgewalt gegen sich selbst ist selbst ein Gesetz, das Gesetz, dem jedes Gesetz unterliegt, die historische Tendenz des Gesetzes.

Die stetige Reproduktion dieses Zusammenhangs erscheint als das unausweichliche Schicksal der Menschheit. Einem derartigen Zyklus kann sich nur eine andere Form der Gewalt entziehen, welche, vom Verfall nicht betroffen, in der Zeit unzerstörbar wäre: eine ›reine Gewalt‹, deren Idee Benjamin zu umreißen sucht mit der Figur der göttlichen Gewalt über die Rotte Korahs und den Verweis auf George Sorels Theorie des proletarischen Generalstreiks. Es soll eine Möglichkeit herrschaftslosen menschlichen Zusammenlebens gedacht werden, worin die Beziehungen zwischen den Menschen nicht gewalttätiger Natur, nicht durch Herrschaft vermittelt sind.

Das geschichtsphilosophische Dilemma, das den Kern der *Kritik der Gewalt* konstituiert, kann wie folgt formuliert werden: Die Idee der Gerechtigkeit, wenn sie nicht bloße Idee bleiben, sondern in die Geschichte einfließen möchte, um sich realisiert zu sehen, birgt im Keim immer Privileg, Unrecht. Man könnte versuchen, diese Ordnung anhand eines Sinnbildes darzustellen: Man stelle sich eine enge Zelle ohne Ausgang vor, in der die Menschheit eingeschlossen ist. Um dem Wahn zu entkommen, laufen die Menschen im Kreis, in der

Illusion voranzukommen. Die Gerade, welche der Gefangene sich vorstellt zu verfolgen, ist der Fortschrittsbegriff. Die in seinem unablässigen Wiederholungszwang tatsächlich beschrittene Kreislinie ist dagegen der Weg, den die Geschichte als ein Schicksal für ihn vorbehalten zu haben scheint. Hierin kommunizieren die Ideologie des linearen Fortschritts in der homogenen leeren Zeit und der Mythos der ewigen Wiederkehr miteinander. Die viel debattierten theologischen Kategorien von Benjamins Geschichtsdenken stehen im Gegensatz zur mythischen Kategorie des Schicksals, soweit dieses den Kreislauf der Gewalt zeichnet, in den die Menschheit immer unvermeidlich zurückfällt und dadurch sich ›der Schuld‹ hingibt. Dies ist der Drehpunkt, an dem die revolutionäre Idee der Befreiung sich in die theologische Idee der Erlösung umwandelt. »Die kleine Pforte« der These XVIII-B *Über den Begriff der Geschichte*, »durch die der Messias« ›zu jeder Sekunde treten könnte«, ist eine in der Mauer jener Gefängniszelle sich auftuende Bresche.

Benjamin (1972-D) gibt sich allerdings keinem gefälligen, so tröstlichen wie abstrakten pazifistischen Schwulst oder gar jenem »geradezu kindischen Anarchismus« hin, der jegliche Art von Verpflichtung ablehnt und erklärt, dass ›erlaubt ist was gefällt« (S. 187). Die mythischen Ketten, welche die Menschen an ihr Schicksal aus Gewalt und Schuld fesseln, sind real und haben materielle Konsistenz: Daher muss eine ebenso materielle Gewalt gedacht werden, die in der Lage wäre, diese zu sprengen. Eine abstrakte Negation der Gewalt, ihre vollkommene und prinzipielle Ablehnung würde nur mit einer Bestätigung der bestehenden übereinstimmen. Es geht also darum, die Möglichkeit einer Gewalt anderer Natur zu erkunden, die nicht Macht ist, sich außerhalb des Kreislaufs der rechtsetzenden und rechtserhaltenden Gewalt befindet und diesen zu unterbrechen vermag, anstatt ihn voranzutreiben. Eine Gewalt also, welche – wirkliche Ausnahme – die Menschheit von der Regel befreit, zu der die Macht des Mythos sie verdammt hat.

In dem Aufsatz *Zur Kritik der Gewalt* kommt der Ausdruck ›Ausnahmestand‹ zwar nicht vor, obwohl der Begriff schon am Werk ist. Er ist in jener Kategorie zu erblicken, die als Drehpunkt der Argumentation dient: der ›Ernstfall‹. Dieser Begriff hat für die Kritik der Gewalt eine zentrale Erkenntnisfunktion: Er bestimmt den Gesichtspunkt, von dem aus die ›sachlichen Widersprüche‹ der Rechtsgewalt erst erkennbar, und mithin denjenigen, von dem aus »ander[e] Arten von Gewalt [...], als alle Rechtstheorie ins Auge fasst«, bestimmbar werden. Weshalb muss Gewalt, in ihrer rechtserhaltenden Gestalt, alle Gewalt und mithin ihr eigenes Prinzip unterdrücken? Inwiefern muss die (durch Gewalt konstituierte) Rechtsordnung in allen ihr äußeren Gewalten eine sachliche Bedrohung befürchten?

Durch welche Funktion die Gewalt mit Grund dem Recht so bedrohlich scheinen, so sehr von ihm gefürchtet werden kann, muß sich gerade da zeigen, wo selbst nach der gegenwärtigen Rechtsordnung ihre Entfaltung noch zulässig ist. (S. 183)

Die Zulässigkeit einer nicht rechtsimmanenten Gewalt gibt den Ort an, wo sie für das Recht *wirklich* gefährlich ist und seine Ordnung *wirklich* in Frage stellt. Nur dort, wo die Rechtsgewalt die außerrechtliche nicht zu unterdrücken vermag, sieht sie sich gezwungen, diese zuzulassen – und d.h. zu verrechtlichen – und zu hoffen, sie in ihre eigene Ordnung integrieren zu können. Nur dort, wo die Gewalt *wirklich* gegen die Gewalt der Verhältnisse und nicht als bloßes Moment ihres Reproduktionsprozesses auftritt; dort, wo sie das Recht belagert, muss es sie in seiner Zitadelle zu beherbergen, zu konstitutionalisieren versuchen. Diesen Ort ermittelt Benjamin 1921 im Klassenkampf. »Die organisierte Arbeiterschaft ist neben den Staaten heute wohl das einzige Rechtssubjekt, dem ein Recht auf Gewalt zusteht« (Benjamin, 1972-D, S. 188). Mit dem Streikrecht lässt der Staat zwar Gewalt zu, aber er

erkennt dies nicht als Recht auf Gewalt an – mit der Begründung, eine Unterlassung der Arbeit sei ein ›Nicht-Handeln‹ und könne daher nicht für Gewalt gehalten werden. In der dem Staatsrecht antithetischen Perspektive der Streikenden (d.i. die des historischen Materialisten) handelt es sich beim Streik wohl um Gewalt, Gewaltanwendung zur Durchsetzung von Zwecken, die nicht solche des Rechts sind. Dieser Gegensatz zeigt sich am deutlichsten in dem Fall, da der Staat den Gewalt-, den ordnungsbedrohenden Charakter des Streiks nicht mehr leugnen kann, da der Klassenkampf nicht länger in die Rechtsordnung einzuschreiben ist – im Ernstfall. Das ist der Fall des revolutionären Generalstreiks. Benjamin (1972-D) bestimmt ihn, Sorel folgend, so, dass der Streik

nicht in der Bereitschaft geschieht, nach äußerlichen Konzessionen und irgendwelcher Modifikation der Arbeitsbedingungen wieder die Arbeit aufzunehmen, sondern im Entschluß, nur eine gänzlich veränderte Arbeit, eine nicht staatlich erzwungene, wieder aufzunehmen, ein Umsturz, den diese Art des Streikes nicht sowohl veranlaßt als vielmehr vollzieht (S. 194).³

Sobald die Arbeiter als Klasse auftreten und das Recht auf Streik ernsthaft ausüben, muss der Staat diese Rechtsausübung, weil das Recht nur individuelle, keine Klassenverhältnisse kennt, »einen Missbrauch nennen, da das Streikrecht ›so‹ nicht gemeint gewesen sei, und seine Sonderverfügungen erlassen«. Das Staatsrecht lässt nicht-staatliche Gewalt zu, bleibt ihr zwar indifferent, allerdings nur solange, als sie sich innerhalb gewissen, für den Staat nicht ernsthaft bedrohlichen Grenzen bewegt. Sobald die Streikenden diese polizeilich gezogenen Grenzen überschreiten – *im Ernstfall* – muss ihnen Repression durch Staatsgewalt widerfahren. Die staatlich-polizeilichen Sonderverfügungen zur Unterbindung eines konstitutionell vorgesehenen Rechts zeigen praktisch, was theoretisch in der Differenz zwischen der juristisch-individualistischen und der materialistisch-klassenmäßigen Interpretation des Streikrechts sich ausdrückt: »Daher zeugt es nur von einem sachlichen Widerspruch in der Rechtslage, nicht aber von einem logischen Widerspruch im Recht, wenn es den Streikenden als Gewalttätigen unter gewissen Bedingungen mit Gewalt entgegentritt« (Benjamin, 1972-D, S. 185).

Die Erkenntnisfunktion des Ernst- oder Ausnahmefalls kann kaum überschätzt werden. Erst bei der Betrachtung solcher Fälle geben sich der fundamentale Widerspruch des Rechts und die Schranken des Horizonts der Rechtslehre zu erkennen. Erst da kann materialistische Kritik ihr außerhalb der zu kritisierenden Wissenschaft liegendes Fundament finden.⁴ Sie wird dann dasjenige zu vergegenwärtigen haben, was vom Recht verdrängt wurde und werden musste.

* * *

³ Vgl. auch Sorels *Réflexions sur la violence*: »Nous dirions donc que la force a pour objet d'imposer l'organisation d'un certain ordre social dans lequel une minorité gouverne, tandis que la violence tend à la destruction de cet ordre« (Sorel, 1908, S. 240).

⁴ »Denn im Streik fürchtet der Staat mehr als alles andere diejenige Funktion der Gewalt, deren Ermittlung diese Untersuchung als einzig sicheres Fundament ihrer Kritik sich vorsetzt« (Sorel, 1908, S. 240).

2. CARL SCHMITTS ERWEITERUNG DER JURISTISCHEN ERKENNTNIS

Geheimer Artikel zum ewigen Frieden

Ein geheimer Artikel in Verhandlungen des öffentlichen Rechts ist objectiv, d.i. seinem Inhalte nach betrachtet, ein Widerspruch; subjectiv aber, nach der Qualität der Person beurtheilt, die ihn dictirt, kann gar wohl darin ein Geheimniß statt haben, daß sie es nämlich für ihre Würde bedenklich findet, sich öffentlich als Urheberin desselben anzukündigen.

Der einzige Artikel dieser Art ist in dem Satze enthalten: Die Maximen der Philosophen über die Bedingungen der Möglichkeit des öffentlichen Friedens sollen von den zum Kriege gerüsteten Staaten zu Rathe gezogen werden.

Es scheint aber für die gesetzgebende Autorität eines Staats, dem man natürlicherweise die größte Weisheit beilegen muß, verkleinerlich zu sein, über die Grundsätze seines Verhaltens gegen andere Staaten bei Unterthanen (den Philosophen) Belehrung zu suchen; gleichwohl aber sehr rathsam es zu thun [...]. – Es ist aber hiemit nicht gemeint: daß der Staat den Grundsätzen des Philosophen vor den Aussprüchen des Juristen (des Stellvertreters der Staatsmacht) den Vorzug einräumen müsse, sondern nur, daß man ihn höre. Der letztere, der die Waage des Rechts und neben bei auch das Schwert der Gerechtigkeit sich zum Symbol gemacht hat, bedient sich gemeiniglich des letzteren, nicht um etwa bloß alle fremde Einflüsse von dem ersteren abzuhalten, sondern, wenn die eine Schale nicht sinken will, das Schwert mit hinein zu legen (vae victis), wozu der Jurist, der nicht zugleich (auch der Moralität nach) Philosoph ist, die größte Versuchung hat, weil es seines Amtes nur ist, vorhandene Gesetze anzuwenden, nicht aber, ob diese selbst nicht einer Verbesserung bedürfen, zu untersuchen, und rechnet diesen in der That niedrigeren Rang seiner Facultät, darum weil er mit Macht begleitet ist (wie es auch mit den beiden anderen der Fall ist), zu den höheren. – Die philosophische steht unter dieser verbündeten Gewalt auf einer sehr niedrigen Stufe. So heißt es z.B. von der Philosophie, sie sei die Magd der Theologie (und eben so lautet es von den zwei anderen). – Man sieht aber nicht recht, ob sie ihrer gnädigen Frauen die Fackel vorträgt oder die Schleppe nachträgt [...].

IMMANUEL KANT, *Zum ewigen Frieden*

Als wichtigster Theoretiker des Ausnahmezustandes ist *malgré lui* Carl Schmitt bekannt. Ausgesprochenes Ziel seiner *Politischen Theologie* war, wie deren Untertitel deutlich macht, eine *Lehre von der Souveränität*, nicht eine des Ausnahmezustandes. Dieser Begriff spielt vielmehr eine der souveränitätstheoretischen Absicht untergeordnete, funktionelle Rolle. Der Aufsatz wird thesenhaft eröffnet mit der Definition: »Souverän ist, wer über den Ausnahmezustand entscheidet« (S. 13). Das zu Definierende scheint hierbei der Souverän zu sein, während der Ausnahmezustand, genauer: die Entscheidungskraft über ihn, bloß als Bestimmung oder Kennzeichen, als Prädikat des Souveränseins angedeutet wird.

Die Argumentation der *Politischen Theologie* richtet sich hauptsächlich gegen zwei Widerparte: das liberale Staatsrecht und die marxistische sowie anarchistische Staatskritik. Damit bewarb sich Schmitt 1922 für die theoretische Führerschaft der Gegenrevolution. Interessant ist hierbei, das er das *als Jurist* tat. Es ist eine geläufige Meinung, dass seine Kritik der bürgerlichen Staatsauffassung ihn mit materialistischen Einsichten in das Wesen der Staatsgewalt verschwägern würde. In Wirklichkeit müsste man sagen, dass er sich die Erkenntnisse des Marxismus und Erfahrungen der Arbeiterbewegung für die Ausarbeitung einer Liberalismuskritik von rechts angeeignet hat.⁵ Hier soll gezeigt werden, wie Schmitt die Ergebnisse von Benjamins Rechts- und Gewaltkritik – und über sie die Tradition des historischen Materia-

⁵ Giorgio Agamben hat die Entstehungsgeschichte der *Politischen Theologie* untersucht und nachgewiesen – vor allem aber die fruchtbare Hypothese vorgeschlagen –, dass sie als Antwort auf Benjamins *Zur Kritik der Gewalt* konzipiert worden ist (Agamben, 2004, S. 64f.).

lismus – für die Jurisprudenz zu kapern versucht, um sie in reaktionärem Sinne umzufunktionieren.

Benjamins Kritik thematisiert den »sachlichen Widerspruch der Rechtslage«. Am »Ernstfall« zeigt er, dass das Recht sein eigenes Dasein und dessen Erhaltung einem außerrechtlichen Ursprung, einer präjuristischen Gewalt verdankt, deren Dialektik durch die historische Tendenz des Rechts zur Selbstvernichtung bestimmt ist. Die rechtsstaatliche Jurisprudenz – wie alle traditionelle Rechtslehre – verdrängt diesen Widerspruch. Schmitt hingegen (2015) folgt Benjamin (»Der Ausnahmefall offenbart das Wesen der staatlichen Autorität am klarsten«) und stellt den Widerspruch übermütig zur Schau. »Die Autorität beweist, dass sie, um Recht zu schaffen, nicht Recht zu haben braucht« (S. 19). Er greift also das rechtskritische Thema der ›dämonischen Zweideutigkeit‹ des Rechts auf, artikuliert es aber nicht als historische Dialektik und nicht in Hinblick auf die Idee des Ausgangs aus der Gewaltgeschichte. Aus dem »Widerspruch in der Rechtslage« macht er vielmehr einen starren, ›dem Juristischen‹ immanenten Gegensatz. »Der Begriff der Rechtsordnung [...] enthält den Gegensatz der zwei verschiedenen Elemente des Juristischen in sich. Auch die Rechtsordnung, wie jede Ordnung, beruht auf einer Entscheidung und nicht auf einer Norm« (S. 16). Während Rechtsordnungen etabliert werden und untergehen, scheint »das Juristische«, ewige Konstellation von Norm und Entscheidung, von Recht und Gewalt, Rahmen, innerhalb dessen sich die Geschichte des Rechts, die Geschichte überhaupt abspielt, davor gefeit zu sein.

Benjamins ›wirklicher Ausnahmezustand‹ meint die Stillstellung der Dialektik der Gewalt. Er wird nicht ›erklärt‹, sondern ›herbeigeführt‹. Der Schmittsche sogenannte Ausnahmezustand, Prädikat des Souveräns, Funktion seiner Behauptung, dient dagegen der Entdialektisierung der Widersprüchlichkeit des Rechts, lässt den Gegensatz Norm/Entscheidung erstarren und verewigt ihn als theologieverwandte »letzte, radikal systematische Struktur« (S. 50) der juristischen Begrifflichkeit. Diese Theorie des Ausnahmezustandes soll betrachtet werden im Kontext von Schmitts Versuch, das Erkenntnisfeld der Jurisprudenz über die »Fragen des täglichen Lebens und der laufenden Geschäfte« hinaus zu erweitern. Für die rechtsstaatliche Jurisprudenz »ist nur das Normale das Erkennbare und alles andere ein ›Störung‹. Dem extremen Fall steht sie fassungslos gegenüber« (Schmitt, 2015, S. 18). Gegen die Fassungslosigkeit rechtsstaatlicher Juristen sei ein umfassenderes Wissen zu konstituieren; ein Wissen um die Einheit von Normalität und Ausnahme, von Recht und Suspension desselben, Norm und Entscheidung; ein Wissen, mit anderen Worten, um die Gestalten der Produktion und Reproduktion ein und derselben Ordnung. Ein ähnliches Wissen schwebt Benjamin vor, wenn er die historische Dialektik von rechtsetzender und rechtserhaltender Gewalt veranschaulicht. Nur bezeichnet der historische Materialist – 1921 war Benjamin bereits einer⁶, wenn auch ein Neuling – ein solches Wissen als ›kritisch‹, oder auch ›geschichtsphilosophisch‹; der politische Theologe dagegen nennt es weiterhin ›juristisch‹.

So wie im Normalfall das selbständige Moment der Entscheidung auf ein Minimum zurückgedrängt werden kann, wird im Ausnahmefall die Norm vernichtet. Trotzdem bleibt auch der Ausnahmefall der juristischen Erkenntnis zugänglich, weil beide Elemente, die Norm wie die Entscheidung, im Rahmen des Juristischen verbleiben. (S. 19)

Dass die Staatsgewalt, als letzte Garantin der gesellschaftlichen Ordnung, der in letzter Instanz auf sie angewiesenen Geltung der Rechtsnorm überlegen ist, gilt als Befund der gewalt-

⁶ Nach der hier ausgearbeiteten Hypothese.

und rechtskritischen Untersuchung Benjamins. Schmitt macht daraus ein Axiom, einen Ausgangspunkt für seine erweiterte Jurisprudenz. Diese sei sich als *Jurisprudenz* darüber klar, dass die Ordnung sich nicht in ihrer normalen Rechtsgestalt erschöpft: »Weil der Ausnahmezustand immer noch etwas anderes ist als Anarchie und Chaos, besteht *im juristischen Sinne* immer noch eine Ordnung, wenn auch keine Rechtsordnung« (S. 18, Hervorhebung von mir). An dieser paradoxen Formulierung, an dem Gedanken einer zwar juristischen, aber nicht rechtlichen Ordnung, lassen sich Schmitts tiefe Intentionen vielleicht am besten verdeutlichen. Einerseits will er das Feld der juristischen Erkenntnis ausdehnen und das vermutlich nicht bloß zur Ehre seines beruflichen Standes, sondern um Bereiche darunter zu subsumieren⁷, die sich, wie z.B. der Klassenkampf, juristisch nur unangemessen und sehr abstrakt oder gar nicht fassen lassen, und sie anderer, fruchtbarer Betrachtungsweisen zu entziehen.⁸ Mit der innerhalb des ›Juristischen‹ eingeschriebenen Entgegensetzung von Norm und Entscheidung, Normal- und Ausnahmezustand, betreibt Schmitt insgeheim eine Normalisierung der Ausnahme. Diese Operation dient der Prägung einer gesellschaftsmetaphysischen Vorstellung von Ordnung, sprich einer metahistorischen, epochenübergreifenden Ordnung, die in ihrer eigenen Suspension nichts als die Untermauerung ihrer Ewigkeit und Unausweichlichkeit erföhre. Eine solche Ordnung wäre also nicht als Produkt historischer Verhältnisse und Kämpfe zu verstehen, sondern enthielte ihrerseits alles historische Geschehen innerhalb ihrer Schranken.

Schmitts Kritik des rechtsstaatlichen Liberalismus richtet sich im Grunde genommen gegen dessen Grundsatz, »dass eine Entscheidung im Rechtssinne aus dem Inhalt einer Norm restlos abgeleitet werden müsse« (Schmitt, 2015, S. 13). Diese Grundannahme des Rechtsstaates ist die Voraussetzung der Verbannung des Ausnahmezustandes aus der liberalen Jurisprudenz. Weil die Ausnahme *per definitionem* nicht von generellen Normen erfasst werden kann, kann auch die Entscheidung, dass der Ausnahmefall vorliegt, nicht durch Normen »restlos begründet« werden. Die positive Staatsrechtslehre schließt daraus, dass die Frage nach dem Ausnahmefall keine Rechtsfrage sei. Ihr akademischer Vertreter Gerhard Anschütz scheint Benjamin, welcher im Ernstfall nicht so sehr einen »logischen Widerspruch im Recht« als eher einen »sachlichen Widerspruch in der Rechtslage« sich offenbaren sieht, vorwegzunehmen, wenn er über den Ausnahmefall schreibt: »Es liegt hier nicht sowohl eine Lücke [...] im Verfassungstext, als vielmehr eine Lücke im Recht vor, welche durch keinerlei rechtswissenschaftliche Begriffsoperationen ausgefüllt werden kann. Das Staatsrecht hört hier auf« (Anschütz, 1998, S. 906). Schmitt belächelt diese Konzeption als eine geistlose und versucht sich im Namen einer »Philosophie des konkreten Lebens« (Schmitt, 2015, S. 21) an jenen Begriffsoperationen, um die Lücke im Recht nicht nur auszufüllen, sondern zur Grundlage der Souveränitätslehre zu machen. Die Inkongruenz von Schmitts Unternehmung wird in seiner doppeldeutigen Beziehung zur Rechtswissenschaft seiner Zeit ersichtlich. Er wirft ihr zur gleichen Zeit vor, allzu wenig und allzu viel zu wagen, eine allzu enge und eine allzu breite Konzeption ihres epistemischen Gebiets zu haben. Indem die Staatsrechtslehre sich an dem Normalen orientiert und vor der Ausnahme, dem extremen Fall, ›zurückschreckt‹, den Aus-

⁷ Schmitt lügt, hat aber dabei Recht, wenn er schreibt: »Die Ausnahme ist das nicht Subsumierbare«. Eine wirkliche Ausnahme wäre in der Tat, rechtslogisch, nicht zu fassen. Schmitts sogenannte Ausnahme »entzieht sich der generellen Fassung, aber gleichzeitig offenbart sie ein spezifisch-juristisches Formelement, die Dezision« (Schmitt, 2015, S. 19).

⁸ »Es wäre eine rohe Übertragung der schematischen Disjunktion von Soziologie und Rechtslehre, wenn man sagen wollte, die Ausnahme habe keine juristische Bedeutung und sei infolgedessen ›Soziologie‹« (Schmitt, 2015, S. 19).

nahmezustand also außerhalb des Feldes ihrer Erkenntnis erklärt, bleibe sie in einem schematischen, ›lebensfremden‹ Rationalismus gefangen und verkenne »die selbständige Bedeutung der Dezsision« (Schmitt, 2015, S. 13). Andererseits, indem sie sich weigert, eine rechtsabsolute Souveränität anzuerkennen, bilde sie sich ein, ihre fachlichen Grenzen überschreitend, über den Ausnahmezustand metaphysische Auskünfte geben zu können.

Alle Tendenzen der modernen rechtsstaatlichen Entwicklung gehen dahin, den Souverän in diesem Sinne zu beseitigen [...]. Aber ob der extreme Ausnahmefall wirklich aus der Welt geschafft werden kann oder nicht, *das ist keine juristische Frage*. Ob man das Vertrauen und die Hoffnung hat, er lasse sich tatsächlich beseitigen, hängt von philosophischen, insbesondere geschichtsphilosophischen oder metaphysischen Überzeugungen ab.⁹ (S. 14, Hervorhebung von mir, M. D.)

Auch Kelsens Souveränitätstheorie scheitere Schmitt zufolge daran, dass er die Grenzen der juristischen Erkenntnis (in Anlehnung an Kant) zu eng zieht. Kelsen übertrage Kants methodologische Scheidung von Sein und Sollen, von deskriptiver und normativer Betrachtung, auf den Gegensatz von Soziologie und Jurisprudenz (Kelsen 1920, 1922). Schmitt beklagt das »Schicksal der juristischen Wissenschaft«, ihr würden »von irgendeiner anderen Wissenschaft oder von der Erkenntnistheorie her solche Disjunktionen appliziert« (Schmitt, 2015, S. 27), die sie auf ihr legitimes epistemisches Feld weisen. Die staatstheoretische Konsequenz bei Kelsen sei, dass der Staat *in juristischer Hinsicht* nichts anderes sein soll als die Rechtsordnung selbst. An den Grundsätzen des Kritizismus geschult, welcher vorschreibt, die Grenzen der eigenen Erkenntnis stets zu überprüfen, komme Kelsen »zu dem keineswegs überraschenden Resultat, dass für die juristische Betrachtung der Staat etwas rein Juristisches sein müsse« (Schmitt, 2015, S. 27). Kelsens Resultat mag vielleicht nicht überraschend sein, aber es ist folgerichtig. In der Perspektive des Juristen hat der Staat sich mit der Rechtsordnung zu decken. Will man den Staat als Urheber und Quelle der Rechtsordnung erkennen, will man die rechtsetzende Gewalt und deren dialektisches Verhältnis zur rechtserhaltenden fassen, so muss man den Standpunkt des Juristen zugunsten desjenigen des historischen Materialisten verlassen, nicht eine juristische Theorie, sondern eine Rechtskritik (oder eine Gewaltgeschichte, was dasselbe wäre) erstellen. Materialistische Geschichtsforschung – beim jungen Benjamin heißt sie noch »Philosophie der Geschichte« – vermag zu zeigen, inwiefern die Staatsgewalt mit der Verfassung nicht identisch ist. Die Jurisprudenz vermag das freilich nicht. Schmitt hingegen präntendiert, das Außerjuristische in der Ordnung, das Verfassungswidrige des Staates juristisch zu fassen. Daher sein Urteil über Kelsen und dessen Entwurf einer von allem Soziologischen reinen Jurisprudenz: Dieser betreibe formalistische Jurisprudenz, seine »methodologischen Beschwörungen und Begriffsschärfungen« und die »scharfsinnige Kritik« seien »nur als Vorbereitung wertvoll«, er komme nicht »zur Sache«,

⁹ Einerseits stellt Schmitt der rationalistischen Rechtswissenschaft, die sich an die Rechtsordnung hält und alles, was außerhalb derselben ist, anderen Disziplinen überlässt (»Das Staatsrecht hört hier auf«), seine »Philosophie des konkreten Lebens« entgegen, die keine Angst vor der Ausnahme hat. Andererseits meint er mit der »Philosophie des konkreten Lebens« nicht etwa eine materialistische Geschichtswissenschaft, sondern er will sie weiterhin Jurisprudenz nennen und behauptet deren Wissenschaftlichkeit gegen die ›metaphysischen oder geschichtsphilosophischen Überzeugungen‹ all derjenigen, die einer absoluten diktatorischen Staatsgewalt rechtliche Legitimität verweigern wollen. Weil der Jurist nicht wissen kann, worin der Ausnahmefall *in concreto* besteht (vgl. S. 13f.: »Der Ausnahmefall [...] kann höchstens als Fall äußerster Not, Gefährdung der Existenz des Staates oder dergleichen bezeichnet, nicht aber tatbestandmäßig umschrieben werden«) und ob er aus der Welt geschafft werden kann, müsse er dessen permanente gespenstische Gegenwart annehmen und diese zur Grundlage der Staatslehre – zu seiner Regel machen.

er bleibe »in der Antichambre der Jurisprudenz« (Schmitt, 2015, S. 29). Verlässt Schmitts politische Theologie diese Antichambre, so meint er mit dem Staatskabinett das Kabinett der Geschichte betreten zu haben.¹⁰

Aber die Grenzen des Erkenntnisfelds der Rechtslehre erkannt zu haben, heißt noch nicht, »zur Sache zu kommen«. Dafür ist es erforderlich, den juristischen Standpunkt und die entsprechenden Maßstäbe einzubüßen. Die juristische Wissenschaft kann höchstens dahin kommen, die Aporie ihres Gegenstandes festzustellen. Die »verborgene Stätte« der Rechtsetzung und der Ursprung des Rechts bleiben ihr unzugänglich. Zugänglich sind sie erst der historischen Erkenntnis.

Schmitt beanstandet, die bürgerliche positive Rechtslehre – Ausdruck einer politisch schwachen, »der Dezsion ausweichenden Klasse« – versuche, ihr zentrales Problem zu ignorieren: Woher schöpft das Recht seine Kraft? Durch welche Macht wird das Recht gesetzt bzw. suspendiert? Der rechtsstaatliche Liberalismus denkt das Recht als ein autonomes, eigengesetzliches Geltungsgebiet, die Rechtssätze als losgelöst von den gesellschaftlichen Kämpfen, die Jurisprudenz als unabhängig von der Soziologie. Dies bedeutet aber, das Recht ahistorisch zu denken – die historische Bedingungen seiner Geltung zu ignorieren. Dagegen macht Schmitt geltend, dass Normen sich nicht ohne weiteres auf die Realität beziehen, sondern nur in einer bereits normalisierten Realität Anwendung finden können. Gerade diese Normalisierung, die Produktion der Bedingungen der Rechtsordnung, sei das zentrale Problem der Jurisprudenz und der konkrete Inhalt von deren Grenzbegriff, der Souveränität.

Jede generelle Norm verlangt eine normale Gestaltung der Lebensverhältnisse, auf welche sie tatbestandsmäßig Anwendung finden soll und die sie ihrer normativen Regelung unterwirft. Die Norm braucht ein homogenes Medium. Diese faktische Normalität ist nicht bloß eine »äußere Voraussetzung«, die der Jurist ignorieren kann; sie gehört vielmehr zu ihrer immanenten Geltung. Es gibt keine Norm, die auf ein Chaos anwendbar wäre. Die Ordnung muss hergestellt sein, damit die Rechtsordnung einen Sinn hat. Es muss eine normale Situation geschaffen werden, und souverän ist derjenige, der definitiv darüber entscheidet, ob dieser normale Zustand wirklich herrscht. (Schmitt, 2015, S. 19)

Der Souverän wird definiert als Hüter des »normalen Zustandes«, was ihn zum Garanten macht – nicht des Gesetzes, sondern der Anwendungskraft desselben. Der normale Zustand ist Voraussetzung des Realitätsbezugs der Rechtsnormen, ihrer Anwendbarkeit. Schmitt hält die Frage nach der Anwendung für eine juristische, »der Jurist kann sie nicht ignorieren«, zugleich pointiert er aber, dass diese Frage, als eine der Praxis – denn praktisch, nicht logisch, ist

¹⁰ Dabei bedenkt er nicht – um bei der *Allegorie* zu verbleiben – »dass es zwischen der Antichambre und dem Kabinett einen Audienzsaal gibt, und dass es der Jurist als solcher sich damit begnuegen soll, eine Audienz zugestanden zu bekommen, ohne zuzumuten, ins Interieur hereinzukommen«. Vgl. Gottfried Wilhelm Leibniz, *Le cartesianisme l'antichambre de la veritable philosophie* (1677): »Der Kartesianismus, Vorzimmer der wahren Philosophie. Ich habe einmal gesagt dass der Kartesianismus, hinsichtlich dessen, was an ihm gut ist, nichts anderes als das Vorzimmer der wahren Philosophie sei. Ein gebildeter Mann aus dem Hofstaat, welcher über die Wissenschaften räsionierte, spitzte dieses Bild bis zur Allegorie und vielleicht auch zu weit darüber hinaus zu. Denn er fragte mich diesbezüglich, ob ich nicht für berechtigt hielte, zu sagen, dass die Antiken uns die Treppe hinaufsteigen ließen, die Schule der Modernen bis in den Waffensaal, die großen Erneuerer unseres Jahrhunderts bis in das Vorzimmer gelangt seien; er wünschte mir dann die Ehre, sie in das Kabinett der Natur einzuführen. Diese Reihe von Gegenüberstellungen brachte uns alle zum Lachen und ich sagte ihm: »Sie sehen, mein Herr, dass ihr Vergleich die ganze Gesellschaft amüsiert hat. Aber Sie haben sich gar nicht entsonnen, dass es zwischen dem Vorzimmer und dem Kabinett einen Audienzsaal gibt, und dass es genug sein wird, eine Audienz zugestanden zu bekommen, ohne zuzumuten, ins Interieur hereinzukommen« « (Leibniz, 1999, S. 1355; Übersetzung aus dem Französischen von mir, M.D.).

die Herbeischaffung der von aller Rechtsordnung vorausgesetzten »normalen Gestaltung der Lebensverhältnisse« –, sich nicht im Bereich der Rechtslogik stellen lässt. Der Souveränität, definiert durch die Zuständigkeit für die das Normale konstituierende Praxis, wird daher die Stellung eines »Grenzbegriffs« zugewiesen. Das meint nicht etwa »einen konfusen Begriff, wie in der unsauberen Terminologie populärer Literatur«, »sondern einen Begriff der äußersten Sphäre« (S. 13).

Schmitts Souverän ist eine zweideutige Figur. »Er steht außerhalb der normal geltenden Rechtsordnung und gehört doch zu ihr«. Dieser paradoxe Ausspruch definiert zugleich die ambivalente Position des sogenannten Ausnahmezustandes. Giorgio Agamben (2004) bemerkt zu Recht, das »Telos« der Souveränitätstheorie von Schmitt sei, »den Ausnahmezustand in einem Rechtskontext zu situieren« (S. 42). Ihm sei es vor allem wichtig, einen Zusammenhang des Ausnahmezustandes mit der durch ihn suspendierten Rechtsordnung zu gewährleisten, egal was für »rechtswissenschaftliche Begriffsoperationen« dafür nötig sind. »Weil der Ausnahmezustand immer noch etwas anderes ist als Anarchie und Chaos, besteht im juristischen Sinne immer noch eine Ordnung, wenn auch keine Rechtsordnung« (Schmitt, 2015, S. 18). Nach Agambens Vermutung liegt der Grund dieser theoretischen Bestimmung darin, die von Benjamin konzipierte Figur einer über die Unterscheidung von konstituierender und konstituierter Macht, rechtsetzender und rechtserhaltender Gewalt hinausgehenden, von allem Recht losgelösten reinen Gewalt, zu neutralisieren.¹¹ Meint Benjamin (1972-D) mit der »reinen Gewalt« eine Figur der Auflösung dieses Zusammenhanges, so fungiert der Schmittsche Ausnahmezustand als Absicherung desselben für alle Zeit. Benjamin tut sein Bestreben ohne Verlegenheit kund: »Ist aber der Gewalt auch jenseits des Rechts ihr Bestand als reine unmittelbare gesichert, so ist damit erwiesen, dass und wie auch die revolutionäre Gewalt möglich ist« (S. 202). Demgegenüber versteht sich die Intention des gegenrevolutionären Juristen, alle »reine« Gewalt ins Juristische zurückzuführen. Dem entspräche, dass Benjamins »seltsame[r] und zunächst entmutigende[r] Erfahrung von der letztlichen Unentscheidbarkeit aller Rechtsprobleme« (S. 196) Schmitt den Begriff der »absoluten Deziision« entgegenstellt. Von dem Versuch, den undenkbaren Zusammenhang von Ausnahmezustand und Rechtsordnung zu artikulieren, rühren also die Paradoxien der *Politischen Theologie* her. Ist ihre explizite Leistung eine Theorie, genauer: eine juristische Definition der Souveränität, so bleibt ihr Hauptziel unausgesprochen. Dieses besteht darin, den Ausnahmezustand – durch seine Einbeziehung in den Kontext einer juristischen Definition als Angel- und Drehpunkt derselben – zu verrechtlichen. Schmitt, sofern er auf Benjamin reagiert, geht es weniger darum, die Souveränität zu definieren, als den Ausnahmezustand juristisch begreifbar zu machen. Und das heißt, ihn in der Rechtsordnung als Grenzfall zu verankern, zu normalisieren, aus ihm die Grenze des Normalen zu machen, über die hinaus es nichts geben kann. Der Grundaporie aller Rechtsordnung bewusst, wendet Schmitt sie und schreibt sie voller Stolz auf die Fahne der juristischen Wissenschaft als Insignium ihrer Kraft und Lebendigkeit.

Wenn Schmitt Marx eine »ökonomische Geschichtsauffassung« vorwirft, welche »gerade wegen ihres massiven Rationalismus [...] leicht in eine irrationalistische Geschichtsauffassung umschlagen« könne (Schmitt, 2015, S. 48), dann zeigt er, dass er nicht wahrhaben will, dass Marx' Untersuchung der unausgesprochenen Voraussetzungen der objektiven Begriffe der politischen Ökonomie nicht in dasselbe epistemische Gebiet wie diese gehört, sondern

¹¹ »Der Ausnahmezustand ist das Dispositiv, mit dem Schmitt auf Benjamins Behauptung einer absolut anomischen menschlichen Handlung antwortet« (Agamben, 2004, S. 71).

das epistemologische Gebiet ihrer Kritik erst eröffnet. Auf diesem Gebiet entwickelt sich nicht sowohl eine »ökonomische Geschichtsauffassung« als vielmehr eine historische Auffassung der Ökonomie. Seinerseits weigert sich Schmitt trotz aller Anrufung der Konkretheit, das Recht historisch zu betrachten und versucht umgekehrt, die Geschichte juristisch zu denken. Seine politische Theologie präsentiert den historischen Prozess verstohlenerweise so, als würde sich dieser vor einem ewigen Gerichtshof abspielen.¹²

* * *

¹² Gegen diese Unterordnung des Geschichtsverlaufs unter den Souverän richtet sich Benjamins Darlegung der barocken Souveränitätstheorie in seiner Habilitationsschrift über den *Ursprung des deutschen Trauerspiels* (Benjamin, 1972-C, S. 249ff.). In der juristischen Theorie des Barock, welche, ebenso wie die Schmittsche, in der Frage nach dem Ausnahmezustand ihren Ausgang nimmt und es zur Hauptaufgabe des Souveräns macht, »den auszuschließen«, sah Benjamin »das Ideal einer völligen Stabilisierung« des gesellschaftlichen Lebens widergespiegelt. Gegenüber diesem Ideal, der »Utopie« der barocken Diktatur, »die eherne Verfassung der Naturgesetze an Stelle schwankenden historischen Geschehens zu setzen«, stehe antithetisch das akute Bewusstsein des Zeitalters für die Instabilität des weltlichen Lebens – »die Idee der Katastrophe«. Diese Antithetik kommt zum Ausdruck in der dramatischen Figur des Souveräns des Trauerspiels des 17. Jahrhunderts. Er tritt zur gleichen Zeit als Tyrann und als Märtyrer auf. Tyrann und Märtyrer »sind die notwendig extremen Ausprägungen des fürstlichen Wesens«. Als ersterer, Inhaber der diktatorischen Gewalt, obliegt es dem Souverän, den Ausnahmezustand zu beseitigen und die Kontinuität des Gemeinwesens zu gewährleisten. Das ist aber eine Aufgabe, der er keineswegs gerecht werden kann. Seine kreatürliche Unangemessenheit gegenüber dieser göttlichen Aufgabe ist andererseits das, was ihn zum Märtyrer macht: »Er fällt als Opfer eines Mißverhältnisses der unbeschränkten hierarchischen Würde, mit welcher Gott ihn investiert, zum Stande seines armen Menschenwesens«. Ist der Schmittsche Souverän ohnehin, *per definitionem*, eine Garantie geschichtlicher Kontinuität, so erscheinen der barocken Epoche diese Prärogative eher als eine unlösbare Aufgabe. Auf die dezisionistische Souveränitätstheorie der Konterrevolution des 20. Jahrhunderts antwortend, welche den gesamten Geschichtsverlauf verrechtlichen, ihn der Staatsgewalt unterordnen möchte, ruft Benjamin das barocke dramatische Motiv der »Entschlußunfähigkeit des Tyrannen« in Erinnerung. Seine Analyse der künstlerischen Formen des Theaters des 17. Jahrhunderts enthüllt die juristische Kategorie der souveränen Dezision als den einen Pol einer Dialektik, auf deren anderem, entgegengesetztem und komplementärem Pol die Unberechenbarkeit, Unregierbarkeit der Geschichte, die Diskontinuität ihres Laufs und das Bevorstehen der Katastrophe stehen. Gegen die juristische Konzeption einer absoluten Staatsgewalt macht der Rechtskritiker die dem Juristen völlig unbekannt »Antithese zwischen Herrschermacht und Herrschvermögen« geltend.

3. ›GIGANTOMACHIE UM DEN URSPRUNG‹¹³

Der Ursprung der obersten Gewalt ist für das Volk, das unter derselben steht, in praktischer Absicht unerforschlich: d. i. der Unterthan soll nicht über diesen Ursprung, als ein noch in Ansehung des ihr schuldigen Gehorsams zu bezweifelndes Recht (ius controversum), werthtätig vernünfteln.

Immanuel Kant, *Die Metaphysik der Sitten*

Das Verhältnis zwischen Walter Benjamin und Carl Schmitt hat eine zum Teil sogar morbide Neugier bei vielen Forschern erregt.¹⁴ Doch ist der Kern ihres Disputs, die Frage nach

¹³ Giorgio Agamben betitelt das Kapitel, in dem er die Kontroverse zwischen Benjamin und Schmitt um den Ausnahmezustand rekonstruiert: ›Gigantomachie um eine Leere‹ (Agamben, 2004, S. 64; ich habe die deutsche Übersetzung von U. Müller Schöll korrigiert, M. D.). Der italienische Jurist und Philosoph liest die Geschichte des Ausnahmezustandes als die von dessen allmählicher Erhebung zur Regel. Seiner politischen Philosophie liegt die These der Kontinuität von Demokratie und Totalitarismus zu Grunde. Diese ermöglicht es, die Krise der Demokratie als eine nicht erst im vorigen Jahrhundert aufkommende Problematik, sondern als eine dem krisenhaften Kontinuum der Geschichte moderner Staatlichkeit innewohnende Selbstaflösungstendenz des Rechts zu verstehen. Agamben, aufmerksamer Leser (und Herausgeber) der Werke von Walter Benjamin, veröffentlichte um 2000 eine mehrbändige Studie zum Verhältnis von Macht und Leben in der modernen Politik, eine derer zentralsten Kategorien die des Ausnahmezustandes ist. Seine Benjamin-Deutung ist grundlegend für das biopolitische (Rechts)Denken. Deren Hauptverdienst liegt meiner Meinung nach darin, die Benjaminsche Reflexion über Gewalt und über den Faschismus für das (beginnende) 21. Jahrhundert aktualisieren zu wollen. Das Hauptproblem des biopolitischen Rechtsdenkens ist die Beziehung des Rechts zum Leben. Seine Frage lautet: Wie vermag das Recht das Leben in seine Ordnung einzuschreiben? Agamben findet im Begriff des Ausnahmezustandes den Schlüssel zur Auflösung der biopolitischen Frage. »Wenn die Ausnahme das ursprüngliche Dispositiv ist, durch das sich das Recht auf das Leben bezieht und es in sich einschließt durch seine eigene Suspension, dann ist eine Theorie des Ausnahmezustands die Vorbedingung zum Verständnis der Beziehung, in der sich das Lebendige ans Recht bindet und – zugleich – an es verliert« (Agamben, 2004, S. 8). Der Ausnahmezustand weise eine ›paradoxe Struktur‹ auf. Er sei ein von der allgemeinen Norm ausgeschlossener Fall, wobei das Ausgeschlossene doch in einem Verhältnis mit der Norm steht, und zwar einem, das dieser als Existenzbedingung gilt. In der ausnahmsweisen Suspension des Gesetzes – einer Situation, die weder als eine *de facto* noch als eine *de jure* angemessen beschrieben werden könne – ermittelt Agamben die Bedingung der Möglichkeit dessen Anwendung und somit den Kern aller Staatlichkeit. Im Voraussetzen der eigenen Negation, von der und durch die alle Rechtsordnungen ›leben‹, sieht Agamben jedoch nicht ein Indiz der historischen Dialektik von Gewalt und Recht, sondern nur die formelle Struktur des Gesetzes, nicht den sachlichen Widerspruch in der Rechtslage sondern nur einen logischen Widerspruch im Recht. Damit fällt er hinter Benjamins Kritik zurück. Der materialistischen Frage nach der historischen Produktion und Reproduktion der von den Normen vorausgesetzten Normalität zieht er die juristische Frage nach der formellen, »topologischen« Struktur der Rechtsverhältnisse vor und geht somit über die (ganz juristische) Frage, inwiefern das, was während des Ausnahmezustandes geschieht, für legal gehalten werden darf, gar nicht hinaus. Im Ausnahmezustand sieht er nicht ein Prä-, sondern lediglich ein Außerjuristisches, nicht das Wiederauftauchen einer verdrängten Vergangenheit in der Gegenwart, sondern nur das des Außens im Inneren. Vor Augen hat er keinen historischen, sondern nur einen »topologischen Prozess, wo das, was als Außen vorausgesetzt worden ist (der Naturzustand), nun im Innern (als Ausnahmezustand wiedererscheint, wie bei einem Möbius-Band oder einer Leidener Flasche)« (Agamben, 2002, S. 48). Damit wird aber übersehen, dass Normen erst ein historisches Produkt sind, dass sie aus Verhältnissen hervorgehen, welche dazu tendieren, stabil zu werden, und erst dann, wenn sie es geworden sind, sich als Ordnung konstituieren. Im Gegensatz zu Marxens Rätsel löst Agambens *arcanum imperii*, einmal entschlüsselt, den gegenständlichen Schein gesellschaftlicher Verhältnisse nicht auf. Er verbleibt hinter dem Schleier des Fetischismus.

¹⁴ Vgl., neben Agamben, Michael Rumpf (1976). Vf. will die Affinität der zwei Autoren darin begründen, dass beide ihre »fachübergreifenden Erkenntnisse gern ins Theologische« fortführen, und den Unterschied darin

dem Ursprung des Rechts, ziemlich unbeachtet geblieben. Darin liegt aber der Schlüssel zum Verständnis nicht nur der Auseinandersetzung dieser beiden Autoren um den Ausnahmezustand, sondern auch des wesentlichen Unterschieds zwischen reaktionärer und revolutionärer Liberalismuskritik, politischer Theologie und historischem Materialismus. Den gemeinsamen »philosophischen Extremismus«, auf den hingewiesen worden ist, mögen Benjamin und Schmitt, Kinder ihrer Zeit, aus der damaligen, von einem akuten Krisenbewusstsein geprägten kulturellen Atmosphäre entnommen haben (Bolz, 2003). Will man aber die Differenz in der Verarbeitung jener historischen Erfahrung kenntlich machen, so gilt es näher zu bestimmen, wie der in den normalen Lebens-, Rechts- und ökonomischen Verhältnissen sich auftuende Abgrund aufgefasst wird – ob er als ein durch die souveräne Deziision zu beseitigender Zwischenfall in der Geschichte staatsrechtlicher Verhältnisse oder als Manifestation eines vom Ursprung derselben an in ihnen mitwaltenden, ihnen immanenten Elements verstanden wird.

Braucht die Rechtsnorm »normale Lebensverhältnisse«, auf die sie sich beziehen kann, so geht die Schaffung derselben der Norm voraus. Dies Vorausgehen ist nicht bloß im chronologischen, sondern eher im geschichtslogischen Sinne zu verstehen. Die Voraussetzungen der Souveränität – eines historisch erzeugten Herrschaftsverhältnisses – sind nicht ein für allemal gesetzt, sondern müssen etabliert und reetabliert, produziert und reproduziert, erhalten und immer wieder von Neuem gesetzt werden. Vor diesem Hintergrund erscheint die souveräne Suspension des Gesetzes als das Auftauchen vorgeschichtlicher Stufen des Juristischen in der Rechtsgeschichte. »In seiner absoluten Gestalt ist der Ausnahmezustand dann eingetreten«, schreibt Schmitt (2015), »wenn erst die Situation geschaffen werden muss, in der Rechtssätze gelten können« (S. 19). Gegenüber der Norm verhält sich diese sogenannte Ausnahme als ein von der Norm vorausgesetzter Normalisierungsprozess. Wie ist aber die Situation zu verstehen, in der Rechtssätze (noch) nicht gelten können? Schmitt identifiziert sie mit der souveränen Suspension der Geltung der Rechtssätze. Diese Bewegung scheint sich also in einem fehlerhaften Kreislauf herumzudrehn, aus dem wir nur hinauskommen, indem wir eine aller Rechtsgewalt vorausgehende ursprüngliche Gewalt unterstellen, eine Gewalt, welche nicht bereits ein Element der juristischen Verhältnisse ist, sondern ihr Ausgangspunkt. Bezeichnet der Ausnahmezustand den Ort bzw. die Zeit der Herstellung der Bedingungen des Rechts, so bedeutet seine Einschreibung in das Recht, es unbedingt zu machen.

ausmachen, dass die gern aufgenommenen »Denkmuster [...] bei Benjamin jüdisch, bei Schmitt katholisch gefärbt erscheinen« (S. 48). Vgl. auch S. Weber (1992). Vf. argumentiert, dass über die gemeinsame Liberalismuskritik hinaus Benjamin noch seine Forschungsmethodologie Schmitt verdanke, wobei im dazu zitierten Brief (9.12.1930, GS I, 3, S. 887) von Benjamin an Schmitt der erstere sich gar nicht bedankt und vielmehr davon spricht, dass er in den Werken des zweiten »eine Bestätigung [also nicht etwa eine Erleuchtung oder Inspiration, M. D.] meiner kunstphilosophischen Forschungsweise durch Ihre staatsphilosophischen« gefunden habe. Nun wissen wir aber, dass der Kulturkritiker Benjamin, welcher einige Jahre nach diesem Brief die bürgerliche Vorstellung der »Kulturgüter« mit einer Beute verglichen hat, die im Triumphzug der Herrschenden über die am Boden Liegenden mitgeführt wird (These VII *Über den Begriff der Geschichte*), sich eher an die Staatsauffassung von Marx anlehnt, welcher im 18. *Brumaire* schreibt: »Die Parteien, die abwechselnd um die Herrschaft rangen, betrachteten die Besitznahme dieses ungeheuren Staatsgebäudes als die Hauptbeute des Siegers« (S. 116f.). Die intellektuelle Schuld Benjamins gegenüber Schmitt sei ferner Vf. zufolge in der Orientierung seiner Untersuchung an die Extreme zu ermitteln: »Both share a certain *methodological extremism* for which the formation of a concept is paradoxically but necessarily dependent upon a contact or an encounter with a singularity which exceeds or eludes the concept« (S. 15). Vgl. ferner Heil (1996). Vf. stellt in den Mittelpunkt der »gefährlichen Beziehung« den Ausnahmezustand. »Grundsätzlich teilen beide Denker eine zweifache Orientierung am Ausnahmezustand, eine erkenntnistheoretische und eine geschichtsphilosophische [...]. Es charakterisiert die gefährliche Beziehung Benjamins zu Schmitt, dass er dessen Orientierung am Ausnahmezustand aufgreift und umwertet« (S. 156). Vgl. ferner Kodalle (1983) und Bredekamp (1998).

Benjamins geschichtsphilosophische Betrachtung der Gewalt zeigt in dieser den Ursprung des Rechts. Obwohl er zur Zeit der Abfassung des *Gewalt*-Aufsatzes weder den Begriff des Ursprungs als eines von der Entstehung unterschiedenen, »im Fluß des Werdens« stehenden »Strudel[s]«, noch den der »philosophische[n] Geschichte als [der] Wissenschaft des Ursprungs« (Benjamin, 1972-B, S. 226) ausgearbeitet hatte, lässt er die Erklärung der historischen Tendenzen der Rechtsverhältnisse auf der Erkenntnis ihrer primitiven Gestalten basieren. In diesen finden sich nicht nur Auskünfte über die Entstehungsgeschichte moderner Rechtsordnungen: Gerade da, wo das Recht erst wird, wo es seine Ordnungen und Institutionen noch nicht voraussetzen kann, werden die Gesetze der historischen Dynamik des Rechts erkennbar. Gerade in den Anfängen der Rechtsgeschichte zeigt die Gewalt ihren Doppelcharakter, gerade im Ursprung erscheinen ihre zwei gegensätzlichen Naturen – Raub- und Rechtsgewalt – in fataler Ununterscheidbarkeit. Am Beispiel der Kriegsgewalt, welche zunächst zweifellos Raubgewalt, unmittelbar auf »Naturzwecke« gerichtete Gewalt ist, verdeutlicht Benjamins *Kritik* deren gleichzeitige Funktion, dauerhafte Rechtsverhältnisse herzustellen:

Es ist doch auffallend, dass selbst – oder vielmehr gerade – in primitiven Verhältnissen, die von staatsrechtlichen Beziehungen sonst kaum Anfänge kennen, und selbst in solchen Fällen, wo der Sieger in einen nunmehr unangreifbaren Besitz sich gesetzt hat, ein Friede zeremoniell durchaus erforderlich ist. Ja, das Wort »Friede« bezeichnet in seiner Bedeutung, in welcher es Korrelat zur Bedeutung »Krieg« ist (es gibt nämlich noch eine ganz andere, ebenfalls unmetaphorische und politische, diejenige, in welcher Kant vom »Ewigen Frieden« spricht), geradezu eine solche a priori und von allen übrigen Rechtsverhältnissen unabhängige notwendige Sanktionierung eines jeden Sieges. (S. 185)

Der Kantische Friede hat ein ewiger zu sein, er meint »das Ende aller Hostilitäten« und nicht »ein[en] bloße[n] Waffenstillstand«, welcher nur »Aufschub der Feindseligkeiten« wäre (Kant, 1971-B, S. 343). Benjamins Projekt der Kritik der Gewalt, welches zunächst als »Abhandlung über den Abbau der Gewalt« konzipiert worden war, hat sicherlich im *philosophischen Entwurf* des Königsberger Kritikers eine seiner wichtigsten Inspirationsquellen. Denn Kant ging es um einen Frieden, der nicht bloß Kriegspause wäre, nicht Sanktionierung vorhandener Kräfteverhältnisse oder Stipulation eines Kompromisses in der Bereitschaft, die erste günstige Gelegenheit zu nutzen, den unterbrochenen Krieg fortzusetzen, sondern um einen ewigen Frieden, einen also, der Krieg und Gewalt für immer abschafft. Der vernichtende Charakter der revolutionären Gewalt, welche Benjamin zufolge allein den Bund von Recht und Gewalt aufzulösen und die stetige Reproduktion der Gewalt in abwechselnd Rechts- und widerrechtlichen Gestalten abubrechen in der Lage wäre, entspricht der Kantischen Erwartung, dass »die vorhandenen [...] Ursachen zum künftigen Frieden [...] durch den Friedensschluß insgesamt *vernichtet*« seien (S. 343).

Der zeremonielle Friede dagegen, welcher bei Benjamin die primitiven staatsrechtlichen Beziehungen charakterisiert, liefert ein Urbild für den bürgerlichen Vertrag. Denn dieser setzt der Gewalt kein Ende, vielmehr stellt er deren Institutionalisierung dar. Der sogenannte Friede besteht in der Fixierung vorhandener Kräfteverhältnisse und ihrer Statuierung als »neues Recht«, sprich: einer Garantie ihres Fortbestandes. Im Vertrag des Austausches der Arbeitskraft z.B. ist nicht ein wesentlich »Neues«, sondern bloß die historische Verwandlung der Kraft *zum* Ausbeuten in ein Recht *aufs* Ausbeuten zu erkennen. Die Kriegsgewalt als »ursprüngliche und urbildliche für jede Gewalt zu Naturzwecken« zeigt am Frieden als ihrem eigenen Korrelat, dass »aller derartigen Gewalt«, aller Gewalt als Mittel zu äußeren

Zwecken, »ein rechtsetzender Charakter bei[wohnt]« (Benjamin, 1972-D, S. 186). Dieser sogenannte Friede läuft auf den Akt der Grenzsetzung hinaus. In ihm ermittelt Benjamin »das Urphänomen rechtsetzender Gewalt überhaupt« (S. 198). Diese unterscheidet sich von der bloßen Raubgewalt, was sie ohnehin auch ist, dadurch, dass sie nicht nur den unmittelbaren militärischen Gewinn, sondern ein andauerndes Machtverhältnis zu gewährleisten hat. »Wo Grenzen festgesetzt werden, da wird der Gegner nicht schlechterdings vernichtet, ja es werden ihm [...] Rechte zuerkannt. Und zwar in dämonisch-zweideutiger Weise *gleiche* Rechte: Für beide Vertragschließenden ist es die gleiche Linie, die nicht überschritten werden darf« (ebd.). Dieselbe *Gleichheit* findet sich in der aus dem Klassenkampf resultierende Arbeitsgesetzgebung: Die Länge des Arbeitstags wird gleichmäßig fixiert sowohl für den Arbeiter als auch für den Kapitalisten. Die Vorstellung dieser *Gleichheit* ruht auf der mythologisierenden Verdrängung des Ursprungs und wird als Illusion aufgedeckt durch die materialistische Untersuchung der Vorgeschichte.

Dass in seinem Ursprung alles Recht Vorrecht sei, nennt Benjamin »eine metaphysische Wahrheit« (ebd.). Aber sie ist dann vornehmlich eine historische Wahrheit, wenn man nur nicht von einem Begriff der Geschichte ausgeht, der sie als Fortschritt schlechthin deutet und eine lineare und kontinuierliche Auffassung der Zeit voraussetzt. »Metaphysisch« meint, in der Terminologie des jungen Benjamin, dass diese keine bloß im historistischen Sinne historische Erkenntnis darstellt, sondern immer noch wahr ist, für die ganze Epoche der Rechtsverhältnisse gilt. »Das wird es nämlich *mutatis mutandis* bleiben, solange es [das Recht] besteht« (ebd.).¹⁵

Es ist nicht selten oder exzeptionell, dass das primitive Gesicht der Rechtsgewalt seine Züge im Laufe der Geschichte der Rechtsverhältnisse manifestiert. »Das Recht kann den Akt seiner Einsetzung nicht hinter sich lassen« (Menke, 2015, S. 404).¹⁶ Daher versteht sich der souveräne Ausnahmezustand als Erscheinung des Überlebens und des regelmäßigen Fortwirkens des Gewaltursprungs gewaltfeindlicher Rechtsinstitutionen. Dies macht den mythischen Charakter aus, den Benjamin aller Rechtsgewalt zuspricht. Exemplifiziert wird dieser in *Zur Kritik der Gewalt* unter anderem durch das Beispiel der Todesstrafe, wobei ein kohärenter Protest gegen diese einer gegen die Rechtsordnung als Ganzes zu sein hätte. Die Macht über das Leben ist die Kernbedeutung der mythischen Rechtsgewalt.

Ist nämlich Gewalt, schicksalhaft gekrönte Gewalt, dessen Ursprung [des Rechts], so liegt die Vermutung nicht fern, dass in der höchsten Gewalt, in der über Leben und Tod, wo sie in der Rechtsordnung auftritt, deren Ursprünge repräsentativ in das Bestehende hineinragen und in ihm sich furchtbar manifestieren. (S. 188)

In den extremen Phänomenen des Bestehenden eine aktuelle Repräsentation der »Ursprünge« zu erkennen, bedeutet jenes »historisch zu artikulieren«. Der Erkenntnisgewinn

¹⁵ Vgl. ebd.: »Denn unter dem Gesichtspunkt der Gewalt, welche das Recht allein garantieren kann, gibt es keine Gleichheit, sondern bestenfalls gleich große Gewalten«. Vgl. ferner K. Marx über den Arbeitstag: »Es findet hier also eine Antinomie statt, Recht wider Recht, beide gleichmäßig durch das Gesetz des Warenaustausches besiegelt. Zwischen gleichen Rechten entscheidet die Gewalt« (Marx, 1962, S. 249).

¹⁶ Vgl. Menke (2015, S. 404): »In jedem Akt der Rechtserhaltung vollzieht sich eine »Wiederholung« der ursprünglichen Rechtsetzung: es geht darin niemals bloß um die Formulierung oder Anwendung dieses oder jenes Gesetzes, sondern um die Bekräftigung des »Rechts selbst« [...]. Das Recht kann den Akt seiner Einsetzung nicht hinter sich lassen. Es ist das Schicksal des Rechts, ihn endlos wiederholen zu müssen. Darin ist die rechtliche Gewalt »mythische« Gewalt«.

einer solchen Operation erschöpft sich nicht darin, manche ideologische Vorstellungen als falsche Illusionen aufzudecken. Vielmehr bringt die historische Artikulation der Rechtsordnung auf Grund ihrer Vorgeschichte die Erkenntnis ihrer Dialektik, die Einsicht in ihrer Abhängigkeit von den Bedingungen ihrer eigenen Negation hervor. In der Todesstrafe als Fortleben des Ursprungs der Rechtsgewalt »kündigt zugleich irgend etwas Morsches im Recht am vornehmlichsten dem feineren Gefühl sich an, weil dieses sich von Verhältnissen, in welchen das Schicksal in eigener Majestät in einem solchen Vollzug sich gezeigt hätte, unendlich fern weiß« (S. 189). Die Gewalt der Ursprünge tritt an dem Zeitpunkt wieder auf, wo die Illusion des Schicksals gebrochen wird oder eine Krise erfährt, wo der Ordnung ihre eigenen Normen nicht länger zur Selbsterhaltung ausreichen. Das ›feinere Gefühl‹, d.h. der historische Materialist weiß sich dann in einer Lage, wo das Recht sich selbst nicht mehr genügt und eine außerrechtliche präschicksalhafte – vornehmlich historische – Potenz dem Schicksal zur Vollendung verhelfen muss. Der Ursprung bietet dem historischen Materialisten einen kritischen Erkenntnisstandpunkt.¹⁷ Eine Bestätigung dieses Befundes suchen wir nun im Bestreben des konterrevolutionären Juristen, das Ursprungsproblem im Gegensatz zu den liberalen Theoretikern nicht bloß zu ignorieren, sondern aktiv zu vertuschen.

Schmitt befasst sich explizit damit im Aufsatz *Nomos – Nahme – Name*. Es handelt sich um eine rechtshistorische und pseudoetymologische Erörterung des Begriffs Nomos. Es ist weder Zufall, dass in dieser Schrift, wo es um den Ursprung geht, die Urverwandtschaft von Jurisprudenz und Ökonomie zum Thema wird, noch dass Schmitt in diesem Kontext die Obiegenheit wahrnimmt, sich direkt mit dem Marxismus auseinanderzusetzen. Im Text finden sich zwei ebenso wenig zufällige philologische Unrichtigkeiten, die sich uns als Anknüpfungspunkt für die Darlegung der Intentionen des Autors anbieten. Die erste ist ein irriges Zitat von Friedrich Engels – eine Verfälschung des Inhalts seines Werks. Schmitt führt am Anfang des Aufsatzes den Begriff Nomos als den Kern, die Substanz der Macht ein und untermauert diese These mit der linguistischen Bemerkung, dass gegenüber den Termini ›Archie‹ und ›Kratie‹, welche die »zwei Hauptgestalten«, also Formen der Macht bezeichnen, die Struktur der Wortzusammensetzungen mit Nomos anders konstituiert sei. Während das mit ›Archie‹ oder ›Kratie‹ zusammengesetzte Wort in der Regel das Subjekt der Macht bezeichnet (der Monos ist Träger der monarchischen, der Demos der demokratischen Macht), funktioniert die Semantik von ›Nomos‹ anders. »In dem Wort *Oikonomie* dagegen ist der *Oikos* nicht Subjekt und Träger der Wirtschaft und Verwaltung, sondern eher Objekt und sogar Materie« (S. 94). Die Ökonomie ist kein beliebig ausgewähltes Beispiel. Für Schmitt steht der Nomos in »eine[r] besondere[n] Verbindung mit der sozialen, wirtschaftlichen und Eigentumslage des Gemeinwesens« (ebd.). An der Wortgeschichte ließe sich zeigen, dass dem Nomos und seinem Verbum *nomitsein* (regieren, verwalten) seit jeher Begriffe wie Organisation, Ordnung und Wirtschaft innewohnen, dass vornehmlicher Gegenstand des Nomos schon immer der als ›Einheit von Produktion und Konsum‹ verstandene *Oikos* gewesen sei. Bereits im Athen der solonischen Zeit habe das Wort Nomos spezifisch das getroffen, »was man seit dem Sozialismus die Klassenlage nennt« (S. 94). Diese Bedeutung habe sich dann bis in die Moderne erhalten. Die Ende des 18. Jahrhunderts neu entstandene Wirtschaftswissenschaft benannte sich ›Nationalökonomie‹ oder ›politische Ökonomie‹. »Wie sonderbar«, beobachtet Schmitt, »dass die Erweiterung des Nomos vom Haus auf die Polis in ihrer sprachlichen Bezeichnung das alte ›Haus‹ beibehält und sich nicht etwa National- oder Polito-Nomie, sondern immer

¹⁷ Vgl. Benjamin (1972-D, S. 181f.): »Für diese Kritik gilt es den Standpunkt außerhalb der positiven Rechtsphilosophie, aber auch außerhalb des Naturrechts zu finden. Inwiefern allein die geschichtsphilosophische Rechtsbetrachtung ihn abgeben kann, wird sich herausstellen«.

noch *Oiko-Nomie* nennt!« (S. 95). Der *Nomos* als Substanz jeder Macht sei seit jeher mit dem Haushalt verbunden und die Sprache ›wisse es noch‹. Diese Überzeugung führt Schmitt zunächst dazu, das liberale Prinzip der Trennung »von Wirtschaft und Politik, privatem und öffentlichem Recht« als falsche Garantie der Freiheit, dann aber auch dazu, die Vorstellung einer sozialistischen Produktionsweise als utopisch abzulehnen.

Ich halte es für eine Utopie, wenn Friedrich Engels uns verspricht, eines Tages werde alle Macht von Menschen über Menschen aufhören und gebe es nur noch ein problemloses Produzieren und Konsumieren, bei dem ›die Dinge sich selbst verwalten‹. (S. 96)

Im Rahmen seiner Theorie des Absterbens des Staates, auf welchen Schmitt zu verweisen scheint, drückt sich Engels in Wirklichkeit ganz anders aus. Von solcher in Anführungsstrichen, aber ohne genauen Beleg zitierten ›problemlosen Selbstverwaltung der Dinge‹ hat Engels nie gesprochen. Ihm schwebte vielmehr ein durch die Sachen statt durch Herrschaft vermittelter gesellschaftlicher Produktionsprozess vor. Der Gedanke kommt bei Engels öfter vor, so zum Beispiel im *Anti-Dühring*: »die Überführung der politischen Regierung über Menschen in eine Verwaltung von Dingen und eine Leitung von Produktionsprozessen« (Engels, 1983, S. 241), vor allem aber:

Der erste Akt, worin der Staat wirklich als Repräsentant der ganzen Gesellschaft auftritt – die Besitzergreifung der Produktionsmittel im Namen der Gesellschaft, ist zugleich sein letzter selbständiger Akt als Staat. Das Eingreifen einer Staatsgewalt in gesellschaftliche Verhältnisse wird auf einem Gebiete nach dem andern überflüssig [sic, M. D.] und schläft dann von selbst ein. An die Stelle der Regierung über Personen tritt die Verwaltung von Sachen und die Leitung von Produktionsprozessen. Der Staat wird nicht ›abgeschafft‹, *er stirbt ab*. (Engels, 1973, S. 224)

Das, worauf es hier in Wirklichkeit ankommt, ist gar nicht eine utopische und problemlose Selbstverwaltung der Dinge, wie Schmitt behauptet. Engels ging es vielmehr darum, die Notwendigkeit einer Repressionsgewalt zur Erhaltung der Klassenherrschaft, der Anarchie in der Produktion und des daraus resultierenden Kampfes ums Einzeldasein als die historische – d.h. vergängliche – *raison d'être* des Staates anzuzeigen. In der Kritik der politischen Ökonomie sind Dinge, die sich selbst verwalten (oder selbstverwaltend erscheinen), Waren. Es gehört zum Fetischcharakter der Warenwelt, dass die Verhältnisse zwischen den Sachen als gesellschaftliche, während die zwischen Personen als sachliche Verhältnisse erscheinen. Der theoretische Ertrag und das vermutliche Motiv dieser verfälschenden Zitation von Schmitt sind bedeutungsvoll für die Untersuchung seiner hintergründigen Absichten. Seine Manipulation des kritischen Wissens des historischen Materialismus besteht in diesem Fall darin, dass er die ›Utopie‹ des Endes der Klassenherrschaft und der entsprechenden sozialistischen Produktionsweise derart umkrempelt, dass sie mit der Absurdität der bestehenden Herrschaftsordnung das Wesen teilt, um somit jeden Ausgang aus ihr undenkbar zu machen, theoretisch zu versperren. Der Umdeutungsversuch ist umso klarer, als er vollkommen symmetrisch vorgeht. Schreibt Engels (1973) ferner über den Sozialismus, dass er »der Sprung der Menschheit aus dem Reich der Notwendigkeit in das Reich der Freiheit« ist und dem tierischen Dasein der Menschen ein Ende setzt (S. 226), so fährt Schmitts Parodie mit dem Argument fort, ein hypothetisches, ja ›utopisches‹ Ende der politischen Herrschaft würde die Menschen in eine tierische Daseinslage zurückversetzen, »denn auch die Tiere haben ihren *Nomos*«. »Das wird noch deutlicher werden«, antizipiert der Jurist, »wenn wir den *Nomos* in seinem ganzen Umfang erkannt haben« (Schmitt, 1957, S. 96f.).

Was ›den Nomos in seinem ganzen Umfang erkennen‹ eigentlich bedeuten soll, erfährt derjenige Leser, welcher der zweiten philologischen Unrichtigkeit des Aufsatzes *Nomos – Name – Name* Aufmerksamkeit schenkt. Schmitt greift nämlich ›das anderthalb Jahrtausende nachgesprochene Dogma‹ an, das Wort Nomos komme bei Homer nicht vor. »Nun kommt das Wort Nomos aber sehr oft bei Homer vor« (ebd.), behauptet der sich als Gräzist versuchende Jurist. Nach 1500 Jahren vergeblicher Studien habe er endlich das Missverständnis aufgelöst. An diesem sei der Jude Philon von Alexandria schuld, welcher behauptet habe, das Wort ›Nomos‹ sei die griechische Übersetzung für ›Tora‹, das Gesetz des Alten Testaments (›damit gleichzeitig der Gegenbegriff gegen das neutestamentliche Evangelium und gegen Gnade‹), und es komme bei Homer deswegen nicht vor, weil »die Griechen, sonst so gebildete Leute, nicht einmal gewusst [hätten], was ›Gesetz‹ ist« (S. 97). Die große Verwirrung, die der hellenistisch-jüdische Gelehrte in die abendländische Geistesgeschichte eingebracht habe, lasse sich laut Schmitt ganz einfach beseitigen:

Die Behauptung bezieht sich nur auf das Wort *Nòmos* mit einem Akzent auf der ersten Silbe [...]. Jeder weiß, dass die griechischen Akzente das Werk der alexandrinischen Gelehrten sind und Jahrhunderte nach Homer, der keine Akzente gekannt hat, gesetzt wurden. Es ist also eine nachträgliche Willkür und eine ex-post-Rückblendung aus späteren Jahrhunderten zu behaupten, das Wort *nòmos* (mit dem Akzent auf der ersten Silbe) komme bei Homer nicht vor, und *nomòs* (mit dem Ton auf der letzten Silbe), das bei ihm sehr oft vorkommt, sei ein ganz anderes Wort. (S. 97f.)

Die philologische Methode von Schmitt, wenn man eine solche überhaupt konstatieren möchte, ist höchst fragwürdig. Die Akzentuierung des griechischen Schrifttums durch die alexandrinischen Grammatiker im 3. und 2. Jahrhundert v. Chr. ist keine »nachträgliche Willkür«, sondern das Resultat der Fortschritte der linguistischen Erkenntnis, die die hellenistische Kultur charakterisierten. Und selbst wenn nachgewiesen werden könnte – was bisher von der wissenschaftlichen Gemeinschaft für unmöglich gehalten wird (Laroche, 1949, S. 164) –, dass die Wurzel von ›*nòmos*‹ und ›*nomòs*‹ dieselbe ist, dann ließe sich eine verschiedene Anwendung von der Variante mit dem Akzent auf dem ersten Omikron im Gegensatz zu der mit dem Akzent auf dem zweiten Omikron nicht bestreiten. Die Wörter ›*nòmos*‹ und ›*nomòs*‹ sind Träger ganz verschiedener Semantiken und erfahren in der Geschichte der griechischen Sprache voneinander unabhängige Entwicklungen. Da sie keine spezifischen Dichtungstermini sind, muss die distinktive Funktion der Akzentuierung geltend gemacht werden. Jedenfalls: Die alexandrinischen Grammatiker oder die Juden einer willkürlichen »ex-post-Rückblendung« (S. 98) zu beschuldigen, statt einen Gebrauch des Wortes im homerischen Text zu demonstrieren, der dem von ›*nòmos*‹ entspreche, ist kein wissenschaftlich gültiges Verfahren. Allerdings beschränkt sich die philologische Kritik an Carl Schmitt hierbei darauf, der philosophischen möglicherweise Indizien an die Hand zu geben. Sein pseudoetymologischer Versuch, den Nomos bereits in der Begrifflichkeit der homerischen Heldenzeit auffindbar zu machen, verrät die ideologische Intention, dessen Genese undefiniert in die Urzeit zurückzusetzen, undatierbar zu machen – aus der Geschichte zu schaffen. Der weitere Verlauf der Argumentation bestätigt diese Vermutung.

Erklärte Absicht des Aufsatzes ist es, das stabile Wesen des Nomos diesseits aller Wandlungen, die das Wort in seiner »dreitausendjährigen Geschichte« (S. 92f.) erlebt hat, zu erläutern: »gegenüber den etymologischen und semantischen Feststellungen, die für bestimmte Zeitabschnitte zutreffen, das umfassende Gesamtbild im Auge zu behalten« (ebd.). In Anlehnung an *Engels'* Periodisierung (Engels, 1962) legt Schmitt die entscheidende Phase für die Konstitution der juristischen Institutionen, welche die Zivilisationsgeschichte kennzeichnen,

in der Überwindung der Nomadenzeit und im Übergang zum festen Haus fest. Erst von da an habe die Gesellschaft auf relativ stabile Verhältnisse vertrauen können und eine gewisse Berechenbarkeit sei in das politische Leben der Menschen eingetreten. Doch ein zunächst so unbemerkbares wie jedoch wesentliches Korrektiv unterscheidet Schmitts rechtsgeschichtliche Spekulation von Engels' historischer Untersuchung von Familie, Privateigentum und Staat: Ermittelt nämlich der historische Materialist in den gesellschaftlichen und technologischen Entwicklungen jener geschichtlichen Phase den Ursprung der nachgeforschten Institutionen, ist ›Ursprung‹ sogar die zentrale Kategorie seiner Untersuchung, so ersetzt der Jurist diesen mit dem Wort ›Einschnitt‹. Er verwandelt also den Ursprung des Rechts in ein bloßes einschneidendes Ereignis – einen Übergang – in der Geschichte eines »Nomos«, die viel – wie viel verrät er nicht, aber sehr viel, undenkbar viel – länger sei. »Der wichtigste Einschnitt [in der unfassbar langen Geschichte des Nomos] ist der Übergang vom Nomaden-Zelt zum festen Haus, zum Oikos« (Schmitt, 1957, S. 98f.). Wie der ›Nomos‹ vor diesem Übergang ausgesehen hat, scheint ihm keine Frage zu sein, dass er aber gewiss bereits bestanden habe – ebenso wenig.

Getreu seinem Grundsatz von der ›Einheit von Nomos und Oikos‹ greift Schmitt hierbei auch das ökonomiekritische Thema der ursprünglichen Akkumulation auf und bezeichnet die klassische historische Erscheinungsform, die Landnahme, mit dem juristischen Ausdruck ›*divisio primaeva*‹:

Dieser Übergang setzt eine Landnahme voraus, die sich durch ihre Endgültigkeit von den immer nur provisorischen Nahmen und Teilungen der Nomaden unterscheidet. Die Landnahme ist wiederum die Voraussetzung einer Landteilung, von der aus die weiter stabile Ordnung sich bestimmt. Der Nomos selbst ist keineswegs auf die Zeit dieser stabilen, erst nach der Landteilung einsetzenden Dauer-Ordnung beschränkt. Im Gegenteil, er zeigt seine konstituierende Kraft am stärksten in den ordnungsbegründenden Vorgängen der ersten Teilung, der *divisio primaeva*, wie die großen Rechtsdenker es nennen. Aber nach vollzogener Landnahme und Teilung, wenn die Zeiten der Neugründung und des Übergangs überwunden sind und einige Berechenbarkeit und Sicherheit eintritt, nimmt das Wort Nomos eine andere Bedeutung an. Die Epoche der Konstituierung ist schnell vergessen oder vielmehr ins Halbbewusste abgedrängt. (S. 98)

Man sieht hier die theoretisch-strategische Funktion der pseudoetymologischen Fassade von Carl Schmitts ›Rechtsgeschichte‹ am Werk. Sie spielt den historischen Ursprung der Rechtsverhältnisse zu einem bloßen Bedeutungswechsel des Wortes ›Nomos‹ herunter. Dieser bestehe darin, dass der Nomos, einmal zu »Brauch und Sitte, Satzung und Gesetz« etabliert, zu einem bloßen »Ersatzwort für Thesmos«, Institution, werde. Damit werde Nomos aber erst »Gegensatz zu Physis«, was der auf die Naturalisierung von Herrschaft abzielende Jurist nicht anders beurteilen kann, als »ein ideologisches Spiel künstlicher Trennungen, die dem Bürgerkrieg dienen« (S. 99). Diese Strategie entspricht der Vorgehensweise historistischer Geschichtsdarstellung, alle historische Zäsuren zu untergraben, zugunsten der Herstellung einer falschen geschichtlichen Kontinuität. Demgegenüber soll die materialistische Kritik den Zweifel aufwerfen, ob der ›Nomos‹ nicht aus der gesicherten Stabilität gesellschaftlicher (Eigentums)Verhältnisse, aus der Ordnung selbst hervorgehe; ob die ›konstituierende Kraft des Nomos‹, ›jene ordnungsbegründende Vorgänge‹ ursprünglicher Akkumulation, nicht einfach Raubgewalt sei, ›Gewalt zu Naturzwecken‹, wie Benjamin sagt, die erst im Nachhinein der Verwaltung ihrer Beute den Namen ›Nomos‹ gibt; ob der Begriff selbst von Nomos nicht eben auf der Verdrängung der Gewalt seines Ursprung beruhe, ob die Vorstellung von ihm nicht durch das ›Abdrängen der Epoche der Konstituierung ins Halbbewusste‹ gestiftet sei. Gerade wo Schmitt vorgibt, über die ›*situation établie* des Konstituierten‹ hinauszublicken

und den ›Horizont des Status quo‹ zu erweitern, schließt er in der Tat jedwedes Andere aus dem Bereich des Erkennbaren aus. Er tut es dadurch, dass er die Grenzen des ›Nomos‹ in der Zeit unbestimmt zurücksetzt (mithin auch nach vorn). Möge man mit dem historischen Denken und Handeln so sehr umherschweifen wie man will, man komme aus dem Nomos nicht heraus, denn das Leben der Menschen spiele sich schon immer in ihm ab. Ziel dieser ursprungsvertuschenden Theorie ist es, den ›Nomos‹ mystifizierend zur Natur zu erheben und ihn zum allerletzten Rahmen des historischen Geschehens zu deklarieren. Souveränität sei dementsprechend ›ein Begriff der äußersten Sphäre‹. Dieser ›Nomos‹, der viel größer und viel älter sei als das Thesmos, wird der Geschichte übergeordnet als deren ewige Regel, welche jede Ausnahme in sich aufnimmt. Zeigt die materialistische Kritik die Gewalt im Ursprung und damit »etwas Morsches« in der Dialektik der daraus hervorgehenden Ordnung, so reagiert die reaktionäre Kritik mit einer Umfunktionierung dieser historischen Erkenntnis. Sie macht diese dadurch zu einer Bestätigung der unantastbaren Majestät des Nomos, dass sie den gewaltsamen Ursprung des letzteren als Manifestation seiner »konstituierenden Kraft« zelebriert. Schmitt beabsichtigt, nicht die präjuristische und präökonomische Gewalt in der Rechts- und ökonomischen Ordnung, sondern umgekehrt ein mythisch-originäres Ordnungsprinzip in der gewaltsamen Vorgeschichte der Klassengesellschaft aufzuzeigen. Die Theorie des unauflöselichen Zusammenhanges von Gewalt und Nomos, welche den letzteren in die »längst verflossne Zeit« seiner Vorgeschichte rückprojiziert und die erstere für immer an ihn bindet, hat ihre Grundlage wiederum in einer unpräzisen Etymologie. Die gemeinsame Wurzel von ›nòmos‹ und ›nomòs‹ sei das Verb ›nemein‹, das sich sowohl mit ›verteilen‹ als auch mit ›weiden‹ übersetzen lässt. Dass ein und dasselbe Verb völlig verschiedene Vorgänge ausdrückt bewiese laut Schmitt

eine tiefere Einheit, die durch die Sprache bewahrt und aufrechterhalten wird, auch wenn die Erinnerung dem alltäglichen Bewusstsein längst verloren ging. Mit anderen Worten: dieses Weiden ist nicht irgend ein Fressen oder Saufen, sondern eine Nutzung, der eine Verteilung vorausgegangen ist. (S. 100)

Es ist zwar richtig, dass dem Weiden (dem Prozess der Produktion und Reproduktion des gesellschaftlichen Lebens) eine Verteilung (eine Hierarchisierung der Gesellschaft) und dieser eine Landnahme (eine Usurpation und Enteignung der Lebensbedingungen) vorausgegangen ist. Schmitt definiert die *divisio primaeva* als »die Urverfassung, die konkrete Urnorm, de[n] Anfang von Recht und Eigentum« (S. 101). Er behauptet zwar zu Recht: »Am Anfang steht nicht eine Grund-Norm sondern eine Grund-Nahme« (ebd.). Falsch ist aber, dass sich daraus schließen lasse, die Grund-Nahme habe bereits Anteil an der kosmischen Ordnung des Nomos. Denn die Feststellung der Gewalt als Prius erhebt die Vorgeschichte der Ordnung nicht zu etwas Höherem als das, worin sie besteht: Raubgewalt. Vielmehr deckt sie die Ordnung auf als das, was sie ursprünglich und wesentlich ist: »irgend ein Fressen oder Saufen«, eine Unterdrückungsgewalt, die sich selbst stabilisiert und zu Gesetz veredelt hat; ein institutionalisiertes Fressen-oder-Saufenverhältnis.¹⁸

¹⁸ Noch mehr vermag aber die ›Etymologie‹. »Das Merkwürdige ist nun, dass das griechische Wort *nemein* [...] nicht nur Teilen und Weiden, sogar in erster Linie Nehmen bedeutet und dieselbe Sprach-Wurzel hat wie das deutsche Wort Nehmen. Nomos wäre dann ein *nomen actionis* auch für Nehmen und hieße: die Nahme« (Schmitt, 1957, S. 103). In diesem mythologischen – weil nicht entstandenen und nicht vergehenden, also nicht historischen – Urnomos, der alle Bestimmungen eines unausweichlichen Schicksals zu haben scheint, sind nun nicht nur Gesetz und Gewalt, sondern auch das griechische und das deutsche Volk vereint, echte Herolde

Der Aufsatz *Nomos – Nahme – Name* bestätigt die historisch-materialistische Genealogie der Eigentumsordnung. Mit der materialistischen Kritik teilt er ferner die Missbilligung des positivistischen Fortschrittscredos. Wirft Benjamin (1977) der den Liberalismus und die Sozialdemokratie vereinigenden positivistischen Denkweise vor, sie erkenne »in der Entwicklung der Technik nur die Fortschritte der Naturwissenschaft, nicht die Rückschritte der Gesellschaft« (S. 474), so scheint Schmitt einerseits ihm wortwörtlich beizupflichten, wenn er im Rahmen einer Kritik der US-amerikanischen akademischen *political science* schreibt: »Was man heute [...] Weltgeschichte nennt, ist die Geschichte einer als Fortschritt gedeuteten Entwicklung in den Objekten, den Mitteln und den Formen der Nahme« (S. 102). Der Schmittsche Aufsatz ist allerdings insofern suspekt, als diese Bestätigungen materialistischer Forschungsbefunde auf einer pseudoetymologischen Ebene erfolgen. Diese Methode der Untersuchung ist hinsichtlich der Auffassung ihres Gegenstandes keinesfalls irrelevant. Der Zusammenhang von Recht und Gewalt, dessen Einsicht der Fortschrittskritik zu Grunde liegt, büßt dadurch seinen historischen Charakter ein und wird zu einem metaphysischen, in den Reminiszenzen der Sprache noch aufbewahrten, unabänderlichen Wesenszusammenhang.

Die historisch-materialistische Untersuchung der Rechts- und Eigentumsordnung weist den außerjuristischen und -ökonomischen gewaltsamen Ursprung sowie dessen latentes Fortbestehen und -wirken in der historischen Entfaltung derselben, d.h. dessen ständige Bereitschaft, sich im Bedarfsfall in all seiner Illegalität und Außerordentlichkeit zu manifestieren, kritisch nach. Der Jurist (zugleich Theologe und Grammatiker) versucht umgekehrt, die Gegenwart des *Nomos* – des Systems gesetzlich reglementierter Eigentums- und Machtverhältnisse – bereits in der ursprünglichen Gewalt ausfindig zu machen. Er projiziert nämlich den *Nomos* bis hin zu seinem eigenen Ursprung und auch noch darüber hinaus zurück, um ihn zu naturalisieren und zu verewigen. Der Ertrag solcher gedanklichen Operationen ist die Konstruktion einer geschichtlichen Kontinuität, welche im Zeichen eines schon immer dagewesenen *Nomos* jede historische Zäsur, gar die Möglichkeit einer solchen, abweist. Dieser Vorstellung von Geschichte zufolge unterliegen die ursprüngliche Akkumulation von Produktions- und Zwangsmitteln und die periodische Suspension der daraus resultierenden ökonomischen und rechtlichen Ordnung einem metahistorischen Ordnungsprinzip, einem *Nomos*, den sie, weit davon entfernt, ihn in Frage zu stellen, höchstens zur Manifestation seiner ›konstituierenden Kraft‹ verhelfen können. Die konkrete Ordnung normaler Lebensverhältnisse müsse mithin historisch und logisch bereits vor ihrer eigenen Konstitution bestanden haben. Schmitt verfällt damit demjenigen rechtsfetischistischen Postulat, das er an dem rechtsstaatlichen Liberalismus würde kritisieren wollen: dass nämlich »nicht die Menschen, sondern die Gesetze herrschen« (S. 103).

Korrelat der fetischistischen Konzeptionen, welche historisch produzierte ökonomische und juristische Verhältnisse, den Warenmarkt und das Staatsrecht, verselbständigen und verewigen, ist die – darum von Benjamin zum expliziten Gegenstand der Kritik gemachte – Vorstellung der Geschichte als eines progressiven, unabschließbaren und unaufhaltsamen Fortgangs des Menschengeschlechts. Reaktionäre Kritik fechtet zwar den liberalen und sozialdemokratischen Fortschrittsglauben an, aber sie geht ihm nicht auf den Grund, indem sie ganz in der bürgerlichen Auffassung – der dogmatischen Geschichtsauffassung der Sieger – verbleibt, nach der die Geschichte, so wie *natura*, keinen Sprung mache, *non facit saltus*. Die Ausblendung des Ursprungs – mithin jedwedem Sprungs und Umsprungs – durch Mytholo-

gie und die Normalisierung der Ausnahme durch deren Bestimmung als Normalisierungsfunktion sind komplementäre Momente einer Strategie der Konstruktion einer ›homogenen und leeren‹ Zeitlichkeit, welche als transzendente Garantin der geschichtlichen Kontinuität zu wirken hat. Sie ist keine bloße Illusion, sondern eine reell wirkende Abstraktion vom Inhalt. »Mag sein«, räumt Benjamin ein, »dass die Kontinuität der Tradition Schein ist. Aber dann stiftet eben die Beständigkeit dieses Scheins der Beständigkeit die Kontinuität in ihr« (Benjamin, 1982, S. 609). Die Übertragung der Zeitkategorie der Naturwissenschaft in den Bereich der Geschichte macht diese zu einem schicksalhaften, sich ewig reproduzierenden Schuld- und Verschuldungszusammenhang. Sie reproduziert auf der Höhe der bürgerlichen Kultur jene heidnische Schicksalsvorstellung, welche Benjamin (1972-D, 1977-B), in Anlehnung an Hermann Cohen, als eine von Ordnungen bezeichnet, welche die Schuld sowie die Strafe selbst veranlassen und herbeiführen. Von solcher neuheidnischen Vorstellung überhistorischer Regeln, denen der Geschichtsverlauf unterliege, rührt der Fetischcharakter jener juristischen und ökonomischen Theorien her, welche ihre eigenen Ordnungen als ursprungs-, ausnahms- und endlos unterstellen. Diese mystifizierende Naturalisierung von Geschichte gilt der Erhebung der überlieferten Herrschaftsverhältnisse zum allerletzten Horizont alles historischen Geschehens.¹⁹ Sie setzt eine Auffassung der historischen Zeit als homogen und leer, als einer gegenüber dem eigenen Inhalt, dem historischen Material, gleichgültigen Zeit, voraus.²⁰

Bildet einerseits die temporale Kontinuität, diese inhaltsneutrale Form, dieses ›homogene Medium‹ des historischen Geschehens, die Bedingung dafür, dass Normen gelten, dass die Ordnung objektiv herrscht, so geht sie andererseits letzten Endes auf die Verunmöglichung von historischer Erkenntnis und von historischem Handeln, von Geschichte überhaupt hin: »In der Tat kann im kontinuierlichen Geschichtsverlauf ein Gegenstand der Geschichte überhaupt nicht visiert werden« (Benjamin, 1982, S. 594). Sache des Materialisten, welchem es letztlich um die Erkenntnis der Geschichte geht, ist es, die Kontinuität der Überlieferung in der Theorie sowie in der historischen Wirklichkeit zu ›sprengen‹. Dem historisch Erkennenden gilt es, im Bereich des Rechts, die Rechtsordnung historisch zu artikulieren. Die Vergewärtigung des Ursprungs derselben legt, wie gezeigt, die Grundlagen für die Darstellung ihrer historischen Dialektik. Erst eine dialektische, der historistischen entgegengesetzte Deutung der Rechtsgeschichte vermag im sogenannten Ausnahmezustand – in der Suspension der Rechtsnormen zwecks der Wiederherstellung der Ordnung durch Gewalt – ein im Recht von dessen Ursprung an schon anwesendes Moment zu fassen. Der ›Ausnahmezustand‹, in welchem diejenigen, die eine historische Krise erleben, zu leben glauben, erweist sich aus der materialistischen Perspektive als ein Regelfall, ein Fall jener Regel, welche die historische Kontinuität der Herrschaft stiftet. Die Kritik am Ausnahmezustand in der These VIII *Über den Begriff der Geschichte* gilt einem Verständnis des Faschismus und des Nationalsozialismus als konsequente Folge von Tendenzen, die keine Ausnahme in der europäischen Geschichte darstellen, vielmehr ihren Lauf mit Regelmäßigkeit bestimmt haben. Diese Einsicht hat in Benjamins Intention eine unmittelbar praktische Seite: sie stellt die Aufgabe der »Herbeifüh-

¹⁹ Darum ist sie solidarisch mit der politischen Praxis der Konterrevolution, wie wir am Beispiel Haussmanns haben aufzeigen wollen.

²⁰ Hierzu vgl. W. Hamacher (2002). Vf. deutet Benjamins Thesen *Über den Begriff der Geschichte* so, dass sie dem Historismus vorwerfen, die kantische Zeit als Form der Anschauung *a priori* zum Kanon der geschichtlichen Anschauung zu machen. Die temporale Kontinuität, welche die kantische Zeit fixiert, sei darum keine historische, weil sie noch vor jedem Geschehen feststeht. Sie sei »ein leerer Behälter, ledig aller Spezifität«, der sich gegenüber dem, was sich in ihm bewegt, »indifferent« verhält.

« des wirklichen Ausnahmezustandes » vor Augen und verbessert dadurch » unsere Position im Kampf gegen den Faschismus ». Allerdings ist die aktualitätsgebundene, unmittelbar politische Wirksamkeit dieser These und der materialistischen Rechtskritik Benjamins im Allgemeinen nicht zu trennen von ihrer philosophischen und erkenntniskritischen Dimension. Die › Geistesgegenwart ‹, die Marx' historiographische Tätigkeit charakterisierte, wird bei Benjamin zu einer Kategorie der Erkenntniskritik in eigentlichem Sinn:

Das Staunen darüber, daß die Dinge, die wir erleben, im zwanzigsten Jahrhundert › noch ‹ möglich sind, ist *kein* philosophisches. Es steht nicht am Anfang einer Erkenntnis, es sei denn der, daß die Vorstellung von Geschichte, aus der es stammt, nicht zu halten ist. (Benjamin, 1972-B, S. 697)

Die materialistische Erforschung des Ursprungs des Rechts bringt dessen historischen Charakter, mithin dessen Vergänglichkeit ans Licht. Doch ihr Ertrag ist nicht lediglich die Entwicklung einer kritischen Theorie des Rechts, welche über dessen Vermittlungen mit der Gewalt dialektische Auskünfte geben könne. Die bestehende Ordnung auf ihren Ursprung hin zu untersuchen, bedeutet ferner die konstitutive, wirksame und regelmäßige Präsenz der Vergangenheit in der Gegenwart aufzuzeigen. Damit ist nicht nur der mystifizierende Schleier der Natürlichkeit der bestehenden Ordnung, sondern auch der der Linearität und Bruchlosigkeit der historischen Zeit, des bloß quantitativen Aufeinanderfolgens der Epochen abgestreift. Es ist der Begriff von Geschichte selbst, der auf dem Spiel steht. An die Stelle der Vorstellung von Gegenwarten, welche – bloße Übergänge zwischen Vergangenheit und Zukunft – undifferenziert, wie Erdzeitalter, sich übereinander lagern, tritt eine Erfahrung von Aktualität, welche jeweils eine bestimmte Gefahr und eine bestimmte Chance in sich trägt. Das Leben der Menschen hört auf, so zu erscheinen, als verlief es unter der Glocke eines unausweichlichen Schicksals und könnte nur die Wiederholung des Immergleichen erwarten. Nun findet es nämlich – mit den Worten der These XIV *Über den Begriff der Geschichte* von Benjamin – nicht in der » Arena [...], in der die herrschende Klasse kommandiert ‹, sondern » unter dem freien Himmel der Geschichte ‹ statt. Die Reflexion dieser Erfahrung steht daher am Anfang einer revolutionären Konzeption der historischen Erkenntnis und des historischen Handelns.

* * *

BIBLIOGRAPHIE

- Agamben, G. (2004). *Ausnahmezustand*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Agamben, G. (2002). *Homo sacer. Die souveräne Macht und das nackte Leben*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Anschütz, G. (1998). *Handbuch des Deutschen Staatsrechts*. Tübingen: Mohr Siebeck.
- Benjamin, W. (1972). Denkbilder. In *Gesammelte Schriften* (Band IV.1, S. 305-438). Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Benjamin, W. (1977). Eduard Fuchs, der Sammler und der Historiker. In *Gesammelte Schriften* (Band II.2, S. 465-505). Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Benjamin, W. (1977B). Schicksal und Charakter. In *Gesammelte Schriften* (Band II.1, S. 171-179). Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Benjamin, W. (1972-B). Über den Begriff der Geschichte. In *Gesammelte Schriften* (Band I.2, S. 691-704). Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Benjamin, W. (1972-C). Ursprung des deutschen Trauerspiels. In *Gesammelte Schriften* (Band I, S. 203-409). Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Benjamin, W. (1972-D). Zur Kritik der Gewalt. In *Gesammelte Schriften* (Band II.1, S. 179-203). Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Benjamin, W. (1982). Das Passagen-Werk. In *Gesammelte Schriften* (Bd. V.1). Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Bolz, N. (2003). *Auszug aus der entzauberten Welt. Philosophischer Extremismus zwischen den Weltkriegen*. München: Wilhelm Fink.
- Bredenkamp, H. (1998). Von Walter Benjamin zu Carl Schmitt, via Thomas Hobbes. *Deutsche Zeitschrift für Philosophie*, 46, S. 901-916.
- Engels, F. (1973). Die Entwicklung des Sozialismus von der Utopie zur Wissenschaft. In *Marx Engels Werke* (Band 19, S. 177-228). Berlin: Dietz.
- Engels, F. (1962). Der Ursprung der Familie, des Privateigentums und des Staats. Im Anschluss an Lewis H. Morgans Forschungen. In *Marx Engels Werke* (Band 21, S. 25-173). Berlin: Dietz.
- Engels, F. (1983). Herrn Eugen Dührings Umwälzung der Wissenschaft (Anti-Dühring). In *Marx Engels Werke* (Band 20, S. 1-303). Berlin: Dietz.
- Engels, F. (1960). Vorrede zur dritten Auflage (1885) ›Der achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte‹ von Karl Marx. In *Marx Engels Werke* (Band 8, S. 561f.). Berlin: Dietz.
- Hamacher, W. (2002). Jetzt. Benjamin zur historischen Zeit. *Benjamin Studies 1*, S. 147-183. Amsterdam-New York: Rodopi.
- Heil, S. (1996). *Gefährliche Beziehungen. Walter Benjamin und Carl Schmitt*. Stuttgart: Metzler.
- Kant, I. (1971). Die Metaphysik der Sitten. In *Kant's gesammelte Schriften* (Akademieausgabe) (Band 6, S. 202-493). Berlin-New York, De Gruyter.
- Kant, I. (1971-B). Zum ewigen Frieden. Ein philosophischer Entwurf. In *Kant's gesammelte Schriften* (Akademieausgabe, Band 8, S. 341-386). Berlin-New York: De Gruyter.

- Kodalle, K. (1983). Walter Benjamins politischer Dezisionismus. Der ›Kierkegaard‹ unter den spekulativen Materialisten. In Bolz, N. (Hrsg.), *Spiegel und Gleichnis. Festschrift für Jacob Taubes* (S. 301-317). Würzburg: Königshausen & Neumann.
- Kelsen, H. (2013). Das Problem der Souveränität und die Theorie des Völkerrechts. Beitrag zu einer reinen Rechtslehre. In *Werke* (Band 4, Veröffentlichte Schriften 1918-1920, S. 235-572). Tübingen: Mohr Siebeck.
- Kelsen, H. (1982). *Der soziologische und der juristische Staatsbegriff. Kritische Untersuchung des Verhältnisses von Staat und Recht*. Tübingen: Mohr.
- Laroche, E. (1949). *Histoire de la Racine NEM- en ancien Grec*. Paris: Librairie Klincksieck.
- Leibniz, G. (1999). Le cartesianisme l'antichambre de la véritable philosophie (1677). In *Sämtliche Schriften und Briefe. Sechste Reihe. Philosophische Schriften* (Band 4: 1667-Juni 1690, Teil B, S. 1355f.). Berlin: De Gruyter.
- Marx, K. (1962). Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie. Erster Band: Der Produktionsprozeß des Kapitals. In *Marx Engels Werke* (Band 23). Berlin: Dietz.
- Marx, K. (1960). *Der achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte*. In *Marx Engels Werke* (Band 8, S. 111-207). Berlin: Dietz.
- Menke, C. (2015). *Kritik der Rechte*. Berlin: Suhrkamp.
- Rumpf, M. (1976). Radikale Theologie. Benjamins Beziehung zu Carl Schmitt. In Gerhardt, P., Grzimek, M., Harth, D., Rumpf, M., Schödlbauer, U., Witte, B. (Hrsg.), *Walter Benjamin – Zeitgenosse der Moderne* (S. 37-50). Kronberg im Taunus: Scriptor.
- Schmitt, C. (2008). *Land und Meer. Eine weltgeschichtliche Betrachtung* (6. Aufl.). Stuttgart: Klett-Cotta.
- Schmitt, C. (1957). Nomos – Nahme – Name. In Behn, S. (Hrsg.), *Der beständige Aufbruch: Festschrift für Erich Przywara* (S. 92-105). Nürnberg: Glock und Lutz Verlag.
- Schmitt, C. (2015). *Politische Theologie. Vier Kapitel zur Lehre von der Souveränität* (10. Aufl.). Berlin: Duncker & Humblot.
- Sorel, G. (1908). *Réflexions sur la violence*. Paris: Marcel Rivière.
- Weber, S. (1992). Taking exception to decision: Walter Benjamin and Carl Schmitt. *Diacritics*, 22 (3-4), S. 5-18.

STAATSBEWUSSTSEIN UND SCHIITISCHER ISLAM
DIE ANALYSE AYATOLLAH RUHOLLAH CHOMEINIS
POLITISCHER GEDANKEN IM KONTEXT VON
CARL SCHMITTS KONZEPTIONEN

NATION STATE AND SHIA ISLAM
THE ANALYSIS OF AYATOLLAH RUHOLLAH
KHOMEINI'S POLITICAL IDEAS IN THE
CONTEXT OF CARL SCHMITT'S CONCEPTIONS

SEYED ALIREZA MOUSAVI
JENA

ZUSAMMENFASSUNG Ayatollah Chomeini hat das islamische Staatsbewusstsein in einem konservativ-modernen Modell zugunsten der Staatssouveränität im Iran konzipiert, wobei die Entwicklung des Staatsbewusstseins bei ihm aus der Struktur der schiitischen Theologie hergeleitet ist. Dabei hat Chomeini den Schiismus von einer quietistischen Religion in eine staatliche Religion umgeformt. In diesem Aufsatz wird sein Gedankengut im Kontext von Carl Schmitts Konzeptionen analysiert, der in Europa für die fortdauernde Bedeutung der Souveränität plädierte, indem er das Politische vom Staatlichen unterschieden hat.

SCHLAGWÖRTER Imamat, Souveränität, Legitimität, Legalität, Recht, Gesetz, Daggal, Antichrist, Großraum, Um al-Qura.

ABSTRACT Ayatollah Khomeini conceived the concept of the Islamic state as a conservative-modern model in favor of state sovereignty in Iran. He derived that concept from the structure of Shiite theology. He thus transformed Shi'ism from a quietist religion into a state religion. In this essay his ideas will be analyzed in the context of Carl Schmitt's conceptions, who advocated the enduring significance of sovereignty in Europe and by distinguishing the political from the state.

KEYWORDS imamat, sovereignty, legitimacy, legality, right, law, daggal, antichrist, greater space, um al-Qura.

Ayatollah Chomeini war ein schiitischer Rechtsgelehrter und geistlicher Führer der islamischen Revolution von 1979 und bis zu seinem Tod iranisches Staatsoberhaupt. In diesem Aufsatz wird sein Gedankengut im Kontext von Carl Schmitts Konzeptionen analysiert und die These vertreten, dass Chomeini das islamische Staatsbewusstsein in einem konservativ-modernen Modell konzipierte. Zunächst wird ein Überblick über den Schiismus gegeben, indem die Entstehung des Schiismus geschichtlich dargestellt und dann darauf eingegangen wird, was die schiitische Theologie von der sunnitischen Theologie im Islam strukturell unterscheidet. In diesem Zusammenhang geht der Text auf die drei unterschiedlichen theoretischen Phasen in der Geschichte des schiitischen Islams ein, der sich von der quietistischen über die juristische bis zur staatlichen Haltung entwickelt hat. Anschließend ist die grundlegende Basis der Staatsvorstellung im deutschen Konservatismus der Moderne zu beleuchten, indem die konservative Lehre mit dem liberal-positivistischen Staatsaufbau verglichen wird. Demzufolge wird mit Bezug auf Carl Schmitts Konzepte in der Innen- und Außenpolitik (wie z. B. Ausnahmezustand, Legitimität vs. Legalität, Katechon, Großraum usw.) dargestellt, warum Chomeini für die Staatslehre in der islamischen Welt ein Bahnbrecher war. In der Innenpolitik wird seine neue Lesart von der schiitischen Herrschaftslehre untersucht, wonach Chomeini in dem Maße eine exekutive Gewalt konzipiert hat, wie sie politisch über den einzelnen Gesetzen der Scharia (islamische Gesetzgebungsgewalt) steht. In der Außenpolitik wird auf den Begriff des islamischen Großraums eingegangen, welchen Chomeini aufgrund der schiitischen Eschatologie zu konzipieren versucht. Demnach haben die nationalen Interessen der islamischen Republik Iran Vorrang vor denen der einzelnen islamischen Staaten.

1. DIE THEORETISCH-HISTORISCHE GRUNDLAGE DES SCHIITISCHEN ISLAMIS

Nach dem Tod des Propheten Muhammad, der als Begründer des religiösen Gemeinwesens des Islams gilt, entbrannte unter den Genossen des Propheten ein Streit um die Nachfolgerschaft, der die Muslime bis heute spaltet. Aus diesem politisch geprägten Konflikt kristallisierten sich dann zwei Konfessionen im Islam, nämlich Sunnismus und Schiismus, heraus. Während eine von *Abu Bakr* und *Umar*, den beiden Schwiegervätern Muhammads, geführte Mehrheitsfraktion davon ausging, dass Muhammad seinen Nachfolger nicht bestimmt habe, sondern er es der islamischen Gemeinde überlassen habe, darüber zu entscheiden, hat die Minderheitsfraktion behauptet, dass Muhammad seinen Vetter *Ali Ibn Abi Talib* zu seinem Nachfolger als Oberhaupt der islamischen Gemeinde bestimmt habe (Buchta, 2004). Die Worte, die von Muhammad der Minderheitsfraktion zufolge überliefert worden sind, lauten: »Allen, denen ich gebiete, soll auch *Ali* gebieten« (Halm, 2005, S. 11). Nach heftigen Auseinandersetzungen setzte sich schließlich *Abu Bakr*, der alte Gefährte Muhammads, durch. Die Partei Alis, nämlich die Schiiten als Minderheitsfraktion, hat sich nie mit der Tatsache einverstanden erklärt, dass kein Angehöriger der Familie des Propheten die politische Macht über die Gemeinde der Muslime erringen konnte. Sie betrachteten, so Peter Heine (2006), von Anfang an nämlich jede Herrschaft, die nicht von der Familie Muhammads in der islamischen Welt ausgeübt wurde, für illegitim. Hierbei ist zu bemerken, dass es bei diesem Konflikt eigentlich nicht darum ging, wer der Nachfolger des Propheten ist, sondern vielmehr um die unterschiedlichen Vorstellungen von Herrschaft in der Öffentlichkeit: Während die politische Herrschaft für die meisten der Muslime ein säkulares Thema war, entwickelten die Schiiten aus der irdischen Herrschaft eine Art politische Theologie, welche im Folgenden erklärt wird.

Die Sunniten und Schiiten benutzen für das Konzept Herrschaft zwei verschiedene arabische Wörter, die je nach ihrer Auffassung von der islamischen Herrschaft unterschiedlich zu interpretieren sind. Das arabische Wort *imam* bedeutet, so Heinz Halm (2005), Gemeindeoberhaupt, welches Schiiten für die Anrede der legitimen Herrscher verwenden. Dagegen bedeutet *Kalif* Nachfolger, was als Titel für den Herrscher im sunnitischen Islam verwendet wird. Die Sunniten hätten geglaubt, alle Probleme unter Berufung auf den Koran und die Tradition (Sunna) des Propheten lösen zu können. Insofern soll der Kalif als ein irdischer Herrscher nur die Gesellschaft verwalten. Die Schiiten hätten hingegen die Ersatzinstitution für das Eingreifen Gottes vorgesehen, die durch eine charismatische Person, nämlich den *Imam*, zur Leitung der muslimischen Gemeinde erfüllt werde. Der Imam sei eine personale Staatslenkung, der mit göttlicher Inspiration die muslimische Gemeinde behütet (Antes, 1991).¹

Nach Meinung der Schiiten ist nur die Herrschaft eines Nachkommen des Propheten legitim, sonst ist für die Schiiten im Prinzip jede Herrschaft, jede Machtausübung Tyrannei. Das Problem tauchte dann in dieser Lehre auf, als der elfte Imam der Schiiten 873 n. Chr. anscheinend kinderlos starb. Demzufolge setzte sich allmählich die Vorstellung der Existenz eines verborgenen zwölften Imams bei den Schiiten durch. Nach der Auffassung der Schia werde der zwölfte Imam dereinst als ein messianischer Endzeitherrscher wiederkehren. Er werde die Tyrannen und Usurpatoren auf Erden vernichten, die Spaltung der Muslime aufheben und den Schiiten zum Sieg über ihre Feinde verhelfen (Buchta, 2004). Schiiten bezeichnen den Propheten Muhammad, seine Tochter *Fatima* und ihren Mann *Ali* zusammen mit den elf Imamen, die Nachkommen dieser Ehe sind, als die vierzehn Unfehlbaren. Dabei ist die Existenz des zwölften Imams ja nicht beweisbar. Das aus dem Arabischen entlehnte Wort *masum* (unfehlbar) bedeute eigentlich geschützt, gefeit; denn die Vierzehn gelten als gefeit vor Irrtum und Sünde. Und es sei wichtig, dass die Schiiten die Eigenschaft der Unfehlbarkeit allein den Vierzehn zubilligten; kein anderer Mensch sonst dürfe sie sich anmaßen (Halm, 2005).² Seit dem Tod des elften Imams gibt es kein sichtbares Oberhaupt mehr, das auf die Nachfolge des Propheten Muhammad rechtmäßig Anspruch erheben könnte, während der verborgene Imam in der Abwesenheit sei. Die Schia musste nun nach Heinz Halm (2005) andere Modelle entwickeln, um die geistliche Leitung ihrer Gemeinden zu organisieren und eine verbindliche Autorität zu etablieren. Andernfalls hätte der Schiismus nicht mehr überleben können.

Die klassische Zwölferschia vertrat diese These, dass die menschliche Herrschaft bis zur Wiederkehr des zwölften Imams illegitim sei, woraus sich allmählich zwei Schulen entwickelt haben. Während die rationale Schule (*Usuli-Schule*) die Praxis des Rasonierens aufgrund vor-

¹ Hierbei ist zu bemerken, dass ein Grundgedanke der persischen Herrscheridee laut Monika Gronke (2003) die Lehre vom Charisma war, das den König vor anderen Menschen auszeichnete und ihn legitimierte. Von Gott sei der persische König mit der Gabe der Weisheit beschenkt worden, die ihn dazu befähigt habe, Gerechtigkeit zu üben und Gutes zu tun. Insofern ist die Imamatslehre (die Herrschaft der Imame) als Rekonstruktion der persischen Herrschaftsidee vorzustellen. In diesem Zusammenhang ist Heinz Halm (2005) überzeugt, dass die Schia ein iranisches Phänomen sei, das dem Wesen der Araber zutiefst fremd sei. Hierbei darf die persische Idee von Herrschaft nicht mit Max Webers Lehre vom Charisma verwechselt werden, weil die traditionelle und charismatische Herrschaft bei den Persern dieselbe ist.

² Die größte schiitische Strömung stellen die Zwölfer-Schiiten, die einer Abfolge von zwölf Imamen folgen; in diesem Aufsatz sind diese mit dem Begriff Schiiten gemeint. Es gibt trotzdem andere kleine schiitische Strömungen, die einer anderen Abfolge von Imamen folgen. Die zweitgrößte Gruppe sind die Ismailiten, die einer Reihe von sieben Imamen folgen. Die kleinste Gruppe sind die Zaiditen, bei denen die Anzahl der Imame nicht begrenzt ist.

gegebener verbindlicher Prinzipien zur Rechtsfindung für legitim gehalten habe, habe sich die traditionelle Schule (*Achbari-Schule*) nur auf die göttliche Offenbarung und die Aussprüche und Handlungen des Propheten, der zwölf Imame und Fatima beschränkt (Halm, 2005). Die traditionelle Schule lehnte nämlich das Recht der schiitischen Gelehrten auf eigenständige Rechtsfindung (*idschtihad*) und dazu auch die Stellvertreterschaft des Verborgenen Imams ab.³ Im Gegensatz dazu trauten die zwölfer-schiitischen Religionsgelehrten in der rationalen Schule der menschlichen Vernunft in Glaubensdingen durchaus Erkenntnis zu. Dabei sei die Grundlage des schiitischen Rationalismus die optimistische Überzeugung, dass Gott dem Menschen den Verstand gegeben habe, damit er sich seiner bediene, um Gottes Willen zu erkennen. Die Offenbarung und Ratio stünden sich insofern keineswegs unvereinbar gegenüber, sondern gehörten untrennbar zusammen (Halm, 2005). Aus dieser Lehre entwickelte sich dann ein schiitischer Klerus, dessen Hierarchisierung sich allerdings erst im 19. Jahrhundert verfestigt habe (Krämer, 2005). Hierzu ist zu bemerken, dass der sunnitische Islam diese ausgeprägte Hierarchisierung und Zentralisierung der Rechtsgelehrten überhaupt nicht kenne (Heine, 2006). Diese schiitischen Gelehrten haben sich als Vertreter des Verborgenen Imams bezeichnet, deren Hauptaufgabe die Rechtsfindung und zwar die Interpretation der heiligen Schrift war, während die traditionale Schule den Klerus als solchen, genauso wie die Sunniten, abgelehnt hat. Beide Schulen stimmen dennoch in diesem Punkt überein, dass menschliche Herrschaft im politischen Sinne während der Abwesenheit des Verborgenen Imams illegitim ist. Die Mitarbeit an der Regierung sei allerdings unter dem Vorbehalt gerechtfertigt worden, dass der Schiit in seinem Amt nicht gegen Grundsätze seines Glaubens verstoßen dürfe; er müsse stets als heimlicher Sachwalter des Verborgenen Imams handeln und die Schia dabei nach Kräften schützen und fördern (Halm, 2005).

Ein Teil der rationalen Schule trennte sich schließlich im 20. Jahrhundert während der islamischen Revolution im Iran dank der Entwicklung der schiitischen Hierarchie, welche sich bisher nur im Sachgebiet der islamischen Jurisprudenz betätigt hatte, von der quietistischen Haltung und erhob ihre Macht auf politisches Niveau. Historisch betrachtet, rivalisierten die persischen Monarchen mit dem schiitischen Klerus seit der Herrschaft der Dynastie der Safaviden (1501-1722) um die Ausübung der Macht, während die Safaviden Iran gleichzeitig zu einem schiitischen Land machten und ungewollt einen Beitrag zur Klerikalisierung der schiitischen Gelehrten leisteten (Konzelmann, 1991). Die Weiterentwicklung der Hierarchisierung führte schließlich zur islamischen Revolution im Iran, in der Ayatollah Chomeini den schiitischen Islam revolutionierte, indem er den bisherigen quietistischen Schiismus zu einer politischen Konfession umwandelte.

2. DER STAATSBEGRIFF IN DER KONSERVATIV-MODERNEN LEHRE

In Georg Jellineks *Allgemeiner Staatslehre* steht der Satz: »Politisch« heißt »staatlich«; im Begriff des Politischen hat man bereits den Begriff des Staatlichen gedacht. Alle Herrscher-

³ Zur Bedeutung des arabischen Worts *idschtihad*: »Dieses rationale Bemühen um Problemlösungen wird mit dem arabischen Wort *idschtihad* bezeichnet, einem substantivierten Infinitiv, der soviel wie das Sichabmühen bedeutet; das Wort hängt mit dem bekannten Begriff *dschihad* (Anstrengung, Einsatz) zusammen. Das Partizip zu *idschtihad* ist *mudschtahid*: der sich Abmühende – ein zentraler Begriff; der Einfluss der heutigen Ayatollahs (schiitische Gelehrten) beruht darauf, dass sie Mudschtahids sind« (Halm, 2005, S. 68). Mit anderen Worten heißt *idschtihad*, dass man unabhängig von den Aussprüchen und Handlungen des Propheten und den zwölf Imamen der Vernunft als einer unabhängigen Quelle vertrauen darf, um die göttliche Offenbarung zu interpretieren.

macht im Staate kann nur vom Staate selbst ausgehen« (Jellinek, 1960, S. 180). Jellinek geht nämlich davon aus, dass der Volkswille selbst nicht physischer Wille einer Einheit ist, sondern ein auf Grund von Rechtssätzen aus physischen Willensakten gebildeter juristischer Wille; denn aus dem Willen vieler werde psychologisch niemals ein einheitlicher Wille, am allerwenigsten aber, wenn einer Majorität eine dissentierende Minorität gegenüberstehe (Jellinek, 1960). Daher müsse man einen bereits feststehenden Rechtssatz anordnen, dass eine relative oder absolute Zwei-Drittel-Mehrheit als Gesamthewille zu gelten habe. D. h. das Volk kann mittels der Rechtsvorschriften seinen Willen umsetzen. Der Volkswille hat somit unabhängig von dem Rechtssatz keine Bedeutung.⁴ Daraus ist zu erschließen, dass das Staatliche und Politische dasselbe ist.

Im Gegensatz dazu greift der Begriff des Politischen, so Carl Schmitt (2009), dem Staatsbegriff voraus, dessen Begriff nicht mehr vom Staatsbegriff her gewonnen werden darf. Schmitt hält daran fest, dass das Politische dem Rechtssatz vorausgeht. Lässt sich der Volkswille, so Schmitt, in der Kategorie der Rechtsvorschriften nicht artikulieren, so soll man herausfinden, wodurch sich das Volk politisch identifizieren lässt. Eine Begriffsbestimmung des Politischen könne nur durch die Aufdeckung und Feststellung der spezifischen politischen Kategorien gewonnen werden. Das Politische müsse deshalb in einer eigenen letzten Unterscheidung liegen, auf die alles im spezifischen Sinne politische Handeln zurückgeführt werden könne. Das Politische hat nämlich laut Schmitt seine eigenen Kriterien, die gegenüber den verschiedenen, relativ selbständigen Sachgebieten menschlichen Denkens und Handelns, insbesondere dem Moralischen, Ästhetischen und Ökonomischen in eigenartiger Weise wirksam werden. Demzufolge schreibt Schmitt (2009): »Die spezifische politische Unterscheidung, auf welche sich die politischen Handlungen und Motive zurückführen lassen, ist die Unterscheidung von Freund und Feind« (S. 19). Von daher ist das Sachgebiet des Politischen, womit die Politik zu identifizieren ist, die Freund-Feind-Gruppierung. Wenn diese Gruppierung im politischen Feld beseitigt wird, entgeht uns das Politische. Das Politische hat insofern bei Schmitt eine existenzielle Bedeutung. Hierbei schreibt Schmitt (2009): »Das Politische bezeichnet kein eigenes Sachgebiet, sondern nur den Intensitätsgrad einer Assoziation oder Dissoziation von Menschen, deren Motive religiöser, nationaler, wirtschaftlicher oder anderer Art sein können und zu verschiedenen Zeiten verschiedene Verbindungen und Trennungen bewirken« (S. 36). Hermann Heller hält genauso wie Schmitt daran fest, dass der Begriff des Politischen sehr viel umfangreicher als der des Staatlichen ist. Das Sein des Staates sei aus den lebendigen politischen Entscheidungsakten hervorgegangen. D. h. der Staat ist Heller zufolge die festgelegte Form vom politischen Kampf. In diesem Zusammenhang schreibt Heller (1983): »Das Sein des Staates ist eben sein Werden in immer erneuten politischen Entscheidungsakten, sein Werden im politischen Kampf zwischen wirklichen Willensmächten, denen gegenüber eine absolute Neutralität des Erkenntnisobjektes glattweg unmöglich ist«⁵

⁴ Hierbei schreibt Hans Kelsen (1984), der zusammen mit Georg Jellinek zur Gruppe der österreichischen Rechtspositivisten zählt, über das Verhältnis zwischen Rechtsordnung und Staat: »Ein derartiges Verhältnis von Staat und Recht, demzufolge der erstere das prius, das letztere das posterius ist, muss jedoch mit Entschiedenheit abgelehnt werden, da ein Staat ohne Recht ebenso wenig denkbar ist wie ein Recht ohne Staat und die historische Forschung die Anfänge des Rechts und der staatlichen Organisation nicht voneinander getrennt aufzeigen kann. Staat und Recht müssen zweifellos als zwei verschiedene Seiten derselben Tatsache betrachtet werden« (S. 406).

⁵ Hierzu wollte Heller (1983) die antimetaphysischen Positivistinnen kritisieren, die in Bezug auf die reine empirische Methode das Politische als unwissenschaftliche Wissenschaft zu isolieren versuchen. Obwohl sie doch notwendigerweise zu denjenigen Grundfragen Stellung nehmen müssten, die metaphysische Konstellation hätten. Zum Beispiel müssten sie sich entscheiden, ob sie den Menschen als vorwiegend gut oder böse, als vernünft-

(S. 70). Unter anderem schreibt Schmitt (1990): »Souverän ist, wer über den Ausnahmezustand entscheidet« (S. 11), weil der Souveränitätsanspruch dem Staat einen politischen Charakter verleiht.⁶ Schmitts Haltung zum Staat steht somit unter dem Vorbehalt, dass der Staat im Ausnahmezustand entscheidet, Ordnung schafft und eine Relation von Schutz und Ordnung stiftet. Weil für ihn der Staat nicht nur eine Justizorganisation sei, sei er etwas anderes als ein bloß neutraler Schiedsrichter oder Schlichter. Sein Wesen liege darin, dass er politische Entscheidungen treffe (Pünder, 2002).

Der Staat institutionalisiert daher nach Schmitt den politischen Willen. Im Gegensatz zur Staatsvorstellung von Jellinek und Kelsen sind das Staatliche und das Politische bei Schmitt nicht dasselbe, weil ersteres sich immer auf letzteres zurückberufen müsste. Die Staatslehre bei deutschen modernen Konservativen stellt insofern den neutralen Staat in Frage, weil der Staat als solcher den vorpolitischen Zustand, nämlich die Homogenität der Gesellschaft im existenziellen Sinne ignorieren will, wonach er sich im Endeffekt nur als Justizorganisation identifiziert (Habermas, 1999).⁷ Der vorpolitische Zustand entlarvt doch bei den modernen deutschen Konservativen das Wesen des Politischen. Hierbei heben die Konservativen die vorpolitischen Elemente, wie Sprache, Kultur, Religion usw. bei ihrer Staatslehre hervor,⁸ weil sie das Politische auf das Staatliche nicht reduzieren wollen.

3. CHOMEINIS POLITISCHE GEDANKEN IM KONTEXT VON SCHMITTS KONZEPTIONEN

3.1 DIE VOLLZIEHENDE GEWALT

3.1.1 DER IMAM ALS SOUVERÄN

Chomeini unterscheidet sich von anderen schiitischen Gelehrten der rationalen Schule, dass er die exekutive Gewalt für den schiitischen Klerus in Anspruch nimmt. Die meisten schiitischen Gelehrten der rationalen Schule beschränkten sich am Anfang des 20. Jahrhunderts nur darauf, dass die staatlich-säkulare Gesetzgebung durch den schiitischen Klerus überwacht werden soll, indem sie überprüft, ob die durch das Parlament zustande gekommenen Gesetze gegen die islamische Scharia verstoßen oder nicht. Diese Aufgabe wurde am Anfang in einer unstrukturierten Form durchgesetzt, welche dann bei der konstitutionellen Revolution 1907 im Iran strukturiert wurde, indem alle parlamentarischen Entscheidungen einer

tig oder triebhaft in der Politik handeln lassen wollten oder nicht.

⁶ Dabei ist zu bemerken, dass Hellers Denken wohl eher sozialistische als politisch-konservative Züge trägt. Im Gegensatz zu Schmitt ist er der Meinung, dass der Souverän innerhalb einer Ordnung existiert. Die Macht entstehe nämlich nicht dadurch, dass sie sich von kulturellen und natürlichen Lebensbedingungen, von denen sie geformt werde, loslöse, sondern indem sie sich ihrer bediene (Pomarici, 2010).

⁷ Schmitt plädiert zwar in der Weimarer Republik für den Staat als *pouvoir neutre*, wobei die Funktion der Neutralität dem Reichspräsidenten als Hüter der Verfassung zugeordnet ist (Schmitt, 1996), aber es geht dabei nicht darum, dass der Staat keine substanziellen Werte vertritt, sondern eben darum, dass durch die Neutralität die Werte als solche geschützt werden.

⁸ Dabei setzt Schmitt (1993a) in seiner politischen Philosophie die unterschiedlichen politischen Rechtsordnungen in der Welt voraus, weil die verschiedenen Völker den verschiedenen Denktypen zugeordnet seien, und insofern könne sich mit der Vorherrschaft eines bestimmten Denktypus eine geistige und damit politische Herrschaft über ein Volk verbinden. Im Gegensatz dazu ignoriere rein normativistisches Denken den vorpolitischen Zustand der Bevölkerung.

Kommission von fünf Gelehrten vorzulegen waren, die deren Vereinbarkeit mit den islamischen Gesetzen überprüfen sollten (Gronke, 2003). Dies bedeutet: Während das Parlament die religiösen Gesetze weder ändern noch bearbeiten darf, machten neue Bedingungen des gesellschaftlichen Lebens in dieser Hinsicht neue Gesetze notwendig. Diese Art von Gesetzen können, solange die religiösen Gesetze nicht verletzt würden, vom Parlament ratifiziert und zwar überarbeitet werden (Hairi, 1977). Die schiitischen Gelehrten hielten sich trotzdem von der Exekutive fern, weil sie jede Herrschaft während der Abwesenheit des zwölften Imams für illegitim hielten und sich nur mit einer konstitutionellen Herrschaft begnügten.

Chomeini revolutioniert diese Lehre, indem er schreibt: »Gesetze allein reichen für den Fortschritt und zum Erblühen einer Gesellschaft nicht aus. Damit sie auch wirklich dienlich und zum Wohle sind, bedarf es der Exekutive, der die Gesetze durchführenden Organe« (Chomeini, 2014, S. 27). Demzufolge plädiert Chomeini zum ersten Mal für die islamische Herrschaft im politischen Sinne, welche bisher bei Schiiten inakzeptabel war. Chomeini betrachtet den Propheten als einen Gesetzgeber, der ein Verwaltungssystem, nämlich die Exekutive schuf. D. h. dem Propheten wurden nicht nur die göttlichen Gesetze offenbart, sondern er stellte sich als Vollziehender derselben Gesetze den Gläubigen vor. Diese Konstellation geht über die sunnitische Vorstellung vom Propheten hinaus, worauf im Folgenden eingegangen wird.

Vor diesem Hintergrund kritisiert Chomeini die schiitischen Gelehrten, welche sich von der Exekutive ferngehalten haben. Hierbei schreibt Chomeini (2014) polemisch: »Seit der Abwesenheit des zwölften Imams bis heute, da nun inzwischen mehr als tausend Jahre vergangen sind und möglicherweise noch weitere tausend Jahre folgen, bis der Zeitpunkt des Wiedererscheinens Imam Mahdis (der zwölfte Imam) gekommen ist, sollten all diese Gebote des Islams zwar gegeben sein, jedoch in der Praxis unter den Tisch fallen und jeder soll tun können, was er will und wie ihm beliebt?! Also chaotische Zustände?!« (S. 30). Chomeini vertritt die These, dass die Bevölkerung nicht durch die gesetzgebende Gewalt, also die islamischen Gesetze, sondern durch die vollziehende Gewalt mobilisiert werde. Mit anderen Worten beruft er sich auf die *Imamatslehre* (die Herrschaft der Imame) im schiitischen Islam, durch die eine Ersatzinstitution für das Eingreifen Gottes eingesetzt worden ist, deren Aufgabe die Interpretation des Korans und der Sunna als Quelle der Gesetzgebung aufgrund der Weisheit des Imams ist. Hierzu schreibt Chomeini (2014):

Da islamisches Regieren ein Regieren gemäß dem Gesetz ist, ist es selbstredend notwendig, dass sich der Führende und Regierende im Gesetz bestens auskennt. Etwas, das auch diesbezüglichen Überlieferungen zu entnehmen ist. Und dies gilt nicht nur für den Führenden und Regierenden, sondern für alle, die in Amt und Verantwortung stehen – Kenntnisse über das Gesetz sind in jeder Stufe erforderlich. Aber der Führende muss darüber hinaus ganz besonders hervorragendes Wissen besitzen. Damit begründeten unsere Imame ihr Imamats. (S. 54)

Chomeini bezieht sich auf das besondere Wissen der Imame, welches den Kern der göttlichen Botschaft herauschälen könne. Die Imamatslehre spielt doch im sunnitischen Islam keine Rolle und demnach übermittelt der Prophet als Gesandter Gottes nur die göttliche Botschaft, während er sich in einem passiven Zustand befindet. Er ist nämlich nur insofern unfehlbar, als er dieselbe Botschaft vollkommen weitergibt. Darüber hinaus werden ihm keine anderen Aufgaben zugewiesen. Im Gegensatz dazu sind die zwölf Imame – Muhammad und dessen Tochter einschließend – nicht nur im klassischen Sinne unfehlbar; d. h. sie hätten die wahre Botschaft des Islams weitergegeben, sondern vielmehr geht es um die Auslegung des Korans, welche aufgrund ihres göttlichen Wissens die richtige Lesart von der Intention

Gottes bzw. des Propheten sei.⁹ Das Problem lag dennoch darin, dass die Schia nur den vierzehn Personen Unfehlbarkeit zugesteht. Dreizehn davon sind tot, einer sei verborgen. Alle übrigen Menschen also sind dem Irrtum unterworfen; niemand kann Unfehlbarkeit für sich beanspruchen. Demzufolge taucht die Frage auf: Wie will Chomeini aufgrund dieser Lehre eine islamische Herrschaft im schiitischen Sinne entwickeln, wenn kein unfehlbarer Imam präsent ist? Denn dieses Attribut, also die Unfehlbarkeit, umfasse nicht die schiitischen Rechtsgelehrten (Halm, 2005). Hierzu vertritt Chomeini die These, dass die Gelehrten zwar nicht die gleiche spirituelle Rangstufe des Gesandten Gottes und der heiligen Imame erreichen könnten, aber es gehe doch bei der Herrschaft nicht um die spirituelle Rangstufe, sondern um die Verantwortung und Durchsetzung der islamischen Gesetze (Chomeini, 2014). Mit anderen Worten reduziert sich der Unterschied zwischen den Gläubigen und den vierzehn Unfehlbaren bei Chomeini im Endeffekt nur auf die besondere spirituelle Rangstufe der heiligen Imame. Daraus folgt, dass der Imam als Souverän bei ihm während der Abwesenheit des verborgenen Imams seine spirituell-religiöse Rolle aufgibt, während er eine politische Rolle aufnimmt.¹⁰ Der Imam als Statthalter des Verborgenen Imams behält nämlich die grundlegende Rolle der vierzehn Unfehlbaren bei der politischen Entscheidung bei.

Chomeini entwickelt die Lehre der Statthalterschaft, um einen islamischen Staat im schiitischen Sinne konzipieren zu können. Es gebe zwei Arten der Statthalterschaft im schiitischen Islam: die formelle Statthalterschaft und die wesentliche Statthalterschaft. Während die Statthalterschaft im formellen Sinne die Machtausübung und die Verwaltung der Gesellschaft bedeute, gehe es bei der Statthalterschaft im wesentlichen Sinne um die universelle göttliche Herrschaft des Propheten und dessen zwölf Vertreter (Chomeini, 2014). Im quietistischen Schiismus waren die erste und zweite Art der Statthalterschaft dieselbe und insofern war Chomeini der Bahnbrecher einer neuen Lesart vom Schiismus, welcher die Imamslehre säkularisierte, indem die Herrschaft mittels der Souveränität des Imams nun dazu genutzt werde, die gerechte Ordnung des Islams zu verwirklichen. Dabei braucht er keine Unfehlbarkeit im theologischen Sinne, weil er nur als ein Statthalter das Recht verwirklichen will. Die Herrschaft als solche hat in der traditionellen Schia kein Vorbild; es ist eine revolutionäre Neuerung. Chomeini habe durch die Volksabstimmung über die Verfassung der islamischen Republik Iran eine Art *plebiszitäres de-facto-Imamat* bestätigen lassen (Halm, 2005), wonach die Herrschaft des heiligen Imams sich in die des säkularen Statthalters ausgebildet hat.

3.1.2 DAS STAATSOBERHAUPT ALS SOUVERÄN

Schmitt setzt den Parlamentarismus, der auf dem Mehrheitsprinzip basiert, der Demokratie entgegen, indem er einen Unterschied zwischen konstitutioneller Demokratie und reiner Demokratie trifft. Die reine Demokratie sei eine unmittelbare Demokratie, an deren Stelle eine normierte Zuständigkeit trete (Schmitt, 1993b; Schmitt, 1991a). Schmitt sieht nämlich einen Unterschied zwischen der ordentlichen Zuständigkeit und dem Volkswillen. Hierzu schreibt er: »Das Volk kann aber keine ordentlichen Zuständigkeiten ausüben, ohne

⁹ Die Offenbarung, obwohl sie historisch abgeschlossen ist, sei aufgrund der Imamslehre noch offen. Hier sei der theologischen Meditation eine echte Möglichkeit gegeben, über das bereits Geoffenbarte hinauszugehen. Nicht die Vergangenheit sei somit endgültiger Zielpunkt theologischen Denkens, sondern dieses vermöge sich auf eine offene Zukunft hin auszurichten (Antes, 1971).

¹⁰ Hierzu ist bemerkenswert, dass Chomeini als Staatsoberhaupt des Iran zum ersten Mal in der Geschichte des Schiismus den Titel Imam bekommen hat, womit die zwölf heiligen schiitischen Imame bisher der schiitischen Theologie nach betitelt worden waren.

aufzuhören, Volk zu sein« (Schmitt, 1993b, S. 259). Mit anderen Worten will Schmitt die Rolle des Volkswillens über das Rechtsverfahren hinaus als gesetzgebende Gewalt hervorheben. Während er den Parlamentarismus als Symbol der ordentlichen Zuständigkeit darstellt, bringt er die Demokratie als Symbol des Volkswillens zum Ausdruck.

Das Parlament diene nicht der Gerechtigkeit im materiellen Sinne, sondern einer positivistischen Voraussehbarkeit (Schmitt, 1988). D. h. die Legitimität der durch das Parlament zustande gekommenen Gesetze beruht auf dem Mehrheitsprinzip, während die Gesetze als solche nicht das Volk im konkreten Sinne vertreten. Bevor die Menschen sich nämlich in der aus der Rechtsordnung entstehenden normativen Ordnung befinden, leben sie laut Schmitt in einer konkreten Ordnung, welche deren Kultur, Nationalität und Religion ausdrückt (Schmitt, 1993a). Der Parlamentarismus ignoriere eben die Ordnung als solche, weil er nur quantitativ auf dem Mehrheitsprinzip basiere. Demzufolge führt Schmitt einen Unterschied zwischen Rechtsstaat und Gesetzesstaat ein. D. h. der Rechtsstaat als eine Instanz, welche die konkrete Ordnung institutionalisieren soll, verwandelt sich aufgrund des parlamentarischen Systems in einen auf dem Mehrheitsprinzip basierenden indifferenten Gesetzesstaat (Schmitt, 1995). Schmitt ist somit überzeugt, dass der moderne Rechtsstaat, welchem die Berechenbarkeit zugrunde liegt, nicht im eigentlichen Sinne Rechtsstaat, sondern Gesetzesstaat ist. Vor allem spiegle der Gesetzesstaat als solcher die Interessen der Individuen wider, während er jeder Art kollektiver Weltanschauung entgehe. Insofern gibt es Schmitt zufolge zwei unterschiedliche Definitionen vom Gesetz; und zwar zum einen den formellen Gesetzesbegriff, woraus sich diese Definition ergibt: Gesetz sei das, was von den für die Gesetzgebung zuständigen Stellen in dem für die Gesetzgebung vorgeschriebenen Verfahren vorgenommen werde. Und es gebe zum anderen den politischen Gesetzesbegriff, der Inbegriff der konkret existierenden Volkssouveränität sei, welcher über dasselbe vorgeschriebene Verfahren der Gesetzgebung, also das Parlament, hinausgehe (Schmitt, 1993b).

Schmitt argumentiert gegen den hobbeschen Staat, indem er einen Unterschied zwischen Rechtstheorie und Machttheorie trifft. Wenn man nach dem Grund des Rechts und nach dem Recht des Rechts frage, werde man aufgrund der Machttheorie mit der Macht konfrontiert. Von der Machttheorie wird laut Schmitt das Recht als Resultat einer bestimmten Verteilung sozialer Kräfte aufgefasst (Schmitt, 2004). Genauer gesagt, will Schmitt daran festhalten, dass die Machttheorie sich einem spezifischen Inhalt des Rechts entzieht. In diesem Zusammenhang enthält jede Berufung auf ein Recht den Hinweis auf eine Macht und die Argumente, mit denen ein Recht artikuliert wird, sind sublimierte Berechnungen der Möglichkeit, sich durchzusetzen. Das Recht ordnet sich laut Schmitt im Sachgebiet der Machttheorie der Kausalität, d. h. dem positiven Recht unter. Hierbei schreibt er: »[...] wird das Recht betrachtet als etwas, das einmal da ist, so unterliegt es dem Gesetze der Kausalität wie alles, was da ist« (Schmitt, 2004, S. 25). Insofern ist Parlamentarismus der Inbegriff der Machttheorie, weil die Rechtsordnung als solche sich nur auf die Autorität der Mehrheit beruft. Im Gegensatz dazu beruft sich die Rechtstheorie, so Schmitt, nicht auf eine Autorität, woraus dann Recht entsteht, sondern das Recht artikuliert sich aus sich selbst heraus. Hierzu stellt Schmitt (2004) fest, dass »ein Hinweis auf die Meinung der meisten, der anständig und billig denkenden Menschen«, »für die Rechtstheorie [...] eine Bezugnahme auf etwas« bedeute, »das nicht aus eigener Autorität gilt, sondern nur einen Inhalt bezeichnet, der dem entspricht, was sein soll« (S. 25). Sie gelten nämlich auch dann, wenn die meisten Menschen anderer Ansicht sind. Insofern geht Schmitt von einem substantiellen Inhalt aus, der sich unabhängig von der Zustimmung der Mehrheit, in einem quasi theologischen Sinne artikuliert.

Schmitt habe hierbei auf das Problem der Rechtsgeltung mit einem politisch-theologischen Begründungsrekurs geantwortet (Mehring, 2004). Schmitt befürwortet eine Rechts-

theorie, in der das Recht dem Mehrheitsprinzip entgeht. Hierbei hält Schmitt daran fest, dass das Recht eine Norm ist, indem es nicht aus der Außenwelt ableitbar ist. D. h. das Recht als reine, wertende, aus Tatsachen nicht zu rechtfertigende Norm geht, so Schmitt, politisch gesehen, dem als Macht erscheinenden Staat logisch vor (Hofmann, 2010). Vor diesem Hintergrund bezeichnet Schmitt den Staat im theologischen Sinne als Rechtssubjekt, der die Norm als solche in der Öffentlichkeit verwirklicht. Insofern tritt der Staat als Mittler des Rechts in der Welt zutage. Hierzu schreibt Schmitt (2004):

Dadurch aber, dass der Staat die Verbindung herstellt zwischen dem Recht und der empirischen Welt, fließt in die durch den Staat proklamierte Rechtsnorm, die durch den Staat als Medium hindurchgegangen ist und so eine spezifische Modifikation erlitten hat, ein Moment des Empirischen mit ein¹¹. (S. 75)

Jeder Rechtsstaat institutionalisiere somit den Konnex von Macht und Recht. Nur als Mittel des Rechts sei Macht legitim (Mehring, 2009). Insofern kann das Parlament das Recht nicht aus dem Mehrheitsprinzip ableiten, weil die Gesetzgebung demselben Recht untergeordnet sei. Demzufolge erhebt sich der Staat als Mittler des Rechts über das Gesetzgebungsverfahren, weil er als Statthalter das Recht verwirklichen bzw. schützen will. Wenn Schmitt schreibt: »Souverän ist, wer über den Ausnahmezustand entscheidet« (Schmitt, 1990, S. 11), bedeutet es daher, Maßnahmen über die bestehenden Gesetze hinaus zu beschließen, um damit die Existenz des Staates, nämlich das Recht, zu schützen.

3.2 DIE MACHTSPHÄRE DES RECHTSSTAATES

3.2.1 DIE SCHIITISCHE VERFASSUNG UND MESSIANISCHER EINSATZ

Die Verfassung der islamischen Republik setzt voraus: Während der Zeit der Abwesenheit des Verborgenen Imams soll ein Rechtsgelehrter die politische Führung der Gesellschaft übernehmen.¹² Der oberste Rechtsgelehrte wird durch den vom iranischen Volk gewählten Expertenrat ernannt, welcher aus den islamischen Gelehrten besteht, während der Präsident und die Parlamentsabgeordneten hingegen nach den Artikeln 62 und 144 direkt durch das Volk gewählt werden (Verfassung der I.R. Iran, 2007).¹³ In diesem Zusammenhang taucht diese Frage auf, wer eigentlich der Souverän in der islamischen Republik ist. Mit anderen Worten, während die iranische Verfassung republikanische Elemente beinhaltet, basiert sie dennoch auf den theokratischen Prinzipien, welche die Basis der Revolution von 1979 im Iran sind.

¹¹ Der Staat verleiht dem Recht die Macht; er ist Subjekt des Rechts, indem er es ausspricht. Er ist höchste Gewalt, weil er vom Recht ausgeht. Der Wert des Staates ergibt sich, so Christoph Gusy (1987), demnach aus seiner Verwurzelung im Recht. Dies sei unabhängig davon, inwieweit er die rechtlichen Gebote selbst erkennt und unverfälscht zum Ausdruck bringe.

¹² Vgl. dazu Artikel 5 der Verfassung der islamischen Republik Iran (2007): »In der islamischen Republik Iran steht während der Abwesenheit des verborgenen 12. Imams – möge Gott sein Erscheinen beschleunigen – das Imamat und die Führungsbefugnis in den Angelegenheiten der islamischen Gemeinschaft dem gerechten, gottesfürchtigen, über die Erfordernisse der Zeit informierten, tapferen, zur Führung befähigten Rechtsgelehrten zu, der die Verantwortungen dieses Amtes gemäß Artikel 107 übernimmt« (S. 22).

¹³ Um die Widersprüche zwischen den Beschlüssen des Parlaments und den islamischen Vorschriften zu verhindern, wird ein Wächterrat nach dem Artikel 91 zur Beratung eingeführt, welcher aus sechs islamischen Gelehrten und sechs Juristen besteht (Verfassung der I.R. Iran, 2007).

Wem die Rolle des Souveräns zukommt, ist die Frage nach der Legitimität politischer Herrschaft in der islamischen Republik Iran. Der schiitische Rechtsgelehrte ist Chomeini zufolge, wie gesagt, während der Abwesenheit des Verborgenen Imams als dessen Vertreter allein mit göttlicher Legitimität ausgestattet. Insofern wurde die Souveränität in der Verfassung der islamischen Republik Iran (2007) nach dem Artikel 56 allein Gott, d. h. dem obersten Rechtsgelehrten zugeschrieben. Der Staat wird demnach durch die Herrschaft des obersten Rechtsgelehrten legitimiert, wenngleich er durch das iranische Volk republikanisch legalisiert wird. D. h. es gehört die Legitimität Gott, dessen Herrschaft durch das Prinzip der Imamatslehre sichtbar geworden ist. Der ernannte Oberste Rechtsgelehrte soll somit Chomeini zufolge mit den gleichen Rechten und Befugnissen ausgestattet sein, wie der Prophet und die Imame als dessen Nachfolger, obgleich er niemals deren Weisheit und Tugendhaftigkeit erreichen könne. Hierbei schreibt Chomeini (2014):

Die Fuqaha (die schiitischen Gelehrten) sind zwar keine Propheten, fungieren aber als deren Statthalter bzw. Stellvertreter. Das heißt somit, dass der gerechte Faqih (der schiitische Gelehrte) Stellvertreter des Propheten ist und zudem in der Zeit der Großen Verborgenheit »Imam-ul-Muslimien«, Führender der islamischen Gesellschaft. Ihm obliegt das Amt des Richters. Niemand außer ihm ist befugt, Recht zu sprechen und zu richten. (S. 92)

Die Rolle des Obersten Rechtsgelehrten ging jedoch aufgrund Chomeinis Direktive vom 7. Januar 1988 über das Amt des Richters hinaus, wobei seine neue Rolle durchgängig eine politische Struktur aufnahm. Nach dieser Direktive sei die islamische Herrschaft ein so hochwertiges Rechtsgut, dass zu ihrer Erhaltung auch sonstige wichtige islamische Vorschriften im Notfall zurücktreten müssten (Tellenbach, 1990). Der entscheidende Satz dieser von Chomeini herausgegebenen Direktive als islamisches Gutachten lautet: »Die Regierung, die ein Zweig der absoluten Statthalterschaft des Propheten Gottes ist, gehört zu den primären Bestimmungen des Islam und ist all den Bestimmungen, die den Zweigen zugerechnet werden, selbst dem Gebet, dem Fasten und der Pilgerfahrt, vorangestellt« (Reissner, 1988, S. 214). Anschließend ist zu bemerken, dass die traditionellen schiitisch-islamischen Gutachten lediglich die private Lehrmeinung eines Rechtsexperten seien, der ein anderer Experte ohne weiteres widersprechen könne und insofern sei keiner der Gläubigen verpflichtet, sich an ein bestimmtes Rechtsgutachten zu halten. Solche Unverbindlichkeit haben laut Heinz Halm (2005) die Direktiven des geistlichen Führers nicht; sie beanspruchen absoluten Gehorsam. Vor diesem Hintergrund ist der Souverän Chomeini zufolge derjenige, der im Ausnahmezustand aufgrund der Direktive vom 7. Januar 1988 zum Schutz des Staates entscheiden soll, wonach der Verstoß gegen die einzelnen islamischen Gesetze legitim ist. Diese Befugnis steht weder dem Präsidenten noch dem Parlament zu Verfügung, sondern nur dem obersten Rechtsgelehrten.¹⁴

Nach allgemeinen – besonders sunnitischen – Überlieferungen habe der elfte Imam bei seinem frühen Tod keinen männlichen Nachkommen hinterlassen. Die ältesten schiitischen Quellen laut Halm (2005) bezeugen, dass das offenkundige Aussterben der Hauptlinie der

¹⁴ Im Rahmen der Verfassung wurde zur politischen und staatsrechtlichen Bedeutung der Direktive Imam Chomeinis vom 7. Januar der Schlichtungsrat als Konkretisierung der Direktive eingesetzt. Im Falle unaufhebbarer Differenzen bei der Gesetzgebung zwischen Parlament und Wächterrath entscheidet der Schlichtungsrat, was im Interesse des Staates ist. Hierbei werden die Mitglieder des Schlichtungsrats direkt vom obersten Rechtsgelehrten ernannt (Reissner, 1988).

Imame die schiitischen Gemeinden in eine schwere Krise stürzte. Hierbei lautete die Hauptfrage, wer denn nun als Imam an der Spitze der Gesellschaft stehe. Die schiitische Tradition bezeichnete diese Etappe ihrer Geschichte als die Periode der Verwirrung. Eine der schiitischen Gruppen behauptete von Anfang an, der elfte Imam sei keineswegs kinderlos gestorben, sondern habe einen kleinen Sohn Namens Mahdi gehabt, der 896 geboren, von seinem Vater aber versteckt worden sei, um ihn dem Zugriff des feindlichen Kalifen zu entziehen. Nach dieser Lehre, die sich dann in den schiitischen Kreisen durchgesetzt hat, halte sich der zwölfte Imam irgendwo auf der Erde verborgen, doch eines Tages werde er innerhalb eines messianischen Einsatzes wiedererscheinen, um die legitime Herrschaft seines Hauses geltend zu machen¹⁵, indem er den Daggal (der Betrüger; in Anlehnung an die christliche Eschatologie auch oft Antichrist genannt) bekämpft (Ourghi, 2008).

Im quietistischen Schiismus bezog sich die Eschatologie auf das tatenlose Warten auf die Wiederkunft des zwölften Imams. Das Hervortreten des Imams wird dann beschleunigt, wenn die Welt in die absolute Dunkelheit und zwar in die Gottlosigkeit gerät (Ourghi, 2008). Dasselbe tatenlose Warten führt Chomeini zufolge notwendigerweise ins Chaos; das Reich der Gerechtigkeit müsse daher durch die stellvertretende Regierung des Experten vorweggenommen werden (Chomeini, 2014). D. h. das gottergebene Warten auf die Wiederkehr des Verborgenen Imams soll durch die revolutionäre Tat ersetzt werden. Daraus ist zu folgern, dass die Wiederkunft des Verborgenen Imams im Endeffekt aufgrund der Herrschaft des obersten Rechtsgelehrten aufgehalten wird, weil der Vertreter des Verborgenen Imams dem Weltuntergang entgegenwirken würde. Mit diesem neuen Prinzip hat Chomeini die traditionelle Schia revolutioniert: Die Anerkennung des Obersten Rechtsgelehrten als Vertreter des Verborgenen Imams wird der islamischen Verfassung nach im Iran nun im Dienste der Revolution institutionalisiert und zwar säkularisiert.

Die Statthalterschaft des Verborgenen Imams wird somit durch einen persischen Imam nunmehr in Teheran verwirklicht, während er ebenso wie die vierzehn unfehlbaren Figuren im schiitischen Islam die Befugnis zur Entscheidung hat. Demzufolge sei die islamische Republik Iran von den Anhängern Chomeinis als *Um al-Qura* bezeichnet worden. *Um al-Qura* sei ein Beinamen von Mekka und bedeute Mutter der Dörfer, womit die Zentralisierung Irans wie – einst Mekka – im islamischen Raum bezeichnet werden solle (Ibrahim, 2004). Hierbei richtet sich *Um al-Qura* vor allem gegen die imperialistisch-kommunistischen Weltanschauungen, welche den islamischen Raum Chomeini zufolge schwächen wollen (Chomeini, 2014). Nach dieser Theorie wird die Bedeutung der Direktive vom 7. Januar beleuchtet: Da Iran als *Um al-Qura*, nämlich als Achse der islamischen Welt angeordnet wird, ist die Existenz des iranischen Staates den einzelnen islamischen Gesetzen vorzuziehen.

3.2.2 DAS LEGITIMATIONSPROBLEM UND DER KATECHON

Schmitt führt einen Unterschied zwischen dem Gesetz im formalen Sinne und dem Gesetz im materiellen Sinne ein. Wenn Schmitt vom Gesetz im materiellen Sinne spricht, meint er damit ein Gesetz, das sich auf einen spezifischen Inhalt berufen wolle. Man kann nicht das Gesetz als solches im Gegensatz zum Gesetz im formalen Sinne mit der jeweiligen Abstimmung abschaffen. Hingegen bezieht sich Gesetz im formalen Sinne auf ein Verfahren,

¹⁵ Es ist bemerkenswert, dass ein zentraler Bestandteil der schiitischen Lehre der Glaube an die Wiederkehr des Verborgenen Imams zusammen mit Jesus als Retter der Menschheit sei (Ourghi, 2008). D. h. Schiiten erkennen Jesus als Christus an, während sie ihn als Gottes Gesandten und nicht Sohn Gottes wahrnehmen.

das sich dem festen Inhalt entzieht. In einem solchen Staatswesen, welches sich nur auf das Gesetz im formalen Sinne berufe, sei doch ein rein formaler, von jedem Inhalt unabhängiger Gesetzesbegriff evident. Mit andern Worten, wenn man von der Inhaltslosigkeit der bloßen Mehrheitsstatistik, nämlich der 51-prozentigen Mehrheit ausgehen will, kann man dann keinen Unterschied von Recht und Unrecht treffen. Denn das Recht lässt sich, wie gesagt, laut Schmitt nicht durch die jeweiligen Mehrheiten definieren. Hierbei schreibt Schmitt (1988): »Gesetz im materiellen Sinne ist Rechtsnorm oder Rechtssatz, eine Bestimmung dessen, was rechtens sein soll für jedermann. Man hielt daran fest, dass das Gesetz im formellen Sinne normalerweise einen Rechtssatz im materiellen Sinne enthalte und von einem beliebigen Befehl zu unterscheiden sei« (S. 25).

Was Schmitt unter dem Gesetz im materiellen Sinne versteht, ist das Gesetz als Eingriff in Freiheit und Eigentum des Staatsbürgers (Schmitt, 1988). Also gibt es materiell-rechtliche Normen, die über die jeweilige Abstimmung hinausgehen und sich nicht dem formalen Gesetzgebungsverfahren unterwerfen lassen. Hierbei bezieht sich Schmitt auf den zweiten Hauptteil der Weimarer Verfassung als Symbol der materiellen Gesetzlichkeit. Die Weimarer Verfassung sei zwischen der Wertneutralität ihres ersten und der Wertfülle ihres zweiten Hauptteils buchstäblich gespalten (Schmitt, 1988). Hierbei weist Schmitt vor allem auf den Art. 48, Abs. 2 der Weimarer Republik hin. Dieser Artikel befasst sich mit einer außerordentlichen Situation, die die Stabilität des Landes in Frage stellt. In dieser außerordentlichen Situation steht es der Regierung zur Verfügung, dass sie Maßnahmen über die bestehenden Gesetze hinaus beschließen darf, um das politische System vor der Beseitigung zu schützen.¹⁶ Indem der Souverän als eine über den differierenden Meinungen stehende, starke politische Macht zum Schutz der Gesetze im materiellen Sinn bewahrt die Verfassung vor dem Zerfall im Ausnahmezustand.

Schmitt erweitert u. a. die Macht des Souveräns mit Bezug auf die Eschatologie im Katholizismus. Eine der rätselhaftesten Stellen des Neuen Testaments sei ohne Zweifel das Paulus-Wort über den *Katechon* im zweiten Brief an die Thessalonicher, für den sich im Verlauf der Jahrhunderte eine Fülle von Deutungen ergeben habe (Grossheutschi, 1996). Hintergrund des *Katechon* sei die Lehre von Paulus an die Thessalonicher, dass der Tag, an dem der Herr komme, also das Jüngste Gericht der Christen, nicht unmittelbar bevorstehe. Bevor die Apokalypse bzw. das Ende der Geschichte komme, müsse der Feind Gottes auftreten, der alles Böse in sich vereinige. Es werde ein Mensch sein, der sich in radikalster Weise gegen Gott wende und der auch nicht davor zurückschrecke, sich selbst als Gott anbeten zu lassen. Dies könne nicht geschehen, solange der Feind Gottes aufgehalten werde (Grossheutschi, 1996). Insofern bleibt der Herr solange im Verborgenen, als es den Aufhalter bzw. den

¹⁶ Schmitt macht den Reichspräsidenten als eine neutrale, vermittelnde, regulierende und bewahrende Gewalt zum Mittelpunkt eines Systems plebiszitärer wie auch parteipolitisch neutraler Einrichtungen und Befugnisse und versucht bei der geltenden Reichsverfassung gerade aus den demokratischen Prinzipien heraus ein Gegengewicht gegen den Pluralismus sozialer und wirtschaftlicher Machtgruppen zu bilden und die Einheit des Volkes als eines politischen Ganzen zu wahren: »Die Meinungsverschiedenheiten und Differenzen zwischen den Trägern politischer Entscheidungs- oder Einflussrechte lassen sich, wenn nicht gerade offene Verfassungsverletzungen geahndet werden sollen, im allgemeinen nicht justizförmig entscheiden. Sie werden entweder durch eine über den differierenden Meinungen stehende, stärkere politische Macht von oben, also durch einen höheren Dritten beseitigt – das wäre dann aber nicht der Hüter der Verfassung, sondern der souveräne Herr des Staates; oder sie werden vermittelt einer nicht über-, sondern nebengeordneten Stelle beigelegt oder ausgetragen, also durch einen neutralen Dritten« (Schmitt, 1996, S. 132). Hierbei setzt Schmitt alle seine Hoffnungen auf den Reichspräsidenten von Hindenburg in der Weimarer Republik (Pünder, 2002).

Katechon gibt.¹⁷ Schmitt datiert im Glossarium seine Bekanntschaft mit dieser Lehre in das Jahr 1932 (Eintragung vom 11. Januar 48). Hierbei schreibt er: »Ich glaube an den *Katechon*; er ist für mich die einzige Möglichkeit, als Christ Geschichte zu verstehen und sinnvoll zu finden«¹⁸ (Schmitt, 1991b, S. 63).

Schmitt als ein Katholik versucht die Lehre vom *Katechon* wieder im Zeitalter der Entpolitisierung zu rekonstruieren. Der *Katechon* ist bei Schmitt daran zu erkennen, dass er die Welteinheit nicht erstrebt, weil die Einheit der Welt das Ende der Welt bedeutet, was die Entstehung des Antichrists zur Folge hat. Mit anderen Worten ist der *Katechon* bei Schmitt insofern bemerkenswert, als diese Lehre das Ende der Welt, d. h. die Entstehung des Antichrists aufhalten kann. Schmitt will somit den *Katechon* als Aufhalter des Politischen, welches sich durch die Freund-Feind-Gruppierung identifizieren lässt, verstehen. Hierzu ist zu bemerken, dass Schmitt die Welteinheit und zwar das Ende der Welt, als nihilistische Zentralisierung bezeichnet, die zur Zerstörung des Rechts führt (Schmitt, 1997).¹⁹ In diesem Zusammenhang stellt Schmitt (2005) u. a. die Frage, »ob man recht daran tut, den Dingen dieser Welt ihren Lauf zu lassen, weil die Welt morgen oder in Millionen Jahren untergeht« (S. 445). Schmitt argumentiert für die Sichtbarkeit der Kirche, die sich von der unmittelbaren Spiritualität abhalten und das Reich der Mittelbarkeit zwischen Gott und der irdischen Welt konstruieren will (Schmitt, 2005), weil nur die sichtbare Kirche dem Weltuntergang entgegenzutreten könne.

Dieser Lehre nach geht Schmitt nicht mehr vom Staat aus, sondern vom Reich. D. h. der Souverän erweitert als Aufhalter seine Macht über die Grenze des deutschen Staates hinweg. Hierbei bringt Schmitt (1997) vor: »Reich bedeutet hier die geschichtliche Macht, die das Erscheinen des Antichrists und das Ende des gegenwärtigen Äon aufzuhalten vermag« (S. 29). Insofern schreibt Schmitt dem Reich die Rolle des Aufhalters zu, welche das Auftauchen des Antichrists zu verhindern vorhat. In diesem Zusammenhang entwickelt Schmitt seine Großraumtheorie, wonach der Großraum dem Reich als Aufhalter einen politischen Raum verschafft, in dem er dem Antichrist entgegentritt.²⁰ Schmitt richtet sich hier u. a. gegen die imperialistisch-kommunistischen Weltanschauungen als Inbegriff des Antichrists (Schmitt, 2002).

* * *

¹⁷ Hierbei habe das Imperium Romanum bisher die Rolle des Aufhalters gespielt, indem dieses heilige Reich das Auftauchen des Antichrists verhindert habe. Anderenfalls hätte der Antichrist auftauchen müssen und es wäre die Welt untergegangen. Das Römische Reich bedeutet hier für Schmitt »die geschichtliche Macht, die das Erscheinen des Antichrists und das Ende des gegenwärtigen Äon aufzuhalten vermag« (Schmitt, 1997, S. 29).

¹⁸ Hierzu schreibt Claus Heimes (2009): »Mit der Lehre vom *Katechon* gewinnt Schmitts Werk an christlich-apokalyptischem Charakter. Er öffnet mit dieser Figur das Feld der innerweltlichen Politik zum Transzendenten, bindet sie ein in einen großen Rahmen christlicher Geschichtsphilosophie und schließt somit die Politik an einen Erlösungsprozess christlichen Entwurfs an« (S. 68).

¹⁹ In diesem Zusammenhang schreibt William Rasch (2003): »Der *Katechon*, als Figur des Politischen, weist das Versprechen der Parusie zurück und schützt die Gemeinschaft sowohl vor der gefährlichen Illusion letztgültiger Vollkommenheit wie auch vor derjenigen eines absoluten Bösen« (S. 53).

²⁰ Mit der Großraumordnung sei allerdings ein über das Staatsgebiet weit hinausgehender Raum bezeichnet, also ein Großraum im völkerrechtlichen Sinne des Wortes (Schmitt, 1997).

FAZIT

Die islamische Republik Iran wird immer mit der islamischen Herrschaft im allgemeinen Sinne verwechselt. Nicht jede Herrschaft kristallisiert jedoch automatisch eine staatliche Konstellation. Der Staat kodifiziert das Rechtsverfahren innerhalb eines Territoriums, während der Souverän in konservativer Lesart dasselbe Rechtsverfahren ermächtigt, um sich in der Öffentlichkeit zu artikulieren, indem er im Ausnahmezustand entscheidet.

Im schiitischen Islam gibt es einen Souverän, durch dessen Willen die Gesetzgebung, nämlich die Scharia autorisiert bzw. suspendiert wird. Dies unterscheidet grundlegend die schiitische Theologie von der sunnitischen, welche keine Ersatzinstitution für das Eingreifen Gottes anerkennt. Der Staat als Inbegriff der Souveränität soll sich über die theologisch fragmentierten Autoritäten erheben, weil er das Rechtsverfahren im politischen Sinne legitimieren soll. Vor diesem Hintergrund rekonstruiert Ayatollah Chomeini den Schiismus in der Gestalt einer Staatslehre, deren Blick nicht auf die überkommenen globalen Ansprüche im islamischen Mittelalter, sondern auf die Ermächtigung des Irans als der Achse des islamischen Raums gerichtet ist. Hierbei ist ein Vergleich zwischen Carl Schmitts und Ayatollah Chomeinis politischen Gedanken bemerkenswert, weil beide sich mit demselben Problem, nämlich dem Souveränitätsverlust in zwei unterschiedlichen Kontexten auseinandergesetzt haben.

Das Recht, von dem Schmitt und Chomeini ausgehen, greift der Macht als Resultat einer bestimmten Verteilung sozialer Kräfte voraus. Wenn man nämlich davon ausgeht, dass eine Norm gut und richtig ist, hat es nichts mit den Interessen der aufsummierten einzelnen Menschen zu tun, weil das Recht als Norm über den Machtbeziehungen steht. Insofern ist der Staat nur ein Mittler des Rechts, der die rechtlichen Gebote durchsetzen soll. Chomeini und Schmitt plädieren für einen Staat, dessen Legitimationsquelle über fiktive Justizförmigkeit, seien es islamische Gesetze, seien es positive Gesetze, hinausgreift. Während bei Chomeini die Herrschaft des obersten Rechtsgelehrten aufgrund der islamisch-schiitischen Werte die Quelle der Legitimation in der islamischen Republik Iran ist, bezieht sich Schmitt auf die Rolle des Staatsoberhauptes, nämlich den Reichspräsidenten in der Weimarer Verfassung, welcher die substanziellen Werte der Verfassung vor dem Mehrheitsprinzip im Notfall bewahren sollte. Hierbei ging er u. a. im NS-Regime von der konkreten Ordnung als Quelle der Legitimation aus, die der normativen Ordnung gegenübersteht. Schmitt und Chomeini wollen somit eine quasi theologische Aufgabe dem Staat auferlegen, womit er sich über die Gesetzgebungsmacht erheben könnte. Der Oberste Rechtsgelehrte als Imam ist ebenso bei Chomeini der Mittler des Rechtes, wie das Staatsoberhaupt als Souverän bei Schmitt der Mittler des Rechtes sein sollte. Während Chomeini daran festhält, dass die islamischen Gesetze, also die Scharia durch die exekutive Gewalt, nämlich die Entscheidung des Imams im politischen Sinne autorisiert werden, bezieht sich Schmitt über das Rechtsverfahren hinaus auf den politischen Gesetzesbegriff, wonach die exekutive Gewalt die einzelnen Gesetze zu deren Durchsetzung in der Öffentlichkeit ermächtigt, indem der Souverän im Ausnahmezustand politische Maßnahmen verhängen soll. Diese Konstellation schaltet m. E. einen Weg frei, in dem die Scharia und u. a. die positiven einzelnen Gesetze je nach den Bedürfnissen reformiert werden.

Schmitt und Chomeini konzipieren das Politische u. a. im Bereich der Eschatologie, damit sie die Rolle des deutschen bzw. iranischen Staates erweitern können, während beide die passive messianische Erwartung durch das politische Engagement im konstitutionellen Sinne ersetzen bzw. sichtbar machen wollen. Der Antichrist verkörpert sich bei ihnen in den imperialistisch-kommunistischen Ideologien. Um diese das Politische zerstörenden Ideologi-

en zu entkräften, nehmen sie in Anspruch, dass die staatliche Souveränität sich innerhalb des jeweiligen geopolitischen Raums als Reich bzw. *Um al-Qura* entwickeln dürfe. Demzufolge identifizieren die Interessen des Reiches bzw. der *Um al-Qura* über deren Grenzen hinaus.

Zum Schluss ist zu bemerken, dass Schmitt nicht ebenso sehr theologisch wie Chomeini argumentiert, weil er als Staatsrechtler sich insofern für die Theologie interessiert, als sie einen Beitrag zum Verständnis der Souveränität des Staates leistet. Obgleich Chomeini als ein Rechtsgelehrter an den schiitischen Mythos denkt, führt seine Lesart vom schiitischen Islam im Endeffekt zu einer modernen konservativen Staatslehre, deren Konsequenz die Mobilisierung der iranischen Bevölkerung unter einem legitimen Souverän ist.

BIBLIOGRAPHIE

- Antes, P. (1971). *Zur Theologie der Schia. Eine Untersuchung des Gami al-asrar wa-maba al-Anwar von Sayyid Haidar Amoli*. Freiburg: Klaus Schwarz Verlag.
- Antes, P. (1991). *Der Islam als politischer Faktor*. Bonn: Bundeszentrale für politische Bildung.
- Buchta, W. (2004). *Schiiten*. Kreuzlingen: Hugendubel.
- Gronke, M. (2003). *Geschichte Irans. von der Islamisierung bis zur Gegenwart*. München: Verlag C. H. Beck.
- Grossheutschi, F. (1996). *Carl Schmitt und die Lehre vom Katechon*. Berlin: Duncker & Humblot.
- Gusy, C. (1987). *Legitimität im demokratischen Pluralismus*. Stuttgart: Franz Steiner Verlag.
- Habermas, J. (1999). *Die Einbeziehung des Anderen. Studien zur politischen Theorie*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Hairi, A. (1977). *Shiism and constitutionalism in Iran. A Study of the Role Played by the Persian Residents of Iraq in Iranian Politics*. Leiden: E. J. Brill.
- Chomeini, S. R. (2014). *Der islamische Staat*. Bremen: Eslamica.
- Halm, H. (2005). *Die Schiiten*. München: C.H.Beck.
- Heimes, C. (2009). *Politik und Transzendenz. Ordnungsdenken bei Carl Schmitt und Eric Voegelin*. Berlin: Drucker & Humblot.
- Heine, P. (2006). Was Schiiten und Sunniten unterscheidet. *Herder-Korrespondenz: Monatshefte für Gesellschaft und Religion*, 60, S. 505-510.
- Heller, H. (1983). *Staatslehre*. Tübingen: J.C.B. Mohr.
- Hofmann, H. (2010). *Legitimität gegen Legalität. Der Weg der politischen Philosophie Carl Schmitts*. Berlin: Duncker & Humblot.
- Ibrahim, F. (23. Februar 2004). Iran und die arabische Welt. Aus Politik und Zeitgeschichte. *Bundeszentrale für politische Bildung*, 9, S. 29-47.
- Jellinek, G. (1960). *Allgemeine Staatslehre*. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.

- Krämer, G. (2005). *Geschichte des Islam*. München: Verlag C. H. Beck.
- Konzelmann, G. (1991). *Allahs Schwert. der Aufbruch der Schiiten*. München: Deutscher Taschenbuch Verlag.
- Kelsen, H. (1984). *Hauptproblem der Staatsrechtslehre: entwickelt aus der Lehre vom Rechtssatze*. Aalen: Scientia Verlag.
- Mehring, R. (2004). Macht im Recht. Carl Schmitts Rechtsbegriff in seiner Entwicklung. *Der Staat*, 43, S. 1-22.
- Mehring, R. (2009). *Carl Schmitt Aufstieg und Fall: Eine Biographie*. München: C.H.Beck.
- Ourghi, M. (2008). *Schiitischer Messianismus und Mahdi-Glaube in der Neuzeit*. Würzburg: Ergon Verlag.
- Özoguz, Y. (Hrsg.). (2007). *Verfassung der islamischen Republik Iran*. Bremen: Verlag Eslamica.
- Pomarici, U. (2010). Hermann Hellers Souveränitätslehre als Theorie des Verhältnisses von Recht und Politik und ihre Auseinandersetzung mit Carl Schmitt. In M. Llanque (Hrsg.), *Souveräne Demokratie und soziale Homogenität* (S. 43-65). Baden-Baden: Nomos.
- Pünder, H. (2002). Carl Schmitt als Theoretiker der Macht – Ein Außenseiter. *Rechtstheorie*, Bd. 33, S. 1-41.
- Rasch, W. (2003). Messias oder Katechon? Carl Schmitts Stellung zur politischen Theologie. In J. Brokoff; J. Fohrmann (Hrsg.), *Politische Theologie. Formen und Funktionen im 20. Jahrhundert* (S. 39-55). Paderborn: Schöningh.
- Reissner, J. (1988). Der Imam und die Verfassung: zur politischen und staatsrechtlichen Bedeutung der Direktive Imam Khomeinis vom 7. Januar 1988. *Orient*, 29, S. 213-236.
- Schmitt, C. (1988). *Legalität und Legitimität*. Berlin: Duncker & Humblot.
- Schmitt, C. (1990). *Politische Theologie*. Berlin: Duncker & Humblot.
- Schmitt C. (1991a). *Dis geistesgeschichtliche Lage des heutigen Parlamentarismus*. Berlin: Duncker & Humblot.
- Schmitt, C. (1991b). *Glossarium. Aufzeichnungen der Jahre 1947-1951*, Eberhard von Medem (Hrsg.), Berlin: Duncker & Humblot.
- Schmitt, C. (1993a). *Über drei Arten des rechtswissenschaftlichen Denkens*. Berlin: Duncker & Humblot.
- Schmitt, C. (1993b). *Verfassungslehre*. Berlin: Duncker & Humblot.
- Schmitt, C. (1995). Der Rechtsstaat, In G. Maschke (Hrsg.), *Staat, Großraum, Nomos. Arbeiten aus den Jahren 1916-1969* (S. 108-120). Berlin: Duncker & Humblot.
- Schmitt, C. (1996). *Der Hüter der Verfassung*. Berlin: Duncker & Humblot.
- Schmitt, C. (1997). *Nomos der Erde. im Völkerrecht des Jus Publicum Europaeum*, Berlin: Duncker & Humblot.
- Schmitt, C. (2002). *Römischer Katholizismus und politische Form*. Stuttgart: Klett-Cotta.
- Schmitt, C. (2004). *Der Wert des Staates und die Bedeutung des Einzelnen*. Berlin: Duncker & Humblot.
- Schmitt, C. (2005). Die Sichtbarkeit der Kirche. Eine scholastische Erwägung. In E. Hüsmert, G. Giesler (Hrsg.), *Carl Schmitt Die Militärzeit 1915 bis 1919: Tagebuch Februar bis Dezember 1915 Aufsätze und Materialien* (S. 445-452). Berlin: Akademie Verlag.

Schmitt, C. (2009). *Der Begriff des Politischen*. Berlin: Duncker & Humblot.

Tellenbach, S. (1990). Zur Änderung der Verfassung der islamischen Republik Iran vom 28. Juli 1989, *Orient*, 31, S. 45-66.

AUTORENINFORMATION:

DR. SEYED ALIREZA MOUSAVI

Promoviert zum Doktor der Politikwissenschaft
an der Friedrich-Schiller-Universität Jena

E-Mail: seyed.alireza.mousavi@hotmail.com

RAUM UND POLITIK
KRITIK UND AKTUALITÄT DES *NOMOS DER ERDE*
VON CARL SCHMITT

GEOPOLITICS
CRITICISM AND ACTUALITY OF THE *NOMOS OF THE EARTH*
BY CARL SCHMITT

CHRISTIAN WEVELSIEP
BOCHUM

ZUSAMMENFASSUNG Im Mittelpunkt der folgenden Überlegungen steht die ursprüngliche Frage von Carl Schmitt im Raum, wie sich die getrennten Sphären des Friedens und der Ordnung und der Bereich des Ungeregelten und Anomischen zueinander verhalten. Es ist nach Begriffen und Sinnkriterien zu fragen, die sowohl einer kritischen Betrachtung der politischen Kampfzonen im Ausnahmezustand als auch einer Alternative zum Recht des Stärkeren genügen. Diese Kriterien lassen sich über den Umweg folgender Argumente beschreiben. Zunächst ist der *Nomos der Erde* in seinem ursprünglichen Kontext darzustellen. Kritikwürdige Begriffe der Feindschaft, des Opfers und der Todesbereitschaft sind zu reflektieren. Schließlich ist nach einer Beschreibungsform Ausschau zu halten, die jenseits des hegemonialen und teleologischen Denkens besteht.

SCHLAGWÖRTER Humane Selbstbemächtigung, Großraumordnung, eurozentrische Ordnung, Ausnahmezustand, Exklusion, Völkerrechtsgeschichte, Geschichte der Raumpolitik, pazifizierende Imperien, der gewaltmonopolisierende Staat.

ABSTRACT In the centre of this essay stands the original question of Carl Schmitt's work, namely how the separate spheres of the order and the area of the Chaotic relate to each other. It should be asked for concepts which seem adequate for a critical consideration of the political fighting zones, for those zones which are in the state of exception. These criteria can be described along the following arguments. First the *Nomos of the Earth* is presented in the light of its original context. Objectionable ideas of the hostility, the victim and death for a "community" have to be reflected. Finally, the aim is to find a description which has its foundation beyond hegemonic and teleological thinking.

KEYWORDS hegemony, world order, eurocentric order, state of exception, exclusion, history of international law, history of politics, benevolent empires, state monopoly.

In der Geschichte der humanen Selbstbemächtigung ist immer auch die Frage zu stellen, wie das Verhältnis von Raum und Politik zu denken ist. Die vordergründige Antwort verweist auf die Verfügbarmachung des Raumes, auf territoriales, raumnehmendes Denken und Handeln. Die Geschichte der Gewalt scheint vom diesem Standpunkt das Recht des Stärkeren als vorherrschendes Prinzip zu etablieren, egal wie verfeinert und sublimiert die moderne Macht sich darstellen mag.

Inwieweit auch gegenwärtig Großraumkräfte die Rechtsordnung als Raumordnung tragen, steht in Frage. Die politische Gedankenfigur einer imperialen Raumnahme galt lange Zeit als obsolet, als Signatur einer vergangenen Politik. Sie sollte dem Vernehmen nach durch neoimperialen, neohegemonialen Theorien ersetzt werden. Demgegenüber können wir behaupten, dass auch die älteren Gedanken zur Großraumordnung, also zu dem, was Carl Schmitt als »Nomos der Erde« galt, in das Zentrum einer kritischen Auseinandersetzung gestellt werden können. Weniger die Nostalgie, die sich an der älteren eurozentrischen Raumordnung entzündet, steht zur Diskussion als vielmehr die existentiellen Begriffe der Theorie des Politischen. Weiterhin und höchst aktuell steht in Frage, wie mit der Leerstelle des Politischen umzugehen ist, jenem Bereich, an dem vor der souveränen Verfügung die Grenze zur geltenden Ordnung markiert wird. Carl Schmitt befürwortete nicht unmittelbar die Rückkehr zu einer Welt der alten eurozentrischen Ordnung, aber er verfolgte bekanntlich die fundamentale These, dass sich jede Ordnung immer räumlich und konkret begründet, dass es also darauf ankommt, den Naturzustand der Hobbesianischen Situation zu hegen, zu kontrollieren, zu lokalisieren und zu begrenzen (Schmitt, 1925; 1932; 1950). Diese Politik gründet auf dem Ausnahmezustand – eine Gedankenfigur, deren Virulenz in den politischen Auseinandersetzungen der Gegenwart immer wieder durchbricht –, aber das Gegenteil solcher Insinuationen ist nicht so rein und so selbstdurchsichtig, wie es scheint. Giorgio Agambens Parteinahme für die subtilen Paradoxien des Ausnahmezustands etwa führt kaum weiter, denn Agamben stützt sich auf die Möglichkeit einer kommenden Ordnung, die vollkommen ohne Exklusion auskommt (Agamben, 2002). Agamben sieht in der Verfügbarmachung des Raumes und der daraus resultierenden Souveränität den Verhängniszusammenhang in der Tradition kritischer Theorie. Solange keine vollkommen neue Politik gedacht wird, herrsche die Allgegenwart des Lagers, die alles erstickende kasernierende Vernunft der Moderne.

Diese schwierige Polarität können wir als Ausgangspunkt nehmen. Die ursprüngliche Frage von Carl Schmitt steht im Raum, wie sich die getrennten Sphären des Friedens und der Ordnung und der Bereich des Ungeregelten und Anomischen zueinander verhalten. Es ist nach Begriffen und Sinnkriterien zu fragen, die sowohl einer kritischen Betrachtung der politischen Kampfzonen im Ausnahmezustand als auch einer Alternative zum Recht des Stärkeren genügen. Diese Kriterien lassen sich über den Umweg folgender Argumente beschreiben. Zunächst ist der Nomos der Erde in seinem ursprünglichen Kontext darzustellen. Kritikwürdige Begriffe des Feindschaft, des Opfers und der Todesbereitschaft sind zu reflektieren. Schließlich ist nach einer Beschreibungsform Ausschau zu halten, die jenseits des hegemonialen und teleologischen Denkens besteht.

I

Carl Schmitts völkerrechtliche Untersuchungen im »Nomos der Erde« führen auf die neuzeitlichen Epochen der europäischen Staatlichkeit zurück. Schmitt befürwortet hierin ein Gleichgewichtssystem mehrerer Großmächte gegenüber einer hegemonialen Ordnung. Kritisch erscheint ihm die Universalgeschichte des europäischen Völkerrechts, insoweit sie als Schicksalsgeschichte ihrer »Entortung« erzählt wird (Schmitt, 1950, S. 149). Um dies

einordnen zu können, muss man die spezifische Definition des Rechtskriteriums vor Augen halten. Recht wird hier definiert als Einheit von Ordnung und Ortung. Recht ist auf den Raum kategorial verwiesen. Recht kann nur in einem lokalen, räumlich begrenzten Raum wirksam werden. Völkerrechtsgeschichte ist insofern Geschichte der Raumpolitik, wie auch alle Epochen hinsichtlich der jeweiligen hegemonialen Trägermächte zu unterscheiden sind. Der Blick auf die Geschichte des europäischen Völkerrechts ist daher zwingend ein nostalgischer, durchaus verklärender Rückblick auf eine verloren gegangene Welt.

Im Hochmittelalter hatte sich Europa als eine feste Hierarchie mit der Doppelsouveränität von Kaiser und Papsttum etabliert. Die Beziehungen zur nichteuropäischen Welt waren symmetrisch, keine der Zivilisationen konnte einen Vorrang gegenüber der anderen behaupten. Ein radikaler Bruch war somit mit den aufbrandenden religiösen und konfessionellen Konflikten der Frühen Neuzeit verbunden. Sowohl durch die religiösen Kriege als auch durch die Entstehung der neuen Territorialstaaten wurde die alte Ordnung enthaupet. Der Bruch mit der überlieferten europäischen Einheit musste folglich eine neue Ordnung entstehen lassen: eine neue Ordnung, die einerseits politische Einheitlichkeit innerhalb der unübersichtlichen Differenzen ermöglichte, die andererseits eine neue globale Antwort erzwingen musste, die über das Mittelalter hinauswies. Die europäische Entdeckung und Eroberung Amerikas konnte Schmitt zufolge eine neue Freundschaftslinie bilden, indem eine neue und eine alte Welt, ein Bereich rechtlicher Ordnung und ein Bereich des Ungeregelten und Wilden ausgegrenzt wurden. An der Grenze zur Neuen Welt hörte das europäische Recht auf, es konfrontierte und etablierte eine Zone, »in der, mangels jeder rechtlichen Schranke des Krieges, nur das Recht des Stärkeren galt« (ebd., S. 62). Die Qualität des politischen Gleichgewichts auf der einen Seite hatte unmittelbar mit der Intensität des umkämpften, unregulierten Bereichs zu tun - wenn man so will, wird hier die vollkommene Asymmetrie zweier Welten etabliert. Indem große Räume der Freiheit ausgegrenzt wurden, wurde eine immense Entlastung geschaffen. Hier galt das Recht, galten die innereuropäischen Werte, hier konnte man die Dividenden des politischen Gleichgewichts genießen. Dort, jenseits der Freundschaftslinie galt das freie Recht zum Kriege, der starke Arm des Hegemon. Die überlegene hegemoniale Macht konnte und musste demnach in diesem Raum Ordnung schaffen.

Die gleichsam zwingende Kritik an dem politischen und anthropologischen Weltbild muss man vermutlich nicht vertiefen. Sie gehört zu den etablierten Werten eines Geschichtsbewusstseins, das in der Überhöhung des Eigenen den Keim eines normativen Gefalles erblickt. Die Rechtfertigung der europäischen Besetzung der Neuen Welt wurde bekanntlich anthropologisch gedeutet. Die Zivilisation wurde durch höherstehende Mächte vertreten, die der Welt der »niederstehenden«, unteren Bezüge gegenüber standen. Die europäischen Eroberer berichteten von Triebhaftigkeit und Zügellosigkeit und die Theoretiker der Landnahme legitimierten das Recht der überlegenen Zivilisation. Der Abgrund zwischen der Rechtlosigkeit des Naturzustands und dem Bereich der Zivilen bildete das Motiv, mit dem die Exklusion begründet und vertieft wurde.

Schmitt ging es freilich um den politischen Wert der politischen Freundschaftslinien und das spezifische Gefüge der europäischen Ordnung. Dass sich Europa als Hort der Ordnung und der Zivilität verstehen konnte, hatte zwei Seiten. Die asymmetrische Beziehung zur unzivilisierten Welt festigte die Hierarchie der europäischen Verfügung über große Teile der restlichen Welt. Gegenüber dem Bereich rücksichtslosen Kampfes ohne schiedsrichterliche Zuweisungsinstanz aber konnte sich Europa innerhalb seiner Grenzen als ein Rechtsraum behaupten, der die »höchste Form der Ordnung« erreichte, »deren menschliche Kraft fähig ist« (ebd., S. 159). Der Krieg innerhalb Europas in jener historischen Phase – auf der gedanklichen Linie von 1648, 1713 und 1914 konnte als humanisiert, verrechtlicht und gehegt

beschrieben werden. Die Beschränkung des Krieges auf militärische Beziehungen von Staat zur Staat wäre demnach die Form der Ordnung, die sich als einzig legitime Ordnung auszeichnet. Ihren Preis hat sie im Maße, wie das Strukturprinzip von Herrschaft und Ordnung unhintergebar bleibt, wie mit der Auflösung einer Ordnung und der Entstehung einer Leerstelle sich immer auch eine neue Ordnung gewaltsam etablieren muss. »Europa übte seine Souveränität über die neue Welt aus, indem es sich selbst als die (kulturelle und rechtliche) Regel setzte und die Regionen, welche die Regel erst *ex negativo* begründeten, jenseits der Linien in den Ausnahmezustand verwies« (Rasch, 2002, S. 139).

II

Welche Aktualität, welche Relevanz diesen Gedanken im Umfeld des Nomos der Erde zukommt, ist umstritten. Vorbehalte, die gegenüber den Selbstbehauptungskräften hegemonialer und imperialer Mächte artikuliert werden, werden auch in neueren politiktheoretischen Diskursen formuliert. In einem weiten historischen Bogen müssten demnach Weltreiche und Imperien einer Achse der Gewaltsamkeit zugeschrieben werden, mit ihrer konkreten Gewalttätigkeit, ihren Machtansprüchen, aber auch ihren Insignien unumschränkter Herrschaft. Einfachste Definitionen sind oft für diese historisch-politischen Formationen maßgeblich. Große Reiche unterliegen dem Thema der Weltherrschaft, der Begriff ihrer Geschichte ist immer abhängig vom Aufstieg zur Weltgröße. Krieg und Dichtung gehen beim Werden eines Weltreiches Hand in Hand, Vorstellungen und Symbole werden geschaffen, um die Anziehungskräfte zu erhöhen, das Vokabular der Herrschaft sichert ein einflussreiches Nachleben. Rom steht in diesem Zusammenhang als Urtypus eines Weltreiches. Geht man bei der Betrachtung einen Schritt weiter, kann darüber hinaus die Logik der Weltherrschaft in imperialen Formen mit all ihren Widersprüchen erfasst werden. Das Bild eines imperialen Zentrums ist nicht selten mit der Schreckensfigur eines aus Angst und Unterdrückung gespeisten Herrschaftssystems verbunden und es ist der neueren politischen Theorie zu verdanken, dass diese Vorstellungen verabschiedet wurden (Altrichter/Neuhaus, 1996; Bacevic, 2003; Ignatieff, 2003; Todd, 2003; Münkler, 2002; 2005). Kurzfristige Gewaltherrschaft ist von imperialer Dominanz zu trennen, die Gewalttätigkeit eines diktatorischen Systems von der langatmigen Beherrschung großer Räume. Wesentlich für das Verständnis eines Imperiums sind – über die selbstverständliche Verfügung über entsprechende Gewaltmittel hinaus – Ordnungs- und Heilsvorstellungen, die tief in das zeitgenössische Vokabular eingeschrieben sind. Mit dem jeweiligen imperialen Herrschaftsverband sind Ordnungsvorstellungen verbunden, Garantien, dass die Zivilisation, der richtige Glaube und die Grenze zur Barbarei gesichert werden. Kraft der Versicherung, dass jegliche Bedrohungen vom Reich abgewendet und dass der Einbruch des Chaos vermieden werde, werden Imperien zu den alleinigen Garanten des Bestehenden. Inwieweit sie faktisch vom Zentrum über die Peripherie mit der starken Hand des Hegemons herrschen und inwieweit sie dabei die Herrschaftsunterworfenen brutal regieren, geht in diese Selbstbeschreibung natürlich nicht ein. Imperien fußen auf Selbstbeschreibungen, die ihre Gewalt mitunter verdunkelt, aber sie haben sich auch immer auch durch spezifische Mechanismen der Integration definiert. Imperien schaffen halbdurchlässige Grenzen, verstehen sich anders als Staaten nicht durch präzise Trennungslinien. Abstufungen von Macht und Einfluss verschwimmen und überlagern sich, gleichwohl gibt es ein vom Zentrum zur Peripherie verlaufendes Integrationsgefälle (Münkler, 2005, S. 17). Imperien bilden des Weiteren in der Gegenwart hybride Strukturen aus, die den Vergleich mit modernen Staaten erheblich erschweren. Ihre zeitliche und räumliche Ausdehnung kann auf Dimensionen erstreckt werden, die die konkrete Wahrnehmung unmöglich machen. In der Fraglosigkeit der

Macht, in der unumstößlichen Realität des Bestehenden und der allumfassenden Kontrollfähigkeit zeigt sich die Impertinenz moderner Imperien (ebd.). Imperien im (post)modernen Sinne verfügen geradezu über Weltkonstruktionen: was als Welt im Sinne einer politischen Grundlage überhaupt zu denken ist, wird immer schon von den Kategorien eines Empires vorbestimmt. Was eine Welt jeweils ist, hat also vorrangig mit der Ausdehnung von Handelsbeziehungen, der Dichte von Informationsflüssen und der Ordnung des Wissens zu tun.

Imperien bestehen in ihrer Einmaligkeit, nicht zuletzt aber auch in einem übergreifenden Bewusstseinszusammenhang. Sie müssen analog zur These, dass der Staat von seinen Untertanen »geglaubt« werden müsse – durch einen besonderen Willen hervorgebracht werden. Der Wille zur imperialen Mission ist freilich eine ältere, umstrittene Kategorie. An ihr zeigt sich jedoch ein entscheidender Punkt zwischen normativen Erwartungen und politischen Realitäten. Imperien erlangen Macht über Ordnungen, das heißt, sie wären auch in der Lage, normativen Erwartungen der Integration und der Sicherung grundlegender Wohlfahrt zu entsprechen. Dass sie diesem Anspruch gerecht werden, gilt als Maßstab ihrer Legitimität. Der Wille zum Imperium wäre demgegenüber heute, in der Wirklichkeit einer politisch und rechtlich durchdrungenen Weltgesellschaft schlecht vermittelbar. Eine gewollte imperiale Dominanz wäre vom üblen Imperialismus nicht befriedigend zu trennen. Dieser Imperialismus saugt die ihm ausgelieferte Peripherie aus, unterdrückt und »zivilisiert«, er kennt keine gleichrangigen politischen Formationen an.

Müssten wir insofern der exemplarischen Kritik folgen, die Jürgen Habermas wiederholt gegen die Schmitt'schen Begriffe ins Feld geführt hat? Habermas wandte sich vor allem gegen den diskriminierenden Kriegsbegriff, die vermeintlich verzerrte Verrechtlichung der Internationalen Beziehungen und das spezifische Feindschaftsapriori (Habermas, 1999, S. 226-236; 2005, S. 187-193). Schmitt verteidigte die völkerrechtliche Legitimität des Krieges seiner Zeit (das heißt mit Blick auf Völkerbund und den Briand-Kellog Pakt), indem er die grundsätzliche Unschuldsvermutung völkerrechtlich anerkannter Souveräne bewahren und moralische Bewertungen des Gegners bekämpfen wollte. Der Universalismus der Wilson'schen Völkerbundpolitik galt Schmitt als verantwortlich für die Verschärfung moralischer und schließlich totaler Unterscheidungen von Freund und Feind. Die zugrunde liegende Idee des damaligen Rechtsentwurfs ging von der Kategorie internationaler Gerechtigkeit aus, die eine Moralisierung und diskriminierende Verurteilung des Krieges ermöglichen sollte. Demgegenüber ging Schmitt hier von einer leeren Abstraktion aus: normative Rechtfertigungen in den internationalen Beziehungen seien Vorwand für die Verschleierung von Interessen, diejenige Partei, die sich »im Recht« fühlt und die Moral des Gegners bezweifelt, verschafft sich Vorteile durch die unfaire Diskriminierung (Schmitt, 1988, S. 50 ff; 1994). Solche Moralisierung jenes Bereichs eigentlich gleichrangiger Gegner führe demnach nicht nur zur Möglichkeit weiterer Kriege, sondern zu deren Eskalation, sie führe zur Verachtung des Gegners als gleichwertigen Kontrahenten, mithin zur Verbannung des Gegners in die semantische Hölle eines absoluten Feindes der Menschheit. Dieser Figur liegt also einerseits eine gewisse Unerschütterlichkeit des Glaubens an die Unschuldsvermutung der Völkerrechtssubjekte zugrunde, andererseits erkennen wir hier einen plausiblen Vorbehalt gegenüber den Auswüchsen moderner Politik. Das Problem ist freilich in jenem Punkt zentriert, der auf den existentialistischen Begriff des Politischen verweist. Anstelle der Verrechtlichung und Moralisierung der Politik zielte Schmitt auf die empathische Verteidigung des Politischen als Todesbereitschaft. Eine pazifizierte Innenpolitik müsste demnach von einer völkerrechtlich lizenzierten Außenpolitik ergänzt werden. Der gewaltmonopolisierende Staat könne Recht und Ordnung nur so lange aufrecht erhalten, wie er seine politische Substanz bewahre. Politische Substanz – das heißt hier Bewahrung der Wehrhaftigkeit gegen äußere Feinde, Aufrechterhaltung der Todesbereitschaft einer Nation, Identifizierung von Feinden, die sich gegen die Negation der eigenen Existenz

wenden. Das Wesen des Politischen, das diesem spezifischen Blick auf die europäische Staatenegalität unterliegt, entstammt ersichtlich einer anderen Zeit, in der ein bekennender Bellizismus, die internationale Wolfsarena, und die Verachtung des Universalismus anderen politischen, kognitiven und sozialen Voraussetzungen unterlagen und andere Wirkungen erzielten als in der jüngsten Gegenwart. Habermas bezeichnet insofern die Überlegungen Schmitts als »skurril« und vermutet, dass es weniger um die Zähmung des totalitär entgleisten Krieges ginge, als um die Aufrechterhaltung einer Ordnungsform, die Kriege als Rechtsgang weiterhin ermögliche (Habermas, 1999, S. 231). Schwerer wiegt möglicherweise noch die Frage der Konstitutionalisierung des Völkerrechts. Schmitts Völkerrechtsverständnis ist gegenüber den formalen und prozeduralen Entwürfen im Sinne Kants substantiell. Er misstraut dem Buchstaben positiv gültiger Rechtsnormen und sucht nach den tieferliegenden Fundamenten des Rechts, die er in der geschichtlichen Substanz eines höheren Subjekts, bzw. einer existentiellen Entscheidung einer Autorität vermutet. Dieses »tiefere« Recht ist repressives, weil freiheitseinschränkendes Recht, das dem Staatswillenspositivismus unterliegt und auch der substantiellen Völkerrechtsverfassung des Nomos zugrunde liegt (Brunkhorst, 2005, S. 5 ff.).

III

Es wird leicht ersichtlich, dass sich eine wie auch immer geartete Verteidigung dieser Gedanken dem Vorwurf des Anachronismus aussetzen müsste. Eine Rechtfertigung des hegemonialen Denkens, wie sie in diversen Spielarten des Poststrukturalismus vollzogen wird, ist jedoch anderen theoretischen Interessen geschuldet. Was hingegen einer genaueren Untersuchung bedarf, ist die teleologische Struktur der Geschichte. Im Untergrund der Schmitt'schen Reflexionen stehen politisch-philosophische Grundfragen der Anerkennungswürdigkeit politischer Ordnungen. Die Philosophie versteht ihr Unternehmen als fundamentales Fragen nach der Selbstbegründung der Freiheit. Schmitt hingegen zielt auf politische Ordnung, ohne individuelle Freiheit, wie wir sie heute verstehen, als den letzten Grund und Zweck des Politischen zu identifizieren. In diesem prinzipiellen Spannungsfeld sind von seiten der Historie und der Philosophie höchst unterschiedliche Antworten gegeben worden, die kurz reflektiert werden sollen.

Denken wir zum einen an das politische Weltbild des Historismus. Exemplarisch in Johann Gustav Droysens »Alexander« werden das makedonische Volk und insgesamt das Griechentum für ihre historische Sendungsmision gerühmt. Die Geschichte des Hellenismus erfuhr hier die Dignität eines höheren Rechts. Alexander handelte exemplarisch im Auftrag der Geschichte selbst, er galt dem Autor als legitimer Vorkämpfer einer neuen Zeit (Droysen, 2004). Die teleologische Struktur des historischen Prozesses ist nur allzu deutlich sichtbar (Jäger, 1997, S. 45-67). Aus dem Gegeneinander von Leiden und Versöhnung eröffnet sich ein Raum der Freiheit, der für Droysen im Selbstverständnis seiner Zeit in den Erfüllungsgestalten des Staatslebens aufging. Auf die wesentlichen Aussagen reduziert, heißt historische Mission, dass sich das Versprechen menschlicher Freiheit in den zu erobernden Zukünften bereits abzeichnete. Alexanders Welteroberungspläne verhalfen demnach den Entwicklungsprozessen der Neuzeit zur Entfaltung, die aus der Gegenwart betrachtet als normativ verbindlich erscheinen. »Der Geist Alexanders des Großen durchweht gewissermaßen auch noch die Paulskirche der Jahre 1948/49, und in seiner Tradition müssen die politischen Akteure der Gegenwart stehen, wollen sie das kulturelle Telos der europäischen Weltgeschichte, die werdende Freiheit des Menschen, als ein geschichtliches Erbe aufgreifen und als eine praktische Aufgabe weiterführen, deren Ziel die erneute politische Versöhnung einer entzweiten Totalität darstellt« (ebd., S. 51). Was ist die eigentliche, geschichtsphilosophisch markante

Leistung Alexanders? In der Person Alexanders verdichtet sich eine politische und kulturelle Entwicklung, die auf einen Höhepunkt nicht nur der europäischen, sondern gleich der gesamten Weltgeschichte zusteuert. Die Despotie Alexanders und die notwendige Brutalität der Welteroberungstaten werden durch die historischen Errungenschaften überdeckt: die geknechteten Völker Asiens wurden befreit, die Zerrissenheit der Griechen überwunden, rechtlosen Völkern Frieden und Einheit ermöglicht. Im großzügigen Schatten eines neu geschaffenen Weltreiches gediehen Recht und Anerkennung, wurde der Weg zu Staat und Volksherrschaft gedanklich geebnet. Die Teleologie übernimmt hier die selbstbewusste Führung der Argumentation, die sich schließlich auch auf religiöse Gesichtspunkte erstreckt. Der Hellenismus sei, so Droysen, erst als unmittelbare Vorgeschichte des Christentums richtig verstanden, weil er den Übergang aus der heidnischen in die christliche Welt ermöglicht habe. Eine menschheitlich unvergleichbare wie unschätzbare Leistung, weil sie den Gang der Geschichte zwischen Entzweiung und Versöhnung beeinflusst habe.

Verstehen wir wie Droysen das Christentum als Angelpunkt der Geschichte, dann ist die Vorgeschichte des Ausgangs aus der heidnischen Unmündigkeit entscheidend. Durch den Ausgang aus der dumpfen heidnischen Welt entsteht die Legitimität des hellenischen Altertums und aus diesem wiederum wird der entscheidende religionshistorische Beitrag der nachfolgenden christlichen Welterschließung geschöpft. Die Geschichte des Hellenismus ist demnach mehr als nur die Geschichte eines von vielen vergänglichen Weltreichen, sondern in ihr bündelt sich die historische Notwendigkeit der politischen wie auch religiösen Versöhnung. Zusammengefasst erkennt die ältere Geschichtsphilosophie hier, auf der Achse der imperialen Macht, die geschichtliche Erfüllungsgestalt einer mit legitimen Mitteln eroberten Teleologie der Freiheit. Es ist ein Gedanke, der heute aus verschiedensten Gründen als unvermittelbar erscheint und sich doch im Horizont des 19. Jahrhunderts unzweifelhaft behauptete. Er wird etwa in Theodor Mommsens Interpretamenten zur römischen Geschichte ausgedrückt (Mommsen, 2001). Mommsen betonte gegen die gängige Überzeugung, dass das römische Weltreich durch technisch-soziale Probleme der inneren Organisation untergegangen sei, dass der Kern des Problems in den uralten sozialen Schäden des römischen Gemeinwesens liege. Rom habe, so Mommsen, eine widernatürliche Entwicklung angenommen und gleichsam die Gelegenheit einer historischen Mission verpasst, als sie über Italien hinausgriff, ohne die italische Nation in einem Nationalstaat aufzufangen. Auch hier wird also der Gedanke entfaltet, dass die unschätzbare historische Leistung von Imperien in der Erfüllung eines historischen Auftrags bestehe, hier: die römische Republik auf dem Boden der italischen Nation zu halten und sie dem Hauptträger der italischen Nation zuzuführen. Auch hier ließen sich die Widersprüche von der Gegenwart aus mit leichter Hand beschreiben, denn der Preis für das geschichtssteleologische Argument besteht offensichtlich in der Zuschreibung einer geschichtsmetaphysischen Würde. Die frühen römischen Gemeinden, schon bevor sie in den historischen Lauf der Welteroberung eingebunden wurden, wären demnach als frühe Nationen im Werden zu begreifen. Die »metaphysische Verdinglichung« (Flaig, 1997, S. 324) ermöglicht die Verkörperung eines historischen Auftrags – kraft imperialer Gewalt dem Ringen der Völker um geschichtliche Existenz die entscheidende Stoßrichtung zu geben.

Ob nun im Hinblick auf das früheste »Werden« einer Nation oder auf die metaphysische Konstruktion einer historischen Mission – es handelt sich hier um geschichtsphilosophische Gebilde, denen wir heute mit anderen Erwartungen entgegen treten. Sowohl der formale Gedanke einer Philosophie der Geschichte, als auch ihre Zielgerichtetheit, ihre ideellen Grundlagen und dialektische Bewegtheit erscheinen im Diskurs der Moderne als obsolet. Lassen sich aber gegenüber den geschichtsphilosophischen Schwärmereien gegenwärtig realpolitische Analysen finden, die über solche Verengungen erhaben sind? Nur wenige Stimmen

sind zu vernehmen, die sich für eine Rückkehr der imperialen Mächte erwärmen könnten, nur wenige, die überhaupt in formaler Hinsicht von imperialen Erklärungsmodellen ausgehen. Die modernen Imperien haben ihre Relevanz eingebüßt, sie taugen anscheinend nur für Abschiedsgesänge. In Frage stehen allerdings nicht die großen strukturellen Umwälzungen im Verlaufe des 19. und 20. Jahrhunderts; in Frage steht, ob diese politischen Umwälzungen etwas Neues hervorgebracht haben, das sowohl mit den formalen demokratischen Maßstäben als auch mit den Kennzeichen der imperialen Mächte übereinstimmt. Nach einer Reihe von starken politischen Enttäuschungen bleiben Imperien als leidige Tröster: weltweite Staatlichkeit als Garantie für die Einhaltung von Rechten ist nicht gegeben, die letztinstanzliche Macht, Konflikte zu beherrschen, scheitert am Egoismus der Einzelstaaten; wie man mit Staatenzerfall, anhaltenden religiösen oder politisch grundierten Bürgerkriegen umgehen soll, ist weithin umstritten.

In dieser Situation sind die Relevanz des Nomos der Erde und zum Teil auch die Kategorien der politischen Theorie zu verorten. Kraft des fundamentalen Fragens, das alle Politik in den dezisionären Setzungen, in den Letztinstanzen sucht, sind bestimmte Fragestellungen überhaupt erst denkbar. Wünschenswert ist allemal eine internationale Ordnung, die sich auf selbsttransparente Begriffe beschränkt, die Macht nur auf legitime Gewalt gründet und die Politik auf legale Verfahren beschränkt. Ohne dies in Zweifel zu ziehen, sind fundamentale Fragen der Möglichkeit politischer Ordnungen aber auf eine Weise zu stellen, dass sie von einem reinen Grund, etwa von der Ableitung des Politischen vom Moralischen abstrahieren. Einen Ausblick auf die Möglichkeiten, politische Theorie aus den Verengungen der moralischen hochstehenden Kritik zu lösen, hat zuletzt die Semantik formal-demokratischer, humaner, »benevolenter« Imperien ermöglicht. Die pazifizierenden Imperien übernehmen diejenigen Aufgaben, an denen eine zerstrittene Weltgemeinschaft von Staaten scheitert. Gütige Imperien, *Empire lite*, wie es der kanadische Politologe Michael Ignatieff formuliert (Ignatieff, 2003), kombinieren legitime *hard power* mit *soft power*. Sie verlassen sich nicht auf die Härte der militärischen Intervention, deren einziger Grund der Schutz bedrohter Gruppen sein könne, sondern sie gewährleisten den wirtschaftlichen Austausch innerhalb der imperial gesicherten Räume. Ihr Verdienst, ihre gleichsam zivilisatorische Leistung liegt demnach darin, dass sie diese Räume rechtsförmig formen und somit langfristig die Austragung von Konflikten mit militärischer Gewalt unterbinden. Dazu bilden sie freilich eine kulturelle Sensibilität aus und sind sich ihrer Aufmerksamkeitsökonomie bewusst. Humanitäre Interventionen an den Grenzen des Imperiums sind folglich kein moralischer Luxus, sondern Ausdruck ihres kulturellen Selbstverständnisses. Nichts weniger als das Projekt der Durchsetzung und Sicherung der Menschenrechte steht auf der imperialen Agenda. Eine Selbstbeschreibung, die man freilich auch kritisch betrachten kann, insofern die Bestandsvoraussetzungen und Selbsterhaltungsmechanismen hier leichtfertig übergangen werden (Münkler, 2005, S. 213-245).

BIBLIOGRAPHIE

- Agamben, G. (2002). *Homo sacer. Die souveräne Macht und das nackte Leben*. Frankfurt a. M.: Suhrkamp.
- Altrichter, H./ Neuhaus, H. (Hrsg.) (1996). *Das Ende von Großreichen*. Erlangen/Jena: Mayer.
- Bacevic, A. J. (2003). *American Empire. The Realities and Consequences of U.S. Diplomacy*. Cambridge, MA : Harvard University Press.
- Brunkhorst, H. (2006). Das freie Recht zum Kriege. Hegemonialer Großraum oder bürgerschaftlicher Konstitutionalismus? – Zwei Begriffe des Rechts. In Ders./Costa, S. (Hrsg.), *Jenseits von Zentrum und Peripherie. Zur Verfassung der fragmentierten Weltgesellschaft*. München und Mering: Rainer Hampp Verlag.
- Droysen, J. G. (2004). *Alexander der Große* (Erstausgabe 1833). Frankfurt a. M.: Insel Verlag.
- Droysen, J. G. (1893/94). Zur griechischen Literatur. In Ders., *Kleine Schriften zur alten Geschichte* (2 Bde., Band 2). Leipzig.
- Flaig, E. (1997). Volkssouveränität ohne Repräsentation. In Küttler, W./ Rüsen, J./ Schulin, E. (Hrsg.), *Geschichtsdiskurs* (Band 3: Die Epoche der Historisierung, S. 321 – 340). Frankfurt a. M.: Fischer.
- Habermas, J. (1999). *Die Einbeziehung des Anderen. Studien zur politischen Theorie*. Frankfurt a. M.: Suhrkamp.
- Habermas, J. (2005). *Der gespaltene Westen. Kleine politische Schriften X*. Frankfurt a. M.: Suhrkamp.
- Hardt, M./ Negri, A. (2002). *Empire. Die neue Weltordnung*. Frankfurt/New York: Campus.
- Ignatieff, M. (2003). *Empire lite. Nation building in Bosnia, Kosovo and Afghanistan*. London: Penguin books.
- Jäger, F. (1997). Geschichtsphilosophie, Hermeneutik und Kontingenz in der Geschichte des Historismus. In Küttler, W./Rüsen, J./Schulin, E. (Hrsg.), *Geschichtsdiskurs* (Band 3: Die Epoche der Historisierung, S. 45-67). Frankfurt a. M.: Fischer.
- Mommsen, T. (2001). *Römische Geschichte* (6. Aufl.). München: Deutscher Taschenbuch Verlag.
- Münkler, H. (2002). *Die neuen Kriege*. Berlin: Rowohlt.
- Münkler, H. (2005). *Imperien. Die Logik der Weltherrschaft vom alten Rom bis zu den Vereinigten Staaten*. Berlin: Rowohlt.
- Rasch, W. (2002). Menschenrechte als Geopolitik: Carl Schmitt und die völkerrechtliche Form der amerikanischen Hegemonie. In Baecker, D./Krieg, P./Simon, F. B. (Hrsg.), *Terror im System. Der 11. September und die Folgen* (S. 130-160). Heidelberg: Carl Auer Systeme Verlag.
- Schmitt, C. (1925). *Politische Romantik*. Berlin: Duncker & Humblot.
- Schmitt, C. (1932). *Der Begriff des Politischen. Text von 1932 mit einem Vorwort und drei Corollarien*. Berlin: Duncker & Humblot.
- Schmitt, C. (1934). *Politische Theologie. Vier Kapitel zur Lehre von der Souveränität*. Berlin: Duncker & Humblot.
- Schmitt, C. (1950). *Der Nomos der Erde im Völkerrecht des Jus Publicum Europaeum*. Berlin: Duncker & Humblot.

- Schmitt, C. (1988). *Die Wendung zum diskriminierenden Kriegsbegriff* (zuerst 1938). Berlin: Duncker & Humblot.
- Schmitt, C. (1994). *Das internationale Verbrechen des Angriffskriegs* (hrsg. von H. Quaritsch). Berlin: Duncker & Humblot.
- Todd, E. (2003). *Weltmacht USA. Ein Nachruf*. München: Piper.

«AMIGO Y ENEMIGO»: KAUTILYA Y ÁLAMOS DE BARRIENTOS, ANTICIPADORES DEL CRITERIO SCHMITTIANO*

GÜNTER MASCHKE

ENSAYISTA POLÍTICO. FRANCOFORTE DEL MENO

«Nada tengo en contra de la simplicidad, sino todo lo contrario»

Carl Schmitt

I

«La distinción propiamente política es la distinción entre el *amigo* y el *enemigo*. Ella da a los actos y a los motivos humanos sentido político»¹. Fueron muchos los lectores que reaccionaron como Ernst Jünger ante el ensayo *Der Begriff des Politischen*, publicado por Carl Schmitt en 1927 y cuya cifra es esa conocida fórmula. Ernst Jünger explicó en 1930 que «el grado de su evidencia es tan imperioso» que todas las opiniones al respecto devienen superfluas, pues se «puede prescindir de la verificación concreta de la relación amigo-enemigo»². Sin embargo,

* Anteriormente publicado en la revista *Empresas Políticas* [nº 4, 1º semestre 2004, pp. 65-73]. Agradecemos a su director, Jerónimo Molina, la autorización para su publicación. En la presente edición se ha respetado el estilo de cita elegido por el autor. [N. d. e.].

¹ Carl Schmitt, «Der Begriff des Politischen», en *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, 1/1927, p. 4 (p. 14 de la edición de 1932; p. 26 de la de 1963 y sucesivas; [p. 111 de la traducción española de Javier Conde –edición alemana de 1933–: C. Schmitt, «El concepto de la política», en *Estudios políticos*. Madrid, Cultura Española, 1941; p. 56 de la trad. española de Agapito Maestre –edición alemana de 1963–: C. Schmitt, *El concepto de lo político*. Madrid, Alianza Editorial, 1991. N. d. t.]

² Carta de Ernst Jünger del 13 y 14 de octubre de 1930. Véase E. Jünger – Carl Schmitt, *Briefe 1930-1983*. 1999, p. 7.

al ampliar su escrito, publicado como libro en 1932, Schmitt se vio obligado a precisar que esa distinción es sólo «una determinación conceptual en el sentido de un criterio» y no «una definición exhaustiva de lo político, ni una descripción de su contenido»: *un* criterio y no una teoría completa y abarcadora de la «esencia» de lo político³. Mas no se tuvo en cuenta esa advertencia, resultando, después de más de 70 años, una ingente bibliografía que siempre repite, como una máquina de rezar tibetana, la misma pregunta: ¿En realidad se agota lo político en la distinción amigo-enemigo? ¿Es correcto concentrar toda la atención en la enemistad y guardar silencio sobre la amistad? ¿Acaso no es el establecimiento (¿pero contra quién?) de la amistad y la comunidad el sentido y finalidad de lo político, así como la prevención de la situación excepcional? ¿No es unilateral un pensamiento como el de Schmitt, pues arraiga en la «esfera de la conmoción» y descuida la «esfera de la cohesión» (Martin Buber)? ¿Favorece la pretendida «investigación» schmittiana sobre el enemigo el avance del totalitarismo? ¿Es demasiado pesimista el credo antropológico de Schmitt, lo que quiere decir, en última instancia, que sería no-realista? ¿Son sus reflexiones, a pesar de la utilización de argumentos cristianos, anticristianos, neopaganas, maquiavelistas, hobbesianas, es decir, falsas, en cuanto que son inmorales? Etcétera, etcétera⁴.

Al margen de este monótono discurso es posible encontrar a veces reflexiones bien fundadas, cual es el caso de las que inquietan sobre las contradicciones y las inconsistencias de las diferentes concepciones schmittianas del enemigo: ¿cómo se compaginan el enemigo relativo, el real, el convencional, el absoluto y el total?⁵ Mas, aún así, existe la poderosa sospecha de que la sagacidad científica esté al servicio de la ocultación de lo que es evidente. Lo evidente es justamente el *factum brutum* de la enemistad, subsistente incluso bajo el ropel de las declaraciones humanitarias y el buen tono de las constituciones. Julien Freund, el gran continuador de Carl Schmitt, solía decir que el criterio amigo-enemigo constituye «una banalidad superior»; una banalidad, pero precisamente superior. Este criterio puede ser, según la situación concreta, desarrollado, afinado, compuesto de maneras complicadas o hábilmente ocultado. Mas la tarea de la ciencia no es quedarse por debajo del nivel de la experiencia cotidiana registrada durante milenios y contentarse con negar lo evidente por ser «demasiado» fácil y trivial, recurriendo a cierto tipo de sutilezas intelectuales. Su misión, en realidad, consiste en esclarecer los diferentes fenómenos, que con frecuencia se nos presentan engañosamente. El criterio amigo-enemigo es un origen, una cabeza de puente de la larga marcha por el vasto territorio de la investigación científica —nada más, pero tampoco nada menos—. No existe política sin la contraposición entre amigo y enemigo y *toda* comunidad se constituye frente a otro. Menudean los intérpretes que, ya antes de Otto Brunner y Dolf Sternberger, reprochaban a Schmitt lo poco o nada que dejó escrito sobre el amigo, dedicando toda su atención al enemigo. «Parientes, amigos y partidarios», en realidad, se prestan ayuda mutua, no sólo en las épocas de hostilidad, al haberse obligado a ello: la relación de amistad se refiere continua-

³ Cfr. Heinrich Wohlgemuth, *Das Wesen des Politischen in der heutigen neoromantischen Staatslehre*. Emdingen, 1933. Jürgen Habermas todavía se refería en 1986 a que Schmitt se interrogó sobre la esencia de lo político «como un filósofo tradicional». Véase J. Habermas, «Die Schrecken der Autonomie», *Babylon*, nº 1, 1986, pp. 108 sq. [Véase C. Schmitt, *El concepto de lo político*, trad. esp. de A. Maestre, p. 56. *N. d. t.*]

⁴ A esto se reducían en realidad las primeras «clásicas» tomas de posición. Así, Franziskus Stratmann, *Der Friedenskämpfer*, nº 1, 1928, pp. 1-7, y nº 6, 1928, pp. 1-7; Helmut Kuhn, *Kantstudien*, 1933, pp. 190-96; Aurel Kolnai, *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft*, nº 2, 1933, pp. 1-38; Hugo Fiala (pseudónimo de Karl Löwith), *Internationale Zeitschrift für Theoria des Rechts*, nº 2, 1935, pp. 1001-23.

⁵ Cfr. Hasso Hofmann, «Feindschaft. Grundbegriff des Politischen?», *Zeitschrift für Politik*, nº 1, 1965, pp. 17-39.

mente al enemigo. También en mi caso, cuando yo mismo discurro sobre el amigo dándole prioridad, llego, al final, al mismo resultado⁶.

El criterio amigo-enemigo constituye *una* gran verdad parcial de lo político, una «regularidad» siempre presente, análoga a la regularidad de la búsqueda de la hegemonía exterior en Tucídides, la regularidad de los egoísmos concurrentes en Maquiavelo o la regularidad de la clase política en Pareto⁷. La plasmación histórica-concreta de cada una de estas regularidades debe ser analizada —y en ello estriba la dificultad—. Quien evita estas consideraciones, acogándose a lo fácil, es un necio que se hace víctima de su propia mentira, actitud de la que Schmitt ofrece una descripción de gran estilo: «Generalmente los hombres no suelen buscar ni la verdad ni la realidad, sino tan sólo la sensación de hallarse seguros. Tan pronto como el peligro del momento y el miedo inmediato han pasado, suelen contentarse con cualquier sofisma o banalidad, e incluso cualquier farsa es acogida con agrado con tal de que distraiga del terrible recuerdo. Sobre todo las intuiciones bruscas y fulminantes, que sólo se tienen en los momentos de peligro agudo, resultan entonces en extremo molestas y son desplazadas de la memoria, pues estorban el velo que cubre los terrores y oculta el abismo»⁸.

II

Schmitt rechaza esta inclinación al autoengaño. En torno al año 1926 escribió *El concepto de lo político*, cuando la situación de la política exterior de Alemania y sus relaciones con Francia parecían mejorar e incluso estalló una euforia por la reconciliación, ligada a los alegatos a favor de la Sociedad de Naciones, que más bien eran invocaciones⁹. El Pacto de Locarno de 1925, el ingreso de Alemania en la Sociedad de Naciones como miembro del Consejo y presunta Gran potencia, una cierta distensión y una mejor situación económica indujeron a muchos observadores a olvidarse o, al menos, a considerar caducadas las brutalidades del *Diktat* de Versalles, la ocupación de la región del Rin y la invasión francobelga de la cuenca del Rur en 1923. Desde 1925 se puede constatar una clara disminución de la literatura sobre la miseria alemana. Así, justamente en ese momento, cuando se mira hacia delante con un optimismo ya contenido, ya entregado, resuena la impresionante y perspicaz voz de Schmitt¹⁰. No pocos lectores que, a la sazón, apreciaban las investigaciones de Schmitt sobre la situación concreta —entre otras «La Renania como objeto de la política internacional (1925)» («Die Rheinlande als Objekt internationaler Politik»), «La cuestión medular de la Sociedad de Naciones (1926)» («Die Kernfrage des Völkerbundes»), «El *status quo* y la paz (1926)» («Der

⁶ Cfr. Gerd Althoff, *Verwandte, Freunde und Getreue. Zum politischen Stellenwert der Gruppenbindungen im früheren Mittelalter*. Darmstadt, 1990. Para la relación amigo-enemigo sigue siendo válido lo que dijo Clausewitz sobre la ofensiva en relación con la defensa: «Si dos conceptos constituyen una antítesis lógica, siendo uno complemento del otro, ello quiere decir que uno está comprendido en el otro; donde las limitaciones de nuestro espíritu no nos permitan abarcarlos a ambos de un vistazo y hallar la totalidad de uno en la totalidad del otro, a través de la nuda contraposición, será posible en todo caso que uno de ellos arroje una luz significativa sobre el otro». Véase Clausewitz, *Vom Kriege*. Edición Hahlweg. Bonn, 1980, VII, 1, p. 869.

⁷ Así Gianfranco Miglio en su introducción a C. Schmitt, *La categoría del 'político'*. Bolonia, 1972, espec. pp. 13-14. Versión alemana en H. Quaritsch (ed.), *Complexio Oppositorum. Über Carl Schmitt*. 1988, p. 281.

⁸ C. Schmitt, *Donoso Cortés in gesamteuropäischer Interpretation*. 1950, p. 84 [trad. esp.: *Interpretación española de Donoso Cortés*. Madrid, Rialp, 1963, p. 39. *N. d. t.*]

⁹ Cfr. el informativo y, sin embargo, absolutamente acrítico libro de P. M. Lützel, *Die Schriftsteller und Europa*. 1992, espec. pp. 312-64 y 528-33.

¹⁰ Es revelador que durante esa época también aumentarían sensiblemente los artículos políticos de Ernst Jünger. Véase E. Jünger, *Politische Publizistik 1919-1933*. 2001, pp. 47-274.

Status quo und der Friede») — se indignaron contra un texto que puso de manifiesto la solución general para ese estado de cosas.

En efecto, la Sociedad de Naciones seguía siendo una organización para asegurar el botín de los vencedores y salvaguardar un *status quo* preñado de conflictos, en suma, una forma de prosecución de la guerra con otros medios. La evacuación del Rin se retrasó hasta que las tropas francesas se vieron forzadas a abandonar completamente la zona en 1930. Francia seguía manteniendo un derecho de control e intervención. Alemania subsistía como un Estado casi absolutamente desarmado y fronterizo de la más grande potencia militar de la época, la cual, por todos los medios confirmados contractualmente en Versalles, se negó a desarmarse al nivel alemán. Alemania fue investigada y amenazada con las severas sanciones de Locarno. Incidentes carentes de trascendencia, como el desfile de una banda de música de la policía en la zona unilateralmente desmilitarizada —en la que no se hallaba ni un solo soldado alemán, pero había unos 100.000 soldados franceses—, le acarreó durísimas represalias. Etc., etc. Alemania esperaba en vano los positivos efectos «retroactivos» prometidos por el Pacto de Locarno y su integración en la Sociedad de Naciones. Confiaba también inútilmente en una rápida retrocesión de la región del Saar y Dantzig, segregadas de hecho y sin refrendo oficial de ningún tipo. Sin embargo, tenía que seguir pagando los enormes tributos (reparaciones) fijados. En estas circunstancias, acompañadas de la moderada mejora de la situación durante la era Briand-Stresemann, se hablaba, sorprendentemente, de «compromiso» (*Ausgleich*), «entendimiento» (*Verständigung*), «desarme espiritual»¹¹ (*geistiger Abrüstung*), mientras que Alemania era considerada la única «culpable» (*Schuldige*) de la Guerra mundial. Como Alemania quería demostrar su voluntad de paz, ejecutó sin protestar las estipulaciones del *Diktat* de Versalles y sus consecuencias, agravadas con los arreglos. Con otras palabras, este imperialismo de nuevo cuño estaba basado en la dominación espiritual y el control económico, en una «europeización» enmascaradora de un expolio y en la sugestión moral —el otrora «agresor» tendía la mano a la paz, mientras sus quejas y reclamaciones eran calificadas como «agresiones»—. Al mismo tiempo surgió un vocabulario pacifista que, sin embargo, resultaba ajeno al concepto de paz: «acción de policía» (*Polizeiaktion*), «autodefensa» (*Selbstverteidigung*), «medidas para el mantenimiento de la paz» (*Maßnahmen zur Erhaltung des Friedens*), «garantía de los embargos» (*Sicherung von Pfändern*) —impresionante anticipación de la lengua orwelliana hoy predominante—. Se ha preterido la, en otro tiempo, clara distinción entre guerra y paz, desarrollándose un «inquietante estado intermedio» (*quälender Zwischenzustand*) (Schmitt), cuya característica principal fue el apogeo y persistencia del tiempo de la guerra discriminadora. La paz resultaba inencontrable, pues estaba basada en las violaciones de 1918 y 1919, mantenidas como *status quo* por los *beati possidentes*¹²; se olvidó, pues, que «paz» no es sino un concepto correlativo a «guerra» y que la verdadera paz sólo puede basarse en una amnistía *recíproca*. Es inútil pretender que cualquier turbación de la *tranquillitas animi* justifique que la guerra sea tratada como un crimen y los vencidos como agresores imputables. La paz únicamente puede concertarse con un enemigo justo, pero ni siquiera la Alemania de Stresemann fue tratada como un enemigo

¹¹ Un síntoma de ese tiempo fue el célebre ensayo de Max Scheler «Der Mensch im Zeitalter des Ausgleich» («El hombre en la época del equilibrio»), de octubre de 1927, reeditado en Henri Lichtenberger, James Shotwell y Max Scheler, *Ausgleich als Aufgabe und Schicksal*. 1929, pp. 31-63. Sobre esto C. Schmitt, «Das Zeitalter der Neutralisierungen und Entpolitisierungen (1929)», en *Der Begriff des Politischen* (ed. 1963), p. 90 [p. 24 de la traducción española de Javier Conde, *op. cit.*; p. 117 de la traducción de Agapito Maestre, *op. cit. N. d. t.*]

¹² Véase J. Freund, «La paz inencontrable», en *Revista de política internacional*, nº 69, septiembre-octubre de 1963, pp. 3-27.

justo; además, seguía en vigor el artículo sobre la culpabilidad de la guerra, el artículo 231 del Tratado de Versalles.

Esta situación, que hará suspirar a muchos lectores, es sobradamente conocida. Así, ¿qué significación tienen estos hechos y sus implicaciones políticas y jurídicas internacionales en la vasta literatura sobre Schmitt? La realidad es que no se alude a ellos ni una sola vez, por lo que las consecuencias entonces deducidas (y no sólo por Schmitt) aparecen, en el mejor de los casos, en un espacio espiritualmente atenuado¹³. Pero seamos incorrectos y honremos a la verdad: quien, como el autor de este ensayo, conozca unas pocas docenas de estudiosos de Schmitt, sabrá también que, siendo estos conscientes *tal vez* de semejante trasfondo histórico, lo ignoran intencionadamente en sus análisis. Uno de los estudios, ciertamente raros, en los que sí se tiene en cuenta todo esto pertenece a Günther Krauss, un muy próximo discípulo de Schmitt. Según Krauss, *El concepto de lo político* constituye una ideología de la resistencia nacional que incitó a descubrir el velo de ciertas ficciones e ilusiones, capacitando al pueblo alemán, en última instancia, para «el reconocimiento de su anómala situación y el enaltecimiento nacional»¹⁴. Se trata de un antídoto contra un liberalismo desnaturalizado que ha engañado a un pueblo agotado —tanto en el plano de la política práctica como de la superestructura intelectual— sobre su verdadera situación. Ese liberalismo, con la ayuda de los escritos de laboriosos intelectuales alemanes, ha laminado su capacidad de resistencia y le ha «bombeado los sesos por los orificios nasales».

Ciertamente, ese escrito tiene también una proyección intelectual trascendente a las coordenadas históricas, pues recoge una buena porción de la verdad de lo político. Así pues, el discernimiento general es deudor de las situaciones concretas. Lo más característico de las incontables interpretaciones erróneas es que la culpabilidad general de las tesis schmittianas es deducida de las referencias a las diferencias históricas del trato y el comportamiento humanos, mientras que la concreta radicación de sus escritos permanece desatendida. Schmitt ha de ser en primer lugar des-concretizado y des-historizado, para llevarlo después a la a-historicidad y a-concreción¹⁵.

Los intérpretes extranjeros se indignan, en mayor grado que los alemanes, al constatar que la situación de Alemania después de 1918 se diferenciaba muy poco de la de algunos Estados centroamericanos como Cuba, Haití, Santo Domingo y Panamá: control en vez de anexión; práctica de intervenciones frías mediante los mercados financieros o amenaza con ese tipo de intervenciones, formalmente negociadas según el Derecho internacional, pero que en realidad no son sino derechos atribuidos que facultan para intervenir y expoliar de los modos más variados; influencia sobre el presupuesto de Estados formalmente independientes, etc. La supuesta conservación de la soberanía alemana dependía de las definiciones de «defensa de los intereses extranjeros», «independencia», «seguridad pública y orden», «fidelidad contractual», «voluntad de paz», sometidas siempre al visto bueno de los aliados y de los Estados Unidos

¹³ Con más detalle G. Maschke, «Der ent-konkretisierte Carl Schmitt und die Besetzung der Rheinlande», en *Carl Schmitt Studien*, II, 2014 [El texto citado se corresponde con la ponencia de G. Maschke pronunciada en la reunión internacional de Roma en noviembre de 2001. Los cuadernos de la referencia, editados por Antonio Caracciolo, se publican en 2014. El texto aparece por primera vez en *Neunzehnte Etappe*, 2007, pp. 34-59; después en G. Maschke, *Der Tod des Carl Schmitt. Durchgesehene und um weitere Texte vermehrte Ausgabe*, Viena 2012, pp. 185-216. Finalmente, en una versión diferente, bajo el título "Der Ausgangspunkt der politischen Theorie Carl Schmitts: Frankreich okkupiert die Rheinland", en *Carl Schmitt Studien*, nº 2, 2014. N.d.l.r.]

¹⁴ Véase Clemens Lang (=G. Krauss), «Die Ideologie des Widerstandes», en *Deutsches Volkstum*, 1 de diciembre de 1932, pp. 959-64.

¹⁵ Véase nota 13.

—al mismo tiempo, los franceses hablaban de la equiparación de Alemania con Túnez (*Tunifizierung*)—. *La verdad es siempre deliciosa*¹⁶.

En esta situación resultó de lo más extraordinario que el pueblo alemán aprendiera finalmente a discriminar entre amigos y enemigos. Un pueblo que con el Sí a Locarno y el ingreso en la Sociedad de Naciones potenció voluntariamente el *Diktat* de Versalles, confirmando en parte esa sumisión como el principio del camino hacia la libertad. Aquí podemos encontrar ciertas debilidades en las reflexiones de Schmitt. Según algunos, en esa época Alemania carecía casi por completo de amigos, de modo que en realidad no se podía distinguir entre estos y los enemigos. En todo caso, pudo intentar comprender a sus diferentes enemigos y entablar relaciones con ellos, lo cual consiguió de manera moderada: si te encuentras entre dos enemigos, haz que disputen entre sí¹⁷. Además, mediante las ficciones jurídicas adecuadas, las cuales ocultaban la cruda realidad y con las que colaboraban afanosamente los juristas alemanes, el derecho de la Sociedad de Naciones y la retórica pacifista, se atenuaba la para Schmitt tan estimada visibilidad del enemigo. En el País de Jauja que fue la época de Locarno, entre 1925 y 1928, se desdibujaron los contornos del enemigo. Mas la menguante visibilidad de este llevó aparejada la intensificación de la enemistad, cuando menos a la larga. Aunque Schmitt no deja lugar a dudas sobre la centralidad de estos asuntos para su pensamiento, sus manifestaciones al respecto fueron demasiado sucintas¹⁸.

Léanse, aparte de *El concepto de lo político*, trabajos ya citados aquí como «La Renania como objeto de la política internacional» o, especialmente, el epítome con un título tan significativo como «Acercas del destino de lo político» («Um das Schicksal des Politischen»)¹⁹, «El *status quo* y la paz» o «La cuestión medular de la Sociedad de Naciones». Casi en cada una de sus páginas puede esperarse que aparezca la terminología «amigo y enemigo» (*Freund und Feind*). Schmitt describe la cosa aunque no posee todavía la sugestiva fórmula. Schmitt, como unos pocos escritores más, buscaba con avidez fórmulas sugestivas.

III

Schmitt encontró su sugestiva fórmula en 1926, cuando laboraba sobre *El concepto de lo político* en Bonn, la ciudad en la que vivía y enseñaba desde 1922 y en la que contempló de cerca la ocupación del Rin —desde la perspectiva del desmembramiento del *Reich*—, el sangriento golpe separatista frustrado de 1923 y donde, finalmente, experimentó cómo la ocupación del Rin halló su sombría continuación en la «Guerra del Rur» de 1923.

Pues bien, «la mano misteriosa que nos conduce hasta los libros», resultó especialmente providente con Schmitt, pues estaba dotado de un talento extraordinario para seguir la pista

¹⁶ Cfr. el opúsculo de C. Schmitt «Die Rheinlande als Objekt internationaler Politik (1925)», en el que se anticipa su crítica tardía al imperialismo (norteamericano).

¹⁷ Cfr. K. L. Nelson, *Victors divided. America and the Allies in Germany, 1918-1923*. Berkeley, 1975.

¹⁸ Schmitt, como los teóricos políticos barrocos, por él frecuentados y queridos, se aproximó al descubrimiento de la simulación, la disimulación, el fingimiento, etc., sobre lo que escribió de manera implícita e indirecta. Sobre esta tradición, entre otros: August Buck, *Die Kunst der Verstellung im Zeitalter des Barock. Festschrift d. Wissenschaftl. Gesellschaft an der Goethe-Universität*. Francoforte del Meno, 1981, pp. 185-203. De este cuestión se ocupó en España José Antonio Fernández Santamaría, «Simulación y disimulación. El problema de la duplicidad en el pensamiento político español del Barroco», en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 1980, pp. 741-67.

¹⁹ En *Die Schildgenossen*, V, 1924/25, pp. 313-22.

de los talentos contemporáneos más destacados. En Bonn conoció los escritos del pensador político hindú Kautilya (ca. 300 antes de Cristo) y del tacitista español Álamos de Barrientos (1556-1644), en los cuales, con frecuencia para hartazgo de los lectores, se trata del «amigo» y del «enemigo», así como de las numerosas y variadas modalidades de amigos y enemigos y sus inteligencias. Según su propio testimonio, evacuado ante mí, Schmitt leyó, muy poco después de su publicación, el libro del indólogo de Breslau Alfred Hillebrandt, *Altindische Politik. Eine Uebersicht auf Grund der Quellen*, editado en Jena en 1923 por Gustav Fischer. Hillebrandt esboza las ideas desarrolladas por Kautilya en su vasta obra *Arta-shastra* (que más o menos quiere decir *Manual para la ganancia de bienes terrenales*)²⁰. Schmitt, evidentemente, conocía la referencia de Max Weber a Kautilya en *Politik als Beruf*, de octubre de 1919²¹. En 1926 Schmitt leyó, también esta vez apenas editada, la traducción del *Arta-shastra*²² elaborada por el indólogo germano-americano Johann Jakob Meyer y presentada por él mismo. El *Arta-shastra* puede ser contemplado como una mezcla de Espejo de príncipes, teoría de la Razón de Estado, teoría de las alianzas, manual diplomático, repertorio de ardidés militares y propagandísticos y teoría de la administración. En Bonn también conoció Schmitt a su colega el indólogo Willibald Kirfel [1885-1964], que fue llamado en el mismo año que él, 1922, a la Universidad de Bonn. Kirfel editó, así mismo en 1926, la *Festgabe Hermann Jacobi*, ofrecidos al indólogo Hermann Georg Jacobi [1850-1937], quien había desempeñado la cátedra en Bonn desde 1889. En esa *Festgabe* hay algunos estudios sobre Kautilya²³.

Kautilya, a quien se suele parangonar cada vez más con Maquiavelo y Hobbes, incluso con Bismarck²⁴, declinó las diferencias entre amigo y enemigo con tenaz minuciosidad. Así, se ocupó del vecino limítrofe como enemigo; del enemigo de la retaguardia; del enemigo aniquilable, hostil u odioso; también del enemigo del enemigo; del amigo del enemigo; del amigo del enemigo del amigo; etc.²⁵ La traducción de Meyer, de penosa lectura, pues tal vez resulta demasiado ceñida al texto original, contiene algo más que la cosa objeto de la fórmula schmittiana. Kautilya impresionó sobremanera a Schmitt, aunque este únicamente hizo alusión a él en una ocasión, por lo demás junto a Maquiavelo y Max Weber²⁶.

Al igual que muchos brillantes escritores, Carl Schmitt fue también un tanto laxo en ma-

²⁰ Las diferencias en la ortografía de Kautilya (o Kautalya) son fútiles en alemán; lo mismo sucede con *Artashastra*.

²¹ Véase Max Weber, «La política como vocación (1919)», en M. Weber, *El político y el científico*. Madrid, Alianza Editorial, 1986, pp. 81-179. Trad. de F. Rubio Llorente. «El 'maquiavelismo verdaderamente radical', en el sentido habitual del término, está clásicamente representado en la literatura hindú por el *Arthashastra* de Kautilya, que es muy anterior a nuestra Era y data probablemente del tiempo de Chandragupta. A su lado el *Príncipe* de Maquiavelo nos resulta perfectamente ingenuo» (p. 169).

²² Véase Johann Jakob Meyer, *Das altindische Buch vom Welt- und Staatsleben. Das Arthaśāstra des Kauṭilya*. Leipzig, Otto Harrassowitz, 1926, LXXXVIII + 983 pp. Reimpresión fotomecánica: Graz, Akademische Druck- und Verlagsanstalt, 1977. En su rica y algo desordenada introducción se refiere Meyer a la ilusoria política de Wilson, a la imagen que se tenía en ese momento de la guerra (guerra química), Versailles, etc. La mejor edición de Kautilya es la de R. P. Kangle, *The Kauṭilya Arthaśāstra*. Delhi, Motilal Banarsidass, 1986, 3 t.: I, XVIII + 343 pp. (sánscrito); II, XVI + 519 pp. (inglés), III, VI + 302 pp. (comentarios y detalladas referencias también a la literatura alemana).

²³ Véanse pp. 346-67 y 422-28.

²⁴ Cfr. las referencias del tomo de comentarios de la edición de Kangle (nota 22 *supra*), espec. pp. 269-73.

²⁵ Véase J. J. Meyer, *op. cit.*, pp. 402 *sq.*, 835 *sq.* y 902 *sq.* (índice de materias bastante detallado y exhaustivo).

²⁶ Véase C. Schmitt, «Macchiavelli. Zum 22. Juni 1927», en *Kölnische Volkszeitung*, 21 de junio de 1927 –IV centenario de la muerte del florentino–: «Maquiavelo, conocedor de la literatura hindú, nunca se interesó por los libros hindúes sobre la política y el arte político, a los que aventajaba en mucho». También en C. Schmitt, *Staat, Großraum, Nomos*. Ed. de G. Maschke. Berlín, Duncker und Humblot, 1995, p. 104.

teria de propiedad espiritual, adueñándose bastante a menudo de las fórmulas acuñadas por otros, aunque en ocasiones se trata de un homenaje intelectual. Es este un modo de proceder bien conocido entre los literatos; es el caso, por ejemplo, de Bert Brecht, cuyo único error fue apropiarse de autores célebres. Gottfried Benn era bastante diestro en el saqueo de biografías elegantes sobre princesas destronadas, suponiendo que esas ediciones *mondaines* no estarían al alcance de *su* público²⁷. El propio Schmitt sacó algunas de sus más conocidas frases de trabajos de autores de segunda o tercera fila; en el caso de Kautilya y Álamos de Barrientos se trataba de estrellas de primera magnitud, si bien, desde luego, desconocidas en la Alemania de su tiempo.

Álamos de Barrientos, consejero y amigo de Antonio Pérez [1540-1611], cuya suerte siguió, compartiendo con él prisión desde 1590, pues cayó en desgracia como Secretario de Estado de Felipe II²⁸, tradujo durante su encarcelamiento las obras más importantes de Tácito, a las cuales añadió 5262 aforismos, más bien moralejas y conclusiones de estilo sentencioso que comentarios propiamente dichos. Esta obra sólo pudo publicarse en 1614 bajo el título *Tácito español con aforismos*. Álamos de Barrientos, tal vez con la ayuda de Antonio Pérez, concluyó en 1598 el *Discurso político al rey Felipe III al comienzo de su reinado*²⁹. Álamos se contaba entre los españoles tacitistas, los cuales, no en último término a causa de la tajante desaprobación de Maquiavelo por la Iglesia católica, con el fin de propagar las ideas sobre la Razón de Estado y la necesidad absoluta y, al menos ocasionalmente, ensanchar los preceptos de la moral católica, se ponían a cubierto detrás de las anchas espaldas de Tácito³⁰. En verdad, este siempre había sido pagano, pero Maquiavelo, según la opinión del clero, se apartó de la fe y se convirtió en un pagano, lo que era infinitamente peor. Álamos, cuyo estilo carece de artificios literarios, fue uno de los más sobrios representantes del tacitismo, corriente fundada por Justo Lipsio [1574-1606] y que alcanzó a toda Europa. Fue también uno de los primeros en ocuparse de la política como *ciencia*, basándose para ello en la experiencia, las comparaciones históricas y un examen minucioso de los afectos humanos. Mas no le parecía posible alcanzar una certidumbre definitiva, pues el libre arbitrio no se deja abarcar plenamente. La

²⁷ Sobre esto Joachim Vahland, *Gottfried Benn. Der unversöhnte Widerspruch*. 1979, espec. pp. 94-103.

²⁸ Sobre Antonio Pérez cfr. la biografía de Gregorio Marañón, *Antonio Pérez. El hombre, el drama, la época*. Madrid, 1947, 2 t. Edición alemana: *Antonio Pérez. Der Staatssekretär Philipps II*. 1959. (No incluye los anexos documentales, las numerosas notas a pie de página, etc., de la edición original española).

²⁹ Parece que el *Tácito español* de Álamos de Barrientos no ha vuelto a ser reeditado íntegramente desde 1614. Entretanto disponemos de una esmerada edición prologada por J. A. Fernández Santamaría: *Aforismos al Tácito español*. 2 t. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1987. CXLVII +993 pp. (numeración continua). El *Discurso* apareció por primera vez en una edición francoespañola: *L'art de gouverner*. París, Plon, 1867. El editor, J. M. Guardia, mantuvo la autoría de Antonio Pérez. Carl Schmitt conocía esta edición. La nueva edición del *Discurso*, editada por Modesto Santos, se publicó en 1990 en una editorial barcelonesa, Anthropos (LIII + 131 pp. —en las páginas XV y XLVI hay referencias del editor a Schmitt—). Hasta donde he podido saber, la única monografía sobre Álamos de Barrientos es obra de Manuel F. Escalante: *Álamos de Barrientos y la teoría de la Razón de Estado*. Barcelona, 1975 —referencias a Schmitt en las pp. 136 y 154—.

³⁰ Se trata, naturalmente, de una apreciación bastante tosca. Sobre el tacitismo cfr. Giuseppe Toffanin, *Machiavelli e il 'Tacitismo'*. Padua, 1921. Jürgen v. Stackelberg, *Tacitus in der Romania*. 1960 (recepción en Italia y Francia). Else-Lilly Etter, *Tacitus in der Geistes-geschichte des 16. Und 17. Jahrhunderts*. 1966. M. Stolleis, *Staat und Staatsräson in der frühen Neuzeit*. 1990. Sobre el tacitismo español: José Antonio Maravall, *Teoría del Estado en España en el siglo XVII*. Madrid, 1944, nueva edición en 1997, espec. pp. 361-408. G. Fernández de la Mora, «Maquiavelo visto por los tratadistas españoles de la Contrarreforma», en *Arbor*, julio de 1949, pp. 417-49. J. A. Fernández Santamaría, *Razón de Estado y política en el pensamiento español del Barroco (1595-1640)*. Madrid, 1986 —sobre Álamos véanse espec. pp. 172-86—. También de J. A. Maravall, *Estudios de historia del pensamiento español*, III, Madrid, 1984. Cfr. también las numerosas referencias de Eberhard Straub, *Pax et Imperium. Spaniens Kampf um seine Friedensordnung in Europa zwischen 1617 und 1635*. 1980.

política es, después de todo, una «ciencia de contingentes».

Entre sus aforismos se encuentran algunos centenares en los que se trata del asunto amigo-enemigo. De hecho, en su *Dedicatoria* al Duque de Lerma explicó que las reglas que ordenan el ascenso y la declinación de los Estados las había adquirido por «el conocimiento de los humanos afectos hacia el amigo y el enemigo», «se trate de príncipes, ministros o vasallos». En esta *Dedicatoria* de 11 páginas se repara una y otra vez en el amigo y el enemigo, cuya existencia y significación fundamental constató para los cuatro planos sociales por él examinados: el ámbito de las familias, todavía prepolítico; el de los estamentos y su organización; el del interior de los Estados y, finalmente, el de las relaciones entre estos. «Amigo» y «enemigo» representan para Álamos, en general, *la* relación política (y social) fundamental. En este punto puede hablarse pues, sin desvirtuar su sentido, de «esencia», lo mismo que en Schmitt. En cualquier caso, Enrique Tierno Galván pudo afirmar que el texto de Álamos «parece escrito por la pluma de Carl Schmitt»³¹.

Pero aún más rotunda y aguda es la insistencia de Álamos en el «amigo» y el «enemigo» en su *Discurso*, en cuyo título completo reza *Discurso al rey, nuestro Señor, del estado que tienen sus señoríos y los amigos y enemigos, con alguna advertencia sobre el modo de proceder y gobernarse con los unos y con los otros*.

Ahí encontramos páginas y páginas sobre los «enemigo públicos y secretos» del rey. Álamos de Barrientos advierte incansablemente sobre los tres principales enemigos, con los cuales es imposible que España viva en paz simultáneamente: dos son exteriores, Francia e Inglaterra, y uno interior, Flandes. Italia se le revela como un «nido de enemigos secretos», en tanto que hostiga a Turquía, «enemigo a causa de la religión», de la cual se sirven los principales enemigos, Inglaterra y Francia. Álamos disecciona, frecuentemente con gran detalle, la actitud de los Estados de la época ante España. Una y otra vez inquiere sobre las relaciones de esos Estados entre sí. ¿Cuál es la situación de la amistad y la enemistad? ¿Qué intensidad o densidad resulta más apropiada? ¿Cómo deben evaluarse las fuerzas militares? ¿Cuándo debe intervenir la diplomacia española? Por lo que se refiere a la ocupación de la Indias occidentales, Álamos sostenía que entre estas y España no existía enemistad, sino («en su lugar») un vasto océano cuya travesía requiere de muchos días, un camino marítimo que los enemigos podrían atajar. Álamos combatió a los neutrales por la extraordinaria desconfianza que le inspiraban, pues antes eran enemigos potenciales que amigos potenciales; nunca se cansó de explicar que los ingleses eran unos herejes, de los cuales también estaba plagada Francia. La guerra acotada y el enemigo justo están todavía lejos de aquí...

El *Discurso*, dejando a un lado algunas consideraciones políticas y económicas, está consagrado en su mayor parte a la cuestión del «amigo-enemigo», así como a la consideración de sus diferentes, cuando no engañosas formas de ser. La frase «Lo político es la distinción entre el amigo y el enemigo» viene directamente de los escritos de Álamos. Por lo demás, parece que hacia 1600 era en España una expresión proverbial. Schmitt me aseguró con gran énfasis que encontró la expresión, literalmente, en las obras de Álamos. Durante mucho tiempo he tenido motivos para creerle. De todas formas, aunque no sea literal, se trata de la «frase clave» de Álamos de Barrientos.

³¹ Así, en su artículo «El Tacitismo en las doctrinas políticas del Siglo de Oro español» —redactado originalmente entre 1947 y 1948—, en *Escritos (1950-1960)*. Madrid, 1971, pp. 11-93. Véase también sobre esto las memorias de E. Tierno Galván, *Cabos sueltos*. Barcelona, Bruguera, 1982, p. 167.

IV

Kautilya sirvió como ministro a la dinastía Maurya cuando esta se encontraba en su apogeo político. Quien se hallaba en lo más alto adoptó decisiones con agudeza y amplitud de miras, sabedor de los peligros que pueden amenazar también a los poderes mejor conformados. Kautilya fue un gran señor que se trataba solamente con unos pocos grandes señores, razón por la cual pudo expresarse con tanta claridad. Álamos, por el contrario, fue únicamente el consejero de un personaje influyente durante algún tiempo y que caería en desgracia mientras empezaba a vislumbrarse la decadencia del poderío hispánico, que él aspiraba a contener. Álamos se veía ya forzado a enmascarar sus preclaros escritos, lo que a veces resulta un disimulo gratuito. Hacia 1925 o 1927, por último, Schmitt era un profesor apenas conocido en un país postrado, difamado, inspeccionado y en bancarrota, en una semicolonia, la cual, amenazada con la indefensión y la deshonra, se había convertido en una provincia, cuyo impotente gobierno central, que apenas si podía ofrecer una modesta protección, carecía totalmente de fuerza para imponerla en la región del Rin. Schmitt se contentaba con un esbozo general, equívoco e inagotable, y algunas monografías aparentemente modestas: bien pasaba por un astuto mayéutico, bien por un oferente de simientes.

Una nación plenamente consciente de su potencia operante, ilimitada y permanente; una nación desestructurada, pero con una fuerza todavía significativa; una nación encadenada y abatida. He aquí tres situaciones políticas muy diferentes. Mas para todas vale la gran verdad parcial del «amigo-enemigo», que siempre estará vigente, *usque ad finem*.

[TRADUCCIÓN DE J. M.]

SCHMITT EM WEIMAR: REFLEXÕES SOBRE A CRÍTICA ANTILIBERAL A DEMOCRACIA

SCHMITT IN WEIMAR: REFLECTIONS ON THE ANTILIBERAL CRITIQUE OF DEMOCRACY

CAIO HENRIQUE LOPES RAMIRO

FACULDADE CIDADE VERDE (FCV), MARINGÁ-PR-BRASIL

RESUMO O objetivo principal deste trabalho é desenvolver uma reflexão a respeito do antiliberalismo de Carl Schmitt. Para tanto, nos valem os textos que Schmitt dedica ao tema e, partindo de um método hermenêutico, foram analisados os textos de bibliografia primária e, doravante, obras de interlocutores.

PALAVRAS-CHAVE Carl Schmitt, Antiliberalismo, Democracia, Weimar

ABSTRACT The main purpose of this work is to develop a reflection on the antiliberalism of Carl Schmitt, using the texts that Schmitt dedicates to the theme and, starting from a hermeneutical method, the texts of primary bibliography and works of interlocutors.

KEYWORDS Carl Schmitt, Antiliberalism, Democracy, Weimar

INTRODUÇÃO

O presente trabalho tem por objetivo desenvolver uma reflexão acerca do pensamento de Carl Schmitt e sua crítica do liberalismo e do Estado de direito dele decorrente. Para tanto, no primeiro movimento do texto desenvolveu-se uma aproximação do contexto histórico-político do início do século XX alemão, quadra da história conhecida como a do surgimento da república de Weimar, espaço em que Schmitt dialoga criticamente e escreve alguns de seus principais textos.

Em um segundo movimento, pretende-se a leitura e análise de alguns dos textos e conceitos que Schmitt desenvolve dentro do período weimariano, em especial de *Die geistesgeschichtliche Lage des heutigen Parlamentarismus*¹, em diálogo com a análise feita por Günter Maschke.

Por fim, propõe-se, a partir de um diálogo com a análise de Maschke, a necessidade de certo cuidado com a abordagem e a crítica do liberalismo schmittiano, considerando-se os rumos e os sentidos pretendidos por Carl Schmitt e os impactos de seu pensamento quando em uso como ancoragem de uma crítica da democracia.

I. APROXIMAÇÃO DO CONTEXTO WEIMARIANO

Inicialmente, apresenta-se interessante considerar que a quadra histórica que se desenvolve entre os anos de 1918 a 1933 parece ser um período importante não só para a Alemanha, mas, também, para todos aqueles que em alguma medida se preocupam por questões bastante difíceis que envolvem a ideia de Estado, a Política e o Direito. A República de Weimar exerce certa fascinação muito pela forma como se desenvolveram as relações políticas; pela maneira como se deu a sua queda e, além disso, pelo período sombrio que a sucedeu, a saber: o advento do nacional-socialismo, com algumas questões de natureza fantasmagórica que podem ser projetadas para o nosso *tempo de agora*. Por conseguinte, é imaginável a quantidade de temas e problemas possíveis de serem investigados dentro dessa quadra da história alemã, consequentemente, não se admite como tarefa na presente investigação uma reconstrução pormenorizada do espaço temporal democrático weimariano, mas, apenas, apontar algumas questões que irão se ligar com um de seus interlocutores, a saber: o *jusfilósofo* Carl Schmitt.

Após a primeira guerra planetária, que exigiu o máximo das forças do povo alemão, em 9 de novembro de 1918, caiu o governo imperial e, na cidade de Weimar, foi proclamada na Alemanha uma República Parlamentar, com o aparecimento de um documento constitucional que leva o nome da cidade da proclamação e ficam conhecidos como República e Constituição de Weimar. O processo político em que está inserida a ideia de uma república é bastante conturbado, uma vez que até aquele momento a Alemanha tinha uma cultura imperial de governo (período guilhermino), dessa maneira, a ideia de uma democracia não era consenso na tessitura social alemã. O contexto histórico-político de eclosão da república weimariana se dá especialmente pela ruptura da aliança de forças que articulava a situação político-institucional e social arquitetada pelo “chanceler de ferro” Otto von Bismarck (González, 1992, p. 318).

A República de Weimar e seu famoso documento constitucional nascem em um contexto de quase guerra civil, com avanços e retrocessos do ponto de vista político. Há um processo de fortalecimento do pensamento progressista de matriz socialista e da social-democracia, com a eclosão de tumultos e algumas derrotas, dessa maneira, “os edificadores da república de Weimar, de frente a tarefa de construir depois da revolução de 1918 um novo estado e uma nova sociedade, trataram de expressar uma nova filosofia de vida e um novo sistema, omni-compreensivo e universalmente aceito, de valores” (Neumann, 2005, p. 25).

As dificuldades para o florescimento da democracia eram impostas não só pela questão política interna - essa última ligada a uma grande quantidade de alemães, em especial aqueles atrelados ao regime imperialista, que não aceitavam a forma de governo democrática-, mas, ao

¹ *Os fundamentos histórico-espirituais do parlamentarismo na sua situação atual.*

mesmo tempo, ao problemático acordo de paz documentado no *Tratado de Versalhes*² e, além disso, a sociedade tinha de se reconstruir igualmente do ponto de vista econômico e contava agora com uma economia bastante fragilizada e instável, com o maior registro de inflação do período (Fulbrook, 2012, p. 170).

A democracia em Weimar sofrerá com duros golpes de ambos os lados do arco ideológico – serão lançadas críticas tanto de extrema esquerda quanto de extrema direita –, com tentativas de golpes de estado, invasão de território, em especial de sua zona industrial por franceses e belgas, até o período de dissoluções do parlamento e a derrubada legalizada dos princípios da república, de tal modo, é bastante comum uma divisão do período weimariano em três fases, a saber: a) a primeira de crise e busca da ordem política nos anos iniciais (1919-1923); b) um segundo momento de aparente estabilidade social, econômica e política (1924-1928) e c) o reaparecimento de um período de crise e a queda da república (1929-1933).

No que diz respeito ao documento constitucional surgido com a passagem para a democracia weimariana, para Neumann a constituição de Weimar tem por essência o estabelecimento de um compromisso colaboracionista entre todos os grupos sociais e políticos. Logo, a luta de classes deixa de existir e em seu lugar há necessidade de se reconhecer uma colaboração entre as mesmas, com o surgimento de uma teoria social pluralista que se opõe a ideologia da soberania estatal centralizada existente no império, organizando, de tal modo, os interesses conflitantes, uma vez que agora esse conflito se faria dentro do procedimento democrático parlamentar (Neumann, 2005, p. 26).

O que se buscava com a república de Weimar – de verniz parlamentar –, era a possibilidade de coexistência de diferentes projetos de vida e visões políticas, o que marca um espaço político plural, exigido pela democracia. Para a co-habitação dessas cosmovisões parece necessária a existência de um pacto fundamental, um documento em que estejam presentes os termos desse grande acordo, o que será representado pela constituição de Weimar. De tal maneira, o documento constitucional surge como a base fundamental do acordo entre as forças sociais e políticas antagônicas, presentes na Alemanha no início do século XX (Neumann, 2005, p. 27).

O pacto supra referido irá se constituir como o artifício do pluralismo democrático que visa garantir a existência da democracia no período weimariano, significa dizer que existiram inúmeros pactos entre os grupos, com decisões importantes para os rumos da organização político-institucional do estado e sobre a vida política (Neumann, 2005, p. 27).

A proclamação da república e o advento da constituição de Weimar não extinguiram a insatisfação política, mas obscureceram a vista daqueles que lideraram a revolução de 1918. A esquerda alemã contou com inúmeras rupturas do partido social-democrata (SPD) e aparição de novas agremiações partidárias como, por exemplo, o *Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands* (Partido Social-Democrata Independente da Alemanha – USPD) e o *Kommunistische Partei Deutschlands* (Partido Comunista da Alemanha – KPD), esse último conhecido como «Liga Espartaquista» cujas lideranças eram Rosa Luxemburgo e Karl Liebknecht, assassinados em Berlim em 1919 por atividades do exército e dos *Freikorps*³, após

² Documento assinado para por fim a Primeira Guerra Mundial em que se exigia da Alemanha o reconhecimento de sua responsabilidade, impondo sanções de reparação a inúmeros Estados e, ainda, os termos impostos à Alemanha incluíam a perda de uma parte de seu território para certo número de nações fronteiriças, de todas as colônias sobre os oceanos e sobre o continente africano, bem como uma restrição ao tamanho de seu exército.

³ Os «Corpos Livres», grupos para-militares voluntários financiados pela indústria e treinados pelas forças armadas para suprimir os levantes político-revolucionários (Fulbrook, 2012, p. 175).

a repressão a um levante que protestava contra algumas questões discutias no Parlamento sobre os rumos da Alemanha. No que diz respeito à formação do pensamento conservador autoritário, o primeiro ponto foi à escolha de um inimigo e o foi eleito para tanto modo de via burguês e liberal, os quais foram apontados como responsáveis históricos pelos dissabores da derrota germana na guerra e que se configura como «um novo e poderoso ingrediente ao qual somar as demais reprovações já elaboradas que desembocariam na construção dos novos traços republicanos impostos pelo constitucionalismo de Weimar» (Bueno, 2011, p. 283). Conforme Ellen Kennedy:

Os problemas da Constituição de Weimar se converteram no centro do pensamento de Schmitt entre 1919 e 1933 devido ao fato de que suas elucubrações científicas surgiram no calor desse texto. Mas diferente da maioria dos juristas preocupados com o direito público, e em profundo desacordo com o método dominante na jurisprudência da época, Schmitt rechaçou o formalismo constitucional em favor de uma aproximação que situou as questões de direito público dentro da política e da história⁴ (Kennedy, 2012, p. 31).

Além disso, é possível a verificação na conjuntura histórica weimariana de uma tensão entre o projeto do pluralismo democrático e os interesses do capital monopolista alemão, que irá se valer da gigantesca inflação do período para construir impérios econômicos e difundir uma ideologia de agressão ao regime democrático e a constituição de Weimar. Nessa linha, a fenda abismal será reforçada pelos ataques à democracia com a construção de um discurso unilateral que tinha pretensões de representar os interesses do «povo alemão», o que se transformaria em verdadeiro nacionalismo com feições conservadoras e autoritárias.

Para Roberto Bueno:

A forte oposição conservadora revolucionária encontrava-se nas supostas manifestações de valores de caráter antigermânico, para nada consagradores dos valores nórdicos autenticamente germanos, identificadas nas construções teóricas do novo regime republicano weimariano, em suma, era o reforço a uma posição de Rosenberg, para quem não apenas os homens nórdicos como os seus valores eram representantes de um momento superior na história (Bueno, 2011, p. 283).

Cabe agora buscar as linhas de força de um dos críticos da democracia parlamentar de Weimar, a saber: Carl Schmitt. Dessa maneira, as aspirações que se seguem têm por objetivo inventariar alguns dos argumentos da crítica schmittiana ao liberalismo e, por consequência, da democracia e da república de Weimar.

II. NOTAS SOBRE O ANTILIBERALISMO SCHMITTIANO

Antes mesmo de nos aproximarmos da proposta crítica de Carl Schmitt ao liberalismo, convém ressaltar que a pretensão do presente ponto do trabalho é a de examinar as linhas de força de um dos motivos do antiliberalismo do jurista alemão, especialmente aquele que diz respeito à motivação de crítica política interna e que se refere à situação da República de Weimar. Tal delimitação temática se apresenta necessária dado que a crítica ao liberalismo

⁴ As traduções são livres e de minha autoria, salvo indicação em contrário.

atravessa toda a obra de Carl Schmitt e uma reconstrução pormenorizada não se mostraria possível dentro da limitação do presente trabalho.

Günter Maschke elenca três motivos para o antiliberalismo de Schmitt. O primeiro estaria ligado a uma abordagem meta-política de viés teológico em que todas as reflexões de Schmitt se estabeleceriam em uma fundamentação teológica da política, pois «na base de toda política nos deparamos sempre com a teologia, e não só no sentido de analogia. O antiliberalismo de Schmitt permanece radicado em seu catolicismo» (Maschke, s/d, p. 5). As fontes referenciais do pensamento teológico político de Schmitt são os pensadores da filosofia de Estado da contra-revolução como Joseph de Maistre, Louis de Bonald e Juan Donoso Cortés, além disso, nutre-se «da polêmica antiliberal do Papa Pío XI e seu *Syllabus* de 1864 [...] e, finalmente, do *Renouveau catholique* francês e alemão de princípios do novo século» (Maschke, s/d, p. 5). A respeito dos pensadores contrarrevolucionários, diz Schmitt:

Os filósofos de Estado católicos de Maistre, Bonald, Donoso Cortés, chamados na Alemanha de românticos por terem sido conservadores ou reacionários e terem idealizado as condições medievais, consideravam o eterno discurso muito mais como um produto tragicômico da fantasia. O que sua filosofia de estado contra-revolucionária mais destaca é a consciência de que a época exigia uma decisão; com uma energia levada ao extremo entre as duas revoluções de 1789 e 1848, o conceito de decisão passou a ocupar o centro de seus pensamentos. Em todos os lugares em que a filosofia católica do século XIX se expressou, numa atualidade espiritual, de alguma forma ela expressou o pensamento da imposição de uma nova alternativa, que não admitia mais mediações (Schmitt, 1996a, p.121).

Dessa forma, o catolicismo de Schmitt se nutre das reflexões dos mencionados pensadores católicos a fim de sustentar «uma afiada crítica da modernidade que encontra no liberalismo do século XIX sua expressão mais significativa» (Maschke, s/d, p. 5) e, ainda, ampara toda sua proposta decisionista que elege a decisão como o elemento jurídico por excelência e a coloca nas mãos do soberano que irá decidir a respeito da exceção e da normalidade (Schmitt, 1996a)⁵.

Doravante, outro motivo do antiliberalismo de Schmitt embasa sua reflexão a respeito da política exterior e internacional, que se relaciona com a conjuntura da república de Weimar, e o alvo da crítica de Schmitt agora passa a ser Genebra e Versalhes. Na leitura do jurista alemão o tratado que põe fim a primeira guerra planetária significa uma humilhação ao povo alemão, dessa maneira, implica sua «dominação espiritual, a sugestão moral, a represália econômica e uma pretensa ação pacífica (a ocupação da Renania)» (Maschke, s/d, p. 6). Para Schmitt o

⁵ Schmitt alinha alguns conceitos para formular sua proposta decisionista, quais sejam: soberania, exceção e decisão, e os coloca como ponto de partida para qualquer espécie de reflexão sobre as condições da vida como toda sua extensão, ou seja, levando em consideração toda a conflituosidade existente, e não apenas o caso normal. Alexandre Franco de Sá afirma que «trata-se da distinção entre *ordem* e *ordem jurídica*, a qual estará na origem da sua futura distinção entre *nómos* e *lei*. É em *Politische Theologie*, ao defender o carácter ilimitado do poder do Estado, ao argumentar que todo direito é “direito de situação”, decidido por um Estado soberano cujo poder decisório é puro e sem vínculos, que Schmitt apresenta a distinção fundamental entre direito enquanto ordem jurídica e ordem propriamente dita. A decisão de um Estado que funda o direito, e que se caracteriza pela possibilidade de abrir uma exceção a este direito, não surge a partir de um puro vácuo. Ela não resulta de uma vontade inteiramente arbitrária, de uma vontade que não se encontra como critério de ação senão a sua própria arbitrariedade. Pelo contrário: uma tal decisão surge em nome de um direito mais fundamental, de uma ordem anterior à própria ordem jurídica por ela efectuada. O Estado decide puramente o direito e, nessa medida, é caracterizado no seu poder, enquanto soberano, pela possibilidade da abertura de um estado de exceção. Contudo, ele não pode abrir um tal estado em nome de um capricho ou de um mero arbítrio, mas sempre em nome de uma ordem superior que, enquanto, superior, se pode assinalar como meta-jurídica» (Sá, 2003, p. 170).

tratado de Versalhes simboliza novos métodos de dominação imperialista ou o *Völkerrechtliche Formen des modernen Imperialismus*, artifícios tipicamente liberais de criminalização do inimigo e colonização do político (Maschke, s/d, p. 6), o que autoriza alguns autores⁶ a caracterizar Schmitt como um dos grandes teóricos do ressentimento e em total acordo com o seu *Zeitgeist*, significa dizer o ressentimento de toda uma geração que é vocalizado por Schmitt contra a República democrática e de massas e à modernidade política (Matos, 2003). Portanto, para Günter Maschke «Schmitt se opõe a Weimar posto que Weimar não «ataca» a Genebra e Versalhes. Weimar não ataca em razão da submissão as medidas dos vencedores» (Maschke, s/d, p. 6).

Feitas estas considerações a respeito de dois dos três motivos apresentados por Maschke a respeito do antiliberalismo de Schmitt, a partir desse momento as pretensões se voltam para uma análise das linhas de força do motivo de crítica política interna e que se refere à situação da República de Weimar. A proposta de análise por esse viés teria de dar conta de alguns textos de Schmitt, contudo, o foco ficará centrado em *Die geistesgeschichtliche Lage des heutigen Parlamentarismus*, texto publicado em 1923 que apresenta severas críticas ao parlamentarismo e, no que for possível, o texto *Der Begriff des Politischen*⁷, em sua versão de 1932.

A reflexão schmittiana antiliberal se coloca no texto *Die geistesgeschichtliche Lage des heutigen Parlamentarismus* e a preocupação de Schmitt é refletir acerca da condição de possibilidade de uma relação entre liberalismo e sistema parlamentar como fundamentos da democracia. Schmitt tenciona indicar que a relação entre liberalismo e democracia é inviável, e sua aliança se deu de maneira estratégica no período de luta contra as monarquias absolutas. Para Jesús Silva-Herzog Márques, ao escrever o ensaio de 1923, Schmitt pretende demonstrar que o governo representativo está ferido de morte, seus fundamentos intelectuais (deliberação pública; equilíbrio de poderes), suas promessas de publicidade (fim do segredo de Estado) e limitação do poder não correspondem à realidade, que se transformou em perversão da ação política, impedindo o reconhecimento da identidade entre governante e governado. (Márques, 1996, p. 153).

No diagnóstico de Schmitt o indivíduo burguês, ao chegar ao poder, dá prevalência à esfera privada, dessa forma, o paradigma de racionalização técnica do liberalismo preconiza a defesa do indivíduo privado burguês em detrimento do político, com a articulação das «despolitizações» e «neutralizações» feitas dentro do cenário da necessidade das discussões. Ao refletir sobre a coexistência do princípio de identidade (forma democrática) com o princípio de representação (monarquia), «Schmitt declara que o princípio do parlamentarismo, enquanto preeminência do legislativo sobre o executivo, não pertence ao universo do pensamento da democracia, mas ao do liberalismo» (Mouffe, 1992, p. 1).

Nas palavras de Schmitt:

A democracia deverá abolir todas as distinções, todas as despolitizações típicas do século XIX liberal, e ao apagar a oposição Estado-sociedade (= o político oposto ao social) fará também desaparecer as contraposições e as separações que correspondem à situação do século XIX (Schmitt, 1992, p. 47).

O político deve ser visto como o total e o território por excelência do conflito e «em completa analogia com o perigo segundo Clausewitz» (Maschke, s/d, p. 11), não sendo possível

⁶ Para melhor desenvolvimento ver Bueno (2011) e Matos (2003).

⁷ O conceito do político.

ao pensamento schmittiano imaginar uma harmonização feita mediante discussão parlamentar que busca um consenso racional no universo do político. Schmitt, a fim de justificar seu ponto de vista e sua crítica à democracia liberal, vale-se da reflexão de Donoso Cortés, que afirmava ser a burguesia «uma classe que discute» (Schmitt, 1996a, p. 125).

Nota-se aqui que Schmitt se coloca nas fileiras de oposição ao liberalismo e ao racionalismo, inclusive o contemporâneo, representado, por exemplo, pela corrente do liberalismo kantiano, com forte diálogo e crítica de Hans Kelsen dentro do período weimariano e, além disso, pode-se imaginar seu pensamento como antípoda de pensadores como Dworkin, Rawls e Habermas.

Para Bernardo Ferreira:

Segundo Schmitt, a associação que, no século XIX, pela via do parlamentarismo e da oposição às monarquias absolutas, teria se estabelecido entre democracia e liberalismo, não seria necessária. Pelo contrário, a emergência da democracia de massa tornaria evidente a natureza circunstancial dessa aproximação e estaria conduzindo à crise da ordem liberal parlamentar (Ferreira, 2004, p. 197).

Conforme Schmitt «a situação do sistema parlamentar tornou-se hoje extremamente crítica, porque a evolução da moderna democracia de massas transformou a discussão pública, argumentativa, numa simples formalidade vazia» (Schmitt, 1996b, p. 8). De tal modo, para Schmitt a crença em um governo da discussão pertence ao universo intelectual do liberalismo e não à democracia (Schmitt, 1996b, p. 10). Logo, verifica-se que o liberalismo, ao alcançar o poder, modifica-se no sentido de afastar do político sua imagem conflituosa, com a pretensão de organização de um contexto pacífico de existência social, um governo das leis – ou o império do direito –, e não dos homens. O procedimento adotado pelo liberalismo pode-se dizer pretende neutralizar o político, ou seja, ligar o político ao ético e subordiná-lo ao econômico (Schmitt, 1992, p. 88).

Dirá, então, Schmitt:

O liberalismo decerto não negou radicalmente o Estado, mas por outro lado também não encontrou nenhuma teoria positiva do Estado e nenhuma reforma própria do Estado, mas procurou, isto sim, prender o político ao ético e subordiná-lo ao econômico; ele criou uma doutrina da divisão e do equilíbrio dos ‘poderes’, isto é, um sistema de obstáculos e controles do Estado que não se pode designar como teoria do Estado ou princípio de construção do político (Schmitt 1992, p. 88).

Ao que parece a tentativa do liberalismo foi a de exercer o seu controle sobre o Estado, a de vincular o poder do Estado a sua esfera de atuação ou, até mesmo, criar barreiras que poderão servir aos seus interesses, neutralizando o político com relação aos interesses dos negócios privados, o que caracterizaria para Schmitt uma progressão da concepção teológica para a econômica, passando pela via metafísica (Bueno, 2010, p. 62).

Conforme já mencionado, o liberalismo pretende uma supremacia do seu individualismo sobre o político, almeja uma desconstrução do público, passando este último a ser representado por sua imagem institucionalizada. Logo, a crítica schmittiana ao liberalismo parece capaz de apontar ou trazer à luz o diagnóstico de que o procedimento neutro e despolitizado da democracia parlamentar pode se apresentar como uma estratégia política de manutenção de poder, e tal ação poderá ser garantida pela articulação de conceitos como os de direito e paz (Schmitt, 1992, p. 92-93), categorias presentes no pensamento jurídico-político e que são o título de uma obra de Hans Kelsen.

No entender de Günter Maschke o escrito de 1923 não seria representativo apenas de certa imagem antiliberal de Schmitt, mas, sim, de uma crítica ao parlamentarismo do século XX e ao estado de partidos que se apresentaria, em última análise, como «uma consequência do liberalismo clássico, mas também uma negação de seus propósitos imperativos, dos que Schmitt se serve como modelo» (Maschke, s/d, p. 6). No fundo, ao que parece, para Maschke há possibilidade de se reconhecer a crítica de Schmitt como antiliberal, no entanto, com a necessidade de uma distinção entre o antiliberalismo e seu ataque ao parlamentarismo (e ao pluralismo) (Maschke, s/d, p. 6).

O cenário político do aparecimento do texto de 1923 é o da organização e ação dos comunistas, do *putsch* de Hitler e da invasão da Renania e do Rhur pelos franceses, na tentativa de separação da Alemanha (Maschke, s/d, p. 9). É desse contexto de Weimar que o texto de Schmitt irá se nutrir para uma avaliação do político em relação ao liberalismo e ao sentido da democracia parlamentar e, de acordo com Maschke (s/d, p. 10), o ponto fundamental não seria a questão do antiliberalismo, mas, sim, da unidade da nação e do Estado (Maschke, s/d, p. 10).

Ao que parece Maschke quer ressaltar que a questão de fundo está para além de uma discussão acerca do caráter antiliberal do pensamento schmittiano, na medida em que o pensamento do *jusfilósofo* alemão aponta para conceito importante da teoria política, a saber: o problema da igualdade na democracia. Para Schmitt há um verdadeiro antagonismo entre liberalismo e democracia. Portanto, o pensamento liberal pretende apenas e tão somente neutralizar ou mesmo recusar o político como ação concreta (movimento) o que se distanciaria da natureza política da democracia (Ferreira, 2004).

Segundo Schmitt (1996b, p. 10):

Em toda verdadeira democracia está implícito que não só o igual seja tratado igualmente, mas que, como consequência inevitável, o não igual seja tratado de modo diferente. Portanto, a democracia deve, em primeiro lugar, ter homogeneidade e, em segundo, – se for preciso – eliminar ou aniquilar o heterogêneo [...]. A força política de uma democracia se evidencia quando mantém à distância ou afasta tudo o que é estranho e diferente, o que ameaça a homogeneidade. Não se trata, no caso da igualdade, de uma brincadeira abstrata, lógico aritmética, mas sim da própria substância da igualdade, que pode ser encontrada em qualidades físicas e morais, como por exemplo, no exercício da cidadania (Schmitt, 1996b, p. 10).

A longa transcrição se justifica ao apontar um esclarecimento para o argumento de Maschke da necessidade de um maior exame a respeito do antiliberalismo de Schmitt no que diz respeito a seu enfrentamento como crítica do parlamentarismo e da democracia pela via da unidade da nação e do Estado. Ora, o que Maschke pretende destacar é que o problema fundamental se coloca na órbita da garantia da homogeneidade política do povo/nação, o que garantiria a unidade estatal e representaria a verdadeira igualdade democrática. Assim, nas palavras de Schmitt «a igualdade só é politicamente interessante e valiosa na medida em que possui uma substância, contendo assim pelo menos a possibilidade e o risco de uma desigualdade» (Schmitt, 1996b, p. 10).

Nesse sentido, a sugestão do argumento de Maschke propõe que a crítica de Schmitt aponta para a questão da igualdade na democracia para atingir o parlamentarismo do século XX, destacando que o parlamento «não é o lugar da integração política, onde se reuniam os mandatários do povo sobre a base de um completo *bloc des idées incontestables*, senão o campo de batalha do pluralismo que dissolve a nação e o Estado» (Maschke, s/d, p. 10).

Maschke ressalta que:

Schmitt não se ocupa tanto do liberalismo concreto, seja organizado sob a forma de um partido, ou da crítica marginal dos direitos fundamentais que poderíamos classificar como «tipicamente liberais» – crítica que tratou em outros trabalhos –, como da crítica da forma generalizada da mentalidade liberal *tout court*. Esta «mentalidade», com reminiscências da doutrina liberal clássica, estava projetada no interior de Weimar. Com Weimar o liberalismo alcançou um profundo vilipêndio, quase congênito. Quando os partidos liberais de Weimar foram postos contra a parede, Schmitt não perdeu de vista que Weimar era uma fundação liberal (Maschke, s/d, p. 12).

É curioso o argumento de Maschke e sua tentativa de deslocar o foco de análise do antiliberalismo para a questão da igualdade na democracia. Nota-se que o destaque pretende demonstrar que a igualdade na democracia não poderia se colocar de um ponto de vista universal, como pretende o liberalismo, mas, sim, teria de ser entendida como uma igualdade substancial com a perigosa proposta de eliminação do dissenso, da divergência.

Além disso, a partir de tal diagnóstico, apresenta-se de fundamental importância observar que se considera a democracia em crise, bem como que há uma forte tendência de decomposição do liberalismo. O cenário europeu do início do século XX, em especial a Alemanha weimariana, assiste o florescimento de correntes autoritárias do pensamento político, com sustentação, inclusive, em abordagens irracionistas, que assediavam a democracia considerada de matriz liberal.

Conforme Atilio Borón:

O exemplo talvez mais categórico deste novo «clima de opinião» é oferecido pela popularidade póstuma adquirida por Vilfredo Pareto e Georges Sorel – embora em menor medida neste último; encontramos um reflexo mais atenuado deste clima de época na obra de Max Weber e sua postulação de uma democracia plebiscitária com fortes acentos autoritários (Borón, González, 2006, p. 150).

A caracterização feita por Borón é interessante, muito especialmente pela renovada importância dada à obra de Carl Schmitt e seu reconhecimento como um teórico que pode nos auxiliar a melhor compreender a democracia. Dirá, então, Mouffe:

As críticas que Schmitt dirige à democracia parlamentarista liberal permanecem extremamente pertinentes, e aqueles que acreditam que a posterior adesão do autor ao Partido Nacional Socialista nos permitiria ignorá-las dão prova de grande superficialidade. Enfrentar um adversário tão rigoroso e perspicaz faz com que nossa reflexão avance, já que as questões que levanta são de primeira ordem e importância (Mouffe, 1992, p. 1).

Ora, a adoção de uma postura não sectária nos exige um diálogo crítico com a obra de Schmitt, o que nos autoriza a concordar com o argumento de Mouffe no que diz respeito ao enfrentamento com o pensamento schmittiano. Todavia, uma análise crítica⁸ também nos demanda uma localização histórico-temporal que leve em consideração as opções feitas pelo autor e tal perspectiva nos possibilita questionar se de fato Schmitt seria o melhor compa-

⁸ Para Borón «acreditamos ser importante apontar que uma coisa é tentar um ‘diálogo crítico’ com o pensamento schmittiano, ao que mal nos poderíamos opor, e outra bem distinta é cair, em alguns momentos, em uma escandalosa sobrevalorização dos méritos de sua obra. Não se trata de ignorar as contribuições teóricas que se geram à margem do pensamento democrático liberal ou da tradição socialista» (Borón, González, 2006, p. 146).

nheiro de caminhada para uma análise da democracia e do liberalismo e, mais do que isso, até que ponto sua crítica da democracia pode ser considerada uma autêntica proposta contrária ao liberalismo, fundamentalmente no que tange ao seu núcleo econômico. Há quem afirme – como é o caso de Krähe –, que o pensamento schmittiano estaria vinculado ao nacional-liberalismo alemão, que seria uma variante diferenciada do restante do continente europeu. Logo, «a peculiaridade do nacional-liberalismo alemão não é a defesa do indivíduo, senão a defesa da relação entre a comunidade política e o Estado» (Krähe, s/d, p. 41).

Nesse horizonte de perspectiva, parece-nos particularmente interessante refletir a respeito da tendência contemporânea a reconhecer Schmitt como um autêntico crítico do liberalismo, pois o *jusfilósofo* alemão não apresenta uma proposta alternativa ao modo de produção capitalista, ou seja, pode em algum sentido atacar a filosofia da história e social do capitalismo, mas não discute os fundamentos do modelo de produção.

Nesse sentido, é importante aproximar dessa análise o pensamento de Walter Benjamin, que já nos anos de 1920 se coloca em oposição a Schmitt, mesmo que não declaradamente no texto de 1921 *Zur Kritik der Gewalt*⁹, em que o interlocutor de Benjamin parece ser Sorel. As preocupações de Benjamin se colocam no sentido de uma análise da relação entre violência, poder e direito e não se limitam ao texto mencionado, aparecendo ainda em textos anteriores como *Destino e Caráter* (1919/1921) e *Origem do Drama Barroco Alemão*, esse último esboçado em 1916 e escrito em 1925, oportunidade em que Benjamin cita diretamente a reflexão de Schmitt sobre a soberania e, ao que tudo indica, tem um claro propósito de uma avaliação crítica da teoria schmittiana da decisão soberana.

No entanto, a respeito do ponto de análise desse texto, a crítica da democracia e o antiliberalismo em Schmitt, a reflexão de Benjamin se apresenta como um fecundo referencial de exame do potencial de crítica do pensamento schmittiano, especificamente no que diz respeito ao seu interesse pela decomposição do liberalismo. A proposta benjaminiana se apresenta interessante por seu cunho perspectivista, ou seja, por uma leitura da história que parte de um determinado ponto de vista, conforme se verifica da análise da conhecida oitava tese sobre o conceito de história, a saber:

A tradição dos oprimidos nos ensina que o «estado de exceção» no qual vivemos é a regra. Precisamos chegar a um conceito de história que dê conta disso. Então surgirá diante de nós nossa tarefa, a de instaurar o real estado de exceção; e graças a isso, nossa posição na luta contra o fascismo tornar-se-á melhor. A chance deste consiste, não por último, em que seus adversários o afrontem em nome do progresso como se este fosse uma norma histórica. O espanto em constatar que os acontecimentos que vivemos “ainda” sejam possíveis no século XX não é nenhum espanto filosófico. Ele não está no início de um conhecimento, a menos que seja o de mostrar que a representação da história de onde provém aquele espanto é insustentável (Benjamin. In: Löwy, 2005, p. 83).

É possível identificar uma postura perspectivista no argumento de Benjamin, isto significa dizer que ele se coloca nas fileiras da tradição dos oprimidos e que, do seu ponto de vista, o olhar dos vencidos tem algo a nos ensinar, a saber: o estado de exceção tornou-se a regra. A conhecida e muito citada afirmação de Benjamin nos sugere algumas pistas no que diz respeito a um possível atrelamento entre o pensamento autoritário e a forma de Estado liberal no sentido de uma utilização estratégica das vias de exceção para a garantia de existência do

⁹ A palavra *gewalt* pode significar ao mesmo tempo violência e poder, ou, também simples, «poder» (Agamben, 2004, p. 84). A semântica de *gewalt* oscila dentro do texto, ora se apresentando ligada ao conceito de violência ora vinculada a uma ideia de poder.

estado e, conseqüentemente, do modo de produção capitalista. Portanto, em termos políticos, há que se reconhecer as forças sociais operantes nas abstrações jurídico-políticas. Tal força social é determinada por uma relação específica, a saber: a relação de troca de mercadorias (Pasukanis, 1972, p. 40).

Na trilha do pensamento de Benjamin há dentro da tradição dos vencedores – a qual pode encontrar representação em Schmitt –, uma proposta de *continuismo histórico* que se materializa na concepção de progresso, o que é encarado como uma norma histórica pela visão tradicional e, no entender de Benjamin, pelo fascismo. Benjamin delimita uma postura claramente crítica ao pensamento schmittiano quando marca sua posição junto à tradição dos oprimidos. Dessa forma, dá leitura da oitava tese sobre o conceito de história verifica-se a imposição de uma tarefa no sentido da construção do estado de exceção efetivo, ou seja, dentro da perspectiva dos vencidos, o que exige o esforço de obtenção ou mesmo manutenção de uma memória não adquirida através da literatura e historiografia oficial (Gagnebin, 1982, p. 67).

Benjamin sugere a possibilidade de uma conexão interna entre o fascismo e a sociedade capitalista/industrial e seu Estado de Direito, daí sua crítica àqueles que se espantam com o fato do fascismo ser possível no século XX, alienados que estão pela crença no progresso ininterrupto, científico, industrial e técnico seja incompatível com a barbárie social e política (Löwy, 2005, p. 85). A partir de um diagnóstico correto, o que significa a construção de uma memória da tradição dos vencidos que aponta para a relação estrutural entre exceção e defesa do estado e dos meios de produção, a análise de Benjamin se volta agora para a questão da crise do modelo de direito do liberalismo no que se refere ao exercício de direitos com certo potencial reivindicatório, ou seja, da possibilidade de existência de poder fora da esfera de controle do jurídico, como, por exemplo, o direito de greve. Desse modo, Benjamin se debruça sobre a questão da existência de um poder instituinte do direito e de um poder/violência que o conserva.

O dualismo apresentado por Benjamin no tocante à essência da relação entre poder e direito se mostra como uma forte crítica ao Estado de Direito liberal, pois a fundamentação do jurídico estaria vinculada a esta dialética perversa da relação entre o poder (violência) que institui o direito e o poder (violência) que o conserva. O ponto fundamental é o do movimento dialético da instituição do direito através da violência que, ao que parece, pode ser fundado através de movimentos revolucionários com o estabelecimento de um novo direito, de uma nova ordem jurídica e, contudo, este poder instituinte e sua força vão se apagando, inclusive pelo *continuismo* da perspectiva dos vencedores, na medida em que há o reconhecimento de uma espécie de normalidade garantida por um poder/violência conservadora do direito, a fim de que se possa assegurar o monopólio do poder (violência – uso legítimo da força) pelo jurídico, sendo que o exemplo citado por Benjamin, em tom crítico, é o parlamento (Benjamin, 1986, p. 167). A proposta de Benjamin é a da existência de uma esfera de ação que ele denominada violência divina e, em sentido material, pode ser compreendida como violência revolucionária, colocando-se fora do controle da juridicidade.

Ora, um poder fora da esfera de controle da juridicidade é algo intolerável no entender de Schmitt, uma vez que seu esforço é exatamente apreender a ação política dentro da margem de decisão do soberano, o que pode significar abranger toda esfera da política na perspectiva do controle jurídico, uma vez que para Schmitt a *decisão* é o fundamento da juridicidade.

De tal modo, parece-nos que o que está em jogo como aponta Maschke é o conceito de democracia, lembrando que seu argumento no que diz respeito ao antiliberalismo de Schmitt destaca como problema à questão da igualdade dentro desse conceito, porém, ao que parece

uma reflexão sobre a democracia apresenta-se em Schmitt ligada a sua crítica do liberalismo, em especial por sua mobilização do conceito de homogeneidade a ponto de, em última análise, aniquilar o heterogêneo (Schmitt, 1966b). Dessa maneira, observar e refletir sobre as críticas de Schmitt, mesmo que venhamos a não concordar com elas em sua integralidade ou com seus objetivos, apresenta-se como um caminho de reflexão para o que se pode chamar de desencantamento político contemporâneo.

No entanto, o foco de nossa atenção deve ser o de perceber os desígnios pretendidos por um pensamento como o de Schmitt, de tal modo, apenas por meio de uma concepção sem ilusões progressistas é que se pode melhorar a posição dos oprimidos na luta contra o fascismo e, assim, a ideia de estado de exceção efetivo é prefigurada por todas as revoltas e sublevações que podem interromper, mesmo que por um breve momento, o cortejo triunfante da tradição dos vencedores (Löwy, 2005, p. 85).

Portanto, importa considerar que o antiliberalismo schmittiano ataca pontos estratégicos, como, por exemplo, à questão da igualdade, no entanto, não analisa a forma jurídica do estado, que em última análise é o duplo da forma mercantil que tem por imagem o contrato, o que nos permite visualizar alguns limites na teoria schmittiana no que tange a sua utilização, como diria Benjamin, pela tradição dos vencidos, podendo ser o caso de reconhecer o *jusfilósofo* de Plettenberg como um autor que praticava uma crítica de alguns pontos do liberalismo enquanto filosofia social do capital, mas, em momento algum, tinha a pretensão de agredir o modo de produção capitalista e sua forma estatal.

CONSIDERAÇÕES FINAIS

O conceito e a imagem da democracia moderna são profundamente intrigantes e há algo certamente enigmático quando nos aproximamos de uma análise pretensamente mais detida de seus fundamentos. Certamente pode-se divergir das teses de Carl Schmitt no que diz respeito a sua crítica a democracia e ao liberalismo, tendo em vista que Schmitt levou sua teoria a horizontes extremos com os quais sem dúvida se pode discordar. No entanto, a divergência teórica não pode significar a negligência, como já mencionado, inclusive das rotulações ideologicamente convidativas. Mesmo ao divergirmos de sua obra, Schmitt se apresenta como um interessante pensador dos problemas que afligem nossa frágil democracia contemporânea, e algumas de suas críticas podem, sem dúvida, auxiliar na melhor compreensão de institutos e argumentos apresentados com o selo da «verdade» em torno do conceito do político e de aspirações pretensamente democráticas.

Assim, reconhecer criticamente os paradoxos da democracia contemporânea parece uma alternativa não só fecunda, mas, ao mesmo tempo inevitável, a fim de que busquemos aperfeiçoar ou mesmo defender a democracia, no reconhecimento da impossibilidade de sua construção por um viés de totalidade homogênea. A questão é se Schmitt seria o melhor companheiro para tal jornada, haja vista as pretensões de sua abordagem teórica da democracia e de seu antiliberalismo. Parece-nos que Schmitt ataca pontos estratégicos daquilo que ele compreende como democracia liberal, tendo por alvo privilegiado o Parlamento e sua deliberação pública pela discussão, todavia, não apresenta considerações críticas ao modo de produção, fato que nos autoriza a visitar os textos na companhia de Benjamin, a fim de (r)estabelecer um diálogo crítico que se coloca em uma abordagem perspectivista da história, em que Benjamin nos mostra a existência de um choque entre a tradição dos oprimidos e a leitura dos vencedores, sendo que Schmitt pode ser incluído como um legítimo representante dessa última. Por

fim, tal abordagem oferece uma proposta de manutenção de uma esfera de violência/poder que esteja fora de relação com a juridicidade e, ainda, um olhar denunciante da estratégia de manutenção da violência/poder pelo enfraquecimento da ação política individual ou de classes através da opressão violenta de perspectivas reivindicatórias e, portanto, emancipatórias.

REFERÊNCIAS

- Agamben, G. (2004). *Estado de Exceção*. (Iraci D. Poletti). São Paulo: Boitempo.
- Benjamin, W. (1986). Crítica da violência – crítica do poder. *Documentos de cultura, documentos de barbárie*. São Paulo: Cultrix/USP, pp. 160-175.
- Benjamin, W. (2008). Sobre o conceito de história. *Obras escolhidas: magia e técnica, arte e política*. (Sérgio Paulo Rouanet). São Paulo: Brasiliense.
- Benjamin, W. (2008). Teorias do fascismo alemão. Sobre a coletânea *Guerra e guerreiros*, editada por Ernst Jünger. *Obras escolhidas: magia e técnica, arte e política*. (Sérgio Paulo Rouanet). São Paulo: Brasiliense.
- Borón, A.; González, S. (2006). Resgatar o inimigo? Carl Schmitt e os debates contemporâneos da Teoria do Estado e da Democracia. *Filosofia política contemporânea: controvérsias sobre civilização, império e cidadania*. São Paulo: Departamento de Ciência Política – USP.
- Bueno, R. (2010). Schmitt: a crítica liberal através do político. *Reflexión Política*, Bucaramanga-Colombia: Universidad Autónoma, vol. 12, nº 24, p. 60-67.
- Bueno, R. (2012). *Uma interpretação conservadora revolucionária do político e da ditadura: o potencial totalitário de Carl Schmitt*. Tese de doutorado. Universidade Federal do Paraná, 2011. Disponível na internet: <http://acervodigital.ufpr.br/handle/1884/28342>. Acesso em: 05 de julho de 2012.
- Bueno, R. (2014). Schmitt: pensando à exceção desde uma crítica à democracia parlamentar weimariana. Bueno, Roberto (Org.). *Filosofia & política: tensões entre liberdade, poder e democracia*. Uberlândia-MG/Madrid: EDUFU/Editorial Dykinson.
- Espinosa, J. (1998). La democracia parlamentaria en la República de Weimar: entre el mito y la realidad. *Investigaciones históricas*, nº 18, p. 357-382.
- Ferreira, B. (2004). *O risco do político: crítica ao liberalismo e teoria política no pensamento de Carl Schmitt*. Belo Horizonte: UFMG.
- Ferreira, B. (2010). Democracia, relativismo e identidade política em Hans Kelsen e Carl Schmitt. *Contra o absoluto: perspectivas críticas, políticas e filosóficas da obra kelseniana*. Matos, A.; Santos Neto, A. (Org.). Curitiba: Juruá.
- Fulbrook, M. (2012). *História concisa da Alemanha*. (Barbara Duarte). São Paulo: Edipro.
- Gagnebin, J. M. (1982). *Walter Benjamin: os cacos da história*. São Paulo: Brasiliense.
- Gagnebin, J. M. (1999). Teologia e Messianismo no pensamento de W. Benjamin. *Estudos avançados* 13 (37). São Paulo: Cebrap.
- Giacoaia Junior, O. (2010). Entre a regra e a exceção: fronteiras da racionalidade jurídica. *Gramática dos direitos fundamentais*. Padilha, N.; Nahas, T; Machado, E. (Org.). Rio de Janeiro: Campus jurídico.

- González, F. C. (1992). La «izquierda schmittiana» em el debate constitucional de la República de Weimar. *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, nº 11, p. 359.
- Herzog-Márquez, J. (1996). Sismología política. Un apunte sobre Carl Schmitt. *Isonomía: Revista de teoría y filosofía del derecho*, nº 4, pp. 149-155.
- Jünger, E. *Tempestades de aço*. (Marcelo Backes). São Paulo: Cosac Naify.
- Krähe, G. B. (s/d). Carl Schmitt, pensador liberal. *Elementos*, nº 66, pp. 39-42.
- Kennedy, E. (2012). *Carl Schmitt en la República de Weimar: la quiebra de una constitución*. (Pedro Lomba Falcón). Madrid: Tecnos.
- Löwy, M. (2005). *Walter Benjamin: aviso de incêndio. Um leitura das teses 'sobre o conceito de história'*. (Wanda Nogueira Caldeira Brant, Jeanne Marie Gagnebin, Marcos Lutz Müller). São Paulo: Boitempo.
- Matos, O. (2003). Modernidade: república em Estado de exceção. *Revista USP*. Nº 59, pp. 46-53.
- Maschke, G. (s/d). Tres motivos en el antiliberalismo de Carl Schmitt. *Elementos*, nº 66, pp. 5-14.
- Mouffe, C. (1992). Pensando a democracia com, e contra Carl Schmitt. *Revue Française de Science Politique*. vol 42. nº 1. 1992, pp. 1-14. (Menelick de Carvalho Neto). Disponível na internet: www.almg.gov.br/CadernosEscol/Caderno2/teoria.pdf. Acesso em: 10/08/2012.
- Neumann, F. (2005). *Behemoth: Pensamiento y acción en el nacional socialismo*. (Vicente Herrero; Javier Marquez). México: Fondo de cultura económica.
- Pasukanis, E. B. (1972). *Teoria geral do direito e marxismo*. (Soveral Martins). Coimbra: Perspectiva jurídica.
- Schmitt, C. (1992). *O conceito do político*. (Alvaro L.M. Valls). São Paulo: Vozes.
- Schmitt C. (1996a). Teologia Política. (Inês Lohbauer). *A crise da democracia parlamentar*. São Paulo: Scritta.
- Schmitt C. (1996b). A situação intelectual do sistema parlamentar atual. (Inês Lohbauer). *A crise da democracia parlamentar*. São Paulo: Scritta.
- Sirczuk, M. (s/d). Schmitt en Weimar: la crítica al liberalismo. *Elementos*, nº 66, p. 29-38.

IL “POLITICO” COME REALE

THE “POLITICAL” AND THE “REAL”

TOMMASO GAZZOLO

UNIVERSITÀ DEGLI STUDI DI SASSARI

RIASSUNTO Il saggio qui presentato si propone di portare avanti una lettura “doppia” del concetto di “politico” di Carl Schmitt sulla base della differenza tra realtà e reale. In particolare, si tenterà di passare da una logica “antropologica” del politico ad una strategia della “intensità”, al fine di mostrare come “politico” non indichi altro che l’ “irrealizzazione” della “politica”, delle opposizioni reali che la costituiscono.

PAROLE-CHIAVE Politico, reale, realtà, intensità, distinzione, differenza, Schmitt

ABSTRACT This paper discusses the meaning of Carl Schmitt’s concept of the “Political” in a dual interpretation. On one hand, “political” means “Reality” which can be described on the basis of a fundamental anthropological-political vision. On the other, “political” means the “Real”, the pure intensity of what cannot be defined. It is a concept which by its very nature is not susceptible of definition.

KEYWORDS Political, Real, Reality, Intensity, distinction, difference, Schmitt

INDICE 1. *Der Begriff des Politischen*; 2. “Circolo” e “presupposto”; 3. Distinzione e differenza; 4. La realtà ed il reale; 5. “Possibilità reale” e “possibilità impossibile”; 6. Antropologia e intensità; 7. L’ “ostilità originaria”; 8. Politica del politico.

1. DER BEGRIFF DES POLITISCHEN

Rileggeremo, anzitutto, il titolo: il concetto *di / del (des)* politico è indecidibile, sempre *più d’uno*, o forse – più propriamente – *meno di uno*, perché esso rende impossibile, come vedremo, *il* concetto stesso. Da una parte, infatti, si farà questione del «*concetto del politico*» (genitivo oggettivo), ossia il concetto che risponde alla domanda: *che cos’è il politico?*, con la conseguente difficoltà di «trovare una chiara definizione del politico» (*eine klare Definition*

des Politischen) che Schmitt fin da principio lamenta. Dall'altra, però, vi sarà sempre anche il «concetto del *politico*» (genitivo soggettivo), il politico *come concetto*, il politico come ciò che non passerebbe se non *per il concetto*, forse per un certo «concetto del concetto», per la politicità del concetto.

Questa parte sarebbe il “rovescio” della prima, la sua impossibilità: impossibilità di trovare un concetto *del* politico – una «definizione», il *che-cosa-è* il politico –, dal momento che sarebbe sempre il concetto a dipendere dal politico, e *non viceversa*; dal momento che sarebbe il politico, di volta in volta, a determinare che cosa è un concetto. In questo senso, l'eccesso, forse lo “scandalo” del testo schmittiano sarebbe proprio questo: che non esiste alcun «concetto» di politico.

2. “CIRCOLO” E “PRESUPPOSTO”

Der Begriff des Staates setzt den Begriff des Politischen voraus. Il testo schmittiano non comincerà a pensarsi che da un certo rovesciamento: “*Politisch*” heißt “*staatlich*”; *im Begriff des Politischen hat man bereits den Begriff des Staates gedacht* (Jellinek). Ma cosa significa che il concetto di Stato «presuppone» quello di politico? Presupposizione (*Voraussetzungen*), per Schmitt, *non dice* «circolo», circolo vizioso, *unbefriedigender Zirkel* – «lo Stato appare (*erscheint*) come qualcosa di politico, ma il politico come qualcosa di statale: si tratta manifestamente di un circolo vizioso».

La logica del presupposto dice altro dal circolo, dunque, ma passerà comunque – questo è essenziale – per un «contraccolpo»: se il concetto di Stato *presuppone* quello del politico, ciò non significa che il secondo sia, come tale, già esistente, che sia lì *prima ed indipendentemente* dal concetto di Stato. Non si potrà che presupporre ponendo e porre presupponendo: sarà, cioè, sempre una certa necessità interna al concetto di Stato a *porre* il politico come proprio presupposto.

Non c'è affatto “circolo”, nonostante per Schmitt la definizione del politico sia «presupposto» dello Stato, ma al contempo tale definizione – ossia la distinzione *Freund/Feind* – non potrebbe che darsi a partire dallo Stato, in quanto solo *per* lo Stato (per la sua *de-cisione*) vi sarebbe la separazione pubblico (*hostis*) / privato (*inimicus*) che rende possibile il politico (Derrida 1995, p. 145). Ma qui, lo si ripete, più che la circolarità c'è il *togliersi* stesso del politico: «il concetto di politico è inadeguato a se stesso, alla sua pretesa ‘fondativa’, se non ad esso, ma ad altro – al concetto di Stato – bisogna ricorrere per spiegare il concetto di nemico come “nemico pubblico”, su cui si fonda la teoria del politico» (Vitiello 2012, p. 51).

Dovremo interrogare ancora questo venir meno del “politico” come fondamento, nella sua “*pretesa* fondativa”. Nella prospettiva schmittiana, il “politico” è *fondamento* soltanto all'interno della sua relazione con il concetto di Stato. E' solo finché esso viene *pensato* a partire dal problema della «relazione reciproca esistente fra il concetto di statale e quello di politico» (*das Verhältnis und die gegenseitige Stellung der Begriffe Staatlich und Politisch*) che vi sarà “*pretesa* fondativa”.

Il politico, in altri termini, sarà pensabile come “fondamento” soltanto a partire dalla domanda sul rapporto statale/politico, che è quella che apre il testo del 1932¹. Come tale, pe-

¹ Resta da compiere, qui, il lavoro fondamentale di restituire e ripensare la pluralità dei testi sul “concetto di politico” che Schmitt pubblicò in tre differenti versioni. Si tratterebbe, allora, di seguire le discontinuità, i tagli, *le politiche* che attraversano le diverse redazioni, nonostante Schmitt abbia – come osserva Heinrich Meier – ten-

raltro, esso non sarà che ciò che è *posto* dallo Stato - ma posto come ciò che *precede* il concetto stesso di Stato, e che però sarà soltanto la compiuta e realizzata «unità politica» a porre retro-attivamente quale propria condizione. Il rapporto tra Stato e politico ri-apre continuamente una logica della presupposizione: se il “politico” è «fondamento» di ogni unità politica, lo è solo in quanto esso non è che il suo stesso *risultato*.

Da questo punto di vista, certo è *per* lo Stato che si dà “politico”, è sempre a partire dallo Stato, da un’unità politica di cui lo Stato è il modello (*Der Staat als das Modell der politischen Einheit*) che si dà la possibilità di quella distinzione tra amico e nemico in cui consiste il concetto di “politico”. Ma ciò che dovremmo cominciare a pensare è come, nel testo schmittiano, la *distinzione* tra amico e nemico non risponda allo stesso problema della loro *differenza*. Se, infatti, la «distinzione» risponde al problema di *decidere chi è il nemico* (Derrida 1995, p. 152), la «differenza» riguarda invece la stessa possibilità del “concetto” di politico. Occorrerà allora chiedersi se, affinché si dia *differenza*, occorra la *distinzione* dell’amico dal nemico, o se, piuttosto, la prima non risponda ad una questione diversa da quella che riguarda la decisione su *chi è il nemico*. Se, in definitiva, non vi sia anche un’altra domanda – ed un’altra logica – rispetto a quella che chiede della relazione reciproca tra Stato e politico.

3. DISTINZIONE E DIFFERENZA

Eine Begriffsbestimmung des Politischen kann nur durch Aufdeckung und Feststellung der spezifisch politischen Kategorien gewonnen werden. Dovremo ricominciare dall’esordio del secondo paragrafo del testo del 1932. Non c’è *determinazione concettuale* del politico se non attraverso la fissazione delle *categorie* politiche. Poi si aggiunge: sarà una *differenza*, la *spezifisch politische Unterscheidung*, ad offrire quella determinazione del concetto che non è, tuttavia, altro che un *criterio* (*Kriterium*), e non una definizione o una spiegazione del contenuto (*nicht als erschöpfende Definition oder Inhaltsangabe*).

Questo è forse uno dei punti più difficili del testo schmittiano – attraversato da più scritture, da più rimandi, riferimenti, influenze. Dovremo necessariamente ripercorrerlo, più volte. La determinazione del concetto non è una *definizione*, per Schmitt, né avrà a che vedere con il *contenuto* della cosa definita. E’ come se fossimo nuovamente costretti a spostarci rispetto a quella domanda che chiede *che cos’è* “il politico”: non c’è definizione possibile, non c’è definizione di *ciò che* il “politico” è - come se si trattasse di un “certo questo” (τὸδε τι), questo qualcosa qui, di determinato, un qualcosa *che è*. Ciò che è da pensare segue un’altra logica: si tratterà infatti di scoprire una *differenza* (*Unterscheidung*) che non sia una *definizione*, ma un *criterio*.

Questa distinzione si può forse leggere seguendo la domanda kantiana “che cos’è la verità?”. Occorre ricominciare da essa, dal punto in cui Kant presuppone la definizione nominale (*Namenerklärung*) della verità ma chiede, al contempo, di interrogare il *criterio* (*Kriterium*) generale e sicuro della verità in ciascuna conoscenza. Si tratta di «sapere che cosa ci si debba ragionevolmente domandare» (*was man vernünftigerweise fragen sollen*) – ancora una volta,

tato con successo di «dare l’impressione che non ci siano state variazioni nel suo concepire *Il concetto di politico*» (Meier 2011, p. 32). E’ questa *pluralità*, del resto, che ci permette qui di rileggere il testo schmittiano secondo *più d’una* possibile lettura. Nel presente lavoro, le citazioni dell’opera faranno sempre riferimento alla seguente edizione: *Der Begriff des Politischen. Text von 1932 mit einem Vorwort und drei Corollarien*, Berlin, Dunker & Humblot, 1963, ed alla traduzione italiana – talora lievemente modificata – a cura di G. Miglio e P. Schiera *Il concetto di «politico». Testo del 1932 con una premessa e tre corollari*, Bologna, Il Mulino, 1972, pp. 87-208.

è la domanda, la domanda *sulla* domanda, che va interrogata, che si scrive soltanto in uno spostamento, dalla definizione (*che cos'è?*) al criterio (*come è possibile?*). Si tratta, anche, di uno spostamento dalla distinzione alla differenza. Ci sarà sempre una nozione, una *definizione* del “politico”, anche per Schmitt, nel senso che il “politico” consisterà nella *distinzione* tra amico e nemico (risponderà al problema: *chi* è il nemico?). Ma essa non è il *criterio* del “politico” – o, meglio: il “politico” come criterio, come orizzonte di senso –, che deve valere per tutte le particolari e possibili distinzioni che, di volta in volta, si presenteranno.

Anche la differenza riguarda, certamente, amico e nemico. Essa solo determina il concetto di “politico”, ma non lo definisce in alcun modo, non dice nulla del suo *contenuto* (e come tale, non risponde affatto alla domanda su *chi* sia il nemico e *chi* l'amico). La differenza è un criterio, infatti, non una definizione: indica l'estremo grado di intensità (*den äußersten Intensitätsgrad*) di un'unione o di una separazione, di un'associazione o di una dissociazione.

E' una domanda diversa rispetto a quella che chiede che cos'è il politico. *Die Frage* – scrive Schmitt – *ist dann, ob es auch eine besondere, jenen anderen Unterscheidungen zwar nicht gleichartige und analoge, aber von ihnen doch unabhängige, selbständige und als solche ohne weiteres einleuchtende Unterscheidung als einfaches Kriterium des Politischen gibt und worin sie besteht*. La *differenza* amico / nemico non è la loro *distinzione*, quanto piuttosto l'orizzonte (trascendentale), la condizione di possibilità di ogni loro distinzione. Essa non dà luogo ad alcuna definizione², ma si limita ad *indicare*, da questo punto di vista, il grado estremo di *intensità* della differenza stessa, del movimento che separa *e* che unisce.

Cosa significano qui, allora, amico e nemico – se essi si sottraggono ad ogni distinzione, se non sono, cioè, ancora, come tali, *distinti*, se non c'è ancora, propriamente, alcun amico e alcun nemico? Amico e nemico dicono, qui, il *farsi politico del concetto*, ossia il movimento che fa sì che ciascun concetto – per Schmitt: qualsiasi concetto tratto dall'economia (utile/dannoso), dalla morale (buono/cattivo), dall'estetica (bello/brutto), etc. – possa sempre essere “spinto” sino ad un certo *grado di intensità* raggiunto il quale esso perde ogni *determinazione*, ogni pretesa alla propria indipendenza ed indifferenza (cfr. Baschek 2016). Pure, questo criterio non è *normativo*, come Schmitt ribadisce più volte: misura di ciò che è senza-misura, di ciò che eccede, per la sua intensità, ogni misurazione possibile.

4. LA REALTÀ ED IL REALE

Die Begriffe Freund und Feind sind in ihrem konkreten, existenziellen Sinn zu nehmen, nicht als Metaphern oder Symbole. Il “concetto” di amico e nemico non è più un concetto, se con esso si intende una semplice “rappresentazione”, un “pensato”. Esso è ciò che non si scrive più, che non si dice, che è propriamente *impensabile* in quanto estraneo al linguaggio - poiché «metafora» e «simbolo» non indicano che questo: la *realtà* come ordine del linguaggio – ed alla sua *normatività* (amico e nemico «non sono contrapposizioni normative»).

Il “politico” sarebbe, in questo senso, il *reale della realtà* (potremmo anche dire: *il reale della politica*) ciò che resta come non-simbolizzabile e come tale sottratto ad ogni «ermeneutica

² Cfr. Schmitt 2001, p. 236 (22.6.48): «Il primo presupposto della facoltà di dare buone definizioni consiste nella rara dote di saper delimitare ciò che non è delimitabile. Dal punto di vista sia pratico sia dialettico questo avvio è estremamente difficile anche se da esso prende le mosse ogni definizione significativa. Solo pochi riescono a superare questa soglia. Distinguere ciò che è delimitato e delimitabile da ciò che non è delimitato ed è inaccessibile a ogni delimitazione: ecco la prima fra tutte le distinzioni [...]».

del senso». Come reale della politica, il “politico” è il suo vuoto, è il “buco”, ciò che fa-buco in ogni discorsività, normatività. Ma questo significa che non c’è *realtà* del “politico”, che la differenza di amico e nemico è da sempre cancellata dalla *distinzione* tra i *due* – in modo tale che essi si presentino sempre, nella realtà, come distinti, come *due opposti*, tali per cui ciascuno, pur non affermandosi che come «negazione dell’altro», sia di per sé sussistente ed indipendente. Qui il nemico è l’Altro, lo “straniero” *der Fremde*, e straniero proprio perché alterità che si oppone all’identità ma non dall’interno dell’identità stessa. Per questo la *distinzione* di amico e nemico è la *de-cisione* sul nemico, sul *chi* è l’amico e chi il nemico, perché si dà solo separando interno/esterno, dentro/fuori, unione/separazione, Uno/molti.

Ma questa distinzione è sempre, insieme, una «neutralizzazione» – per servirsi di un termine specificamente schmittiano – del “politico” stesso, il quale indica che la differenza di amico e nemico è sempre più intensa, radicale, della semplice opposizione/separazione. E ciò perché è *interna* all’Uno, è l’impossibilità stessa dell’Uno: il nemico non è l’Altro dall’Uno, poiché – come si leggerà nei passi di *Ex Capvitate Salus* – «l’Altro è mio fratello. L’Altro si rivela fratello mio, e il fratello, mio nemico». L’Altro non sono che «io stesso», è l’unità che è altra a se stessa, straniera a sé, messa in questione: *der Feind ist unsere eigene Frage als Gestalt*. Certo, di più Schmitt non dice (forse per «pudore teorico» - Preterossi 2009, p. 54). Ma ciò basta ad indicare come nel “politico” non c’è che differenza, ma differenza che non è distinzione *tra* due termini, differenza senza differenti, il *niente* che separa e rende impossibile l’unità. Mentre la *distinzione* tra amico e nemico richiama l’«opposizione reale» kantiana – la quale è sempre opposizione tra due positività, due termini esistenti, la *differenza* di amico e nemico è tale in quanto la negatività è ineliminabile, in quanto essa impedisce l’identità stessa di ciascun termine con se stesso.

La *differenza* è allora «concreta», è *reale*, in quanto in essa amico e nemico non sono due “rappresentazioni”, due “concetti”, ma due linee di intensità, due “gradi” del legame e del non-legame. Dovremo tornare sul termine “reale”. Per ora, cerchiamo soltanto di fissare il punto seguente: se c’è “politico”, se c’è differenza *concreta*, essa può darsi soltanto in un movimento che “spinge” il linguaggio verso un certo “grado di intensità”, che spinge, cioè, la *realtà* delle unioni e separazioni, delle associazioni e delle dissociazioni (etiche, economiche, estetiche) fino ad un punto tale per cui esse non possono che togliersi, che rivelarsi come puramente astratte, “pensate”, mostrando così che ciò che rende un’unione tale, una separazione tale, non è il *concetto* (bello/brutto; buono/cattivo), ma il *reale*, la sua irriducibilità al linguaggio (che Schmitt chiama: amicizia e inimicizia).

La domanda fondamentale del “politico” non è dunque *che cos’è il politico?*, come se esso fosse un *concetto* tra gli altri. Né essa passa per la decisione su *chi* è l’amico e chi il nemico – ossia per il giudizio (*Ur-teil*), per la decisione come giudizio di un soggetto. Tutto ciò è, se vogliamo, la *politica del politico* – ossia: la politicità che attraverso il testo stesso di Schmitt, il suo situarsi a partire da una certa “polemica” – (e che richiama i temi del decisionismo, dello Stato, della limitazione della guerra, etc.). Ma ciò che fa questione, nel testo, è capire ciò che del “politico” resta non definibile, che resta propriamente come *trauma* – ossia come ciò che è irriducibile al linguaggio, alla sua simbolizzazione –, come “vuoto” che segna sempre lo scarto tra *la politica* e il reale.

Il “politico” è reale, *politico è il reale*, non la realtà. La realtà è già-da-sempre *depoliticizzata*, nel momento stesso in cui fa della differenza di amico e nemico una *distinzione*, un’opposizione, neutralizzando pertanto la scissione *interna* all’unità stessa. “Politico” sarà allora solo ciò la cui possibilità è come *impossibilità*, solo come l’impossibile da simbolizzare.

5. "POSSIBILITÀ REALE" E "POSSIBILITÀ IMPOSSIBILE"

Questa impossibilità – o, meglio, questa possibilità che è tale solo in quanto impossibile – sarà ciò contro cui lo stesso testo schmittiano è impegnato, in quanto letteralmente "ossessionato" dal non conoscere altro che la «possibilità reale» (*die reale Möglichkeit*). E' come se Schmitt non fosse disposto a riconoscere altro che la possibilità come *presenza* della possibilità, come il suo essere effettiva, essere *necessariamente* possibile, e dunque non più semplicemente possibile. La possibilità è reale, qui, in quanto la sua presenza assicura l'effettività, l'effettualità, la realtà di ciò di cui è possibilità (questa possibilità reale non sarebbe dunque che *necessità reale*) (cfr. Derrida 1995, p. 156).

E' necessario, per Schmitt, che il possibile sia possibile, effettivamente possibile. E', cioè, possibile solo ciò che è necessariamente possibile, che è già presente come possibilità e che, pertanto, è già effettivo, è già "reale". Per questo Schmitt può parlare di *Wirklichkeit und die reale Möglichkeit*, senza che venga in questione un'altra concezione della possibilità.

Eppure, dovremmo chiederci se non vi sia anche un'altra logica, che invece oppone reale e realtà, che possa dar conto di come il "politico" non dipenda affatto da una «possibilità reale», quanto piuttosto da una possibilità che, come tale, è impossibile – il "politico", se c'è, se ci sarà, verrà sempre come impossibile, come irriducibile ed eterogeneo rispetto ad ogni orizzonte normativo, concettuale, simbolico che lo possa in qualche modo anticipare.

Questa logica va cercata in altri passaggi del testo, laddove non viene in gioco il problema della "possibilità reale", ma, diversamente, del reale come contrapposto alla realtà. Il seguente passo sembra poter aprire alla lettura che cerchiamo:

Il reale raggruppamento amico-nemico (*die reale Freund-Feindgruppierung*) è per sua natura così forte ed esclusivo che la contrapposizione non politica (*nichtpolitische Gegensatz*), nello stesso momento in cui causa (*bewirkt*) questo raggruppamento, nega i suoi motivi e criteri finora "puramente" religiosi, economici o culturali e viene sottomessa ai condizionamenti e alle conseguenze del tutto nuove [...] della situazione politica (Schmitt, 1972, p. 122).

Il raggruppamento di amico e nemico è qui indicato come *reale*, e non come semplicemente effettivo, perché esso, nella realtà (*Wirklichkeit*) non esiste. Dal punto di vista della realtà – di ciò che è effettivo, di ciò che causa (*bewirkt*), agisce, porta le cose all'effettività, al loro essere effettive – non ci sono, infatti, che contrapposizioni *non politiche*, ma economiche, religiose, culturali, etc. Sono sempre esse – ed esse soltanto – che causano, *bewirken*, differenti unioni o separazioni, diversi "raggruppamenti". Non si dà mai, dunque, nella realtà (*Wirklichkeit*) il "politico", la contrapposizione che è propria del politico.

Se è reale (*reale*), è perché è ciò che *de-realizza*, diremmo, quelle opposizioni, nel momento in cui esse si sono prodotte nella realtà: giunte ad un certo "grado" di intensità, sono infatti costrette a *negarsi*, a togliersi come tali, a ri-determinarsi secondo nuove conseguenze da esse non previste né prevedibili – e che anzi, scrive Schmitt, appaiono dal loro punto di vista «spesso molto inconseguenti e irrazionali».

Nella realtà, dunque, tutto ciò che è effettivo, che *causa* le associazioni e le separazioni tra raggruppamenti, risponde sempre a motivi di natura religiosa, economica, morale – al più, diremmo, anche *politica* (come *Politik*). Non c'è *gruppo*, nella realtà, che non si «realizzi» attraverso *il discorso che lo legittima*, che non si costituisca, cioè, a partire dal registro simbolico e normativo delle contrapposizioni economiche, morali etc.

Non c'è gruppo, nella realtà, se non attraverso una legittimazione discorsiva che, per Schmitt, sarà sempre ciò che cancella il "politico" come tale – il quale è sempre fuori-discor-

so, è sempre dissoluzione del discorso. C'è sempre allora una politica del gruppo, ma nessun gruppo è mai propriamente politico. Se il "politico" è il *reale* di questa *realtà* che è il gruppo, è perché esso non ha alcuna realtà: piuttosto, il "politico" è quell'intensità che fa sì che ogni gruppo, giunto ad un certo "grado" della propria unione o dell'opposizione ad un altro, *de-realizzi* gli stessi "criteri" che lo hanno costituito e reso possibile.

Vero è che Schmitt, soprattutto con riferimento alla guerra come «caso critico» ritorna sempre sulla possibilità reale del "politico" – che non distingue, dalla sua stessa effettività: Die Frage ist dann immer nur, ob eine solche Freund- und Feindgruppierung als reale Möglichkeit oder Wirklichkeit vorhanden ist. Ma, più che un limite – certamente presente nel testo schmittiano – questa continua ripresa di un concetto "classico" della "possibilità" ci permette di insistere sull'altra lettura possibile del "politico", che pure il testo del 1932, in qualche modo, permette.

Del resto, la nozione di possibilità reale (e dunque: ciò che è *necessariamente* possibile, e che è già da sempre presente) si riferisce, per lo più, al problema della *distinzione* tra amico e nemico, ossia al problema della «decisione» su *chi* è il nemico – e per questo il caso di guerra sarà il caso critico (*Ernstfal*), il caso d'eccezione (*Ausnahmefall*) che rende possibile la *de-cisione*.

Altra è, però, la *differenza* di amico e nemico che costituisce propriamente il "politico" come "criterio senza-criterio" – e non come definizione che *de-cide* ciò che la cosa è, come criterio *normativo*. Questa differenza non è affatto, a nostro avviso, manifestata, resa visibile dalla guerra, dal caso d'eccezione – che come tale, invece, mostra, rivela (*offenbart*) la distinzione amico-nemico. E ciò perché la guerra è già da sempre inscritta nel registro simbolico e normativo, è sempre regola, criterio. Se essa, come scrive Schmitt, è la realizzazione estrema dell'ostilità (*Krieg ist nur die äußerste Realisierung der Feindschaft*), non è però l'ostilità stessa, la lotta come «originarietà assoluta» (*seinsmäßigen Ursprünglichkeit*).

Questa origine che è la lotta, che è la differenza, non è mai – come tale – una possibilità che è *presente*. Piuttosto, essa è impossibile, è cioè possibile solo in quanto venga ad irrompere *all'interno* della guerra stessa, all'interno di ogni lotta – che sarà sempre *effettiva* in quanto «motivata» da ragioni economiche, morali, religiose, etc. – come l'atto che non è inscrivibile in alcun *orizzonte di senso*. Questo *atto* è, per Schmitt, l'uccisione fisica, la morte dell'altro.

La *reale* uccisione fisica, che non è affatto, però, la sua *realtà*, la sua «effettività», ma, al contrario, l'impossibile di quella realtà, ciò – in altri termini – che eccede qualsiasi senso, che eccede ogni "criterio".

6. ANTROPOLOGIA E INTENSITÀ

Il "politico" è il *criterio del senza-criterio*, la condizione di possibilità dell'impossibilità. E solo come tale accade – non è, cioè, impossibile perché non accade, ma proprio *perché* accade, perché c'è del "politico", c'è *rottura*, c'è qualcosa che nessun criterio potrà mai definire, anticipare, accertare, inscrivere all'interno di una ermeneutica del senso:

La guerra, la disponibilità a morire dei combattenti, l'uccisione fisica di altri uomini che stanno dalla parte del nemico, tutto ciò non ha alcun senso normativo, ma solo uno esistenziale (keinen normativen, sondern nur einen existenziellen Sinn), riferito cioè alla realtà (Realität) di una situazione consistente nella lotta reale contro un nemico reale (wirklichen Kampfes gegen einen wirklichen Feind), e non ad un qualsiasi ideale, programma o normatività. Non esiste uno scopo razionale, né

una norma così giusta, né un ideale sociale così bello, né una legittimità o legalità che possa far apparire giusto che gli uomini si ammazzino a vicenda (Schmitt, 1972, p. 133).

Il *reale* che è il "politico" è l'impossibile che accade, non altrove se non nella *realtà*, nella lotta effettiva contro un nemico effettivo – ma accade, appunto, come impossibile, come ciò che eccede ogni scopo, ogni legalità, programma, ideale, come ciò che è sottratto al senso. Schmitt scrive: ha un senso esistenziale, e non normativo. Ma un senso sottratto ad ogni normatività – ad ogni orizzonte di senso – non indica che ciò che viene a *mancare* al senso stesso: se esso è *esistenziale*, è proprio perché è ciò che vi è sempre di singolare, di «concreto», che colpisce l'esistenza nel suo non significare alcunché.

Nessuna normatività può giustificare il fatto – che irrompe sempre come *fatto, senza-perché, senza-criterio* – che gli uomini uccidano altri uomini. Ciò accade, ed è questo il "politico": il fatto che ciò accada, ed accada proprio *perché* – lo si ripete – è impossibile, proprio perché senza-perché. La stessa *distinzione* tra amico e nemico non potrebbe mai giustificare, di per sé, il *fatto* che essi siano disposti ad uccidersi. Esso è solo «politicamente comprensibile» (*politisch sinnvoll*), ma non nel senso che vi sarebbe una «conoscenza» del politico, un «criterio», una «normatività» in grado di spiegarlo, di giustificarlo.

Questo atto è sottratto ad ogni simbolizzazione. Il "politico" sarà dunque la *differenza* che, portata ad un grado estremo di intensità, *intenda* quest'atto – senza mai spiegarlo, lo intende proprio nel suo essere senza-perché.

Ancora una volta, però, avremo due movimenti irriducibili interni al testo schmittiano. Da una parte, il tentativo di *ri-simbolizzare* il "politico", ossia di re-inscriverlo all'interno di una discorsività (che, come tale, è sempre *normativa*) che riporti la «differenza» a «distinzione», che consenta una fondazione del "politico" ed il "politico" come *fondamento*. E' il tema dell'«antropologia» del "politico" (Castrucci 2015; Tiezt 2003; Kramme 1989), della possibilità di ricondurre l'*esistenzialità* del "politico" ad una tesi – o ad una serie di tesi – sulla *natura* umana. Decisiva, qui, per Schmitt, diviene la domanda se l'uomo, se l'uomo nella sua essenza (*Wesen*), sia un essere pericoloso o non pericoloso (*gefährliches oder ungefährliches*). Questa domanda ridefinisce allora il "politico" come *problematica* relativa alla natura umana, senza, tuttavia, problematizzare proprio i concetti storicamente determinati di «natura» e «uomo» (vi sarebbe, qui, da rileggere il confronto critico con Heidegger: *Carl Schmitt denkt liberal* – Heidegger 2011, p. 174).

Pure, il "politico" è sempre anche ciò che rende impossibile ogni normatività e, con essa, ogni definizione di un "soggetto", di una "natura" umana. La *differenza* di amico e nemico è sempre una differenza *senza-soggetto* o – meglio – nella quale il "soggetto", come tale, si toglie, si «de-sostanzializza» (il nemico, lo si ripete, è «l'altro» da ogni psicologia, antropologia, sociologia dell'altro). Del resto, anche a seguire più da vicino il testo schmittiano, appare evidente che c'è "antropologia" perché c'è "politico", e *non viceversa* (nei termini di Schmitt: «teorici della politica come Machiavelli, Hobbes, spesso anche Fichte, con il loro "pessimismo" in realtà non fanno altro che presupporre la reale possibilità o concretezza della distinzione di amico e nemico»). Non c'è «pessimismo antropologico», cioè, se non a partire dal riconoscimento che c'è "politico", il quale viene poi re-inscritto all'interno di una certa discorsività normativa (che sarà quella del «peccato» come in Bossuet o De Maistre, della costruzione dello Stato in Hobbes, etc.).

Ma che cos'è, dunque, questa differenza – se non è, propriamente, differenza *tra* amico e nemico, tra me e l'altro, ma è la differenza *per* la quale si dà la distinzione di amico e nemico? Questa differenza è l'*intensità* – che, in Schmitt, non è che un altro nome del *reale*, in quanto opposto alla *realtà*. Non c'è, nelle pagine del "politico", una definizione di ciò che si intende

con «intensità», con *grado estremo* di intensità³. Vi è, piuttosto, un insistente riferimento al testo hegeliano – nella sua interpretazione “marxista”, in quello che Schmitt chiama il muoversi di Hegel «verso Mosca» -, ed in particolare alla conversione della quantità in qualità:

[...] il momento del “politico” è determinato dall’intensità del distacco in base alla quale si verificano le associazioni e dissociazioni decisive; anche la massima di Hegel della conversione della quantità in qualità può essere compresa solo come pensiero politico. [...] Di natura specificamente politica è anche la sua dialettica del pensiero concreto. L’espressione spesso citata della conversazione della quantità in qualità ha un chiaro significato politico ed è una manifestazione della consapevolezza che il punto culminante del “politico”, e con esso un’intensità qualitativamente nuova dei rapporti umani, può essere raggiunta a partire da ogni settore della realtà (Schmitt 1972, p.144).

Se c’è conversione della quantità in qualità è *perché* c’è “politico”, per Schmitt. Ciò spiega la ragione per cui – pur nella difficoltà che abbiamo ancora oggi di ricostruire l’influenza che le letture hegeliane ebbero su Schmitt (cfr. Kervégan 1992) – c’è sempre, nel testo schmittiano, un movimento che pretende di affermarsi come eterogeneo rispetto alle logiche – plurali – hegeliane. La ragione è che, per Schmitt, il movimento e la logica del “politico” precedono ogni movimento del concetto ed ogni *negatività* dialettica.

Ma come affrontare, allora, l’intensità che il “politico” è, senza recuperare una certa logica hegeliana (e, soprattutto, marxista) che pure Schmitt richiama espressamente per ben due volte nel suo testo? Sarebbe forse interessante affiancare, qui, una strategia di lettura d’ispirazione kantiana: il *reale* che nell’oggetto corrisponde alla sensazione ha sempre un’intensità, cioè un grado. Il reale: ciò che esprime l’*essenza* della cosa, ciò che fa di una cosa quella cosa, ciò che – e qui siamo già passati ad un’altra lettura – è irriducibile rispetto ad ogni orizzonte che costituisce la realtà stessa. Il “politico”, traduciamo, è il reale.

Ed il reale non ha altro che intensità: non è dell’ordine della conoscenza, della *mathesis*, poiché la sua unità non si apprende per successione di parti. Piuttosto, il reale è ciò che si percepisce immediatamente come unità, e che ha una molteplicità solo come approssimazione allo zero, solo per avvicinamento alla negazione = 0.

Ora, il “politico” è unità non in quanto grandezza estensiva, non in quanto unità successiva di parti, ma come ciò che – scriverà Schmitt nel 1930 in un saggio pubblicato nelle *Kant Studien* – «esattamente indica soltanto il grado di intensità di un’unità» (*Richtigerweise bezeichnet das Politische nur den Intensitätsgrad einer Einheit*) (Schmitt 2007, p. 229).

Il “politico” è dunque il grado di maggior distanza, negazione, rispetto all’approssimazione allo «zero». Eppure sempre *a partire* dallo zero, se il “politico” è l’intensità che si misura come *distanza dallo zero*. Ma cosa rappresenterebbe questo «zero»? Lo «zero» è la *realtà* del “politico”:

[...] cosa resta dello Stato in quanto unità politica se si tolgono tutti gli altri contenuti, il religioso, l’economico, il culturale, ecc.? Se il politico (*das Politische*) non è altro che il risultato di una simile sottrazione (*Subtraktion*), allora di fatto esso è uguale a zero (*so ist es in der Tat gleich Null*). Ma proprio in ciò consiste l’equivoco» (Schmitt 2007, p. 229).

³ Lo spostamento dal politico come «*ambito*» al politico come «*intensità*» costituisce uno dei passaggi essenziali tra un’edizione e l’altra del testo. Cfr., sul punto, Meier 2011, p. 30. Nel 1930, Schmitt precisava: «con il termine “politico” non si indicano alcun ramo ed alcuna materia peculiari che potrebbero essere distinti da altri rami o materie, bensì solo il *grado di intensità* di una associazione o dissociazione. [...] Il termine “politico” non designa *alcuna materia nuova*, ma soltanto, se posso adottare questa espressione che Eduard Spranger ha impiegato per la pedagogia, una “*nuova inflessione*”» (C. Schmitt 2001, p. 91).

In cosa consiste l'equivoco? Lo abbiamo già visto, in precedenza. Dal punto di vista della *realtà*, il "politico" non è che una sottrazione verso lo "zero" (=0): al di là dei "contenuti", dei criteri normativi, dei "gruppi" che definiscono la realtà dello Stato e della politica, non c'è niente, non si troverà la distinzione di amico e nemico come "raggruppamento" fondamentale della *realtà* dell'unità politica.

Lo ripetiamo: gli uomini, nella realtà, non si associano e separano mai per motivi diversi da quello economico, sociale, religioso, morale, etc. Ma se, nella realtà, il "politico" non indica che questo =0, ciò significa che esso è esattamente ciò che, rispetto al niente che è la realtà, differisce facendo irrompere il *reale* nella sua massima intensità. E' questo punto che, a nostro avviso, una «filosofia politica» non coglie, come mostra quanto osservava Leo Strauss in una lettera a Schmitt del 4 settembre 1932 (Meier 2011, p. 130):

[...] Lei si esprime, ad esempio, nella seguente maniera: la contrapposizione politica è quella dal grado di intensità maggiore rispetto a tutte le possibili contrapposizioni fra gruppi. Formulazioni come queste si prestano a essere fraintese, perché *lasciano intendere che il politico presupponga sempre come già esistenti contrapposizioni umane in sé di carattere impolitico*, in altre parole: come se il politico fosse qualcosa che *viene dopo* [corsivi aggiunti].

La critica di Strauss è esatta proprio nel suo non capire il punto essenziale: ciò che è «esistente» non è mai la contrapposizione del "politico". Ma ciò non significa che il "politico" venga *dopo*, come un "ambito" che si *aggiunga* ad altri "ambiti". Il "politico" è l'unità che si apprende non come una somma delle parti (come se fosse, dunque, una ulteriore contrapposizione che sopravviene aggiungendosi alle altre), ma all'istante ed in rapporto al suo prodursi a partire da =0, dal niente, dal *vuoto* che esso stesso è.

"Intensità", dunque, è il termine che in Schmitt indica il *reale* in quanto opposto alla realtà, reale che è politico, dove il politico è *il reale*. Nella realtà, c'è soltanto politica (e «filosofia politica» - per questo il discorso schmittiano non è mai *filosofico*, o "politologico").

Resta ancora da seguire un passaggio, nella definizione schmittiana: il "politico" esprime l'intensità estrema *di un'unità*. Ma questa «unità» non è altro che quell' «unità politica» che esprime la «situazione normale», che «impedisce», scrive Schmitt, il divenire-politico delle altre contrapposizioni interne all'unità stessa. Il "politico", allora, va inteso come ciò che consente all'unità di essere un'unità, come il suo *divenire* unità politica. Ma, proprio perché lo diviene, non lo è: in un' «unità politica» già divenuta tale, il "politico" si ridurrà sempre a "statale", secondo quella logica della presupposizione che è sempre presente nella strategia schmittiana.

7. L' "OSTILITÀ ORIGINARIA"

Il "politico" è nient'altro che un *atto* – sempre singolare, sempre impossibile, sempre non-simbolizzabile –. Questo atto, lo si è detto, secondo Schmitt è l'uccisione di un uomo da parte di un altro, è la "possibilità reale" della «lotta» (*Kampf*) come disponibilità ad uccidersi. Disponibilità che, *come tale* (e cioè: al di là di ogni suo passaggio-in-discorso, alla «lotta simbolica»), non è mai spiegabile in termini psicologici, estetici, morali, economici e, diremo, «antropologici», poiché essa è sempre in eccesso, è senza-criterio. L'uomo non uccide *perché* «aggressivo» o «pericoloso» per *natura*: ciò significherebbe, infatti, re-inscrivere il "politico" all'interno di un insieme di conoscenze, di un sapere, di un orizzonte di significato, di una normatività. Ma la radicalità, l'eccesso del "politico" sta proprio in questo: nell'impossibilità di simbolizzarlo. Questo è ciò che separa il significato "esistenziale" del "politico" di Schmitt

rispetto ad ogni lettura “esistenzialista” che si risolva in un’ermeneutica del senso della morte e del conflitto («l’unica categoria concreta dell’esistenzialismo l’ho scoperta io: amico e nemico», annoterà Schmitt nel 1948 – Schmitt 2001, p. 280).

Occorre però far sempre attenzione: nella realtà, nessuna «lotta» sarà mai stata realmente possibile se non come motivata e “causata” (ossia: realizzata) in forza di contrapposizioni economiche, morali, religiose, etc. – ci sarà sempre stato, cioè, un certo discorso (storiografico, sociologico, giuridico, filosofico, etc.) a significarla, ad assegnare il “politico” ad un registro di spiegazione, di *giudizio*. Non c’è *intelligibilità* della lotta – e dunque non c’è *realtà* della lotta stessa –, diremo, se non nella sua *integrazione* all’interno di una relazione ternaria, ossia attraverso l’iscrizione nel registro simbolico. E’ solo *per* un terzo – per la mediazione dell’Altro – che si realizza l’unità della dualità (cfr. Sartre 1963, p. 240), che l’«ostilità originaria» potrà assumere il significato di *una* lotta. Di per sé stessa, nel suo reale, tale ostilità non è altro che un «rapporto senza unità», è la negazione che precede ogni possibilità di lotta. Ma la possibilità di questa conflittualità, allora, è sempre dell’ordine dell’impossibilità: essa accade al di là di ogni «conoscenza» che una “filosofia politica” possa produrre.

Per questo dovremo capire in che senso il “politico” possa dirsi «principio di squilibrio», in che senso l’acquisizione teorica di Schmitt sia quella della «potenza dell’origine della politica, ovvero dell’indeterminazione dell’Ordine, dell’assenza di Dio, della violenza come destino immanente al “politico”» (Galli 2008, p. 9).

Questa violenza può in tanto dirsi *originaria* solo in quanto non è *mai-stata* né è mai e mai sarà - anche per questo, diremo, in Schmitt è sempre con riferimento alla «possibilità» che si pensa la violenza: per quanto questa possibilità sia *reale*, ossia ricada in una logica della presenza e della necessità, essa tuttavia dice anche che non si tratta mai di una presenza del *presente*. Accade, certo, ma non è, non è mai presente nella realtà come tale. Non c’è dunque una violenza, un’ostilità «originaria» – non c’è un’antropologia da seguire dietro la discorsività “giuridica”, non c’è *verità* dell’origine e non c’è alcuna origine come verità.

A differenza della lettura hegeliana di Kojève, il “politico”, per Schmitt, *eccede* pertanto il problema della «lotta per il riconoscimento», ossia il problema della «*Storia*», come precisa Kojève nel suo carteggio con Schmitt (Kojève-Schmitt 2003, p. 199). Per quanto si possano, evidentemente, seguire tutta una serie di corrispondenze tra i testi schmittiani e le riflessioni di Kojève (Tedesco 2006; Vegetti 2005), il “politico” appare, per noi, irriducibile ad ogni dialettica della *Begierde*, in quanto esso indica proprio ciò che si sottrae rispetto ad ogni logica del desiderio e del riconoscimento – che è già una logica del simbolico, e non del reale.

Vorremmo, anzi, spingerci fino ad un punto più radicale, e negare che, in Schmitt, l’ostilità funzioni come momento «antropogeno». Il *polemos*, in Schmitt, è al contrario ciò che *resta* come inassimilabile proprio al linguaggio e, con esso, ad ogni *antropogenesi* – il “politico” è “estimo”, è il totalmente estraneo alla soggettività. Da qui l’insistenza sulla «possibilità reale» dell’uccisione fisica: essa è la condizione affinché il “politico” si possa pensare come irriducibile ad ogni «lotta simbolica», ossia ad ogni lotta che sia instaurazione di una normatività, di un «orizzonte» di senso.

L’ostilità che definisce il “politico” avviene, del resto, sempre come *ciò che non c’è*, poiché non c’è realtà del politico, non c’è realtà che non sia, sempre, oggettivamente strutturata a partire dalle associazioni o dissociazioni di natura economica, morale, estetica, etc. L’ostilità del “politico” è ciò che *de-realizza* le ostilità della realtà, ma senza che essa intervenga come un nuovo “ambito”, una nuova “contrapposizione” presente nella realtà, che sostituisca o integri le altre. Se l’ostilità è l’intensità del reale, ciò significa che essa è ciò che *resiste* proprio ad ogni tentativo di iscrizione nella realtà.

8. POLITICA DEL POLITICO

Cosa indica la «polemicità», la «politicalità» del testo schmittiano – tante volte sottolineata –? Indica che Schmitt non ha mai scritto se non in vista di una *politica* (o di una pluralità di politiche: conservatrice, nazista, cattolica, antisemita, etc.). Indica che il testo sarà sempre già stato anche un testo di politica, sarà già sempre “slittato” in una discorsività politica. Ma la politicalità non va confusa con il “politico”. Il “politico” è ciò che non cessa di non scriversi: è il punto di *cessazione* di ogni politica, il *reale* di ogni politica – ciò che “fa buco”, lo si è detto. Non c’è allora *discorso del politico*, non c’è *politica del politico*, non c’è *istituzione* a partire da esso.

Senza voler qui discutere se ciò costituisca un limite o meno del pensiero schmittiano, sarà necessario insistere su questo punto: il “politico” non apre ad alcuna politica – il politico è radicalmente “impolitico”, se vogliamo. Il “politico”, lo si è detto, è la *de-realizzazione* di ogni contrapposizione che, in senso lato, definiremo “politica” (poiché è sempre una «politica» che si scrive nelle contrapposizioni economiche, estetiche, morali, religiose, etc. - e, nella realtà, non ci sono che tali contrapposizioni).

Quell’esperienza del reale che per Schmitt è la morte come esperienza dell’uccisione fisica dell’uomo da parte dell’uomo non è infatti altro se non la possibilità di un’impossibilità, la possibilità che la *realtà* venga a mancare. Per questo il “politico” *derealizza* la realtà – o, meglio, la *irrealizza*, poiché non si tratta di qualcosa che si produce sul registro dell’«immaginario», non si tratta di un sentimento di “perdita della realtà” (non si tratta, qui, dell’ *Entwirklichung der Welt* che Schmitt critica) –. Reale è solo il “politico”, è solo la differenza, l’intensità, di cui si fa esperienza soltanto nell’uccisione degli uomini tra loro. E’ questo che ciascuna *politica* – reazionaria o rivoluzionaria che sia – non può, allo stesso tempo, che cancellare (poiché essa non si costituisce se non come realtà di una contrapposizione, di una distinzione tra amico e nemico) e però al contempo assumere come possibilità permanente della sua stessa derealizzazione o irrealizzazione⁴.

Ciò è bene spiegato, nel testo schmittiano, con riferimento al marxismo (all’interpretazione, certamente, che in esso si dà del marxismo e della sua concezione del “nemico” – e bisognerebbe, allora, rileggere insieme la *Teoria del partigiano*). Per Schmitt, non c’è «lotta di classe», nel discorso marxista, che non sia, nella *realtà*, lotta economica – che non rinvii, meglio, ad una contrapposizione, quella tra proletariato e borghesia, di *natura economica*. Ciò non significa che non sia politica, ovviamente: piuttosto, significa che non c’è politica marxista, che non c’è lotta di classe che non si *inscriva*, necessariamente, in distinzioni e contrapposizioni che hanno la loro *realtà* in una certa situazione economica.

Il “politico” è dunque da sempre *simbolizzato* – ossia: è già da sempre cancellato all’interno di un registro di discorso, di linguaggio, del “simbolico” – e per questo la lotta di classe si svolge «secondo leggi economiche», secondo una contrapposizione che, per quanto dialet-

⁴ Perché ogni contrapposizione reale “assume” il reale che è il “politico” – la differenza di amico e nemico – come sua condizione che deve però cancellare per potersi costituire? Dal punto di vista schmittiano, diremo che è perché qualsiasi contrapposizione reale – economica, religiosa, morale, etc. – è tale in quanto *oppone* due termini (utile/dannoso, bello/brutto, buono/cattivo, proletariato/borghesia, etc.). Il “politico”, in questo, non sarebbe che l’opposizione stessa – senza la quale non potrebbe mai esserci alcuna opposizione, senza la quale due termini non potrebbero *mai essere opposti*. Dunque esso non è un’opposizione che si trovi nella realtà, ma è l’opposizione *in quanto tale*. Affinché però vi sia, nella realtà, un’opposizione, essa dovrà sempre essere opposizione reale, tra due termini, entrambi “positivi” – e come tale dovrà sì assumere il “politico”, ma cancellandolo. Qui non c’è logica ponente-presupponente, perché il “politico” non è posto come presupposto. E’, se mai, prodotto come ciò che è da sempre cancellato.

tica, non può che pensare se stessa a partire dalle determinazioni del campo, dell' "ambito", economico.

Eppure, è proprio la stessa discorsività marxista a portare necessariamente la contrapposizione di classe – che è, lo si ripete, una contrapposizione che esiste nella *realtà* – fino ad un punto di intensità tale da giungere al «punto decisivo» (*entscheidenden Punkt*). Al punto, cioè, in cui vengono meno «tutti gli altri raggruppamenti», in cui viene meno cioè la stessa *distinzione* tra proletariato e borghesia: allora si rivelerebbe l' «intera realtà del "politico" che questi concetti, solo apparentemente "puramente" economici, hanno conservato» (*so zeigt sich die ganze Realität des Politischen, welche diese zunächst scheinbar "rein" ökonomischen Begriffe erhalten haben*), quella della differenza di amico/nemico.

Questo passo va letto con attenzione. Il "politico" non è un'opposizione che si *aggiunga* alle altre o che sopravviene. È, diversamente *la stessa* opposizione, economica, che contrappone nella realtà proletariato e borghesia, nel momento in cui raggiunge il "punto" di intensità decisivo. Ciò significa, scrive Schmitt, che quella opposizione era soltanto *apparentemente* economica. Ma cosa significa "apparentemente"? Significa, anzitutto, *realtà*: nella realtà, cioè, si dà solo ciò che *appare*, si danno solo quelle contrapposizioni i motivi delle quali saranno, di volta in volta, religiosi, nazionali, economici, etc. Ma, al contempo, bisogna dire, per Schmitt, che la *loro* "realtà" consiste nel raggiungere il loro punto di intensità, il massimo grado di contrasto. Eppure questo punto non indica che il momento in cui quella contrapposizione diviene così intensa da *irrealizzarsi*.

Se raggiungesse «realmente» quel punto di intensità, essa cesserebbe di esistere e, con essa, ogni politica marxista, in quanto la contrapposizione proletariato/borghesia sarebbe tolta dall'imporsi del *reale* della differenza amico/nemico nella *realtà*. E sarebbe un imporsi propriamente "traumatico", poiché questo reale è ciò che è senza-criterio, senza definizione, senza nessuna possibilità di essere *ri-articolato* entro una discorsività ed una pratica politica: sarebbe il reale della uccisione, senza significato, degli uomini tra loro. Il pervenire della contrapposizione di "classe" a quella realtà del politico (*Realität des Politischen*) a cui essa tende, rappresenterebbe la fine stessa di ogni *lotta di classe* (per essere soltanto "ostilità originaria", lotta *senza politica*, diremmo).

Per questo non si arriverebbe mai davvero a ciò che Schmitt presenta in termini ipotetici, ossia a «raggruppare l'intera umanità, in base alla contrapposizione proletario-borghese *in quanto (als)* amico-nemico»: affinché il discorso marxista e la sua pratica (e dunque la stessa lotta di classe) resti possibile, occorre che sussista sempre uno scarto, una sfasatura tra la contrapposizione che struttura la realtà ed il "reale" che quella stessa contrapposizione assume ed a cui necessariamente tende (in quanto tende a raggiungere il massimo grado di intensità dell'opposizione che la costituisce).

Dove c'è *politica*, dunque, non può esserci il "politico", manifestato come tale. Al contempo, però, non c'è politica senza la tensione delle contrapposizioni che la costituiscono a portarsi al loro «grado» massimo – che sarebbe, però, il grado della loro de-realizzazione (l'ostilità *assoluta* sarebbe la fine dell'ostilità *politica*). Ogni politica, in questo senso, è attraversata dalla possibilità – sempre presente, ma come "impossibile" – del "politico", di ciò che, inassimilabile al suo discorso, è pure ciò a cui il suo discorso tende (senza "politico", dunque, non ci sarebbe nessuna *politica*).

Eppure, dovremmo aggiungere, Schmitt pensa anche, al contempo, ciò che, nel marxismo stesso, *eccede* la sua *politica*, per giungere a ciò che *resta* dopo il togliersi delle contrapposizioni reali – quel togliersi che le "realizza" irrealizzandole. La politica del «leninismo», per Schmitt, è esattamente questa (Schmitt 2005a, pp. 127-129).

Per spiegarla, occorrerà ricominciare dal partigiano. Il partigiano – la cui irregolarità è politica, è impegnata in una politica – è tale in quanto ha un «nemico effettivo» (*wirkliche*), ma non un «nemico assoluto» (*absoluten*). La cosa, spiega Schmitt, «deriva dal suo carattere politico». «L'essenza del Politico (*Der Kern des Politischen*) – aveva infatti scritto poco prima – non è l'inimicizia pura e semplice (*Feindschaft schlechthin*), bensì la distinzione fra amico e nemico, e presuppone l'amico e il nemico». E' quanto si è già visto: il “politico” è sì ciò cui tende la distinzione di amico e nemico che attraversa le contrapposizioni “reali”, ma è anche ciò che non ne prende il posto, almeno finché si mantiene all'interno di una politica. C'è sempre iscrizione “simbolica” del partigiano: senza il *riconoscimento* politico da parte di un «terzo interessato», il partigiano sarebbe né più né meno che un «criminale» (Schmitt 2005a, p. 106).

Esso ha dunque un nemico effettivo, un nemico nella *realtà*. Se vi fosse, invece, nemico assoluto, non vi sarebbero più contrapposizioni “reali”: resterebbe solo l'inimicizia *pura e semplice*, l'irrompere del reale del “politico” in quanto tale.

Secondo Schmitt, questa “irruzione” del reale è ciò che segna il leninismo: Lenin «fece del vero nemico il nemico assoluto» attraverso l'«assolutizzazione del partito». Dobbiamo seguire questi due passaggi. Il proletariato, con Lenin, cessa di avere un nemico effettivo, *wirkliche*. E ciò perché esso non è più una “classe” *particolare* opposta ad un'altra, ossia inscritta all'interno di una contrapposizione reale, esistente nella realtà, di tipo economico, morale, etc.

La “classe”, attraverso il *partito*, si è tolta in quanto «classe», ossia in quanto particolare contro altri particolari, ha raggiunto quel punto di intensità nella contrapposizione, nella lotta, nel quale le contrapposizioni sono come tali tolte. Come osserva Schmitt, ora «la totalità è nel particolare e non più nell'universale»; è il *partito*, «vale a dire una parte», che si pone «come parte sopra al tutto, per *realizzare*, diciamo così, la vera comprensiva totalità, la nuova totalità che verrà, la nuova *unità politica*» (Schmitt 2005b, p. 86). Il partito è una particolarità *universale*, ossia una particolarità che non si contrappone ad altre, poiché esso è giunto al punto di intensità massimo, al grado di contrapposizione *estremo* che è il “politico” nel quale ogni opposizione reale si è “trasformata” nella sola differenza politica, nel *niente* che è quella differenza.

Qui, dunque non c'è più alcun nemico “vero”, “effettivo”, *wirkliche*, poiché il partito è *già* l'universale, è *già* la totalità. C'è però nemico *assoluto*, poiché la totalità non è affatto *quieta*, unità *politica* realizzata come pacificata. Essa indica, diversamente, il farsi-totalitario del “politico”, dove “politico” è sempre differenza di amico e nemico, è sempre, cioè, scissione, negatività. Se il partito non ha un nemico effettivo, ne ha dunque uno *assoluto*, *ab-solutus*, ossia indipendente da ogni contrapposizione reale, effettiva, che possa darsi. Non c'è più nemico *di classe* – e forse è questo il passaggio proprio di una certa fase staliniana –: il nemico non è cioè particolare contro particolare, ma è ciò che l'universalità continua a produrre nella sua propria differenziazione⁵.

Dobbiamo fermarci, però. Schmitt non dice di più – in particolare: non dice mai se questo movimento di *irrealizzazione* che è il “politico” possa o meno aprire ad una *politica*. C'è una politica «leninista», nei termini schmittiani, che eccede dall'interno il discorso marxista? La *Teoria del Partigiano*, rispetto al testo del 1932, apre forse alla possibilità di una *politica del politico*? Forse è questa la domanda essenziale che comincia ad essere interrogata dall'ultimo Schmitt, e che sarebbe sempre una domanda in “eccesso” rispetto al suo stesso pensiero.

⁵ Resta incerto se – dal punto di vista di Schmitt – questo passaggio dal nemico effettivo al nemico assoluto apra o meno ad una nuova politica del “politico” (e la domanda, qui, meriterebbe di interrogare nuovamente anche il rapporto tra Schmitt e il marxismo – cfr. Tronti 1981; Cavallo 2012).

Ma, se si dovrà rileggere ancora Schmitt, se non ci sarà che un'altra lettura sempre possibile, essa dovrà passare proprio da qui: dal "politico" come *reale*, e dalla possibilità di una "politica del politico". Qui ci siamo proposti unicamente, però, di tentare di ripensare il politico secondo alcuni passaggi che possono così essere riepilogati:

<i>Realtà del "politico"</i>		<i>"Politico" come reale</i>
<i>Chi è il nemico?</i> (presupposizione)	domanda fondamentale	<i>Come è possibile il nemico?</i> (circolarità)
Distinzione		Differenza
antropologia		Intensità
possibilità reale		possibilità impossibile
effettività		irrealizzazione

Le possibilità che questi spostamenti aprono non possono venire, qui, compiutamente affrontate. Eppure essi possono, forse, contribuire a ritrovare in Schmitt quel pensiero sempre *in eccesso* rispetto a ciò che in esso è stato pensato, caratteristica propria di ogni "classico". Un classico non è, infatti, altro che un testo che non si può mai leggere per la prima volta, e che proprio per questo è sempre plurale, sempre ogni volta nuovamente letto – ed il testo sarà dunque sempre *prodotto* dalle riletture che esso stesso genera, pur non esistendo prima di esse.

RIFERIMENTI BIBLIOGRAFICI

- Baschek, N. (2016). "Nichts ist politisch, alles kann politisiert werden". Zum Politischen als Intensitätsgrad. In M.-C. Kajewski e J. Manemann (a cura di), *Politische Theologie und Politische Philosophie*. (pp. 111-126). Baden Baden: Nomos.
- Castrucci, E. (2015). *Le radici antropologiche del «Politico»*. Soveria Mannelli: Rubbettino.
- Cavallo, R. (2012). L'autonomia del politico. Carl Schmitt e il marxismo. *Democrazia e diritto*, 1/2, pp. 309-324.
- Derrida, J. (1995). *Politiche dell'amicizia* (trad. it. di G. Chiurazzi). Milano: Raffaello Cortina.
- Galli, C. (2008). *Lo sguardo di Giano. Saggi su Carl Schmitt*. Roma-Bari: Laterza.
- Heidegger, M. (2011). *Seminare. Hegel – Schelling*. Frankfurt am Main: Klostermann.
- Kervègan, J.-F. (1992). *Hegel, Carl Schmitt. Le politique entre spéculation et positivité*. Paris: PUF.
- Kojève, A. – Schmitt, C. (2003). Carteggio Alexandre Kojève-Carl Schmitt (a cura di C. Altini). *Filosofia politica*, 2, pp. 185-208.
- Kramme, R. (1989). *Helmuth Plessner und Carl Schmitt: Eine historische Fallstudie zum Verhältnis von Anthropologie in der deutschen Philosophie der zwanziger Jahre*. Berlin: Duncker & Humblot.
- Meier, H. (2011). *Carl Schmitt e Leo Strauss. Per una critica della teologia politica*. Siena: Cantagalli.

- Preterossi, G. (2008). L'ovvia verità del 'politico'. Diritto e ostilità in Carl Schmitt. *Quaderni fiorentini per la storia del pensiero giuridico moderno*, 38, pp. 43-74.
- Sartre, J.-P. (1963). *Critica della ragione dialettica, I. Teoria degli insiemi pratici. Libro primo (preceduto da Questioni di metodo)* (trad. it. di P. Caruso). Milano: Il Saggiatore.
- Schmitt, C. (1972). *Il concetto di «politico». Testo del 1932 con una premessa e tre corollari.* (trad. it. a cura di G. Miglio e P. Schiera, pp. 87-208). Bologna: Il Mulino.
- Schmitt, C. (2001). *Glossario* (trad. it. a cura di P. Dal Santo). Milano: Giuffrè.
- Schmitt, C. (2005a). *Teoria del partigiano. Integrazione al concetto di politico* (trad. it di A. De Martinis). Milano: Adelphi.
- Schmitt, C. (2005b). Colloquio sul partigiano. In *Un giurista davanti a se stesso. Saggi e interviste* (a cura di G. Agamben, pp. 67-96). Vicenza: Neri Pozza.
- Schmitt, C. (2007). Etica di Stato e Stato pluralistico. In *Posizioni e concetti in lotta con Weimar-Ginevra-Versailles 1923-1939* (a cura di A. Caracciolo, pp. 217-236). Milano: Giuffrè.
- Tedesco, F. (2006). L'impero latino e l'idea di Europa. Riflessioni a partire da un testo (parzialmente) inedito di Alexandre Kojève. *Quaderni fiorentini per la storia del pensiero giuridico moderno*, 1, pp. 373-401.
- Tietz, U. (2003). "Anthropologischer Ansatz politischer Theorien". Die Freund-Feind-Distinktion von Carl Schmitt und das *animal rationale*. In R. Mehring (a cura di), *Carl Schmitt: Der Begriff des Politischen. Ein Kooperativer Kommentar* (pp. 123-138). Berlin: Akademie Verlag.
- Tronti, M. (1981). Marx e Schmitt: un problema storico-teorico. In G. Duso (a cura di), *La politica oltre lo Stato: Carl Schmitt* (pp. 25-60). Venezia: Arsenale.
- Vegetti, M. (2005). *Hegel e i confini dell'Occidente. La fenomenologia nelle interpretazioni di Heidegger, Marcuse, Löwith, Kojève, Schmitt*. Napoli: Bibliopolis.
- Vitiello, V. (2012). De Amicitia. Derrida critico di Schmitt. *Fogli Campostrini*, 3, pp. 49-63.

RESOLUCIONES DE LA ONTOLOGÍA DE LO POLÍTICO UNA LECTURA POSFUNDACIONALISTA DE CARL SCHMITT

RESOLUTIONS OF THE ONTOLOGY OF THE POLITICAL A POSTFUNDATIONALIST READING OF CARL SCHMITT

LUCAS ALBERTO GASCÓN PÉREZ*

UNAM

RESUMEN Este estudio aborda el interrogante de cómo sostener una prospectiva ético-política que, manteniendo una *ontología de lo político*, no se resuelva en el fundacionalismo ni en el antifundacionalismo. Con este objetivo, se analizará la obra de Schmitt en términos de una posición que, pese a tematizar la *ontología de lo político*, se resuelve en los caminos tradicionales: *nihilismo y reinscripción y redescipción* (II). En el siguiente apartado (III), se reseñará la postura de Derrida respecto al pensamiento schmittiano, con el fin de señalar que la *ontología de lo político* (equiparable a la *deconstrucción genealógica*) no necesariamente implicaría las resoluciones señaladas.

PALABRAS CLAVE Teología política, ontología de lo político, existencialismo político, nihilismo, reinscripción, deconstrucción genealógica, Carl Schmitt, Jacques Derrida.

ABSTRACT The aim of this paper is to present the question of how to sustain an ethical-political perspective that, even when it maintains an ontology of the political, is not resolved by foundationalism or anti-foundationalism. To this aim, Schmitt's work will be analyzed as an approach that offers two traditional solutions: nihilism and re-inscription/re-description (II). Later (III), we review Derrida's position in regard to Schmittian thought, to point out how an ontology of the political (comparable to genealogical de-construction) may not necessarily imply the aforementioned resolutions.

KEYWORDS Political theology, ontology of the political, political existentialism, nihilism, re-inscription, genealogical de-construction, Carl Schmitt, Jacques Derrida.

* UNAM, Programa de Becas Postdoctorales en la UNAM, Becario del Instituto de Investigaciones Históricas 2016-2017.

I. INTRODUCCIÓN

El presente estudio intenta responder a la pregunta de cómo sostener una *ontología de lo político* sin incurrir en el *nihilismo*. Más precisamente, ¿cómo sostener una prospectiva ético-política que, manteniendo una *ontología de lo político*, no se deslice hacia el *nihilismo*? Esta preocupación, típica del «posfundacionalismo» como corriente de pensamiento contemporánea, se plantea a partir de la resolución aproximadamente autoritaria y persecutoria que dicha ontología experimentó en distintos pensadores pasados. Ahora, el desafío consistiría en recuperar la conciencia del anclaje existencial, político y contingente de todo concepto político, sin una resolución nihilista. En este estudio, se analizará el comportamiento que dicha ontología tiene en uno de sus principales exponentes, Carl Schmitt, para luego reseñar algunas proposiciones del pensamiento derridiano como formas de atisbar nuevos caminos ante el problema.¹

En la obra schmittiana, la *ontología de lo político* se sostiene en el marco de una *teología política* y, dado que una *teología política* estricta (en una época como la moderna, marcada por la apelación a los derechos naturales y al humanismo) sólo puede significar un *existencialismo político*, dicha ontología generalmente ha implicado la defensa de una postura política *nihilista*. Cuando no ha tenido esa resolución, ha sido porque el autor la ha «reinscrito» en el marco «fundacionalista» objeto de su crítica. Es decir, más que un movimiento coherente, esta *reinscripción* ha implicado un abandono de la *ontología de lo político*.² De esta manera, se tienen dos caminos por los que ha transitado tal ontología en Schmitt: por un lado, la *reinscripción* (fundacionalismo), por otro, el *nihilismo* (antifundacionalismo). Entonces, la pregunta posfundacionalista consistiría en cómo sostener una *ontología de lo político* sin incurrir en dichos caminos.

Si bien aquí se presenta una lectura actual de un pensamiento como el schmittiano, cuyas principales ideas ya habían sido elaboradas en el periodo de «entreguerras», se comparte la preocupación posfundacionalista de recuperar en él una valiosa crítica al fundacionalismo a través de una *ontología de lo político* (Marchart, 2009; Mouffe, 2003; Mouffe, 2009). Por este tipo de ontología se entiende aquí una radical conciencia del antagonismo y el conflicto como rasgos estructurales de lo social. Esto incluye la referencia a que todo concepto y proyecto ético-político está vinculado insuperablemente a una situación existencial concreta, perteneciente a un «nosotros» (amigo) en oposición a un «ellos» (enemigo). Adherir a una *ontología de lo político* implica afirmar que toda pretensión de validez universal está subvertida por su anclaje fáctico, contingente y político.

En pos de explicitar los alcances de la problemática, aquí se afirmará que, en principio, dicha ontología defendida en una dimensión pública y proyectiva, implica una posición po-

¹ El «posfundacionalismo» se caracteriza por la revisitación de diferentes pensadores ubicados en lo que se ha denominado «crisis» del «fundacionalismo» o la «filosofía de la historia» (últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX) (Duso, 2016; Marchart, 2009, Laclau y Mouffe, 2004). Esta revisitación, que muchas veces arriesga deslizarse en el presentismo al proyectar sobre aquellos pensadores problemáticas actuales, consiste en la recuperación (realizada de diferentes maneras) de una conciencia radical de politicidad, contingencia y facticidad de todo concepto y proposición política. Tratando de evitar la prolepsis sobre pensadores como Heidegger, Schmitt, Gramsci, Sorel, etc., aquí se intentará sostener que tal conciencia tuvo un lugar considerable de tematización en estos autores, pese a que fuera sostenida en el marco de otras preocupaciones.

² La categoría de *reinscripción* refiere al «retorno» a lógicas teológico-políticas, aparentemente dejadas atrás ante el creciente apremio de contingencia y precariedad moderno. No es exactamente equivalente a la noción de «reocupación» en Blumenberg, en tanto esta se inscribe en un reordenamiento conceptual funcional, que se opone al proceso de secularización. La noción de *reinscripción* permitiría la postulación de continuidades a uno y otro lado del umbral, las cuales se opondrían a la discontinuidad producida por la *ontología de lo político*.

lítica nihilista en su faceta «activa». Por *nihilismo* activo se entiende el accionar destructivo, violento o de conquista de una alteridad, ante la conciencia de caída de toda referencia común. Este tipo de nihilismo también ha sido caracterizado como «extático» debido al estado de éxtasis o perplejidad en el que se incurre al obligar al punto de vista de la otredad a abdicar (Löwith, 1998, p. 90). Si en un discurso o accionar político se defiende una política del «nosotros», por el sólo hecho de pertenecer a una presunta comunidad, sin apelar a ningún tipo de reclamo orientado al convencimiento del otro, se está en presencia del *nihilismo*. Descrito de esta manera, el *nihilismo* estaría presente en la obra de Schmitt desde que la *teología política* —como tradición de pensamiento que enfatiza en la noción de «decisión» como juicio no basado en ningún tipo de criterio racional, normativo, metahistórico, etc.— sería equiparable al *existencialismo político*. La noción de una decisión no basada en ningún tipo de certezas sino en la «fe» y la obediencia a Dios, es interpretada en este trabajo como un tipo de *existencialismo político*: una vez superado el orden teológico político del medioevo, una decisión política no basada más que en la «fe», es equivalente a una intervención política existencialista basada en la «nada». Una vez que se deja atrás el orden teológico político que tenía como institución unificadora a la iglesia católica, la teología política schmittiana, en su expresión más despojada, sólo puede significar un *existencialismo político* en la medida que su política está basada en la falta de consideración de la «diferencia».

En principio, la posibilidad de evitar el deslizamiento de la *ontología de lo político* en el *nihilismo* consistiría en sostenerla en un ámbito descriptivo, distanciado y teórico, en el que los diversos tipos de metarrelatos y fundamentos de la modernidad se «redescriben» mediante su anclaje finito sin implicar ninguna consecuencia política. Por ejemplo, la «filosofía de la historia» en tanto modo característico de los grandes metarrelatos de la modernidad y de la lógica de la emancipación, pasaría a descentrarse como una manera particular, entre otras, de fundamentar un proyecto ético-político. Esta postura, que se denominará aquí *redescripción*, no implica ninguna sugerencia de abandono de alguna prospectiva, sino el «descentramiento» de todas ellas.³

No obstante, como la pregunta de este trabajo fue planteada en un registro ético-político, lo que interesaría precisamente es la manera de sostener una *ontología de lo político* sin incurrir en el *nihilismo*. Este intento puede conducir a una *reinscripción* de dicha ontología en algún tipo de fundamento o certeza ahistórica. Un fundamento universal, ya sea antropológico, racionalista, dialéctico, etc., habilita el diagnóstico de una determinada situación y, de esa manera, la marcación de una orientación ético-política. Como se ha mencionado, en la medida que la *ontología de lo político* implica una crítica a toda fundamentación trascendente o consenso racional, la *reinscripción* más bien contradice dicha conciencia de finitud.

³ La categoría de *redescripción* es utilizada aquí, tal como Laclau (2005) la emplea para reseñar el pragmatismo de Rorty: nuevas observaciones ontológicas o epistemológicas concernientes a una «filosofía primera postmetafísica». En este sentido, para Laclau el pragmatismo sería equivalente a la deconstrucción en tanto ambos muestran que «todo» discurso o concepto es construido y depende de decisiones que implican la exclusión de elementos. El autor se expresa con este término, porque Rorty lo emplea en su propuesta como sinónimo de «recontextualización» o «reordenación» de paradigmas o lenguajes (Rorty, 1996, p. 133-134). En estricto sentido, el término no significaría lo mismo para Laclau y para Rorty. De hecho, ante la *crítica* laclauiana de que el pragmatismo libera muchas direccionalidades ético-políticas más allá de la «ironista-liberal», Rorty sostiene que las recontextualizaciones pragmáticas no conducen a ningún terreno privilegiado (afirmaciones ontológicas o epistemológicas), y que toda postura política pragmatista, como la suya, no implican afirmaciones sobre la «naturaleza de los objetos» en la medida que estas deben restringirse al ámbito privado (Rorty, 1996, p. 133-134). En definitiva, aquí se emplea la acepción laclauiana: el pragmatismo, como índice de la crisis y componente de la *crítica*, implicaría, entre una de sus posibilidades, la *redescripción* por ejemplo de «toda» la historia intelectual, incluso de aquellos pensadores declaradamente metafísicos o racionalistas.

El «fundacionalismo» refiere a un marco filosófico en última instancia «humanista». Podría afirmarse que es una de las marcas distintivas de la modernidad y que su cénit se encuentra en la «filosofía de la historia» ilustrada y posilustrada. No obstante, puede sostenerse que tiene también una fuerte presencia en la «primera modernidad», a razón de que el proceso de gestación de los estados nacionales supuso un considerable avance humanitario. Aquí, es necesario tener en cuenta dos tipos de fundamentos modernos: *economía de la violencia y crítica de la ideología*. Por un lado, si bien el pensamiento schmittiano puede concebirse como una de las críticas más agudas a la filosofía de la historia presentes en el marxismo y el liberalismo, su cercanía a la tradición hegeliano-marxista y su identificación del «pueblo» como un sujeto histórico privilegiado y esencial, hace que su crítica se reinscriba en un fundamento ahistórico vinculado al desenmascaramiento de la cultura (*crítica de la ideología*).⁴ Por otro lado, dado que la crítica a las escatologías secularizadas modernas se ha realizado por el carácter trascendente de estas, Schmitt reinscribe su cuestionamiento en otro tipo de fundamento teológico-secular, a saber, ya no las escatologías secularizadas denominadas como «filosofía de la historia», sino en una teología política devenida compatible con el marco humanista e iusnaturalista de la modernidad (*economía de la violencia*).⁵

En el próximo apartado (II), se analizará la obra de Schmitt en términos de una posición que, pese a dejar un lugar considerable a la *ontología de lo político*, se resuelve en los caminos tradicionales: *redescripción, nihilismo y reinscripción*. En el siguiente apartado (III), se reseñará la postura de Jacques Derrida respecto al pensamiento schmittiano, con el fin de señalar que la *ontología de lo político* (equivalente a cierta faceta de la *deconstrucción genealógica*), no necesariamente tendría que implicar las resoluciones antes señaladas.

II. CARL SCHMITT: ENTRE LA REINSCRIPCIÓN FUNDACIONALISTA Y EL DESLIZAMIENTO NIHILISTA DE LA ONTOLOGÍA DE LO POLÍTICO

A. PRESENCIA DE LA ONTOLOGÍA DE LO POLÍTICO EN LA OBRA SCHMITTIANA

En la medida que la *ontología de lo político* en Schmitt es aquí entendida como una «modulación» de su *teología política*, es necesario describir previamente el marco teológico-político

⁴ La expresión *crítica de la ideología* es empleada tal como Laclau (1998) y Žižek (2003) refieren a ella de modo diverso, en el marco aproximado de una *crítica de la crítica de la ideología* («ideologiekritik»). También Koselleck (2010, p. 137) alude a ella al referirse a la escuela histórica y, *Crítica y crisis* [2007], puede ser considerada como una expresión conservadora de la *crítica de la ideología*. De hecho, la noción no sólo podría ser tomada como el rasgo distintivo de la tradición de pensamiento marxista, sino de toda la tradición hegeliano-marxista, ya sea de derecha o izquierda. Como se verá en este trabajo en referencia a Schmitt, el autor también no puede dejar de inscribir, parcialmente, su *crítica* a dicho marco a pesar de sus intentos de abandonar la filosofía de la historia y el marco de pensamiento que él definiría como inmanentista.

⁵ La expresión *economía de la violencia* es tomada de Biset (2010, 2013). De manera precisa, el significado que con ella se expresa no es el mismo que le da el autor en sus lecturas de Derrida. Aquí, la *economía de la violencia* refiere a lo que en algunos círculos se ha entendido como el rasgo distintivo y específico (el «tipo puro») de la política, a saber, la facticidad coactiva o coercitiva tendiente al establecimiento de la «paz», la estabilidad, el orden, la seguridad, etc., que otorga «legitimidad». Por el contrario, Biset entiende el «sintagma» en el sentido que Derrida lo había utilizado en «Violencia y metafísica» [1967]: como resistencia violenta precisamente a esa violencia mayor (el tipo puro que caracteriza lo político) instituyente de un orden reconciliado consigo mismo, pacífico y silencioso (la «fundación mística de la autoridad» como el «telos» de la violencia). Ver Biset (2013, pp. 32-33). Tal como es utilizada por Biset, la expresión sería una de las formas de aludir a la dimensión política de la deconstrucción en el Derrida «temprano», la cual, mediante cambios de acento y resignificaciones, pasa a expresarse como la «deconstrucción es la justicia» en el Derrida «tardío».

en que aquella encuentra lugar. Si puede encontrarse una marca distintiva, una impresión con la cual identificar a un pensador tan ocasionalista, político y polémico como Schmitt, ésta es su concepción de «lo político» como una irrupción trascendente, contingente y arbitraria en un orden dado de cosas, en una normalidad. Lo político es aquella instancia imprevisible y no determinada por ningún fundamento o criterio, que subvierte la «sistemática liberal». En términos de su teoría del estado, es el soberano aquella instancia personal desde la cual emana la decisión no basada en ningún criterio proveniente de las diversas provincias de la cultura. A través de la idea de soberanía se rescata la figura histórica del estado moderno europeo de los siglos XVI y XVII como la encarnación o secularización de un modelo de unidad política basado en la «obediencia» a Dios. El soberano schmittiano, aquel que desempeña el momento político por antonomasia (declara y decide el/en momento de excepción), ocupa un lugar «análogo» al Dios de la teología cristiana; es decir, ocupa un lugar «trascendente» al orden de las criaturas (Weber, S., 1992, pp. 11 y 14). En términos de su aproximación en *El concepto de lo político*, lo político es aquél grado de intensidad máxima de los códigos de distintas esferas de valor, aunque no reducible a ellos. Ya sea que lo político esté encarnado en el estado soberano como instancia de decisión desde la cual se definen amigos y enemigos, ya sea que la oposición amigo-enemigo surja de manera contingente como grado de intensidad máxima desde otras esferas, lo político dicotomiza el espacio social dado.

Se explica así la centralidad de la noción de «trascendencia» en dicha concepción: la postura schmittiana constituye una crítica a todo ordenamiento social basado en la «inmanencia» y en los intentos de fundar una sociedad tratando de evadir lo político (si entendemos por esto aquello que irrumpe violenta y arbitrariamente desde afuera). Téngase en cuenta, nuevamente, que esta irrupción no obedece a ningún criterio de validez, ningún fundamento crítico, ni siquiera el de la monopolización de la violencia tendente a lograr la paz y el orden. Seguramente, a esta concepción de lo político Schmitt puede alumbrarla por su experiencia biográfica cercana a la profesión de «fe» católica. La sistemática liberal y todo proyecto basado en la inmanencia principalmente a través de la idea de progreso, son leídas desde la experiencia personal de Schmitt como el «anticristo», como la promesa de la realización de la salvación en la tierra, la cual niega la verdad revelada y a Cristo (Meier, 2008, pp. 104 y 119). La sistemática liberal y el judaísmo serían, entonces, expresiones del anticristo. La distinción amigo-enemigo corresponde a la distinción existencialmente ineludible entre salvos y profanos.

De la manera en que se la ha descrito, la *teología política*, fuertemente crítica de todo régimen «inmanente», modula en Schmitt hacia un lenguaje «formal», en tanto la controversia entre trascendencia e inmanencia como dos totalidades profundamente contrarias se articula con un discurso general o estructural en el que los regímenes inmanentes están también atravesados por «lo político». Lo político constituiría el «origen» y «destino», la «imposibilidad» y «posibilidad» de «todo» régimen. De esta manera, toda expresión política «óptica» está sobre-determinada por una condición «ontológica» más abarcativa, insuperable, la cual puede ser llenada por diversos contenidos, incluso de signo liberal. Es decir, y tal como se deja entrever en la primera frase de *El concepto de lo político* —en la cual se afirma que «El concepto de estado presupone el de lo “político”» (Schmitt, 1985, p. 15)—, lo político también tendría un estatus existencial que encarnaría no solamente en el Estado, sino que se haría presente en toda expresión política, liberal o no, antagónica o no. De esto se deriva que toda expresión política, partidos políticos, movimientos sociales, clases, pueblo, etc., está gobernada en última instancia por el criterio amigo-enemigo.⁶ En este sentido, se afirma:

⁶ En pos de ilustrar este punto, puede traerse a colación la categoría de «hegemonía» tal como fue utilizada por Gramsci, contemporáneamente a la elaboración de Schmitt de su criterio de lo político basado en la distinción

Podemos interpretar la afirmación de Schmitt de que lo político es el estado fundamental del hombre como un reclamo sobre la naturaleza humana, en cuyo caso lo político tiene un estatus ontológico que es imposible de modificar o contaminar por un registro óntico de la política (Arditi, 2008, p. 18).⁷

Es a este otro tipo de lenguaje, en el que lo político se torna una «forma» que puede investir diversos signos, a lo que se denomina «ontología existencial» u ontología de lo político:

De ser así, la distinción básica de amigo y enemigo no tendría nada de específico, sino que atravesaría y superaría todas diferencias y rasgos comunes específicos del ser humano y tendría un sentido «puramente» existencial [...] Schmitt convierte la agudización extrema de la situación política, como ocurre en el caso de emergencia de una guerra, en base de su concepto del ser político y lo hace en línea de la ontología existencial de Heidegger [...] Esta radical indiferencia respecto a cualquier contenido político de la decisión —que es meramente formal, de tal modo que todos los contenidos son totalmente in-diferentes entre sí— caracteriza en Schmitt el concepto básico existencial-político de la guerra como punto culminante de la gran política (Löwith, 1998, pp. 43-45).

Así, la ontología existencial es una forma en la que modula la *teología política* schmittiana hacia un registro general, a través del cual se remarcan los orígenes arbitrarios, finitos, contingentes de todo régimen político. Aquí, el cuestionamiento de Schmitt va dirigido contra el carácter abstracto, ahistórico del pensamiento liberal, en el sentido de señalar la arbitrariedad y finitud de todo espíritu, proyecto o proposición política. Por ejemplo, esto puede observarse en el tratamiento de Schmitt del sistema constitucional representativo. Aquí, el autor denuncia la idea de igualdad formal y abstracta sobre la que este sistema se basa, por no reconocer o apoyarse explícitamente en una noción de igualdad política definida en términos de «homogeneidad» (Schmitt, 1996, pp. 13-14). Como todo régimen político, la democracia liberal obtiene su unidad por medio de la exclusión de ciertos elementos heterogéneos. Sus principios están ineluctablemente anclados a una situación existencial que los torna relativos a un determinado grupo particular y concreto. En uno de tantos pasajes, Schmitt sostiene:

Todos los conceptos de la esfera espiritual, comprendido el concepto de espíritu, son en sí pluralistas y pueden ser comprendidos únicamente por la existencia política concreta. Como cada nación tiene un concepto de nación propio y encuentra los caracteres constitutivos de la nacionalidad en sí misma y no en otras, así cada civilización y cada época cultural tienen su propio concepto de civilización. Todos los presupuestos esenciales de la esfera espiritual del hombre son existenciales y no normativos (Schmitt, 1985, p. 82).

La sistemática liberal, como expresión esencial de evasión de lo político, no estaría exenta, de manera constitutiva, de procesos de exclusión, conflicto y antagonismo (lo político):

de «amigo-enemigo». Por un lado, ambas nociones refieren a una lógica particular de intervención política basada en la dicotomización o antagonización del espacio social frente a la política burguesa. Por otro lado, debido a la transición arriba descrita, lo político o la hegemonía modulan hacia una totalidad estructural, habiendo expresiones burguesas de lo político, o, en otras palabras, habiendo también hegemonías burguesas. Algo similar ocurre en la obra de Ernesto Laclau con la oscilación que experimenta la «lógica de la equivalencia», entre ser una lógica específica contraria a la «lógica de la diferencia», y tener un estatus ontológico que abarca ambas lógicas. Sobre esta «formalización» de lo político en Laclau, ver Barros (2006).

⁷ La traducción me pertenece.

En ella está presente, por otra parte, una extraordinaria sistematicidad y consecuencia, pero también este sistema, que pretende ser no político y que, aparentemente es antipolítico, sirve a los reagrupamientos amigo-enemigo ya existentes o conduce a nuevos reagrupamientos de este tipo y tampoco logra escapar a la consecuencia de «lo político» (Schmitt, 1985, p. 76).

La traslación de lo político como irrupción trascendente sobre todo régimen inmanente, a una condición estructural de toda expresión política, generaría en principio una contradicción en el pensamiento schmittiano. En la medida que la sistemática liberal era criticada en nombre de lo político, ahora la crítica no podría habilitarse desde que dicho régimen sería otra expresión de lo político. No obstante, en la medida que la *ontología de lo político* se desdibuja en el marco general de la intervención de la *teología política*, la cuestión de la contradicción no será abordada en este apartado.

B. LA REDESCRIPCIÓN COMO ALTERNATIVA PARA EVITAR EL NIHILISMO

El señalamiento de que todo proyecto ético político está inevitablemente anclado a una situación fáctica, contingente y política, no necesariamente debería conducir al *nihilismo* si a dicho entendimiento se lo sostiene en un plano descriptivo, neutral y distanciado. La conciencia de que toda proposición política, a pesar de sus pretensiones de universalidad, está insuperablemente anclada a un «nosotros» en oposición a un «ellos», implica un cuestionamiento de «la» política que no en todos los casos podría suponer una crítica frontal y evaluativa. Desde este punto de vista, la *ontología de lo político* vendría a proveer nuevos señalamientos acerca de los rasgos generales de la realidad social (ahora redescrita en términos conflictivos y antagónicos) que se aplicarían a concepciones, por ejemplo, fundacionalistas, metafísicas, racionalistas, consensualistas, etc., sin la necesidad de abandonar cada una de estas. Si se la esgrime en un plano teórico y apartado, tal ontología no tendría efectos o consecuencias políticas ya que «toda» expresión y proyecto político estaría gobernada por la dicotomía amigo-enemigo. Pese a la intensa propensión de Schmitt de intervenir en la coyuntura política que lo rodeaba, el sostenimiento de la *ontología de lo político* desde una perspectiva analítica con gran productividad teórica, fue una postura marcadamente presente en su obra: «si bien el jurista alemán no abandonó en toda su larga vida su responsabilidad con lo político, siempre lo defendió desde el no-lugar del científico lejos del militante que se aferra a una verdad» (Pereyra, 2009, p. 96).

Sí (como se verá en la siguiente sección) puede establecerse una analogía entre la *ontología de lo político* y la deconstrucción derridiana, uno de los pensadores que mejor ilustran la lectura redescritiva sobre estos enfoques es Richard Rorty. Dada la posición de este pensador con respecto a la deconstrucción, podríamos inferir que para él, la *ontología de lo político* sería una postura solamente sostenible en un ámbito privado y Schmitt (un Schmitt posfundacionalista) sería una «ironista privado». Si pudiese extrapolarse la misma posición rortyana sobre la deconstrucción a la *ontología de lo político*, para el escritor norteamericano la propuesta schmittiana sólo podría producir satisfacción personal a sus lectores, no pudiendo ser sostenida en un ámbito público. Debido a que todo orden político puede deconstruirse mediante el señalamiento de la violencia y arbitrariedad constitutivas, la *ontología de lo político* no podría habilitarse en un plano prospectivo. Las filosofías «inmanentistas», criticadas por la teología política schmittiana, serían otra expresión (entre muchas otras) de lo político. Incluso, serían virtualmente la forma típica que ha tenido la modernidad en su cumplimiento de la ineluctabilidad de lo político. Así, se produciría una nivelación de diferentes formas de lo político, sin poder habilitar una crítica frontal sobre alguna de ellas.

No obstante, la alternativa redescritiva como forma de evitar el *nihilismo* sería «espuria». En la medida que la pregunta que guía este estudio es cómo sostener una prospectiva ético-política manteniendo una *ontología de lo político*, las posibles respuestas deben afirmarse en un plano político, no tan sólo descriptivo. El intento de evitar el *nihilismo* no debería implicar una retracción de la *ontología de lo político* a un ámbito distanciado y teórico, sino comprometer alguna orientación ético-política que sea distinta al camino de la violencia y la persecución política, y a la *reinscripción* fundacionalista.

C. LA ONTOLOGÍA DE LO POLÍTICO EN EL MARCO DE LA TEOLOGÍA POLÍTICA: NIHILISMO COMO EXISTENCIALISMO POLÍTICO⁸

Como se ha adelantado, este estudio intenta demostrar que, en la obra schmittiana, la *ontología de lo político* ha tenido las implicancias políticas de una *existencialismo político*.⁹ No se niega que el autor haya recurrido a la *economía de la violencia* y a la *crítica de la ideología* como fundamentos racionales que también alimentaban sus posicionamientos políticos, pero ellos, en calidad de reclamos de validez, irían en contra de la afirmación schmittiana de que la decisión no necesita apelar a la razón. En un sentido estricto, estos fundamentos contradecirían la propia posición schmittiana, tal como ha sido delineada por el mismo autor. Al estar jalonada por lo que parecería ser la orientación general de su obra, a saber, la *teología política*, la *ontología de lo político* ha implicado un accionar político en mayor o menor medida violento. La posición que aquí se asume (la cual no es singular sino que guarda ciertas afinidades con otros pensadores, en especial, Karl Löwith), es que una *teología política* estricta, defendida en un marco más o menos humanista y marcado por el derecho natural, como el moderno, implica un accionar político similar al *existencialismo político*. Y esta consecuencia puede incorporarse a lo que aquí se ha denominado *nihilismo*. Una vez desandada «la época de la revoluciones» (con sus diferentes tiempos de diseminación), la *teología política* schmittiana, como orientación general en la que se inscribe la *ontología de lo político*, no puede implicar otra cosa que un proceder similar al del *existencialismo político*.¹⁰ La irrupción política, que encuentra su analo-

⁸ El conocido pasaje del tercer capítulo de *Teología Política I* [1922], en el cuál el autor afirma: «todos los conceptos significativos de la modernidad son conceptos teológicos secularizados» (Schmitt, 2004: 43), es en este apartado entendido en un sentido particular. De Vries sostiene que esta relación puede tener dos significados básicos: por un lado, una significación «modesta» y sólo analógica, en la cual se marcan las «afinidades electivas» entre los dos polos, y, en segundo lugar, una significación «genealógica» e «histórica» (de Vries, 2003, pp. 284-285). Esta segunda interpretación, puede a su vez implicar dos sentidos: primeramente, uno referido a una «teoría de la secularización» o «neutralización», en el cual se afirman los orígenes teológicos de la política, en un proceso en el que el elemento teológico va siendo cada vez menos importante, y, en segundo lugar, el sentido de una «re-teologización estratégica», a través del cual se intenta reducir la política a la teología a través de la recuperación de los elementos teológicos fundamentales (de Vries, 2003, pp. 284-285). Como se observará en este apartado, esta última significación defendida en un registro político, implica un *existencialismo político*.

⁹ Esta afirmación es compartida por Wolin (1990) y Teschke (2011, pp. 72-73). No obstante, el presente estudio se aparta del diagnóstico de estos autores, en la medida en que aquí se identifican otros lenguajes en la obra schmittiana no reducibles al existencialismo. El presente trabajo pretende distinguir dichos lenguajes, y no tomar la teoría schmittiana como un todo indiferenciado.

¹⁰ La afirmación de la *teología política* como *existencialismo político*, no debe encontrar afinidades con la «crítica teológica» a Schmitt (D'Ors y Peterson). Si bien ambos posicionamientos son distintos, coinciden en la concepción de la *teología política* schmittiana como carente de apelaciones a pretensiones de legitimidad que trasciendan la mera fuerza. En efecto, el cuestionamiento de la interpretación schmittiana de la noción de «stasis» trinitaria, en la cual el autor ponderaba la significación de la «fuerza», así como la apelación a la «escatología cristiana» frente a la pretensión del poder secular de lograr el reino de Cristo en este mundo (intensión que es interpretada como propia del «anticristo»), constituyen elementos en los que convergen D'Ors y Peterson

gía en la máxima teológica de no basar el obrar más que en la fe, sería equivalente al proceder de un «existencialismo activo», que no basa su decisión más que en la «nada» (Meier, 2008, pp. 79, 86 y 121). La indiferenciación entre teología y política tendría ahora su correlato en la intolerancia con la diferencia en general:

En Schmitt y en todos estos autores [Heidegger, Jünger, Gogarten], con excepción de Kantorowicz, hay, sin duda, una continuidad ente denuncia de las aspiración de «paz y seguridad», vista como premisa para el reinado del Anticristo, y la adhesión (por razones similares, tanto de Schmitt como de Heidegger) a un partido y a un régimen que hizo de las virtudes guerreras, del riesgo de muerte y de la valoración del «combate», en todas sus formas, propiamente los nervios motores de su retórica revolucionaria (Monod, 2015, p. 232).¹¹

Si bien se trata de una orientación general de la obra schmittiana, es entre 1932 y 1936 (los años de adhesión del autor al nazismo) cuando dicha consecuencia se torna mayormente manifiesta. Esto no significa que ella no estuviese presente allende este periodo, sino que se encontraba entrelazada por otros tipos de discurso, como los que se verán en los siguientes apartados. No constituye un efecto no querido en el marco de la búsqueda de la paz y estabilidad perdidas, como pareciera señalarlo Paul Hirst (ver nota al pie 12), sino que dicha consecuencia constituye una orientación general de la obra schmittiana. Es a partir de la segunda edición de *El concepto de lo político* [1932], así también como en una serie de ensayos panfletarios a favor del partido nazi, en donde puede encontrarse explícitamente esta orientación política. Este interregno se caracteriza por la prevalencia de una «retórica ofensiva» por sobre la «retórica defensiva» que antes había ocupado un lugar considerable (Meier, 2008). Durante estos años, el autor deja de recurrir a la psicología del desenmascaramiento del invasor burgués que amenaza el propio espacio vital, y también se aleja del pensamiento de Hobbes, el cual le permitía reclamar por la paz, la estabilidad y el orden, ante la crisis desencadenada

(D'Ors, 1976, pp. 60, 71; Schmitt, 2009, pp. 94, 103). El español cuestiona el riesgo absolutista en Schmitt, debido a que se prescinde del dogma «Cristo es Rey» (que la dotaría de «legitimidad») al basarse únicamente en las nociones seculares de «soberanía» y «razón de estado» (D'Ors, 1976, pp. 71 y ss.). Es decir, la *teología política* schmittiana se inscribiría en el movimiento secularización moderno: sería muy «desteologizada» (D'Ors, 1976, p. 42). Por su parte, la «liquidación» del «monoteísmo como problema teológico-político», pretendida por Peterson, implica el cuestionamiento de la indiferenciación de las esferas política y teológica, algo correlativo con el riesgo totalitario de la *teología política*. La instalación de un orden por la mera superioridad física, es equivalente a la reubicación de la teología en un plano político y el retorno a una «lógica unitaria» con independencia de todo reclamo de «razón» (Monod, 2015, p. 220). Como señala Schmitt, esta asociación entre la *teología política* y un ordenamiento persecutorio encabezado por el «Führer», realizada por Peterson en *El monoteísmo como problema político* [1935], será luego explicitada con un escrito del mismo autor de 1947, en el que se intenta desenmascarar el *existencialismo político* heideggeriano, como una forma de *teología política* (Schmitt, 2009, p. 108). Más allá de la réplica schmittiana a Peterson (Schmitt, 2009, pp. 61-121), los cuestionamientos de D'Ors y Peterson no son equivalentes a la posición del presente estudio, en la medida que no visualizan la presencia de la *ontología de lo político* en Schmitt, como rasgo moderno digno de recuperación.

¹¹ En otro pasaje, Monod escribe: «No obstante, el rechazo de la fe en la Historia como falsa salida de una moderna tendencia nihilista está lejos de ser ajeno, en Löwith, a un análisis político del presente y hasta del nazismo. La consternación que experimentó frente a la adhesión de algunos de sus maestros al nacionalsocialismo —en la primera fila de los cuales hay que situar a Heidegger— lo llevó a preguntarse no sólo por la fascinación del extremismo de muchos intelectuales alemanes, sino también por las fuentes de las teorías decisionistas de las que Heidegger, Schmitt y Gogarten habían presentado variantes, para concordar finalmente con la peor decisión política. Al respaldarse absolutamente en la “situación”, al hacer planear la conciencia en el vacío del que sólo la arrancaría la resolución irracional pero decidida, Heidegger, Schmitt y Gogarten ilustran el fracaso de la búsqueda de salvación en la Historia, que relativiza históricamente todos los contenidos éticos pero reemplaza el “salto” hacia la fe por la “resolución” con respecto al Führer» (Monod, 2015, pp 284-285).

por el liberalismo (Meier, 2008, pp. 32-34, 89). La defensa de una política de un «nosotros», de los «semejantes», sin apelar a ningún reclamo de convencimiento de la otredad, se torna explícita durante el período en cuestión:

Mientras que Schmitt siguió siendo sólo un mero decisionista y se conformaba con la demanda de la unidad política formal, no se vio urgido a responder a la pregunta sobre dónde radicaría la sustancia homogénea de la democracia dictatorial. Apenas después de que fue tomada fácticamente la decisión, por medio de la Revolución de 1933, él se vio en la necesidad de dar también un basamento a la unidad política. Esto sucede desde la tercera edición de *El concepto de lo político*, en correspondencia con la doctrina antisemita de las razas, de la que se había mantenido inicialmente distante. La sustancia del Estado total se vuelve ahora el «semejante» camarada del pueblo, que debe garantizar la igualdad de especie entre conductor y conducido. La igualdad biológica de la raza reemplaza a la igualdad teológica ante Dios y la igualdad moral ante la ley. En el ario camarada del pueblo y del partido desaparecen, en apariencia, todos los problemas del último siglo: la oposición entre Estado y sociedad, de clase burguesa y proletaria, de *homme y citoyen*. Se vuelve también irrelevante el problema de la libertad dentro de la carcasa de servidumbre que es el Estado total, ya que la libertad es un invento del liberalismo, que en ese Estado no tiene lugar (Löwith, 2007b, pp. 147-148).

La noción de decisión, implicada en las últimas consecuencias de una *teología política* (irrupción o juicio no basado en ninguna norma, razón o ley abstracta), parece abandonar explícitamente, durante este período, el último bastión en el que el decisionismo se sostendría de manera más o menos coherente, a saber, el de la monopolización de la violencia tendente a la paz o la búsqueda de orden y estabilidad como «tipos» específicos de la política. Estas últimas pretensiones de validez, podrían subsumir la decisión al seguimiento de un criterio normativo:

Sin embargo, en su ensayo de 1934 *Über die drei Arten des rechtswissenschaftlichen Denkens* (Sobre los tres tipos del pensamiento jurídico) Schmitt no sólo rechaza, como ha venido haciendo, el normativismo impersonal del «pensamiento basado en normas o leyes», sino también el decisionismo personal y dictatorial, o sea, la idea de la decisión que él mismo defendía, y aboga por un pensamiento suprapersonal, concreto y específicamente «alemán» del «orden y la creación» (Löwith, 1998, p. 55).

De esta manera, queda la «decisión por la decisión», la decisión sin un «porqué» que ha abandonado todo tipo de fundamento (ya sean teológicos, metafísicos, humanistas o morales), restando sólo la «disposición para la muerte y para matar» de un «nihilismo activo» (Löwith, 1998, pp. 37-39).

D. REINSCRIPCIÓN DE LA ONTOLOGÍA DE LO POLÍTICO EN EL FUNDACIONALISMO: ECONOMÍA DE LA VIOLENCIA Y CRÍTICA DE LA IDEOLOGÍA

Hasta aquí se ha procurado sostener que la única implicancia política de la *ontología de lo político*, en Schmitt, es el *nihilismo* (a través de la *teología política* como *existencialismo*), el cual se torna explícito en el interregno 1932-1936. Esto no significa que dicha implicancia no estuviera antes, ya que la *teología política* supone la orientación general de la obra. No obstante, tal posición se veía relativizada por la presencia de ciertos reclamos de validez por parte del autor, para poder pronunciarse en un registro público, político. Para poder intervenir en el ámbito político de una manera convincente, necesitó apelar a «pretensiones de validez» orientadas a convencer a determinados interlocutores. Por un lado, una *teología política* ya no

definida como intervención violenta sino como *economía de la violencia*. Por otro lado, una postura muy cercana a la *crítica de la ideología*.

LA ONTOLOGÍA DE LO POLÍTICO ABANDONADA EN LA ECONOMÍA DE LA VIOLENCIA

Bajo el perfil de *economía de la violencia*, la *ontología de lo político* se ve traicionada por la recurrencia a la «legitimidad» como «tipo político» garante de ciertas pretensiones de validez: la paz a través de la superioridad fáctica, el orden, la seguridad, la estabilidad a partir de una «ética de la responsabilidad», etc. Aquí, el razonamiento consiste en sostener que el progresivo abandono del centro de referencia histórico teológico-político conduce, por definición, a un escenario de guerra civil y «fehida», desde el cual el soberano habría surgido para garantizar la paz (a nivel intraestatal) y establecer la distinción clara entre un momento de guerra y otro de paz (a nivel interestatal) (Schmitt, 1985, pp. 5-6). Desde la perspectiva de este trabajo, esta *economía de la violencia* no cumple otro rol que el de una «función ética» (Freund, 2007, p. 30). Esta postura se ve más claramente en lo que respecta al nivel interestatal y a la reglamentación de la guerra entre estados, pero también es extrapolable al plano interno del estado:

La reglamentación y la delimitación de la guerra involucran una relativización de las hostilidades. Toda relativización de este tipo constituye un gran progreso en un sentido humanitario. Se trata, sin embargo, de un progreso no fácil, puesto que se hace difícil a los hombres no considerar al enemigo un delincuente (Schmitt, 1985, p. 6).

En particular, la idea de «paz» opera en Schmitt como una pretensión de validez que fundamenta su crítica, su diagnóstico y prospectiva:

(...) la idea de que todo enemigo debía ser considerado justo, como un defensor de una causa justa, introdujo durante algunos siglos “una racionalización y humanización; en otros términos, una domesticación de la guerra” (*Der Nomos der Erde*). Por más cruel que pudiera ser la guerra, se había logrado controlarla relativamente y darle fuerza jurídica a la noción de paz (Freund, 2007, p. 52).

De esta manera, Schmitt entretiene su ontología existencial con una tradición que enfatiza la facticidad de lo político como modo de «domesticar» la violencia, en tanto la fuerza bruta del estado es entendida como una «hostilidad pacífica» (Pereyra, 2009, p. 92; Löwith, 1998, p. 48). La expresión «razón de estado» funciona aquí como una pretensión de validez, un punto de vista normativo cercano al hobbesiano, que Schmitt no estaría tan dispuesto a aceptar explícitamente. El referente histórico de este criterio de validez, consistente en la «relativización de las hostilidades», residiría en el orden institucional interestatal del «*jus publicum europaeum*»:

Uno de los escasos momentos históricos en los que el reconocimiento del «otro» como «enemigo justo» llega a plasmarse en el orden institucional se da en los albores de la modernidad, con el surgimiento del *Jus publicum Europaeum*. En este derecho de gentes posmedieval la noción de «causa justa» se ve desplazada, gracias a la diferenciación entre el ámbito jurídico y el ámbito teológico-moral, por la de «enemigo justo»; lo que expresa el reconocimiento recíproco de los Estados nacionales como poderes soberanos. Este reconocimiento presupone asumir el *ius belli* de cada uno y, con ello, admitir que el «otro» es, en potencia, un enemigo conforme a derecho. El enemigo político adquiere así un estatus jurídico, ya no es un criminal. La regulación y clara delimitación de la guerra (*die Hegung des Krieges*) hace posible llevar a cabo distinciones claras y unívocas entre interior y exterior, guerra y paz, neutra-

lidad y no neutralidad, militar y civil, lo que, a su vez, permite una relativización de la hostilidad, que representa, sin duda, un gran avance desde el punto de vista de la coexistencia (Serrano Gómez, 1996, p. 46).

Si bien la utilización de la violencia como modo de establecimiento de un orden no implica lógicamente la apelación a un fundamento universal, su empleo en el marco conceptual moderno, implicó su monopolización en pos de logros humanitarios (como por ejemplo, la defensa de los derechos humanos). Es en este sentido que la *ontología de lo político* se reinscribe en un fundacionalismo incompatible con ella.¹²

LA ONTOLOGÍA DE LO POLÍTICO ABANDONADA EN LA CRÍTICA DE LA IDEOLOGÍA

El autor también recurre a una psicología del desenmascaramiento para denunciar el carácter en última instancia «político», subyacente bajo la noción de igualdad humana universal propia de la «política»:

(...) donde un Estado quisiera llevar a cabo la universal igualdad humana en la política, sin consideración a la homogeneidad nacional u otros tipos de homogeneidad, no sería posible eludir la consecuencia de que se estaría despreciando la igualdad política en la medida en que se produjera un acercamiento a la igualdad humana absoluta. Y no sólo esto. También se estaría despreciando en la misma medida el área en sí, es decir, la política misma, que se convertiría de este modo en algo indiferente (...) (Schmitt, 1996, pp. 16-17).

La marcación de una frontera antagónica que separaría un «nosotros» de un «ellos» (igualdad como homogeneidad), no podría ser eludida a pesar de los intentos por una igualdad universal y abstracta. El parlamento, como una de las inscripciones de «la política», operaría como una fachada que ocluye los verdaderos ámbitos en donde se desarrolla «lo político». El desplazamiento que en esta institución se produce de lo político a lo económico o lo moral habilita una crítica que diagnostica la neutralización o despoltización del régimen parlamentario. De esta manera, el cuestionamiento de Schmitt recurre a términos como «ilusión», «mala fachada», «mera formalidad», «decorado superfluo», etc., para describir al parlamento y la oclusión de los intereses de una «clase» a la cual él sirve (Schmitt, 1996, pp. 9, 19, 25). En otros lugares, en torno al concepto de «humanidad» y su manejo como fundamento de la guerra, el autor utiliza la expresión «ficción deshonesto» para denunciar el carácter político,

¹² En un difundido artículo, aparecido en el número 72 de la revista *Telos* [1987], se escribe: «Por lo tanto la doctrina de Schmitt implica una paradoja. A pesar de su énfasis en las relaciones amigo-enemigo, en la acción política decisiva, su núcleo, su objetivo, es el mantenimiento de la estabilidad y el orden» (Hirst, 2011, p. 28). La interpretación de Hirst tiende a totalizar la presencia de la *economía de la violencia* en la obra schmittiana, no entendiendo, así, que en ella haya habido siquiera *nihilismo* (tal como se ha definido aquí a esta categoría): «Si es nihilista carecer de parámetros éticos substanciales más allá de la política, entonces Schmitt es un nihilista. En este aspecto, no obstante, está acompañado por muchos pensadores políticos modernos. Lo que llevó a colaborar con los nazis desde marzo de 1933 hasta diciembre de 1936 no fue, sin embargo, el nihilismo ético, sino, por sobre todas las cosas, la preocupación por el orden. Junto con muchos conservadores alemanes, Schmitt vio la elección como Hitler o el caos» (Hirst, 2011, pp. 20-21). Más adelante, se señala: «El estado nazi buscó la guerra como el objetivo más elevado de la política, pero condujo sus asuntos de una manera tan caótica que su capacidad de hacer guerra se vio socavada y sus objetivos bélicos superaron sus límites de modo fatal. La tesis de amigo-enemigo de Schmitt tiene que ver con evitar el peligro de que la lógica de la voluntad política alcance su conclusión en la guerra ilimitada» (Hirst, 2011, pp. 20-21).

imperialista, enmascarado, bajo esas expresiones en apariencia despolitizadas (Schmitt, 1985, p. 51). Al respecto, Derrida indica:

Por lo demás, dicho sea de paso, esa alegación de lo humano, de lo humanitario, incluso de los derechos del hombre —por encima del Estado—, es la que Schmitt considera des-politizadora, responsable de la neutralización moderna de lo político o de la despolitización (*Entpolitisierung*). En verdad, y por eso digo «alegación» de lo humano o de lo humanitario por encima del interés del Estado, Schmitt siempre cree poder distinguir en ese discurso humanista, humanitario, por lo tanto universalista, etc., un ardid guerrero, un ardid estratégico puesto en marcha por un Estado con ganas de hegemonía, un ardid de lobo, de hombre-lobo, sino de zorro por consiguiente [...]. La despolitización, el paso más allá de la soberanía estatal, sería una hipocresía al servicio de una soberanía, de una hegemonía determinada al servicio del Estado-nación. Schmitt no habla todavía, en la década de 1930, de «mundialización», pero eso es evidentemente, lo que tiene en mente en su crítica a las premisas de un nuevo derecho internacional, de una Sociedad de naciones, etc. El mundo de la mundialización sería una estratagema, un falso concepto o un concepto forjado como un arma, como un contrabando, una superchería destinada a hacer que el interés particular pase por ser el interés mundial o universal, que el interés de un Estado-nación o de un grupo restringido de Estado-nación particulares pase a ser el del mundo, el universal de la humanidad en general, el interés de lo propio del hombre en general (Derrida, 2010, p. 98).

Como puede notarse, Schmitt emplea así un lenguaje muy similar a la teoría marxista y, según algunos autores, muy afín a la escuela de Frankfurt (Kennedy, 2007). La denuncia a la dominación burguesa ya no se realiza en nombre del proletariado sino del «pueblo» como sujeto homogéneo en el cual debería fundarse todo régimen político. Y no sólo las similitudes pueden marcarse de esta manera. A pesar de la crítica de Schmitt a la Ilustración y la filosofía de la historia (en el sentido de que estos movimientos habrían producido el desmantelamiento del orden basado en la *teología política*), existe en el autor una recuperación de ciertas expresiones políticas referidas centralmente a la noción de «dictadura». Para él, la dictadura es una forma política en la que coinciden fascismo y bolchevismo, corrientes que en 1848 formaron alianza contra el liberalismo burgués (Schmitt, 1996, p. 67). En contraposición al significado liberal que normalmente se tiene de democracia, Schmitt sostiene que estas formas dictatoriales defienden un tipo de democracia cesarista y homogeneizante que, aunque permitan la exclusión, precisamente por este hecho logran la igualdad «real» y el verdadero gobierno del pueblo (Schmitt, 1996, p. 21). Adicionalmente, el autor considera que el marxismo tiene sus principales antecedentes filosófico-políticos en la dictadura racionalista educativa del jacobinismo y en la lógica hegeliana (Schmitt, 1996, p. 21).

Con esta adscripción de la crítica schmittiana a la filosofía de la historia, puede verse cómo para Schmitt el «pueblo» ocupa un lugar semejante al desempeñado por el proletariado en la teoría marxista, es decir, ese rol de sujeto histórico privilegiado ubicado entre un «origen» histórico y un «juicio final» del cual mesiánicamente provendría la liberación. En tanto la *crítica de la ideología* cobra sentido en el marco de las escatologías secularizadas de origen cristiano, la crítica schmittiana parecería no abandonar la matriz filosófico-histórica que comparte el liberalismo decimonónico, principalmente a través de la noción de «progreso». Desde este punto de vista, no se encontraría precisamente una intención de retorno al «centro de referencia» teológico político, sino una adscripción al movimiento filosófico histórico que, más bien, debilitó ese centro.

La *crítica de la ideología* schmittiana debe ser explicada por su adscripción a la tradición hegeliana. Sus afinidades con el marxismo y la teoría crítica que bajo este perfil se encuentran, hunden sus raíces en la obra de Hegel y la denuncia que este hace de la filosofía de la cultura como perteneciente a un referente histórico y concreto, a saber, el mundo burgués (Meier,

2008, pp. 62 y 72; Derrida, 1998, p. 102). La disputa entre los hegelianos de izquierda y los de derecha da cuenta de la similar filiación que, en este sentido, puede marcarse entre el marxismo y la posición schmittiana.

Así, tendríamos una *reinscripción* de su *ontología de lo político* en la filosofía del «progreso». Ya en la década del '30, L. Strauss y E. Voegelin, fuertemente influenciados por la posición schmittiana, señalaron las distintas maneras en que Schmitt se deslizaba hacia el marco crítico que él había cuestionado. Tanto Strauss como Voegelin coinciden en señalar que la teoría schmittiana es «insuficientemente radical». Principalmente, tanto el *Comentario sobre El concepto de lo político* [1932] (que motivaría las revisiones de las ediciones de 1932 y 1933 de *El concepto de lo político* por parte de Schmitt), como la reseña *Die Verfassungslehre*, apuntan a señalar la insuficiente ruptura de la teoría schmittiana con la filosofía del progreso; ya sea que esta se defina en términos de una «sistemática liberal» como de una filosofía de la historia. Ambos autores coinciden en señalar que lo político no logra trascender el rango de una esfera más dentro de la sistemática liberal. También, señalan que lo político ocuparía el rango de un epifenómeno derivado de una sustancia apriorística, ya sea el pueblo o una dialéctica transhistórica.¹³

III. JACQUES DERRIDA: SOBRE LA POLÍTICA DE LA REDESCRIPCIÓN Y LA IRREDUCTIBILIDAD DE LA DECONSTRUCCIÓN AL NIHILISMO

En *Carl Schmitt, Leo Strauss y El concepto de lo político. Sobre un diálogo entre ausentes*, Heinrich Meier afirma: «quizá el aporte más interesante de los últimos tiempos al objeto de nuestro diálogo sea *Politiques de l'amitié*, de Jacques Derrida» (2008, p. 221). Si bien la dimensión ético-política de la *deconstrucción* puede rastrearse incluso hasta en las primeras obras de Derrida (Biset, 2009), y a pesar de que dicha obra sea una más del denominado «giro ético-político» comenzado a mediados de la década del 1980, aquí el análisis se restringirá al trabajo mencionado por contener un abordaje explícito y relativamente abarcativo de la obra schmittiana.

Tal como ha sido aquí definida y rastreada en la obra schmittiana, la *ontología de lo político* guardaría determinadas equivalencias con la *deconstrucción* derridiana. La remisión de «la

¹³ Por ejemplo, Strauss afirma que el reclamo de especificidad de lo político por parte de Schmitt en *El concepto de lo político*, no logra trascender los reclamos de «autonomía» de las diferentes esferas en el proyecto de diferenciación liberal (Meier, 2008). Por su parte, Voegelin argumenta que Schmitt reinscribe sus profundas intuiciones con un modo «tradicional» de pensamiento, denominado aquí «crítico», el cual opera con la lógica dicotómica del «es» y el «deber ser». En principio, la posición schmittiana apuntaba a deconstruir esta matriz presente en la teoría sociológica y en la neokantiana (Voegelin, 2001, pp. 43-44). Para Schmitt, el «deber ser», la norma, no tiene ningún fundamento abstracto, más que el de una «decisión» infundamentada (que, por momentos, él denomina «constitución»). No obstante, Schmitt cae en esta lógica «crítica» (que para él mismo sería una lógica «inmanentista») cuando presupone el pueblo como el fundamento de la decisión, el pueblo como una totalidad esencial, personificada, del cual emana una voluntad homogénea, unívoca (Voegelin, 2001, pp. 50-51). Según Voegelin, Schmitt no avanza lo suficiente en discutir esta unidad del pueblo que él toma como una «realidad última» y como la más «sublime» de las agrupaciones humanas (Voegelin, 2001, pp. 52 y 58). En *El guardián de la constitución* [1931], el lugar apriorístico del «pueblo» lo ocupa el «estado» como sujeto histórico privilegiado que, a través de un proceso dialéctico necesario, va tomando diferentes formas hasta llegar a su realización última (como «estado total» o «estado partido», superior a sus formas anteriores de «estado absolutista» o «estado neutral») (Voegelin, 1999). Según Voegelin, existe aquí una necesidad histórica que hace a cada fase comprensible de acuerdo a un «telos». De la crítica de Voegelin acerca de la verdadera existencia de esta «necesidad» histórica se infiere, también, que dicha necesidad contradeciría el estatus verdaderamente trascendente de lo político en tanto este se tornaría un derivado de tal proceso transhistórico.

política» y de todo fundamento ahistórico a una instancia perteneciente a «lo político», es un gesto en el que puede incluirse la deconstrucción. El problema de la «dimensión política» de la *deconstrucción*, la discusión de sus implicancias ético-políticas, ha constituido una cuestión de creciente interés para diferentes pensadores.¹⁴ A los fines del presente estudio, conviene distinguir dos formas generales a través de las cuales puede rastrearse la dimensión política de la *deconstrucción*: por un lado, su perfil estrictamente «finito», en tanto ésta da cuenta de la naturaleza infundada de toda fundación o del carácter «místico» de la autoridad (noción de «justicia divina» perteneciente a la tradición grecolatina). Por otro lado, la faceta mesiánica o «infinita» de la deconstrucción, en tanto apertura radical a la alteridad (noción de «justicia divina» en la tradición judaica, que en el contexto derridiano es reelaborado en un «mesianismo sin mesianismo») (de Vries, 2003). Es decir, el perfil infinito de la finitud. De esta manera, la dimensión «finita» de la *deconstrucción*, el señalamiento de aquello que es excluido o silenciado en todo orden presuntamente universal sería aquello equiparable a la *ontología de lo político*. El perfil «infinito» de la deconstrucción se relaciona, según el propio Derrida, con una responsabilidad indefinida hacia la otredad excluida y con la identificación que el pensador realiza entre *deconstrucción*, justicia y democracia. No obstante, y por lo dicho, en lo siguiente no se tratará este perfil sino la deconstrucción como el desmantelamiento del fundamento místico de la autoridad.

Si la pregunta que guía el presente estudio es cómo encontrar una política que, manteniendo la *ontología existencial*, no se reinscriba en criterios de validez ahistóricos ni se deslice en el *nihilismo*, puede encontrarse en Derrida un atisbo de respuesta. Como se ha mencionado, tradicionalmente la denominada *ontología de lo político* ha podido ser sostenida, por un lado, traspasándola hacia un ámbito teórico, apartado, mediante su transmutación en una *redescripción* y, por otro, mediante un decaimiento en el *nihilismo* (si es que ella quiere versarse en un nivel político). La única posibilidad de sostenerla en un plano ético-político ha sido «traicionándola» mediante su *reinscripción* en fundamentos ahistóricos. A lo largo de este artículo, se ha tratado principalmente la faceta «activa» del *nihilismo*, esto es, el deslizamiento totalitario, persecutorio en que dicha ontología puede incurrir a nivel político. La otra faceta del *nihilismo* es, más bien, «pasiva», y refiere a una consecuencia «relativista» y «atomista» parcialmente presente en la tradición liberal. Con esto, no se intenta realizar una afirmación totalizadora de una tradición de pensamiento vasta como la liberal, sino sólo ponderar el riesgo nihilista activo potencialmente presente en ella. Esta tradición posee diversas corrientes y matices caracterizados por la pretensión de establecer su irreductibilidad al *nihilismo*. De todos modos, atiéndase desde ahora, a esa otra faceta del *nihilismo*, su faceta fragmentaria y atomista.

¿Qué ocurriría si tal ontología no se deslizara en los dos caminos antes mencionados (teórico y político) sino que formara parte de un «experiencia» presente, «aquí y ahora», anterior a su resolución en una *redescripción* o en un *nihilismo* «oportunista» parcialmente presente en el liberalismo? La marcación de la finitud, contingencia y politicidad de todo fundamento transhistórico, ¿no está posibilitada por una fuerza de convencimiento y una toma de partido emergidas de nuestra propia época, de un ámbito práctico más profundo, experimental, anterior a la bifurcación teórica y política; que no obstante implique otra forma de politización? El señalamiento de la contingencia y politicidad no se ubicaría en un registro puramente teórico, apartado, ni tampoco implicaría una política fragmentaria. Esta posibilidad parecería expresarse en los siguientes párrafos de Derrida. Los dos primeros párrafos se citan para remarcar por qué el señalamiento de que toda política es contingente y anclada

¹⁴ Sobre un panorama de la cuestión (Biset, 2016).

a una situación amigo-enemigo, no necesariamente implicaría una *redescripción* tal como en este trabajo fue definida. Los últimos pasajes son traídos a colación para resaltar porqué esta posibilidad tampoco implicaría un *nihilismo* atomizante y despolitizante:

Esta despolitización no sería ya necesariamente la indiferencia neutra o negativa a todas las formas del lazo social, de la comunidad, de la amistad. Por otra parte, a través de esta despolitización, que concerniría sólo al concepto fundamental y dominante de lo político, a través de esta desconstrucción *genealógica* de lo político (y, en ello, de lo democrático), se intentaría pensar, interpretar, poner en acción, otra política, otra democracia. Más precisamente, se estaría buscando lo que se busca hoy. Se pretendería decirlo, tematizarlo, formalizarlo a través de una desconstrucción en curso, el curso del mundo, bajo esos viejos nombres. Decir, tematizar, formalizar, no son gestos neutros o apolíticos, sobrevenidos desde arriba y *a posteriori*. Estos gestos son tomas de partido en un proceso. Al llamar a esta *experiencia* (pues es una experiencia que se atraviesa y se aventura antes de ser un enunciado filosófico, teórico o metodológico) «desconstrucción *genealógica*» no se designará ya aquí, como se hizo con frecuencia, una operación que procedería solo mediante análisis, retrospectión y reconstrucción genealógicas. Se trataría también de una desconstrucción *del* esquema genealógico, de una desconstrucción paradójica, de una desconstrucción a la vez genealógica y a-genealógica *de lo* genealógico (Derrida, 1998, p. 127).

La *ontología de lo político* (entendida esta aproximadamente como el señalamiento de que todo fundamento está inevitablemente anclado a una situación particular, a un nosotros, a un grupo de «amigos» en oposición a un «enemigo»), formaría parte de una «experiencia» presente, «aquí y ahora», anterior a su pujamiento o reclusión en un ámbito neutral y apartado. La marcación de la finitud, contingencia y politicidad de todo fundamento ahistórico, estaría posibilitada por una fuerza de convencimiento y toma de partido emergidas en nuestra época (una época cuyo estrato de tiempo es compartido con Schmitt), de un ámbito experimental anterior a la bifurcación entre teoría y práctica el cual, no obstante, implicaría otra forma de politización: «Se sería amigo o enemigo, amigo y enemigo antes de toda neutralidad posible, y sin embargo eso no impediría que la neutralidad fuese posible» (Derrida, 1998, p. 149). La *redescripción* ya sería una intervención, el pensamiento ya sería un acontecimiento. En línea con las interpretaciones de Spivak y Rogocinsky sobre «la política de la desconstrucción» —en el sentido de que ella supone una intervención que se sitúa en un ámbito en el que se desdibujan práctica y teoría (Biset, 2016, p. 33)— aquí se intenta sostener que la *redescripción* deconstruccionista es ya una postura política específica.

Tampoco la *deconstrucción* implicaría una despolitización atomista ni una actitud cínica de enmascaramiento ideológico (riesgos posibles del liberalismo). Si dentro del fundacionalismo moderno puede incluirse la postulación del estado-nación como sujeto histórico privilegiado y esencial, la desconstrucción de este tipo de referencia inalterable (también operativa en el pensamiento schmittiano), no necesariamente caería en la despolitización o la «ficción deshonest» presentes en algunas versiones de liberalismo. Al respecto, Derrida afirma:

(...) lo que busco sería pues una desconstrucción *lenta y diferenciada* tanto de esa lógica como del concepto dominante, clásico, de soberanía del Estado-nación (el que sirve de referencia a Schmitt) sin desembocar en una des-politización, sino en otra politización, en una re-politización que no caiga en los mismos carriles de la «ficción deshonest», sin desembocar pues en una des-politización sino en otra politización, en una re-politización y, por lo tanto, en otro concepto de lo político. Que esto resulte más que evidente y por eso trabajamos, trabajamos en ello y nos dejamos trabajar por eso (Derrida, 2010, p. 103).

En este sentido, el autor también escribe:

Al decir que el mantenimiento de este nombre griego, la democracia, es asunto de contexto, de retórica o de estrategia, de polémica incluso, al reafirmar que ese nombre durará el tiempo que haga falta pero no más, al decir que las cosas se aceleran singularmente por los tiempos que corren, no se cede necesariamente al oportunismo o al cinismo del antidemócrata que esconde su juego. Todo lo contrario: se conserva su derecho indefinido a la cuestión, a la crítica, a la desconstrucción (derechos garantizados, en principio, por toda democracia: no hay desconstrucción sin democracia, no hay democracia sin desconstrucción) (Derrida, 1998, p. 128).

Las últimas líneas de este párrafo tienen que ver ya con el segundo perfil de la *deconstrucción*, asociado al carácter mesiánico de la democracia y a la expresión «democracia por venir». Como se ha mencionado, este perfil no será asunto de tratamiento en el presente estudio. En estos últimos párrafos, lo que cabe resaltar es que la *deconstrucción* del estado-nación como fundamento cerrado e idéntico consigo mismo, no implicaría el chantaje oportunista de una crítica irresponsable ni una transformación, en última instancia, de índole burguesa. Por el contrario, el motivo mismo de la democracia sería la *deconstrucción*.

IV. CONCLUSIONES

En el presente estudio se ha intentado realizar una evaluación del pensamiento schmittiano desde una perspectiva posfundacional, a sabiendas del riesgo anacrónico y presentista que implica una lectura de este tipo sobre un pensador tan abocado a la recuperación de la *teología política*. No obstante, y siguiendo otras lecturas contemporáneas, existen suficientes elementos para recobrar en su obra una *ontología de lo político* y, a partir de ella, preguntarse por la posibilidad de no resolverla en el *nihilismo*. La interpretación derridiana de Schmitt, otorga algunas pistas ante tal desafío. Como lo indica el título de este trabajo, aquí se ha intentado sostener «una lectura» de la obra schmittiana, la cual, si bien se ordena de acuerdo a criterios de exactitud y validez, procura tener una cierta conciencia de los momentos diferenciales de producción e interpretación desde el presente.

Este estudio, que podría interpretarse como una «liquidación» de la propuesta schmittiana, intenta conservar, como se ha mencionado, un elemento marcadamente presente en dicha obra, la *ontología de lo político*, frente a la aspiración del propio autor de inscribir lo político en el marco teológico político de lo que se ha denominado «teorema de la secularización». La *ontología de lo político* vendría a constituir la propia pretensión de la modernidad de salir del marco teológico-político evitando las *reinscripciones* en tal registro trascendente. Aquí, el deslizamiento nihilista de tal ontología, no sería otra cosa que el retorno a una lógica teológica de diferente naturaleza a la escatológica, pero teología al fin. Una perspectiva posfundacionalista permite resaltar tal elemento ontológico, a la vez que recurrir a la *deconstrucción* derridiana como modo de atisbar caminos alternativos. Entonces, el gesto específico de la Modernidad, que todavía hoy debe proseguirse, sería el de «devolverle a lo político su relatividad, su historicidad, y su precariedad, que definen su estatus ontológico propio» (Zarka, 2008, p. 32). En este sentido, el posfundacionalismo no implicaría un abandono de la modernidad hacia una nueva época, sino el esfuerzo por reconstruir ese gesto emancipatorio de discontinuidad con el antiguo mundo.

Al seguir la lectura derridiana de la *ontología de lo político* en Schmitt, se intenta demostrar que la defensa de dicha ontología, en tanto gesto específicamente moderno, no necesariamente tendría que implicar una *reinscripción* en la teoría de la diferenciación de esferas y de la se-

cularización, al estilo de Marcel Gauchet. Porque la recuperación de la *ontología de lo político*, como un intento recurrente que sólo podría llevarse a cabo en las últimas décadas del siglo XX, tras la caída del muro de Berlín, la disolución de la Unión Soviética y el denominado «fin de la historia», así también como la afirmación aquí realizada acerca de que la *teología política* es un *existencialismo político*, podría interpretarse como otra versión filosófico-histórica del «desencantamiento del mundo» y la «retirada definitiva de teológico» (de Vries, 2003, pp. 279-280, 296-297). Es decir, afirmar que en Schmitt la *ontología de lo político* se ha resuelto en los caminos tradicionales del fundacionalismo y el antifundacionalismo, y que sólo ahora, en el momento presente, se podría desprenderla de esos residuos en última instancia teológicos, arriesgaría incurrir en una linealidad histórica progresiva no sujeta a la contingencia y precariedad de lo político.

Recuperar la lectura de Derrida —en tanto pensador más bien alineado en el «retorno de lo teológico-político» frente a advertencias como la de Gauchet (Delruelle, 2015; de Vries, 2003)— forma parte del intento de expresar que, una defensa de la modernidad, ya no pasaría por el reclamo de una racionalidad transparente e intersubjetiva, sino por la recuperación de ciertas perspectivas paradójicamente rastreables en determinados enfoques teológico-políticos. En efecto, aquí se ha intentado no una crítica *in toto* de la propuesta schmittiana, sino un cuestionamiento que a su vez intenta recuperar la *ontología de lo político* en su obra.

V. BIBLIOGRAFÍA

- Arditi, B. (2008). On the Political: Schmitt contra Schmitt. *Telos*, n° 142, pp. 7-28.
- Delruelle, É. (2015). Le tournant théologique de la philosophie politique en France. *Noesis*, n° 17, pp. 190-205.
- D'Ors, A. (1976). Teología política: una revisión del problema. *Revista de Estudios Políticos*, enero-febrero, 1976, pp. 41-77.
- De Vries, H. (2003). Autour du théologique politique. En J. Cohen y Orly, Z. R. (editores), *Judéités: Questions pour Jacques Derrida* (pp. 277-301). Paris: Galilée.
- Duso, G. (2016). *La representación política. Génesis y crisis de un concepto*. Buenos Aires: UNSAM-Edita.
- Barros, S. (2006). Inclusión radical y conflicto en la constitución del pueblo populista. *CONfines*, 2, n° 3, pp. 65-73.
- Biset, E. (2009). Dimensiones políticas de la deconstrucción. Un análisis político de la discusión de Jacques Derrida con la fenomenología y el estructuralismo. *Tópicos*, n° 18. Revista de Filosofía de Santa Fé, pp. 107-130.
- Biset, E. (2010). Contingencia, forma y justicia. Notas sobre un problema del pensamiento político contemporáneo. *Andamios. Revista de Investigación Social*, 7, n° 13, pp. 185-216.
- Biset, E. (2013). Derrida y lo político. *CONfines*, n° 30, pp. 23-37. Disponible online: <https://www.academica.org/emmanuel.biset/12.pdf> (accedido 1/03/2017).
- Biset, E. (2016). Política de la filosofía en Jacques Derrida. *Agora*, Vol. 35, n° 2, pp. 27-49. Disponible online: <http://www.usc.es/revistas/index.php/agora/article/view/2435/3444> (accedido 2/03/2017).
- Brunner, O. (1991). *Estructura interna de occidente*. Madrid: Alianza.

- Derrida, J. (1998). *Políticas de la amistad*. Madrid: Trotta.
- Derrida, J. (2010). *Seminario La bestia y el soberano* (volumen I: 2001-2002). Buenos Aires: Manantial.
- Freund, J. (2007). Las líneas clave del pensamiento político de Carl Schmitt. En J. C. Corbetta y R. S. Piana (comps.), *Política y orden mundial. Ensayos sobre Carl Schmitt*. Buenos Aires: Prometeo.
- Hirst, P. (2011). El decisionismo de Carl Schmitt. En Ch. Mouffe (comp.), *El desafío de Carl Schmitt*. Buenos Aires: Prometeo.
- Koselleck, R. (2010). *historia/Historia*. Madrid: Trotta.
- Laclau, E. (1998). Muerte y resurrección de la teoría de la ideología. En R. Buenfil (coord.), *Debates políticos contemporáneos en los márgenes de la modernidad*. México: Plaza y Valdés Editores.
- Laclau, E. y Mouffe, Ch. (2004). *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (2005). Deconstrucción, pragmatismo y hegemonía. En Ch. Mouffe (comp.), *Deconstrucción y pragmatismo*. Buenos Aires: Paidós.
- Löwith, K. (1998). *El hombre en el centro de la historia*. Barcelona: Herder.
- Löwith, K. (2007a). *Historia del mundo y salvación. Los presupuestos teológicos de la filosofía de la historia*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Löwith, K. (2007b). *Max Weber y Karl Marx*. Barcelona: Gedisa.
- Monod, J. C. (2015). *La querrela de la secularización. Teología política y filosofías de la historia de Hegel a Blumenberg*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Marchart, O. (2009). El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Meier, H. (2008). *Carl Schmitt, Leo Strauss y El concepto de lo político. Sobre un diálogo entre ausentes*. Buenos Aires: Katz.
- Mouffe, Ch. (2003). *La paradoja democrática*. Barcelona: Gedisa.
- Mouffe, Ch. (2009). *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Pereyra, G. (2009). *Política y soledad. Intimidación, nombre propio y acto ético* (Tesis de doctorado en FLACSO-México). Disponible en la web, en: http://www.flacso.edu.mx/biblioiberoamericana/TEXT/DOCCS_VI_promocion_2006-2009/Pereyra_GD.pdf
- Rorty, R. (1996). *Objetivismo, relativismo y verdad. Escritos filosóficos I*. Barcelona: Paidós.
- Serrano Gómez, E. (1996). Las figuras del 'otro' en la dimensión política. La dimensión moral del conflicto político. *Revista Internacional de Filosofía Política*, n° 8, pp. 41-58.
- Schmitt, C. (1985). *El concepto de lo "político"* [1927]. México: Folios Ediciones.
- Schmitt, C. (1996). *Sobre el Parlamentarismo*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Schmitt, C. (2004). Teología política I. Cuatro capítulos sobre la teoría de la soberanía [1922]. En H. Orestes Aguilar (comp.), *Carl Schmitt, teólogo de la política*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Schmitt, C. (2009). *Teología política* [1922 y 1969]. Madrid: Trotta.
- Teschke, B. (2011). Decisiones e indecisiones. Recepciones políticas e intelectuales de Carl Schmitt. *The New Left Review*, n° 67, pp. 57-88.

- Voegelin, E. (1999). *The Authoritarian State. An Essay on the problem of Austrian State.* En R. Hein (trans.) y G. Weiss (ed.), *The Collected Works of Eric Voegelin.* University of Missouri Press.
- Voegelin, E. (2001). *Die Verfassungslehre von Carl Schmitt.* Review essay of Verfassungslehre by Carl Schmitt. En B. Cooper y J. Cockerill (edits. and trans.), *Selected Book Reviews, The Collected works of Eric Voegelin,* vol. 13.
- Weber, S. (1992). Taking Exception to Decision: Walter Benjamin and Carl Schmitt. *Diacritics*, 22, n° 3/4, pp. 5-18.
- Wetz, F. J. (1996). Hans Blumenberg. La modernidad y sus metáforas. Valencia: Novatores.
- Wolin, R. (1990). Carl Schmitt, Political Existentialism, and the Total State. *Theory and Society*, 19, n° 4, pp. 389-416.
- Zarka, Y. Ch. (2008). Para una crítica de toda teología política. *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, n° 39, pp. 27-47.
- Žižek, S. (2003). El espectro de la ideología. En S. Žižek (comp.), *Ideología. Un mapa de la cuestión* (pp. 7-42). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

CARL SCHMITT, PENSADOR ESPAÑOL

DIMITRIOS KISOUDIS

ENSAYISTA Y CONSEJERO POLÍTICO

En 1996 publica la Fundación Cánovas del Castillo un volumen de homenaje a Carl Schmitt [D. Negro, (Ed.), Estudios sobre Carl Schmitt, 486 pp.]. En la contribución de Manuel Fraga Iribarne (p. 152) se lee: «En España le debemos una especial gratitud a don Carlos por el afecto con que nos distinguió [...]. Hace treinta años no era necesario extenderse mucho sobre la vinculación de Carl Schmitt a lo español, precisamente porque se verificaba cada poco. Ahora, transcurridos ya diez años de su muerte, se le recuerda menos. Quizá es que le hacemos poco caso, debido a lo español que fue». El texto de Dimitrios Kisoudis, revisado por su autor para la ocasión, expresa justamente no solo el hispanismo intelectual de Carl Schmitt, sino su spanischen Affekt, un sentimiento de vinculación casi telúrico con una nación con la que el jurista alemán se identifica existencialmente. «Carl Schmitt, pensador español» apareció en el número monográfico de la revista Empresas Políticas [nº 14-15, enero-diciembre 2010 (2012), pp. 169-172] dedicado a la recepción de Schmitt en España. Es la traducción del original alemán publicado en la edición del 5 de noviembre de 2011 de la Frankfurter Allgemeine Zeitung bajo el título «don Carlos, der Alte von Plettenberg». Merece la pena recuperar el texto de Kisoudis, una revisión necesariamente esquemática de las amistades españolas del Solitario del Sarre, pues el título que porta en su traducción española, naturalizador de una opinión muy extendida entre los estudiosos de Carl Schmitt, ha sido adoptado por una exploración reciente sobre los nexos schmittianos con el mundo hispánico [M. Saralegui, Carl Schmitt, pensador español, Trotta, Madrid 2016]. N. d. l. r.

«No olviden nunca que los enemigos de España han sido siempre también mis propios enemigos. Es esta una coincidencia que afecta mi posición particular en la esfera del espíritu objetivo». Eso le escribe el jurista político proscrito Carl Schmitt al diplomático español Francisco Javier Conde el 15 de abril de 1950. Schmitt ha perdido su cátedra en Berlín, afincado en Plettenberg escribe cartas y las espera, también de España. Allí se eleva lo privado hacia el espíritu objetivo.

Inmediatamente después de su liberación de la prisión de Núremberg en 1947 Carl Schmitt buscó refugio en el pensador de la dictadura en 1848: «De Donoso irradia, igual a sí mismo, el viejo poder; él es mi ángel custodio. Sus enemigos, dice Dios, son mis enemigos». Schmitt es Donoso Cortés y es España. Los enemigos comunes constituyen los signos de igualdad de esta ecuación. El criterio de lo político, la distinción entre amigo y enemigo, ya está ilustrada con un ejemplo español en *El concepto de lo político*. Un «potentísimo estallido» de la enemistad se percibía en el discurso de Cromwell del 17 de septiembre de 1656, en el que los ingleses declaran a la España papista *providential enemy*.

Carl Schmitt, como Cromwell, creía que la Providencia había hecho enemigos a España e Inglaterra. Inglaterra, potencia marítima, tenía para él la consideración de enemigo. Al contarle a su hija Ánima la historia de *Land und Meer*, le explicaba que, en otro tiempo, los piratas ingleses habían inaugurado al frente universal del protestantismo mundial contra el catolicismo hispánico. Así desatracó Inglaterra, cual barco, del continente europeo y partió al encuentro con los Estados Unidos, el hermano mayor. Estos infligieron al catolicismo la derrota global de 1898, en la que España fue despojada de sus posesiones ultramarinas.

Cuando la estrella de Carl Schmitt comenzó a declinar en Alemania, se elevó en España. Lo que no será en Alemania, pudo serlo en España: un pensador político fundamental. Nunca se encontró con el *Führer*, pero sí con el *Caudillo*. «La banalidad del bien» fue su impresión de Franco —¿seguro que no se vería a sí mismo como el *Katechon*, el que retrasa la venida del Anticristo!—. Cuando en 1938 fue llamado por la Real Academia Española, el gobierno alemán protestó, como Schmitt le contará más tarde al fiscal de Núremberg, Robert Kempner. Su apoyo a Hitler le abrasó, por eso evitó cualquier manifestación pública a favor de Franco. Pudo así influir generación tras generación en los pensadores españoles, por quienes se sentía mejor comprendido que en su patria, incluso mejor malinterpretado.

¿Cómo no imaginarse entonces a Carl Schmitt como un pensador español? Él mismo se consideraba español y se justificaba como tal: como Benito Cereno, la criatura de un relato de Herman Melville, el Homero del océano.

Benito es el impotente capitán de un barco negrero que marcha a la deriva delante de la costa. Tiranizado por su desharrapada tripulación, tal vez saltará por la borda. Según Enrique Tierno Galván, el amigo de Schmitt en Princeton, resulta comprensible que el Viejo de Plettenberg afirmara su comunidad de destino con el capitán del barco. También Tierno Galván se identificó con Benito Cereno, pues como izquierdista había pensado abandonar España, donde desempeñaba la cátedra de Derecho político bajo la protección del antes citado Javier Conde. Tierno se fajó como opositor con su reticente criticismo hacia el mito nacional. Su tema personal fue la formulación del Estado como consecuencia del anhelo de vivir sin miedo. Como don Benito, y en su sentido diferente a don Carlos, Tierno se arriesgó a saltar del barco. Después nos encontraremos con él otra vez.

La decisión en el sentido de Hobbes consiste en acabar con la lucha lobuna de todos contra todos, con la guerra civil religiosa. La fama española de Carl Schmitt viene de otra decisión: que el catolicismo prevalezca contra sus enemigos, siquiera al precio de la guerra civil.

Esa es la decisión de Juan Donoso Cortés. Cuya significación histórica estriba en el hecho de que «abandona la argumentación legitimista y ya no formula una filosofía política de la Restauración, sino una teoría de la dictadura». Esta frase, pronunciada por Schmitt en 1929 en Madrid, en el intercambio intelectual hispanoalemán, presupone que el dictador es el sucesor legítimo del rey.

El escritor catalán Eugenio d'Ors, una impresionante figura, tan cultivada como arrogante, dio a conocer a Carl Schmitt en España como redescubridor de Donoso Cortés. Recomendó la lectura de Schmitt en la *Biblioteca del falangista consciente* y en sus célebres glosas se refiere a él como «nuestro amigo y correligionario en donosismo». D'Ors, que representó a España en París anticipando la UNESCO, marcó a una generación de intelectuales españoles. Cuando Franco ganó la Guerra civil requirió su apoyo para fundar una dictadura, diferente a la de Primo de Rivera, que seguía el patrón europeo de las dictaduras de los años 20. Así mismo se decidió por la ideología del nacionalsindicalismo de la Falange como puntual de su Estado.

Dos amigos de Schmitt, que provenían de la izquierda, estaban dispuestos para conceptualizar la nueva jefatura del Estado. Francisco Javier Conde había sido marxista y discípulo y traductor del socialdemócrata Hermann Heller. En realidad, el paso del socialismo al falangismo no era, desde luego, un gran salto espiritual. Como mucho tan grande como subirse al mercedes de la Falange en el que, mediada la Segunda Guerra mundial, llevaron a Carl Schmitt a Salamanca a dictar una conferencia. La rampante influencia en la vida espiritual española de su conferencia sobre el internacionalista Francisco de Vitoria extrañó a americanos e ingleses. Conde, por cierto, se ocupó del texto español de las conferencias del maestro, por él traducidas entre viaje y viaje.

Un año antes, en 1942, Conde publicó una *Introducción al Derecho político actual*, manual de inspiración schmittiana y que representa la alternativa científica española al Derecho constitucional positivista según Hans Kelsen. El mismo año fundamentó el «principio de legitimación propio del caudillaje» de Franco. Con la ayuda de Max Weber, precursor de la legitimidad basada tan sólo en la obediencia, tomó Conde la delantera a Carl Schmitt. Franco no es presentado como dictador, pues ello vendría a significar que su régimen no es más que la etapa de transición hacia una nueva constitución. Franco, al contrario que Hitler, tiene la legitimidad carismática del héroe católico.

Luis Legaz y Lacambra, antiguo republicano y discípulo de Kelsen en Viena, fundamentó su teoría del Estado nacionalsindicalista en la crítica de Carl Schmitt al parlamentarismo. Entonces, en 1941, el eterno diálogo de la «clase discutidora» (Donoso Cortés) había terminado. La liquidó una decisión de la masa de creyentes, no del rey, que, al igual que Kelsen, había perdido la fe en la verdad supratemporal. La verdad de Donoso Cortés se había reencarnado en el mito revolucionario de los sindicatos nacionales.

Cuando terminó la Guerra Civil, resuelta la cuestión regional, se evidenció el peligro que para España suponía el sindicalismo vertical, pues cada sindicato controlaba, anquilosándolo, un sector básico de la economía nacional, al que podía causar serios perjuicios. Así apareció en los años cincuenta una generación de pensadores, muchos de ellos miembros de la asociación católica de laicos, el *Opus Dei*. Estos hombres eran partidarios de la apertura y la liberalización de la economía. Álvaro d'Ors, el hijo de Eugenio, introdujo a Carl Schmitt en su círculo, siendo su designio la restauración de la monarquía tradicional.

Un jurista de ese grupo, Ángel López-Amo, sometió la interpretación schmittiana de un Donoso «decisionista» a un examen crítico. En el prólogo de la edición española del ensayo

de Schmitt sobre la *Interpretación europea de Donoso Cortés* escribió el profesor del futuro rey Juan Carlos que a Donoso Cortés no le importaba que se tomara una decisión determinada, tampoco la decisión en general, sino quién decidía —«y esto es esencialmente legitimidad, no dictadura»—.

No obstante, la acogida dispensada por los conservadores modernizados (Grupo de *Arbor*) a Carl Schmitt fue muy amistosa. En particular la de Rafael Calvo Serer, que había conocido a Carl Schmitt en 1949, en el *Katholikentag* de Bochum, y que era uno de los más activistas intelectuales españoles de los años 50. El aguerrido ideólogo y consejero del padre de Juan Carlos explicaba que la lucha de las dos Españas había terminado. El complejo de inferioridad de la España tradicional y católica, despreciada por el secularismo de la Ilustración, se había superado. La segunda España, la revolucionaria, era para Calvo Serer la Anti-España. En su libro *España, sin problema* expuso su programa para la España de los años cincuenta.

Su testigo principal era un Donoso Cortés universal y diferente al que Schmitt había traído a España en 1944. Este Donoso no era el heraldo de la dictadura, sino el profeta de una teología católica de la historia: España como antítesis espiritual del socialismo ruso del futuro, conducida por las manos firmes de unos intelectuales providentes. En 1951 Calvo Serer invitó a su amigo Schmitt a dictar una conferencia en el Ateneo de Madrid sobre *La unidad del mundo*. En aquella ocasión afirmó Schmitt que dos filosofías ilustradas de la historia se habían encontrado como enemigas, una frente a otra: las visiones de Occidente y Oriente. Esta contraposición palmaria convocaba a una «Tercera fuerza». Una fuerza que los españoles, por ejemplo el jusinternacionalista Camilo Barcia Trelles, se representaban sin dificultad como el espíritu de misión de la conquista española.

Ánima Schmitt, que en 1957 se casó con el historiador del derecho español Alfonso Otero, hizo a don Carlos cuatro veces abuelo español. Cuando venía a casa de su hija en Santiago de Compostela, Schmitt visitaba el cabo Finisterre, en donde pudo darse cuenta de cómo se ve el confín occidental del continente: desde un barco pirata.

El 21 de marzo de 1962 Carl Schmitt fue nombrado miembro honorario del Instituto de Estudios Políticos equivalente franquista del *Frankfurter Institut für Sozialforschung*. En esa ocasión, en *El Orden del mundo después de la Segunda Guerra Mundial*, expuso que un pueblo únicamente podrá permanecer fiel a sí mismo si es capaz de imprimir en los nacientes Grandes espacios un sentido espiritual y no sólo técnico. El Director del Instituto, Manuel Fraga Iribarne, filió a Schmitt en el linaje de los pensadores políticos pesimistas, cuya aspiración última es poner fin a la guerra civil. Cuatro meses después de la visita de don Carlos, el enérgico Fraga fue nombrado Ministro de Información y Turismo. Escribió un *Anti-Maquiavelo* porque consideraba que los antimachiavelistas eran los verdaderos amantes del poder, del mismo modo que los antipetrarquistas han sido los auténticos gozadores de las mujeres.

El franquismo murió en la cama, con Franco. Para entonces los schmittianos, Calvo Serer, Fraga Iribarne y otros, preparaban de buen grado la transición a la democracia. Calvo Serer no podía soportar a Franco, incluso le odiaba desde que a causa de un famoso artículo publicado en *Écrits de Paris* en el que le invitaba a dejar paso a otros, tuvo que exiliarse en Francia. Fraga aspiraba a suceder a Franco como jefe del estado y a echar sobre sus espaldas la pesada carga de traer la democracia. Como realista político no podía pretender que los demócratas se tomaran en serio la Transición.

Así las cosas, alboreó la democracia y con ella llegó el tiempo de la agudeza. Los schmittianos de izquierda lamentaron que la constitución de 1978 fuese una carta otorgada por el monarca y no una decisión existencial del pueblo español. Manuel García-Pelayo, un

antiguo republicano, volvió del extranjero y fue nombrado presidente del nuevo Tribunal Constitucional. Muy pronto epilogó una nueva edición de la traducción de la *Verfassungslehre*, realizada por Francisco Ayala en los años 30. Ahí explica su nombramiento con una anécdota. En el verano de 1936 le escribió una dedicatoria con un aforismo de Ernst Jünger: *Nadie muere antes de cumplir su misión, pero hay quien le sobrevive...*

Tierno Galván volvió a España y se convirtió en alcalde de Madrid. Se quitó el miedo y se convirtió en un verdadero tribuno del pueblo.

Álvaro d'Ors, junto a su padre, hizo de Schmitt un pensador español. Desarrolló también, con enorme agudeza, la tradicional crítica española al Viejo de Plettenberg: la legitimidad constituye una propiedad del derecho natural, que no puede ser transferida discrecionalmente al derecho público estatal para conseguir la obediencia de los súbditos. Su crítica le valió la ironía de madre española de Ánima Otero, nacida Schmitt. Que Ánima le diera a uno de sus hijos el nombre del romanista no impidió que observara que el tradicionalismo era para el otro Álvaro lo que Dulcinea para Don Quijote.

Pero la venganza de España perdura. Otro nieto de don Carlos se hizo biólogo marino y, aunque no es este tan mal camino como la piratería, no deja de ser una decisión sospechosa en el plano de la historia universal.

[Trad. J. M.]

IL MIRACOLO E IL SILENZIO NOTE SU SCHMITT E DOSTOEVSKIJ

MIRACLE AND SILENCE REMARKS ON SCHMITT AND DOSTOYEVSKY

CARLO PONTORIERI

UNIVERSITÀ DEGLI STUDI DI NAPOLI "PARTHENOPE"

RIASSUNTO Attraverso una ricognizione di alcune delle principali opere di Carl Schmitt, l'autore individua una linea di interpretazione della riflessione dostoevskiana da parte del giurista di Plettenberg, a partire da Cattolicesimo romano e forma politica. Il contrastato ed antagonista rapporto di Carl Schmitt con l'inquietante teoria ecclesiologico-politica dell'immaginario cardinale di Siviglia del V libro de I Fratelli Karamazov, appare una costante nella riflessione schmittiana, talora in forma esplicita, altre volte con richiami da decifrare; dall'insistenza sull'analogia tra miracolo e stato d'eccezione nella Teologia politica al costante richiamo a Donoso Cortés, "successore spirituale dei grandi inquisitori", e al suo pessimismo antropologico. Tale posizione tuttavia sembra subire una svolta nel saggio su Thomas Hobbes del 1938, per la ricorrenza di una specifica espressione, poi ripresa anche in *Ex captivitate salus*, per connotare la situazione storico-spirituale degli intellettuali tedeschi durante la dittatura nazista.

PAROLE CHIAVE Schmitt, Dostoevskij, Hobbes, Grande Inquisitore, miracolo, silenzio, martire, Donoso Cortés, Kierkegaard, nazismo.

ABSTRACT Through a review of some of the major works by Carl Schmitt, the author identifies a reflection on Dostoyevsky by the jurist of Plettenberg, starting from his essay *Roman Catholicism and Political Form*, published in 1925 (2nd ed.). The conflicting relationship between Carl Schmitt and the disturbing ecclesiological-political theory of the imaginary Cardinal of Seville from the fifth book of *The Brothers Karamazov* appears as a constant in Schmitt's reflection, sometimes explicitly, sometimes with references to decipher; from the insistence on the analogy between miracle and state of emergency in *Political Theology*, to the constant reminder of Donoso Cortés, "spiritual successor of the great inquisitors", and his anthropological pessimism. However, this position seems to undergo a change in the essay on Thomas Hobbes (1938) because of a recurring specific expression, also taken up in *Ex captivitate salus*, to define the historical and spiritual situation of the German intellectuals during the Nazi dictatorship.

KEYWORDS Schmitt, Dostoyevsky, Hobbes, Grand Inquisitor, miracle, silence, martyr, Donoso Cortés, Kierkegaard, Nazism.

Scriveva Hugo Ball che per Carl Schmitt «i santi naturali di Dostoevskij odorano di dinamite» (Ball, 1924, p. 109), mentre Jacob Taubes, qualche decennio più tardi, avrebbe immaginato lo stesso giurista di Plettenberg come una incarnazione novecentesca del Grande Inquisitore. Annota in un suo saggio: «effettivamente, nel corso di un'accesa conversazione a Plettenberg, nel 1980, Carl Schmitt mi ha detto che chi non riconosce che il Grande Inquisitore ha semplicemente ragione contro i tratti esaltati di una religiosità come quella di Gesù, non ha capito né cos'è la Chiesa, né cosa Dostoevskij, contro la sua stessa personale inclinazione, "abbia effettivamente trasmesso, costretto dalla violenza della problematica"» (Taubes, 1987, p. 27).

In realtà, il contrastato ed antagonista rapporto del giurista di Plettenberg con il pensiero dostoevskiano, ed in particolare con l'inquietante teoria ecclesiologico-politica dell'immaginario cardinale di Siviglia del V libro de *I Fratelli Karamazov*, appare una costante nella sua riflessione: talora in forma esplicita, altre volte con richiami da decifrare, all'interno del vero e proprio fiume carsico di citazioni occulte, che attraversano non di rado la scrittura schmittiana. Si tratta di un interesse per Dostoevskij che Schmitt condivide con molti intellettuali della sua generazione, come Heidegger, Guardini o Lukàcs (cfr. *ex plurimis*: Givone, 1984, pp. 27- 52; Vitiello, 2005).

* * *

Dostoevskij riceve solo una citazione in nota in *Romanticismo politico* (Schmitt, 1919, p. 226), ma un aperto attacco allo scrittore russo appare nel saggio *Cattolicesimo romano e forma politica*, all'interno della critica schmittiana al sentimento antiromano, che, secondo l'autore, pervade gli ultimi secoli della storia spirituale europea. In questo contesto Dostoevskij è collocato da Schmitt in posizione preminente: «soltanto in un russo ortodosso, Dostoevskij, il terrore antiromano si innalza ancora una volta alla sua grandezza secolare, con il ritratto del Grande Inquisitore» (Schmitt, 1925, p. 31). Una delle linee polemiche del saggio è infatti quella di ribattere punto su punto al ritratto negativo dostoevskiano del cardinale di Siviglia. Così, se nelle pagine del V capitolo de *I fratelli Karamazov* il Grande Inquisitore afferma:

noi abbiamo preso (...) Roma e la spada di Cesare, e abbiamo proclamato di essere noi soli i sovrani sulla terra, i sovrani unici, seppure finora non siamo peranche riusciti a realizzare in pieno il nostro assunto. (...) Ma noi raggiungeremo la meta e diverremo Cesari, e allora sì che provvederemo all'universale felicità degli uomini (Dostoevskij, 1878-1880, p. 388).

Schmitt riprende il tema, scrivendo:

che la Chiesa cattolica romana come sistema storico e come apparato amministrativo continui l'universalismo dell'impero romano, le è riconosciuto con sorprendente consenso da ogni parte. Nazionalisti francesi, tra cui (...) Charles Maurras, teorici germanici del razzismo come Houston Stewart Chamberlain, professori tedeschi di ascendenza liberale come Max Weber, un poeta e vate panslavistico come Dostoevskij, tutti fondano le loro costruzioni su questa continuità tra Chiesa cattolica e impero romano (Schmitt, 1925, pp. 33-34).

Ma replica inserendo, attraverso Weber, la storia della stessa Chiesa di Roma all'interno della vicenda del razionalismo occidentale, come «depositaria, in grande stile, dello spirito giuridico» e «vera erede della giurisprudenza romana» (p. 47). Nella ricostruzione

schmittiana, è tale razionalismo del tutto e per tutto “romano”, che ha saputo storicamente contrapporsi non solo ai culti dionisiaci e alle esperienze della religiosità pagana, ma anche alle tendenze mistiche e contemplative dello stesso cristianesimo, grazie alla sua dimensione istituzionale, che ha distinto nel sacerdozio l’ufficio dal carisma, attraverso la successione apostolica, che, in una catena ininterrotta, si fa risalire fino a Cristo: è quella che Schmitt definisce la «forza della rappresentazione» cattolica (pp. 42-43), una capacità di forma giuridica «di tipo pubblicistico» (p. 58). E se la riflessione di Dostoevskij pone radicalmente in questione il razionalismo e il Dio della metafisica, proponendo una visione tragica del Cristianesimo, Schmitt a questa altezza vuole difendere invece tale razionalismo, contrapponendo alla *theologia crucis* dostoevskiana la *theologia gloriae* del Cattolicesimo. Più in generale, alla diagnosi sul nichilismo come destino dell’Occidente da parte di Dostoevskij, Schmitt oppone nei suoi scritti dell’epoca di Weimar ancora una certa fiducia nel razionalismo occidentale e nella stessa dimensione istituzionale della Chiesa di Roma, che egli iscrive nella millenaria vicenda dello spirito giuridico romano.

Diverse suggestioni si rinvergono in quest’opera: innanzitutto il legame intravisto da Schmitt tra Cattolicesimo e amore per la terra, il *terrisme* dei popoli cattolici, come corollario dell’unità tra natura e *ratio*, che si esprimerebbe anche nella viticoltura (p. 39). Si tratta forse della matrice originaria delle successive ricerche del giurista di Plettenberg sul *Nomos della Terra* (Schmitt, 1950d), così come forse pure delle sciagurate osservazioni di epoca nazista sul rapporto tra normativismo e sradicamento ebraico: «popoli i quali esistono senza territorio, senza Stato, senza Chiesa, solo nella “legge”»; e per i quali «il pensiero normativistico appare l’unico pensiero razionale» (Schmitt, 1934, p. 249. Su Schmitt e l’ebraismo, tra gli altri: Taubes, 1987 e Gross, 2000).

Un altro tema, tipicamente schmittiano, che comincia a profilarsi in questo saggio, è quello antropologico. Nel *Begriff des Politischen*, due anni dopo, il giurista di Plettenberg avrebbe sostenuto che non solo sarebbe possibile suddividere tutte le idee politiche e le teorie dello Stato, distinguendole a seconda se presuppongano un uomo per natura «cattivo» o «buono» (Schmitt, 1924, p. 143), ma anche che tutte le teorie politiche in senso proprio ipotizzino l’uomo come «cattivo» (p. 146), poiché tale pessimismo antropologico è il fondamento della «reale possibilità o concretezza della distinzione di amico e nemico» (p. 149). Nel saggio sul *Cattolicesimo romano*, ricollegando polemicamente addirittura al pensiero anarchico la teoria dell’uomo buono per natura, Schmitt riconosce invece che questo tema, «decisivo per ogni teoria politica», «non è stato per nulla risolto dal dogma tridentino, con un semplice Sì o un semplice No; piuttosto, il dogma — a differenza della dottrina protestante che vede la natura umana completamente corrotta — parla soltanto di una natura umana vulnerata, indebolita ed offuscata, ammettendo così, nella pratica, parecchie sfumature ed accomodamenti» (Schmitt, 1925, p. 36; Cfr. Schmitt, 1917, pp. 82-83).

In realtà, di questa questione — che contraddice tuttavia quella unità tra natura e *ratio*, che nel pensiero cattolico pure Schmitt celebra — il giurista di Plettenberg ne aveva scritto anche nella *Politische Theologie*, a proposito di Donoso Cortés, nel quale aveva rinvenuto una radicalizzazione della tesi dell’uomo “malvagio per natura”, ampliata come dottrina dell’assoluta peccabilità e abiezione della natura umana. Tuttavia, ciò, per il giurista di Plettenberg, in Donoso è espresso *agonikòs*, più che *dogmatikòs*, nella battaglia decisiva “scatenata tra il cattolicesimo ed il socialismo ateo”. Anzi, nonostante il diplomatico spagnolo sembri aver fatta propria l’antropologia luterana, mostrando una coscienza del peccato universale più terribile anche di quella dei puritani, Schmitt ritiene la sua posizione distinta da quella dei luterani, «che si piegano ad ogni autorità» (Schmitt, 1922, p. 78).

Ed è, per il nostro profilo, interessante la sua definizione storico-spirituale di Donoso: «egli conserva anche qui la grandezza, conscia di sé, di un successore spirituale dei grandi inquisitori» (p. 78).

Del resto, non è difficile intravedere tra le ombre dell'interpretazione schmittiana del giunaturalismo negativo di Donoso, una ben percettibile eco dell'analoga tesi del personaggio dostoevskiano, fondata anch'essa sull'ipotesi antropologica di un'umanità piena di vizi, debole e vile, inconsistente e sediziosa (Dostoevskij, 1878-1880, pp. 386 e 382): «l'uomo è, costituzionalmente, un ribelle: e forse i ribelli possono mai esser felici?» (p. 380).

Tuttavia, il nucleo della critica schmittiana a Dostoevskij nel saggio su *Cattolicesimo romano e forma politica* è da cogliere nell'opposizione tra potere e giustizia. Certo, «l'opposizione tra bene e potere è superata, senza residui, soltanto in Dio», ma per Schmitt il volersi sottrarre a quell'opposizione, rifiutando ogni potere mondano, sarebbe «la peggiore inumanità» (Schmitt, 1925, p. 62). E se pure egli afferma che nell'odio russo contro la cultura occidentale può esservi più cristianesimo che non nel liberalismo e nel marxismo tedesco (p. 68), sembra però in questa sua riflessione non riuscire ad interpretare Dostoevskij al di là della sua omologazione tra spirito russo ed aperto anarchismo, considerando per questo profilo la figura del Grande Inquisitore meramente suggestiva: «Una *Stimmung* oscura ed ampiamente diffusa sente la freddezza istituzionale del cattolicesimo come malvagia, mentre l'informe enormità di Dostoevskij è percepita come vero cristianesimo. Ma ciò è banale, come tutto quello che resta prigioniero della *Stimmung* e della sensazione» (p. 62).

Schmitt considera scandaloso il “poemetto” di Ivan Karamazov poiché nella scrittura dostoevskiana egli vede riflesso certo lo “spirito russo”, antagonista nei confronti del razionalismo occidentale e per l'idea che egli definisce anarchica, “cioè a dire sempre atea”, che in ogni potere vi sia sempre qualcosa di malvagio — anche se concede che «nella dimensione temporale la tentazione del Male, che è presente in ogni potere, è senza dubbio perenne» (p. 62); ma soprattutto perché in quella ipotesi di un ritorno di Cristo sulla terra egli intravede il possibile scacco di quel principio pubblicistico di rappresentazione, che fonda da secoli non solo la Chiesa di Roma, attraverso la successione apostolica, ma che si presenta come paradigma della stessa politica. E se il Grande Inquisitore afferma nel romanzo:

Tutto (come a dire) è stato trasmesso da Te al papa, e tutto quindi si trova ora nelle mani del papa: Tu dunque, adesso, puoi anche far a meno di venire, o d'impacciarci finché non è tempo, se non altro (Dostoevskij, 1878-1880, p. 279).

Schmitt commenta:

E non si vede neppure quanto poco cristiana sia la teoria che Cristo — fra la Sua esistenza terrena e il Suo glorioso avvento il giorno del Giudizio — possa apparire una o più volte tra gli uomini, per così dire, a mo' di esperimento (Schmitt, 1925, pp. 61-62).

Nella diagnosi schmittiana, quel ritorno di Cristo, “a mo' di esperimento”, rinchiuso in una dimensione privata e contrapposto alla “gloria” pubblicistica della Chiesa di Roma incarnata dal cardinale di Siviglia, appare sovvertitore di quello stesso principio di rappresentazione di diritto pubblico, che Schmitt vuole celebrare invece come peculiarità “romana” del cattolicesimo. Se c'è rappresentazione pubblica, il rappresentato esiste solo attraverso tale rappresentazione — questo è un tema costante della riflessione schmittiana — mentre quel

Cristo tornato sulla terra da “privato”, non il ritorno “glorioso” annunciato dalle Scritture, evoca qualcosa che somiglia ad una sovversiva revoca di mandato (cfr. Papa, 1990, p. 141), indirizzata verso una forma istituzionale pubblica, si potrebbe dire: verso ogni potere politico. La stessa scrittura dostoevskiana assume così per Schmitt i contorni di una sorta di “anarchismo inconsapevole”, non essendovi alternativa tra forma pubblica dell’unità politica e anarchia, in definitiva tra cattolicesimo e ateismo (cfr. la citazione da Newman in Schmitt, 1922 p. 75). Alla riflessione dostoevskiana sul nichilismo, Schmitt oppone dunque l’inserimento dello stesso Dostoevskij all’interno della vicenda nichilista.

Tuttavia, quella contrapposizione tra privato e pubblico per Schmitt è anche uno degli aspetti peculiari della Modernità, a partire dalla privatizzazione della stessa religione, come fondamento delle libertà della società borghese. In *Cattolicesimo romano* il principio di rappresentazione di tipo pubblicistico è descritto infatti vittima di una sorta di processo di estromissione, a causa della privatizzazione universale dei concetti politici operata dal liberalismo.

In questo sistema nulla è rappresentativo e tutto è affare privato. Storicamente, la “privatizzazione” comincia dal fondamento, cioè dalla religione. Il primo diritto individuale, nel senso dell’ordinamento sociale borghese, era la libertà religiosa; e questa resta l’inizio e il principio di tutto quel catalogo di diritti di libertà — di fede e di coscienza, d’associazione e di riunione, di stampa, di commercio e di industria — che si è sviluppato in seguito. Ma ovunque si collochi la dimensione religiosa, questa dimostra sempre la propria efficacia assorbente ed assolutizzante e quando la religione è privata, allora, di rimando, il ‘privato’ viene santificato religiosamente. Le due dimensioni non sono separabili l’una dall’altra. La proprietà privata, quindi, è sacra proprio in quanto affare privato. Lo sviluppo sociologico della moderna società europea è spiegato da questo rapporto, finora non del tutto consapevole (Schmitt, 1925, pp. 57-58).

Così, per Schmitt, il sentimento antiistituzionale e antiromano di Dostoevskij incrocia in realtà quello spirito della Modernità, che si contraddistingue non solo per una «paura ostile alla forma», che intravede il peccato originale cattolico nella sua dimensione giuridicizzata (p. 61), ma per la stessa fondazione sul privato del liberalismo (p. 58). Nello scontro tra Cristo e Grande Inquisitore Schmitt vede infatti riflessa l’opposizione tra dimensione privata e dimensione pubblica dell’esistenza, tra l’individualismo politico di matrice liberale e il principio di rappresentazione pubblicistica proprio della Chiesa di Roma. Questa contrapposizione, tra il carattere pubblicistico della “forma cattolica” e la dimensione privata egemone nella Modernità, mostra così già in questo suo saggio degli anni ’20 quella distinzione tra interno ed esterno, tra dimensione privata e spazio pubblico dell’esistenza, che avrebbe avuto importanti sviluppi e diverse declinazioni nel complesso della riflessione schmittiana.

* * *

Un altro tema che attraversa *I fratelli Karamazov* si rinviene costantemente come centrale nel pensiero del giurista di Plettenberg: il miracolo (tale aspetto non è sfuggito a Földényi, 2003, pp. 12-14). Il miracolo non appare in Dostoevskij solo nelle parole del Grande Inquisitore, come fondamento del potere ecclesiastico, insieme al mistero e all’autorità:

«Tu non sapevi che, non appena l’uomo rifiuti il miracolo, subito rifiuterà anche Dio. Giacché l’uomo va in cerca, non tanto di Dio, quanto dei miracoli» (Dostoevskij, 1878-1880, p. 386).

Ma l'esistenza o meno dei miracoli è anche il paradigma attraverso il quale lo scrittore russo descrive lo scenario storico — il XVI secolo della Riforma e dell'Inquisizione — sul cui sfondo agisce lo stesso cardinale di Siviglia:

Certo, c'erano allora anche molti miracoli. C'erano i santi i quali operavano guarigioni miracolose (...). Ma (...) fra gli uomini era già nato il dubbio sulla veridicità di codesti miracoli. Appunto allora era apparsa nel Nord, in Germania, una nuova tremenda eresia. Un'enorme stella, "simile a una fiaccola" (cioè alla Chiesa) "cadde sulle sorgenti delle acque, ed esse divennero amare". Queste eresie cominciarono a rinnegare, in modo blasfemo, i miracoli. Ma tanto più ardente era la fede in chi rimaneva credente (pp. 374-375).

È interessante che nel principiare del capitolo intitolato *Gli «starzi»* Dostoevskij sembra offrire pure una sua personale epitome del VI capitolo del *Trattato teologico-politico* di Spinoza, quello dedicato, appunto, alla confutazione razionale dei miracoli:

Non sono i miracoli che inclinano il realista alla fede. Il vero realista, se non è credente, sempre troverà in sé la forza e la maniera di non credere neppure al miracolo: e se proprio il miracolo gli stesse dinnanzi come un fatto inoppugnabile, egli magari non crederà ai suoi sensi, piuttosto che ammettere il fatto. Ché seppure, poi, lo ammetterà, lo ammetterà come un fatto naturale, ma tale che gli è ancora sconosciuto, e nient'altro (p. 39).

Nella riflessione schmittiana il miracolo appare innanzitutto nella prima *Teologia politica*, come corollario alla celebre definizione della sovranità, per la quale «sovrano è chi decide sullo stato d'eccezione» (Schmitt, 1922, p. 33). Poiché per il giurista di Plettenberg «tutti i concetti più pregnanti della moderna dottrina dello Stato sono concetti teologici secolarizzati» (p. 61), lo stato d'eccezione mostra la sua analogia, nella giurisprudenza, con ciò che significa il miracolo nella teologia. Il saggio schmittiano si sviluppa allora nella comparazione tra oblio del miracolo nella storia spirituale europea e affermazione delle scienze naturali, tra deismo e nascita del moderno Stato di diritto, poiché «la metafisica è l'espressione più intensiva e chiara di un'epoca» (p. 69). In questa prospettiva, la rimozione da parte della giurisprudenza di ogni arbitrio diventa il segno morfologico del rifiuto di ogni gnoseologia che ammetta l'eccezione, come corollario al quadro metafisico dominante nella Modernità, che esclude Dio e i miracoli in nome della ragione scientifico-naturalistica. Così, per Schmitt, la democrazia non è che l'altra faccia del «relativismo politico e di una scientificità liberata da miracoli e dogmi e fondata sulla comprensione umana e sul dubbio critico» (pp. 65-66).

Tuttavia, se il russo Dostoevskij aveva individuato i nemici condannati al rogo da parte del Grande Inquisitore nei seguaci di «una tremenda eresia (...) apparsa in Germania» (Dostoevskij, 1878-1880, p. 375), il tedesco Schmitt, nell'epoca di Weimar, pur concentrando analogamente la propria attenzione sull'oblio dello stato d'eccezione, ossia del miracolo, nella contemporanea dottrina dello Stato, non cita la Riforma, né Spinoza, tra gli antecedenti storici, preferendo affilare la sua lama critica contro le scienze naturali e l'individualismo liberale, fino a ricomprendervi il suo esito contemporaneo nella dottrina normativistica di Hans Kelsen:

Essa deriva da un'impostazione esclusivamente propria delle scienze naturali, riposa sul ripudio di ogni "arbitrio" e cerca di eliminare ogni eccezione dall'ambito dello spirito umano (...) Nella fondazione che Kelsen dà alla sua concezione della democrazia, si manifesta apertamente il genere costituzionalmente matematico-naturalistico del suo pensiero (Schmitt, 1922, p. 65).

In questo testo il giurista di Plettenberg mostra come suoi obiettivi polemici siano pure il socialismo e l'anarchismo, con Proudhon e Bakunin in primo piano:

La battaglia ideologica degli avversari radicali di ogni ordinamento esistente si rivolse, con consapevolezza crescente, contro la fede in Dio, come contro l'espressione fondamentale estrema della credenza in un potere ed in un'unità (p. 72).

L'esclusione dell'eccezione dalla dottrina dello Stato, dunque, in questi scritti schmittiani dell'epoca di Weimar, assume il carattere di segno rivelativo della rimozione del tema dell'unità e dell'autorità politica, in un'epoca che ha allontanato analogamente il concetto di Dio e i miracoli dal proprio quadro metafisico, pur riprendendo dalla teologia talune categorie che Schmitt individua nel loro aspetto secolarizzato. Il concetto schmittiano di secolarizzazione, a questa altezza, mostra così un duplice significato: tanto di permanenza nella teoria politica e nella moderna dottrina dello Stato di alcuni concetti della teologia, quanto di destituzione di quegli stessi concetti e di quel principio di unità che si afferma, come il miracolo nella teologia, attraverso lo stato d'eccezione. Lo schema polemico schmittiano, tra questa prima *Teologia politica* e il saggio sul *Cattolicesimo romano*, è fondato perciò su un'opposizione: da un lato la sovranità, intesa come decisione sul caso d'eccezione, configurata come fondamento dell'unità politica, suo principio pubblicistico costitutivo e non rimovibile; dall'altro la lotta scatenata da parte del razionalismo naturalistico contro l'eccezione, e così contro la sovranità, quanto dal suo esito più estremo, che Schmitt individua nella battaglia esplicita dell'anarchismo russo di Bakunin, congiuntamente contro Dio e ogni forma di unità politica. Tuttavia, proprio la decisione sullo stato d'eccezione, pur in un'epoca dominata dalla regolarità delle scienze naturali e da una dottrina dello Stato del diritto "positivo", che nega ogni arbitrio, mostrerebbe la permanenza di quel principio di rappresentazione dell'unità politica, che irrompe nell'ordinarietà della vita, svelandosi come sovranità occulta, ma non obliabile dalla stessa dottrina dello Stato: come un miracolo.

* * *

Il miracolo ritorna nella speculazione schmittiana nel 1938, nel saggio sul *Leviatano di Thomas Hobbes* (Schmitt, 1938). Si tratta di un saggio particolare scritto in una situazione particolare: Schmitt, infatti, dopo aver aderito al nazionalsocialismo nel 1933, è ormai fuori dai ranghi ufficiali del regime, a seguito dell'attacco subito dalla rivista delle SS *Das Schwarze Korps*. Sostenne in un'intervista Armin Mohler: «lui aveva una passione inconfessata per l'esoterismo e tra i suoi libri il Leviatano è il più esoterico» (cfr. Gnoli & Volpi, 2010, p. 53); di certo, com'è stato notato anche nella letteratura italiana, in questo saggio del giurista di Plettenberg «si intrecciano livelli diversi di significato e messaggi quasi cifrati» (Nicoletti, 1990, p. 421).

Commentando Leo Strauss nelle prime pagine del saggio, Schmitt sembra abbandonare le tesi di *Cattolicesimo romano*, quando afferma:

Hobbes combatte la frattura, tipicamente ebraico-cristiana, dell'originaria unità politica. Secondo Hobbes, la distinzione tra i due poteri, quello temporale e quello spirituale, era estranea ai pagani, per i quali la religione era una parte della politica; gli ebrei, invece producevano l'unità a partire dal versante religioso. Soltanto la Chiesa papista di Roma e le chiese o sette presbiteriane, avidi di dominio, vivono della separazione — distruttiva per lo Stato — fra potere spirituale e temporale (Schmitt, 1938, p. 71).

La ricostruzione schmittiana parte evidentemente dalla constatazione storica di un Hobbes teorico inglese, anche se misconosciuto e rifiutato dalla stessa Inghilterra, in rapporto polemico con la Chiesa di Roma. A questo proposito, nel *Glossario*, il diario della seconda metà degli anni '40 del giurista di Plettenberg, pubblicato postumo per volontà dell'autore (Schmitt, 1991), troviamo nella nostra prospettiva una annotazione interessante. In una nota del 23 maggio 1949 infatti Schmitt scrive:

La frase più importante di Thomas Hobbes resta: «Jesus is the Christ». La sua forza agisce anche quando nel sistema concettuale della costruzione speculativa viene posta al margine o addirittura apparentemente esclusa dall'ambito concettuale. Questo allontanamento è un processo analogo alla culturalizzazione di Cristo, simile a quella perseguita dal Grande Inquisitore di Dostoevskij. Hobbes esprime e motiva in termini scientifici ciò che fa il Grande Inquisitore: neutralizza l'effetto di Cristo in ambito sociale e politico; de-anarchizza il cristianesimo, pur lasciandogli sullo sfondo un certo potere legittimante e senza comunque rinunciare ad esso. Un tattico accorto non rinuncia mai a nulla, a meno che non sia del tutto inutilizzabile. Il cristianesimo non era ancora giunto a questo punto. Possiamo allora chiederci: chi è più vicino al Grande Inquisitore? La Chiesa romana o il sovrano di Thomas Hobbes? Dimmi chi è il tuo nemico e ti dirò chi sei. Hobbes e la Chiesa romana: il nemico come figura del nostro vero problema (p. 343).

Ma se il centro dell'analisi schmittiana è la ricostruzione in chiave positivista della dottrina dello Stato hobbesiana, questa prende le mosse, come per "il successore spirituale dei grandi inquisitori" Donoso, dalla tesi dell'antropologia negativa. Hobbes, scrive Schmitt:

Non si fa grandi illusioni sulla natura umana. Vede che l'uomo è molto più asociale di un animale (...). Ma quanto più pericoloso si presenta questo 'individualismo' asociale, tanto più cogente si fa sentire anche la necessità razionale di concludere una pace generale. (...) Fortunatamente, quelli che nello stato di natura si fanno reciprocamente la guerra, non sono lupi veri e propri, ma lupi dotati di intelligenza. È qui che la dottrina hobbesiana del costituirsi dello Stato mostra ancor oggi la sua modernità. Che la ribelle pericolosità e l'egoismo dell'individuo debbano essere vinti con l'aiuto dell'intelligenza o del cervello è senz'altro una persuasione anche oggi diffusa nel pensiero scientifico (Schmitt, 1938, p. 88).

Schmitt dunque inserisce la riflessione hobbesiana, come già l'esperienza storico-istituzionale della Chiesa di Roma, all'interno della vicenda del razionalismo occidentale: si sente l'eco non solo della lezione weberiana, ma anche della definizione hegeliana dello Stato come «regno della ragione oggettiva» (entrambe infatti accomunate in Schmitt, 1941-1958, pp. 113-114 e 117). Nell'interpretazione schmittiana di Hobbes lo Stato moderno è quell'invenzione della razionalità umana, che consente di superare le guerre civili di religione attraverso una decisione sovrana. La pace assicurata dalla decisione sovrana si determina grazie a un sistema legale di coercizione tecnicamente perfetto, che non rinviene fuori di sé la fonte di legittimazione del proprio diritto, in un ambito di giustizia sostanziale o in una qualche concezione della verità, ma solo grazie all'efficacia del proprio artificio: la *auctoritas* coincide con la *summa potestas*, ed è la *auctoritas*, non la *veritas*, che diventa l'unica fonte della legge. Il tema dostoevskiano del pane, della tranquillità e della sicurezza come frutto della rinuncia degli uomini alla libertà si rispecchia nell'analisi di Schmitt della costruzione statale di Thomas Hobbes come superamento di quella naturale propensione dell'uomo alla asocialità attraverso un principio di autorità. Secondo Schmitt, il *bellum omnium contra omnes* delle guerre civili di religione è continuamente "frenato" da questa invenzione della razionalità umana, costituita dall'unità e dall'autorità sovrana dello Stato (p. 77). L'idea del "freno" sembra un'anticipazione nella scrittura del giurista di Plettenberg della sua più tarda dottrina del *katéchon*.

Tuttavia, quella distinzione tra interno ed esterno, di cui aveva scritto Schmitt nel suo saggio sul Cattolicesimo degli anni '20, ricompare anche in questa sua riflessione su Hobbes, e precisamente a proposito dei miracoli. Il tema è cruciale, anche dal punto di vista del contesto storico: Schmitt ricorda innanzitutto le guarigioni miracolose seguite all'imposizioni delle mani del re, a conferma del carattere sacro della sua persona. Nello scontro con la Chiesa di Roma questa tradizione anche della regalità inglese non poteva non essere difesa da Hobbes, che dunque considera la posizione del re superiore a quella di un laico comune. Ma a proposito dell'interpretazione del miracolo della transustanziazione, vero e proprio discrimine nel campo di battaglia dell'epoca delle guerre civili di religione, Schmitt stavolta cita la Riforma, ma riporta pure più indietro la problematica, fino al XI secolo, indicando significativamente i prodromi del «grande scisma tra Chiesa orientale e occidentale» (p. 104).

Ora, anche se il giurista di Plettenberg considera la posizione personale di Hobbes sui miracoli, espressa in vari luoghi del *Leviatano*, «del tutto agnostica» (p. 105), e anticipatrice per molti versi della critica illuminista, sul piano teorico-politico mostra come invece per il filosofo di Malmesbury «è miracolo ciò a cui il potere sovrano dello Stato comanda che si creda come a un miracolo; ma vale anche il contrario (...): i miracoli cessano quando lo Stato li vieta» (p. 103). Non è un caso, osserva il giurista di Plettenberg, che il sovrano sia designato da Hobbes come *Lieutenant of God*, precisamente a conclusione del capitolo che tratta dei miracoli: il sovrano allarga il proprio potere fin nell'interpretazione del miracolo e così sulla confessione di fede — il tema è evidentemente cruciale per l'epoca della formalizzazione filosofica del *cuius regio eius religio* della sovranità westfaliana — e «con ciò» commenta Schmitt, «il potere sovrano è all'apice della propria potenza» (p. 104).

Tuttavia, proprio a questa altezza, «cioè al culmine della potenza sovrana che realizza l'unità di religione e politica, appare l'incrinatura in quella che per il resto è un'unità tanto compatta e irresistibile». Come nella gnoseologia proposta nella *Teologia politica*, un ordine razional-positivistico, stavolta quello hobbesiano, inciampa, per così dire, sul miracolo. Poiché, osserva Schmitt, «dove si tratta del miracolo e della fede, Hobbes aggira il punto decisivo» (p. 104). Irrompe infatti a questo punto nella elaborazione politica hobbesiana la distinzione tra confessione esteriore e fede interiore, tra mondo esterno e spazio dell'interiorità, tra pubblico e privato.

Il punto di frattura dell'unità sovrana hobbesiana si costituisce infatti per Schmitt nell'impossibilità di coercizione pubblica dell'opinione privata in tema di miracoli: il sistema di Hobbes prevede in questo caso una riserva di libertà interiore in materia di fede. Ed è precisamente questa riserva di libertà, vero e proprio stato d'eccezione nell'ordine positivistico del *Leviatano*, che opera per Schmitt una divaricazione decisiva nella storia spirituale europea: da questo momento «è questa la sede di un duplice cominciamento: in primo luogo l'inizio — elaborato giuridicamente e non teologicamente — della libertà di pensiero e di coscienza, moderna e individualistica, e di quei diritti di libertà del singolo che sono qualificanti per la struttura del sistema costituzionale liberale; e in secondo luogo, l'origine dello Stato come potenza esteriore, giustificata dalla inconoscibilità della verità sostanziale» (p. 105). Da questo momento il centro dell'analisi schmittiana diventa allora il dualismo tra il *Leviatano* e quel «foro interiore», che la stessa dottrina politica di Hobbes immagina come scarto ineliminabile, pur nella neutralizzazione temporanea di ogni *potestas (spiritualis) indirecta*.

In questa prospettiva, assecondando a suo modo l'antisemitismo imperante, Schmitt definisce una «linea ebraica» del pensiero politico, che, a partire da Spinoza, opera il rovesciamento della riserva hobbesiana: per il filosofo olandese infatti, ricorda Schmitt, la convinzione interiore si costituisce come diritto individuale di libertà di coscienza e di pensiero, e di sua

manifestazione all'esterno, fatta salva viceversa la riserva dei diritti del potere sovrano e della pace pubblica (p. 106), così ponendo le basi per quella preminenza del privato sulla sfera pubblica, di cui Schmitt aveva già scritto nel saggio sul *Cattolicesimo politico* a proposito della Modernità. Schmitt vuole così distinguere l'intenzione hobbesiana, dal suo esito spinoziano e da quelli successivi, menzionando polemicamente i capitoli XIX e XX del *Trattato teologico-politico*, non però il capitolo VI sui miracoli. In ogni caso, per il giurista di Plettenberg, la dottrina dello Stato di Thomas Hobbes, avendo costituito le basi per una distinzione legale tra pubblicità del potere e foro interiore della libertà, da un lato, appare fondativa di una linea di pensiero, che generalizzando e politicizzando quello stesso foro interiore hobbesiano, sfocia nel liberalismo politico e dello Stato di diritto; ma si determina pure, d'altro canto, come l'origine della funzionalizzazione del potere, della positivizzazione del diritto, nel dominio tecnicistico del positivismo giuridico, costituendo la fonte, seppure indiretta, della possibilità della forma moderna della tirannia.

E qui si arriva a un punto cruciale di questo saggio del 1938: Schmitt a questo punto costruisce uno scenario in cui diversi piani si sovrappongono e differenti suggestioni vengono proposte al lettore, con rapide immagini che improvvisamente appaiono e subito si dileguano, attraverso la descrizione di una parabola della vicenda statuale, attraverso cui si definisce una progressiva neutralizzazione, positivizzazione e tecnicizzazione della forma politica, che apre alla possibilità di degenerazione della razionalità iniziale dello stesso Leviatano. Appare così, a questo punto della scrittura schmittiana, il prodromo dell'immagine dello "Stato-termitaio", in cui si esprime al suo culmine quella *legalité qui tue* nel «terrore degli strumenti di annientamento che la moderna scienza della natura mette in mano ad ogni detentore del potere», come avrebbe affermato qualche anno più tardi nella sua conferenza su *La condizione della scienza giuridica europea* (Schmitt, 1950c, pp. 43 e 40). Il giurista di Plettenberg evidentemente riprende i temi già sviluppati nel saggio del 1932 su *Legalità e legittimità*, mostrando come tale divaricazione tra interno ed esterno, privato e pubblico, legittimità e legalità, possa sfociare nella tirannia di una "falsa pubblicità".

Le istituzioni e i concetti del liberalismo, su cui si fondava lo Stato 'di leggi' positivistico, divennero armi e posizioni di potere per potenze supremamente illiberali (Schmitt, 1938, p. 124).

Il Leviatano diviene una faccenda inumana e subumana, rispetto alla quale può soltanto rimanere da vedersi, come questione assolutamente secondaria, se questa inumanità e subumanità siano concepite come organismo o come meccanismo, come animale o come un apparato (pp. 112-113).

Si tratta, forse, della parte più esoterica del saggio. Lo stesso Schmitt nel dopoguerra offre qualche chiave per interpretare queste ed altre espressioni presenti in questa sua riflessione del 1938 come affermazioni contro la dittatura nazista: si tratta di uno dei *topoi* più conosciuti della *Carl Schmitts Selbstverständnis*, come è stato scritto (C. Galli nella introduzione a Schmitt, 1938, p. 1; ritiene invece sia sbagliata e compiacente l'opinione, secondo cui la militanza nazionalsocialista di Schmitt avrebbe ceduto il posto, a partire dal 1936, a una sorta di «intima opposizione» Kervegan, 2011, p. XI). Quello che appare evidente è che, come in *Cattolicesimo politico* il liberalismo aveva delegittimato dall'interno la forma gloriosa pubblicistica della Chiesa di Roma, ora la fede privata a proposito di miracoli si costituisce come base per disanimare dall'interno un Leviatano degenerato in «faccenda inumana e subumana» e in «una concentrazione di potere onnipotente verso l'esterno ma impotente verso l'interno, che può soltanto fondare "doveri coercitivi sulla base dell'obbligazione del timore"» (Schmitt, 1938, p. 110).

Tuttavia, dal nostro punto di vista, è particolarmente interessante che la prognosi schmittiana sulla fine del Leviatano offra una particolare e significativa descrizione della opposizione che si istaura in tal caso tra costrizione esteriore e libertà interiore:

Tutte quelle molteplici, innumerevoli, irriducibili riserve dell'interno rispetto all'esterno, dell'invisibile rispetto al visibile, del sentimento rispetto al comportamento, del segreto rispetto al pubblico, del silenzio rispetto al suono, dell'esoterismo rispetto al conformismo, si alleano da sé senza piano né organizzazione in un fronte che, con poca fatica, sconfigge il mito positivisticamente inteso del Leviatano e lo trasforma nel proprio trionfo (pp. 111-112).

Questa immagine del silenzio è ripresa da Schmitt nello stesso saggio un'altra volta, con un'espressione ancora più significativa:

(...) quando il pubblico potere vuole essere soltanto pubblico, quando Stato e "confessio" respingono la fede interiore nell'ambito del privato, allora l'anima di un popolo si incammina sul "misterioso sentiero" che conduce all'interiorità. E allora cresce la controforza del tacere e del silenzio (p. 110).

Nel dopoguerra in *Ex captivitate salus* Schmitt scrive, come detto, che si tratta appunto di sue prese di posizione cifrate contro il nazismo, individuando una peculiarità comune tra il proprio saggio su Hobbes del 1938 e l'opera di Ernst Jünger *Alle scogliere di marmo* — un romanzo in cui balena persino l'immagine del tirannicidio — esattamente all'altezza di questo passo, cui si cita tale *controforza del tacere e del silenzio*:

Nell'estate del 1938 apparve in Germania un libro nel quale si dice: «Quando in un paese non vige che la dimensione pubblica organizzata dal potere statale, allora l'anima di un popolo si volge alla segreta via che conduce verso l'interno; cresce allora la controforza del tacere e del silenzio». Benito Cereno, l'eroe del racconto di Hermann Melville, è diventato in Germania il simbolo della situazione in cui versano gli intellettuali in un sistema di massa. Nel settembre 1939 uscì *Auf den Marmorklippen*, un libro che con grande arditezza descrive gli abissi che si celano dietro le maschere d'ordine del nichilismo (Schmitt, 1950, p. 24).

Ancora in *Ex captivitate salus* il tema della libertà interiore e della sua condizione in una situazione di oppressione esterna si espande dalla condizione personale di Schmitt all'intera cultura tedesca, inclusa la *entartete Kunst*, negli anni della dittatura hitleriana, di nuovo come *forza opposta del tacere e del silenzio*.

Molte opere d'arte autentica sono nate in quel periodo, nonostante i controlli fanatici, persino in quel genere di pittura che allora era soggetta a discriminazione, e trovarono reale protezione e vero sostegno. (...) Per sua natura lo spirito è libero e reca con sé la propria libertà. (...) Non possiamo però nemmeno rinunciare alle acquisizioni di un duro periodo di cimento, né dimenticheremo quel che abbiamo vissuto nel periodo di quei dodici anni: la differenza tra autentica e falsa dimensione pubblica e la forza opposta del tacere e del silenzio (pp. 24-25).

Il giurista di Plettenberg aveva conosciuto a Berlino nel 1937 il giovane Norberto Bobbio, il quale aveva recensito poi nella "Rivista di Filosofia" il saggio schmittiano su Hobbes del 1938 (Bobbio, 1939). Col filosofo torinese, nell'immediato dopoguerra, Schmitt ebbe altresì un non sporadico scambio epistolare, e nel 1949 gli inviò anche una copia di *Ex captivitate salus*. Nella sua lettera di ringraziamento, Bobbio non solo esprime "grande interesse e viva partecipazione" per l'opera e "per la valutazione che vi è espressa della storia del pensiero

giuridico e per il profondo ‘pathos’ autobiografico”; ma avendo notato la centralità che la dimensione del silenzio aveva assunto a quell’epoca nel pensiero schmittiano, non può fare a meno di osservare:

Ma, davvero, in mezzo a tutte queste rovine, non c’è altra via che il silenzio? O questo silenzio è solo un momento necessario di raccoglimento per ritornare poi nel mondo con coscienza più tranquilla per il lavoro compiuto e con nuovi e più forti propositi per il lavoro che è ancora da compiere? (Bobbio, 1999, p. 149)

Ora, la mia ipotesi è che anche tale “controforza del silenzio” rinvii al sistema di citazioni occulte e riferimenti impliciti, presenti nella scrittura schmittiana, soprattutto in quegli anni. Certo, il richiamo nel primo passo di *Ex captivitate salus* al Benito Cereno di Melville (Melville, 1855-6), non può non far pensare innanzitutto al silenzio del capitano bianco di fronte ai suoi salvatori:

— You are saved — cried Captain Delano, more and more astonished and pained: — you are saved: what has cast such a shadow upon you? — The negro —. There was silence, while the moody man sat, slowly and unconsciously gathering his mantle about him, as it were a pall. There was no more conversation that day (p. 263).

Ma in tal caso non si tratta di una “controforza”, di una “forza opposta”. In realtà, come prodotto di una forza opposta il silenzio già era apparso nella scrittura schmittiana ancora a proposito di Donoso Cortés. Nel quarto capitolo della *Teologia politica*, infatti, Schmitt aveva citato questa immagine di Donoso, tratta dal quarto volume delle *Obras*:

L’umanità è una nave che viene sbalottata senza meta per il mare, stipata di una ciurma sediziosa, volgare e reclutata con la forza, la quale canta e danza finché il fulmine di Dio caccia in mare la plebaglia ribelle, e torna a regnare il silenzio (Schmitt, 1922, p. 79).

Il silenzio in tal caso è l’effetto di un’epifania. Tuttavia, una vera e propria controforza del tacere e del silenzio lascia pensare ad un’altra epifania: ad Isaia 53, il *Quarto canto del Servo*, o al Vangelo di Giovanni 19, 9-10, Cristo di fronte a Pilato, verosimilmente le fonti a cui si ispirò Dostoevskij per definire la dimensione cristologica del suo personaggio. E non sembra solo una suggestione l’idea che anche la schmittiana “controforza del tacere e del silenzio” alluda ancora a *I fratelli Karamazov*. Per questo profilo, è interessante notare come il Cristo, fin dal momento della sua comparsa sulla piazza della Cattedrale di Siviglia, sia descritto da Dostoevskij come avvolto appunto nel silenzio:

Egli appare in sordina, inavvertitamente, ed ecco che tutti (cosa strana!), Lo riconoscono. (...) Il popolo si protende a Lui, Lo Circonda, Gli s’addensa intorno, Lo segue. In silenzio, Egli passa tra mezzo con un sorriso d’infinità pietà (Dostoevskij, 1878-1880, p. 376).

Tuttavia, il silenzio incombe pure sulla folla di fronte alla comparsa del Grande Inquisitore, e di fronte all’immediato arresto di Cristo:

(...) tanta è la sua potenza e a tal segno il popolo è ormai assuefatto, sottomesso e pronto ad obbedirgli, che immediatamente la folla si apre a far passare le guardie, e queste, nel mortale silenzio sopravvenuto di colpo, pongono le mani su di Lui e lo conducono via (p. 377).

Analogamente, durante l'interrogatorio-requisitoria-confessione del Grande Inquisitore, Cristo nella cella, come si sa, tace, persino sulla sua identità (p. 378). Per tutta la durata del discorso, al fiume di parole dell'uno si contrappone il silenzio dell'altro: la scrittura polifonica dostoevskiana, individuata da Bachtin (1963, p. 44), in questo caso polifonia con sole due voci, non è affatto contraddetta; anzi, è ribadita nel modo più grandioso (Zagrebelsky, 2015, pp. 83-87). Afferma Ivan Karamazov in finale di racconto: «Io volevo finirlo in questo modo: quando l'inquisitore ha terminato, rimane per un tratto di tempo in attesa che il Prigioniero gli risponda. Il silenzio di lui gli riesce gravoso» (Dostoevskij, 1878-1880, p. 395).

Forse è questo il paradigma schmittiano della “controforza del tacere e del silenzio”. Se questa ipotesi è giusta, ne consegue che il giurista di Plettenberg sembra mantenere, tra il saggio del 1938 su Hobbes e le sue ricognizioni autobiografiche del dopoguerra, la diagnosi di epoca weimariana, su un ambito privato, che sovverte la dimensione pubblica del potere, e la collocazione dello stesso Dostoevskij all'interno di tale orizzonte; ma il senso della riflessione schmittiana sembra ora rovesciato: la controforza del tacere e la dimensione privata del silenzio, che significativamente accomunano ne *I Fratelli Karamazov* tanto la folla atterrita dall'apparizione del Grande Inquisitore quanto la stessa figura di Cristo, si saldano e si rispecchiano ora nella doppia dimensione di coercizione esteriore e libertà privata ed interiore nel regno “subumano” della “falsa pubblicità”: la fede privata sui miracoli, la libertà interiore, la controforza del tacere e del silenzio, agiscono così come stato d'eccezione nei confronti dell'ordine positivistico della *legalité qui tue* al suo culmine, quasi benjaminianamente come «vera regola della tradizione degli oppressi» (Benjamin, 1955, p. 79); accompagnando ora però anche la nuova convinzione del giurista di Plettenberg che «niente che sia divino si lascia costringere dall'esterno» (Schmitt, 1938, p. 111).

Nel saggio su Hobbes del 1938, Schmitt delinea dunque, a partire dalla libertà interiore sull'interpretazione dei miracoli, la vicenda di un percorso di libertà, che scopre — a differenza del saggio su Adam Müller e il romanticismo politico — una delle sue tappe fondamentali anche nella «ironica superiorità del romantico che si ripara dietro la propria soggettività» (Schmitt, 1938 p. 111; su questo saggio come autocritica implicita su Romanticismo politico: Galli, 1996, p. 798). A quell'epoca Schmitt, anzi, sembra quasi volgersi indietro, al suo scritto giovanile su Däubler, dove il romanticismo tedesco gli sembrava rappresentasse «un'immensa riserva», che «custodiva la fonte di tutto quanto in quest'epoca non ragiona in maniera piattamente esatta» (Schmitt, 1916, p. 54); rinvenendo così quella via di fuga nell'interiorità che sarebbe stata celebrata nel dopoguerra in *Ex captivitate salus* come “via segreta”, «che conduce all'interno, a molte forme del tacere e del silenzio, ma anche a nuovi incontri e a un nuovo presente» (Schmit, 1950, pp. 62-63). E forse pure ad una sua rilettura del “poemetto” narrato da Ivan Karamazov al fratello Alëša.

* * *

Vi è ancora un altro tema de *I fratelli Karamazov*, che si ritrova nella speculazione schmittiana del dopoguerra, segnando una distanza significativa con la riflessione dell'epoca di Weimar. È questa infatti anche l'epoca in cui Schmitt si interroga sulla figura del “martire”. Come si sa, dopo l'incandescente racconto del Grande Inquisitore, Alëša ribatte con diversi argomenti, tra i quali la distinzione tra Chiese orientali e Chiesa di Roma. E, a sua volta, Ivan così gli risponde:

Io ti domando, semplicemente, per qual ragione i tuoi gesuiti e inquisitori dovrebbero essersi congedati insieme senz'altra mira che di bassi beni materiali? Per qual ragione, fra essi, non potrebbe

trovarsi neppure un martire, assillato da una nobile afflizione e pieno d'amore per gli uomini? (Dostoevskij, 1878-1880, p. 396).

Un'eco di questa affermazione si rinviene nel *Glossario*, in una nota del giurista di Plettenberg del dicembre del 1948 a proposito del neotomismo:

Conosco la spiritualizzazione, la fine nello spirito, nell'«aurora boreale». Conosco il ritorno al sangue e alla terra, auspicato già da Michelet (*Bible de l'humanité*), e conosco i seguaci di Pan e del culto ctonio. Il tomismo contemporaneo si propone come *juste milieu* fra spiritualismo e materialismo? Come aurea medietà fra il sangue e il cervello, lo yogi e il commissario? No, tra il martire e il Grande Inquisitore! (Schmitt, 1991, p. 209).

Ma si allarga pure fino alla proposizione di questa figura del “martire” nella stessa speculazione schmittiana, come elemento non secondario, a partire significativamente dagli anni '40, attraverso una nuova riflessione del giurista di Plettenberg su Donoso Cortés. Questa è anche l'epoca in cui Schmitt sembra ritornare alla sua interpretazione di Kierkegaard come «unico grande romantico» (Schmitt, 1919, p. 105, nota). Ora egli afferma che, storicamente, il contemporaneo di Donoso al Nord fu il filosofo danese (Schmitt, 1944, p. 108), riprendendo a proposito di Kierkegaard non solo il tema della libertà che si esprime come via interiore, ma scrivendo pure di una sua «battaglia ultracristiana contro la Chiesa cristiana» (p. 109). Schmitt da Kierkegaard aveva mutuato negli anni di Weimar la dimensione rivelatoria dell'eccezione, così come la centralità della decisione (Galli, 1996, p. 80); ora insiste pure su quel carattere della riflessione kierkegaardiana che riesce a superare 1800 anni di distanza, per approdare alle altezze di un grande parallelo tra la sua epoca e quella del primo Cristianesimo — per Schmitt questa era diventata una delle «tre possibilità di un'immagine cristiana della storia» (Cfr. Schmitt, 1950b). Grazie a quel parallelo, Kierkegaard diventa anche il latore di questa nuova consapevolezza:

(Kierkegaard) sapeva che nell'epoca delle masse chi decide gli eventi storici non sono gli statisti, i diplomatici e i generali, bensì i martiri (Schmitt, 1944, p. 109).

La figura del martire assume poi nella *Teologia politica II* (Schmitt, 1970) un preciso rilievo sistematico, affiancandosi, e per certi versi contrapponendosi, a quella dimensione istituzionale della forma cattolica, che pure Schmitt aveva esaltato in *Cattolicesimo romano e forma politica*. Riprendendo la distinzione tra ufficio e carisma, infatti egli ora osserva:

Per un quadro complessivo del rapporto tra teologia e giurisprudenza resta però come test di importanza del tutto prevalente il fatto che il giurista Tertulliano, nell'istante decisivo dell'istituzionalizzazione, sia rimasto fedele al *carisma del Martire* e si sia opposto alla piena trasformazione del carisma in un carisma dell'ufficio. Questo fu l'istante nella storia del mondo e della salvezza in cui venne formulato da san Cipriano l'*extra ecclesiam nulla salus*. (...) Alla teoria giuridica della Chiesa, che Tertulliano aveva trovato, solo Cipriano diede la formulazione che rendeva *perfetta* un'organizzazione giuridica (...), mentre proprio il giurista Tertulliano si opponeva a questa specie di perfezione giuridica, mantenendosi fedele al carisma non ufficiale del martire, che Cipriano negava in favore del carisma sacerdotale dell'ufficio (p. 85).

Ed è da notare come Schmitt metta in evidenza come fosse stato proprio un giurista come Tertulliano — che egli evidentemente identifica con l'omonimo autore dei vari *excerpta* dei

Digesta giustinianeî — ad opporsi alla completa giuridificazione della Chiesa, attraverso la proposizione della legittimità carismatica del martire.

Anche in questo caso, nella scrittura schmittiana, appare in controluce il dualismo tra legalità e legittimità, su cui aveva indagato poco prima dell'avvento del nazismo. Ma in realtà, nel complesso della sua costellazione dei concetti, ora reinterpreta dallo stesso autore nella *Teologia politica II*, quel carisma non ufficiale del martire appare come l'ultima figura rappresentativa di quello stato d'eccezione, «non descritto dall'ordinamento giuridico» (Schmitt, 1922, p. 34), ma «che ha per la giurisprudenza un significato analogo al miracolo per la teologia» (p. 61), che, anche per questo profilo, ci fa tornare certo a Kierkegaard e a Max Weber, ma pure a Dostoevskij.

REFERENZE BIBLIOGRAFICHE

- Bachtin, M. (1963). *Dostoevskij. Poetica e stilistica* (trad. it. G. Garritano, 1968). Torino: Einaudi.
- Ball, H. (1924). Carl Schmitts politische Theologie. In *Hochland*, 21, 2, Kemten und München, 1924, trad. it. di V. Bazzicalupo, La teologia politica di Carl Schmitt. In C. Schmitt. *Aurora boreale* (1995, pp. 97-121). Napoli: ESI.
- Benjamin, W. (1955). *Schriften* (Hrsg. von T. W. Adorno und G. Adorno unter Mitwirkung von F. Podszus). Frankfurt am Main: Suhrkamp (trad. it di R. Solmi, *Angelus novus*. Einaudi: Torino, 1962).
- Bobbio, N. (1939). Recensione a C. Schmitt, Der Leviathan in der Staatslehre des Thomas Hobbes. In *Rivista di Filosofia*, XXX, n. 3, luglio-settembre 1939, pp. 283-284. Ora anche in *Diritto e Cultura*, n. 1, 1995, pp. 74-76.
- Bobbio, N. (1999). *Autobiografia*, a cura di A. Papuzzi, Laterza, Roma-Bari 1997. Il Briefwechsel completo nelle lingue originali tra Schmitt e Bobbio, a cura di P. Tommissen, in *Diritto e Cultura*, n. 1 cit., pp. 49-81 (la lettera citata nel testo, datata "Torino, 20 febbraio 1949", è alle pp. 56-57).
- Dostoevskij, F. (1878-1880). *Brat'ja Karamazovy* (trad. it. di A. Villa, *I fratelli Karamazov*, Torino: Einaudi, 1949).
- Földényi, L. F. (2003). Dosztojevskij szibériában hegelt olvassa, és sirva fakad. In Id., *A gömb alakú torony*. Pécs: Jelenkor Kiadó (trad. it. di A. Rényi [che ringrazio per l'indicazione della fonte originale], *Dostoevskij legge Hegel in Siberia e scoppia a piangere*. Genova: Il Melangolo, 2009).
- Galli, C. (1996). *Genealogia della politica. Carl Schmitt e la crisi del pensiero politico moderno* (nuova ed. 2010). Bologna: Il Mulino.
- Givone, S. (1984). *Dostoevskij e la filosofia*. Bari: Laterza.
- Gnoli, A. & Volpi, F. (2010). *I filosofi e la vita*. Milano: Bompiani.
- Gross, R. (2000). *Carl Schmitt und die Juden – Eine deutsche Rechtslehre*. Frankfurt a/M: Suhrkamp.
- Kervégan, J.-F. (2011). *Qui faire de Carl Schmitt?*, Paris: Gallimard (trad. it. di F. Mancuso, *Che fare di Carl Schmitt?*, Roma-Bari: Laterza, 2016).

- Melville, H. (1855-6). *Benito Cereno* (trad. it. a cura di B. Tasso, con testo originale a fronte, Biblioteca Universale Rizzoli. Milano: Rizzoli, 1979).
- Nicoletti, M. (1990). *Trascendenza e potere. La teologia politica di Carl Schmitt*. Brescia: Morcelliana.
- Papa, F. (1990). *Razionalizzazione distruttiva – Saggi sul pensiero politico del Novecento*. Napoli: Guida editori.
- Schmitt, C., (1916). *Theodor Däublers »Nordlicht«: Drei Studien über die Elemente, den Geist und die Aktualität des Werkes* (trad. it. a cura di S. Nienhaus, *Aurora boreale. Tre studi sugli elementi, lo spirito e l'attualità dell'opera di T. Däubler*, Napoli: Edizioni Scientifiche Italiane, 1994).
- Schmitt, C. (1917). Die Sichtbarkeit der Kirche. Eine scholastische Erwägung. In *Summa*, 1, pp. 71-80 (trad. it. A cura di C. Galli, *La visibilità della Chiesa. Una riflessione scolastica*. In appendice a Id., *Cattolicesimo romano e forma politica*, Milano: Giuffrè, 1986, pp. 71-85).
- Schmitt, C. (1919). *Politische Romantik*. Dunker & Humblot: Berlin und Leipzig, 1919 (trad. it. A cura di C. Galli, *Romanticismo politico*. Milano: Giuffrè, 1981).
- Schmitt, C. (1922). *Politische Theologie. Vier Kapitel zur Lehre von der Souveränität*. München-Leipzig: Dunker & Humblot (trad. it. G. Miglio e P. Schiera (cur.), *Teologia politica: quattro capitoli sulla dottrina della sovranità*. In C. Schmitt, *Le categorie del 'politico'*. Bologna: Il Mulino, 1972, pp. 27-86).
- Schmitt, C. (1924). Der Begriff des Politischen. *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, LVIII, 1, pp. 1-33 (trad. it. A cura di G. Miglio e P. Schiera, *Teologia politica: quattro capitoli sulla dottrina della sovranità*. In C. Schmitt, *Le categorie del 'politico'*, cit., pp.101-165).
- Schmitt, C. (1925). *Römischer Katholizismus und politische Form* (2 ed.) München: Theatiner Verlag (trad. it. A cura di C. Galli, *Cattolicesimo romano e forma politica*, Milano: Giuffrè, 1986).
- Schmitt, C. (1934). *Über die drei Arten des rechtswissenschaftlichen Denkens*. Hamburg: Hanseatische Verlagsanstalt (trad. it. G. Miglio e P. Schiera (cur.), *I tre tipi di pensiero giuridico*. In C. Schmitt, *Le categorie del 'politico'*, cit., pp. 245-275).
- Schmitt, C. (1938). *Der Leviathan in der Staatslehre des Thomas Hobbes: Sinn und Fehlschlag eines politischen Symbols*. Hamburg: Hanseatische Verlag, 1938 (trad. it. C. Galli (cur.), *Il Leviatano nella dottrina dello Stato di Thomas Hobbes – Senso e fallimento di un simbolo politico*. In C. Schmitt, *Scritti su Thomas Hobbes*. Milano: Giuffrè, 1986, pp. 61-143; ora in Id., *Sul Leviatano*. Bologna: Il Mulino, 2011). [Le cit. sono dall'ed. Giuffrè].
- Schmitt, C. (1941-1958). *Staat als ein konkreter, an eine geschichtliche Epoche gebundener Begriff* [parte di una relazione che Schmitt tenne al Congresso Storico di Norimberga del 1941, con una postilla aggiunta per la ripubblicazione nei *Verfassungsrechtliche Aufsätze*. Berlin: Duncker & Humblot, 1958] (trad. it. di C. Pontorieri, *Lo Stato come concetto concreto*. In *La formazione dell'esprit in Francia e altri scritti sull'Europa e sullo Stato* (pp. 103-117). Genova: Il Melangolo, 2015).
- Schmitt, C. (1944). Donoso Cortés in gesamteuropäischer Interpretation. In *Die neue Ordnung*, III, 1, pp. 1-15 [pubblicato senza il nome dell'autore] (trad. it. P. Dal Santo (cur.), *Donoso Cortés interpretato in una prospettiva paneuropea*. In Id., *Donoso Cortés* (pp. 83-115). Milano: Adelphi, 1996).

- Schmitt, C. (1950a). *Ex captivitate salus. Erfahrungen der Zeit 1945-47*. Köln: Greven Verlag (trad. it. C. Mainoldi (cur.). *Ex captivitate salus. Esperienze degli anni 1945-47*. Milano: Adelphi, 1986).
- Schmitt, C. (1950b). Drei Möglichkeiten eines christlichen Geschichtsbildes [pubblicato con titolo redazionale *Drei Stufen historischer Sinngebung*]. In *Universitas*, n. 8, pp. 927-931 (trad. it. di G. Agamben ed E. Coccia, Tre possibilità di un'immagine cristiana della storia. In C. Schmitt, *Un giurista davanti a se stesso – Saggi e interviste* (pp. 249-254). Vicenza: Neri Pozza, 2005).
- Schmitt, C. (1950c). *Die Lage der europäischen Rechtswissenschaft*. Tübingen: Internationaler Universitätsverlag [ripubblicato in *Verfassungsrechtliche Aufsätze* cit.] (trad. it. L. Cimmino (cur.). In *Diritto e cultura, La condizione della scienza giuridica europea*, 1, 1995, pp. 7-47).
- Schmitt, C. (1950d). *Der Nomos der Erde im Völkerrecht des Jus Publicum Europaeum*. Köln: Greven (trad. it. di E. Castrucci, *Il Nomos della Terra nel diritto internazionale dello "Jus Publicum Europaeum"*. Milano: Adelphi, 1991).
- Schmitt, C. (1970). *Politische Theologie II. Die Legende von der Erledigung jeder Politischen Theologie*. Berlin: Dunker & Humblot (trad. it. a cura di A. Caracciolo, *Teologia politica II. La leggenda della liquidazione di ogni teologia politica*. Milano: Giuffrè, 1992).
- Schmitt, C. (1991). *Glossarium, Aufzeichnungen der Jahre 1947-1951*. Berlin: Duncker & Humblot (trad. it. P. Dal Santo (cur.), *Glossario*. Milano: Giuffrè, 2001).
- Taubes, J. (1987). *Ad Carl Schmitt: Gegenstrebige Fügung*. Berlin: Merve Verlag GmbH (trad. it. di E. Stimilli, *In divergente accordo. Scritti su Carl Schmitt*. Macerata: Quodlibet, 1996).
- Vitiello, S. (2005). *Cristianesimo e nichilismo. Dostoevskij-Heidegger*. Brescia: Morcelliana.
- Zagrebelsky, G. (2015). *Liberi servi – Il Grande Inquisitore e l'enigma del potere*. Torino: Einaudi.

NOTAS PARA LA RECEPCIÓN DE CARL SCHMITT EN EL PERÚ (1989-1992)

CARLOS EDUARDO PÉREZ CRESPO

Universidad Antonio Ruiz de Montoya (UARM)

MARIO MIGLIORE

Sociedad de Estudios Políticos de la Región de Murcia (SEPREMU)

PRESENTACIÓN: CARL SCHMITT COMO MÉTODO

La presente nota de investigación es un avance del trabajo *in fieri* sobre la recepción de Carl Schmitt en el Perú a principios de los años noventa. La investigación cuenta con el auspicio de la Sociedad de Estudios Políticos de la Región de Murcia (SEPREMU) y la cooperación de la revista *Carl-Schmitt-Studien* para el período 2017-2018. En el presente trabajo se busca responder a la pregunta de cómo el pensamiento de Carl Schmitt estuvo presente de manera intensa y palpable en el Perú a partir de algunas primeras intuiciones y reflexiones desde la teoría y la filosofía política hasta aspectos cada vez más prácticos, relativos a la toma de decisiones, a la investigación operativa y finalmente a una nueva cultura estratégica contrasubversiva.

La reflexión schmittiana en el Perú preparó la visita de uno de los discípulos e intérpretes más importantes de la *Schmitt-Forschung* a nivel internacional, nos referimos a Herr Günter Maschke. La influencia del insigne investigador alemán en nuestro país entre los años 1991-1992 representó el salto cualitativo necesario hacia una nueva cultura estratégica, la misma que será decisiva para la pacificación del país. Se trata del aporte teórico y práctico de un grupo de actores, asesores y decisores que bien puede resumirse como los forjadores de una nueva visión *realista* de lo político en el Perú de los noventa. Frente a la situación excepcional que vivió el país durante los años de violencia terrorista, pensar *realísticamente* desde la teoría y la filosofía política de Carl Schmitt significó «operativizar» sus conceptos, analizar los problemas con sus categorías y plantear nuevas interrogantes, observando necesariamente una unidad de estudio concreta (el enemigo político-militar del Estado, el terrorismo) a partir de un objetivo estratégico prioritario (su neutralización).

La reflexión teórico-política schmittiana forjaba de este modo los cimientos de una nueva cultura operativa, necesaria para superar la ventaja estratégica que la subversión había alarmantemente alcanzado en nuestro país a fines de la década de los ochenta. Si observamos con atención, la reflexión sobre las categorías schmittianas se relaciona directamente con un aspecto concreto de la fenomenología del conflicto: nos referimos a la guerra no convencional, también conocida como guerra asimétrica o Guerra de Cuarta Generación (G4G). En dichos contextos, la obra y el pensamiento de Carl Schmitt fueron comprendidos prioritariamente como método. Dicha metodología decantará en un grupo de tomadores de decisiones un pensamiento sobre el fenómeno de la subversión y el terrorismo, desde las categorías y los conceptos schmittianos. La búsqueda del fortalecimiento institucional y político del Estado, así como el desarrollo de una geopolítica peruana desde un enfoque complejo, global de grandes espacios regionales estratégicos, serán dos tópicos programáticos concomitantes de esta nueva metodología basada en una nueva praxis político-operativa de tipo schmittiano.

El método cualitativo utilizado en la presente investigación comprende entrevistas semi-estructuradas a testigos directos y de contexto, descripción participativa, crónica y análisis del contexto histórico-político de los actores, asesores y decisores involucrados, así como el análisis comparado de las fuentes escritas y audiovisuales relativas a los documentos de la época. Dada la importancia del material de campo para la historia de las ideas en el Perú, el alcance de la presente investigación no puede reducirse solo a la selectividad metodológica de las fuentes.

El carácter exploratorio y descriptivo de la presente nota de investigación no puede ignorar el hecho de que el pensamiento de Carl Schmitt fue fundamental para la comprensión política, estratégica, metodológica e intelectual de un período profundamente crítico y excepcional

en la historia republicana, propiamente una «situación de excepción» (*Ausnahmezustand*) según las categorías schmittianas. En tal sentido, todos los personajes mencionados en este artículo deben ser analizados, comprendidos e interpretados desde el contexto histórico-político y biográfico-existencial que les tocó vivir de manera penetrante y crítica, en el cual buscaron reflexionar y discutir sobre ideas y teorías que contribuyeran a afrontar la dramática situación que el Perú vivió entre 1989 y 1992.

LA INTRODUCCIÓN POLÍTICA-OPERATIVA DE SCHMITT EN EL PERÚ (1989-1991)

Entre los años 1985-1989 el Perú vivió una profunda crisis republicana por la hiperinflación económica, la presencia de grupos terroristas que le declararon la guerra al Estado peruano y la profunda convulsión social por las protestas y conflictos sociales. Frente a este contexto surge espontáneamente en Lima Metropolitana un grupo de renombrados profesionales, de clase media alta, que empezó a discutir y preguntarse sobre cómo enfrentarse a aquella situación de zozobra.

Entre los años 1989 y 1991, empezaron a reunirse de manera espontánea, como un grupo de amigos con afinidades intelectuales, la Rvda. M. Luz María Álvarez-Calderón Fernandini (1929-2006)¹, Antonio Belaúnde Moreyra (1927-2013)², Mons. Óscar Alzamora Revoredo (1929-1999)³, Rafael Cubas Vinatea (1922-2009)⁴, Juan Vicente Ugarte del Pino (1923-2015)⁵, Ramón Mujica Pinilla⁶, Luis García-Corrochano⁷, Manuel Migone Peña y, en este momento un aún joven abogado, Fernán Altuve-Febres⁸.

De acuerdo a los testimonios de Fernán Altuve y Manuel Migone, otros personajes acompañaban esporádicamente las reuniones. El círculo de lectura fue creado por Mons. Óscar Alzamora Revoredo. Los mencionados se congregaban para dialogar, discutir y leer textos de filosofía y política. Las reuniones solían ser en la casa del embajador Antonio Belaúnde Moreyra, en el distrito de San Isidro, o a veces en una casa por Chaclacayo, en un ambiente fraterno en el que todo se comparte, como en un almuerzo de colegas. Entre los autores presentes que se comentaban y estudiaban, se encontraba el jurista de Plettenberg, Carl Schmitt. Sin embargo, el grupo no se creó para leer al jurista alemán, llegándose a él de manera indirecta a través de la lectura del célebre y polémico pensador católico y reaccionario español Juan Donoso Cortés (1809-1853)⁹.

¹ Religiosa, monja, doctora en Educación, rectora y fundadora de la Universidad Femenina del Sagrado Corazón de Jesús de Lima (UNIFE).

² Jurista, diplomático, ensayista y filósofo peruano. Se desempeñó como embajador del Perú en Suiza, Colombia y Brasil. Fue profesor de Filosofía e Historia de las Ideas en la UNIFE.

³ Sacerdote marianista peruano, obispo de Tacna y Moquegua (1983-1991) y obispo auxiliar de Lima (1991-1999).

⁴ Diputado por la Alianza Acción Popular Democracia Cristiana en el período 1963-1968. Ministro de Agricultura del Perú entre 1965-1966.

⁵ Jurista e historiador peruano. Decano del Colegio de Abogados de Lima (1974-1975), presidente de la Corte Suprema de Justicia (1987-1988) y reconocido como Gran Cruz de la Orden del Sol del Perú (2009).

⁶ Antropólogo y director de la Biblioteca Nacional del Perú en el período 2010-2016.

⁷ Abogado y MBA. Actualmente es decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC). Ha sido profesor de Derecho Internacional Público en la Academia Diplomática del Perú.

⁸ Abogado por la Universidad de Lima. Ha realizado estudios de doctorado en la Universidad Mayor de San Marcos (Lima) y cuenta con un postgrado en Derecho Constitucional por la Universidad de Salamanca (España). Ha sido Presidente del Consejo del Notariado (1999), Congresista de la República del Perú (2000-2001) y Regidor Metropolitano de Lima (2011-2014).

⁹ Obras y escritos más importantes: *Discurso sobre la dictadura* (1848), *Discurso sobre la situación de Europa*

En un escenario donde el gobierno peruano se encontraba bajo el cerco ineluctable del terrorismo, *ad portas* de una derrota estratégica del Estado (premisa de un nuevo *status quo*), este grupo de connotados amigos y colegas conversaba con la mayor naturalidad sobre la posibilidad de una medida excepcional, la dictadura, como solución para el desorden y el caos reinantes. «Lo que estaba pasando era el debate sobre la dictadura. Donoso Cortés era la solución de la dictadura. Es decir, solo la dictadura podía solucionar el problema del país. Eso era lo que estaba, de cierta manera, en debate hasta el año 1991», señala el testimonio de Fernán Altuve. «La dictadura del sable» de Donoso se había convertido de una idea teórica latente en una posibilidad concreta que se consideraba como oportunidad histórica para el Perú de la época. Altuve rememora estas discusiones con las siguientes palabras: «Desde 1989 nos reuníamos en el grupo de estudios de filosofía para leer a varios autores cristianos. Manuel Migone siempre nos traducía textos breves de autores alemanes, entre ellos Carl Schmitt. Ante la dificultad del idioma, empezó a realizar por escrito las traducciones»¹⁰.

Manuel Migone Peña, quien fue docente de Filosofía de la UNIFE entre 1988 y 1990, es el gran protagonista del prefacio de los escritos políticos de Carl Schmitt en el Perú. Fernán Altuve define a Migone como «el primer gran schmittiano sin obra» y agrega que es «el difusor más claro de Schmitt en el Perú». Migone estudió la carrera de filosofía en la Pontificia Universidad Católica del Perú y defendió aquí sus tesis de bachillerato y doctorado sobre «el problema del Yo» en la *Crítica de la Razón Pura* de Inmanuel Kant¹¹. Asimismo, a mediados de la década de los setenta ganó una beca para un período corto de investigación en la Universidad de Navarra, en el cual recibió el apoyo y la asesoría de Leonardo Polo¹² y asistió a las conferencias de Álvaro d'Ors¹³. Fue en España donde se introdujo en el estudio de Schmitt. Pero su real inmersión en el pensamiento schmittiano la encontró cuando ganó una beca para su investigación doctoral en la Universidad de Friburgo de Brisgovia, en donde fue asesorado

(1850) y *Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo* (1851). Un excelente trabajo sobre su pensamiento, legado e influencia en Herrera (1995). Se consultará con gran provecho la magnífica edición alemana del *Ensayo* de G. Maschke (Cortés, 2007). Asimismo la reciente antología J. Donoso Cortés (2013).

¹⁰ Este episodio demuestra que la introducción de la obra política de Schmitt en el Perú podría considerarse como «precursora», siquiera relativamente, en comparación con los demás casos nacionales hispanoamericanos. Previo a 1989, Schmitt se conocía solo en las facultades de Derecho del Perú. La literatura conocida de Schmitt era, básicamente, la relacionada a sus escritos jurídicos; mientras que sobre la vastedad y complejidad de sus textos políticos, es decir el Carl Schmitt como pensador político que conocemos hoy, más bien era un autor profundamente desconocido. Los textos que se conocían sobre el jurista de Plettenberg eran básicamente dos: *Teoría de la Constitución y La Dictadura*.

¹¹ Los trabajos de investigación fueron los siguientes: 1) M. Migone (1976). *Del Yo habitante* (Tesis de Bachillerato). Lima: PUCP; 2) M. Migone (1977). *El problema del Yo en la „KRV-B“* (Tesis de Doctorado). Lima: PUCP. Luego de ello, el autor publicaría un estudio más sobre Kant: M. Migone (1983). *El Socratismo kantiano*. *Revista de la Universidad Católica*. No. 13-14. Lima: PUCP.

¹² Leonardo Polo Barrera nació en Madrid en 1926 y murió en Pamplona en el 2013. Fue un importante filósofo, escritor y miembro del Opus Dei. Se desempeñó como catedrático en la Universidad de Navarra, la Universidad Panamericana de México y la Universidad de Piura (Perú). Su obra es extensa porque se ha ocupado de distintos filósofos como Descartes, Hegel y Nietzsche, entre muchos otros más. Algunas de sus obras destacadas: 1) *Evidencia y realidad en Descartes*. Madrid: Rialp, 1963; 2) *Quién es el hombre. Un espíritu en el tiempo*. Madrid: Rialp, 1991; 3) *Nietzsche como pensador de dualidades*. Pamplona: Eunsa, 2005.

¹³ Álvaro d'Ors nació en Barcelona en 1916 y murió en Pamplona en el 2004. Por muchos años fue amigo personal de Carl Schmitt. Es considerado uno de los principales romanistas del siglo veinte. Fue profesor ordinario de Derecho Romano en la Universidad de Santiago de Compostela y posteriormente en la Universidad de Navarra. Obras principales de su especialidad: 1) *Presupuestos críticos para el estudio del Derecho romano*, Salamanca, Colegio Trilingüe de la Universidad, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1943; 2) *Epigrafiología jurídica de la España romana*, Madrid, Ministerio de Justicia y Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1953. Especial interés para apreciar su estrecha relación con Schmitt tiene M. Herrero (2004).

por el profesor Bernhard Welte¹⁴. Migone ganaría después la importante beca Humboldt para realizar su post-doctorado en la Universidad de Münster, en donde recibió la asesoría de Friedrich Kaulbach¹⁵ y Fernando Inciarte¹⁶ entre 1979 y 1985. Por tanto, no es exagerado afirmar que Migone estudió el pensamiento político de Schmitt de manos de los más connotados profesores de filosofía de España y Alemania de la época.

Migone regresó al Perú en 1987. Su manejo del idioma alemán lo llevó a terminar de traducir la importante obra de Carl Schmitt titulada *Catolicismo romano y forma política* (Schmitt, 1925) en agosto de 1990. Pero antes de esto, en mayo de 1990, ya había logrado traducir el célebre ensayo del joven Schmitt, titulado *La visibilidad de la Iglesia. Una reflexión escolástica* (Schmitt, 1917). Ambos trabajos se tradujeron mucho antes de que fuesen conocidas las primeras ediciones españolas a nivel internacional (cfr. De Benoist, 2003). Estos textos se compartieron entre los miembros del grupo de amigos, quienes por un inicial interés por Donoso Cortés, ahora gracias a Migone, empezaban a conocer los escritos políticos de Carl Schmitt. Por tanto, es debido al profesor Migone que la difusión de Schmitt pasaría de un pequeño grupo de amigos con intereses académicos e intelectuales, a aquellos tomadores de decisiones que estaban librando directamente la guerra contra el terrorismo en el Perú.

LAS VISITAS DE GÜNTER MASCHKE: HACIA UNA APLICACIÓN OPERATIVA-ESTRATÉGICA DE CARL SCHMITT EN EL PERÚ (1991-1992)

En este período Schmitt pasó de ser estudiado de manera académica e informativa a tener una comprensión aplicativa y operativa-estratégica. El acontecimiento más importante en este contexto se produce con la visita de Günter Maschke al Perú entre 1991 y 1992. Herr Maschke nació en Erfurt (Alemania) en 1943 y es uno de los principales expertos de Carl Schmitt a nivel mundial, siendo autor de ediciones claves para la *Schmitt-Forschung* internacional¹⁷. Se trata del principal editor del jurista alemán en vida —su edición del *Leviatán en la teoría del Estado de Thomas Hobbes*, particularmente, alcanza gran reconocimiento¹⁸—,

¹⁴ Bernhard Welte nació en Meßkirch en 1906 y murió en Friburgo de Brisgovia en 1983. Fue profesor en Friburgo y trabajó, fundamentalmente, sobre teología y filosofía de la religión a través del estudio de Hegel, Nietzsche y Jaspers. Obras principales: 1) *Auf der Spur des Ewigen. Philosophische Abhandlungen über verschiedene Gegenstände der Religion und der Theologie*, Freiburg/Br.: Herder 1965; 2) *Religionsphilosophie*, Freiburg/Br.: Herder 1978; 3) *Was ist Glauben? Gedanken zur Religionsphilosophie*, Freiburg/Br.: Herder 1982.

¹⁵ Friedrich Kaulbach nació en Núremberg en 1912 y murió en Heilsbronn en 1992. Fue profesor en la Universidad de Münster y uno de los principales expertos en la filosofía de Immanuel Kant. Obras principales: 1) *Immanuel Kant de Gruyter, Sammlung Göschen*, Berlin 1969. Zweite Auflage 1982; 2) *Nietzsches Idee einer Experimentalphilosophie*. Böhlau, Köln/Wien 1980; 3) *Immanuel Kants Grundlegung zur Metaphysik der Sitten*. Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt 1988.

¹⁶ Fernando Inciarte Armiñán nació en Madrid en 1929 y falleció en Pamplona en el 2000. Fue filósofo y catedrático en la Universidad de Navarra, la Universidad de Colonia, la Universidad de Friburgo y la Universidad de Münster. Obras principales: 1) *Eindeutigkeit und Variation: Die Wahrung der Phänomene und das Problem des Reduktionismus*, Freiburg-München 1973; 2) *El reto del positivismo lógico*, Rialp, 1974; 3) *Liberalismo y republicanism. Ensayos de filosofía política*, Eunsa, Pamplona, 2001.

¹⁷ Sobre Maschke veáanse en particular (Maschke 1993; 1997; 2012). Para una introducción a su pensamiento, véase el número especial que le dedicó la revista *Empresas Políticas* (año VII, número 10/11, 2008) que incluye una bibliografía esencial de su obra, hecha por Guillermo de Ujúe (Ibid., p. 325-331). De particular interés biográfico la entrevista de Sebastian Maaß a Maschke (2012).

¹⁸ Nos referimos a la famosa «Edition Maschke Hohenheim» donde fueron publicados el citado libro sobre *El Leviathan* (Schmitt, 1982) y también *Tierra y mar* (Schmitt, 1981).

de quien además fue amigo íntimo por largos años. Actualmente es presidente del comité científico de la revista internacional *Carl-Schmitt-Studien*, con sede en la ciudad de Dresden, Alemania.

Maschke llega al Perú gracias al contacto de Manuel Migone, quien en ese momento también se desempeñaba como profesor de los cursos de Teoría Política y Teoría del Estado en la Escuela Superior de Guerra Naval (ESUP). Así que fue el primero en contactarse con Maschke y lo invitó, a través de la Rvda. M. Luz María Álvarez-Calderón, a dictar unas conferencias y seminarios en la UNIFE por un período corto de 2 semanas en noviembre de 1991. ¿Por qué el entusiasmo del connotado profesor alemán para visitar el Perú? La razón se debe al profundo y común interés operativo-estratégico schmittiano de Maschke y Migone. Más aún cuando este último descubrió la impronta schmittiana del líder de Sendero Luminoso (cfr. Maschke, 1997).

En esa época, Migone se desempeñaba como asesor en temas políticos del comandante general de la Marina de Guerra, el almirante Alfredo Arnáiz Ambrosiani. Entre sus labores se encontraba el estudio y análisis del principal enemigo, es decir, Sendero Luminoso. En sus investigaciones sobre el pensamiento de Abimael Guzmán Reynoso, el profesor Migone encontró la tesis de Derecho del autodenominado «Presidente Gonzalo» para obtener el bachillerato en la Universidad de Huamanga (Ayacucho), cuyo título era *El Estado democrático burgués*. En este trabajo, Migone descubrió con mucha sorpresa que el líder terrorista había utilizado, como marco teórico y metodológico, el célebre texto *Teoría de la Constitución* de Carl Schmitt para plantear su crítica al liberalismo y el constitucionalismo en el Perú¹⁹. El profesor Migone recuerda este impresionante hallazgo de la siguiente manera:

Yo asesoraba en temas de combate contra el terrorismo. Fui asesor del Tribunal Militar a Abimael Guzmán, entre otras cosas. Estudiando a Abimael, porque era indispensable conocer al enemigo, me encontré, leyendo su tesis, que citaba a Schmitt. Y no solo lo citaba, sino que utilizaba mucho su crítica al Estado burgués y liberal para fundamentar sus tesis. (...) Como yo soy schmittiano, me sorprendió mucho. Muy interesante. Entre otras cosas, digamos, porque muestra algo que luego, como usted sabe, fueron los inicios de lo que se propagó mucho. Me refiero a la utilización de Schmitt por la izquierda. (...) Obviamente, [Abimael Guzmán] en la preparación de su tesis se topó con la *Teoría de la Constitución* de Schmitt, para la crítica del Estado burgués. Pero lo interesante es que no solo se topó, sino que metodológicamente Schmitt fue muy influyente en él. (...) ([Abimael Guzmán] trataba de concebir a Schmitt como una variante de la crítica marxista al Estado burgués. Pero creo que, esencialmente, con mala consciencia, porque sabemos que esto no era así. ...) Agarró varios elementos de Schmitt: la teoría de la dictadura, la teoría del estado de excepción, la debilidad intrínseca del Estado burgués...

Después de este impresionante hallazgo, el profesor Migone contactó rápidamente a Günter Maschke, para luego invitarlo a la ESUP, por lo que la invitación directa se formalizó a través del almirante Alfredo Arnaiz y el director del ESUP, el vicealmirante Fernando D'Alessio Ipinza. Herr Maschke recibió la llamada con mucha alegría, muy a pesar de que en esa época el Perú no era un lugar seguro para ningún nacional ni extranjero. «El entusiasmo de Günter fue extremado, le interesó muchísimo, ya sabe usted que él fue un hombre de

¹⁹ Una intuición que nos limitamos a dejar aquí consignada: nos parece que tendría interés comprobar si la de A. Guzmán, el título nos lo sugiere, no es una lectura a dos manos, de C. Schmitt y de A. E. Sampay (1911-1977), el constitucionalista argentino autor en 1942 de *La crisis del Estado de derecho liberal-burgués* (Sampay, 2011).

izquierda convertido», relata el profesor Migone. Los testimonios de Fernán Altuve, quien en esa época también era docente del ESUP, y de distintos oficiales de la Marina de Guerra coinciden en que *Herr Maschke* llegó, como profesor y conferencista, aproximadamente en mayo de 1992, momento en el que se desarrollaba la mayor escalonada de lucha contrasubversiva a nivel nacional. Su segunda visita fue bastante discreta, por lo cual hasta hoy es poco conocida²⁰.

Los oficiales que tuvieron la oportunidad de entablar una íntima amistad con Maschke, lo recuerdan como una mente brillante y como un profesional excepcional, que citaba constantemente a Carl Schmitt pero que también era un erudito en distintas materias como la teoría política, las relaciones internacionales y la historia universal. Y no solo desde un punto de vista meramente teórico o académico: su reflexión tenía implicancias profundamente políticas y estratégicas. Cuando conversaba lo hacía discutiendo constantemente sobre el concepto schmittiano de amigo-enemigo, la teoría maoísta de la guerra de guerrillas, la geopolítica desde el enfoque realista de Hans Morgenthau, los grandes espacios territoriales y el *Großraum*, la historia de las dictaduras modernas y los fundamentos intelectuales de la teoría de la Constitución. «Éramos schmittianos», recuerda el profesor Migone. Maschke era sobre todo un analista político y secundariamente un académico. Su impronta schmittiana se sentía incluso en sus comentarios críticos, sobre todo de la política exterior intervencionista de los Estados Unidos en Hispanoamérica durante la Guerra Fría.

Todos estos temas y discusiones aplicados a la realidad peruana y hispanoamericana fueron expuestos por Migone y Maschke cuando dictaban juntos los cursos de Teoría Política y Teoría del Estado en la ESUP en 1992. Asimismo, de acuerdo a Fernán Altuve (2000), la llegada de Maschke al Perú causó mucho entusiasmo y diversos comentarios entre los principales oficiales de la Marina de Guerra, debido a que desarrolló una grata y cordial amistad con importantes autoridades, como el vicealmirante Fernando D'Alessio, Director del ESUP en 1992 y actual director de Centrum Católica, y el almirante Luis Giampietri, vicepresidente del gobierno de Alan García (2006-2011).

Un punto poco conocido en esta emblemática visita, es que la razón principal del entusiasmo de Maschke para estar en el Perú, fue porque también se le propuso, desde un inicio, ser parte del grupo de asesores y analistas políticos del comandante general de la Marina, Alfredo Arnáiz. El grupo de asesores sobre temas de política y lucha contrasubversiva estaba compuesto por Manuel Migone, Günter Maschke y José García Valdivieso, este último cariñosamente llamado "Pepín", quien en aquel momento se desempeñaba como director de Infraestructura Terrestre de la Marina de Guerra del Perú (1991-1992). Este grupo de asesores preparó do-

²⁰ La invitación y llegada de Maschke al Perú, en efecto, generó un hecho académico e intelectual sin precedentes. En un contexto peruano en donde las obras políticas de Carl Schmitt más importantes eran casi desconocidas, *Herr Maschke* introdujo de manera directa al Perú las versiones en español de los célebres títulos *El concepto de lo político*, *Tierra y mar*, *Teoría del partisano* y el *Nomos de la tierra*. Estos dos últimos libros aún se encuentran disponibles en la biblioteca del ESUP, en perfecto estado de conservación y con el sello institucional de la escuela de aquella época. El 15 de julio de 1992 a las 9:15 pm, Sendero Luminoso produciría un criminal atentado en la calle Tarata del distrito de clase media alta de Miraflores. Un coche bomba mató a 25 personas e hirió a aproximadamente a 200 más. En ese contexto de terror y muerte, Maschke escribió el primer estudio introductorio y crítico –formalmente conocido y registrado en el Perú– sobre Carl Schmitt. Se trató de un prólogo al libro *Tierra y mar*, que se entregaría a profesores, colegas y amigos del ESUP en Agosto de 1992 (véase el prólogo de Maschke en el presente número). El texto, aunque breve, es un ensayo y una síntesis brillante de los temas políticos schmittianos cardinales. Pero no solo ello, sino que es sobre todo un documento que está pensado para que los conceptos y las ideas políticas de Schmitt entren en un diálogo para una mejor comprensión de la situación del Perú y el mundo de 1992.

cumentos y *papers* que fueron elaborados en conjunto como grupo de trabajo, para luego ser presentados al almirante Arnáiz, quien como comandante general daba las directrices de la institución para la estrategia contrasubversiva.

El grupo de asesores, compuesto por Migone, Maschke y “Pepín” García Valdivieso, no tuvo una existencia formal ni institucional creada por la ESUP o la Marina de Guerra, debido al carácter confidencial que las estrategias de guerra contrasubversiva exigían. Este fue un grupo que se construyó de manera casi espontánea por la preocupación y el interés de comprender y analizar la situación política que el Perú vivió en esta época. Los asesores discutían en base a la información que les llegaba de Inteligencia, para luego analizarla minuciosamente. Después de horas de discusión interna, procedían a recomendar políticas y estrategias para la lucha contra el terrorismo. Las reuniones y conversaciones del grupo se daban entre dos a tres veces por semana en la ESUP, entre 8:00 am y 12:00 m, o después de los horarios de clase en las noches. Era una labor intensa, pero apasionada y dedicada. Una vez que el grupo había discutido y establecido conclusiones sobre la información de Inteligencia, procedían a reunirse con el Almirante Arnáiz, para tener una discusión, retroalimentación y establecimiento de los planes de acción a tomar en el corto y mediano plazo.

Por tanto, la visita de Maschke no solo tuvo un carácter académico. Es decir, el profesor alemán no llegó al Perú solo para enseñar lo que Schmitt había escrito en sus textos. Además de ello, el entusiasmo del ilustre alemán “acriollado” se debió fundamentalmente a los objetivos operativo-estratégicos que él perfiló en clave schmittiana, para enfrentar una guerra compleja y extremadamente violenta contra el terrorismo de Sendero Luminoso y el MRTA. «Él estaba muy feliz y entusiasmado con ese trabajo», señala uno de los oficiales que conoció a Maschke y que prefiere mantenerse en el anonimato. La visita le permitió a Maschke escribir también en 1993 un interesante artículo sobre Sendero Luminoso, aplicando la *politische Lageanalyse* del politólogo Hans-Joachim Arndt (1923-2004) desde el enfoque de la teoría de la guerra de guerrillas, el mito político y la estrategia del partisano (Maschke, 1993; 1997, pp. 171-191).

¿Significa esto que había un pequeño equipo de schmittianos dentro de la Marina de Guerra del Perú que luchó contra Sendero Luminoso en el año 1992? «No éramos un grupo de schmittianos; sino una *institución* schmittiana», sentencia el profesor Migone. No obstante, es importante mencionar que para comprobar o tener más alcances sobre esta afirmación, se requiere un análisis de los contenidos de los documentos y *papers* creados por el grupo de asesores para el almirante Arnáiz. Esto, por el momento, es imposible, porque toda la documentación relacionada tiene una estricta forma clasificada y confidencial, ya que de acuerdo a ley solo después de 30 años de sus orígenes se puede tener acceso público a ellos, es decir, aproximadamente en el año 2023.

La fuerte difusión de las ideas de Carl Schmitt en el Perú se consolidó de manera directa a través de su más importante discípulo e intérprete alemán, siendo los temas principales los relacionados a la lucha contra el terrorismo y la guerra de guerrillas (cfr. Maschke, 1973). Se trata de un período en el que Maschke conceptualizó *schmittianamente* como excepcional, en sus clases para los oficiales, la urgencia de un enfrentamiento contra un enemigo con características guerrilleras no convencionales. El interés por Schmitt, promovido por Maschke y Migone, era principalmente operativo-estratégico y teórico-académico en modo secundario: lo demuestra el interés de Maschke por comprender al enemigo interno en el mismo campo de batalla. Ello es así porque se comenta que incluso realizó eventuales visitas a las bases contrasubversivas de la Selva peruana en su estadía de 1992. Una actividad muy peligrosa para un extranjero, pero que solo fue posible por la «muchísima insistencia de Günter, porque él quería

ir a conocer... no tenía idea de lo que era la Amazonía peruana», comenta un oficial de la Marina que presencié esta anécdota.

Günter Maschke, el otrora revolucionario en Cuba y activista de izquierda guerrillera, no llegó al Perú solo para escribir un artículo académico sobre Schmitt en un cómodo escritorio o una bien alfombrada oficina, sino que además de ser profesor y conferencista en la ESUP, también desempeñó una contribución importante en el análisis y planteamiento de una estrategia contrasubversiva para el Estado peruano, a través de su inserción de campo en el mismo frente donde se desenvolvía la guerra contra el terrorismo. «Cumplió una actividad de servicio a favor de la pacificación en el Perú, que tiene que ser reconocida», comenta con entusiasmo el profesor Manuel Migone.

LA AGENDA PENDIENTE DE INVESTIGACIÓN

En relación a Maschke queda pendiente explorar los alcances y detalles de su visita al Perú, sobre todo en lo que respecta a su relación con otros académicos de la época. Del mismo modo, falta reconstruir el ambiente académico e intelectual del ESUP de inicios de los noventa, el cual se convirtió en un importante centro de discusión de ideas políticas. Por otra parte, es necesaria una revisión mucho más detallada del alcance de Carl Schmitt antes de los importantes aportes de Migone y Maschke, así como una evaluación de su presencia y actualidad en el Perú contemporáneo. Sin embargo, en estas páginas hemos querido esbozar solo los primeros hallazgos de una investigación que contribuirá a la historia de las ideas políticas en nuestro país.

BIBLIOGRAFÍA

- Cortés, D. (2007). *Essay über den Katholizismus, den Liberalismus und den Sozialismus und andere Schriften* (Hg. Günter Maschke). Viena u. Leipzig: Karolinger Verlag.
- Cortés, D. (2013), *Theologie de l'histoire et crise de civilisation* (Introduction, textes choisis et bibliographie de Arnaud Imatz). París: Les Éditions du Cerf.
- De Benoist, A. (2003). *Carl Schmitt. Bibliographie seiner Schriften und Korrespondenzen*. Berlin: Akademie Verlag.
- Herrera, R. A. (1995). *Donoso Cortes: Cassandra of the age*. Isi Books.
- Herrero, M. (Ed.), *Carl Schmitt und Álvaro d'Ors. Briefwechsel*. Berlin: Duncker und Humblot.
- Maschke, G. (1973). *Kritik des Guerrillero. Zur Theorie des Volkskrieges*. Frankfurt am Main: Fischer Verlag.
- Maschke, G. (1993). Das bewaffnete Wort. Mythos der Erziehung und revolutionäre Gewalt - der «Leuchtende Pfad» in Peru. En V. Beismann u. M. J. Kein (Hg.). *Politische Lageanalyse. Festschrift für Hans-Joachim Arndt zum 70. Geburtstag am 15. Januar 1993* (pp. 180-198). Bruchsal: San Casciano-Verlag. Recogido en *Das bewaffnete Wort* (1997), pp. 171-191.
- Maschke, G. (1997). *Das bewaffnete Wort*. Wien: Karolinger Verlag.
- Maschke, G. (2008). Tres motivos en el antiliberalismo de Carl Schmitt. En J. Giraldo y J. Molina (editores), *Carl Schmitt. Derecho, política y grandes espacios* (pp. 15-42). Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.

- Maschke, G. (2012). «Verräter schlafen nicht». Gespräch mit Günter Maschke (Hrg. von Sebastian Maaß). Kiel: Regin Verlag.
- Maschke, G. (2012). *Der Tod des Carl Schmitt*. Wien und Leipzig: Karolinger Verlag.
- Sampay, A. E. (2011). *La crisis del Estado de derecho liberal-burgués*. Buenos Aires: Editorial Docencia.
- Schmitt, C. (1925). *Römischer Katholizismus und politische Form* (2 ed.) München: Theatiner Verlag.
- Schmitt, C. (1981). *Land und Meer. Eine weltgeschichtliche Betrachtung*. Köln-Lövenich: Hohenheim Verlag.
- Schmitt, C. (1917). Die Sichtbarkeit der Kirche. Eine scholastische Erwägung. *Summa*, 1, pp. 71-80.
- Schmitt, C. (1982). *Der Leviathan in der Staatslehre des Thomas Hobbes: Sinn und Fehlschlag eines politischen Symbols* (Hg. mit einem Anhang u. einem Nachwort versehen von G. Maschke. 1. Ausgabe Hamburg: Hanseatische Verlag, 1938). Köln-Lövenich: Hohenheim Verlag.
- Schmitt, C. (1995). *Staat, Großraum, Nomos. Arbeiten aus den Jahren 1916-1969* (Hg. mit einem Vorwort u. Anmerkungen versehen von Günter Maschke). Berlin: Duncker u. Humblot.
- Schmitt, C. (2004). *Frieden oder Pazifismus? Arbeiten zum Völkerrecht und zur Internationalen Politik 1924-1978* (Hg. mit Einleitung u. Anmerkungen versehen von Günter Maschke). Berlin: Duncker u. Humblot.
- Schmitt, C. (2009). *Catolicismo Romano y forma política* (1 ed. 1923, traducción de Carlos Ruíz Miguel). Buenos Aires: Editorial Areté.
- Schmitt, C. (1996). La visibilidad de la Iglesia. Una reflexión escolástica (Trad. de Román García Pastor). *Revista de Filosofía*, nro. 13, pp. 11-18.

CARL SCHMITT
UN JURISTA FRENTE A SÍ MISMO

ENTREVISTA DE FULCO LANCHESTER A CARL SCHMITT

Traducción al español de Carlos Eduardo Pérez Crespo

NOTA DEL TRADUCTOR

La presente traducción se basa en el texto original del Prof. Fulco Lanchester, titulado *Carl Schmitt. Un giurista davanti a se stesso*, publicado originalmente en 1983 en la revista *Quaderni costituzionali* (III, 1, pp. 5-34) y sucesivamente en el volumen editado por Giorgio Agamben, *Un giurista davanti a se stesso. Saggi e Interviste*, Vicenza, Neri Pozza Editore, 2005, pp. 151-183. La presente traducción, autorizada por el Prof. Lanchester, se basa en esta última edición.

Como norma general se ha hecho la traducción al español manteniendo el sentido y mensaje en italiano. Asimismo, se han colocado las referencias al idioma original entre corchetes. Por último, se han respetado el estilo de cita, la ortografía y las referencias bibliográficas en el idioma original, de los comentarios realizados por el entrevistador en sus notas a pie de página.

Quisiera extender mi más profundo agradecimiento a Federica Vinci, Mario Migliore y Jerónimo Molina por sus gentiles y minuciosos comentarios y correcciones a las versiones preliminares de esta traducción.

CARLOS EDUARDO PÉREZ CRESPO
UNIVERSIDAD ANTONIO RUIZ DE MONTOYA
LIMA, PERÚ

12 DE MARZO DEL AÑO 2017

CARL SCHMITT. UN JURISTA FRENTE A SÍ MISMO¹

LANCHESTER Profesor, en este momento su pensamiento suscita en Italia un permanente y muy agudo interés de parte de estudiosos de distintas disciplinas y posiciones. Un indicador empírico de todo ello es la tendencia a traducir sus obras al italiano, desde aquellas más conocidas y voluminosas, hasta ensayos importantes como *Catolicismo romano* [*Römischer Katholizismus*]². *Quaderni Costituzionali* quisiera presentarle algunas interrogantes sobre el tema del Estado en los países industriales avanzados, las instituciones representativas y, más en general, sobre la situación metodológica de la ciencia constitucionalista contemporánea.

Sin embargo, es difícil elegir el enfoque porque existe el riesgo de perder algo valioso. Le propongo concentrar la atención, a través de una revisión autobiográfica, en tres argumentos centrales que constituyen, a mi parecer, las áreas particularmente importantes de debate: 1) el desarrollo metodológico de las ciencias jurídicas; 2) la transformación de las instituciones representativas y las condiciones de su funcionamiento; y 3) la relación decisión-legitimidad-legalidad en los Estados contemporáneos.

SCHMITT He leído atentamente las preguntas que me ha enviado. Usted comprenderá que está prácticamente todo. ¿Por dónde empezamos? Por ejemplo, ¿por *Catolicismo romano*?

LANCHESTER Se habla, justamente, de organizar un debate sobre su ensayo *Catolicismo romano*, a partir de la publicación de la traducción italiana.

SCHMITT Sí, considero aquella obra como una de las mejores mías. Creo que la escribí cuando tenía poco más de treinta años. Sostenía que existía un sentimiento antiromano [*anti-römischer Affekt*] que condicionaba la historia alemana³. En las zonas predominantemente evangélicas existe una visión del mundo y de la historia totalmente diferente. A este propósito, debo hacer notar que mis conceptos se derivan de la guerra civil de religiones. Ustedes en Italia no saben qué cosa es este tipo de guerra. Ustedes conocen el anticlericalismo, pero no la guerra civil de religiones. Por otro lado, tampoco conocen la arrogancia de Hegel; y Marx es, ciertamente, solo uno de los hijos de Hegel. Sin Hegel, Marx es absolutamente incomprensible. Si tuviese que escribir un libro hoy, lo titularía *La tercera religión* [*Die dritte*

¹ La entrevista, preparada con el envío previo de una larga serie de preguntas, se desarrolló en el transcurso del día 9 de noviembre de 1982 en la casa de su natal Plettenberg/Pasel, donde el profesor Schmitt vive retirado. Ello ha resultado en un registro de casi 3 horas, del cual se ha extraído este texto. Carl Schmitt ha seguido la guía previamente acordada, pero la ha interpretado en un modo particular, proporcionando un testimonio en el que tanto su momento personal como su obra científica están íntimamente relacionados. En el estudio de su pequeña villa blanca, que él maliciosamente ha llamado *San Casciano*, Schmitt ha hablado de sí mismo y de su obra, siguiendo un hilo lógico en el cual el hoy y el ayer están vinculados indisolublemente. La traducción italiana refleja estrictamente aquello de lo que Schmitt ha hablado. No hay adornos ni modificaciones no obstante, en algunos casos, los argumentos tratados han sido reunidos. Por último, al presente texto fueron agregadas notas indispensables de carácter biográfico y bibliográfico, diseñadas para orientar al lector dentro del mismo.

² Schmitt, *Römischer Katholizismus und politische Form*, München, Theatiner, 1925.

³ El ensayo citado inicia con las siguientes palabras: «Es gibt einen anti-römischen Affekt» (p. 7 [trad. it. cit., p. 31: «C'è un sentimento antiromano»]). Sobre la posición de Schmitt acerca del panorama católico en la Alemania post Primera Guerra Mundial, ver: Piet Tommissen, «Carl Schmitt e il 'renouveau' cattolico nella Germania degli anni venti», en *Storia e politica*, n. 4, 1975, pp. 481 ss.

Religion]. La tercera religión es la cultura alemana producto de la Reforma protestante (Goethe, Schiller, Hegel). La música es católica, pero Bach es evangélico.

Es por eso que mi concepto de Estado está estrechamente ligado a una época histórica. Es ridículo aseverar que sobre ello estoy pensando en Julio César, Tamerlán o Mahoma. Por ejemplo, se ha publicado un libro voluminoso de Matthias Gelzer sobre Julio César como hombre de Estado⁴. No sé si lo ha leído. Él sostiene, justamente, que César es un hombre de Estado. Pero esto lo encuentro ridículo, puesto que es como si se dijera que Carlomagno es automovilista. Sobre el asunto de que se desea publicar en Italia *Catolicismo romano*, solo puedo afirmar: “Hombre, piensa en aquello que haces; porque si no sabes qué cosa haces: *verflucht*”⁵. Al respecto puedo decirle que todo el libro aún está vigente. Fue escrito en 1921, lo subrayo, en 1921: son sesenta años, es decir, dos veces treinta. Tanto es esto cierto, que uno de los estudiosos de este periodo sostuvo que no me libraría nunca de esta obra: «usted se llevará a la tumba, y más allá todavía, la frase según la cual existe “un sentimiento antiromano” [*einen anti-römischen Affekt*]». Todos los que, en ese entonces, leyeron esta obra se maravillaron de que fuese un católico de solo treinta años quien tuvo el coraje de decir esta frase. A propósito del fenómeno estatal, es indudable que los italianos saben qué cosa es el Estado, mientras que los ingleses no; y no hablemos de los americanos. No obstante, para un verdadero italiano, el Estado es una banda de corruptos y deshonestos [*Schiebern*]. No hay duda, sin embargo, de que es por el famoso Maquiavelo, así como también por Hobbes, que el Estado es *potestas directa*. Hoy en día la Iglesia quiere ser solo *potestas indirecta*. Los términos actuales de la problemática al respecto se evidencian en el hecho de que la *potestas indirecta* se reduce, para la masa de hombres, a la siguiente pregunta: ¿cuál es la autoridad legal a la cual debo obedecer? La respuesta a esta interrogante es evidente: debo obedecer a aquella autoridad que pueda defenderme. Quien, por el contrario, no pueda defenderme, solo puede darme consejos, pero no órdenes. Este, esencialmente, solo puede recomendarme si algo es bueno o malo, pero no puede decirme qué hacer⁶. En esto consiste el problema de la legalidad. A propósito, ¿conoce mi ensayo *La revolución legal mundial* [*Die legale Weltrevolution*]⁷?

LANCHESTER Por supuesto, su ensayo publicado en «Der Staat» en 1978, a propósito del volumen de Santiago Carrillo *Eurocomunismo y Estado*⁸.

⁴ Matthias Gelzer, *Caesar, der Politiker und Staatsmann*, Stuttgart-Berlin, Deutsche Verlagsanstalt, 1921; Wiesbaden, Steiner, 1960.

⁵ “¡Maldito!”

⁶ En este caso Schmitt retoma un punto clave de su pensamiento, desarrollado en una nota de la última edición de su ensayo *Der Begriff des Politischen*, Berlin, Duncker & Humblot, 1963, p. 122, en la edición italiana: *Il concetto di ‘politico’* en Id., *Le categorie del ‘politico’*, Bologna, Il Mulino, 1972, p. 151. Schmitt –examinando la obra de Hobbes– se pregunta: “¿Quién acuña la verdad en moneda corriente? A esta pregunta responde la proposición: *Auctoritas non veritas facit legem*. La verdad no se realiza sola, sino que necesita de instrucciones que la hagan realizable. Proceden éstas de una *potestas directa* que, a diferencia de la *potestas indirecta*, es responsable de la ejecución de la orden, exige obediencia y está en condiciones de dispensar su protección a quien obedece”.

⁷ Ver Carl Schmitt, *Die legale Weltrevolution. Politischer Mehrwert als Prämie auf juristische Legalität und Superlegalität*, en “Der Staat”, n. 3, 1978, pp. 321 ss., donde vienen desarrollados los conceptos ya anunciados en el famoso ensayo *Legalität und Legitimität*, München-Leipzig, Duncker & Humblot, 1932 (trad. ital. parcial: *Legalità e legittimità*, en Id., *Le categorie del ‘politico’*, cit., pp. 209 ss.).

⁸ Santiago Carrillo, *Eurocomunismo y Estado. El “eurocomunismo” como modelo revolucionario idóneo en los países capitalistas desarrollados*, Barcelona, Editorial Crítica, 1977 (trad. ital. *L'eurocomunismo e lo Stato*, Roma, Editori Riuniti, 1977).

SCHMITT En estos días Carrillo ha renunciado. Este es el concepto principal: la prima (o el plusvalor) en la posesión del poder legal. El Estado es un fenómeno restringido temporalmente, puesto que existe solo desde hace quinientos años, del 1500 al 2000: la mitad de un milenio, en pocas palabras. Luego viene algo distinto, más no puedo decir. El Estado se convierte en un instrumento, una máquina. Se utiliza una máquina y después se desecha⁹.

Sin embargo, el Estado, como le decía, es para Hegel la nueva religión. Su lema desde sus primeros escritos es que un pueblo, como por ejemplo el francés, que no haya hecho la Reforma (y con esto me refiero a la Reforma en sentido teológico, es decir a la Reforma de Lutero, Calvino y así sucesivamente) no puede realizar una verdadera revolución. Los franceses no han hecho efectivamente la Reforma. Sabe, esta es una vieja historia. Sobre ese asunto he escrito también un bello libro: *Tierra y mar*¹⁰. Lo escribo durante la Segunda Guerra Mundial y se ha republicado el año pasado. Lo compuse en el período de El Alamein en 1942 y fue publicado por la editorial Reclam de Leipzig: es un pequeño pero bello libro que constituye aún hoy el descubrimiento de una época. Otra obra interesante sobre el tema es aquella sobre Hamlet¹¹. Después de 1945 todos los editores me han rogado de rodillas para que revoque los derechos sobre mis obras porque tenían miedo.

Le decía que *Tierra y mar* es el libro del destino y me parece increíble que se publique nuevamente hoy. La nueva versión salió impresa con la edición de Hohenheim-Maschke y es, aún en nuestros días, el descubrimiento de una época. En ella recojo la experiencia del pasado y mi experiencia personal. El libro fue escrito en 1942 en el período de El Alamein y fue dedicado a mi hija, Ánima, quien entonces era una pequeña de solo 12 años y que ahora vive en Santiago (España), casada con un historiador del derecho. En aquél período un almirante me escribió preguntándome por qué le había dedicado el libro a una niña y no a Adolf Hitler. Es ridículo. Hitler nunca vio el mar. Nunca embarcó. Hizo solo un paseo por el Danubio hasta Budapest. Y esto me hace reír realmente. Puesto que es ciertamente un hecho concreto, una información elemental. Tanto es así que nunca padeció el mal de mar. Y es efectivamente en el período de El Alamein que fue escrito este libro. Pero prosigamos. Mi concepto de Estado está ligado a una época. Una vez un italiano me dijo que mi planteamiento era una revolución de tipo copernicano. En realidad, yo fundamento el Estado sobre lo político, mas no lo político sobre el Estado, a diferencia de todos los estudiosos de la doctrina del Estado, que hicieron derivar lo político del Estado. Aquello que hace el Estado es político. De hecho, para ser más exactos, no defino al Estado a partir de lo político, sino en primer lugar con la distinción amigo-enemigo. Después, sin embargo, viene la gran pregunta... después viene la gran pregunta.

LANCHESTER Pero desde su punto de vista personal y metodológico, ¿cuándo tuvo esta idea relativa al amigo-enemigo [*Freund-Feind*]?

⁹ Sobre estos conceptos ver Carl Schmitt, "Staat als ein konkreter, am eine geschichtliche Epoche gebundener Begriff", en Id., *Verfassungsrechtliche Aufsätze*, Berlin, Duncker & Humblot, 1958, pp. 375 ss. Sobre el Estado como máquina ver Id., *Der Leviathan in der Staatslehre des Thomas Hobbes*, Köln-Löwenich, Edition Maschke-Hohenheim, 1982, 2ª ed., pp. 47 ss.

¹⁰ Schmitt, *Land und Meer*, Köln-Löwenich, Edition Maschke-Hohenheim, 1981, 3ª ed. Sobre la importancia de este escrito para la sucesiva obra de Schmitt, ver el bello libro de Pier Paolo Portinaro, *La crisi dello Jus publicum europaeum. Saggio su Carl Schmitt*, Milano, Edizioni di Comunità, 1982, pp. 17 ss., y, ahora, Id., "Nel tramonto dell'Occidente: la geopolítica", en *Comunità*, n. 184, 1982, pp. 7 ss.

¹¹ Schmitt, *Hamlet oder Ekuba*, Düsseldorf-Köln, Eugen Diederichs, 1956.

SCHMITT Usted me pide los orígenes de mi idea relativa al amigo-enemigo. La fecha formal es 1927¹². ¿Pero sabe cuándo comienza todo esto? En mi experiencia de vida alemana, que incluye por lo demás dos derrotas totales en dos guerras mundiales. Al final de la Primera Guerra Mundial me trasladé desde la Universidad de Estrasburgo, donde era docente [*Privatdozent*], a Múnich. Quizá los franceses me hubiesen dejado permanecer, no lo sé, pero yo opté por Alemania. Debe saber que tengo muchos parientes franceses, muchísimos. Estuve incluso poco tiempo atrás en La Rochelle por un primo mío. Todo esto es muy importante para mi formación. Tome en cuenta que mi madre fue educada en un severo colegio católico de las Hermanas de la Caridad de San Carlos Borromeo, cerca de Sedán, en la Francia septentrional. Mi madre se graduó como maestra de francés (está en este libro) y nosotros aprendimos este idioma de pequeños. Es muy interesante la suerte que vivieron mis primos franceses: por ejemplo uno de ellos, mayor del ejército francés en la guerra de Vietnam, cayó prisionero de los japoneses. Murió el año pasado en La Rochelle. De él tengo unas bellísimas cartas. Mantuve siempre un contacto muy cercano con los franceses. Cuando llegué al Sarre, me convertí en un adulto en la diáspora. Mi padre y mi abuelo provenían de la región [*Großbezirk*] de Tréveris. Ambos eran profundamente católicos, pero mi padre terminó aquí en Plettenberg, una zona considerada fuertemente evangélica, donde había florecido rápidamente una pequeña industria siderúrgica. Los ricos eran todos evangélicos y había, en aquel período, las leyes bismarckianas anticatólicas. Tres párrocos de la región del Mosa eran parientes de mi abuelo y los hijos eran enviados a aquella región de vacaciones. Le repito, entonces, que en Francia tengo muchos parientes. En Alsacia-Lorena hemos sido testigos, en ambos conflictos, de un verdadero vaivén. Una vieja tía lorenesa mía, que no hablaba nada de alemán, me dijo una vez en francés: “dos veces hemos pasado de las manos de los franceses a las manos de los alemanes, y en cada ocasión debimos aplaudir”. Es muy interesante: tres hermanos de mi abuelo fueron perseguidos en el conflicto religioso durante el período bismarckiano. Para nosotros Bismarck era el malo. Uno de estos tres tíos era párroco y poseía un pequeño patrimonio. Conozco la Iglesia católica bajo este aspecto. Mi madre llega aquí a Plettenberg con una posición económica muy modesta, y había esperado obtener una herencia de uno de estos tres tíos. Cerca de diez mil marcos.

LANCHESTER Una suma muy consistente por entonces.

SCHMITT Lo entregó todo, por el contrario, a la iglesia de san Pío [*Pius-Kirche*] de Berlín, ¿y sabe por qué? Porque era la única iglesia de Berlín en la cual se predicaba en polaco. Era una iglesia para polacos. No obstante, los polacos tendían a politizar todo; un polaco no puede actuar de otra manera. Pero regresemos a la herencia. La entrega la hizo un hombre originario del territorio del Mosa, tanto así que cuando en la iglesia de Plettenberg pasaba la colecta mi madre decía: “¿Qué quieren? Mi tío ha dado ya diez mil marcos a la Iglesia”.

LANCHESTER Es muy divertido...

SCHMITT Mi madre, sin embargo, era una señora muy piadosa. Con respecto a su pregunta sobre los orígenes, estos son en realidad. Pero lo que nos interesa y preocupa más es mi vida de jurista. Hay pocos juristas... Pero, ¿conoce a Tommissen? En este momento nos estamos ocupando de mis inicios. Al respecto, él, en mi opinión, ha cometido un error, porque no ha redactado sobre mí una bibliografía razonable¹³. En su labor extremadamente

¹² Ver Schmitt, *Der Begriff des Politischen*, cit.

¹³ Tommissen, *Versuch einer Carl Schmitt-Bibliographie*, Düsseldorf, Academia Moralis, 1953. Del mismo autor ver “Ergänzungsliste zur Carl Schmitt-Bibliographie von Jahre 1959”, en AA.VV., *Epirrhosis*, cit., pp. 739 ss., y “Zweite Fortsetzungsliste der Carl Schmitt Bibliographie von Jahre 1959 (abgeschlossen am 1. Mai 1978)”,

diligente y casi exagerada no han sido incluidas obras esenciales. Hay que preguntarse, sobre este propósito, si existe otra bibliografía y sí existe. Tommissen tiende en realidad a excluir mis primeros trabajos, aunque al respecto se ha escrito una buena tesis doctoral.

LANCHESTER ¿Se refiere a la de Schwab o a la de Hofmann¹⁴?

SCHMITT No, no hablo de la de Schwab, sino de una bibliografía anterior a la de Tommissen.

LANCHESTER Entonces, ¿usted se refiere al volumen publicado en 1950 por un español¹⁵?

SCHMITT ¡Por Júpiter! ¡Es excepcional, excepcional! El infortunio es que este hombre emigró y no sé dónde haya terminado. La obra que hizo es buena; yo he tratado de encontrarlo y de conocerlo personalmente. Escribió una tesis doctoral sobre mí en la que está todo. Tommissen, en cambio, cometió el error de no republicar integralmente la bibliografía de Caamaño Martínez, que es mejor que la suya.

Sobre Carl Schmitt se escribe a mansalva. Lo hacen hasta algunos estúpidos estudiantes de licenciatura. A los noventa y cinco años fastidia que cualquier universitario se permita escribir su tesina sobre uno. Y lo hacen a montones, cada uno más idiota que el anterior, hoy cincuenta, mañana cien; cosas que sonrojarían a cualquiera¹⁶. Todas en torno al fascismo y al antifascismo...

LANCHESTER Sin duda, pero debe comprender que su obra es así de imponente, por lo que aquello resulta inevitable.

SCHMITT A mí lo que me interesa son las ediciones italianas del volumen sobre el *Leviatán* y las del libro *Tierra y mar*. Esta última es una cosa interesantísima, fantástica. Casi una novela. Después del *Leviatán*, publiqué *Tierra y mar* en 1942. Pero en los orígenes del *Leviatán* está el hecho de que me encontraba bajo las amenazas de las SS, que me habían atacado en *Das Schwarze Korps*¹⁷. En aquél tiempo era consejero de Estado [*Staatsrat*] prusiano y me salvé solo por la intervención de Göring. Göring era un rival de Himmler. De hecho, en aquél período organicé también una conferencia sobre “el judaísmo en la ciencia jurídica”¹⁸, que aún hoy es interesante y tiene validez. Entonces, como le decía, fui protegido por una intervención personal de Göring y luego, cuando las aguas se habían calmado, escribí y publiqué el libro sobre el *Leviatán*. Este libro no fue impreso por una casa editorial del

en *Revue européenne des sciences sociales. Cahiers Vilfredo Pareto*, n. 44, 1978, p. 137 ss.

¹⁴ George Schwab, *The challenge of the exception. An introduction to the political ideas of Carl Schmitt between 1921 and 1936*, Berlin, Duncker & Humblot, 1970; Hasso Hofmann, *Legitimität gegen Legalität. Der Weg der politischen Philosophie Carl Schmitts*, Neuwied, Luchterhand, 1964 [Berlin, Duncker & Humblot, 2002⁴].

¹⁵ José Caamaño Martínez, *El pensamiento jurídico-político de Carl Schmitt*, Santiago de Compostela, Porto y Cía Editores, 1950, la cual muestra entre las páginas 21 y 25 una lista de 91 obras de Schmitt.

¹⁶ Para una lista exhaustiva de las principales obras sobre Schmitt ver la bibliografía de Tommissen citada en la nota 13.

¹⁷ Sobre el ataque contra Schmitt por parte del órgano de las SS, *Das Schwarze Korps* (10 de diciembre de 1936) ver precisamente: Günter Maschke, *Zum “Leviathan von Carl Schmitt”*, epílogo a la nueva edición de *Der Leviathan*, cit., pp. 184 ss.; y sobre lo mismo, “In Irrgarten Carl Schmitts”, en Karl Corino (editor), *Intellektuelle in Bann des Nationalsozialismus*, Hamburg, Hoffman und Campe, 1980, pp. 204 ss.

¹⁸ Se refiere probablemente a “Die deutsche Rechtswissenschaft im Kampf gegen den jüdischen Geist”, en *Deutsche Juristen-Zeitung*, n. 20, 1936, pp. 1193 ss.

partido, sino por una editora que se adaptaba a la situación del momento¹⁹. Era, además, un escrito demasiado crítico, ¿me entiende? Pero yo no quería concederles nada desde el punto de vista científico, no quería escribir con el estilo de un periodista nazi. Es simplemente el problema judío desde el punto de vista de, ¿cómo decirlo?, las auténticas relaciones judaísmo-cristianismo en aquel período crítico que llamo la “guerra civil”, el período de las guerras civiles de religiones. E insisto sobre el problema del Estado. ¿Qué es el Estado moderno? ¿Qué es realmente? La respuesta es un *challenge*²⁰. *Challenge* es la guerra civil vista en su totalidad; *challenge* son las guerras mundiales. Este es un problema al que se responde políticamente: la guerra y el poder, etcétera, etcétera. La obra es por lo tanto el intento de expresarme muy a pesar de la censura total operada por el partido nazi, en donde solo tenía enemigos (por ejemplo, Rosenberg), excluyendo a Göring que fue siempre mi amigo. Me encontré también en contraposición con el partido nazi por el asunto de Röhm del 30 de junio de 1934, en el que fueron asesinadas muchísimas personas²¹. Göring nos protegió siempre y cuando tuvo posibilidad, luego perdió poder. En mi misma posición se encontró también Popitz, que después fue ahorcado en 1945²², y así sucesivamente. Debemos pensar que en un momento similar apareció en 1938 esta obra sobre el *Leviatán* de Tomás Hobbes, impresa en una casa editorial no relacionada con el partido nazi. Actualmente la ha reeditado la Hohenheim de Colonia sin cambiar ni una sola palabra. Recientemente, en la Feria del Libro de Fráncfort, fue publicado un volumen sobre *Carl Schmitt y sus secuaces* [*Carl Schmitt e i suoi seguaci*]²³ donde el editor es un conocidísimo estudioso de origen judío, Jacob Taubes, un hombre extremadamente culto y original. Pero regresemos al argumento principal. En lo que respecta a la nueva edición del *Leviatán* (sobre la cual me dirá), el editor es realmente un hombre fantástico. Dos tercios del volumen son míos y el resto de Maschke, que ha escrito un ensayo con preciosas observaciones. Es un libro maravilloso.

¹⁹ Carl Schmitt publicó en la editorial *Hanseatischen Verlagsanstalt* de Hamburgo: 1) *Staat, Bewegung, Volk*, 1932 (trad. it. *Stato, Movimento, Popolo. Le tre membra dell'unità politica* en Id., *Principi politici del Nazional-socialismo*, Firenze, Sansoni, 1935); 2) *Über die drei Arten des Rechtswissenschaftlichen Denkens*, 1934 (trad. it. parcial: *I tre tipi di pensiero giuridico* en Id., *Le categorie del 'politico'*, cit.); 3) *Staatsgefüge und Zusammenbruch des zweiten Reiches. Der Sieg des Bürgers über die Soldaten*, 1934 (trad. it.: *Compagine statale e crollo del secondo impero. La vittoria del Borghese sopra il soldato*, en Id., *Principii politici del nazional-socialismo*, cit., pp. 109 ss.); 4) *Der Leviathan in der Staatslehre des Thomas Hobbes*, 1938 (trad. it. parcial: Id., “Appendice”, en Mario Tronti (editor), *Stato e rivoluzione in Inghilterra*, Milano, Il Saggiatore, 1977); 5) *Positionen und Begriffe im Kampf mit Weimar-Genf-Versailles, 1923-1939*, 1940.

²⁰ Sobre el argumento ver Schwab, *The challenge of the exception*, cit.

²¹ El 30 de junio de 1934 el capitán Röhm y muchos miembros de las SA fueron asesinados en una localidad de la Alta Baviera. En el ámbito de estas acciones fueron asesinados también los generales Schleicher y Bredow. Brüning y von Papen se salvaron de milagro. Carl Schmitt, que había estado en el círculo de Schleicher, escribió en aquella ocasión en la *Deutsche Juristen-Zeitung* (n. 39, 1934, pp. 945 ss.) un famoso artículo (*Der Führer schützt das Recht. Zur Reichstagsrede Adolf Hitlers vol. 3, Juli, 1934*), publicado nuevamente en *Positionen und Begriffe*, cit. 199 ss. Sobre el episodio ver Golo Mann, *Storia della Germania moderna, 1789-1958*, Firenze, Sansoni, 1964, pp. 564 ss.

²² Johannes Popitz, nació en Leipzig el 2 de diciembre de 1884, murió en Berlín-Plötzensee el 2 de febrero de 1945, jurista y profesor de derecho tributario en Berlín desde 1922, fue colaborador del Ministerio de Hacienda desde 1919, y entre 1924-1929 secretario de Estado. El 1 de noviembre de 1932 se convierte en ministro sin cartera durante el gobierno von Schleicher y comisario del Ministro prusiano de Hacienda. Desde abril de 1933 a julio de 1944 fue ministro de Hacienda prusiano. Cercano al movimiento de resistencia de Beck y Goerdeler, que luego del atentado contra Hitler lo hubieran querido como ministro eclesiástico, fue ajusticiado en febrero de 1945 con sus colaboradores Langbehn y Jessen. Sobre Popitz y sus relaciones con Schmitt, sobre todo en relación al concepto de policracia [*policrazia*], ver Lutz-Arwed Bentin, *Johannes Popitz und Carl Schmitt. Zur wirtschaftlichen Theorie des totalen Staates in Deutschland*, München, Beck, 1972, pp. 88 ss.

²³ Jacob Taubes (editor), *Religionstheorie und politische Theologie*, vol. 1, *Der Fürst dieser Welt. Carl Schmitt und die Folgen*, München-Paderborn-Wien-Zürich, Fink-Schöningh, 1983, 1985.

Sobre el tema del nacionalsocialismo, muchos periodistas vienen a buscarme para preguntarme si era un nazi. Quisiera decirle sobre esto mi punto de vista. Yo he pertenecido al Partido Nacionalsocialista con un carnet cuyo número era el 2.098.860; por lo demás no puedo ser desnazificado porque no puedo ser nazificado²⁴. Así están las cosas, pero cómo quiere que lo comprendan. Los alemanes no son flexibles [*beweglich*]. Los franceses, españoles e italianos lo entienden. Los alemanes están demasiado confundidos. No saben lo que hacen. Usted obviamente conocerá al respecto el libro *El proceso*, de Joseph Kafka; de hecho, para ser exacto, de Franz Kafka...

LANCHESTER Sí, en Alemania hay un gran control social.

SCHMITT No, muy ingenuamente creen que están actuando bien; pero no saben lo que hacen. Los alemanes tienen poco sentido de la ironía. Poseen un cierto tipo de ironía. Una gran parte de ellos fue marginada. Quisiera decir que son como el héroe de la novela de Kafka en *El proceso*, para quien la situación se vuelve cada vez peor y siempre peor en todas partes. Es una de las novelas más geniales que existen en toda la historia. Pero que un pueblo entero se haya reducido a estas condiciones... Y que un judío haya podido escribir sobre estas cosas después de la Primera Guerra Mundial...

LANCHESTER Profesor, sobre este punto me parece oportuno profundizar sobre algunos aspectos menos conocidos de su obra y su biografía. En general —lo ha observado usted anteriormente— no han sido suficientemente analizados ni su período inicial ni su período más maduro después de la Segunda Guerra Mundial. ¿Podría decirnos algo al respecto?

SCHMITT Hay dos asuntos sobre los cuales ahora quisiera centrarme. *Der Besiegte schreibt die Geschichte* [*sic*, el vencido escribe la historia] y luego *Apropiación/Partición/Aparentamiento* [*Nehmen/Teilen/Weiden*]. ¿Los conoce? ¿Y el *Nomos*?²⁵

LANCHESTER: Sí, por supuesto.

SCHMITT Sobre el tema del *nomos* quisiera decirle algo en modo sucinto. Yo encuentro que la más grande desgracia histórico-intelectual de la civilización occidental está en el intercambio entre *Norm* y *nomos*. Todo esto incluso también en Kelsen. A propósito de Kelsen²⁶, yo lo conocí personalmente y existen cartas donde él afirma que me quería en Colonia con él. Con Kelsen yo fui extremadamente correcto [*kollegial*]. Existe una correspondencia sobre este asunto. Luego él emigró de pronto de Alemania y en seguida perdimos el contacto. Cuando llegué a Colonia, Kelsen ya se había marchado. Para él fue todo ilegal, para mí, por el contrario, todo fue normal. Fin del asunto. Yo no he afirmado nunca que él era mi competidor. Kelsen no se reencontró conmigo jamás. Él era un neokantiano, un neokantiano

²⁴ Sobre Schmitt en el período nazi ver el ensayo de Maschke, “Im Irrgaten Carl Schmitts”, cit., pp. 204 ss.

²⁵ Ver Carl Schmitt, “Nehmen/Teilen/Weiden. Ein Versuch, die Grundfragen jeder Sozial- und Wirtschaftsordnung von NOMOS her richtig zu stellen”, en *Gemeinschaft und Politik. Zeitschrift für soziale und politische Gestaltung*, n. 3, 1953, pp. 18 ss., luego en Id., *Verfassungsrechtliche Aufsätze*, cit., pp. 489 ss. (trad. It.: *Appropriazione/Divisione/Produzione*, en Id., *Le categorie del ‘politico’*, cit., pp. 293 ss.), y Id., *Der Nomos der Erde*, Berlin, Duncker & Humblot, 1974, 2ª ed. (sobre el *nomos* véanse pp. 13 ss.).

²⁶ En 1931 Kelsen publicó un ensayo sobre *Wer soll der Hüter der Verfassung sein?*, Berlin-Grünwald, Rothschild, con referencia al libro de Carl Schmitt, *Der Hüter der Verfassung*, Tübingen, Mohr (Siebeck), 1931 (1969) (trad. it.: *Il Custode della Costituzione*, Milano, Giuffrè, 1981), ya publicado en 1929 en el *Archiv des öffentlichen Rechts*, n. 2, pp. 161 ss. Sobre el tema de Schmitt ver: *Das Reichsgericht als Hüter der Verfassung*, en Otto Schreiber (editor), *Die Reichsgerichtspraxis im deutschen Rechtsleben*, Berlin, De Gruyter, 1929, pp. 108 ss., republicado en los *Verfassungsrechtliche Aufsätze*, cit., pp. 63 ss. Sobre la relación Kelsen-Schmitt ver Paolo Petta, “Schmitt, Kelsen e il ‘custode della Costituzione’”, en *Storia e politica*, n. 4, 1977, pp. 514 ss.

al cien por ciento. Esta orientación científica, se puede decir, la conozco de memoria. En mi fase formativa la he estudiado con muchos profesores. Debe saber también que durante mis estudios participé del seminario para docentes [*Dozenten Seminar*] de Max Weber, profesor severísimo²⁷.

El seminario estaba muy bien hecho, pero podía suceder que al cabo de una hora en la que estábamos entretenidos con él, Weber decidiese expulsarte de clase de muy malos modos. No me pasó a mí, pero vi que lo hizo con una estudiante muy linda que le había respondido de manera no pertinente. Pero continuando con el clima intelectual de entonces, todo era demasiado, tanto que mi disertación *Über Schuld und Schuldarten*²⁸ se pronunció en contra de Gustav Radbruch²⁹, el liberal Gustav Radbruch. Se debería leer este trabajo hoy en día. Desde las primeras páginas hay una polémica con Radbruch. Espere que se la muestro; desde las primeras páginas cito a Radbruch. Y estamos en 1910. En aquél entonces yo decía bromeando: *Homo homini Radbruch*. Esto de hecho es muy gracioso, ¿cierto? Pero quisiera mostrarle el libro, porque probablemente ha escuchado hablar de él, pero no lo ha visto. Karl Binding³⁰, el gran jurista, neoromántico y penalista que le dedica una larga reseña. No lo volví a ver personalmente. Binding era un jurista positivista, con todo lo que ello conlleva, pero era un gran erudito. En este volumen conjunto recopilé mis obras de juventud³¹. He aquí mi primera obra llena ya de intuiciones: *Schuld und Schuldarten*, mi primera culpa. Como ve el nombre Radbruch está en el texto. Aquí, aquí, y luego en todas partes. Radbruch, el viejo Radbruch.

²⁷ Sobre las relaciones entre Schmitt y Weber ver sucintamente Helmut Fegt, *Max Weber und die Soziologie der Weimarer Republik: Aussenseiter oder Gründvater*, en Mario Rainer Lepsius (editor), *Soziologie in Deutschland und Österreich 1918-1945. Materialien zur Entwicklung, Emigration und Wirkungsgeschichte*, Opladen Westdeutscher Verlag, 1981, pp. 245 ss., y A. Bolaffi, "Storia di un incontro", en *Il centauro*, n. 5, 1982, pp. 189 ss.

²⁸ Schmitt, *Über Schuld und Schuldarten*, Breslau, Schletter, 1910.

²⁹ Gustav Radbruch nació en Lübeck el 21 de noviembre de 1878 y murió en Heidelberg el 23 de noviembre de 1949. Filósofo del derecho, penalista y político. Profesor en Königsberg, Kiel y Heidelberg. Diputado del Partido Socialdemócrata alemán en el Reichstag, fue ministro de Justicia entre 1921-1922 y luego en 1923. Entre sus obras se encuentran: 1) *Einführung in die Rechtswissenschaft*, Leipzig, Quelle & Meyer, 1929; 2) *Rechtsphilosophie*, Leipzig, Quelle & Meyer, 1932.

³⁰ Karl Binding, nacido en Frankfurt el 4 de junio de 1841 y fallecido en Friburgo el 7 de abril de 1920. Penalista, profesor en Basilea, Friburgo, Estrasburgo y entre 1873-1913 en Leipzig. Obras principales: 1) *Strafrechtliche und Strafprozessuale Abhandlungen*, München, Duncker & Humblot, 1915; 2 vol.; 2) *Zum Werden und Leben der Staaten*, München-Leipzig, Duncker & Humblot, 1920; 3) *Die Normen und ihre Übertretung: Eine Untersuchung über die rechtmässige Handlung und die Arten des Delikts*, Leipzig, Meiner, 1872-1920, 4 vol.; 4) *Die Schuld im deutschen Strafrecht. Vorsatz, Irrtum, Fahrlässigkeit: kurzes Lehrbuch*, Leipzig, Meiner, 1919. En la glosa n. 3 de *Die Lage der europäischen Rechtswissenschaft*, cit. pp. 428 ss., Schmitt habla de Binding y de sus críticas a *Über Schuld und Schuldarten*, por no haber profundizado en las relaciones entre Savigny y Hegel y, sobre todo, el derecho penal hegeliano (p. 428). Sobre Binding ver también el mismo ensayo en las pp. 403 y 405.

³¹ El libro en posesión del profesor Schmitt recopila sus siguientes obras publicadas entre 1910 y 1919: 1) *Über Schuld und Schuldarten*, cit.; 2) "Über Tatbestandsmässigkeit und Rechtswidrigkeit des kunstgerechten operativen Eingriffs", en *Zeitschrift für die gesamte Strafrechtswissenschaft*, n. 31, 1910, pp. 467 ss.; 3) *Gesetz und Urteil*, Berlin, Otto Liebmann, 1912; 4) "Schopenhauers Rechtsphilosophie ausserhalb seines philosophischen Systems", en *Monatsschrift für Kriminalpsychologie und Strafrechtsreform*, n. 10, 1913, pp. 20 ss.; 5) "Einleitung zu einer Untersuchung der Bedeutung des Gewohnheitsrechts im Strafrecht", en *Zeitschrift für die gesamte Strafrechtswissenschaft*, 1914-1915; 6) "Die Einwirkungen des Kriegszustandes auf das ordentliche strafprozessuale Verfahren", en *Zeitschrift für die gesamte Strafrechtswissenschaft*, n. 38, 1916, pp. 783 ss.; 7) "Diktatur und Belagerungszustand: Eine staatsrechtliche Studie", en *Zeitschrift für die gesamte Strafrechtswissenschaft*, n. 38, 1916, pp. 148 ss.; 8) *Der Wert des Staates und die Bedeutung des einzelnen*, Hellerau, Hellerauer Verlag, 1917 (nota de Schmitt a lápiz: Mohr, Tübingen, 1914); 9) *Politische Romantik*, München-Leipzig, Duncker & Humblot, 1919.

Usted sabe perfectamente hasta qué punto este era partidario de una ciencia axiológicamente neutral.

LANCHESTER Era un positivista y un relativista.

SCHMITT Así que hablábamos de Radbruch y le mencionaba mi frase *Homo homini Radbruch*. La ha visto con sus propios ojos. Esta fue una bella disertación que obtuvo la *summa cum laude* en Estrasburgo, una universidad que en aquella época era alemana. En Alsacia, como le decía, yo tenía muchos parientes.

LANCHESTER ¿Entonces usted conoció a Redslob³²?

SCHMITT Sí, y bastante bien. Andábamos casi siempre juntos. Y Redslob siguió mi propio itinerario científico: del derecho penal al derecho constitucional. En la práctica yo comencé en el derecho penal, donde sustenté una bella disertación de puro derecho penal (al cien por ciento). Para mi maestro³³ escribí de derecho penal: por ejemplo, sobre el tema de *nulla poena sine lege*, que no obstante se relaciona también con el derecho constitucional. De modo que, como le estaba diciendo, Redslob fue quizás un precursor. Durante la Primera Guerra Mundial, Redslob fue primero a Rostock y luego se convirtió en profesor de derecho constitucional en Estrasburgo, permaneciendo allí. Durante la Segunda Guerra Mundial, los alemanes retornan a Alsacia-Lorena y expulsan, naturalmente, a los franceses... Pero entonces, lo repito por segunda vez, yo hice el mismo itinerario de Redslob. Esto es de gran importancia y podría traerle como ejemplos muchos ensayos sobre temas de acuciante actualidad. Estos problemas aún no han sido resueltos, como por ejemplo el *nulla poena* y tantos otros. Pero usted, en las preguntas escritas, me solicitaba también mis apreciaciones sobre el pensamiento constitucionalista francés e italiano. Hauriou, al igual que Santi Romano, son mis maestros.

LANCHESTER Había notado su referencia a Hauriou y Santi Romano en el ensayo *Über die drei Arten...*³⁴ Pero esta afirmación en la que usted se declara ser un discípulo de ellos es muy importante. ¿Le gustaría precisarla?

SCHMITT Sí, quizás en vez de maestros es más oportuno decir predecesores. Y bien, debe saber que Hauriou fue introducido en Alemania después de la Primera Guerra Mundial. La doctrina alemana del período imperial había pasado completamente por alto la constitu-

³² Robert Redslob, nació en Estrasburgo el 3 de febrero de 1882, fue docente contratado en esta universidad en 1919 y luego profesor de Derecho público en la universidad de Rostock en 1913. Desde 1918 enseñó Derecho internacional público en la Universidad de Estrasburgo. Obras principales: 1) *Versuch und Vorbereitung auf der Grundlage des deutschen und französischen Strafrechts*, Breslau, Schletter, 1908; 2) *Die persönlichen Eigenschaften und Verhältnisse: welche die Strafbarkeit erhöhen oder vermindern, dargestellt nach deutschen und französischen Recht*, Breslau, Schletter, 1909; 3) *Die Staatstheorien der französischen Nationalversammlung von 1789*, Leipzig, Veit, 1912; 4) *Abhängige Länder*, Leipzig, Veit, 1914; 5) *Das Problem des Völkerrechts*, Leipzig, Veit, 1917; 6) *Die parlamentarische Regierung in ihrer wahren und in ihrer unechten Form*, Tübingen, Mohr, 1918 (ed. francesa: *Le régime parlementaire*, Paris, Giard, 1924); 7) *Histoire des grands principes du droit des gens depuis l'antiquité jusqu'à la veille de la Grande Guerre*, Paris, Rousseau, 1923; 8) *Théorie de la Société des Nations*, Paris, Rousseau, 1927; 9) *Le principe des nationalités*, Paris, Recueil Sirey, 1930.

³³ El maestro al cual Carl Schmitt se refiere es el profesor Fritz van Calker, con quien discute su disertación en 1910 y a quien le dedica *Gesetz und Urteil*, cit. El profesor van Calker fue docente contratado en Halle, profesor en la misma universidad, profesor extraordinario en Estrasburgo desde 1896 y luego en Múnich (1919). Obras principales: 1) *Das Recht des Militärs zum administrativen Waffengebrauch*, München, Ackermann's Verlag, 1888; 2) *Die Strafrechtliche Verantwortlichkeit für auf Befehl begangene Handlungen, insbesondere nach Militärs Strafrecht*, München, Oldenburg, 1891; 3) *Die Delikte gegen das Urheberrecht nach deutschem Reichsrecht*, Halle, Niemeyer, 1894; 4) *Strafrecht und Ethik*, Leipzig, Duncker & Humblot, 1897; 5) *Grundriss des Strafrechts*, München, Schweitzer, 1916.

³⁴ Schmitt, *Über die drei Arten des rechtswissenschaftlichen Denkens*, cit.

ción francesa. En el ámbito del derecho constitucional constituía una cuestión de honor que el derecho constitucional fuese solo alemán. Otto Mayer³⁵, el administrativista, que había estado en Estrasburgo, refutaba el constitucionalismo francés y consideraba también al bávaro como anti-alemán. Un contexto similar explica mi itinerario; yo vengo del derecho penal y debí reconocer que incluso este tiene una dimensión constitucional. ¿Me sigue usted?, los penalistas son así de positivistas, siendo unos puros normativistas. Pero ellos intercambian *Norm* con *nomos*. Al respecto (retomando el hilo de lo que afirmé hace poco), le quiero escribir una frase en griego. Una frase de la *Odisea*: *pollón d'anthrōpōn iden astea kai nomon egnō*. Es el tercer verso de la *Odisea*. Al inicio, de hecho al inicio: *kai nomon egnō*. Muchos, además de expertos filólogos, se han ocupado de este problema.

LANCHESTER Y es usted también un gran filólogo.

SCHMITT Los filólogos han discutido durante cien años sobre la interpretación de este verso. Créame, sin embargo, que este no es solo un problema de tipo heurístico. Se trata en cambio, de un tema de extrema importancia para la teoría jurídica y constitucional. Existe una glosa en la que se encuentra la lección *kai nomon egnō*. Sobre temas similares trabajo con ahínco desde hace mucho tiempo. El contenido es en realidad de mucho interés. *Kai nomon egnō*; ¿cuál es el significado de *nomos*? El problema es filológico. *Nomos* deriva de *nemein* que significa tomar [*prender*], del cual se deriva *Norm*. Y así sucesivamente. He dedicado algunos de mis trabajos a este asunto³⁶. Pero subsiste el problema lingüístico. *Nomos* significa también *weiden* [apacentar]. ¿Cómo traducen en italiano *weiden*?

LANCHESTER La discusión italiana acerca del significado del término *weiden* tal vez se aparta de su interpretación³⁷.

SCHMITT En cualquier caso, en francés significa «partager» [repartir/dividir]. Por ejemplo, «die Nahme» [*la presa*] existe también en el derecho bélico marítimo: la buena presa. Ello se dice también para la captura de una ciudad o de una mujer. Sobre el tema escribí, entre otras cosas, una monografía titulada *Nomos/Nahmen/Name*. Si tuviese que ser publicado en italiano algo más de mi autoría, me parecería interesante este ensayo especializado que se publicó en honor a Przywara. La primera parte podría incluso omitirse, puesto que se trata en realidad de una *laudatio*. Usted que conoce muy bien el alemán, puede darse cuenta de ello. Esta es mi copia personal. Fue publicada en una pequeña casa editorial, la Glock de Núremberg. Una distinguida casa editora de inspiración católica.

A propósito del lema *kai nomon egnō*, lo he hecho escribir en todas partes, incluso en pañuelos; tanto así que mis familiares se burlaban de mí por lo de *kai nomon egnō*. Bromeamos mucho sobre ello. Hasta mi ama de llaves compuso dicho lema con clavos sobre madera. Todo esto puede parecer una estupidez, pero cuando se envejece nos enamoramos de esta clase de

³⁵ Otto Mayer, nació en Fürth el 29 de marzo de 1846 y murió en Heidelberg el 8 de agosto de 1924. Abogado en Mulhouse (Alsacia) desde 1871, conferenciante en Estrasburgo en 1881, fue profesor de derecho administrativo en la misma universidad desde 1882 y en Leipzig desde 1903. Obras principales: 1) *Die Justa Causa bei Tradition und Usukapion*, Erlangen, Besold, 1871; 2) *Theorie des französischen Verwaltungsrechtes*, Straßburg, Trübner, 1886; 3) *Deutsches Verwaltungsrecht*, Leipzig, Duncker & Humblot, 2 vol., 1895-1896; 4) *Justiz und Verwaltung*, Straßburg, Heitz, 1902; 5) *Schiffahrtsabgaben*, 2 tt., Tübingen, Mohr, 1907-1910.

³⁶ Ver Schmitt, *Der Nomos der Erde*, cit., pp. 13 ss.; “Nehmen/Teilen/Weiden”, cit., pp. 489 ss.; “Nomos/Nahme/Name”, en Siegfried Behn (editor), *Der beständige Aufbruch. Festschrift für Erich Przywara s.J.*, Nürnberg, Glock und Lutz, 1959, pp. 92 ss.

³⁷ Véase a este propósito la nota del editor de la edición italiana del ensayo *Appropriazione/Divisione/Produzione*, cit., p. 295.

cosas. Y es bueno que se sepan estas cosas mías y personales. Pero sigamos. Anote el nombre d'Ors. Álvaro d'Ors es un querido amigo mío, estudioso del Derecho romano, profesor en la universidad española de Pamplona y miembro del Opus Dei. Él ha sostenido, precisamente, que la traducción realizada por Cicerón del término griego *nomos* por la palabra latina *lex*, constituye una verdadera desgracia³⁸. Wieacker³⁹, un excelente romanista del Derecho, ironiza un poco sobre ello diciendo que d'Ors es un «hidalgo» [«Kavalier»]. Pero en mi opinión, d'Ors es más rico en ideas que Wieacker. Posee una mayor originalidad y por eso lo encuentro provocador. No obstante, Wieacker tiene un excelente estilo y es un jurista de primera clase. D'Ors, cuyo padre era el famoso escritor catalán Eugenio⁴⁰, planteó problemas muy originales: por ejemplo, sobre el acuartelamiento romano durante los desplazamientos masivos de la población. Los romanos acuartelaban a los germanos, a los suevos y a los burgundios aquí, en una casa⁴¹... Sobre todo esto existe una estupenda bibliografía. Piense cómo toda esta problemática sobre el acuartelamiento reviste cuestiones de candente actualidad, incluso, por ejemplo, en la perspectiva del derecho laboral. D'Ors es un jurista tan original que ha sido capaz de hacer un descubrimiento con el establecimiento de paralelos entre acuartelamiento y los problemas modernos del Derecho laboral: verbigracia, el intercambio de trabajadores cualificados. En ese ámbito hay paralelismos sorprendentes y, sin embargo, los típicos estudiosos positivistas no han sido capaces de notar estas analogías. Estos no han comprendido que las raíces de este fenómeno existen ya en el derecho romano en relación con los movimientos de las poblaciones. Que hoy existan estas conexiones es realmente excitante.

LANCHESTER En este punto me gustaría mover la discusión hacia el tema de las instituciones. Por cierto, tengo aquí algunas de sus intervenciones sobre el parlamentarismo. Por ejemplo, *La situación histórica espiritual del parlamentarismo actual* [*Die geistesgeschichtliche Lage des heutigen Parlamentarismus*] y *Plebiscito y Referéndum* [*Volksentscheid und Volksbegehren*]⁴².

SCHMITT Del primer volumen existe una nueva edición completamente idéntica a la original. Pero aún puedo decirle algo más sobre el tema del *parlamentarismo*. En 1933 estuve

³⁸ Álvaro d'Ors, nacido en Barcelona en 1916. Profesor ordinario de Derecho romano en la Universidad de Santiago de Compostela. Obras principales: 1) *Presupuestos críticos para el estudio del Derecho romano*, Salamanca, Colegio Trilingüe de la Universidad, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1943; 2) *Epigrafía jurídica de la España romana*, Madrid, Ministerio de Justicia y Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1953. Sobre la relación entre *nomos* y *lex* ver: Álvaro d'Ors, *De la guerra y de la paz*, Madrid, Rialp, 1954, p. 160, y la observación de Carl Schmitt en las glosas sobre *Die Lage der europäischen Rechtswissenschaft*, Tübingen, Internationaler Universitätsverlag y "Nomos/Teilen/Weiden", cit., pp. 495 y 502.

³⁹ Franz Wieacker, nacido en Stargard (Polonia) el 5 de agosto de 1903, docente libre en Friburgo (1930), fue profesor de Derecho romano en Leipzig (1937), Gotinga (1946), Friburgo (1949) y luego de nuevo en Gotinga (1953). Obras principales: 1) *Lex commissoria*, Berlín, Springer, 1932; 2) *Societas*, Weimar, Böhlau, 1936; 3) *Bodenrecht*, Hamburgo, Hanseatische Verlagsanstalt, 1938; 4) *Gründer und Bewahrer*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1959.

⁴⁰ Eugenio d'Ors y Rovira, nacido en Barcelona el 28 de octubre de 1882, muerto el 25 de octubre de 1954 en Villanueva y Geltrú (Barcelona). Profesor de Historia de la cultura en la Escuela social de Madrid, fue uno de los más brillantes y polidécricos pensadores españoles de este siglo. Sobre él, ver José Luis López Aranguren, *La filosofía di Eugenio d'Ors*, Milano, Bompiani, 1953.

⁴¹ El concepto de acuartelamiento tiene sus raíces en la guerra de los Treinta Años y describe los alojamientos de tropas en casas particulares.

⁴² Carl Schmitt, *Die geistesgeschichtliche Lage des heutigen Parlamentarismus*, München-Leipzig, Duncker & Humblot, 1923, 1926 [trad. it.: *La condizione storico-spirituale dell'odierno parlamentarismo*, Torino, Giappichelli, 2004], y Id., *Volksentscheid und Volksbegehren: Ein Beitrag zur Auslegung der Weimarer Verfassung und zur Lehre von der unmittelbaren Demokratie*, Berlin-Leipzig, De Gruyter, 1927 [trad. ital.: *Referendum e iniziativa popolare*, en Id., *Democrazia e liberalismo*, Milano, Giuffrè, 2001].

en la Escuela de Altos Estudios Mercantiles [*Handelshochschule*] de Berlín⁴³ y con un colega, un judío, mi buen amigo, Moritz Julius Bonn⁴⁴, que luego emigró a Gran Bretaña, doctoramos a una jovencita que se llamaba Kendziora, una católica polaca, muy católica. La obra de Kendziora, en mi opinión, es sin lugar a dudas el mejor trabajo sobre el liberalismo; es un trabajo de primera calidad. La jovencita, lamentablemente, terminó en un convento. Era una polaca de la Alta Silesia. En el año 1933, ella fue mi mejor alumna y escribió esta tesis sobre el *Concepto de partido político en el sistema del liberalismo político* [*Der Begriff der politischen Partei im System des politischen Liberalismus*]⁴⁵.

Esta obra contiene todo: desde Max Weber hasta... En pocas palabras, es un libro clave, una obra aún relevante para la situación actual. Este trabajo, a mi parecer, constituye algo insólito. Si usted, entonces, me preguntase cuál sería para mí el mejor trabajo sobre el liberalismo, le respondería que en este volumen está todo: sobre Genscher y las desgracias de todo el liberalismo alemán. Incluso si no se es liberal, es un libro increíble... Se pueden observar los mismos hechos denunciados en el periodismo de hoy: ¿de esta manera muere el liberalismo! Sí, ¡así muere el liberalismo! Dios mío, ¡y aquí está todo...! Y fue escrito en 1933⁴⁶. Además, con un codirector de tesis de origen judío: Moritz Julius Bonn. Sí, mi estimado, fue fantástico. Pero ahora le explico una cosa más. Para mí lo liberal es, simplemente, una cuestión de temperamento. Existe el liberal como existe el colérico. Es, en pocas palabras, una dualidad del carácter, una forma antropológica. Yo soy un hombre liberal; no conozco a alguien con mejor tolerancia que la mía, y así... Pero si esto deviene un partido, será una desgracia. Si esto se transforma en un partido, en el sentido totalitario del término, ello constituye una desgracia tanto para los liberales como para los demás. Esta es mi tesis sobre el tema. Mi temperamento liberal es superior al de todas las personas que he conocido. El codirector de la mencionada tesis, Moritz Julius Bonn, es judío y amigo mío, mientras que la Kendziora era católica y polaca.

⁴³ En 1928, Carl Schmitt es llamado a ocupar, en la *Handelshochschule* de Berlín, la cátedra ya ocupada por Hugo Preuss. Sobre la obra del padre de la Constitución de Weimar, y su predecesor en el magisterio berlinés, Schmitt tiene una importante conferencia realizada en enero de 1930, que luego fue publicada con el título *Hugo Preuss. Sein Staatsbegriff und seine Stellung in der deutschen Staatslehre*, Tübingen, Mohr, 1930 [trad. ital.: *Hugo Preuss e la dottrina tedesca dello Stato*, en Id., *Democrazia e liberalismo*, Milano, Giuffrè, 2001].

⁴⁴ Moritz Julius Bonn. Nacido en Fráncfort el 28 de junio de 1873. Fue profesor en Múnich desde 1905 hasta 1910. Director de la *Handelshochschule* de Múnich desde 1910 hasta 1920, fue transferido a la *Handelshochschule* de Berlín, donde enseñó hasta 1933 y fue rector en el período 1931-1933. Emigró después del ascenso del nazismo y fue conferenciante [*lecturer*] en la London School of Economics desde 1933 hasta 1938, profesor visitante [*visiting professor*] en los Estados Unidos desde 1940 hasta 1944, donde estuvo con anterioridad entre los años 1914 y 1916 y en el año 1935. Entre los años 1921-1922 fue experto para la recomposición del gobierno alemán. Obras principales: 1) *Amerika als Feind*, München-Berlin, Müller, 1917; 2) *Irland und die irische Frage*, München-Leipzig, Duncker & Humblot, 1919; 3) *Die Auflösung des modernen Staats*, Berlin, Verlag für Politik und Wirtschaft, 1921; 4) *Die Krisis der europäischen Demokratie*, Karlsruhe, Braun, 1925; 5) *Amerika und sein Problem*, München, Meyer & Jessen, 1925; 6) *Befreiungspolitik oder Beleihungspolitik?*, Berlin, Fischer, 1930; 7) *Das Schicksal des deutschen Kapitalismus*, Berlin, Fischer, 1928; 8) *The crumbling of empire. The disintegration of the world economy*, London, Allen & Unwin, 1938; 9) *Whither Europe. Union or partnership?*, London, Cohen & West, 1952. Sobre Bonn, véanse las amplias referencias en Schmitt, *Die geistesgeschichtliche Lage*, cit.

⁴⁵ Johanna Kendziora. *Der Begriff der politischen Partei im System des politischen Liberalismus*, Dissertation zur Erlangung der Würde eines Doktors der Wirtschaftswissenschaften (Dr. oec.) dem Akademischen Senat der *Handelshochschule*, Berlin, Buch und Kunstdruckerei, Wilh. Postberg, Bottrop i. W., 1935.

⁴⁶ En la advertencia de la p. III del trabajo de Johanna Kendziora, se especifica que «el manuscrito de la presente obra fue concluido el 6 de enero de 1933. Varias circunstancias han retrasado su impresión. Mientras tanto, en Alemania, la realidad política afrontó las consecuencias de la tesis sobre los partidos y el Estado de partidos formuladas en este trabajo».

LANCHESTER La leeré con atención.

SCHMITT Estoy particularmente ansioso de escuchar su opinión. No sé ni siquiera si Kendziora vivirá todavía. Toda la Handelshochschule permaneció en Berlín Oriental y no dejan entrar a nadie. Por ejemplo, no puedo obtener fotocopias de todos los documentos que me llaman la atención; incluso los historiadores del Derecho deben obtener un permiso especial. Esto usted debe saberlo. A causa de ello, no sé dónde puede estar Kendziora; no la veo desde hace más de cuarenta, cincuenta años; quizá esté viva o, quizá, posiblemente, ya esté muerta.

LANCHESTER El volumen me parece muy interesante, incluso con solo una rápida mirada al índice.

SCHMITT ¡Sí, es excelente! Mire incluso la formulación de las preguntas. Qué es libre elección desde el punto de vista liberal: libre de constricciones formales, morales, libre de valores⁴⁷. Al respecto, insisto, respaldo con mi nombre que este es un trabajo de primera categoría y una rara monografía científica sobre el liberalismo. Se comprende todo a través de ella, toda la desventura del liberalismo. Le refrendo, los liberales me parecen todos muy simpáticos y pienso incluso que usted sería un liberal por naturaleza. También yo soy liberal. ¿Pero qué significa ello? ¿Qué sucede entonces? Aquí está el Estado, el famoso Estado. Con esto usted no puede encontrar una solución, pero el Estado se está cayendo a pedazos. La época del Estado está terminando...

LANCHESTER Bien, pero permanezcamos en los temas de la actualidad. ¿Considera que la *Bundesrepublik Deutschland* ha sido bien gobernada? ¿Encuentra que las instituciones alemanas han dado buena prueba de buen gobierno?

SCHMITT ¡Ah sí! Quisiera decirle algo. En mi opinión los alemanes no poseen capacidad constitucional. No saben hacer constituciones. Los alemanes comparten su naturaleza con la Gran Bretaña, de la cual son afines, así como los italianos se sienten descendientes de los romanos. Por lo demás, en Alemania ya no hay un verdadero parlamento. Basta solo pensar en el problema de la incompatibilidad. El 60-70% de los diputados del Bundestag en Alemania son, al mismo tiempo, expresiones de los sindicatos y, por tanto, por incompatibilidad deberían renunciar al Parlamento. Hay, en cambio, una mezcla total. Esta es total. No hay una Constitución, existe más bien la descomposición total de una Constitución.

Cambiando de tema, ha retornado a la actualidad mi teoría de la disolución del Parlamento. En este periodo el problema llama nuevamente la atención.

LANCHESTER ¿Y cuál es su opinión sobre la situación actual?

SCHMITT Sobre ese tema, solo puedo hacer referencia a mi ensayo sobre la disolución, publicado en *Verfassungsrechtliche Aufsätze*⁴⁸. Si se lee hoy aquel ensayo en relación a la situación actual de la República Federal de Alemania, es más que pertinente. Y solo son dos páginas. Se trata del primer ensayo de los *Verfassungsrechtliche Aufsätze*, dos páginas de 1924. Si este libro tuviera que publicarse en Italia, recomendaría darle este subtítulo: *Materiales para una doctrina de la Constitución*. Los derechos sobre *Verfassungslehre* ya los ha adquirido una casa editorial.

⁴⁷ El profesor Schmitt se refiere en este caso a la tercera parte del trabajo de la Kendziora, titulado "Das Moment der freien Werbung", pp. 42 ss.

⁴⁸ *Reichstagaufösungen*: a) *Nochmalige Reichstagaufösungen*, en Id. *Verfassungsrechtliche Aufsätze*, Berlin, Duncker & Humblot, 1958, pp. 13 ss.

LANCHESTER Sí, la casa editorial Giuffrè, pero todavía no ha sido publicada.

SCHMITT La *Verfassungslehre*⁴⁹ es indispensable. De hecho, en los países occidentales no existe otra teoría de la Constitución. Mi sistema constitucional pertenece al tipo liberal-democrático del siglo XIX. El fundamento de toda la obra está, a diferencia de otras de enfoque angloamericano, en el poder constituyente [*pouvoir constituant*]. Estoy realmente interesado en conocer su opinión al respecto. Me deberá escribir sobre todo ello. Pero es extraña esta demora en la traducción de la *Verfassungslehre*. No la han traducido ni al francés. No obstante, me hizo muy feliz que el profesor Capitant⁵⁰, cercano a De Gaulle, me haya visitado hasta en cuatro ocasiones por el tema de la reforma constitucional. Todo el artículo 16 de la Constitución francesa de 1958, sobre el estado de excepción [*Ausnahmenszustand*], se relaciona, en modo muy cercano, a la interpretación que he proporcionado del artículo 48 de la Constitución de Weimar sobre el estado de excepción⁵¹.

LANCHESTER Correcto, pero se podría hacer también un paralelo con la Constitución de Bonn.

SCHMITT Déjeme que le explique. Mi teoría sobre el estado de excepción tiene su origen en la Primera Guerra Mundial. Yo fui oficial durante aquél conflicto y en 1915 sufrí un grave accidente, por lo cual, consecuentemente, me asignaron por tres años al Cuartel General Bávaro en Múnich.

LANCHESTER Sí, leí algo sobre este episodio en el volumen de Schwab⁵².

SCHMITT En aquella ocasión me asignaron a la *Oficina P* [*Abteilung P*], que se ocupaba de los problemas de la prensa, la política y la policía. Allí fui funcionario adscrito al estado de sitio; los bávaros en aquél período tenían un propio derecho para el estado de excepción⁵³. El estado de excepción prusiano se extendía por toda Alemania; mientras que los bávaros tenían uno de tipo particular. He sido jefe de negociado en la oficina del estado de sitio que durante cuatro años gobierna la Alta Baviera.

LANCHESTER De modo que sus trabajos sobre la dictadura y el estado de excepción nacieron de esta experiencia⁵⁴.

⁴⁹ Schmitt, *Verfassungslehre*, München-Leipzig, Duncker & Humblot, 1928

⁵⁰ René Capitant, nacido el 19 de agosto de 1901 en La Tronche (Isère). Murió el 23 de mayo de 1970 en Suresnes, hijo del gran civilista Henri, fue profesor de Derecho público en Estrasburgo (1930), Argel (1941), París (1951) y ministro de Educación Nacional (1944-1945) y de Justicia (1968-1969). Sobre su biografía y obras ver el número especial de «Espoir», n. 36, 1981, dedicado a «R. Capitant 1901-1970». Acerca de la influencia de Capitant sobre De Gaulle, ver: Jean Touchard, *Le Gaullisme, 1940-1969*, Paris, Seuil, 1978, pp. 124 ss. y 235 ss. Sobre el artículo 16 de la Constitución francesa de 1953, ver el comentario de Jean Chatelain en: François Luchaire y Gérard Conac (editores), *La Constitution de la République française. Analyses et commentaires*, Paris, Economica, 1979, pp. 335 ss. Sobre una mención importante de De Gaulle al artículo 16, revisar: *Memorie della Speranza. Il Rinnovamento: 1958-1962*, Milano, Rizzoli, 1970, pp. 30 y 248.

⁵¹ Schmitt, *Verfassungslehre*, cit., pp. III ss., y Id. *Verfassungsrechtliche Aufsätze*, cit., pp. 261 ss. y 319 ss. Para más indicaciones, ver la nota 55. Sobre el problema general de las variaciones y protecciones de la constitución y de la derogación del principio de la separación de poderes, revisar: Giuseppe De Vergottini, *Diritto costituzionale comparato*, Padova, Cedam, 1981, pp. 110 ss.

⁵² Schwab, *The challenge of the exception*, cit.

⁵³ Sobre los problemas del estado de excepción en Alemania durante la Primera Guerra Mundial revisar: Hans Boldt, *Zum Strukturwandel des Ausnahmezustandes im I. Weltkrieg*, en Ernst-Wolfgang Böckenförde (editor), *Moderne deutsche Verfassungsgeschichte (1915-1918)*, Köln, Kiepenheuer & Witsch, 1972, pp. 323 sgg., y Ernst Rudolf Huber, *Deutsche Verfassungsgeschichte seit 1789*, vol. V, *Weltkrieg, Revolution und Reichserneuerung 1914-1919*, Stuttgart, Kohlhammer, 1978, pp. 192 sgg. Sobre el tema en general y con amplia referencia al caso alemán y a Schmitt, quien ha recordado la referencia, consultar: Pietro Giuseppe Grasso, *I problemi giuridici dello «stato d'assedio» nell'ordinamento italiano*, Pavia, Tipografía del Libro, 1959.

⁵⁴ En este período, Carl Schmitt aprobó su examen de habilitación [*Habilitationsprüfung*] en Estrasbur-

SCHMITT Sí, y en aquella posición debí ocuparme de muchos temas: entre otras cosas, me hice cargo también de gestionar los asuntos relacionados con las fábricas de cerveza. Y tuve excelentes amigos en Baviera, donde hay unos juristas excelentes, que todavía me apoyan. Por ejemplo, uno de ellos vino a visitarme hace dos semanas. Aún tengo muchos amigos.

LANCHESTER ¿Qué futuro tiene para usted el parlamentarismo?

SCHMITT No tiene ningún futuro. “C’est un plébiscite de tous les jours, de tous les moments” [Es un plebiscito de todos los días, de cada momento]. Cuando termina uno empieza otro. Con este tipo de información, es decir, con un tipo semejante de información pública, cómo quiere que exista un Parlamento⁵⁵. Es una locura, deberían haber soportado lo que nosotros soportamos. Los italianos tienen raíces más antiguas. Los alemanes contemporáneos nacen, en cambio, del crisol de las guerras civiles de religión de la reforma protestante. Usted lo podrá comprobar. El viejo partido católico, el Partido de Centro [*Zentrum*], era puramente católico. Vuestro partido Democracia Cristiana [*Democrazia Cristiana, DC*] es claramente católico. Pero en nuestro caso, por el contrario, hay por dentro un latente sentimiento anti-católico [*anti-römischer Affekt*]. La primera pregunta cuando apareció Hitler fue: ¿es católico o no? Si hubiese sido católico, hubiese sido un fracaso.

LANCHESTER Y sobre las relaciones entre el Estado y la Iglesia, ¿qué podría decirme?

SCHMITT Es un tema interesante. La Iglesia católica de Estado. Cuando un Estado establece un concordato, entonces tiene ya una Iglesia de Estado, en caso contrario el concordato no tendría ningún sentido. ¿Me sigue? La iglesia reconoce al Estado y el Estado a la Iglesia. Se reconocen en suma recíprocamente. Esta es la irracionalidad del concordato. Los franceses no tienen concordato, en la medida en que tienen un poder [*pouvoir*] neutral. La incompatibilidad de un concordato. Ustedes tienen un concordato, ¿no es cierto?

LANCHESTER Sí, los llamados *Patti Lateranensi* de 1929.

SCHMITT El famoso concordato de Mussolini y el cardenal Gasparri. Sobre esto quisiera decirle algo, pues considero que hablo con una persona culta. En el Evangelio, Cristo muere por su condena; hoy, en cambio, se estipularía un concordato con sus verdugos. En este sentido, el papa desearía establecer un concordato con los rusos. ¿Qué quiere decir esto! He escrito un ensayo sobre la *Tiranía de los valores*. ¿Lo ha leído?

LANCHESTER Sí, en Italia se publicó en la *Rassegna di Diritto Pubblico*⁵⁶.

SCHMITT Mi amigo y alumno, el profesor Forsthoff, tiene una hija que se casó con un abogado italiano, de una excelente familia florentina, que lo tradujo al italiano. El ensayo está centrado en el conflicto entre los valores. Yo sostengo que el valor es un concepto que conduce, ineludiblemente, a la economización. ¿Cuál es el máximo valor? La respuesta es si

go y también publicó en 1916 dos ensayos sobre el problema: “Diktatur und Belagerungszustand”, cit., y “Die Einwirkungen des Kriegszustandes”, cit. Algunos años después publicará el volumen *Die Diktatur. Von den Anfängen des modernen Souveränitätsgedankens bis zum proletarischen Klassenkampf*, München-Leipzig, Duncker & Humblot, 1921. También es fundamental, para la comprensión del presente siglo, la *Politische Theologie*, München-Leipzig, Duncker & Humblot, 1922. Para una lectura integral del pensamiento de Schmitt sobre este tema revisar: *Politische Theologie II*, Berlin, Duncker & Humblot, 1970.

⁵⁵ Sobre estos argumentos véase ampliamente: Schmitt, *Die geistesgeschichtliche Lage des heutigen Parlamentarismus*, cit., y Id., *Verfassungslehre*, cit.

⁵⁶ Carl Schmitt, *Die Tyrannei der Werte*, en AA.VV., *Säkularisation und Utopie. Ebracher Studien. Ernst Forsthoff zum 65. Geburtstag*, Stuttgart-Berlin, Kohlhammer, 1967, pp. 37 sgg. (trad. it.; *La tirannia dei valori*, en «Rassegna italiana di diritto pubblico», 1970, n. I, pp. I sgg. [después Roma, Antonio Pellicani Editore, 1987]).

he economizado correctamente. ¿Comprende?, esta es mi tesis. Y ahora el nuevo papa, Juan Pablo II, habla sobre los valores, mas no sabe lo que dice cuando se refiere a Max Scheler y a otros filósofos alemanes. Todo esto es muy triste y me da mucha pena. ¿Qué se debe hacer en este caso? Aquí está el peligro.

LANCHESTER Profesor, hablemos ahora de sus alumnos.

SCHMITT ¿Sabe usted por qué esta casa se llama San Casciano?

LANCHESTER De primera impresión diría que hay una referencia a la casa de campo, cercana a Florencia, donde Maquiavelo se retiró a escribir sus obras.

SCHMITT Sí, esa es la interpretación exotérica. No obstante, le quisiera decir que desde el punto de vista exotérico me refiero a Maquiavelo, al lugar en el cual escribió las *Cartas*. Hay, sin embargo, una segunda interpretación. Desde el punto de vista esotérico me refiero al santo que se conmemora el 13 de agosto. San Casciano es el nombre de un santo protector de los profesores asesinados por sus alumnos⁵⁷. También a mí me han apuñalado mis alumnos.

LANCHESTER Encuentro todo ello muy significativo e ingenioso. ¿Se refiere, por ejemplo, a Otto Kirchheimer?

SCHMITT Sí, sí, también él fue malvado, ¡y de qué manera! Muy mala gente, hostil y estúpido⁵⁸. Así que una conversación como esta con usted me hace muy feliz. Poder hablar de los problemas inherentes al *kai nomon egnó*. Y luego sabe... mi seminario... mi seminario era hermoso. Bellas disertaciones. Fui excluido de la universidad. Eso me dolió.

Además, mis alumnos eran personajes interesantes: por ejemplo Forsthoff⁵⁹, Friesenhahn⁶⁰... he tenido tantos... incluso después en otras disciplinas y también doctorandos. Por cierto, debe ir a buscar a Tommissen, un flamenco con un estilo difícil; pero muy preciso, honesto y

⁵⁷ San Casiano es un mártir de Imola, venerado, según un antiguo calendario, el 13 de agosto. En el martirologio jeronimiano aparece registrado el día 11. Fue martirizado probablemente durante el periodo de Diocleciano. Arrestado por ser cristiano, fue sometido al tormento de recibir de cada alumno las heridas de los estiletes utilizados para sus tablillas de escritura.

⁵⁸ Sobre la relación con Otto Kirchheimer se puede revisar lo declarado por Schmitt a Angelo Bolaffi en la *Introduzione a Otto Kirchheimer, Costituzione senza sovrano. Saggi di teoria politica e costituzionale*, Bari, De Donato, 1982, pp. XI ss. Para las obras y la biografía del autor se debe consultar el mismo volumen.

⁵⁹ Ernst Forsthoff, nacido en Duisburgo-Laar el 13 de septiembre de 1902. Murió en 1974. Fue docente libre en la Universidad de Frankfurt en 1933 y profesor en Hamburgo en 1935, en Königsberg en 1936, en Viena en 1941 y en Heidelberg en 1943. Fue presidente del Tribunal constitucional de Chipre entre 1960 y 1963. Obras principales: 1) *Die Krise der Gemeindeverwaltung im heutigen Staat*, Berlin, Junker & Dünnhaupt, 1932; 2) *Der totale Staat*, Hamburg, Hanseatische Verlagsanstalt, 1933; 3) *Die Verwaltung als Leistungsträger*, Stuttgart-Berlin, Kohlhammer, 1938; 4) *Deutsche Verfassungsgeschichte der Neuzeit*, Stuttgart-Berlin, Kohlhammer, 1961; 5) *Rechtsstaat im Wandel, Verfassungsrechtliche Abhandlungen 1950-1964*, Stuttgart, Kohlhammer, 1964 (trad. it.: *Stato di diritto in trasformazione*, Milano, Giuffrè, 1973); 6) *Stadt und Bürger in der modernen Industriegesellschaft*, Göttingen, Schwartz, 1965.

⁶⁰ Ernst Friesenhahn nació en Oberhausen (Renania) el 26 de diciembre de 1901. Profesor de la Universidad de Bonn en 1938, abogado en Köln (1939), profesor ordinario en Bonn desde 1946 y juez del Tribunal constitucional federal entre 1951-1963. Obras principales: 1) *Der politische Eid*, Bonn, Röhrscheid, 1928; 2) *Polizei- und Ordnungsrecht*, Köln-Berlin, Grote, 1964; 3) *Die Verfassungsgerichtsbarkeit in der Bundesrepublik Deutschland*, Köln-Berlin, Heymann, 1963 (trad. ital.: *La giurisdizione nella Repubblica Federale Tedesca*, Milano Giuffrè, 1965).

diligente⁶¹. Entre los jóvenes tengo también excelentes amigos. Por ejemplo, Böckenförde⁶², un estudioso de primera categoría que editó también unos magníficos escritos que me fueron dedicados.

LANCHESTER Hablemos ahora de sus colegas en Italia.

SCHMITT Tuve muchas relaciones con Italia, recuerdo por ejemplo a Volpicelli y la revista *Lo Stato*⁶³. Costamagna y Zangara.

LANCHESTER ¿Se acuerda de Delio Cantimori?

SCHMITT Sí, ¿pero dónde terminó? ¿En qué casa editorial editó mi obra?

LANCHESTER En la Editorial Sansoni.

SCHMITT Se ha publicado en Italia una antología de escritos con una introducción mía, redactada especialmente para la ocasión. El volumen ha sido editado por un profesor de Milán: Miglio⁶⁴. Pero hay otro más: Pierangelo Schiera. También él era muy bueno. Son ambos, sin embargo, netamente católicos.

LANCHESTER Usted tiene además muchos seguidores en la izquierda marxista como, por ejemplo, Tronti, Bolaffi y Duso⁶⁵.

SCHMITT Tronti, sí, lo recuerdo. Sí, pero mi memoria me hace rabiar...

LANCHESTER Profesor, ¿se acuerda de Constantino Mortati⁶⁶?

SCHMITT Sí, sí, Mortati.

LANCHESTER El profesor Mortati vive aún.

⁶¹ Ver: Tommissen, *Carl Schmitt e il «renouveau» cattolico nella Germania degli anni venti*, cit.; Id., “Il concetto del ‘politico’ secondo Carl Schmitt”, en *Nuovi studi politici*, n. 4, 1978, pp. 67 ss. y la bibliografía schmittiana citada. Además, revisar: 1) *De wet van Pareto*, Brussel, Sint-Aloysiushandeshogeschool, 1971; 2) *Pour mieux comprendre Alfred Kubin, 1877-1959*, Bruxelles, Fagne, 1972; 3) *Marc Eemans*, Brussel, Fagne, 1972; 4) *Inleiding tot de algemene sociologie: een handboek voor niet-sociologen*, Reek, Open Universiteit, 1981.

⁶² Ernst Wolfgang Böckenförde nació en Kassel el 19 de septiembre de 1930, profesor en Heidelberg desde 1964. Enseña actualmente derecho público en Friburgo. Obras principales: 1) *Die deutsche verfassungsgeschichtliche Forschung in 19. Jahrhundert*, Berlin, Duncker & Humblot, 1961 (trad. it.: *La storiografia costituzionale tedesca nel secolo decimonono*, Milano, Giuffrè, 1970); 2) *Die Organisationsgewalt im Bereich der Regierung*, Berlin, Duncker & Humblot, 1964; 3) *Die Rechtsauffassung im kommunistischen Staat*, München, Kösel, 1967; 4) *Kirchlicher Auftrag und politische Entscheidung*, Freiburg, Rombach, 1973; 5) *Staat, Gesellschaft, Freiheit*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1976.

⁶³ Volpicelli presentó el volumen de escritos schmittianos editado por Delio Cantimori, *Principi politici del nazionalsocialismo*, cit. En *Lo Stato*, Schmitt público entre otras cosas: “La categoría del ‘Führer’ come concetto fondamentale del diritto nazionalsocialista”, 1933, pp. 834 ss.; “Stato totalitario e neutralità internazionale”, 1938, pp. 605 ss.; “Il concetto imperiale di spazio”, n. 7, 1940, pp. 311 ss.; “Il mare contro la terra”, 1941, pp. 137 ss.; “La lotta per i grandi spazi e l’illusione americana”, 1942, pp. 173 ss. (ver actualmente la antología editada por A. Campi en los *Scritti politico-giuridici (1933-1942). Antologia da “Lo Stato”*, Perugia, Bacco & Arianna, 1983). Sobre Schmitt y su presencia en Italia, ver: Carlo Galli, *Carl Schmitt nella cultura italiana (1924-1978)*. “Storia, bilancio e prospettiva di una presenza problematica”, en *Materiali per una storia della cultura giuridica*, n. 1, 1979, pp. 81 ss., e Id. (editor), *Carl Schmitt in Italia. Una bibliografia*, en Giuseppe Duso (editor), *La politica oltre lo Stato: Carl Schmitt*, Venezia, Arsenale, 1981, pp. 169 ss.

⁶⁴ Ver: Schmitt, *Le categorie del ‘politico’*, cit. Ver también: Gianfranco Miglio, “Un diritto un pò storto”, en *L’Espresso*, n. 45, 1979, pp. 168 ss.

⁶⁵ Sobre las contribuciones de estos autores revisar: Galli, *Carl Schmitt in Italia*, cit.

⁶⁶ Sobre la relación científica entre Schmitt y Mortati, revisar: Constantino Mortati, *La costituzione in senso materiale*, Milano Giuffrè, 1940, y “Brevi note sul rapporto fra costituzione e política nel pensiero di Carl Schmitt”, en *Quaderni fiorentini per la storia del pensiero giuridico moderno*, 1973, pp. 511 ss.

SCHMITT ¿En serio? ¿Dónde? ¿En Roma?

LANCHESTER Sí, concluyó su carrera docente en la Facultad de Ciencia Política de Roma.

SCHMITT Recuerdo que vive en Roma el famoso profesor que escribió sobre Moro⁶⁷.

LANCHESTER ¿Vassalli?

SCHMITT Sí, él. Por cierto, Bobbio. Bobbio escribió un hermoso trabajo con el *De Cive*⁶⁸. Si lo ve, saludelo de mi parte. Es un trabajo excelente. Debe estar también muy mayor.

LANCHESTER No, es mucho más joven que usted, superó hace poco los setenta años.

SCHMITT Setenta y yo noventa. Mire, a la sazón hay una generación de diferencia. En efecto, en Roma frecuentaba a Gaetano Mosca⁶⁹. Hubo un tiempo en el que iba cada año a Roma y tengo de él recuerdos muy hermosos: fue, realmente, un caballero. Mosca fue un hombre verdaderamente excepcional. Fue también un auténtico señor y un liberal; un liberal muy inteligente. Tenía un hijo que era diplomático.

Podría seguir hablando por días enteros. Ha sido un coloquio muy fructífero. Cuando se preestablece una entrevista, esta se vuelve preciosa.

LANCHESTER Me disculpo por haberle fatigado.

SCHMITT Quisiera agregar aún algo más: «el derrotado escribe la historia». Esto anótelo: *Le vencu écrit l'histoire*. No el vencedor. En Núremberg los alemanes han ganado la guerra. También los griegos. Hippolyte Taine es un típico derrotado, es un magnífico ejemplo. Yo soy un derrotado: dos guerras mundiales perdidas: dos, y fui acusado hasta el punto de tener que sufrir una durísima prisión americana. Mis hallazgos políticos me han creado siempre problemas: aún hoy ello es peligroso. En mi caso todas las cosas son complicadas. Me trataron vilmente. No sé si usted sabe esto: los americanos secuestraron mi biblioteca, entre otras tantas cosas. Todo regresó a la normalidad poco a poco. Y luego mi acusador en Núremberg utilizó todos los medios posibles (sobre esto no quisiera yo ahora...).

LANCHESTER De esta experiencia se inspiró para redactar *Ex captivitate salus*⁷⁰.

SCHMITT El libro *Ex captivitate salus* es clave para comprender lo acontecido en Europa y en Alemania en el último siglo. Yo lo he visto verdaderamente. Le escribo algo más sobre la dedicatoria. Tiempo atrás fue publicado un artículo sobre mí en la *Frankfurter Allgemeine*, muy inteligente, pero cuyo autor no me conoce en absoluto. Sobre ello sería oportuno hacer referencia al mito de Benito Cereno⁷¹... ¿Conoce el relato de Melville? ¿El mito de las situa-

⁶⁷ El profesor Schmitt probablemente se refiere al ensayo de G. Vassalli publicado en Pasquale Scaramozzino (editor), *Cultura e política nell'esperienza di Aldo Moro*, Pavia, Quaderni de "Il Politico", 1982 (con escritos de L. Elia, N. Bobbio, R. Ruffilli, U. de Siervo, S. Fontana, N. Braun Condorelli, E. Fazzino, E. Brissa, A. y B. Karpinska).

⁶⁸ Thomas Hobbes, *Elementi filosofici sul cittadino*, en Id., *Opere politiche*, vol. 1, una edición de N. Bobbio, Torino, Utet, 1971. Según comunicación personal (coloquio en Milán, 23 de noviembre de 1982), Bobbio visitó a Schmitt en Alemania. Además reseñó *Der Leviathan* de Schmitt en la *Rivista di filosofia*, n. 3, 1939, pp. 283 ss.

⁶⁹ Sobre Mosca ver las amplias citas de Schmitt en: *Die geistesgeschichtliche Lage des heutigen Parlamentarismus*, cit.

⁷⁰ Schmitt, *Ex captivitate salus*, Köln, Greven, 1950.

⁷¹ Sobre el mito de Benito Cereno revisar el escrito de Hermann Melville, *Benito Cereno*, en Id. *Opere scelte*, una edición de C. Gorlier, vol. II, Milano, Mondadori, 1975, pp. 635 ss. y el comentario de Gorlier, pp. XXX ss. Sobre la utilización por parte de Schmitt revisar: Sava Kličković, "Benito Cereno. Ein moderner Mythos", en

ciones no resueltas? Pero entonces ocupémonos de Hess. Sigue en prisión. No puede hablar... ¡No puede ser considerado responsable de la guerra! ¡Es increíble!

LANCHESTER Además la sombra de Versalles.

SCHMITT Sí, sí...

LANCHESTER El derrotado no posee ningún derecho.

SCHMITT Y ello es doblemente penoso para un jurista. A propósito, ¿se acuerda de Bossuet? El teólogo y predicador de Luis XVI... «La justicia es una especie de martirio» [«La justice est une espèce de martyre»]. En *Catolicismo romano* hay sobre esto una hermosa frase: «Recurro tu sentencia ante tu gloria» [«J'en appelle de ta justice à ta gloire»]⁷².

LANCHESTER Profesor, me gustaría hacerle una última pregunta, esta vez quisiera ser un poco provocador. ¿Usted se considera más un jurista o un politólogo? ¿O será que habiendo logrado un cierto nivel de reflexión, se logra una forma unívoca de aproximación?

SCHMITT Me considero jurista al cien por ciento y nada más que eso. No deseo ser algo distinto. Soy jurista, en ello persevero y moriré como tal, con toda la desdicha que comporta.

AA.VV., *Epirrhosis*, t. I. y Tierno Galván, "Benito Cereno oder der Mythos Europas", en AA.VV., *Epirrhosis*, t. I.

⁷² Ver: Schmitt, *Römischer Katholizismus*, cit., p. 69. Para la comprensión de la cita se sugiere revisar el pasaje completo de la p. 68 ss.: «... wenn das Urteil des Weltenrichters ergangen ist, wird ein Verdammter, von Verbrechen bedeckt, stehen bleiben und zum Entsetzen des Weltalls dem Richter sagen: *j'appelle*. »Bei diesem Wort erlöschen die Sterne.« Nach der Idee des Jüngsten Gerichtes ist doch sein Spruch unendlich definitiv *effroyablement sans appel*. An wen appellierst du von meinem Gericht? fragt der Richter Jesus Christus. Und in einer furchbaren Stille antwortet der Verdammte: *J'en appelle de ta justice à ta gloire*» [trad. ital. cit. p. 63: «... cuando se hace público el veredicto del Juez del mundo, un condenado, cubierto de crímenes, permanecerá en pie, y, ante el espanto del universo, dirá al Juez: *«j'appelle»*. «Al oír tales palabras, las estrellas apagan su luz.» Conforme a la idea del Juicio final, la sentencia allí pronunciada es, en cambio, definitiva y para siempre, *«effroyablement sans appel»*. ¿A quién apelarás tú ante mi juicio?, le pregunta el Juez Jesucristo y, con una terrible tranquilidad, el condenado contesta: *«J'en appelle de ta justice à ta gloire»*]. [Trad. de Pedro Madrigal, edición de Editorial Tecnos, 2011, p. 42. *N.d.E.*].

LE COSTANTI CULTURALI DELLA PRESENZA DI CARL SCHMITT IN ITALIA

NOTA SULLE RAGIONI DI UN'INTERVISTA DI FULCO LANCHESTER

SOMMARIO: 1. Premessa. – 2. L'idea dell'intervista. – 3. Le costanti ambientali. – 4. Carlo Costamagna. – 5. Costantino Mortati. – 6. La riscoperta. – 7. Conclusioni.

1. Premessa

L'intervista a Carl Schmitt¹, tradotta in modo impeccabile dal prof. Pérez Crespo, non ha bisogno da parte mia di commenti, che – d'altra parte – non ho espresso in altre analoghe occasioni. Vorrei, tuttavia, fornire alcune sintetiche informazioni sull'ambiente in cui essa è nata e sulla sua connessione con la prima e la seconda fase dei rapporti tra Schmitt e l'Italia, sottolineando l'interesse che specifici settori della dottrina giuspubblicistica italiana hanno avuto per Schmitt, soprattutto in ambito romano e le conseguenti ricadute in ambito giuridico-politico.

2. L'idea dell'intervista

Parto dall'idea dell'intervista. Durante gli anni Settanta, proprio all'inizio della fase che portò nel 1993 alla "crisi di regime" della prima fase della storia costituzionale repubblicana², si era prodotta la *Schmitt renaissance* in Italia³, che aveva oltrepassato sia i confini giuridici

¹ V. "Un giurista davanti a sé stesso. Intervista a Carl Schmitt", a cura di F. Lanchester, in *Quaderni costituzionali*, 1983, n.1, pp. 5-34.

² Su cui si v. F. Lanchester, *Le istituzioni costituzionali italiane tra globalizzazione e crisi di regime*, Milano, Giuffrè, 2014.

³ C. Galli, "Carl Schmitt nella cultura italiana (1924-1978). Storia, bilancio, prospettive di una presenza

sia quelli accademici e si era mescolata con il dibattito sulla ingovernabilità delle democrazie occidentali, partendo dalla riflessione sul caso weimariano. Sulla base di una discussione risalente all'ultimo lustro degli anni Settanta, nel 1981 venne alla luce la rivista *Quaderni costituzionali* (edita dal Mulino), che raccoglieva nel suo comitato scientifico la parte metodologicamente più orientata del realismo giuspubblicistico italiano [Giuliano Amato (1938), Augusto Barbera (1938), Enzo Cheli (1934), Leopoldo Elia (1925-2008), Andrea Manzella (1933), Valerio Onida (1936), Livio Paladin (1933-2000), Gustavo Zagrebelsky (1943)]⁴, volta a dibattere il tema delle innovazioni costituzionali nel solco della Costituzione repubblicana del 1948⁵. Giovane componente della redazione della rivista [gli altri due redattori erano Maria Cristina Grisolia (1949) ed Enzo Balboni (1942)], mi occupavo allora di due temi principali: da un lato, del dibattito metodologico tedesco dal periodo imperiale a Bonn, passando per Weimar; dall'altro, della questione relativa al rapporto tra sistema elettorale e forma di governo negli ordinamenti di democrazia pluralista. Su entrambi scrissi in quegli anni le mie prime monografie.⁶ Nel primo trimestre del 1981, incaricato di curare la sezione saggi di *Quaderni costituzionali* su un tema caldo come quello elettorale (indicatore empirico della persistente crisi italiana è che lo stesso continui ad essere ancora al centro dell'attenzione in questi mesi), contattai Gerhard Leibholz (1901-1982), perché redigesse un saggio sul tema nella prospettiva del dibattito tedesco ed europeo. Nel luglio 1981 Leibholz mi comunicò che per ragioni di salute non avrebbe potuto mantenere l'impegno, cosicché concordai una mia visita a Göttingen per un'intervista sul tema, che poi aprì il numero 3/1981 della rivista⁷. Leibholz aveva avuto rapporti importanti con l'Italia durante gli anni Venti e Trenta, non solo per i suoi studi sul fascismo, ma anche per il dibattito interno tra gli intellettuali del regime nella fase delle riforme incrementali del periodo.⁸ Rifugiatosi dal 1938 in Gran Bretagna e ritornato, nel dopoguerra, in Germania, dove era divenuto per circa vent'anni giudice del Bundesverfassungsgericht, Leibholz era stato punto di riferimento accademico anche di giovani giuristi italiani come Augusto Barbera e Claudio Rossano (1940).

Dopo quell'episodio, nel 1983 Giuliano Amato mi comunicò che, d'accordo con Enzo Cheli (allora Direttore di *Quaderni costituzionali*) e Augusto Barbera, pareva giunta l'ora di contattare Carl Schmitt per fare una cosa analoga all'intervista di Leibholz, ma in una pro-

problematica", in *Materiali per una storia del pensiero giuridico moderno*, 1979, n.1 ora in *Storicamente*, 6 (2010), n. 11.

⁴ Questa lista di docenti comprende quattro Presidenti (Elia, Onida, Paladin, Zagrebelsky) e tre giudici della Corte costituzionale (Cheli, Amato, Barbera), di cui due attualmente in carica. Tra gli stessi Amato è stato per due volte presidente del Consiglio dei ministri, mentre altri hanno rivestito cariche ministeriali (Barbera, Elia, Paladin) o parlamentari (Manzella).

⁵ V. per questo E. Cheli, *Costituzione e sviluppo delle istituzioni in Italia*, Bologna, 1978 e G. Amato, *Una repubblica da riformare. Il dibattito sulle istituzioni in Italia dal 1975 a oggi*, Bologna, 1980. Cito queste due opere non solo per il loro rilievo, ma anche perché le stesse sono presenti nella *Bibliothek Carl Schmitt (Monographien)* al 2015.

⁶ V. F. Lanchester, *Sistemi elettorali e forma di governo*, Bologna, Il Mulino, 1981; Idem, *Alle origini di Weimar. Il dibattito costituzionalistico tedesco tra il 1900 e il 1918*, Milano, Giuffrè, 1985; ma anche *Ibidem*, "La forma di governo weimariana rivisitata", in *Scritti in onore di E. Tosato*, vol. I, Milano, Giuffrè, 1984, pp. 497-543.

⁷ G. Leibholz, "Crisi della rappresentanza e sistemi elettorali", a cura di F. Lanchester, in *Quaderni costituzionali*, 1981, n. 3, pp. 473-488. Gli altri autori della sezione furono Alberto Spreafico (1928-1991), Domenico Fisichella (1935), Giuliano Amato e Fulco Lanchester.

⁸ Mi limito a citare le opere di G. Leibholz tradotte in lingua italiana: *La rappresentazione nella democrazia*, trad. it. S. Fiori, intr. P. Rescigno, Milano, Giuffrè, 1989; *La dissoluzione della democrazia liberale in Germania e la forma di Stato autoritaria*, tr. it. di F. Siniscalchi, intr. e cura di F. Lanchester; *Il diritto costituzionale fascista*, a cura di A. Scalone, Napoli, Guida, 2007. Per un'analisi M. Alessio, *Democrazia e rappresentanza. Gerhard Leibholz nel periodo di Weimar*, pref. G. Marramao, Napoli, Vivadium, 2000.

spettiva più generale. Su questa base concordai con Carl Schmitt la data della visita e mi recai a Plettenberg Pasel per l'effettuazione dell'intervista.

3. *Le costanti ambientali*

I particolari del colloquio sono recuperabili nella prima nota del testo e, come già detto, non mi dilungo su ciò. Voglio invece mettere in evidenza le costanti ambientali nelle varie fasi dello studio del pensiero schmittiano in Italia durante il secolo scorso, per sottolineare il ruolo specifico della Facoltà romana di Scienze politiche nei rapporti con Schmitt e la funzionalizzazione del pensiero schmittiano a problemi nazionali sia durante il fascismo sia negli anni Settanta-Ottanta.

Com'è noto, la prima fase dei rapporti di Schmitt con il mondo accademico italiano ebbe caratteristiche soprattutto giuridiche e si incardinò nel decennio strategico degli anni Venti-Trenta. Essa si coordinò con la difficile recezione degli influssi weimariani in Italia e con lo sviluppo del dibattito politico e metodologico all'interno della giuspubblicistica italiana durante il fascismo. Faccio notare che, durante i primi anni Venti, anche a causa dell'incendio della tipografia del quotidiano socialista *Avanti!* da parte delle *squadracce* fasciste che impedì l'uscita della traduzione del volume su *Die Diktatur*⁹, Schmitt era praticamente uno sconosciuto in Italia, così come altri eminenti studiosi weimariani [(Triepel (1868-1946), Smend (1882-1975) ad es.]. I giuspubblicisti dell'epoca facevano, infatti, riferimento agli esponenti della dottrina imperiale tedesca o austriaca e non è un caso che nel 1921 fosse stata pubblicata la *Dottrina generale dello Stato* di Georg Jellinek¹⁰. È significativo d'altro canto che i parametri monarchico-costituzionali, sottesi a simili teorie, fossero stati oggetto di un acceso dibattito politico giuridico, coperto da interessi accademici.¹¹

Di contro, a Carl Schmitt il dibattito italiano, formalmente dominato proprio da Vittorio Emanuele Orlando (1860-1952) fondatore della cosiddetta scuola giuspubblicistica nazionale, interessava poco e solo negli anni Trenta egli scoprirà l'istituzionalismo del suo principale allievo Santi Romano (1875-1947)¹², divenuto alla fine deli anni Venti Presidente del Consiglio di Stato, dopo aver rifiutato di trasferirsi a Scienze politiche di Roma nel 1926 dalla sede milanese in cui si era trasferito da Pisa nel 1924.¹³ È inverosimile che l'unico giuspubblicista italiano citato da Schmitt nella prima edizione de' *Die geistesgeschichtliche Lage des heutigen Parlamentarismus*¹⁴, fosse Gaetano Mosca (1858-1941), ordinario di Diritto costi-

⁹ Corrispondenza Schmitt-Miglio citata da Carlo Galli, *Carl Schmitt nella cultura italiana*, cit.

¹⁰ V. G. Jellinek, *Studi introduttivi; Dottrina generale sociale dello Stato*, trad. di M. Petrozziello, intr. di V. E. Orlando, Milano, Società editrice libraria, 1921 (l'intr. era già stata anticipata da Orlando nel 1914).

¹¹ Mi riferisco a V. E. Orlando, "Il contenuto giuridico della legge del bilancio: a proposito di una recente pubblicazione", in *Rivista di diritto pubblico e della pubblica amministrazione in Italia*, 1911, n. 3, pt. 1, pp. 268 ss. incentrato sull'opera di Gaetano Vitagliano, il traduttore dell'opera di G. Jellinek, *Sistema dei diritti pubblici subbiettivi*, pref. di V. E. Orlando, Milano, Società editrice libraria, 1912, coinvolto in un concorso per la contabilità di Stato e in una libera docenza in area romana. Per la valutazione del periodo v. F. Lanchester, *Le costituzioni tedesche da Francoforte a Bonn. Introduzione e testi*, Milano, Giuffrè, 2009, pp.131 ss.

¹² V. C. Schmitt, *Über die drei Arten des rechtswissenschaftlichen Denkens*, Hamburg, Hanseatische Verlagsanstalt, 1934.

¹³ V. F. Lanchester, "Santi Romano e le ideologie giuridiche italiane nella transizione allo Stato di massa", relazione al Convegno Romano, Consiglio di Stato, Roma, 30 novembre 2011, *Rivista Associazione italiana dei costituzionalisti*, 2011, n. 4, pp. 1-10.

¹⁴ V. C. Schmitt, *Die geistesgeschichtliche Lage des heutigen Parlamentarismus*, Berlin, Duncker & Humblot, 1923.

tuzionale a Torino dal 1896 e fondatore della Scienza politica basata sul criterio minoritario. Mosca, senatore del Regno e poi fermo oppositore del fascismo, era stato chiamato proprio nel 1923 dai colleghi liberali e ex-presidenti del Consiglio dei ministri [Antonio Salandra (1853-1931), Luigi Luzzatti (1841-1927), Orlando] della Facoltà romana di Giurisprudenza per il Diritto pubblico interno, poi derubricato in Storia delle istituzioni e delle dottrine politiche.¹⁵ La sua vicenda accademica si intreccia per brevissimo tempo anche con quella della Scuola di Scienze politiche presso la Facoltà di Giurisprudenza. Questa, istituita nel 1924 con tre ordinari di peso [Alfredo Rocco (1875-1935), Luigi Rossi (1867-1941), Gioacchino Volpe (1876-1971)], venne costituita in Facoltà alla fine del 1925. In un simile ambito, l'azione, diversa ma convergente di Luigi Rossi e di Sergio Panunzio (1886-1944), costituì il volano per l'attenzione che del dibattito tedesco si ebbe in ambito romano, nonostante le remore ambientali che lo stesso Massimo S. Giannini (1915-2000) sottolineò alcuni anni fa nel corso del Convegno calabrese su Costantino Mortati (1988)¹⁶. Alfredo Rocco fu il costruttore durante gli anni Venti del regime fascista, in apparente continuità con l'ordinamento liberale, prospettando una statolatria in versione socialdarwinista¹⁷, mentre Gioacchino Volpe ricostruì ne' *L'Italia in cammino*¹⁸, dedicata agli studenti della Facoltà romana di Scienze politiche, in modo assiologico il percorso della storia unitaria italiana verso il fascismo.

Luigi Rossi, già ordinario di Diritto costituzionale a Bologna dagli anni Novanta del secolo XIX e uomo politico di spicco (nel 1922 fu Ministro della giustizia nel Governo Facta), rappresenta invece, in maniera plastica, la prospettiva comparatistica, ma anche la concezione liberale del diritto e dello Stato, che viene emarginata dallo Stato di massa originato dall'estensione del suffragio. Nell'ambito dell'Ateneo romano Luigi Rossi e Sergio Panunzio, filosofo del diritto di origini sindacaliste rivoluzionarie ma anche uno degli intellettuali eminenti del fascismo, furono dunque alla base con Santi Romano dello sviluppo metodologico dei giovani costituzionalisti romani degli anni Trenta nell'ambito dell'Istituto di diritto pubblico e legislazione sociale della Facoltà di Scienze politiche. Dal *Nachlass* schmittiano si evidenziano anche rapporti con il filosofo del diritto Giorgio Del Vecchio, la cui impostazione era sicuramente più tradizionale e che – per l'appunto – pubblicò alcuni contributi di Leibholz sulla *Rivista internazionale di filosofia del diritto* da lui diretta¹⁹.

4. Carlo Costamagna

Agli inizi degli anni Trenta l'utilizzazione critica di Schmitt divenne funzionale alla rottura con la giuspubblicistica liberale e coordinata, in origine, con l'impostazione di alcuni storici del diritto e del diritto romano [ad es. Arrigo Solmi (1873-1944) e Pietro De Francisci (1883-

¹⁵ V. "D'Addio e Gentile", in *Passato e presente delle Facoltà di Scienze politiche*, a cura di F. Lanchester, Milano, Giuffrè, 2003.

¹⁶ V. M. S. Giannini, "Tavola rotonda sulle Università di Mortati", in F. Lanchester (a cura di), *Costantino Mortati costituzionalista calabrese*, Napoli, Esi, 1989.

¹⁷ V. Alfredo Rocco, *Dalla crisi del parlamentarismo alla costruzione dello Stato nuovo*, con E. Gentile e A. Tarquini, Roma, Carocci, 2010.

¹⁸ V. G. Volpe, *L'Italia in cammino: l'ultimo cinquantennio*, Milano, Treves, 1927.

¹⁹ Mi riferisco in particolare a G. Leibholz, "Il secolo XIX e lo Stato totalitario presente", in *Rivista internazionale di filosofia del diritto*, 1938, n. 1, pp. 1 ss.; per una valutazione v. A. Scalone, *Postfazione* a G. Leibholz, *Il diritto costituzionale fascista*, cit. pp. 129 ss., che contiene la traduzione di *Zu den Problemen des faschistischen Verfassungsrechts*, Berlin, de Gruyter, 1928. D'altro canto l'interesse giuspubblicistico per l'Italia si esprime alle spalle della legislatura costituente 1924-1929, come dimostra anche lo stesso H. Heller, *Europa und Faschismus*, Berlin, de Gruyter, 1929 (ora *L'Europa e il fascismo* [sull'ed. del 1931], a cura di C. Amirante, Milano, Giuffrè, 1987).

1971) che già negli anni Venti avevano richiesto che, a nuove condizioni storiche, corrispondesse una nuova dogmatica.

In un simile contesto si stagliano con particolare nettezza i contributi al dibattito di Carlo Costamagna (1880-1985) e di Costantino Mortati (1891-1985). Costamagna, magistrato e militante prima dell'Associazione nazionalistica italiana e poi del PNF (Partito Nazionale Fascista), fu segretario della cosiddetta Commissione dei Soloni (1924/1925), collaboratore di Alfredo Rocco e di Giuseppe Bottai (1895-1959) e fu l'esponente della dottrina giuspubblicistica volto con più decisione alla rottura dei paradigmi disciplinari sulla base di una nuova dogmatica dello stato corporativo²⁰. Docente di Diritto corporativo nell'Università di Pisa²¹, proprio agli inizi degli anni Trenta fondò con Ettore Rosboch (1893-1944) la rivista *Lo Stato*, cui collaborarono numerosi esponenti della giovane dottrina romana [ad es. Vezio Crisafulli (1910-1986), che fu segretario di redazione del periodico]. Professore incaricato di Storia e dottrina del fascismo presso la Facoltà romana di Scienze politiche dal 1937 e poi di Diritto costituzionale italiano e comparato a seguito del trasferimento d'autorità di Vincenzo Zangara nel 1940, l'impostazione di Costamagna della trasformazione dello Stato fu sicuramente di esplicita rottura con la tradizione giuspubblicistica italiana e si connette ad una interpretazione chiusa della *rivoluzione* corporativa. Ciò condurrà nel 1939 ad una frattura con i giovani giuspubblicisti degli anni Trenta [Mortati, Crisafulli, Chiarelli (1904-1978), Giannini, Esposito (1902-1964), Maranini (1902-1969)], che si riuniranno attorno alla rivista *Stato e diritto*, diretta da Giuseppe Chiarelli. Non è dunque un caso che il pensiero schmittiano venga principalmente veicolato dalla rivista di Costamagna²² (l'altra rivista fu *La vita italiana*) e che – nell'effervescente ambito pisano della Scuola di studi corporativi²³ – venisse pubblicata la silloge schmittiana del periodo *Principi politici del nazionalsocialismo*²⁴. Arnaldo Volpicelli (1892-1968, filosofo del diritto, dottrinario dello Stato, ma anche per un breve periodo ordinario di Diritto costituzionale a Pisa), che nel 1939 si trasferirà nella Facoltà romana di Scienze politiche, presentando gli scritti di Schmitt criticherà in modo deciso l'impostazione degli stessi, ma nello stesso momento ne evidenzierà l'interesse nel momento topico della costruzione del nuovo regime in Germania. Nelle *Note sul Nazionalsocialismo* composte dallo storico Delio Cantimori (1904-1968) traluce la significativa connessione di Schmitt con le posizioni di von Papen, di Hindenburg e dei conservatori²⁵. La stessa vicenda prussiana viene interpretata da Cantimori per sottolineare essenzialmente il ruolo di Schmitt come *Kronjurist* di von Papen e di von Hindenburg, per cui la sua posizione eccentrica rispetto al regime nazista venne sostanzialmente confermata, dopo l'attacco delle SS nel 1936, dal suo passaggio ai temi meno perigliosi dei grandi spazi.

Nel secondo lustro degli anni Trenta l'interesse della dottrina costituzionalista per la vicenda nazionalsocialista vide l'accentuarsi della spaccatura metodologica. Mentre su *Lo Stato*

²⁰ V. G. Malgeri, *Carlo Costamagna: Dalla caduta dell' "ideale moderno" alla "nuova scienza" dello Stato*, Vibo Valentia, Edizioni, Sette Colori, 1981; M. Toraldo di Francia, *Carlo Costamagna*, in *Il contributo italiano alla storia del pensiero: diritto*, Roma, Istituto dell'Enciclopedia italiana, 2012.

²¹ F. Lanchester, "Dottrina' e politica nell'università italiana: Carlo Costamagna e il primo concorso di diritto corporativo", in *Lavoro e diritto*, 1994, pp. 49 ss.

²² V. C. Schmitt, *Scritti politico-giuridici 1933-1942. Antologia da "Lo Stato"*, a cura di A. Campi, Perugia, Bacco e Arianna, 1983. La prima vera segnalazione di Schmitt in Italia viene operata da C. Curcio, "Tendenze nuove della dottrina tedesca: C. Schmitt", in *Lo Stato*, 1930, fasc. IV, pp. 480-484.

²³ Su cui v. U. Spirito, *Il corporativismo*, Soveria Mannelli, Rubettino, 2009.

²⁴ V. C. Schmitt, *Principi politici del nazionalsocialismo*, tr. di D. Cantimori, intr. di A. Volpicelli, Firenze Sansoni, 1935.

²⁵ V. D. Cantimori, *Note sul nazionalsocialismo*, cit. p. 24.

apparivano gli interventi sempre più estremi di Julius Evola (1898-1974)²⁶ e statolatrici di Costamagna, alcuni giuspubblicisti esaminarono (Carlo Lavagna, 1914-1984) o sposarono categorie che superavano le categorie tradizionali dei diritti pubblici subiettivi (Franco Pierandrei, 1914-1962), per cui Carl Schmitt appariva oramai sullo sfondo dei *grandi spazi*. In particolare la radicalizzazione dello scontro politico culturale italiano si collegò al tema delle riforme incrementali del regime fascista e alla messa in discussione del compromesso diarchico tra monarchia e fascismo tra il 1938-1939 (legge sul maresciallato dell'Impero, sostituzione della Camera dei deputati con la Camera dei fasci e delle corporazioni, leggi razziali). Alessandro Somma (1967) ha ben descritto la dinamica relativa all'asse culturale Roma-Berlino²⁷ ed ha messo in evidenza il ruolo di Costamagna, che agì per alcuni anni nella Facoltà romana di Scienze politiche, dopo l'allontanamento nel 1940 di Vincenzo Zangara (1902-1984), amico ed estimatore di Leibholz e di Schmitt nonché vicesegretario nazionale del PNF.

5. Costantino Mortati

A posteriori fu però indubbiamente Costantino Mortati a rappresentare la punta di diamante della giovane giuspubblicistica realistica italiana degli anni Trenta, che pur non volendo abbandonare l'alveo della scuola orlandiana sentì l'esigenza di collegare l'elaborazione giuridica con il politico ed il sociale in accordo con l'importante lezione dei giuristi anti-formalisti italiani [Gaetano Mosca, Giorgio Arcoleo (1848-1914), Manfredi Siotto Pintor (1869-1945), Antonio Ferracciù] e della dottrina weimariana, con particolare riguardo alle opere di Carl Schmitt, ma anche di Rudolf Smend e di Otto Koellreutter (1882-1972). Negli anni Settanta lo stesso Mortati chiarirà il profondo debito intellettuale nei confronti di Schmitt in un noto saggio sulla rivista di Paolo Grossi *Quaderni fiorentini*²⁸. Ciò risulta evidente soprattutto nella terza delle tre monografie del decennio 1931-1940²⁹, ma anche nei testi dell'immediato secondo dopoguerra su *La Costituente*³⁰ e *La Costituzione di Weimar*³¹.

Una simile visione realistica venne modulata in maniera differente, ma nella sostanza convergente dalle opere di altri due, allora, giovani assistenti della Facoltà romana di Scienze politiche: Carlo Lavagna e Vincenzo Gueli (1914-1969). Nel Convegno (1995) che è stato dedicato proprio a Carlo Lavagna, Mario Galizia (1921-2013), che per circa venti anni è stato ordinario di Diritto costituzionale italiano e comparato nella stessa, ha messo in evidenza in maniera opportuna come Lavagna, nella sua opera su *La dottrina nazionalsocialista del diritto e dello Stato*³² pubblicato nel 1938, avesse osservato con attenzione l'evoluzione della giuspubblicistica tedesca nella seconda metà degli anni Trenta e non avesse aderito, a differenza di altri, alla stessa.³³ La sua posizione nell'ultimo capitolo di quel volume risente in modo

²⁶ J. Evola, *Rassegna italiana (1933-1952)*, a cura di G. F. Lami, Roma, Fondazione Evola, 1995.

²⁷ V. A. Somma, *I giuristi e l'asse culturale Roma-Berlino: economia e politica nel diritto fascista e nazionalsocialista*, Frankfurt am Main, Klostermann, 2005.

²⁸ V. C. Mortati, "Brevi note sul rapporto tra Costituzione e politica in Carl Schmitt", in *Quaderni fiorentini*, 1973 (2), pp. 511 ss.

²⁹ V. C. Mortati, *Il governo nel nuovo diritto pubblico italiano*, Roma, Are, 1931; Idem, *La volontà e la causa nell'atto amministrativo e nella legge*, Roma, De Luca, 1936; Ibidem, *La costituzione in senso materiale*, Milano, Giuffrè, 1940.

³⁰ V. C. Mortati, *La Costituente*, Roma, Darsena, 1945.

³¹ V. C. Mortati, *La Costituzione di Weimar*, Firenze, Sansoni, 1946.

³² V. C. Lavagna, *La dottrina nazionalsocialista del diritto e dello Stato*, Milano, Giuffrè, 1938.

³³ V. M. Galizia, "Gli scritti giovanili di Carlo Lavagna alla soglia della crisi dello Stato fascista", in *Il pensiero*

evidente dell'influsso delle tesi più prudenti di Luigi Rossi, che si era scagliato proprio nel 1935 contro il germanesimo giuridico.³⁴

In quel periodo invece Franco Pierandrei, vincitore con Salvatore Foderaro (1908-1979) e Carlo Lavagna dell'ultimo concorso di Istituzioni di diritto pubblico del periodo fascista, nel volume su *I diritti subbiettivi pubblici nell'evoluzione della dottrina germanica*³⁵ fu invece meno prudente, pur essendo significativamente traduttore e curatore dell'opera internazionalista di Schmitt su *Il concetto d'Impero nel diritto internazionale*.³⁶

Nella linea di riconsiderazione delle categorie concettuali fondamentali del diritto pubblico si può dire che si muovesse anche Vincenzo Gueli, un altro più giovane giuspubblicista romano poi ordinario a Catania, che nel saggio su *Il regime politico* e nel volume su *Il "diritto singolare" e il sistema giuridico* (1942)³⁷ riflettè sui temi del rapporto tra fine politico e diritto, dove – come osservò proprio Massimo S. Giannini (1915-2000) nel saggio sull'evoluzione del diritto amministrativo pubblicato nel 1939 – si affollavano i problemi storicamente situati e le invarianze dommatiche³⁸.

6. La riscoperta

Ho ricordato questi personaggi, – di cui alcuni tra gli anni Cinquanta e Sessanta ritornarono, se si esclude Carlo Costamagna, nella Facoltà romana di Scienze politiche –, perché l'atteggiamento della cultura politica ed accademica italiana nei confronti di Schmitt nei circa trenta anni successivi al secondo conflitto mondiale fu estremamente prudente, in connessione con quella che potrebbe essere considerata come una vera e propria falsa coscienza, ancor più presente in Germania. In ambito giuridico la rottura del silenzio su Schmitt fu rara e non sempre esplicita, se si escludono i riferimenti di Emilio Betti (1890-1978) e di Pietro G. Grasso (1930), mentre il recupero di Schmitt negli anni Settanta è stato effettuato soprattutto sul versante politologico, della storia delle dottrine politiche e della filosofia del diritto.

L'antologia schmittiana su *Le categorie del politico*, curata per i tipi de' Il mulino nel 1972 da Pierangelo Schiera (1941), con introduzione di Gianfranco Miglio (1918-2001)³⁹, e la pubblicazione nel 1975 de "La dittatura" a cura di Francesco Valentini (1924-2009) per l'editore Laterza⁴⁰ costituiscono il primo sdoganamento di Schmitt in epoca repubblicana, aprendo ampio interesse anche a sinistra [penso agli scritti di Angelo Bolaffi (1946) e di Michele Surdi (1948), filosofo del diritto e membro del Dipartimento di Teoria dello Stato)]⁴¹.

Nell'ambito di una simile ripresa si inserì il citato tributo di Costantino Mortati a Carl Schmitt del 1973, mentre sulla rivista *Nuovi studi politici*, diretta da un intellettuale e politi-

giuridico di Carlo Lavagna, Milano, Giuffrè, 1996, pp. 17 ss.

³⁴ V. L. Rossi, "Germanesimo giuridico?", in *La giustizia amministrativa*, 1935, novembre (estr.) particolarmente critico proprio nei confronti di Schmitt.

³⁵ V. F. Pierandrei, *I diritti subbiettivi pubblici nell'evoluzione della dottrina germanica*, Torino, Giappichelli, 1940.

³⁶ V. C. Schmitt, *Il concetto d'Impero nel diritto internazionale. Ordinamento dei grandi spazi con esclusione delle potenze estranee*, Roma, Istituto Nazionale di Cultura Fascista, 1941.

³⁷ V. G. Caravale, voce *Vincenzo Gueli*, Diz. biogr. degli it.

³⁸ M. S. Giannini, *Profili storici della scienza del diritto amministrativo*, Sassari, Gallizzi, 1940.

³⁹ V. C. Schmitt, *Le categorie del 'politico': saggi di teoria politica*, a cura di Gianfranco Miglio e di Pierangelo Schiera, Bologna, Il Mulino, 1972.

⁴⁰ V. C. Schmitt, *La dittatura*, a cura di F. Valentini, Bari, Laterza, 1975.

⁴¹ V. per questo l'intr. di A. Campi a C. Schmitt, *Scritti politico-giuridici 1933-1942*, cit.

co liberale, che aveva radici nel dibattito fascista degli anni Trenta, come Salvatore Valitutti (1907-1992) per circa tre lustri docente di Sociologia, prima, e poi di Dottrina dello Stato presso la Facoltà romana di Scienze politiche, venivano pubblicati scritti di Piet Tommissen (1925-2011), di Pierpaolo Portinaro (1953), di Teodoro Klitsche de la Grange (1948) e di Alessandro Campi (1961) e, poi, note e recensioni di Luigi Ciaurro⁴².

Con l'inizio degli anni Ottanta iniziò, invece, lo straordinario successo di traduzioni schmittiane presso l'editore Giuffrè, sotto l'impulso di Francesco Mercadante (1926), che per circa venti anni è stato ordinario di filosofia del diritto presso la nostra Facoltà, e con l'impegno di Antonio Caracciolo (1950) nella traduzione e cura della maggior parte dei lavori giuridici. Sottolineo, inoltre, che, dopo la scomparsa di Schmitt nel 1985, l'anno dopo venne organizzato da Carlo Roehrsen e da chi scrive un Convegno presso l'Università "La Sapienza" di Roma su *Il pensiero giuridico di Carl Schmitt*, che – cosa straordinaria per allora ed inaudita soprattutto in Germania – ottenne l'Alto patronato del Presidente della Repubblica Francesco Cossiga ed i cui atti vennero pubblicati su *Quaderni costituzionali* con contributi – tra gli altri – di Massimo S. Giannini, Mario Nigro (1912-1989), Carlo Roehrsen, Riccardo Monaco (1909-2000), Fulco Lanchester⁴³ e la traduzione di un inedito schmittiano⁴⁴.

In quegli scritti si potevano osservare ancora remore e dubbi presenti nella generazione che si era formata negli anni Venti e Trenta e che aveva attraversato il secondo conflitto mondiale e il periodo della ricostruzione, ma anche un significativo disgelo della dottrina giuspubblicistica nei confronti di un personaggio che sicuramente non può essere ristretto in un ambito disciplinare, ma che, tuttavia, volle e si gloriò di essere sempre stato un giurista.

7. Conclusioni

Ricapitolando, ci si può chiedere quale fosse, dunque, la vera ragione dell'interesse per Schmitt da parte di *Quaderni costituzionali* nel 1983. In analogia con gli anni Trenta, ma con evidenti differenze le motivazioni sono da ricercare nel contesto politico istituzionale del periodo. Come già detto, al di là del coinvolgimento personale di chi scrive per il settore tedesco ed in particolare quello weimariano, la legislatura 1979-1983 si era conclusa con un ulteriore scioglimento anticipato, in quel periodo si era incominciato a discutere intensamente di innovazioni istituzionali. Nel 1979 era stata lanciata l'idea della *grande riforma*, dopo la fine della cosiddetta "unità nazionale" tra il 1976-1979, che aveva visto l'elezione a Presidente della Repubblica di una personalità "forte" come il socialista Sandro Pertini (1896-1990). L'indebolimento democristiano e l'instabilità coalizionale avevano portato, dopo il fallimento del tentativo del repubblicano La Malfa (1903-1979) e i governi Cossiga (1928-2010) e Forlani (1925), al Governo Spadolini (1925-1994), primo non democristiano presidente del Consiglio nella storia repubblicana sulla base di una maggioranza pentapartito. Dopo il Governo ponte Fanfani (1908-1999) e le elezioni anticipate del 1983, Gianfranco Miglio aveva presentato la sua ricerca su *Una repubblica migliore per gli italiani: verso una nuova costituzione*⁴⁵. L'anno prima si era tenuta nel marzo (31 marzo - 4 aprile 1982) la "Conferenza

⁴² *Idem.*

⁴³ Gianni Ferrara (1929) preferì, invece, pubblicare il proprio contributo su *Politica del diritto*.

⁴⁴ C. Schmitt, "L'evoluzione recente del problema delle delegazioni legislative", in *Quaderni costituzionali*, 1986, n. 3, pp. 536-550.

⁴⁵ G. Miglio, *Una repubblica migliore per gli italiani: verso una nuova costituzione*, Milano, Giuffrè, 1983 e

programmatica” del PSI a Rimini, nella quale si erano poste le premesse per un programma di cambiamento e di governo della società. Nella stessa il Psi aveva, per breve tempo, accettato le proposte di Miglio per il Governo di legislatura, ma già nel giugno aveva dovuto rifiutarle, quando il segretario della DC Ciriaco De Mita (1928) aveva ribadito la proposta. È per questo che nell'Ottobre di quell'anno si tenne a Trevi un Convegno del Psi in cui venne proposta da Giuliano Amato la via dell'elezione diretta da parte del Corpo elettorale del Presidente della Repubblica, che caratterizzerà il dibattito della legislatura successiva. Dopo le elezioni del giugno 1983, in cui Amato divenne deputato e sottosegretario alla Presidenza del Consiglio (Governo Craxi), si attivò il processo di studio della Commissione parlamentare presieduta dall'on. Aldo Bozzi (1909-1987), che non addivenne a risultati, ma fu luogo di incontro e di confronto di linee politiche e istituzionali differenti⁴⁶. In quel periodo oltre ai testi di Schmitt apparvero sul mercato italiano le opere di Rudolf Smend, veicolate da Gustavo Zagrebelsky, che in un memorabile saggio sulle riforme istituzionali⁴⁷ ricordò il paradosso kirchheimeriano dell'impossibilità di introdurre innovazioni istituzionali in ambito weimariano.

Mentre Gianfranco Miglio auspicava, di fronte all'immobilismo, lo *sbrego* costituzionale attraverso l'art. 138 Cost. e il referendum popolare⁴⁸, la Corte Costituzionale rispondeva con la sent. 1146 del 1988 che riconosceva l'esistenza di una competenza del giudice delle leggi a valutare la costituzionalità delle leggi costituzionali e di revisione costituzionale sulla base dei *principi supremi*.

Si trattava della certificazione della recezione della teoria della Costituzione elaborata dalla giovane dottrina degli anni Trenta, superando la tradizionale teoria dello Stato, ma anche del riconoscimento della debolezza sistemica. In quello stesso periodo il *grimaldello per il cambiamento* venne da altri individuato nel referendum abrogativo ex art. 75 Cost. in materia elettorale (la proposta venne da Serio Galeotti, ma la prima idea era stata lanciata da Marino Bon Valsassina a metà degli anni Sessanta), che venne dichiarato ammissibile nel 1991 dalla Corte costituzionale, aprendo la porta ai due referendum del 1991 (sulla preferenza unica) e del 1993 (sul sistema elettorale del Senato), che aprirono la stura alla crisi di regime certificata dal Presidente del Consiglio Giuliano Amato nella dichiarazione di dimissioni il 22 aprile di quell'anno in Parlamento.

Le interviste a Leibholz e a Schmitt si erano dunque inserite nell'ambito della discussione sull'innovazione istituzionale con particolare riguardo al circuito che univa Corpo elettorale, partiti, istituzione parlamentare e Governo. Di fronte all'instabilità istituzionale si ipotizzava di rafforzare la selettività dei meccanismi di formazione della rappresentanza o di stabilizzare i governi in entrata o in uscita, anche sulla base della recezione (invero un po' schematica) del dibattito francese nella prospettiva duvergiana e dell'elezione diretta del Presidente del Consiglio.

Nel quarto di secolo successivo, mentre la scomparsa dei giuristi italiani degli anni Trenta ha comportato una valutazione più equilibrata degli stessi⁴⁹, Schmitt è invece ritornato

“Verso una nuova costituzione”, ricerca promossa dal Ceses su *Costituzione vigente e crisi del sistema politico: cause ed effetti*, diretta da Gianfranco Miglio, 2 tomi, Milano Giuffrè, 1983 con contributi di G. Bognetti, S. Galeotti, F. Pizzetti, G. Petroni e opinioni di A. Barbera, D. Fisichella, F. Mancini, G. Urbani, L. Valiani.

⁴⁶ V. P. Armaroli, *L'introvabile governabilità: le strategie istituzionali dei partiti dalla Costituente alla Commissione Bozzi*, Padova, Cedam, 1986.

⁴⁷ G. Zagrebelsky, “Adeguamenti e cambiamenti della Costituzione”, in *Scritti in onore di Vezio Crisafulli*, Cedam, Padova, 1985, II, pp. 915 ss.

⁴⁸ Su questo v. F. Lancaster, “Miglio costituzionalista”, in *Rivista di politica*, 2011, n. 3, pp. 75-94.

⁴⁹ V. M. Galizia - P. Grossi (a cura di), *Il pensiero giuridico di Costantino Mortati*, Milano, Giuffrè, 1990 e più

in Germania, si è diffuso in Francia e negli ordinamenti anglo-americani, ed ha continuato ad influenzare il dibattito della infinita crisi italiana. Non si è conclusa certo la discussione sul suo comportamento nella crisi weimariana e soprattutto durante il nazismo⁵⁰, ma le difficoltà istituzionali e le persistenti convulsioni sistemiche hanno mantenuto alto l'interesse per le sue interpretazioni liminari, nell'ambito della trasformazione degli assetti statuali e del mutamento degli assi geopolitici. Nel secondo decennio di questo secolo il tema della crisi del sistema democratico rimane, dunque, al centro della discussione italiana, con le divergenti alternative tra un difficile recupero dello Stato dei partiti strutturato e regolato e il plebiscitarismo dell'*Ersatzkaiser*. Alle spalle del fallito referendum sulla riforma costituzionale Renzi-Boschi del 4 dicembre 2016 e della sent. n. 35/2017 sull'incostituzionalità della legge elettorale della Camera dei deputati, il dibattito sullo Stato di massa (democratico o non democratico) continua, dunque, nell'epoca del *populismo informatico*.

* * *

di recente AA.VV., *Il contributo italiano alla storia del pensiero, Diritto*, Roma, Istituto dell'Enciclopedia italiana fondata da Giovanni Treccani, 2012.

⁵⁰ V. A. Predieri, *Carl Schmitt, un nazista senza coraggio*, Scandicci, La nuova Italia, 1999, 2 tomi, tutto incentrato sulla contrapposizione Jünger-Schmitt, su cui v. F. Lanchester, "Il coraggio del giurista", in *Rivista trimestrale di diritto pubblico*, 1999, fasc. 4 (dicembre), pp. 1099-1107; e M. Galizia (a cura di), *Gli appunti sugli anni della guerra di Paolo Galizia (1942-1944)*, Milano, Giuffrè, 2013. Di una simile polemica v. Y. C. Zarka, *Un dettaglio nazi nel pensiero di Carl Schmitt: la giustificazione delle leggi di Norimberga del 15 settembre 1935*, a cura di S. Regazzoni, Genova, Il melangolo, 2005 e J. F. Kervégan, *Che fare di Carl Schmitt*, a cura di F. Mancuso, Roma-Bari, Laterza, 2016.

ACERCA DE LAS JORNADAS «ACTUALIDAD DE
CARL SCHMITT A 30 AÑOS DE SU MUERTE»
CELEBRADAS EN LA UNIVERSIDAD DE
BUENOS AIRES

DR. RICARDO J. LALEFF ILIEFF
MIEMBRO ORGANIZADOR DEL EVENTO

Del 18 al 20 de noviembre de 2015, en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA), se desarrollaron las jornadas conmemorativas por los treinta años del fallecimiento de Carl Schmitt. Impulsadas por un comité académico y uno de colaboradores compuestos por docentes, investigadores, graduados y alumnos de la carrera de Ciencia Política de la UBA, las mismas contaron con el auspicio del Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG), la Maestría en Teoría Política y Social de la mencionada Facultad, el Seminario Permanente de Pensamiento Político (SPPP) y la revista *Anacronismo e Irrupción*.

Se trató de un encuentro que contó con casi treinta panelistas nacionales e internacionales —todos ellos académicos reconocidos, miembros de distintas casas de estudio y provenientes de disciplinas diversas del área de humanidades—, más de veinte ponencias presentadas en mesas especializadas derivadas de una convocatoria general abierta, cerca de un total de quince coordinadores de las distintas actividades y una asistencia considerable por parte del público.

Las voces de apertura —a cargo de la directora del IIGG, la Dra. Carolina Mera, la directora de la mencionada Maestría, la Dra. Cecilia Abdo Férrez y del coordinador del SPPP y uno de los miembros organizadores del evento, el Dr. Luciano Nosetto— revalorizaron la importancia de dicha actividad para la investigación académica pero también para pensar desde la universidad temas de actualidad política. El evento tuvo como eje central discutir en torno a la obra de Carl Schmitt como, asimismo, efectuar un ejercicio reflexivo, de marcada contemporaneidad, a partir de sus desarrollos conceptuales.

Asimismo cabe indicar que la celebración del evento no sólo debe ser inscripta en el persistente interés por el pensamiento schmittiano que se ha mostrado desde el siglo XIX hasta nuestros días en las más diversas latitudes —y que por tanto evidencian la actualidad del decir de Schmitt— sino también como el producto de actividades de investigación y docencia

que se desarrollan en la Facultad de Ciencias Sociales de dicha universidad. Las jornadas se inscriben en una tradición del mundo intelectual argentino sensible desde hace décadas a las distintas recepciones de la obra schmittiana. De hecho, tres han sido los eventos pretéritos que han servido de antecedentes al que aquí nos ocupa: 1) las jornadas de teología política impulsadas por Juan Carlos Portantiero en 1994, 2) las jornadas sobre la obra y pensamiento de Schmitt organizadas por Jorge Dotti y Julio Pinto en 2001 y 3) el coloquio sobre Carl Schmitt y Leo Strauss efectuado en 2008 por el Goethe-Institut con promoción de la UBA. De manera que el encuentro «Actualidad de Carl Schmitt. A 30 años de su muerte» se inserta en dicho derrotero al marcar tanto una tradición de indagación —cuya persistencia no significa homogeneidad y acriticidad— como un producto más de la labor de aquellos equipos compuestos por docentes, investigadores y estudiantes de las ciencias sociales interesados en el legado de Schmitt.

Dada la magnitud del evento, resulta imposible comentar las múltiples y ricas intervenciones de esos tres días. Sin embargo, es menester señalar la tónica que impulsó y finalmente predominó en el evento: la polemicidad. Tónica que el propio Schmitt enarboló en sus escritos y que no escapó, ni a las discusiones que sus trabajos generaron en sus contemporáneos, ni a las re-lecturas de sus extemporáneos que continúan sucediéndose con ahínco. De modo que la polemicidad pretendió ser el disparador de las jornadas, abrigando abordajes diversos, presentando múltiples posturas teóricas y, por qué no decirlo también, antagónicas entre sí, en vistas de incitar el debate y los intercambios.

Se podría mencionar que algunos de los tópicos centrales de las jornadas fueron desde, elucubraciones pormenorizadas acerca de ciertas recepciones e influencias de la obra de Schmitt —por ejemplo, el problema de la autonomía de lo político en distintas tradiciones de izquierda, el decisionismo en la ciencia política argentina y la influencia jurídica del autor en los debates constitucionales latinoamericanos—, hasta interpretaciones basadas en aspectos hermenéuticos de la obra schmittiana —el problema de los valores, la teología política y la comunidad—, pasando por la pertinencia analítica de ciertas categorías del oriundo de Plettenberg para pensar fenómenos actuales —tales como la Unión Europea, las modificaciones institucionales del papado, los derechos humanos y las nuevas modalidades bélicas—.

Mención especial cabe efectuar a la conferencia a cargo del Dr. Pinto y el Dr. Dotti moderada por el Dr. Gerardo Aboy Carlés, actividad central que, por un lado, reafirmó a estas jornadas como tributarias de aquellas efectuadas en 2001 al mismo tiempo que significó un homenaje a profesores que tanto hicieron y continúan haciendo con sus infatigables actividades.

En el sitio web de las jornadas (jornadascarlshmitt.wixsite.com/2015), el lector interesado podrá encontrar más información sobre las mismas, así como el Acta digital de las ponencias pronunciadas y, en un futuro cercano, otros contenidos relevantes.

CARL SCHMITT: CONSTITUTIONAL SCHOLAR AND LEGAL THEORIST

CHRISTOPHER ADAIR-TOTTEFF
UNIVERSITY OF SOUTH FLORIDA

REFERENCES

Lars Vinx. *The Guardian of the Constitution. Hans Kelsen and Carl Schmitt on the Limits of Constitutional Law.* Translation, introduction, and notes by Lars Vinx. Cambridge: Cambridge University Press, 2015. ISBN 978-1-107-09268-6, pp. 279 + X. Cited as *Guardian*.

Volker Neumann. *Carl Schmitt als Jurist.* Tübingen: Mohr Siebeck, 2015. ISBN 978-3-16-153772-1, pp. 618 + XVIII. Cited as *Jurist*.

In their zeal to discredit Carl Schmitt because of his political beliefs scholars often overlook the fact that Schmitt was both a highly regarded constitutional scholar and a brilliant legal theorist. Lars Vinx's volume clearly reveals that Schmitt was ranked high among the constitutional theorists in Germany during the late 1920s and early 1930s and Volker Neumann's book convincingly demonstrates that Schmitt was one of Germany's most impressive legal thinkers of the twentieth century. The first book argues that Carl Schmitt ranks alongside such legal scholars as Gerhard Anschütz, Hermann Heller, Erich Kaufmann, Rudolf Smend, and Richard Thoma and the second demonstrates that Schmitt was the equal to Hans Kelsen. While Kelsen is Schmitt's main antagonist in Vinx's book, he figures prominently in Neumann's as well; accordingly, Hans Kelsen is a major presence in both books. In Vinx's introductory and explanatory material as well as in Neumann's entire book, Carl Schmitt is shown to be a serious and thoughtful legal thinker. As a result, the reader receives a full and factual account of Schmitt's legal thought, free from personal polemics and from political diatribes. Anyone wishing to understand Carl Schmitt's opinions regarding the Weimar Constitution and wanting to comprehend his legal thinking should read these two books. Anyone hoping to find denunciations of Schmitt's political opinions and criticisms regarding his Nazi leanings should look elsewhere.

CARL SCHMITT, HANS Kelsen, AND THE WEIMAR CONSTITUTION

The Weimar Constitution was conceived, implemented, and replaced during fourteen years of an almost continuous state of emergency in Germany. Political upheaval, labor unrest, and economic stress all took its toll on Germany's citizens between 1919 and 1933. The loss of the war and the following revolution served as the background to the writing of the Weimar Constitution and help to explain why the president was given rather sweeping powers and particularly why Article 48 was included. Paragraph 1 of Article 48 indicated that if at any time a *Land* was unable or unwilling to carry out its constitutional duties or its legal or official obligations, that the *Reichspräsident* shall use all necessary means, including force, to ensure that these were carried out. Paragraph 2 of Article 48 indicated that in times of unrest and insecurity, the *Reichspräsident* shall use all necessary measures, including force, to reestablish order and security (*Gesammelte Schriften*, p. 598). The collapse of the United States stock market in October 1928 sent shock waves throughout much of the world but it had an even bigger impact on Germany.¹ While the hyperinflation of the early 1920s had mostly subsided, Germany continued to struggle with war reparations. This struggle had both economic and political ramifications; economic because it was a massive drain on Germany's economy and political because many Germans resented the imposition of what they believed were unfair and intolerable conditions. The year 1930 was particular contentious and Parliament was dissolved in March. Successive parliaments were instituted but were unable to stem the rise of unemployment or to stop the decline of income.² The results included increasing polarization and radicalization on both the Left and the Right. March 1932 saw increasing disorder and street battles. All of this helps set the stage for the account of the constitutional crisis in Lars Vinx's volume *The Guardian of the Constitution. Hans Kelsen and Carl Schmitt on the Limits of Constitutional Law*. As the subtitle suggests, this volume is devoted to the constitutional crisis which began on July 20, 1932 when the chancellor of the Weimar Republic, Franz von Papen, utilized a recent decree from the *Reichspräsident*, Paul von Hindenburg. This decree was based upon Article 48 and was ostensibly being used to restore order. As Vinx points out, much of the fighting in the streets was instigated by the Right and the SA (*Sturmabteilung*) and not by the Left. Vinx clarifies that the SA was the paramilitary wing of the Nazi Party. Unfortunately, Vinx does not explain that the Left was made up of members of several parties, including the SPD (*Sozialdemokratische Partei Deutschlands*) (*Guardian* pp. 1-4). Vinx does explain that 'the real goal was to wrest control' of Prussia from the SPD. Thus, the so-called *Preussenschlag* ('the strike against Prussia') was designed to take over all of the Prussian ministries. The decree was based upon both paragraphs of Article 48, stating first, that the Prussian officials were not carrying out their duties and second, that they were unable to restore order and security, therefore, the *Reich* would do so. Vinx also notes that von Papen's government was largely responsible for allowing the street fights, if for no other reason than it had lifted the ban on the SA in the hopes of attracting Nazi support. Unfortunately, the *Preussenschlag* did not work as intended and, furthermore, it caused a constitutional crisis (*Guardian* 2-3).

¹ For an excellent general history of the Weimar years see *Aufstieg und Untergang*; for an excellent history of some of the major economic and political crises of the last three years of the Weimar government, see *Aufstieg und Untergang*, pp. 355-382 and pp. 531-591.

² The Weimar government was not very stable as indicated by the fact that between February 1919 and January 1933 there were 21 cabinets, most of which lasted under twelve months. The last cabinet prior to Hitler's was dissolved after only 58 days (December 3, 1932 to January 30, 1933). See *Aufstieg und Untergang*, pp. 643-649.

The Prussian government realized that politically and legally, it was unlikely to survive. The governing coalition was precarious and its legal standing was doubtful. Even the Prussian government had considered allowing the *Reich* to take over most responsibilities, but as Vinx points out, the *Preussenschlag* was not only the demand by the *Reich* to take over all government offices but that it would not be a temporary but rather a permanent assumption of duties. In fact, it was the total submission to the *Reich* which led to the complete dissolution of Prussia. The Prussian government believed that it had to contest this decree, which it did before the *Staatsgerichtshof*.³ The decision was delivered on October 25, 1932 and was a mixed one. On one hand, the court ruled that Prussia had been fulfilling its responsibilities, hence the decree was wrongly enforced; but on the other hand Prussia was unable to maintain order, hence the decree was justified (*Guardian* pp. 4-5). Vinx points out that the decision led to the demise of the Weimar Republic and it helped the rise of the Nazi Party. Furthermore, the crisis involved debates regarding two crucial constitutional issues: one, the nature and limits of executive power and two, the legitimacy and ‘desirability’ of constitutional decisions (*Guardian* p. 5).

Carl Schmitt was part of the *Reich*’s legal team and argued that the head of government must have the authority to make decisions, especially in times of emergency. Hence, the executive was guardian of the constitution. In contrast, Hans Kelsen, who was not part of any legal team, argued that the guardian of the constitution was the constitutional court (*Guardian* p. 5). *The Guardian of the Constitution* is a partial account of these two debates and it has six chapters, three of which contain complete translations of three of Kelsen’s writings. The three other chapters contain some of Schmitt’s writings; one is a complete translation of one short work while the other two chapters contain partial translations of another of Schmitt’s longer writings.

Schmitt was part of the team which argued that the *Reich* had the power and the duty to invoke Article 48. He was convinced that it was necessary to maintain the security of the ‘Reich’ and he suggested that the *Staatsgerichtshof* should rule in its favor. What he did not say was that he thought the *Staatsgerichtshof* was unnecessarily involved because this was a matter for the executive and not the judiciary. This is partially because of his conviction regarding the strong and decisive leader and in his belief that the leader represents the ‘will of the people.’ But, it is mostly because Schmitt believed that these questions were not legal questions, but political ones and that the real ‘guardian of the constitution’ was not the *Staatsgerichtshof* but the President of the *Reich* (*Guardian* pp. 222-227). In contrast, Kelsen was not part of the opposing legal team but, as the theorist for the development of the Austrian constitutional court as well as a judge on it, he was convinced of the need for a strong constitutional court in Germany to resolve such critical legal crises. Furthermore, he objected to Schmitt’s notion of the ‘will of the people’, which he believed was nothing less than reverting to a metaphysical foundation for the state. More specifically, he insisted that the ‘Reich’ was maintaining

³ The *Staatsgerichtshof* (‘State Court’) was different from the *Reichsgericht* (*Reich* court); the latter was made up of a number of courts and dealt with thousands of relatively normal court cases. In contrast, the *Staatsgerichtshof* was designed solely to adjudicate special cases, such as those involving constitutional issues. However, it was not designed to be a ‘true’ constitutional court. Peter C. Caldwell provides a brief but informative account of it. See *Popular Sovereignty*, pp. 145-148. It is unfortunate that Vinx does not offer anything like Caldwell’s account, nor does Vinx refer to this part of Caldwell’s book. For Caldwell’s discussion of the *Staatsgerichtshof* and its decisions regarding the cases leading up to and including the *Preussenschlag* see *Popular Sovereignty*, pp. 160-170.

that Prussia was not fulfilling its duties, but it did not specify which ones. (*Guardian* pp. 228-230). Kelsen concluded that the *Staatsgerichtshof* offered a confusing and an unsatisfactory compromise, but this compromise was not a 'golden middle' that the judges hoped was going to save the Weimar constitution (*Guardian* pp. 250-252). Whereas Kelsen wanted the *Staatsgerichtshof* to do its legal duty and protect the constitution, Schmitt was interested in it becoming even more political, thereby subverting it in order to serve the interests of the President of the *Reich*.

The book does have some failings but they are not so much errors as they are omissions.⁴ Vinx does not explain why he chose the particular sections from *Der Hüter der Verfassung* nor does he explain why he does not make use of other critically important constitutional scholars such as Richard Thoma, Gerhard Anschütz, and Rudolf Smend. Schmitt did not often agree with them, but he frequently makes references to them. For some examples, see *Guardian* p. 84, Schmitt's Note 13, p. 98, Schmitt's Note 38, p. 101, Schmitt's Note 40, p. 111, Schmitt's Note 58, p. 129 and Schmitt's Note 4. One would think that Vinx would have either referred to them or would have explained why he chose not to. Similarly, in his use of secondary sources, Vinx uses some important ones (Diner and Stolleis, Dyzenhaus), lists some but makes little or no use of them (Caldwell, Scheuerman), and leaves out a number of others (Kennedy, McCormick, and Schlink).⁵ Vinx's Introduction is rather short and his Notes are nowhere near comprehensive; nonetheless, the Introduction is clearly written and most of the Notes are quite helpful. His translations are excellent—they appear correct and they are very readable. In comparison the complaints are rather minor, especially given how important this book is. Vinx has drawn attention to an important constitutional crisis that is not just important historically but has continuing relevance; that is, the enduring conflict between law and politics.

SCHMITT, KELSEN, AND LEGAL THEORY

If the *Guardian of the Constitution* leads one to conclude that Schmitt was a power-seeking political type and not a competent and influential legal scholar, Neumann's *Carl Schmitt als Jurist* shows that this conclusion is rather misleading. Neumann wrote his dissertation on Schmitt and it appeared in 1980; thirty-five years later he published *Carl Schmitt als Jurist*. One of the major points that Neumann makes early on is that while many scholars have written on Schmitt, they have concentrated primarily on Schmitt's political thinking and not on his legal writings. However, as Neumann points out, as much as Schmitt moved beyond the confines of law, he was trained as a jurist, held professorships in law, and published numerous legal works (*Jurist* pp. 1-3).

Neumann divides Schmitt's life into four parts. The first one covers Schmitt's beginnings as a legal theorist; that is, from roughly 1910 until 1922. Neumann does not spend much time on this period because during this time Schmitt had moved away from law and towards political

⁴ One minor but glaring error is in the Bibliography. Hans Mommsen is erroneously listed as the author of *Max Weber and German Politics 1890-1920* whereas the correct author is Wolfgang J. Mommsen, Hans Mommsen's twin brother (*Guardian* p. 270).

⁵ These include Dan Diner and Michael Stolleis, *Hans Kelsen and Carl Schmitt*, David Dyzenhaus, *Legality and Legitimacy*, Peter C. Caldwell, *Popular Sovereignty and the Crisis of German Constitutional Law*, William E. Scheuerman, *Between the Norm and Exception*, Ellen Kennedy, *Constitutional Failure*, John P. McCormick, *Carl Schmitt's Critique Of Liberalism*, and Bernhard Schlink, "Why Carl Schmitt?".

thinking. Neumann spends considerably more time on the second period in Schmitt's life; namely, from 1922 until 1932. However, he also focuses mostly on the years that Schmitt spent teaching in Bonn (1922-1928). They were the years in which he became a legal scholar and were among the most productive regarding constitutional law (*Jurist* pp. 77, 561). It was during his years in Bonn that Schmitt published two of his most important and most famous works—the article *Der Begriff des Politischen* (1927) and *Verfassungslehre* (1928). It is in the first that Schmitt argued for the need for state's unity and proposed his 'enemy/friend' distinction to ensure it. Neumann not only explains why Schmitt developed this distinction, he explains what it is, and how it was received. He does much the same with the *Verfassungslehre* but to an even greater extent. Given that *Der Begriff des Politischen* was mostly political, it is understandable that Neumann finds *Verfassungslehre* to be more relevant. He notes that it may not be a theory of the constitutional in an ordinary sense and that it is both negative and positive. Schmitt criticizes Kelsen at length but as Neumann points out, he took issue with Kelsen's early writings as Kelsen was just developing his 'Pure Law' theory. Neumann suggests that many scholars criticized *Verfassungslehre*, including Hermann Heller and Otto Kirchheimer, but he pays the most attention to Richard Thoma's various attacks (*Jurist* pp. 114-117, 121-127, 132-137). It is to Neumann's credit that he provides rather careful and relatively complete accounts of Schmitt's critics, thereby avoiding the temptation to be defensive about the subject of his book.

Neumann's account of the *Preußenschlag* is especially good—it is as clear as it could possibly be and it is thorough⁶. He not only provides a good account of the legal conflict but he also offers a concise account of the historical and political conditions which led up to it (*Jurist* pp. 264-266, 270-272). He also suggests that when discussing the *Preußenschlag* we should consult *Legalität und Legitimität* because Schmitt finished it only ten days before it, thus it offers a theoretical defense for Schmitt's legal strategy (*Jurist* pp. 272-273). Neumann is also good at debunking theories, and one in particular—why the *Preußenschlag* is connected with Schmitt when the 'first guard' of the Weimar constitutional theorists were involved—including Gerhard Anschütz, Hermann Heller, Hans Nawiasky, and Hans Bilfinger (*Jurist* p. 264). It seems that Schmitt offered a defense of the indefensible whereas the others were far more reasonable in their arguments. However, Neumann concentrates most of his attention on the debate between Schmitt and Kelsen. Neumann notes that Kelsen objected that the decision by the 'Staatsgerichtshof' was full of inconsistencies and contradictions. He also observes that Kelsen's critique was a penetrating analysis but that Kelsen either could not, or would not, consider the political dimensions of the debate, something which Schmitt was happy to do (*Jurist* pp. 279-281).

Neumann is rather thorough in his coverage of Schmitt's life between 1933 and 1945. While it is rather obvious that he personally finds Schmitt's allegiance to, and support of, the Nazi regime to be self-serving, he maintains his scholarly distance and offers a carefully nuanced account of this period in Schmitt's life. The final 65 pages are devoted to Schmitt's life after World War II. He was incarcerated and interrogated but was let go. He lost his professorship and retreated to his home town of Plettenberg. But, as Neumann recounts, Schmitt did not remain isolated for long (*Jurist* pp. 493-499). Friends and former students rallied around and Schmitt resumed publishing. However, Schmitt mostly tried to deflect blame for his contribution to the legal justifications of the Nazi regime and to steer the reception of his works (*Jurist* p. 539). Neumann notes that the war dead numbered between 50 million and 56 mil-

⁶ In contrast to Vinx, Neumann uses the German spelling of 'Preußenschlag'.

lion people and many countries were ruined, including Germany (*Jurist* p. 533). Neumann also points out that no one compelled Schmitt to write the legal foundations and that he did so in order to gain favor, if not fame. Numerous scholars objected to Schmitt and some insisted that his reputation as a legal scholar was overestimated (*Jurist* p. 559). Neumann demonstrates that those who objected did not fully appreciate Schmitt's legal mind and they should not claim that he was not a first-rate legal theorist based upon his politics. Neumann closes his book on Schmitt's role in law by mentioning that he always found it troubling that no one has yet written a book on Carl Schmitt's contribution to the founding of the science of politics in Germany (*Jurist* p. 564). Scholars are frequently too eager either to refute or defend Carl Schmitt; but Neumann wisely chose to understand him. We have him to thank for providing us with a fair and nuanced account of Carl Schmitt's legal philosophy.

Although Neumann introduces each section with a short biographical account, *Carl Schmitt als Jurist* is not a biography of Schmitt. If one wants a genuine biography, then one should still read Reinhard Mehring's *Aufstieg und Fall*.⁷ Neumann's stated goal was to write a book on Schmitt's legal philosophy and his method was to remain as faithful as possible to Schmitt's texts (*Jurist* p. 3). Neumann has admirably achieved his goal and has remained true to his method; however, this book is not a dry scholarly tome, but is one which offers a full picture of Schmitt. Neumann reveals how often Schmitt's personal insecurities and complexities color his legal and political thinking. Neumann departs from his account of Schmitt as jurist to discuss Schmitt's rather difficult relationships with various colleagues. These include Rudolf Smend, Erich Kaufmann, and Kelsen. Neumann suggests that it is 'astonishing' that Schmitt and Kaufmann engaged in a public feud when Kaufmann had supported Schmitt's call to Bonn and they had a collegial, indeed, friendly relationship for some time (*Jurist* p. 171). Neumann does not state it, but it seems that everything was personal with Schmitt. This appears true regarding his fights with Kaufmann and others, but it seems especially true regarding Kelsen. Neumann writes at the beginning of his book that Kelsen would be appearing throughout it and indeed he does. Given Schmitt's continuous feud with Kelsen, it is a testament to Neumann's knowledge and convictions that he is able to discuss Kelsen in a fair and unbiased manner. He makes it clear that Kelsen remained impersonal and polite, whereas Schmitt clearly took offense and was often impolite, if not sometimes rather nasty. There have been a few scholars who have suggested that Weber is the intellectual father of both Schmitt and Kelsen, but while it is easy to see where Kelsen learned from Weber and then parted ways, it is not so clear that Schmitt owed much to Weber, either intellectually or personally. If there are complaints about Neumann's book, there will not be many; however, one might be that he is relatively silent about Weber. In contrast to Kelsen who is mentioned hundreds of times, Weber is referred to in less than a dozen instances. *Carl Schmitt als Jurist* is not a short book (618 pages) nor an easy one to read. Part of the blame may be laid on Neumann's style, but most of it has to be blamed on the difficulty of the topic. Nonetheless, this book is a comprehensive account of Schmitt as a jurist and as such, is likely to remain as a standard work on this topic for decades to come.

⁷ Mehring's biography is now available in English. *Carl Schmitt. A Biography*. Polity Press. 2014.

CONCLUDING COMMENTS

Lars Vinx's edition and translation of some of the key texts regarding the 1932 constitutional crisis in Weimar is rewarding because it provides a readable introduction to the legal crisis and provides a proper context for an understanding of that. This is beneficial because this volume offers the English-reading audience access to a number of important texts regarding this constitutional crisis. Vinx also does an excellent job by showing that Carl Schmitt was the intellectual equal to Hans Kelsen and Vinx should be commended for refraining from siding with one scholar over the other. Anyone wanting to comprehend the complex legal and political considerations revolving around this final Weimar constitutional crisis would be well-advised to start with Vinx's *The Guardian of Constitution*.

Volker Neumann's book is one of the best books available on Carl Schmitt. This is because of several factors: 1) Neumann himself has a first-rate legal mind as well as having the ability to explain difficult and complex legal thinking, 2) he focuses on Schmitt as jurist but brings in biographical and political considerations when necessary, 3) like Vinx, Neumann is objective and he reveals Schmitt's strengths as well as his weaknesses; that is, he provides a complete portrait of Schmitt as a complex and often troubled individual without condemnation or pity. Finally, Neumann offers a balanced picture of the competition and even rivalry between Schmitt and Kelsen; while his subject is the former, Neumann never shows the latter in anything close to an unflattering light. Thus, Neumann offers an account of Schmitt and Kelsen which is rather complete and quite judicious, with the result that the reader gets an understanding of the complex legal problems that both men tackled as well receiving sympathetic portraits of both individuals. Vinx's *The Guardian of the Constitution* is an excellent introduction to Carl Schmitt's role in the constitutional crisis of 1932 and Neumann's *Carl Schmitt als Jurist* is an excellent biography of Schmitt as legal scholar. Read together they provide a rich and fascinating account of Carl Schmitt as constitutional scholar and legal theorist. For anyone who is seriously interested in Carl Schmitt's legal thinking, these books should be placed high on a must-read list.

REFERENCES

- Caldwell, P. C. (1996). *Popular Sovereignty and the Crisis of German Constitutional Law. The Theory and Practice of Weimar Constitutionalism*. Durham, N. C.: Duke University Press. Cited as *Popular Sovereignty*.
- Mommsen, H. (2001). *Aufstieg und Untergang der Republik von Weimar 1918-1919* (2. Ausgabe). München: Propyläen Taschenbuch. Cited as *Aufstieg und Untergang*.
- Mehring, R. (2009). *Carl Schmitt. Aufstieg und Fall. Eine Biographie*. München: C. H. Beck. Cited as *Aufstieg und Fall*.
- Preuß, H. (2015). *Gesammelte Schriften*. Dritter Band: *Das Verfassungswerk von Weimar*. Tübingen: Mohr Siebeck. 2015. Cited as *Gesammelte Schriften*.

[*Esprit*]

CARL SCHMITT

LA FORMAZIONE DELL'ESPRIT IN FRANCIA

Carl Schmitt. *La formazione dell'esprit in Francia e altri scritti sull'Europa e sullo Stato.* Translated and edited by Carlo Pontorieri. Genova: il Melangolo, 2015, 130 pp.

In this interesting edited work, six essays originally published by Carl Schmitt between 1925 and 1954 appear, translated into Italian and united by a common feature: the contribution to the understanding of state-formation in Europe. The carefully edited essays, chronologically arranged – among which *Die Formung des französischen Geistes durch den Legisten* (1942) stands out, giving this collection its title – are here published for the first time in Italian with a useful apparatus of critical notes, and introduced by a brief preface by the editor.

In addition to *Die Formung*, two other essays chosen by the editor form the main thread that underlies the whole book: *Das "Allgemeine Deutsche Staatsrecht" als Beispiel rechtswissenschaftlicher Systembildung* (1940), and *Staat als ein konkreter, an eine geschichtliche Epoche gebundener Begriff* (1941). These three writings date back to the early 1940s, a period of his long-lasting intellectual production that Schmitt himself defined as "*decipere tyrannum*" (p. 5). In fact, according to the editor, a new phase had begun in Schmitt's reflection following his "dismissal of career ambitions within the National Socialist regime" (ibid.) marked by the publication of his essay *Der Leviathan in der Staatslehre des Thomas Hobbes* (not included in this book) in 1938.

Many of the ideas developed by Schmitt before 1938 were afterwards repudiated by himself, as in the case of the complete reversal of perspective on the relationship between Roman law and German law, a *revirement* that in reality was nothing but a return to Schmitt's orig-

inally favourable attitude towards Roman law. This element gives birth to an original and fruitful interpretation of Schmitt's thought in the early 1940s, which in turn highlights both the points of contact and the differences between the evolution of the law and of the state in Germany and elsewhere in Europe, especially in France.

The NSDAP's propaganda depicted Roman law as connected to the individualistic-bourgeois order; in doing so, the regime was aiming to reform law in Germany in a genuinely *völkisch* sense. After 1933, Schmitt pretended to welcome such a nationalist-radical intent, based on the widespread criticism of Roman law among the Nazis. In his post-1933 essays, Schmitt widened his criticism of Roman law from its reception in fifteenth-century Germany up to the reception of the legal concepts of the liberal state coming from other European countries. The change in Schmitt's attitude towards Roman law clearly emerges from his 1940 essay on German public law. The reception, once criticized, was now seen in a favourable light and recognized by Schmitt as the main principle underpinning "the whole performance of the German legal science" from the eighteenth century onwards; "legal concepts and rules" were thus imported "into a scientific system, thus creating a German common law" (p. 37). Looking back at the past, Schmitt thereby recognized the historical presence of the *Juristenrecht*, a German law made by a *Rechtsstand*, which accepted legal concepts from abroad, making them their own.

The central role of the jurists in state-formation, though this time in France, is the object of the subsequent translated essay *Die Formung des französischen Geistes durch den Legisten*. What is striking in this text is the analogy, indicated by the title, with the interpretation of the French history expounded thirty years later by Denis Richet in his book *La France moderne: l'esprit des institutions*. The French *légistes*, according to Schmitt, were the "shapers of the state and of the *esprit* itself," who assumed "the ideas of unity and legality of the state" to be a "paradigm" which rescued France from the confessional clash between Catholics and Protestants, as the editor notes (p. 11). The idea of unity of the state is also connected to the essay originally entitled *Raum und Rom – Zur Phonetik des Wortes Raum*, in which Schmitt deals with this "primeval" word representing "an area created from a wild region for human existence and made cultivable"; significantly, he assumes that "*Raum* and *Rome* are the same word" (p. 119).

Schmitt further reasserted the idea of unity of the state in his 1941 conference on the *Staat als ein konkreter, an eine geschichtliche Epoche gebundener Begriff*, arising out of a "spatial revolution", introduced in the sixteenth century by the philosophical and scientific discoveries made by Giordano Bruno and Galileo Galilei (p. 109). In this work too, Schmitt highlights the juridico-political innovations that took place in the early modern French context leading to the birth of "the concepts of State and sovereignty" (p. 103), the latter identified by Jean Bodin with the legislative power (p. 88). The idea of unity of the state, described by Schmitt as "spatially closed, delimited with mathematical precision towards the other states, centralized and rationalized" (p. 107), becoming "*mesure*," one of the concepts that make up "the specificity of the French mind" (p. 63), shows the mark of the legists' hegemony "not only on the political history of France, but also on the *esprit's* formation itself" (p. 14).

Schmitt's interpretative line, brought to light by Carlo Pontorieri's intelligent selection of writings, progressively made evident in the three above-mentioned essays, opens the way for a deeper understanding of the legal and politico-institutional development of modern France and Germany. Such powerful insight is worth noting as a key to understanding the phenomenon of statehood in Europe, thereby making the whole book a very welcome contribution. The difference between the evolution of the state in France and Germany is par-

ticularly evident in the opposite attitude of the jurists towards the law. Schmitt noted the difference between the *Juristenrecht*, arising from the lack of unity of the German nation, and the French *loi*, at the same time pointing out to the conceptuality of the modern German jurisprudence (from the nineteenth century onwards), which was a reception of French legal concepts, thereby tracing a parallel with the reception of Roman law in 1495. French jurists were legists. Their authority was ultimately deriving from the “*législateur*, a legislator different from themselves [...] whose sovereignty lay above all in the supreme decision and the legislative power” (p. 73). Legists then unsurprisingly served the French monarchy in the titanic enterprise of building the *État*, whose foundation firmly rested on the principle of legality. Unlike their French counterparts, German jurists devoted themselves to the building of a rather doctrinary *Juristenrecht*, which resulted from the enduring lack of a unitary, centralized legislative power.

Slightly distant from the main thread formed by the above-mentioned writings is the essay on Illyria – written by Schmitt in the mid-1920s after a summer trip to Dalmatia with his second wife Duška Todorović –, meant to offer an insightful comparison between the political history of Germany and this territory, which existed as an autonomous state only during the short-lived experience of the Kingdom of Illyria established by Napoleon in 1809 and five years later absorbed into the Austrian empire.

The essay that closes this collection, *Welt großartigster Spannung*, appeared in a German travel magazine that in 1954 dedicated a number to Sauerland, where Schmitt’s hometown Plettenberg is located. Writing of his homeland, he points out to the tension between “land and sea,” one of the themes dear to him, though at the same time in this story he speaks of himself.

ROCCO GIURATO
UNIVERSITÀ DELLA CALABRIA

CARLO GALLI

JANUS'S GAZE: ESSAYS ON CARL SCHMITT

Carlo Galli. *Janus's Gaze: Essays on Carl Schmitt.* Translated by Amanda Minervini and edited by Adam Sitze. Durham: Duke University Press, 2015.

This book, a translation of the Italian original published in 2008, provides a first incursion of Galli's interpretation of Schmitt in English.¹ As such, *Janus's Gaze* provides both a summary of Galli's perspective on Schmitt exposed in the *Genealogia della Politica* (Galli, 2015, pp. xlv–xlv) and a methodological argument that Schmitt's work ought to be read more for purposes of intellectual history than with a view to understanding the current political situation. While this opportunity to glance into Galli's understanding is very welcome and merits consideration, one cannot help but feel that this relatively short book seeks to do too much in too little space and that, ultimately, Galli falls short on both counts.

From the onset, Galli explains that this book is divided in roughly three parts. The first two chapters provide powerful, masterful even, accounts of the genealogy of form and “deformity” in Schmitt's thought. In these two chapters, Galli progresses through the full range of Schmitt's (mostly pre-war) writings; the first demonstrates that the ideal of the Schmittian state would be one self-conscious of its own deformity, of its own “originary disequilibrium” (2015, p. 24) which can only be balanced by an acknowledging of this foundational void-of-order (against liberalism's obfuscation of this tension), while the second concerns itself with the exception and the problem of transcendence. Galli aptly positions the political as in

¹ Prior to this book, the only works of Galli published in English consist in an article published in 1999-2000 in the *Cardozo Law Review* (Galli, 1999) and two articles published in *The New Centennial Review* (Galli, 2009, 2010a). His 2010 book *Political Spaces and Global War* (Galli, 2010b), while Schmittian in outlook, is not focused on Schmitt (see Minca, 2012).

unbridgeable tension: it is the problem of grounding order on an absence of order. After such a strong, synthetic, and thematic opening, chapters 3 and 4 fall somewhat short. While clearly well researched and presenting strong arguments, the analyses of Schmitt and Strauss' contrasting attitudes toward Spinoza (Ch. 3) and of Schmitt's protean interpretation of Machiavelli (Ch. 4) feel somewhat misplaced, as if one had been left at the end of Chapter 2 waiting for a strong catharsis that was delayed.

Finally, the fifth and final chapter – occupying approximately a third of the book, is the only one in this book to deal primarily with Schmitt's international writings after the War. In it, Galli turns to Schmitt's international works, and returns to a key element of his interpretation – which I share entirely – namely that political enmity, for Schmitt, “plays a necessary role in constituting and maintaining order” (2015, p. 99). As in chapters 1 and 2, Galli approaches Schmitt's political as a response to the challenge of ontological disorder (2015, p. 100), concluding that Schmitt's political is unable to fulfil this role in the age of globalisation. Schmitt's political viewed conflict as “internal to order” (2015, p. 119), while global conflict is, if anything, rather akin to absolute war (2015, p. 128), devoid of any relation to regularity (2015, p. 119). As such, returning to the theme of Chapter 2, global conflict does not constitute an exception; instead, it is the political turned on itself, the disequilibrium-guaranteeing-balance having become pure disorder. As such, Galli joins other theorists of the ‘permanent exception’, although he does so mainly by arguing for a need to overcome Schmitt in assessing the present.

Throughout the book, Galli grounds his interpretation in a number of explicit – and somewhat controversial – methodological and intellectual assumptions. The main thesis of the book is that reading Schmitt is an exercise in intellectual history and – to some extent – in seeing how a major thinker reacted to his historical situation. In other words, Schmitt cannot tell us anything significant about the present. The key to this argument – to which Galli devotes the end of Chapter 5 – is that there is no similarity between the challenges and crises of the modern era and those of the “global era.” The questions that Galli identifies in Schmitt – the importance of conflict internal and founding order, the opposition of land and sea, the relation of regular and irregular (and of norm and exception), and the opposition of theology and nihilism – are simply not relevant in a global age where absolute war is the norm and politics plays out in simultaneous temporalities and spatial indifferenciation. While this is a thought-provoking thesis which encourages us to question the automatic acceptance of Schmittian categories to assess contemporary politics, this short book leaves Galli little space to expose this argument fully, and I suspect that it might be necessary to locate the full argument on the radical difference between global and modern eras – which is the cause of Schmitt's outdatedness – elsewhere.

Other key controversial premises include the distinction between Schmitt's theory and ideology, with ideology providing fuel to Schmitt's theorising. For Galli it is possible to ignore the ideology to arrive at unmitigated theory. While in some cases this can be done rather easily (for instance, Schmitt's argument on the collapse of the state under individualistic liberalism in *The Leviathan in the State Theory of Thomas Hobbes* stands quite well without the anti-Semitic rhetoric), in some cases this differentiation is much more difficult (how much of the opposition of land and sea and of the argument on the collapse of the *jus publicum Europaeum* rests on Schmitt's “ideological” polemic against British-American imperialism and the Monroe Doctrine?). Finally, for Galli, particularly in Chapter 1 and 2, Schmitt's *oeuvre* is traversed by recurring questions, but no recurring answers – indeed, the answers to the problems in Schmitt change constantly, even between his works in the 1920s. On this, he is much more convincing as he takes painstaking care in tracing Schmitt's progression.

In summary, this book, particularly chapters 1, 2, and 5, provides a stimulating and challenging take on the place of Schmitt in contemporary political theory. However, as mentioned earlier, this argument also falls short. Galli chose to compress this book into 134 pithy pages; for this reason, several key points are insufficiently developed. The discussion of Schmitt's relevance to global war – in many ways the climax of the argument – is compressed into 10 pages at the end, which is naturally very insufficient to demonstrate that 1) there is a “global age” beginning with the September 11, 2001 attacks, which is distinct from the modern era; 2) this global age is so structurally different from modernity as to prevent using Schmitt's categories of thought to approach it; 3) global war represents an abandoning of every principle of Schmitt's political. I suspect much of this argument can be found in Galli's earlier book *Political Spaces and Global War* (Galli, 2010), but it is so essential to the argument of this book that presenting it in broad brush strokes is unsatisfactory.

While, as I stated earlier, this book will likely not secure Galli's place in English-language scholarship, as might have been hoped, it nevertheless provides a compelling and coherent – if controversial – interpretation of Schmitt with sound methodological underpinnings. Perhaps more importantly, it is particularly significant that Sitze and Galli have succeeded in bringing Schmittian scholarship to a top-tier press, in Duke University Press. While hoping for this trend to continue, Schmitt scholars may want to brush up on their Italian; this brief glimpse into Galli's thought should point readers above all to Galli's *magnum opus Schmittianum*, the *Genealogia della Politica*.

REFERENCES

- Galli, C. (1999). Carl Schmitt's Antiliberalism: Its Theoretical and Historical Sources and Its Philosophical and Political Meaning. *Cardozo Law Review*, 21, 1597.
- Galli, C. (2009). On War and on the Enemy. *CR: The New Centennial Review*, 9(2), pp. 195–219. <https://doi.org/10.1353/ncr.0.0070>
- Galli, C. (2010a). Carl Schmitt and the Global Age. *CR: The New Centennial Review*, 10(2), pp. 1–25. <https://doi.org/10.1353/ncr.2010.0019>
- Galli, C. (2010b). *Political spaces and Global war*. (A. Sitze & E. Fay, Trans.). Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Galli, C. (2015). *Janus's Gaze: Essays on Carl Schmitt*. (A. Sitze, Ed., A. Minervini, Trans.). Durham: Duke University Press.
- Minca, C. (2012). Carlo Galli, Carl Schmitt, and contemporary Italian political thought. *Political Geography*, 31(4), pp. 250–253. <https://doi.org/10.1016/j.polgeo.2011.10.004>

EMIL ARCHAMBAULT

School of Government and International Affairs
University of Durham, UK

CARL SCHMITT HOJE: POLITICA, DIREITO E TEOLOGIA

CARL SCHMITT TODAY: POLITICS, LAW AND THEOLOGY

ROBERTO BUENO (Org.). *Carl Schmitt hoje: política, direito e teologia*. São Paulo: Editora Max Limonad, 2016, 713 pp.

Inicialmente, pode-se dizer que há no Brasil um interesse bastante grande pelo pensamento do jusfilósofo alemão Carl Schmitt (1888-1985). Nesse contexto, a obra *Carl Schmitt hoje: política, direito e teologia*, publicada em 2016, apresenta-se como importante contribuição para o fortalecimento de uma tradição de pesquisa e, também, de ampliação da divulgação do pensamento schmittiano no meio acadêmico brasileiro. O primeiro aspecto a ser destacado é a riqueza e pluralidade dos olhares que compõe o livro a respeito do pensamento de Schmitt. Dessa maneira, o livro se propõe e dá conta de enfrentar um pensamento plural a partir dos esforços de pesquisa de uma gama de pesquisadores e especialistas de erudita formação em diversas tradições intelectuais.

A estrutura da presente obra está dividida em dezenove capítulos que apresentam o pensamento schmittiano em seu combate ao liberalismo, à democracia e ao constitucionalismo presentes no Estado de Direito da República de Weimar, com análise dos conceitos mobilizados por Schmitt para elaboração de sua crítica, a saber: a fundamentação da decisão soberana, o problema existente na relação entre legalidade e legitimidade, que implicam um repensar a questão da representação na democracia e, por fim, o tema da guerra justa. Ainda, não deixam de ser analisadas as conexões do pensamento de Schmitt com o de Aristóteles (no que diz respeito aos fundamentos dos conceitos políticos) e também com Hegel, Juan Donoso Cortés

(e o percurso da teologia política na história, com impactos nas categorias conceituais de Estado e Ditadura), bem como seus contemporâneos Ernst Jünger (e o problema da totalidade na era da técnica) e Hans Kelsen (a questão da democracia e da Constituição nos debates de Weimar).

Ao iniciar a obra o leitor já se depara, logo no primeiro capítulo, com o texto francês de *Alain de Benoist*, intitulado «Carl Schmitt et le retour de la “guerre juste”» que traz a sensação de que, apesar da «babel» linguística, os fantasmas da conjuntura política que assombram a democracia contemporânea estabelecem pontos em comum entre continentes distantes. Ao recordar a guerra em Schmitt como um *jus in bello*, ou seja, em um patamar jurídico que substitui a ideia medieval alcançando de tal forma o inimigo de forma «justa».

Reconhecidas as propedêuticas schmittianas ao conceito de relação «amigo-inimigo» o segundo capítulo apresenta outro grande conceito do autor em debate, redigido por um estudioso brasileiro sobre a temática, *Andityas Matos*, em artigo intitulado «Carl Schmitt, comunidade e novo direito: elementos para uma crítica da democracia liberal». Neste texto o autor entrega mais uma vez o choque com a contemporaneidade da crítica schmittiana, com a defeituosa estrutura da democracia liberal e, ao mesmo tempo, o temor de deparar com um pensamento sofisticado sob um prisma autoritário.

Em seguida, no terceiro capítulo, seguindo a mesma linha do debate liberal, *Joseph William Bendersky*, traz uma defesa merecida ao teórico em comento, unindo-o a Samuel P. Huntington, economista conservador. A abordagem comprova a atualidade do pensamento antiliberal de Carl Schmitt a partir de uma metodologia de força de um Estado e seus recursos como proteção à sociedade. Na sequência, no capítulo quarto, é abordado o problema da legalidade e legitimidade por *Cássio Corrêa Benjamin*. Nele o autor apresenta as controvérsias de Schmitt em seu estado total a partir de uma discussão weberiana. Assim, como visto, o livro não teme colocar tópicos conflitantes, entre defesas, denúncias e críticas ao pensamento de Carl Schmitt, uma vez que cabe ao leitor encarar tal obra como um debate.

O professor *Roberto Bueno* retorna no quinto capítulo para discutir o autoritarismo alemão a partir da leitura de Carl Schmitt do pensamento do espanhol Juan Donoso Cortés. Retomando a teologia política, Bueno entra no conceito de ditadura e seu alicerce providencialista e, como um progressista fiel, denúncia em suas entrelinhas o problema da soberania schmittiana. De forma conexa, o subsequente sexto capítulo apresenta um recorte de contextualização histórica cujo autor, *Germán Gómez Orfanel*, revisita o pensamento autoritário alemão, mas não da forma tradicional, senão cirurgicamente, apontando a originalidade de Carl Schmitt na evolução de tal interpretação conjuntural de Estado que trouxe uma dualidade perene que faz o leitor ainda hoje, seja na Europa, seja nas Américas, navegar entre a revolta, os aplausos e o espanto.

Pedro Hermílio Vilas Bôas Castelo Branco apresenta no sétimo capítulo um ponto de extrema importância para a interpretação schmittiana: o decisionismo. Entender a sacralização da lei baseada na personalização da mesma pode parecer complexo para primeiros leitores. Sem embargo, ao intérprete atento aos capítulos anteriores restam claras as influências teológico-providencialistas de Schmitt bem como sua original interpretação estatal, sem esquecer de sua relação de oponente ao purismo metodológico de Hans Kelsen, e assim o autor consegue extrair de tal capítulo a forma mais importante de pensamento do teórico em debate, a saber, a decisão. Esta não vem tanto do nada como do próprio sujeito, que não pode ser o mesmo sujeito de direito, mas sim sacro, que se mantém fora e dentro sistema. Tal capítulo faz remeter diretamente ao décimo-quinze, de autoria de *Rodrigo Páez Canosa*, que apresenta a ideia da subjetividade que deve ser mantida pelo Estado com fundamento na ordem.

Os capítulos oitavo e nono, são redigidos, respectivamente, por *Jorge Eugenio Dotti e Miroslav Milovic*, que invocam o problema da representação em Schmitt. Neste ponto o livro claramente se torna mais rígido para o leitor, que começa a adentrar em caminhos perigosos do pensamento de Carl Schmitt, o que, certamente, tem uma proposital estrutura para a crítica bem sucedida de *Ronaldo Porto Macedo Jr.*, já no décimo capítulo, que questiona àquilo apresentado por Carl Schmitt como um institucionalismo travestido de decisão.

«The mythical and mystical foundations of Schmittian's political legitimacy» é o título do capítulo escrito por *Montserrat Herrero*. Nele a autora traz à tona o problema da mitologia do soberano em Schmitt, uma denúncia ao seu pensamento que nega um purismo metodológico influenciado por uma leitura kantiana da juridicidade mas que, porém, resgata um mitologema quase tão grave, qual seja, o elemento místico da pessoa do soberano.

Delamar José Volpato Dutra apresenta no capítulo seguinte outra importante interpretação com críticas certeiras ao pensamento em questão, apresentando de forma schmittiana a incongruência entre a democracia e o liberalismo, e recordando a forma problemática como Schmitt concebe a democracia. Isto remete imediatamente ao pensamento do autor a respeito de uma democracia que se sustentaria no conceito de autoridade.

Os fundamentos políticos de Schmitt são explicitados nos capítulos 13, 14 e 16. Em primeiro lugar *Hugo Eduardo Herrera*, com o resgate de Aristóteles e o alerta para a interpretação específica de Schmitt ao grego, bem como o texto de *Victor de Oliveira Pinto Coelho* que traz o problema da totalidade na era da técnica, destacando o diálogo com Ernst Jünger. Por fim, o professor *Alexandre Franco de Sá* apresenta a ideia hegeliana sobre a perversão teórica de Carl Schmitt.

Os três últimos capítulos, escritos por *Argemiro Martins, Reinhard Mehring e Julián Sauquillo*, finalizam a obra assim como ela é introduzida, a saber, em uma análise passada que se amolda perfeitamente à hodierna. As análises constitucionais apresentadas desde Weimar até o papel fundamental da Constituição no Estado, e o soberano como guardião da Constituição fazem refletir o poder que o autoritarismo pode exercer, mesmo sob a égide legal.

Por mais que no decorrer da obra o leitor se depare com críticas e aplausos ao autor não há contrariedade alguma, muito pelo contrário, o debate schmittiano é marcado por elementos antípodas que se desenvolvem no mais intenso plano político. Mais que isso, a obra não apenas representa o autor, mas revela que seu pensamento permanece presente, cabendo ao leitor a interpretação sobre se esta presença assombra ou abençoa em termos providenciais ou se se trata de um matiz bem mais complexo entre ambos extremos todavia pendente de ser desenhado.

Desse modo, a divisão da obra se propõe a acompanhar uma lógica que está presente no pensamento de Schmitt, o que é algo importante a ser considerado. Assim, o conteúdo de *Carl Schmitt hoje*, conforme menciona seu organizador, Roberto Bueno, no texto da apresentação, é a soma de inúmeros esforços de um expressivo conjunto de estudiosos do pensamento de Carl Schmitt e que tiveram a oportunidade de um profícuo diálogo. A oportunidade para tanto ocorreu quando da realização do primeiro congresso schmittiano no ano de 2012 na cidade de Uberlândia (MG), organizado pela Rede Internacional de Estudos Schmittianos (RIES), instituto de pesquisa então vinculado a Universidade Federal de Uberlândia e que já encontra ramificações em faculdades e centros universitários dos Estados do Paraná e de São Paulo. Nota-se que os trabalhos transcenderam o conjunto das conferências apresentadas em Uberlândia em 2012 e que, portanto, *Carl Schmitt hoje*, conduz seu leitor por um caminho que, muitas vezes, apresenta-se como de difícil acesso, considerando-se as imagens do personagem-eixo do livro, figura sobre a qual gravitam inúmeras dúvidas e críticas, sombras e

muitos debates. Desta maneira o presente livro alivia o espírito de seu leitor na exata medida em que permite a compreensão de que na trajetória do difícil caminho a ser percorrido não estaremos sozinhos.

CAIO HENRIQUE LOPES RAMIRO

FACULDADE CIDADE VERDE (FCV), MARINGÁ-PR-BRASIL

FERNANDO RODRIGUES DE ALMEIDA

FACULDADES MARINGÁ, BRASIL

ERNST JÜNGER

LOS TITANES VENIDEROS

Ernst Jünger. *Los titanes venideros. Ideario último.* Recogido por Antonio Gnoli y Franco Volpi. Primera edición. Barcelona: Editorial Página Indómita, S.L.U., 2016, 157 pp.

Un testimonio vital y nostálgico de uno de los amigos más cercanos de Carl Schmitt. Ernst Jünger (1895-1998) no solo es uno de los más grandes escritores de la centuria pasada, sino además un conocedor cercano, vívido y auténtico de la obra jurídica y política de su bien recordado «Don Capisco», sobrenombre con el cual solía llamar al jurista de Plettenberg. La presente edición consiste en tres conversaciones que el autor de *In Stahlgewittern* sostuvo con Antonio Gnoli y Franco Volpi en 1995, cuando cumplía un siglo de vida intensa, marcada por la experiencia de dos guerras mundiales. La edición española se basa en la edición original italiana publicada en 1997 por la editorial Adelphi con el título *I prossimi titani*, luego traducida también al alemán por la *Karolinger-Verlag*. En estas conversaciones, Jünger reflexiona sobre la compleja relación entre la literatura y su vida, así como sus recuerdos más vívidos de la Gran Guerra, de la cual es considerado un héroe nacional. De la misma manera, a modo de confesión, Jünger narra su distanciamiento

personal y político de los nacionalsocialistas en la época de entre guerras, revelando haberse sentido mucho más cercano en su destino a Carl Schmitt, quien incluso fue el padrino de su hijo Alexander. La cercanía de Jünger con el jurista alemán fue tan intensa que, rememorando, nos relata los vaivenes que vivieron juntos, así como también las vivencias relacionadas con la famosa fotografía en la que pasean sobre una barca en el lago de Rambouillet en 1941. Los recuerdos de dicho encuentro con Schmitt (en el cual este vinculaba su destino al capitán de Melville, Benito Cereno) fueron publicados en 1949 por Jünger en su *Das erste Pariser Tagebuch*. La desesperanza y la nostalgia estuvieron presentes en esa famosa conversación, en la que ambos discurrieron sobre la filosofía y la literatura de Edgar Allan Poe, Alexis de Tocqueville, Léon Bloy y el mismo Herman Melville. La lectura de *Los titanes venideros* es, además, una invitación a la vida de un profano testigo de un siglo marcado por la guerra y la política a escalas mundiales.

CARLOS EDUARDO PÉREZ CRESPO
UNIVERSIDAD ANTONIO RUIZ DE MONTOYA

CARL SCHMITT, PRESCRIPTOR DE HOBBS EN ESPAÑA

DOS CARTAS DE CARL SCHMITT A LA JUNTA DE AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS (1934) Y A FLORENTINO PÉREZ EMBID (1965)

JERÓNIMO MOLINA

UNIVERSIDAD DE MURCIA

Thomas Hobbes y Jean Bodin nunca han sido para Carl Schmitt una referencia académica. Con la toga del jurista de estado o con el hábito pobre del preso, Schmitt dialoga con ellos como pares electivos. Para alguien «sin instinto político» y carente de talento para el politiquero, el inglés y el francés son sus compañeros de celda, sus custodios, sus ángeles de la guarda. Aunque afectos de este tipo, entre espíritus congeniales, no exigen contrapartida, Schmitt ha querido ser, para uno y otro, prescriptor más que expositor o comentarista¹.

*

Mucho debe la literatura hobbesiana contemporánea a las agudezas de Schmitt sobre el monstruo Leviatán, signo, a la verdad paradójico dada su estirpe, del estado moderno. La minerva de España nunca ha sido propicia a las categorías estatales. Ha visto en ellas el campo tradicionalista la simiente de la decadencia nacional (Francisco Elías de Tejada, Álvaro d'Ors, Rafael Gambra y otros de la misma cuerda de solitarios de la monarquía tradicional, del César con fueros). Es cierto, por otro lado, que los juristas de estado de la Escuela Española del Derecho Político (1935-1969) han recibido la noción y la fábrica del Estado como una categoría y una realidad capaz de levantar a una nación moribunda en 1898 —Francisco Javier Conde,

¹ Estas notas son una primera exploración de un terreno en el que sobresale, como después se dice también, el hito de la traducción española de *Der Leviathan in der Staatslehre des Thomas Hobbes. Sinn und Fehlschlag eines politischen Symbols* (1938). [N.d. E.: en la presente nota se ha respetado el estilo de cita bibliográfica del autor].

Jesús Fueyo o Gonzalo Fernández de la Mora contemplan el estado como un revulsivo necesario—. En cualquier caso, la actitud de la inteligencia española hacia el estado sigue siendo, aún hoy, dudosa —Dalmacio Negro Pavón—.

*

La influencia de la teoría del Estado de Hermann Heller rivaliza en España con la de Carl Schmitt, mucho más conocida. Sin entrar a discutir la impronta helleriana o schmittiana de la distinción de lo político y el Estado, la dilucidación hispánica de los conceptos de Estado y Gobierno debe mucho más a Heller que a Schmitt. El signo del Leviatán, que todo difumina, es sin embargo más proclive a este que a aquel. Schmitt queda así marcado por sus páginas sobre Hobbes, muy pronto vertidas en español por F. J. Conde: *El Leviathan en la teoría del Estado de Tomás Hobbes* (Haz, Madrid 1941; reed.: Comares, Granada 2004).

*

El Leviathan en la teoría del Estado de Tomás Hobbes convierte a su autor en el máximo propagandista en España del filósofo de Malmesbury hasta bien avanzado el siglo XX. Antes y después de esta traducción, hondamente preocupado por el destino de Hobbes, Schmitt ha querido ser su prescriptor en España, al corriente sin duda del *odium politicum* que entre los hijos del Cid suscitan *politiques*, maquiavélicos y demás partidarios del estado y la soberanía. Cobran sentido pues dos cartas, una anterior y otra posterior a la primera y fundamental jornada española del Leviatán schmittiano, en las que su redactor, en 1934 y 1965, encarece el estudio de Hobbes. Esta nota, ofreciéndolas a continuación, aspira a que se sumen, como piezas secundarias pero, al mismo tiempo, muy elocuentes, no solo al acervo de las investigaciones más recientes sobre el influjo del Solitario del Sarre en España², sino también al estudio de la decisiva cuestión estatal en el siglo veinte español³.

*

La primera carta, fechada por Schmitt en Berlín el 12 de agosto de 1934, se dirige al presidente de la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE). En ella, a petición del pensionado F. J. Conde⁴, solicita para este la prórroga de su beca, otorgada inicialmente en 1933 para que cultive los «problemas actuales del derecho público y especialmente [el] de la soberanía». Conde había acudido a Berlín para estudiar la doctrina de Schmitt, «muy influido por los doctrinario españoles, sobre todo por Donoso Cortés», cuyo «tinte “decisionista” [...] representa quizás el contrapunto al formalismo kelseniano». En la Universidad de Berlín Conde prepara su tesis doctoral sobre Bodino. Schmitt le invita

² Véase M. Saralegui, *Carl Schmitt, pensador español*, Trotta, Madrid 2016; J. Molina, *Contra el «mito Carl Schmitt»*, EDITUM, Murcia 2014; C. Jiménez Segado, *Contrarrevolución o resistencia. La teoría política de Carl Schmitt (1888-1985)*, Tecnos, Madrid 2009; P. C. González Cuevas, «Carl Schmitt en España», en D. Negro (Ed.), *Estudios sobre Carl Schmitt*, Fundación Cánovas del Castillo, Madrid 1996; J. A. López García, «La presencia de Carl Schmitt en España», en *Revista de Estudios Políticos*, nº 91, 1996; G. Guillén Kalle, *Carl Schmitt en España. La frontera entre lo político y lo jurídico*, Imp. Tébar Flores, Albacete 1996. La revista *Empresas Políticas* ha dedicado un amplio número a la recepción de Carl Schmitt en España (nº 14-15, 2010).

³ Véase F. J. Conde, *El Estado nacional español*, Gráficas González, Madrid 1953. D. Negro, *Sobre el Estado en España*, Marcial Pons, Madrid 2007. J. Molina, «Constitucionalismo y pseudomorfosis políticas. Un fragmento sobre el Estado en España», M. Herrero, A. Cruz Prados, R. Lázaro y A. Martínez Carrasco (Ed.), *Escribir en las almas. Estudios en homenaje a Rafel Alvira*, EUNS, Pamplona 2014.

⁴ Sobre la relación entre C. Schmitt y F. J. Conde véase J. Molina, «Los enemigos de España son mis propios enemigos». *Correspondencia de Carl Schmitt y Francisco Javier Conde (1936-1973)*, Los Papeles del Sitio, Valencia de la Concepción 2017 [en preparación].

con frecuencia a su domicilio particular y escucha complacido sus opiniones sobre el jurista político francés⁵. Su petición, informada favorablemente por Nicolás Pérez Serrano, es atendida, pero Conde regresa a Madrid en noviembre de 1934. Ultima su tesis y la defiende en la Universidad Central el 3 de julio de 1935. Después regresa a Berlín, desde donde pretende alcanzar Londres para visitar a Harold Laski. La guerra cancela sus planes.

*

Esta breve carta, redactada en alemán, procede del expediente conservado en el archivo de la Junta de Ampliación de Estudios (JAE/38-603), al que agradezco su autorización para darla a la imprenta⁶. Mi traducción procede del cuaderno epistolar que recoge, amplía y eventualmente rectifica algunas notas relativas a la amistad intelectual de C. Schmitt y F. J. Conde.

*

Consejero de estado de Prusia

Profesor Carl Schmitt

Berlín-Steglitz

Schillerstr. 2

Durante el semestre de invierno del curso 1933/1934 y el de verano de 1934, el señor profesor Francisco J. Conde de la Universidad de Sevilla se ha dedicado a la investigación jurídica política y teórica política en la Universidad de Berlín. En particular ha trabajado sobre el concepto de soberanía de Bodino. He tenido ocasión de conocer su trabajo, metódico a todos los efectos, en mis numerosas conversaciones con él. Me consta también el extraordinario valor científico de los frutos que ha cosechado ya. Para la continuación y el buen fin de su investigación estimo muy conveniente que profundice en el concepto de soberanía de Hobbes.

Berlín, a 12 de agosto de 1934

Doctor Carl Schmitt

Catedrático de Derecho

Consejero de estado de Prusia

*

La segunda carta se encuentra en el legado «Florentino Pérez Embid», propiedad del Archivo General de la Universidad de Navarra —Fondos personales—(AUN 003/152/582), a cuya directora, una vez más, agradezco sus gentilezas y la autorización para dar a conocer estas letras de Carl Schmitt. Fechada en Plettenberg el 31 de mayo de 1965, se dirige a Florentino Pérez Embid, director de la revista *Atlántida*. Se trata de un texto manuscrito en un español

⁵ Véase C. Schmitt, «Javier Conde, *El pensamiento político de Bodino* (1935)», en *Empresas Políticas*, nº 2, 2003.

⁶ El expediente es accesible en el sitio http://archivojae.edaddeplata.org/jae_app/.

que tiene en alguna expresión sabor italiano y que he preferido respetar en la transcripción que sigue.

*

Florentino Pérez Embid, catedrático de Historia de los Descubrimientos Geográficos en la Universidad de Madrid, forma parte, junto a Rafael Calvo Serer, de la llamada «Generación de 1948» o también «Grupo *Arbor*»⁷, revista en torno a la cual se nuclea un potente movimiento político y cultural que durante poco más de una década (desde mediados de los cuarenta a mediados de los cincuenta) impregna la vida intelectual española y se multiplica en polémicas con diversas «familias» del régimen: contra los «falangistas liberales» a propósito del problema de España; contra los católicos modernistas por la nueva catolicidad de Jacques Maritain; contra los tradicionalistas por la idea de una restauración monárquica.

La renovación cultural impulsada por el Grupo *Arbor* aspira a incorporar a su causa grandes autores conservadores de Europa, católicos o no: Christopher Dawson, Romano Guardini, Wilhelm Röpke, Carl Schmitt y muchos otros que llegarán a formar parte del catálogo de la impresionante «Biblioteca del Pensamiento Actual», colección patrocinada por las ediciones Rialp. Algunos de esos autores dictarán también conferencias en los cursos del Ateneo de Madrid. En los de 1951 precisamente dictará Schmitt su famosa conferencia sobre «La unidad del mundo». Tras ese viaje a España, el primero al extranjero que hace el Viejo de Plettenberg después de la guerra, está el activismo de los hombres de *Arbor*, sobre todo el factótum Calvo Serer y el gran organizador Pérez Embid. Consecuencia de ese primer contacto es la presencia de Schmitt en la «Biblioteca del Pensamiento Actual»⁸ y en la colección «O Crece o Muere»⁹, del Ateneo madrileño¹⁰.

En los años 60, desactivado el proyecto de Calvo Serer años atrás, Pérez Embid capitanea la revista *Atlántida*¹¹. De carácter bimestral, se publica durante nueve años, de enero de 1963 a diciembre de 1971. *Atlántida* es una revista cultural de profunda impregnación católica que invoca las energías espirituales que puedan, «como un viento fuerte, despejar los nubarrones del tiempo que vivimos, y abrir a la libertad de los hombres un ámbito luminoso en el que —tras las calmas y las tormentas de la lucha— encuentren la paz precisa para entenderse para trabajar en común»¹². Filosofía, política, sociología, física, historia y poesía o literatura en general configuran el amplio marco de los saberes abordados. Su objetivo es presentar, en cada caso, exposiciones sintéticas de los asuntos tratados. Sobre todo en los primeros años se recogen contribuciones de autores notables como Werner Jaeger, Eric Vögelin, Goetz Brief, Carl F. von Weizsäcker, Étienne Gilson, Reinhart Koselleck, Josef Pieper, Alois Dempf, por citar solo unos pocos que den idea de las ambiciones de uno de los últimos proyectos culturales importantes de la *intelligentsia* católica española. A esa nómina desea el director incorporar a Carl Schmitt.

⁷ Véase O. Díaz Hernández, *Rafael Calvo Serer y el Grupo Arbor*, Publicaciones de la Universitat de Valencia, Valencia 2008. Del mismo, *La revista Arbor (1944-2014)*, CSIC, Madrid 2015.

⁸ Véase C. Schmitt, *Interpretación europea de Donoso Cortés*, Rialp, Madrid 1952, 1963^{2a}.

⁹ Véase C. Schmitt, *La unidad del mundo*, Ateneo, Madrid 1951, 1956^{2a}.

¹⁰ Unos meses antes de su visita ya habían aparecido unos textos suyos en *Arbor*. Véase C. Schmitt, «El “nomos” de la tierra. El derecho como unidad de asentamiento y ordenamiento», en *Arbor*, nº 52, abril 1950; «Tres posibilidades de una visión cristiana de la historia», en *Arbor*, nº 62, febrero 1951.

¹¹ Sobre esta publicación, poco estudiada, véase P. C. González Cuevas, «Punta Europa y *Atlántida*: dos respuestas a la crisis de la teología política (1956-1970)», en *Revista de Estudios Políticos*, nº 28, 2012.

¹² Véase F. Pérez Embid, «Presentación», en *Atlántida*, nº 1, 1963, p. 3.

La carta que a continuación se reproduce es respuesta a la que con fecha de 3 de mayo de 1956 le dirige Pérez Embid. En ella le presenta la revista, una publicación «de carácter estrictamente intelectual, hecha con rigor y con espíritu abierto, y por tanto alejada de cualquier significación política y de cualquier actitud polémica»¹³, de la que le hace llegar los catorce números publicados hasta ese momento. Pérez Embid le pide un artículo general, “dejando a su elección el tema que pueda parecerle más conveniente dentro de sus quehaceres habituales”, o bien un texto sobre Dante con motivo de su DCC aniversario¹⁴. En su respuesta declina Schmitt ocuparse de Dante, pero le sugiere otras alternativas: o Hobbes, autor que acusa un interés creciente fuera de España, o Hamlet¹⁵ o una discusión en torno a la definición de lo político que le sugiere un artículo del ensayista húngaro afincado en Inglaterra Aurel Kolnai¹⁶. Schmitt adjunta una separata con el texto de sus consideraciones sobre *The Divine Politics of Thomas Hobbes. An Interpretation of Leviathan* (OUP, Londres 1964), de F. C. Hood; *Der sterbliche Gott oder Leviathan gegen Behemoth* (t. I), de Dietrich Braun (EVZ-Verlag, Zúrich 1963); y *Besprechung des Sammelbandes “Saggi storice intorno al Papato dei Professori della Facoltà di Storia Ecclesiastica, Roma 1959, Pontificia Università Gregoriana”*, en *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte, Kanonistische Abteilung XLVI* (1960)¹⁷.

La colaboración de Schmitt no se concreta finalmente. Por esa razón, tal vez, merece la pena subrayar la reacción inicial de su correspondiente al agradecer a Schmitt¹⁸ «cualquiera de las tres colaboraciones [...], y aún las tres sucesivamente». Pérez Embid «[siente] la tentación de añadir a esta carta alguna consideración política de carácter político profundo, y por eso voy a referirme a los tres temas que Vd. plantea». A su juicio, «el [tema] de Hobbes no es inoportuno en España, ni mucho menos. Nuestro país está abocado, si Dios no lo remedia, porque los hombres parece que no quieren remediarlo, a una crisis muy difícil en su vida pública. Precisamente por eso es más oportuno tratar del problema del Estado, pues la firma y agilidad de este es la única garantía del bien común de un pueblo. Esto ha sido así en la historia siempre, pero mucho más en nuestra época, y las corrientes de desintegración basadas en retóricas ideológicas vienen a ser, ahora más que nunca, como un cáncer de la vida colec-

¹³ Carta de F. Pérez Embid a C. Schmitt, 3 de mayo de 1965. Archivo de Renania-Westfalia (RW 265-10873).

¹⁴ En efecto, el nº 18 (noviembre-diciembre 1965) está consagrado al VII centenario del nacimiento de Dante. Publica doce textos, cuatro de ellos de autores extranjeros (Robert John, profesor de literatura románica de la Universidad de Viena; Alois Dempf, catedrático de Historia de la Filosofía en la Universidad de Múnich; Hans Rheinfelder, también profesor en Múnich; y Carlo Grabher, profesor de literatura italiana en la Universidad de Perugia).

¹⁵ Schmitt había pronunciado una conferencia sobre Hamlet en la universidad popular de Düsseldorf el 30 de octubre de 1955. Al año siguiente se publica *Hamlet oder Hekuba. Der Einbruch der Zeit in das Spiel*, Eugen Diederichs, Düsseldorf y Colonia 1956. Una traducción española de Jesús Fueyo («Hamlet y Jacobo I de Inglaterra. Política y literatura») aparece en la *Revista de Estudios Políticos*, nº 85, abril 1958.

¹⁶ Véase A. Kolnai, «Intereses políticos y no políticos», en *Atlántida*, nº 14, marzo-abril 1965, pp. 147-161. A Schmitt debió llamarle la atención una argumentación de sabor schmittiano en la que como quien no quiere la cosa se desliza la distinción entre «lo político y la esfera de la política» (*loc. cit.*, p. 150). Esto aclara la recomendación del «libro magistral» de Julien Freund dedicado a *L'essence du politique*, Sirey, París 1965.

¹⁷ Véase C. Schmitt, «Die vollendete Reformation. Bemerkungen und Hinweise zu neuen Leviathan-Interpretationen», en *Der Staat*, vol. 4, fasc. 1, 1965, pp. 51-69. En el archivo de Jesús Burillo Loshuertos, amigo de Pérez Embid, hay copia de la correspondencia de este con Schmitt. De ahí procede también la copia de la separata de *Der Staat* con una dedicatoria estampada el día de Pentecostés de 1956. En ella reza: «El nombre de Leviathan [proyecta] una sombra compacta». En una nota marginal señala Schmitt la traducción española de su título: «Die vollendete Reformation = la Reforma acabada».

¹⁸ Carta de F. Pérez Embid a C. Schmitt, 9 de junio de 1965. Archivo Renania-Westfalia (RW 265-10874/1 y RW 265/10874/2).

tiva». Le agrada también la sugerencia sobre Hamlet: «Es evidente que hoy “todo el mundo occidental se comporta como Hamlet”. Decirlo, a la vez que se indican orientaciones claras para salir de esta situación, puede ser un servicio eminente al pensamiento y a los hombres europeos». Finalmente, Pérez Embid percibe «que el artículo de Kolani no ha sido de su gusto», añadiendo que ha encargado *L'essence du politique*¹⁹.

*

Plettenberg (Westfalen)

31 de mayo de 1965

Exmo. Señor, mi distinguido amigo y colega:

Recibí su carta del día 3 de mayo y quiero ante todo expresarle mi gratitud y mi satisfacción por entrar de nuevo en contacto directo con Ud. El paquete con 14 números de su revista Atlántida ha llegado bien unos días más tarde. Me ha absorbido el estudio de los muchos artículos, admirándome el rigor y la modernidad viviente de la revista, la respetabilidad de tal tribuna y la superioridad de su dirección.

Es natural que mi reconocimiento por su amable invitación sea profundo y que quisiera sinceramente hacerme colaborador de su Revista. Hay también bastantes temas que me ocupan y que podrían incitarme a pedir la parola.

El tema que me ocupa más en este momento no es Dante, sino un autor que temo esté desacreditado en España: Thomas Hobbes. En otros países —Francia, Inglaterra, Norteamérica, Alemania— el interés por él crece en un grado enorme. Hace más de cuarenta años que puedo observar este acrecentamiento irresistible. Me interesaría mucho hacer una nota sobre este tema, supuesto que el tema en sí mismo no sea sospechoso o incluso escabroso. Añado un artículo de recensión que ha sido publicado hace unas semanas en la revista Der Staat.

Hay otro tema: Hamlet como mito del Occidente. En 1848 se decía: Alemania es Hamlet. En 1918 (fin de la Primera Guerra Mundial) Paul Valéry decía: Europa es Hamlet. Hoy se puede decir: todo el mundo occidental es Hamlet.

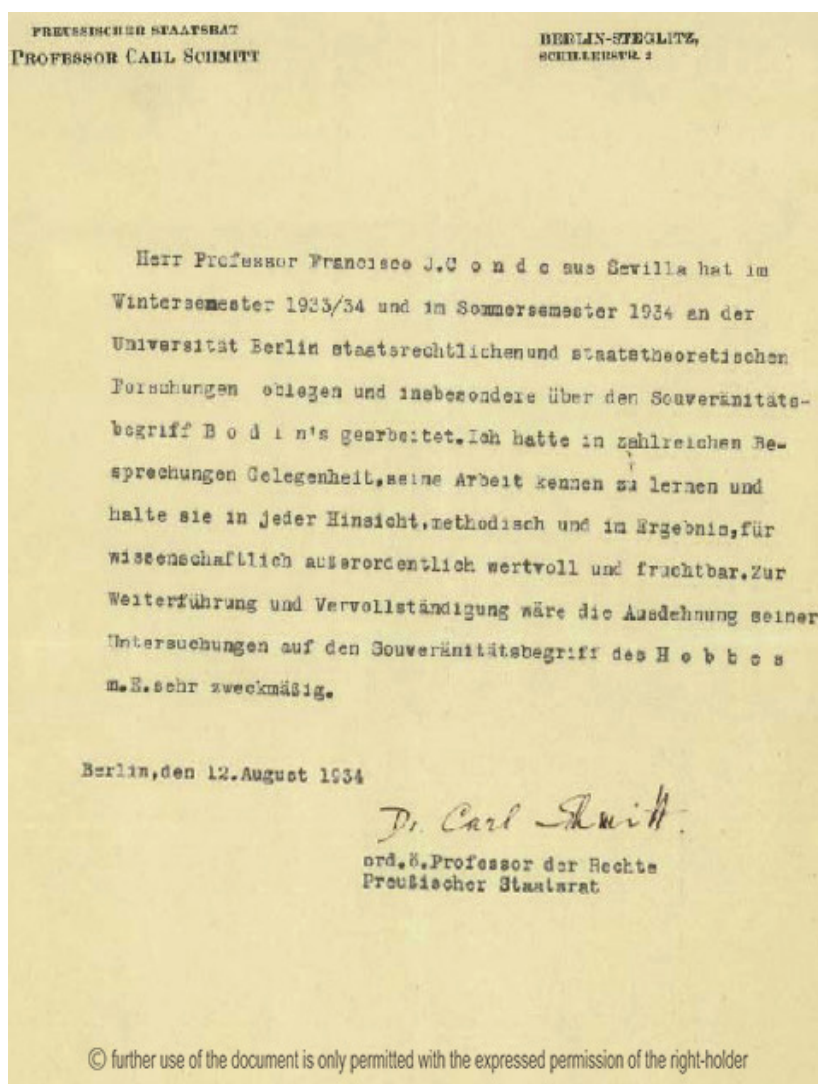
*Y un tercero provocado por el artículo de D. XX (en nº 14): «Intereses políticos y no políticos». Se trata de la Noción de lo Político, tema sobre lo cual aparece en estos días un libro magistral *L'essence du Politique* por M. Julien Freund (Éditions Sirey, 22 rue Soufflot, París V^e).*

El gran obstáculo es mi falta de decisión, consecuencia de mi vejez. Me facilitaría mucho la elección si Ud. me indicara cual de los tres temas prefiriera en el caso que quiera uno de ellos.

Le felicito a Ud. de su impresionante nueva tribuna y le reitero con este motivo la expresión de mi agradecimiento. Le saluda cordialmente su buen amigo

Carl Schmitt

¹⁹ El impulso para la edición integral en España de una traducción de ese libro viene probablemente de F. Pérez Embid. *La esencia de lo político* aparece en 1968 en la Editora Nacional, dirigida en esas calendas por Carlos Robles Piquer. Véase J. Molina, «Julien Freund, Theoretiker der Feindschaft», en *Tumult. Vierteljahresschrift für Konsensstörung*, verano 2016.



Carta de C. Schmitt al presidente de la Junta de Ampliación de Estudios (12.VIII.1934), JAE/38-603.

003/152/582

Plettenberg (Westfalia)
31 de mayo de 1.965

Excmo Señor,
mi distinguido amigo y colega:

recibí su carta del día 3 de mayo y quiero antes todo expresarle mi gratitud y mi satisfacción por entrar en nuevo contacto directo con Ud. El paquete con 14 números de su Revista «AtCastida» han bien llegado unos días más tarde. Me he absorbido en el estudio de los muchos artículos [admirando la riqueza y la modernidad viviente de la Revista, la respectabilidad de tal tribuna] y la superioridad de su dirección.

Es natural que mi reconocimiento por su amable invitación sea profundo y que quisiera sinceramente haberme colaborador de su Revista. Hay también bastante temas que me ocupan y que podrían incitarme a pedir la palabra.

El tema que me ocupa más en este momento no es Dante pero un autor que debo temer ser desacreditado en España: Thomas Hobbes. En otros países — Francia, Inglaterra, Norte. América, Alemania — el interés para él crece en un grado enorme. Hace más que cuarenta años que puedo observar este acrecentamiento irresistible. Una nota sobre este tema me interesaría mucho si hacer, supuesto que el tema en si mismo no sea sospechoso o incluso escabroso. Anédo un artículo de recensión que he sido



publicado hace unas semanas en la
Revista » Der Staat «.

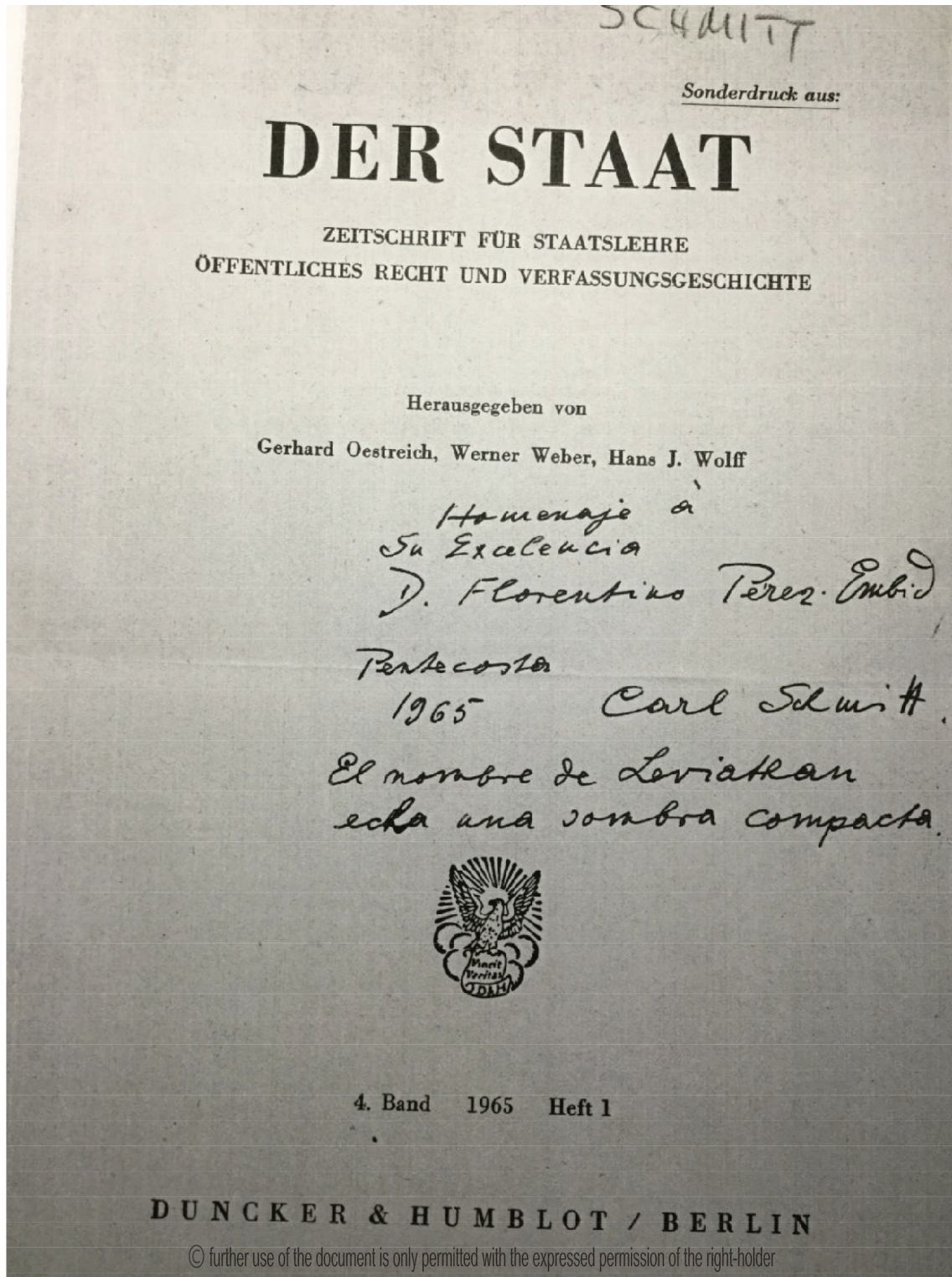
Hay un otro tema: Hamlet como mito del
Occidente. En 1848 se decía: Alemania está
Hamlet. En 1918 (fin de la primera guerra
mundial) Paul Valéry decía: Europa está
Hamlet. Hoy se puede decir: todo el
mundo occidental está Hamlet.

Y un tercero tema provocado por el artículo
de D. Aurel Kolnai (en N.º 14): »Intereses po-
líticos y no políticos«. Se trata de la Noción
de lo Político, tema sobre lo cual aparece
en estos días un libro magistral »L'essence
du Politique« por Mr. Julien Freund (Editions
Sirey, 22 rue Soufflot, Paris V^e).

El gran obstáculo es mi falta de decisión,
consecuencia de mi vejez. Me facilitarían
mucho la elección si Ud me escribiría
cuál de los tres temas prefiere en el
caso que Ud ^{quiera} uno de ellos.

Le felicito Ud de su impresionante
nueva tribuna y reitero con este
motivo la expresión de mi agradecimientos.
Le saluda cordialmente su buen amigo

Carl Schmitt.



Separata de la revista *Der Staat*

CARL SCHMITT, JURISTE DE L'ARMÉE

« L'ÉTAT MILITAIRE PRUSSIE » CONTRE « L'ÉTAT DE DROIT BOURGEOIS »

DAVID CUMIN
MAÎTRE DE CONFÉRENCES (HDR)
À L'UNIVERSITÉ JEAN MOULIN LYON III (CLESID)

RESUME *Staatsgefüge und Zusammenbruch des Zweiten Reiches. Der Sieg des Bürgers über den Soldaten* est un livre méconnu de Carl Schmitt, alors qu'il est le plus révélateur de ses passions politiques. Le juriste analyse le constitutionnalisme allemand du XIX^{ème} siècle avec l'intention de découvrir les causes de la défaite de 1918. Le conflit, latent dès 1848 mais toujours ajourné, entre le gouvernement monarchique et le parlement, devint de plus en plus aigu au fur et à mesure que s'aggravait la situation diplomatique et militaire au cours de la guerre mondiale. Les principes de la démocratie occidentale montaient à l'assaut de la Constitution bismarckienne, qui était elle-même un compromis avec cette démocratie occidentale. Il était donc impossible, du côté allemand, d'établir une alternative tranchée entre des idéaux constitutionnels opposés. A sa manière, Schmitt rend compte de l'histoire politico-juridique de l'Allemagne de 1848 à 1918, marquée, d'après lui, par le long conflit entre le corps des fonctionnaires et des officiers prussiens et la bourgeoisie libérale, conflit redoublé par la montée du prolétariat socialiste. A travers l'histoire et le droit constitutionnels wilhelminiens, il veut montrer comment le travail de sape du libéralisme contre l'État militaire a provoqué l'effondrement du II^{ème} Reich. En même temps, il justifie la liquidation de l'État de droit et l'avènement du national-socialisme. Enfin, l'époque de la « défensive » étant révolue pour l'armée prussienne, qui est l'objet d'un *elogium*, celle-ci peut et doit redevenir le noyau du Reich.

L'oeuvre de Carl Schmitt (1888-1985) a tourné autour d'institutions à la fois hiérocra-
tiques et androcratiques : l'Eglise et l'Armée. On connaît le théologien. On connaît peut-être
moins le *Kronjurist* de la *Reichswehr. Staatsgefüge und Zusammenbruch des Zweiten Reiches. Der Sieg des Bürgers über den Soldaten* (1934)¹ est un livre méconnu de Schmitt ; il est pourtant
le plus révélateur de sa pensée politique, ou plus précisément, de ses passions politiques. Aussi
faut-il le présenter. On y retrouve le théoricien du droit de crise et de la relation ami-ennemi.

La doctrine de Carl Schmitt s'inscrit dans la tradition du droit public qui a été détermi-
née par la situation propre à la monarchie constitutionnelle allemande de la seconde moitié
du XIXème siècle et par la philosophie hégélienne de l'État, avec sa distinction fondamen-
tale État/société. Cette distinction, notre juriste la radicalise en système d'antithèses qui at-
teignent leur point extrême en 1934, avec l'opposition entre l'État militaire prussien et l'État
libéral bourgeois. Le « conflit constitutionnel » prussien de 1862-1866 est de ce point de
vue le moment décisif de l'histoire politico-juridique allemande de 1848 à 1918. Ces deux
dates marquent deux tournants. Schmitt les place sur une même ligne de développement
historique, celle qui vit éclater les compromis de la monarchie constitutionnelle jusqu'à sa
disparition.

En 1934, 1937 et 1939², Carl Schmitt analyse le constitutionnalisme allemand du XIXème
siècle avec l'intention de découvrir les causes de la « catastrophe » de 1918, dont il avait été
le témoin à Munich lorsqu'il était sous les drapeaux. Dès 1930, il énonce l'idée centrale des
textes publiés sous le IIIème *Reich* : le conflit, latent dès 1848 mais toujours ajourné, entre le
gouvernement monarchique et le parlement, devint de plus en plus aigu au fur et à mesure
que s'aggravait la situation diplomatique et militaire au cours de la guerre mondiale. Les prin-
cipes de la démocratie occidentale montaient à l'assaut de la constitution bismarckienne, qui
était elle-même un compromis avec cette démocratie occidentale. Il était donc impossible, du
côté allemand, d'établir une alternative tranchée entre des idéaux constitutionnels opposés³.

A sa manière, Schmitt rend compte de l'histoire politico-juridique de l'Allemagne de 1848
à 1918, marquée, d'après lui, par le long conflit entre le corps des fonctionnaires et des offi-
ciers prussiens et la bourgeoisie libérale, conflit redoublé par la montée du prolétariat socia-
liste. A travers l'histoire et le droit constitutionnels wilhelminiens, il veut montrer comment
le travail de sappe du libéralisme contre l'État militaire a provoqué l'effondrement du IIème
Reich. En même temps, il justifie la liquidation de l'État de droit, « régime étranger et hostile
à notre tradition »⁴, et l'avènement du national-socialisme. Enfin, l'époque de la « défensive »
étant révolue pour l'armée prussienne, qui est l'objet d'un véritable *elogium*, celle-ci peut et
doit redevenir le noyau du *Reich*.

1 L'ÉTAT MILITAIRE PRUSSIE AU XIXÈME SIÈCLE

D'après notre auteur, l'État militaire prussien fut la véritable forme d'existence politique
du peuple allemand. C'est dans la monarchie des Hohenzollern puis dans l'État-Major que

¹ Cf. les références complètes des textes de Carl Schmitt dans la Bibliographie. [Dans cet article on a bien
voulu respecter le style de citation choisi par l'auteur (*N.d.l.r.*)].

² *Staatsgefüge und Zusammenbruch des Zweiten Reiches...*, « Nationalsozialismus und Rechtsstaat », « Totaler
Feind, totaler Krieg, totaler Staat », « Neutralität und Neutralisierungen... ».

³ *Hugo Preuß...*, pp. 16-17. Cf. aussi, euphémisées, les pp. 477-483 de *Théorie de la Constitution*, ainsi que
Terre et Mer, p. 87.

⁴ « Die Verfassung der Freiheit », p. 1134.

le *Reich*, unifié par la Prusse, trouva sa direction et son organisation politiques. Mais cet État, tout au long du XIX^{ème} siècle, dut se tenir sur la défensive face aux revendications libérales puis socialistes. La révolution de 1848 le contraignit à accepter une « Constitution » et un gouvernement « constitutionnel ». En acceptant le constitutionnalisme, l'État prussien remit en cause son principe monarchique. Apparut une structure dualiste qui entraîna un « conflit constitutionnel » permanent entre le Gouvernement et le Parlement, entre l'État et la société, entre l'armée et les partis. Ce conflit porta principalement sur le budget militaire, c'est-à-dire le noyau de l'État, et il finit par disloquer l'unité nationale.

A L'ANTAGONISME DU SOLDAT ET DU BOURGEOIS

Le « *compromis bourgeois-légitimiste* » du XIX^{ème} siècle, selon l'expression d'Hitler reprise par Schmitt, était profondément étranger à la nature de l'État prussien. Le « conflit constitutionnel » montra clairement, non la distinction qu'il pourrait y avoir entre monarchie constitutionnelle et monarchie parlementaire -cette distinction, notre juriste la juge désormais sans importance, car la logique même du « constitutionnalisme » mène au « parlementarisme »- mais l'opposition fondamentale entre le « Soldat » et le « Bourgeois ». Cette opposition, poursuit-il, est irréductible à toute conciliation, car elle n'est pas une simple « division des pouvoirs » ; elle porte sur un conflit « identitaire ». L'Allemagne serait-elle dominée par des valeurs martiales et héroïques ou par des valeurs marchandes et hédonistes ? Derrière le dualisme entre la monarchie militaire et le constitutionnalisme libéral émergea quelque chose de plus profond que le conflit politique autour du « gouvernement » : l'opposition de deux ordres valoriels et de deux types humains. La situation du prolétariat accentua encore cette problématique. Bien que son organisation dans les syndicats et le parti socialiste, de Lassalle à Bebel, possédât des caractères « militaires », la classe ouvrière demeura sous l'emprise d'une « domination étrangère », celle du marxisme international, qui combattait le *Reich* bismarckien.

B LE CONFLIT SUR LE BUDGET MILITAIRE

Le « conflit constitutionnel » de 1862-1866 fut l'évènement central de l'histoire prussienne de la seconde moitié du XIX^{ème} siècle. Il révéla au grand jour le problème insoluble que posait le compromis passé entre la monarchie et le libéralisme. Il se répéta à chaque projet de loi de finances. Il détermina jusqu'à la Constitution de Weimar, celle-ci n'étant qu'une réponse tardive à la question politique que posait ce conflit. Il se termina apparemment sur un compromis : le gouvernement réalisa en 1862 la réforme militaire contre la volonté parlementaire ; il remporta deux guerres, contre le Danemark puis contre l'Autriche ; mais après ces victoires, il sollicita et obtint de la Diète, le 5 août 1866, une approbation des dépenses faites sans autorisation (la Loi d'indemnité). « *Les dépenses de l'État ont besoin d'une base légale* », déclara Guillaume Ier lui-même. La doctrine parla d'une lacune du droit : « *le droit public s'arrête ici* » (Anschütz) C'était avouer que l'État n'avait pas de constitution réelle, puisque celle-ci ne tranchait pas la question cruciale du titulaire du pouvoir budgétaire. En cas de conflit, seul l'accord entre le Gouvernement et le Parlement était à même de déterminer le contenu de la constitution. Le « conflit constitutionnel » aboutit donc à un compromis dilatoire. Il fut dissimulé et surmonté grâce aux succès diplomatiques et militaires de Bismarck, puis ajourné. Mais la question décisive portant sur l'armée et son financement resta ouverte. D'après J. Barthélémy puis J. Rovin, les batailles électorales et parlementaires répétées autour

du vote des crédits militaires, établis dans des budgets pluri-annuels (sept puis cinq ans), scellèrent la défaite du libéralisme allemand⁵. A l'inverse de cette opinion généralement admise, Schmitt, en 1934 (mais pas en 1928), soutient que le 5 août 1866 marque la soumission de l'État militaire prussien aux conceptions du constitutionnalisme bourgeois. Un Parlement qui avait tout fait pour rendre impossibles les victoires du 1864 et de 1866, contre lequel ces victoires avaient été remportées, fut sollicité pour approuver les dépenses effectuées sans son autorisation, s'indigne le juriste !

C LA SITUATION DE L'ARMÉE DANS L'ÉTAT

La constitution prussienne de 1850 -octroyée par le roi, ce qui ne serait plus le cas des constitutions de 1867 et 1871- avait tenté de concilier la monarchie administrative et militaire avec le système libéral, sur la base d'un « compromis constitutionnel ». Sur cette base, fut ensuite érigée la structure dualiste du IIème *Reich*. L'armée, impénétrable au droit public libéral, resta le noyau de l'État prussien, donc de l'Empire allemand. Tandis que les fonctionnaires prêtaient serment à la Constitution, non plus au roi, les militaires, eux, continuaient de prêter serment au roi. Le corps des fonctionnaires prussiens fut neutralisé et, par le biais du principe de légalité de l'administration, soumis à la « loi », c'est-à-dire à la représentation parlementaire. Il demeura fidèle au roi, mais seulement dans le cadre de la légalité de l'État de droit, car entre lui et le monarque se tenaient la loi et la Constitution. Bref, il ne fut plus la couche sociale dirigeante de l'État, comme c'était encore le cas dans la Prusse de Hegel. Il acquit une position intermédiaire dans le conflit entre la monarchie militaire et la bourgeoisie libérale. Par contre, en parvenant à maintenir le serment de fidélité au roi et à soustraire son commandement militaire à l'exigence du contreseing ministériel, l'armée prussienne, elle, échappa au système *rechtsstaatlich*. La doctrine se résigna à cette situation « inconstitutionnelle » de l'armée. Dans le dualisme général de l'État s'inscrit le dualisme particulier de la direction politique et du commandement militaire. L'Empereur d'Allemagne et Roi de Prusse était, conformément à la Constitution, chef « militaire » irresponsable, par opposition au chef « politique » responsable qu'était le Chancelier. Du fait de cette coupure entre le militaire et le politique, l'armée dut renoncer à toute fonction directrice. Elle resta, selon la fameuse devise prussienne, « *l'école de la nation* », grâce au service militaire (encore qu'il ne fût pas d'application universelle). Mais l'idée de direction et d'éducation qui en découlait ne se rapportait qu'à une *ultima ratio* : la guerre, dans le cadre du métier militaire. L'armée devint une chose technique, entrant en action dans des cas extrêmes et provisoires, alors qu'elle aurait dû être, *dixit* Schmitt, l'éducatrice et la rectrice du peuple allemand.

D UN ÉTAT « SUR LA DÉFENSIVE »

L'évolution intellectuelle du XIXème siècle, avec la montée irrésistible de la démocratie libérale, poussa l'État militaire prussien sur la défensive. En 1934 et en 1937, Schmitt répète, de manière à peine plus polémique, ce qu'il disait sous Weimar. Libéralisme, démocratie ou socialisme se tenaient du côté du progrès, de la liberté et de l'avenir, alors que l'État prus-

⁵ Cf. J. Barthélémy : « Les théories royalistes dans la doctrine allemande contemporaine. Sur les rapports du Roi et des Chambres dans les Monarchies particulières de l'Empire », *Revue du droit public*, 1905, pp. 717-758 ; J. Rovin : *Le catholicisme politique en Allemagne. Histoire de la démocratie chrétienne II*, Paris, Seuil, 1959, pp. 69-73, 82, 123.

sien, face à eux, paraissait condamné à la défaite. Dans un contexte intellectuel favorable, l'argumentation libérale acquit une prépondérance politique. Elle réussit à imposer sa propre définition du droit, de l'État de droit et de la Constitution, de la liberté et de l'égalité. Bref, la façon de penser libérale envahit et domina l'ensemble de la vie culturelle et sociale. Ce que l'État prussien tenait pour sa vraie « Constitution » se transforma, chez les libéraux, en situation « inconstitutionnelle ». Le gouvernement monarchique lui-même accepta cette substitution de la conception libérale de l'État à la conception prussienne. Guillaume Ier lui-même était d'accord avec son Chancelier pour demander l'approbation parlementaire des dépenses budgétaires. Il manquait à la Prusse une emprise sur les concepts du droit et de la politique (en termes gramsciens, un « pouvoir culturel »). Roon écrivait en 1865 : « *nos adversaires ont sans cesse l'initiative ; or, les avantages de l'initiative sont, dans le combat intellectuel comme dans le combat militaire, également décisifs* ». Les antithèses connues : droit/puissance, *Rechtsstaat/Machtstaat*, agissaient en défaveur de l'État prussien et en faveur de la société bourgeoise. Bennigsen, le leader des nationaux-libéraux, déclarait que le *Reich*, du fait de la position de l'armée, n'avait pas de « Constitution » au sens du constitutionnalisme. Or, « Constitution » ne signifiait pas seulement limitation des pouvoirs du roi, mais surtout négation de la structure de l'État prussien : Schmitt s'intéresse moins à la monarchie qu'à l'armée. D'autre part, on sait que le constitutionnalisme culmine dans l'institution d'une juridiction constitutionnelle. Or, s'il avait existé une Cour constitutionnelle en 1866, celle-ci aurait donné raison aux libéraux et donc empêché l'unité allemande !

E LES DISJONCTIONS CONSTITUTIONNELLES

Le compromis initial entre monarchie militaire et constitutionnalisme libéral s'élargit sans cesse au détriment du premier, car il finit par supprimer la direction politique du peuple par son roi et la relation du roi avec son peuple. Il donna à la « représentation nationale », *id est* au *Reichstag*, le monopole de l'interprétation de la volonté générale en interdisant tout rapport immédiat, tenu pour « inconstitutionnel », du gouvernement avec le peuple et en interposant le système parlementaire des partis entre ce gouvernement et ce peuple, déchiré par les partis. Après la démission de Bismarck, le *Reich* n'eut plus de véritable direction politique. Le dualisme propre à l'État prussien, étendu à l'ensemble de la constitution du *Reich*, était devenu encore plus compliqué. L'expression « monarchie constitutionnelle », avec l'accent trompeur mis sur la distinction d'avec la monarchie parlementaire, dissimulait les contradictions du « *compromis bourgeois-légitimiste* », contradictions rendues évidentes par la question : « souveraineté du peuple ou du roi ? », « principe démocratique ou monarchique ? ». L'expression « État fédéral » dissimulait, elle, la contradiction entre la confédération d'États et l'État national. La structure du II^{ème} *Reich* s'édifia sur cette double contradiction. Les décisions politiques fondamentales furent éludées. Le gouvernement devait s'en tenir à un jeu d'équilibre, dans lequel le Chancelier de Fer était passé maître. Il comptait sur le *Reichstag* élu par la nation face au pluralisme des États fédérés, sur la Prusse et le fédéralisme monarchique face au pluralisme des partis, deux pluralismes qui menaçaient l'unité du *Reich*. Le sentiment national, la force de l'État prussien et la solidarité des monarches du *Bund* constituaient la base politique de l'unité du *Reich*. Mais Bismarck lui-même ne pouvait assurer sa direction politique sans majorité nationale-libérale au *Reichstag*. Avant sa démission en 1890, il finit par reconnaître la nécessité d'une réforme de la constitution de l'Allemagne⁶.

⁶ Schmitt s'en faisait l'écho en 1929 dans « *Staatsstreichpläne Bismarcks und Verfassungslehre* », republié

2 LE *REICH* WILHELMINIEN

L'Empire de Guillaume II n'avait que l'apparence d'une Constitution. Qui pouvait gouverner dans un tel système à 24 États ? L'Empereur d'Allemagne et Roi de Prusse ? Le Chancelier impérial et Ministre-Président prussien ? Le *Reichstag* ? Le *Bundesrat* ? Ou bien l'armée ? Mais quelle armée, puisqu'il y avait quatre contingents et quatre ministères de la Guerre, cependant qu'une confusion extrême régnait dans le domaine du budget militaire ? S'il s'agissait de l'armée prussienne, de loin la plus importante, qui la dirigeait ? L'Empereur et Roi ? Le Chancelier et Ministre-Président ? Le chef d'état-major général ? Le ministre de la Guerre de Prusse ? En raison du caractère global de toute question politique, chacune de ces autorités pouvait, en vertu de ses compétences, revendiquer le pouvoir de direction. En réalité, une telle structure constitutionnelle ne connaissait pas de véritable gouvernement, mais seulement des « sous-gouvernements » et des « contre-gouvernements ». Or, la situation politique de l'Allemagne exigeait une décision, sans qu'il fût possible d'attendre les résultats d'une évolution lente. Le *Reich* et son Gouvernement : l'Empereur, le Chancelier et les chefs des Offices impériaux, développaient leurs attributions au détriment de la Prusse. A la différence de Guillaume Ier, Guillaume II apparaissait plus comme un empereur allemand que comme un roi prussien. Dans les années critiques avant 1914, il était clair que la Prusse ne gouvernait plus et le *Reich* pas encore, cependant qu'était maintenue la contradiction entre fédéralisme, hégémonie prussienne et État national. Bref, le *Reich* entra dans la guerre mondiale sans avoir de direction politique ! Les commentateurs étrangers ont argué que la séparation du commandement militaire et de l'autorité politique n'était pas un problème sérieux en Allemagne, car l'Empereur aurait eu un pouvoir illimité dans un État qui n'était pas parlementaire. Carl Schmitt entend réfuter ce genre d'assertion, qui repose sur une exagération trompeuse de la différence entre monarchie constitutionnelle et monarchie parlementaire. Il examine la configuration des rapports politico-constitutionnels entre l'Empereur et Roi, le Chancelier et Ministre-Président, le *Bundesrat*, le *Reichstag* et la Diète prussienne, le ministre de la Guerre de Prusse.

A LA CONFIGURATION DES RAPPORTS CONSTITUTIONNELS CENTRAUX

En tant que chef de l'armée, l'Empereur et Roi échappait au contreseing ministériel, donc au contrôle du Parlement. Mais en tant que chef de l'État, il dépendait du contreseing du Chancelier et Ministre-Président, qui avait besoin d'une majorité parlementaire pour voter les lois et le budget. Il y avait donc une césure entre le commandement militaire, monarchique, et la direction politique, parlementaire : le *Kaiser* commandait l'armée sans gouverner politiquement, tandis que le *Kanzler* gouvernait politiquement sans commander l'armée. De plus, le *Bundesrat*, certes dominé par la Prusse, avait un rôle important en matière législative et prépondérant en matière diplomatique, cependant qu'il décidait de l'exécution fédérale. Bref, il n'y avait pas de gouvernement monarchique : l'Empereur et Roi n'avait en dehors de l'armée qu'un pouvoir indirect et, pour tout dire, aucune possibilité réelle de gouverner. Même la proclamation de l'état de siège exigeait l'accord du Chancelier. De manière significative, c'est au *Bundesrat* que furent accordés les pleins pouvoirs le 4 août 1914, dont l'exercice était cependant contrôlé par le *Reichstag*.

in *Verfassungsrechtliche Aufsätze [VA] aus den Jahren 1924-1954. Materialien zu einer Verfassungslehre*, Berlin, Duncker u. Humblot, 1958, pp. 34-40.

Le Chancelier et Ministre-Président était responsable devant l'Empereur et Roi, cependant qu'il dépendait pour le vote des lois et du budget, du *Bundesrat*, assemblée des États monarchiques, du *Reichstag*, assemblée nationale élue au suffrage universel (masculin) direct, de la Diète prussienne, assemblée bicamérale comportant une Chambre haute aristocratique et une Chambre basse à trois classes. En outre, il n'était que le *primus inter pares* du collège des ministres du *Reich* ou de la Prusse, nommés par le *Kaiser und Koenig*. Seul un fin manoeuvrier comme Bismarck, usant de son droit de dissolution, put se créer un espace pour gouverner entre la responsabilité devant le double monarque face aux trois Assemblées et la dépendance vis-à-vis des trois Assemblées face au double monarque. Encore cela ne fut-il possible qu'avec le soutien d'une majorité parlementaire, nationale-libérale, et grâce aux victoires de 1864, 1866 et 1871.

Les discussions parlementaires sur les projets de loi relatifs à l'armée montrèrent que la logique du constitutionnalisme menait au parlementarisme. Au moyen du vote du budget militaire, le *Reichstag*, qui faisait figure de représentation nationale et démocratique face aux chambres provinciales et conservatrices constituées par la Diète prussienne, empêcha toute direction politique indépendante de lui, puisqu'il tint les forces armées sous la dépendance de son approbation budgétaire. Le politique étant le « total », cette « totalité » est saisissable du côté financier autant que du côté militaire. Entre l'application universelle du service militaire, énoncée à l'article 57 de la Constitution de 1871, et les revendications budgétaires du *Reichstag*, la balance pencha du côté de ces dernières (l'Allemagne n'appelait que la moitié de la classe mobilisable avant 1914 et ne comptait à cette date que 29000 officiers de réserve).

Le ministre de la Guerre prussien incarna les contradictions de la structure dualiste de l'État, car il était au point d'intersection de toutes les lignes de fracture de la constitution bismarckienne. Son domaine d'action fut éclaté de toutes parts. En tant qu'autorité militaire, il était subordonné à l'Empereur et Roi. En tant qu'autorité administrative et financière, il dépendait du *Bundesrat*, du *Reichstag* et de la Diète prussienne. Enfin, seule « l'administration » lui revenait puisque le « commandement » appartenait à l'État-Major. L'abstraite séparation du « militaire » et du « politique », du « militaire » et du « civil », entraîna la dissociation concrète de la direction de l'armée.

B LA NEUTRALISATION DE L'EMPEREUR ET ROI

En 1939, Carl Schmitt revient sur la structure du II^{ème} *Reich* et sur la situation de l'Empereur et Roi. Il se place, cette fois, du point de vue de la neutralisation du chef de l'État, qui lui interdit de gouverner. La formule : « le roi règne et ne gouverne pas », a fini par s'appliquer à Guillaume II. Ce processus de neutralisation fut développée à l'ombre de l'antithèse entre monarchie constitutionnelle et monarchie parlementaire, suggérée par Stahl-Jolson et acceptée par les conservateurs prussiens eux-mêmes. Pour démontrer l'erreur d'une telle antithèse, qui donne l'illusion que le monarque constitutionnel allemand « régnait et gouvernait », le juriste se tourne vers des « initiés » et des « témoins-clé » des « arcanes » du *Reich* wilhelminien : von Holstein et zu Eulenburg, et, surtout, il se réfère aux mémoires du *Kaiser* lui-même : *Ereignisse und Gestalten aus den Jahre 1878 bis 1918* (« Évènements et figures des années 1878 à 1918 »).

Le II^{ème} *Reich* n'avait pas d'Empereur qui gouvernât réellement. Certes, le pouvoir royal en Prusse était fort, avec l'appui de l'armée et de la fonction publique. Le roi n'avait pas à ses côtés un Ministre-Président responsable devant le *Landtag*, mais un collège de ministres qui dépendaient de sa confiance. Malgré cette position, le « conflit constitutionnel » ne put être

évité, en raison du pouvoir législatif et budgétaire dévolu à la Diète, même conservatrice. Mais le partage fédéral du pouvoir entre l'Empire et la Prusse permit à la monarchie prussienne de transférer le libéralisme au *Reich*, afin de mettre l'État prussien à l'abri. Ainsi, par exemple, le suffrage égalitaire devint une réalité dans l'Empire, mais pas dans le Royaume. Le clivage entre libéralisme et conservatisme s'identifia ainsi dangereusement au clivage entre l'Empire et la Prusse. De même, le conflit portant sur les effectifs de l'armée et sur le budget militaire fut déplacé de la Prusse vers l'Empire. L'armée resta prussienne, mais son budget relevait du *Reichstag*, cependant que les principales ressources fiscales, votées par les Diètes, provenaient des États, donc de la Prusse. Ce système compliqué de répartition fut essentiel pour l'histoire politique du *Reich* wilhelminien. Il permet de comprendre l'idée de Guillaume II, en octobre 1918, de renoncer à la dignité impériale tout en gardant la dignité royale. Dans la structure constitutionnelle du IIème *Reich*, ni le *Kaiser*, ni le *Reichsrat*, ni le *Reichstag* ne gouvernait. Seul le Chancelier de Fer réussit à gouverner, en s'appuyant tour à tour sur l'Empereur et Roi, sur le *Reichstag* ou sur la Diète prussienne. Sa personnalité fut déterminante, car il n'était soutenu ni par un parti dont il aurait été le chef, ni par une classe sociale, ni même par l'armée et la fonction publique, qui étaient à la Prusse et se trouvaient donc soustraites à l'Empire. Ce mode de gouvernement était à la longue intenable. Il représentait déjà une forme de « neutralisation » du chef de l'État.

Les tentatives du *Kaiser* pour être un monarque qui gouvernât effectivement échouèrent complètement. La volonté de lui rappeler ses limites constitutionnelles et de le fixer dans le rôle d'un chef d'État neutre, fit l'unanimité des partis du *Reichstag*, de la gauche à la droite. Malgré les rumeurs de coup d'État ou de « coup d'Empire », Guillaume II tenait à respecter la Constitution, qui le liait au contreseing d'un Chancelier dépendant d'une majorité parlementaire pour voter les lois et le budget. Dans ses mémoires, il confirme la faiblesse de sa position institutionnelle. En tant qu'Empereur, il ne pouvait exercer d'influence politique que dans la mesure concédée par le Chancelier. Il n'avait aucun moyen de le contraindre à suivre une politique qu'il ne voulait pas assumer. À l'inverse, il ne pouvait pas l'empêcher de conduire une politique qu'il n'acceptait pas. Il avait certes la possibilité de changer de Chancelier ; mais une telle procédure, difficile et risquée, ne pouvait être qu'une *ultima ratio*, d'autant que le nombre d'hommes qualifiés pour occuper un tel poste était très restreint. *In fine*, l'ancien *Kaiser* conclut que c'est faire preuve d'une complète ignorance de la Constitution de l'Empire, que de vouloir rendre l'Empereur seul responsable des événements politiques. D'après Schmitt, la version donnée par Guillaume II n'est pas seulement une construction *a posteriori*, destinée à le disculper du malheur de la guerre mondiale. Elle montre la profonde erreur de la théorie de la monarchie constitutionnelle allemande, selon laquelle le roi continuait de gouverner. À l'inverse, elle illustre la neutralisation du chef de l'État, qui correspond à la logique du constitutionnalisme. Elle aboutit à ce que l'Empereur, dans les années critiques de 1914 à 1918, ne fût plus que « le suprême auditeur et spectateur du cours du monde » (von Moser). Hindenburg et Ludendorff, qui usaient certes de leur accès privilégié au *Kaiser*, assumaient le commandement politique et militaire effectif, sous le régime de l'état de siège, qui maintenait les prérogatives du *Reichstag*. Guillaume II, lui, en dépit de sa position de chef militaire suprême et malgré la prétendue différence entre monarchie constitutionnelle et monarchie parlementaire, ne gouvernait pas, parce que, comme il le dit lui-même, la Constitution ne l'y autorisait pas. La structure du IIème *Reich* n'offrait donc plus que l'alternative entre un « pouvoir neutre » et un gouvernement parlementaire⁷.

⁷ « Neutralité et neutralisations... », pp. 104-114.

C LES CONTRADICTIONS CONSTITUTIONNELLES ET L'IMPRÉPARATION À LA GUERRE

L'évolution vers le parlementarisme devint toujours plus évidente au fur et à mesure de l'accroissement des droits politiques du *Reichstag*. Les « *avertissements* » de l'État-Major sur l'impréparation militaire de l'Allemagne restèrent sans effet en raison des contradictions internes du régime. D'après le juriste, ces « *avertissements* » sont autant de documents historiques dévoilant la situation dramatique du *Reich* wilhelminien. Au cours de la guerre, l'État-Major prouva qu'il pouvait et devait être l'instance dirigeante : au contraire d'un Hans Delbrück par exemple, Carl Schmitt ne critiqua jamais la conduite de la guerre par Hindenburg-Ludendorff. Mais les partis interdisèrent cette direction politique en poussant l'État militaire vers une situation « inconstitutionnelle ». Ils réussirent ce qu'ils avaient échoué avant 1866 : empêcher la préparation à la guerre.

Se posait le problème de l'application universelle du service militaire, qui aurait permis une pleine utilisation des ressources humaines disponibles. D'un côté, la structure de classe de l'armée allemande limitait la création d'une armée nationale, c'est-à-dire d'une armée populaire dont l'élite militaire, aristocratique et prussienne, craignait qu'elle devînt une armée démocratique et socialiste⁸⁸. D'un autre côté, le *Reichstag* refusait par antimilitarisme l'extension du service armé, ou celle du corps des officiers de réserve, et préférait la fixation des effectifs à 1% de la population. Schmitt insiste bien sûr sur ce second aspect. Si Bethmann-Hollweg, en 1913, n'avalisa pas la création de trois corps d'armée de réserve supplémentaires, que Ludendorff, alors chef de la Section des effectifs, avait réclamé au ministre de la Guerre, c'est parce qu'il craignait que le *Reichstag* refusât d'en voter le budget. Or, lors de la première bataille de la Marne, l'absence de ces trois corps se fit lourdement sentir... Les conflits de compétence relatifs au recrutement et au financement de l'armée reproduisaient l'antagonisme de l'État militaire et du constitutionnalisme, de l'État national et du fédéralisme.

Ernst Jünger a parlé de la capacité à la « *mobilisation totale* » : la structure du II^{ème} *Reich* empêchait précisément cette capacité de mobilisation. Éclatée entre une demi-douzaine d'instances, la direction politique, condition de la préparation à la guerre, fit défaut. Les disjonctions entre le politique et le militaire, le politique et l'économique, l'économique et le militaire, furent élevées au rang d'institutions « conformes à la Constitution ». En 1866, l'État prussien avait de son côté les succès diplomatiques et militaires ; le mouvement libéral avait de son côté le « droit » et la « Constitution ». C'est sur cette base que fut ajourné le conflit. Que devait-il arriver en l'absence de succès militaire rapide ? N'importe quelle bourgeoisie s'accommode d'une guerre courte et victorieuse. Mais l'existence de l'État ne saurait dépendre du seul succès des armes. Que deviendrait le « compromis constitutionnel » lorsque sa condition fondamentale : la victoire sur le champ de bataille, ne serait plus remplie⁹⁹ ?

⁸⁸ Engels déclarait en 1891 : « *le service militaire... surpasse le suffrage universel comme agent démocratique. La force réelle de la sociale-démocratie allemande ne réside pas dans le nombre de ses électeurs mais dans (celui de) ses soldats... L'armée, naguère... prussienne..., sera socialiste* » (cf. S. Neumann : « Engels et Marx : concepts militaires des socialistes révolutionnaires », in E.M. Earle : *Les maîtres de la stratégie*, t.1 : *De la Renaissance à la fin du XIX^{ème} siècle*, Paris, Berger-Levrault, 1980, 1943, préf. R. Aron, pp. 179-198, p. 196).

⁹⁹ Pour d'autres points de vue, cf. *La discorde chez l'ennemi* (1924) de Ch. de Gaulle, ouvrage au titre éloquent republié dans le recueil *Le fil de l'épée et autres écrits*, Paris, Plon, 1999, pp. 7-140, ainsi que F. Fischer : *Les buts de guerre de l'Allemagne impériale, 1914-1918*, Paris, Trévis, 1970 (1961), préf. J. Droz.

3 DE LA VICTOIRE DU BOURGEOIS SUR LE SOLDAT À LA RESTAURATION DU SOLDAT

L'opposition libérale de 1866 finit par triompher en 1918, en exigeant et en obtenant l'établissement d'un régime parlementaire. La logique du constitutionnalisme finit par avoir raison de la monarchie militaire. Trois solutions se présentaient pour mettre fin à la structure dualiste de l'État : soit l'un des adversaires l'emportait sur l'autre, le Soldat sur le Bourgeois ou le Bourgeois sur le Soldat, créant ainsi une décision révolutionnaire ; soit l'Allemagne renonçait à la puissance politique, rendant ainsi insignifiantes ses contradictions internes ; soit la Prusse succombait héroïquement en pleine conscience de la position perdue. Ce fut cette dernière possibilité qui advint de 1914 à 1918. La République de Weimar hérita de la défaite, avant d'être à son tour renversée par le mouvement national-socialiste.

A DIVISION, TRAHISON, RÉVOLUTION

La tentative de l'Empereur de prendre la direction des affaires pendant la guerre échoua complètement. Tous les pays belligérants connurent des tensions entre le commandement militaire et le gouvernement civil. Ces tensions ne relèvent pas d'une prétendue opposition entre le « militaire » et le « politique ». Au contraire, l'insécabilité des buts *dans* la guerre et des buts *de* guerre, des objectifs militaires et des fins politiques, implique l'institution d'une direction « *intégrale* », politico-militaire. Mais du fait de la situation constitutionnelle du II^{ème} Reich, ces tensions atteignirent un degré d'intensité exceptionnel. Elles provoquèrent la Révolution de Novembre. La contradiction de la structure du Reich wilhelminien se manifesta avec une acuité redoublée lorsque la situation militaire se dégrada, que les divergences sur la conduite de la guerre, notamment sous-marine, apparurent entre l'État-Major, le Chancelier, le *Bundesrat* et le *Reichstag*, déchirant ainsi le voile du « compromis constitutionnel ».

En 1864, 1866 et 1871, malgré les victoires militaires, l'État prussien se tenait sur la « défensive ». En 1914-1918, tout affaiblissement diplomatique ou militaire à l'extérieur devait profiter à l'adversaire intérieur, en lui donnant des arguments politiques pour de nouvelles revendications juridiques. Tout au long d'une guerre « *désespérée* », au lieu d'un renforcement de l'unité nationale, on assista à un approfondissement de l'opposition entre la monarchie militaire et le constitutionnalisme libéral, jusqu'à ce que l'opposition devienne mortelle entre le gouvernement et le peuple, entre l'armée et la nation, entre le Soldat et l'Ouvrier. Le refus des crédits militaires devint, « *pour les partis traîtres à leur pays* », le point de rupture constitutionnellement conforme. Le *Reichstag* voulait un renforcement de l'immunité parlementaire, « *c'est-à-dire l'élargissement de la brèche légale pour la trahison* », et la parlementarisation du régime, c'est-à-dire l'établissement de l'idéal politique des ennemis de l'Allemagne. L'auteur de « *Der Führer schützt das Recht* » fait une rétrospective sur les événements de 1917-1918, qu'il vécut, pourrait-on dire, en première ligne, soldat affecté à l'arrière qu'il était. Il mentionne la séance du *Reichstag* du 9 octobre 1917 : au communiqué du Gouvernement qui rapportait les relations entre les matelots mutinés et l'USPD, fondé le 4 avril, l'Assemblée opposait les garanties constitutionnelles offertes aux partis et arguait, en invoquant le principe *nullum crimen, nulla poena sine lege*, que les preuves de haute trahison manquaient¹⁰.

Avec la guerre, et dans les formes légales, l'État de droit bourgeois triompha de l'État militaire prussien. Après la réforme électorale en Prusse le 12 juillet 1917 et le vote de la résolution de paix le 19 juillet, qui provoquèrent la chute de Bethmann-Hollweg et son remplacement

¹⁰ « *Der Führer schützt das Recht* », pp. 199-200.

par Michaelis, le *Reichstag* exigea que le Chancelier puisse contresigner toutes les décisions relatives à l'armée prises par l'Empereur. Les derniers Chanceliers du II^{ème} *Reich*, Hertling et Max de Bade, étaient des ministres parlementaires, responsables devant le *Reichstag*. Les lois constitutionnelles du 28 octobre 1918 furent la conclusion logique du constitutionnalisme du XIX^{ème} siècle. Comme Anschütz l'a dit : l'institution militaire fut subordonnée au Parlement, supprimant ainsi le « militarisme prussien » en contradiction avec les principes *rechtsstaatlichen*. Avec Anschütz, c'est la doctrine libérale du droit public, « purement juridique » et prétendument « apolitique », qui parle, fulmine Schmitt. En même temps que le libéralisme triomphait du « militarisme », l'armée se disloquait et le *Reich* capitulait.

B DE LA SOUMISSION INTELLECTUELLE À LA SOUMISSION POLITIQUE

On crut éluder les décisions en politique intérieure par des succès en politique étrangère. Mais l'ennemi intérieur importe davantage que l'ennemi extérieur, et les victoires militaires ne pallient pas les défaites intellectuelles. L'établissement outre-Rhin d'une République démocratique et libérale n'est que le couronnement d'un long processus d'infiltrations étrangères, auxquelles on doit « *l'effondrement du II^{ème} Reich* ». « *En trois moments décisifs de l'histoire du XIX^{ème} siècle, la soumission à la conception juridique de l'adversaire eut une influence funeste sur le destin de l'Allemagne* ».

Le premier moment, ce fut en 1866, quand Bismarck demanda à la Diète l'approbation rétroactive des dépenses budgétaires faites sans autorisation. Il semblait sans importance de consentir aux conceptions juridiques du rival en politique intérieure. En fait, fut établie la loi fondamentale du développement historique qui aboutit au désastre de 1918. Le deuxième moment, ce fut en 1914. La guerre commença par une démission intellectuelle, lorsque Bethmann-Hollweg justifia l'entrée en guerre du *Reich* par la « *lutte contre la Russie tsariste* »¹¹¹. Le juriste fait allusion au vote des crédits de guerre lors de la séance du *Reichstag*, le 4 août : pour s'assurer les voix du SPD, qui détenait la majorité relative depuis 1912, le Chancelier déclara qu'il s'agissait d'une « *guerre contre le tsarisme* », ce qui correspondait à l'idéologie de la sociale-démocratie. Le peuple allemand, qui combattait pour son existence nationale, fut engagé dans le conflit sous l'égide des idéaux de l'Internationale socialiste, qui étaient à la fois ceux des ennemis extérieurs de l'Allemagne et ceux des ennemis intérieurs de l'État prussien. « *Mais la soumission aux concepts politiques de l'ennemi prit une plus grande étendue encore* ». Le même jour, le Chancelier déclara que l'invasion de la Belgique par l'armée allemande était un « *tort* » qu'il faudrait réparer. Ce propos¹² marqua un nouveau ralliement aux conceptions politico-juridiques des adversaires du dedans et du dehors, illustrées par la maxime *pacta sunt servanda*. Le troisième moment acheva cette évolution : dans les lois du 28 octobre 1918, l'idée parlementaire signifia la défaite intérieure de l'armée. Ces trois dates : 5 août 1866, 4 août 1914, 28 octobre 1918, Schmitt les met sur une même ligne de développement historique, celle qui va de l'abdication intellectuelle à l'asservissement politique : d'abord, la soumission aux conceptions juridiques du libéralisme ; ensuite, la soumission à l'argumentation de l'ennemi extérieur afin de se concilier l'ennemi intérieur, dont on fait mine de partager l'idéologie ; enfin, la soumission aux idéaux constitutionnels des Alliés et la renonciation aux traditions prussiennes.

¹¹ Que la gauche considérait toujours, à l'instar de Marx et Engels, comme « *la citadelle de la réaction* ».

¹² Qui fait allusion à la violation de la neutralité belge, conventionnellement garantie à l'époque.

En 1919, fut adoptée, avec la constitution de Weimar, le type d'État correspondant à la démocratie occidentale, conclusion ultime d'une soumission amorcée subrepticement un demi-siècle plus tôt. L'idéal anglais du Bourgeois a vaincu (provisoirement) l'idéal allemand du Soldat, déclare le juriste en 1937. La préparation à la guerre fut soumise au « compromis constitutionnel » : cinquante ans de « traités » intérieurs entre l'État prussien et ses adversaires, précédèrent le Traité de Versailles¹³. Essentiel est donc le combat intellectuel contre la réception d'une pensée « étrangère » de l'État et du droit. « *Nous avons fini par reconnaître que les constitutions libérales étaient devenues des moyens-types sous lesquels les étrangers dissimulaient leur domination* ». Bismarck eut le tort de réduire le problème de l'approbation parlementaire des dépenses budgétaires à une querelle de mots. Dans le « compromis constitutionnel », en effet, chacun pouvait croire qu'il avait « accordé » quelque chose à l'autre : le roi « accordait » la demande d'approbation (interprétation monarchique), le *Reichstag* « accordait » l'approbation (interprétation parlementaire). Mais une controverse conceptuelle, « linguistique » et « juridique », peut devenir une affaire politique lourde de conséquences. Le Chancelier de Fer aurait dû s'en douter, car il avait clairement reconnu le sens polémique de l'expression « État de droit », au moment du conflit avec le *Zentrum* et le SPD.

C DE LA CONSTITUTION « POSTHUME » À LA CONSTITUTION « ALLEMANDE »

Les chefs de parti et les politiciens professionnels de « l'opposition » parlementaire furent contraints, en 1918, de prouver la justesse de leur combat contre l'État militaire prussien par des réalisations politiques, au lieu des discours habituels contre le « militarisme » inconstitutionnel. La Constitution de Weimar fut une réponse aux questions posées par le « conflit constitutionnel ». Elle ne fut pas une « *constitution intermédiaire* » (Walz), mais la partie « bourgeoise » de la Constitution dualiste de l'État, qui subsista et triompha après la disparition de la partie « prussienne ».

Si l'article 25 dispose que le Président du *Reich* ne peut dissoudre l'Assemblée qu'une seule fois pour le même motif, c'est en réponse aux dissolutions répétées par Bismarck¹⁴. Si l'article 50 dispose que tous ses décrets, « *même concernant l'armée* », doivent être contresignés, c'est en réponse aux vieilles exigences du *Reichstag*. Il en va de même de la suppression de la juridiction militaire selon l'article 106 ou de la réglementation du service militaire par la loi selon l'article 133-2. Si l'article 85 dispose que toutes les dépenses du *Reich* doivent être prévues et inscrites dans un budget annuel établi par la loi, c'est en réponse aux anciennes querelles et pratiques sur le budget militaire. Si l'article 176 dispose que les membres de la *Reichswehr* doivent prêter serment à la constitution, c'est en réponse à l'ancien serment de fidélité qui était adressé au souverain.

Mais cette victoire fut une victoire « *posthume* ». Schmitt l'affirme dès 1928¹⁵ : elle fut la réponse à une question qui ne se posait plus, puisque l'État militaire prussien, l'adversaire, n'existait plus. Dans les années 1928-1932¹⁶, le juriste voyait dans le bolchevisme le nouvel ennemi désigné de la Constitution weimarienne, qui avait donné une nouvelle vigueur

¹³ « Totaler Feind, totaler Krieg, totaler Staat », in *Positionen und Begriffe im Kampf mit Weimar, Genf, Versailles, 1923-1939*, Hambourg, Hanseatische Verlagsanstalt, 1940, pp. 238-239.

¹⁴ Cf. « Reichstagsauflösungen » (1924), in *VA*, pp. 13-28.

¹⁵ *Théorie de la constitution*, p. 483 ; « L'État de droit bourgeois », p. 31 ; cf. aussi *Hugo Preuß...*, p. 22.

¹⁶ *Théorie de la Constitution*, pp. 161-162, 166 ; *Hugo Preuß...*, p. 17 ; « Inhalt und Bedeutung des zweiten Hauptteils des Reichsverfassung », pp. 582-583.

au libéralisme. En 1934, il n'en est plus question : cette Constitution, tournée vers le passé, est simplement « *la victoire qu'un fantôme remporte sur l'ombre de son adversaire* ». Elle fut un compromis, non plus entre la monarchie militaire et le constitutionnalisme, mais entre trois visions-du-monde contradictoires : catholicisme, libéralisme, marxisme. L'évolution ultérieure de ce compromis aboutit au système pluraliste. La logique *rechtsstaatlich* profita à certaines forces politiques organisées, principalement le *Zentrum* et le SPD, les ennemis de Bismarck.

De dualiste, la structure de l'État devint donc pluraliste : au dualisme du Soldat et du Bourgeois succéda le pluralisme des partis. Mais à ce pluralisme échappèrent les deux piliers de l'ancien État prussien : la fonction publique et l'armée, sous la direction du *Reichspräsident*. Celui-ci, en nommant Hitler Chancelier, a permis au mouvement national-socialiste d'accéder au pouvoir. Ce mouvement « *issu de la résistance contre les forces responsables de l'effondrement de 1918* » a remplacé la structure dualiste puis pluraliste de l'État, et la théorie du droit et de l'État qui lui était coordonnée, par une nouvelle forme d'unité politique reposant sur l'État, le mouvement et le peuple (*Staat, Bewegung, Volk*). « Libérant » l'Allemagne du constitutionnalisme, c'est-à-dire d'un principe « étranger » et « dépassé », il « *nous a ramenés à nous-même en tant qu'Allemand* », conclut Schmitt¹⁷.

D L'ARMÉE DANS LE *REICH* NATIONAL-SOCIALISTE

Mais il se trompe, à terme, sur la situation de l'armée dans l'État national-socialiste. Celle-ci, au lendemain du 30 juin 1934 (purge des SA), croit avoir remporté une grande victoire et, certes, elle occupe une place centrale dans cet État militaire qu'est le III^{ème} *Reich*. Mais en 1938, Hitler supprimera le privilège de l'État-Major d'être juge des implications militaires de la politique étrangère. Parallèlement, avec la suppression du ministère de la Guerre et la création de l'*Oberkommando der Wehrmacht*, il exercera directement son autorité sur les trois armes, terre (*Heer*), mer (*Marine*), air (*Luft*). En 1916-18, l'État-Major avait assumé la direction de la guerre ; à partir de 1938, il ne sera plus qu'un organe d'exécution. L'économie de guerre, confiée à Goering en 1936 puis à Speer en 1942, ne sera pas du ressort de l'autorité militaire, comme cela avait été le cas en 1917-18. La concurrence de la SS, la force armée du Parti, deviendra croissante, avec le développement de la *Waffen SS* et l'absorption par le *Sicherheitsdienst* de l'*Abwehr* (le service de renseignement de la *Wehrmacht*)...

Toutefois, en 1934, une chose est sûre : la réforme politique va rendre possible, non seulement le réarmement, mais la réforme militaire. L'armée allemande va pouvoir redevenir une armée nationale, sans risque de submersion ou de dislocation de l'institution militaire. C'est ainsi qu'en mars 1935 le service militaire obligatoire, égal et universel est établi avec la première loi sur la reconstruction de la *Wehrmacht* (la seconde, en mai, fera d'Hitler le commandant en chef, investi du pouvoir de décréter la mobilisation et de déclarer la guerre). Enfin, la préoccupation du Gouvernement et de l'État-Major sera d'éviter les erreurs du passé et d'éliminer tout ce qui serait de nature à provoquer le retour d'une défaite. Par l'unité du commandement politique et militaire, tout risque de conflit institutionnel se trouvera écarté. Par la suppression des contingents des Pays, tout cloisonnement territorial sera aboli. Par la Direction du Plan sur l'Économie et l'Organisation du Travail, l'ensemble des ressources humaines, industrielles et agricoles se trouveront mobilisées aux fins de la défense nationale.

¹⁷ *Staatsgefüge und Zusammenbruch des Zweiten Reiches...*, p. 43.

Enfin, par la loi du 19 avril 1936 *sur la protection de l'esprit patriotique*, l'État sera doté d'un instrument efficace contre la subversion et la sédition¹⁸.

BIBLIOGRAPHIE UTILISEE DE CARL SCHMITT

- « L'État de droit bourgeois », in *Du politique. « Légalité et légitimité » et autres essais*, Puisseaux, Pardès, 1990, préf. A. de Benoist, pp. 31-38, trad. de « Der bürgerliche Rechtsstaat » (1928).
- *Théorie de la Constitution*, Paris, PUF, 1993, préf. O. Beaud, trad. de *Verfassungslehre* (1928).
- *Hugo Preuß. Sein Staatsbegriff und seine Stellung in der deutschen Staatslehre*, Tübingen, J.C.B. Mohr, 1930.
- « Nationalsozialismus und Rechtsstaat », *Juristische Wochenschrift*, 12-13, 24 mars 1934, pp. 713-718.
- « Der Führer schützt das Recht. Zur Reichstagsrede Adolf Hitler vom 13. Juli 1934 », in *Positionen und Begriffe [PuB] im Kampf mit Weimar, Genf, Versailles, 1923-1939*, Hambourg, Hanseatische Verlagsanstalt, 1940, pp. 199-201, trad. française in *Cités*, n°14, 2003, « Le Führer protège le droit. A propos du discours d'Adolf Hitler au Reichstag du 13 juillet 1934 », pp. 165-171.
- *Staatsgefüge und Zusammenbruch des Zweiten Reiches. Der Sieg des Bürgers über den Soldaten*, Hambourg, Hanseatische Verlagsanstalt, 1934.
- « Die Verfassung der Freiheit », *Deutsche Juristen-Zeitung*, XL, 19, 1er octobre 1935, pp. 1134-1135, trad. française in Y.-Ch. Zarka : *Un détail nazi dans la pensée de Carl Schmitt*, Paris, PUF, 2005, « La Constitution de la liberté », pp. 53-57.
- « Totaler Feind, totaler Krieg, totaler Staat » (1937), in *PuB*, pp. 235-240.
- « Neutralité et neutralisations. A propos de : Christoph Steding, *Das Reich und die Krankheit der europäischen Kultur* », in *Du politique...*, pp. 101-126, trad. de « Neutralität und Neutralisierungen. Zu Christoph Steding 'Das Reich und die Krankheit der europäischen Kultur' » (1939).
- *Terre et Mer. Un point de vue sur l'histoire mondiale*, Paris, Labyrinthe, 1985, trad. de *Land und Meer. Eine weltgeschichtliche Betrachtung* (1942).

¹⁸ Cf. H. Speier : « Ludendorff : la conception allemande de la guerre totale », in E.M. Earle, op. cit., t.2 : *De la fin du XIXème siècle à Hitler*, 1981 (1943), pp. 31-48 ; Ph. Masson : *Histoire de l'armée allemande, 1939-1945*, Paris, Perrin, 1994, pp. 42-50, 492-493.

[Ripeness is all]

El erudito profesor Jesús Burillo Loshuertos (1934) autoriza muy amablemente la publicación de esta nota del romanista centenario Antonio Guarino (†2014) conservada en su archivo de Murcia, procedente de su correspondencia académica con el maestro italiano. El doctor Burillo, catedrático de Derecho Romano de la Universidad de Murcia (1964-2004), es discípulo de Álvaro d'Ors y lector y connaisseur de Carl Schmitt, con quien pasea por Santiago de Compostela la primavera de 1962 y de quien recibe el contundente elogio en la correspondencia con su maestro («Jesús Burillo ist sehr intelligent und geistreich»). El manuscrito original que aquí se transcribe está fechado en Nápoles el 13 de junio de 2010 y consta de cuatro hojas. El mismo es también la base del texto revisado y publicado en 2010 en el número 38 de la revista Index. Quaderni camerti di studi romanistici (pp. 664-666), de la Universidad de Camerino. El profesor Guarino discurre con sencillez y realismo sobre la experiencia vital de Schmitt, a quien aproxima al shakespeariano conde de Gloucester. La indagación trae su causa de la copia del Predigt im Requiem für Carl Schmitt, leído por el padre Werner Böckenförde, hermano del insigne jurista Ernst-Wolfgang, en el funeral de Carl Schmitt (parroquia católica de Plettenberg-Eiringhausen, 11 de abril de 1985) e impreso por la Carl Schmitt-Förderverein Plettenberg en una edición privada conmemorativa del vigésimo quinto aniversario de la muerte de Carl Schmitt, remitido por el profesor Burillo a su colega y maestro italiano. El desliz temporal que comete el insigne romanista —el Predigt fue leído en 1985— no aminora el valor de su testimonio (N. d. l. r.).

ESSERE PRONTI È L'ESSENZIALE

1. Ho tra le mani il testo della *Predigt in Requiem für Carl Schmitt* pronunciata il 7 aprile 2010, nella chiesa parrocchiale di Plettenberg-Eiringhausen da Werner Böckenförde (il Parroco, credo) in occasione del venticinquesimo anniversario della morte del quasi novantasettenne giurista. Parole semplici e severe, e perciò appunto molto apprezzabili, che non evitano di riferirsi anche al periodo di circa quarant'anni (dal 1945 al 1985) in cui Carl Schmitt è sopravvissuto al crollo del Reich hitleriano, ed alla sanzione inflittagli del carcere e dell'allontanamento dalla cattedra universitaria. Non lo evitano, ma lo segnalano sobriamente, citando le sue stesse parole: *ex captivitate salus*. Quanto al tipo ed all'intensità della *salus* toccatagli, tutti sappiamo che Schmitt, pur continuando intensamente e variamente a lavorare da par suo, non proruppe in clamorosi pentimenti delle sue teorie e tanto meno banalizzò il suo passato nazista alla maniera sorprendente di un Heidegger, il quale si limitò a qualificare come *eine Dummheit* il proprio quarto d'ora politico. Forse un lume ci fornisce ancora la *Predigt* dei venticinque anni là dove ricorda che a meno di due anni dalla fine, nel giorno del suo novantacinquesimo compleanno (11 luglio 1983), *mit schon zitternder Hand*, Schmitt chiuse la dedica di una nuova edizione del libro *Der Leviathan* con queste parole: *Ergebnis: Jeder alte Mann wird ein König Lear*.

2. Io non ho nè l'autorità nè la presunzione di pronunciare giudizi, al di là dei sentimenti di orrore, in ordine al Reich hitleriano ed ai suoi più o meno decisi e consapevoli sostenitori o plauditori di altri tempi. Carl Schmitt ebbe il torto gravissimo di inserirsi tra questi ultimi e di mettere al servizio del regime le sue smaglianti teorie del decisionismo, della dittatura e della sopraffazione dei riluttanti (considerati come *Feinde*) sotto il peso inesorabile dell'hobbesiano *leviathan* statale. Può darsi, anzi mi auguro vivamente, come fa intuire il suo *ex captivitate salus*, che egli se ne sia poi radicalmente pentito. Ma allora, si dirà, perché non ha ripudiato in esplicito le sue teorie? La risposta, almeno a mio avviso, non è solo che alle proprie teorie è difficile rinunciare, soprattutto nel caso che le si siano pensate in tutta buona fede, cioè prima e al di fuori di certe proclamazioni in sede politica. La risposta, riconosciamolo, è anche che certe idee di fondo maturate dallo Schmitt negli agitatissimi decenni iniziali del secolo scorso non sono affatto erronee o assurde, ma sono soltanto settoriali, incomplete, parziali: sono cioè limitate ad uno o soltanto ad alcuni tra i molteplici aspetti della vita, necessariamente ben più complessa e varia, di una società politica, di un'organizzazione statale. Non vi è dubbio che la dittatura sia molto efficiente ai fini del funzionamento dell'organismo; tuttavia l'esperienza della realtà, dunque la storia, ammonisce che la dittatura non basta e non dura. È inevitabile che essa, se applicata in assoluto, susciti in chi la subisce un malanimo crescente e che pertanto essa sarebbe travolta se non fosse oculatamente inserita come parte, solo come parte, in un sistema complesso in cui si provvedesse ad equilibrarla con altri poteri concorrenti ed a chiamarla ad agire solo in casi eccezionali. Vi è bisogno di citare a conferma le sorti brevi ed infauste, tra l'altro, dei regimi fascista, nazionalsocialista, stalinista?

3. Non saprei dire se di queste osservazioni critiche (banali, ma spietatamente realistiche) Carl Schmitt si sia pienamente reso conto nel lungo autunno di vita concessogli dopo il 1945. Spero vivamente di sì. Comunque deve escludersi, a mio avviso, che la sua dichiarazione finale, quella sui vecchi che sono tutti analoghi al vecchio Re Lear, sia una manifestazione di pentimento. A parte il fatto che, se ben ricordo, la frase è una citazione di Goethe (negli epigrammi degli *Xénien*), a nessuno può sfuggire che Re Lear (piaccia o non piaccia il perso-

naggio di Shakespeare) morì demente al termine di cinque atti di egoistiche sconsideratezze ironicamente commentate ogni tanto dal suo buffone di corte. No, l'alta figura scientifica di Carl Schmitt esige troppo rispetto perché lo si possa supporre. Se proprio si vuol connettere a lui il ricordo della tragedia shakespeariana, il pensiero (almeno il mio pensiero) corre piuttosto al personaggio ben altrimenti degno del conte di Gloucester. Quando, resosi conto degli errori commessi, invocò disperatamente la morte (atto V, sc. 2), ben giustamente e generosamente il figlio Edgar lo trattenne. «Gli uomini devono pazientare per uscire da questo mondo, proprio come per entrarvi: esser pronti è l'essenziale» (*Ripeness is all*).

NAPOLI, 13 GIUGNO 2010

ANTONIO GUARINO

LAND UND MEER

PREFACIO A *TIERRA Y MAR*
POR GÜNTER MASCHKE

NOTA DE LOS EDITORES

El presente prefacio consiste en el primer estudio introductorio en el Perú —formalmente conocido y registrado— a la obra política del jurista Carl Schmitt (1888-1985). Su autor, *Herr* Günter Maschke¹, lo escribió en 1992, desde su oficina, en su calidad de docente invitado de la Escuela Superior de Guerra Naval (ESUP), ubicada en el distrito de La Punta, en la provincia constitucional del Callao.

¹ Günter Maschke nació en Erfurt (Alemania) el 15 de enero de 1943. Es uno de los principales expertos de Carl Schmitt a nivel mundial, siendo autor de ediciones imprescindibles para la *Schmitt-Forschung*. Fue el principal editor del jurista alemán en vida, de quien además fue amigo íntimo durante varios años. En 1963 ingresó a la facultad de filosofía de la Universidad técnica de Stuttgart. En su juventud, cual miembro conspicuo de la «generación del 68» alemán, militó activamente en la extrema izquierda, siendo detenido en 1967 durante una manifestación contra la guerra de Vietnam. En aquel periodo llegó a exiliarse en Cuba, donde se acogió como refugiado político, sirviendo en el ejército de Fidel Castro. Desencantado prontamente del régimen castrista, en 1969 fue expulsado de La Habana por estar presuntamente involucrado en «actividades contrarrevolucionarias». De regreso a Europa, cumple con la justicia de su país. El descubrimiento del pensamiento de Schmitt tuvo una influencia vital en él, por lo que se dedicó con pasión al estudio y traducción del pensamiento de autores como Juan Donoso Cortés y Joseph de Maistre. Fue editor, ensayista y profesor particular en Fráncfort. Entre 1991 y 1992 enseñó como profesor visitante en la Escuela de Guerra Naval de la Marina de Guerra del Perú (ESUP), ubicado en el distrito de La Punta, Callao (Lima, Perú). Una selección bibliográfica de la obra de Günter Maschke (más de ciento cincuenta manuscritos entre artículos y ensayos, ediciones, traducciones y entrevistas) puede consultarse en de Ujúe (2008, pp. 325-331). Para un balance autobiográfico, véase Maschke (2012).

El momento histórico-político en el cual se escribe el texto que presentamos se enmarca en el gobierno de transición dictatorial instaurado por el presidente Alberto Fujimori, después del golpe de estado del 5 de abril de 1992. Durante esta situación de excepción, se disolvió el parlamento peruano y se suspendió la constitución de 1979. La sociedad civil pasaba su peor momento, generado principalmente por la violencia de los grupos terroristas, en ventaja estratégica frente a los esfuerzos del estado. Una violencia armada que dejará un saldo de aproximadamente setenta mil muertes. El contexto internacional es el de la Posguerra Fría, en el cual se produjeron la guerra del Golfo (1990-1991), la *Perestroika* y el auge del «Fin de la historia» de Francis Fukuyama. Es en aquel momento de profunda crisis internacional, de coyuntura político-económica adversa y, en particular, de lucha interna contra el terrorismo de Sendero Luminoso en el Perú que el profesor Maschke realiza esta nota introductoria para sus estudiantes, colegas y amigos de la ESUP.

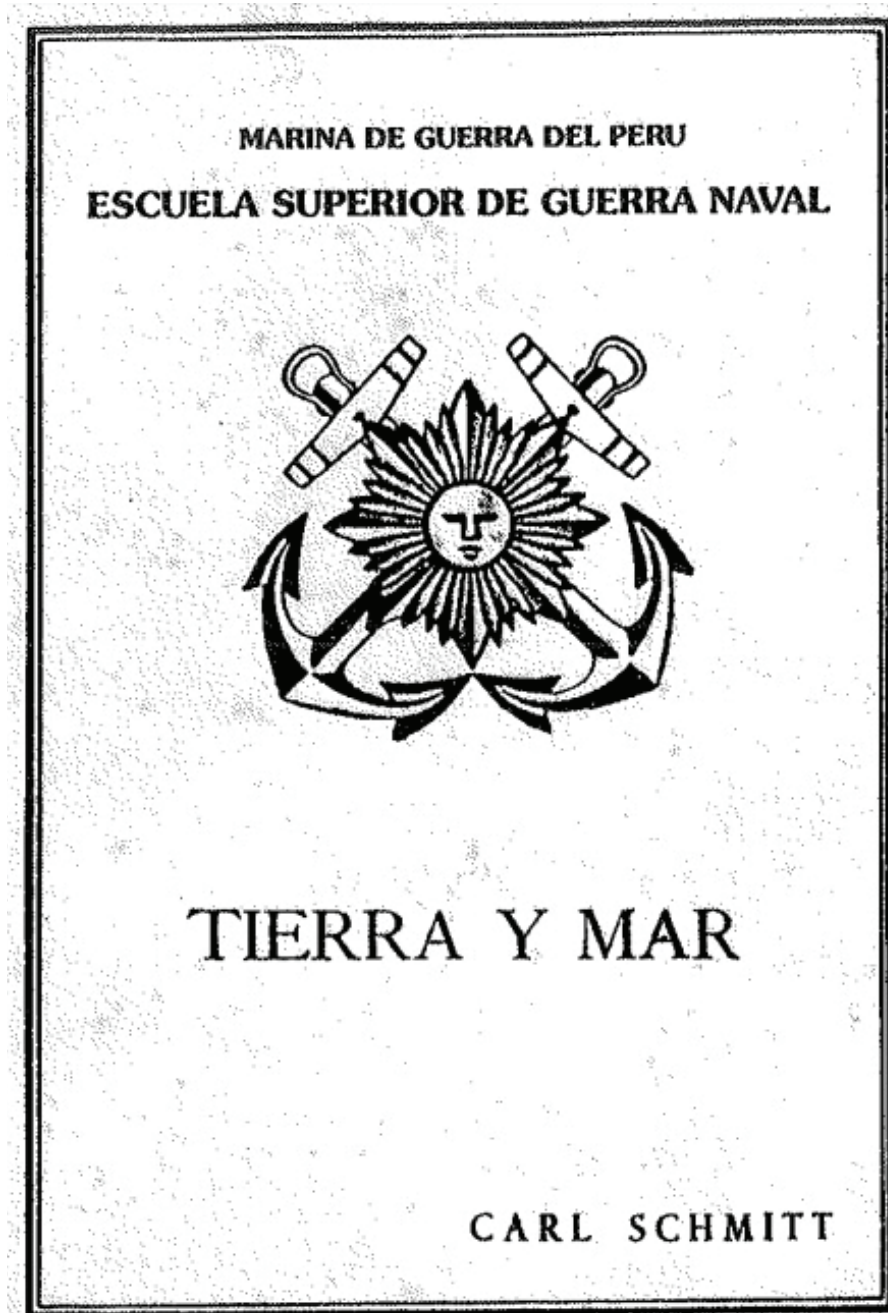
Los temas elegidos y tratados con tono militante por *Herr Maschke* pueden ser considerados como una meditación acuciante, desde el realismo político, sobre los principales problemas del Perú y del mundo en aquel periodo de dificultad. El autor indaga, en particular, sobre cómo el pensamiento jurídico-político de Carl Schmitt puede ayudar a comprender dicho espacio y tiempo histórico.

La presente transcripción y edición se ha realizado respetando el documento original entregado a los oficiales y profesores de la ESUP en agosto de 1992. La fuente utilizada se basa en un ejemplar conservado en el archivo del profesor Fernán Altuve-Febres, al cual van nuestros agradecimientos personales. En aquél periodo, el profesor Altuve-Febres enseñaba también en la misma casa de estudios. Este texto forma parte de la investigación peruano-alemana *in fieri* de título (provisorio) «la recepción de Carl Schmitt en el Perú (1989-1992)», realizada con el auspicio y la cooperación de la revista *Carl-Schmitt-Studien* para el período 2016-2018. En el texto que a continuación presentamos se han respetado las preferencias y el estilo del autor. También se han corregido mínimos errores tipográficos, sin alterar el sentido de la frase. Asimismo, se han agregado notas a pie de página para orientar al lector en las referencias del profesor Maschke.

CARLOS EDUARDO PÉREZ CRESPO

MARIO MIGLIORE

Lima y Dresden, 3 de abril del 2017



Portada original del libro prologado por Günter Maschke

PREFACIO

Carl Schmitt, politólogo y constitucionalista alemán de fama mundial, nació como hijo de padres pobres en el año 1888 en Plettenberg (Westfalia) y murió en su ciudad natal en el año 1985. Terminó sus estudios universitarios en ciencias jurídicas en el año 1910 y publicó, hasta el año 1914, cuatro libros que merecen hoy más bien el interés de especialistas. Por causa de una lesión grave no ingresó al ejército en 1914, pero fue adscrito a los servicios jurídicos responsables del estado de sitio en Múnich durante la Primera Guerra Mundial². Tal experiencia fue decisiva para nuestro autor. Después de la guerra de 1914-1918, Schmitt ocupó las cátedras de la Universidad Greifswald (1921), de la Universidad de Bonn (1922-1928), de la Escuela Superior de Comercio de Berlín (1928-1932), de la Universidad de Colonia (1933) y de la Universidad de Berlín (1933-1945)³.

Para esbozar, de manera muy superficial, el pensamiento de Schmitt, sirven quizás dos de sus más conocidas frases: «Soberano es aquél que decide sobre el estado de excepción» (*Teología Política*, 1922)⁴ y «La distinción propiamente política es la distinción entre el amigo y el enemigo» (*El concepto de la política*, 1932)⁵.

Por una buena parte, la obra de Carl Schmitt es una crítica del estado parlamentario moderno con sus ilusiones humanitaristas⁶. En tiempo de crisis, tal Estado es incapaz de distinguir entre amigo y enemigo y será el botín de las fuerzas particulares, de la policracia y de los partidos. Bajo declaraciones que niegan la amenaza permanente de la descomposición estatal y de la guerra civil, el estado se rompe. Una raíz de la guerra civil es el intento típicamente liberal de convertir la lucha política en discusión y concurrencia, en moral y economía, con el fin de despolitizar el estado por medio de la técnica y de la economía. Tal fuga de la política se rebela para Schmitt como rechazo de la decisión moral exigente. La negación del enemigo y de la enemistad culminará en la enemistad absoluta contra el enemigo de los fines modernos, humanos, libres, etcétera. La moralización hipócrita de la política, su minimización ilusionista, desemboca en el campo internacional en la transformación del enemigo en un criminal⁷. Con un criminal no se puede hacer la paz, es necesario castigarlo.

² Sobre este periodo de la biografía de Schmitt, véase Mehring (2009, pp. 76 ss.), Noak (1996, pp. 34 ss.) y Pietropaoli (2012, pp. 33 ss.).

³ Para profundizar en la biografía de Carl Schmitt, se puede revisar el trabajo monumental de Mehring (2009). Ahora se dispone también de una edición (revisada) en lengua inglesa (Mehring, 2014). Para una crítica acuciosa del esfuerzo biográfico de Mehring, véase precisamente Maschke (2009). Un balance biográfico más atento a la obra, sin perder de vista el *visuto* del autor, ha sido elaborada por Pietropaoli (2012). Imprescindible, en igual medida, la biografía de Noak (1996).

⁴ Schmitt (2004, p. 13). Edición española en Schmitt (2009, p. 13).

⁵ Schmitt (2002, p. 26) Edición española en Schmitt (1998, p. 56).

⁶ Sobre esta crítica al parlamentarismo, véase Schmitt (1991), edición en español (Schmitt, 2008). Asimismo, un importante estudio historiográfico en Kennedy (1988). Un estudio crítico, en lengua inglesa, sobre el debate que sostuvieron Carl Schmitt, Hans Kelsen y Hermann Heller en relación a la República de Weimar, puede consultarse en Dyzenhaus (1999) y McCornick (1994). Sobre el debate teórico-jurídico entre Schmitt y Heller, sigue siendo referencia ineludible Caamaño (1950, pp. 79-131).

⁷ En concordancia con lo señalado, Schmitt afirma: «los conceptos de amigo y enemigo deben tomarse aquí en su sentido concreto y existencial, no como metáforas o símbolos; tampoco se los debe confundir o debilitar en nombre de ideas económicas, morales o de cualquier otro tipo; pero sobre todo no se les debe reducir a una instancia psicológica privada e individualista, tomándolos como expresión de sentimientos o tendencias privados» (Schmitt 1998, p. 58).

Pero la paz sólo se puede alcanzar por medio del reconocimiento de la guerra y de la enemistad. Guerra y paz son conceptos recíprocos⁸. Según la concepción actual del Derecho Internacional, la guerra está prohibida como crimen, lo cual intensifica las guerras. Actualmente, cada parte beligerante quiere ser el atacado y quiere discriminar al enemigo como agresor, porque contra tal «agresor» se pueden lanzar toda la violencia y todas las sanciones internacionales. La brutalización de las guerras modernas es resultado, en buena medida, del Derecho Internacional actual, el cual «prohíbe» la guerra. Así, resulta más necesario que nunca ganar la guerra. Porque es más verosímil que el vencido pueda ser víctima de un tratado de paz (en verdad un dictado) a la manera del tratado de Versalles (1918-1919) o de un proceso en la manera de Núremberg (1946), impuesto por el vencedor. De todos modos existe hoy la *presión* para provocar al enemigo hasta el punto en que él me ataque.

La negación del núcleo de toda política, es decir, la negación de la enemistad, produce el ascenso de la enemistad bajo lemas moralizantes y policiales. La ilusión de una creciente unidad del mundo⁹, la idea de una paz total y mundial, nos eleva hacia un mundo de intervención permanente y de la guerra total¹⁰.

Esa es efectivamente nuestra situación desde el famoso Tratado de Versalles, un dictado contra un criminal derrotado. Tal concepción del Derecho Internacional se realiza hoy en la ONU y en la OEA, por ejemplo en la «sanción» contra el Irak, que mató 100.000 hombres para castigar la muerte de 5.000, la cual ilumina muy bien las implicancias de tal discriminación de la guerra y de tal dogma «pacificador» del mundo¹¹. Tal Derecho Internacional implica la desestabilización de los Estados como únicos guardianes posibles del derecho, tanto hacia el interior como hacia el exterior.

En el interior de los estados, esas negociaciones de lo político conducen hacia la policracia, hacia un pluralismo centrífugo y hacia la partidocracia. Un Estado que no puede conservar su poder como árbitro neutral, que no puede manejar el estado de sitio, porque está disminuido por ideas decadentes, por la enervación humanitaria, un estado que está contaminado en suma por la sociedad indisciplinada no puede realizar su tarea más noble: establecer la relación recíproca de protección y obediencia¹².

Para establecer y fortificar tal relación, el estado debe ser capaz de convertirse en una dictadura¹³. Mucha gente confunde la dictadura con una tiranía y con un despotismo. Pero una

⁸ Sobre esta relación, revisar Schmitt (1998, pp. 131-140). Al respecto, incluíble el aporte de Maschke en Schmitt (2005).

⁹ El 11 de mayo de 1951, Schmitt pronunció una célebre conferencia en el Ateneo de Madrid, titulada «La unidad del mundo» (Schmitt 1956; 2005, pp. 841-871).

¹⁰ Acerca de esta referencia, cfr. Schmitt (1998, p. 65): «Un mundo en el que se hubiese eliminado la posibilidad de una lucha de esa naturaleza, un planeta definitivamente pacificado, sería pues un mundo ajeno a la distinción de amigo y enemigo, y en consecuencia carente de política».

¹¹ La referencia del autor es a la Guerra del Golfo, que tuvo lugar entre el 2 de agosto de 1990 y el 28 de febrero de 1991, en la cual se enfrentó Irak contra la coalición de aliados de las Naciones Unidas, conformada por treinta y cuatro países liderados por los Estados Unidos, después de la invasión de Kuwait por Irak.

¹² Sobre la relación entre protección y obediencia, cfr. Schmitt (1998, p. 151): «¿Quién acuña la verdad en moneda corriente? A esta pregunta responde la proposición: *Auctoritas non veritas facit legem*. La verdad no se realiza sola, sino que necesita de instrucciones que la hagan realizable. Proceden éstas de una *potestas directa* que, a diferencia de la *potestas indirecta*, es responsable de la ejecución de la orden, exige obediencia y está en condiciones de dispensar su protección a quien obedece».

¹³ Cfr. Maschke (2008, p. 15): «[...] hay que reconocer que ni el estado de excepción ni la dictadura [comisaria], tampoco el cesarismo, son en esencia iliberales. Estos pueden suministrar la *ultima ratio* de un sistema liberal en cuyo centro se sitúa la seguridad de la propiedad burguesa». Cfr. Schmitt (2006). La edición en español en Schmitt (2013b).

dictadura, de la cual el estado de sitio constituye un primer grado, es simplemente un instrumento técnico-quirúrgico para restablecer la vieja normalidad o para fundar una normalidad nueva¹⁴.

Carl Schmitt distingue entre *dictadura comisarial* y *dictadura soberana*: la dictadura comisarial restablece la normalidad; la dictadura soberana funda una normalidad. Solamente en la normalidad pueden reinar las normas. El intento de imponer las normas mientras un estado está en una situación excepcional agudiza el caos y la descomposición¹⁵.

Toda la estructura del estado [se orienta] desde luego a evitar o terminar la guerra civil que constituye el mal original. Claro es que estas modestas explicaciones de una obra tan amplia y compleja no dispensan de una lectura atenta. Aunque Schmitt se refiere en primera línea a su país, la Alemania de la crisis de la República de Weimar (1918-1933), se puede aplicar su análisis a otros países en circunstancias similares. Hasta hoy, la República de Weimar es el gran laboratorio político del siglo XX, incapaz de enfrentarse a la amenaza hitleriana por sus ilusiones humanitarias y por su falta de voluntad de unión. La constitución de la República de Weimar estimuló la descomposición política y social por su dogma de la prevalencia de las libertades individuales sobre el interés estatal. Carl Schmitt fue el gran diagnosticador de tal enfermedad y por eso es *el* politólogo de nuestro siglo. En el campo internacional, Schmitt descubrió la lucha entre poderes terrestres y poderes navales como contenido central de la historia¹⁶. Solamente se pueden marcar y precisar las diferencias entre la guerra y la paz, solamente se puede alcanzar tal claridad, tan necesaria tanto desde una perspectiva política como jurídica, si existe un equilibrio entre la tierra y el mar. El derecho como unidad de ordenación y de asentamiento, como derecho concreto de hombres concretos y de sociedades concretas, se hundiría si los poderes navales alcanzasen la prevalencia. Así se rompería el «nomos» de la tierra.

Los poderes navales, como Inglaterra y EE.UU., no reconocen al enemigo como enemigo justo, sino que lo criminalizan. Tales poderes rechazaban la guerra como medida lícita. Después usaron medidas indirectas, como el bloqueo, el embargo y el boicot, siempre glorificadas como medidas pacíficas, pero que desencadenarían la guerra total contra el enemigo injusto y criminal. Tales poderes se inclinan hacia la destrucción técnica de la vida civil del enemigo. Pero ellos interpretan tales destrucciones no como guerras, sino como acciones policiales dentro de una unidad mundial. La criminalización del enemigo tiene su raíz, en buena parte, en el desarraigo espacial de los poderes navales, que usan también la fuerza aérea como medida de destrucción total. No existe un interés por parte de tales poderes en imponer al enemigo derrotado un orden espacial y con ello un derecho concreto, como es ambición natural de un poder terrestre. Tal criminalización del enemigo y de la guerra resulta, en un segundo

¹⁴ Sobre la dictadura como un régimen técnico y transitorio, Schmitt señala lo siguiente: «El dictador tenía tan solo una comisión, como conducir la guerra, reprimir una rebelión, reformar el Estado o instituir una nueva organización de los poderes públicos [...]. El funcionario o comisario de una república democrática o de un príncipe, por poderoso que sea, siempre tiene facultades tan solo derivadas; el soberano es el pueblo o, en la monarquía, el príncipe». (Schmitt 2013b, p. 49).

¹⁵ Schmitt aclara este punto de esta manera: «Desde el punto de vista filosófico-jurídico, la esencia de la dictadura está aquí, esto es, en la posibilidad general de una separación de las normas de derecho y las normas de la realización del derecho. Una dictadura que no se hace dependiente de un resultado a alcanzar, correspondiente a una representación normativa, pero concreta, que según esto no tiene por fin hacerse superflua, es un despotismo cualquiera» (Schmitt 2013b, p. 25).

¹⁶ Las anotaciones de este pasaje siguen la línea argumental de Schmitt (2007; 2013a).

término, de la ilusión de que ha de realizarse inevitablemente la unidad del mundo como unidad económica técnico-social, la cual conllevará el fin de los estados y el del enemigo¹⁷.

Pero la distinción entre el amigo y el enemigo es el fruto amargo de la caída del hombre. Solamente Dios puede anular tal distinción en la consumación de los tiempos, aunque seamos siempre pecadores. Al hacer la distinción entre el amigo y el enemigo nos mostramos pecadores, pero cuando intentamos abolir como hombres tal distinción nos convertiremos en hipócritas metafísicos¹⁸.

Contra la idea de la unidad del mundo, una idea que es igual a la del fin de la política y del fin de la historia, Schmitt estableció su idea del «gran espacio regional». El mundo, según Schmitt, no se inclinará hacia su unidad¹⁹, sino hacia «grandes espacios», como por ejemplo América del Norte, América Latina, Asia Oriental, Europa, los países musulmanes, Rusia, etcétera. Esos nuevos espacios «reciben su medida y contenido no solamente de la técnica, sino también de la sustancia espiritual de los hombres que colaboran en su desarrollo, de su relación y su raza, su cultura e idioma, de la fuerza viviente de su herencia nacional» (Carl Schmitt, «El orden del mundo después de la Segunda Guerra Mundial», *Revista de Estudios Políticos*, Madrid, marzo/abril 1962).

*Tierra y mar*²⁰ surgió en el año 1942, en plena guerra entre Alemania, como poder terrestre, contra Inglaterra y los EE.UU., como poderes navales. Es un libro del literato Schmitt. En efecto, Schmitt contó la lucha histórica entre *Tierra y mar* a su hija Ánima (1930-1983)²¹. En tono de conversación, como jugando, Schmitt bosquejó algunos motivos centrales de sus obras magistrales. Hay un desafecto de Carl Schmitt hacia los poderes navales, pero en su pensamiento hay un amor aún más grande hacia el mar. Creo que este libro podría ser una introducción al pensamiento de mi gran compatriota, una introducción tan útil como amena, en particular para marinos.

GÜNTER MASCHKE

LA PUNTA, AGOSTO DE 1992

¹⁷ Al respecto, Schmitt señala en su prefacio de 1968 a la segunda edición de su texto sobre *el concepto de lo político*: «lo que no constituye en modo alguno un progreso para la humanidad es proscribir la guerra regulada por el derecho internacional europeo como reaccionaria y criminal, y desencadenar en su lugar, en nombre de la guerra justa, hostilidades revolucionarias de clase o raza, que no están ya en condiciones de distinguir entre enemigo y criminal, y que tampoco lo desean» (Schmitt 1998, pp. 41-42).

¹⁸ Cfr. Schmitt (1987, p. 92): «El otro se muestra hermano mío y mi hermano es mi enemigo. Adán y Eva tenían dos hijos, Caín y Abel. Así comienza la historia de la humanidad». Del trasfondo religioso de la distinción *amigo-enemigo* se ha ocupado posteriormente Maschke (2008, pp. 18-24). Este pasaje hace también una referencia «clásica» indirecta a las ideas teológico-políticas de Schmitt: «todos los conceptos centrales de la moderna teoría del Estado son conceptos teológicos secularizados» (Schmitt 2009, p. 37). Sobre el *humus* cultural franco-alemán anti-moderno y anti-secular de principios del siglo pasado, el *Renouveau catholique*, que influye en modo decisivo en la formación de dichas ideas en Schmitt, véase, en particular, Tommissen (1975).

¹⁹ Esta referencia es una crítica indirecta de la época al célebre texto de Fukuyama (1992), que en aquél momento estaba en boga y era parte de los debates intelectuales dentro del ESUP.

²⁰ Cfr. Schmitt (1981). La edición en español de este texto en Schmitt (2007).

²¹ El libro empieza con la siguiente dedicatoria: «Contada a mi hija Ánima».

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Caamaño, J (1950). *El pensamiento jurídico-político de Carl Schmitt*. La Coruña: Editorial MORET.
- De Ujue, G. (2008). Auswahlbibliographie Günter Maschke. *Empresas Políticas*, n° 10/11, 1^{er}/2^o semestre, pp. 325-331.
- Dyzenhaus, D. (1999). *Legality and Legitimacy: Carl Schmitt, Hans Kelsen, and Hermann Heller in Weimar*. New York: Oxford University Press.
- Fukuyama, F. (1992). *The End of History and the Last Man*. Michigan: Free Press.
- Kennedy, E (1988). Carl Schmitt's Parlamentarismus in Its Historical Context (pp. xiii-xlix). En C. Schmitt, *The Crisis of Parliamentary Democracy*, Cambridge: MIT Press.
- Kennedy, E. (2012). *Carl Schmitt en la República de Weimar: la quiebra de una constitución*. Madrid: Tecnos.
- Maschke, G. (2008). Tres motivos en el antiliberalismo de Carl Schmitt. En J. Giraldo y J. Molina (editores), *Carl Schmitt. Derecho, política y grandes espacios* (pp. 15-42). Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Maschke, G. (2009). Fleißig das Meer gepflegt. Brutalstmöglicher Kalenderstil: Reinhard Mehrings mißlungene Carl-Schmitt-Biographie. *Junge Freiheit*, 43/09, 16.10.2009, disponible online: <http://www.jf-archiv.de/archiv09/200943101675.htm>
- Maschke, G. (2012). «Verräter schlafen nicht» Gespräch mit Günter Maschke (ed. S. Maaß). Kiel: Regis Verlag.
- McCormick, J. P. (1994). Fear, Technology and the State. Carl Schmitt, Leo Strauss and the Revival of Hobbes in Weimar and National Socialist Germany. *Political theory*, 22(4), pp. 619-652.
- Mehring, R. (2009). *Carl Schmitt: Aufstieg und Fall. Eine Biografie*. München: CH Beck.
- Mehring, R. (2014). *Carl Schmitt. A biography*.
- Noak, P. (1996). *Carl Schmitt. Eine Biographie*. Frankfurt/M, Berlin: Ullstein.
- Pietropaoli, S. (2012). *Schmitt*. Roma: Carocci editore.
- Schmitt, C. (1981): *Land und Meer. Eine weltgeschichtliche Betrachtung*. Köln-Lövenich: Hohenheim Verlag.
- Schmitt, C. (1987). *Ex-Captivitate Salus* (1^a ed. 1950). Milano: Adelphi.
- Schmitt, C. (1991). *Die geistesgeschichtliche Lage des heutigen Parlamentarismus* (1^a ed. 1923). Berlin: Dunkler & Humblot.
- Schmitt, C. (1998). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza Editorial.
- Schmitt, C. (2002). *Der Begriff des Politischen* (2^a ed. 1963). Berlin: Duncker & Humblot.
- Schmitt, C. (2009). *Teología política*. Madrid: Trotta.

- Schmitt, C. (2004). *Politische Theologie. Vier Kapitel zur Lehre von der Souveränität* (1ª ed. 1922). Berlin: Duncker & Humblot.
- Schmitt, C. (2005). *Frieden oder Pazifismus? Arbeiten zum Völkerrecht und zur internationalen Politik 1924-1978* (ed. Günter Maschke). Berlin: Duncker & Humblot.
- Schmitt, C. (2006). *Die Diktatur. Von den Anfängen des modernen Souveränitätsgedankens bis zum proletarischen Klassenkampf*. [1ª ed. 1921]. Berlin: Duncker & Humblot.
- Schmitt, C. (2007). *Tierra y Mar. Una reflexión sobre la historia universal*. Editorial Trotta: Madrid.
- Schmitt, C. (2008). *Los fundamentos histórico-espirituales del parlamentarismo en su situación actual*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Schmitt, C. (2013a). *El nomos de la tierra. el Derecho de Gentes del "Jus publicum europaeum"*. Salamanca: Ediciones Hespérides.
- Schmitt, C. (2013b). *La dictadura: desde los comienzos del pensamiento moderno de la soberanía hasta la lucha de clases proletaria*. Madrid: Alianza Editorial.
- Schmitt, C. (1956). *La unidad del mundo*. Madrid: Ateneo.
- Tommissen, P. (1975). Carl Schmitt metajuristisch betrachtet. Zeitschrift *Criticón* 5, Nr. 30, pp. 177-184.